RETRATO-XL — 646 p.

ANT
XIV
787

OBRAS

DEL

BEATO JUAN DE ÁVILA

R.67.469



NUEVA EDICIÓN

DE LAS OBRAS DEL

BEATO JUAN DE ÁVILA

APÓSTOL DE ANDALUCÍA

CON PRÓLOGOS, NOTAS, DIRECCIÓN Y CORRECCIÓN

del presbítero

DR. D. JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA

TOMO PRIMERO

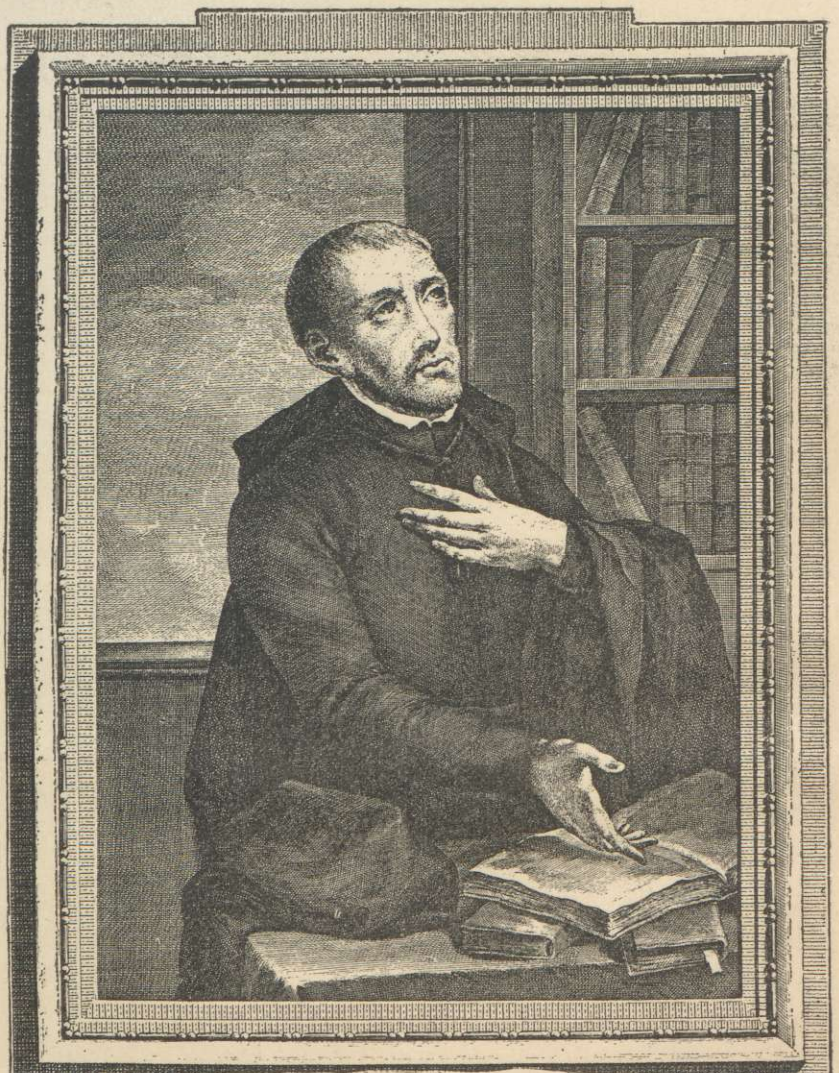
Contiene un proemio á esta edición; el decreto del Papa Clemente XIII, de 8 de Febrero de 1759, declarando constar de las virtudes de dicho Beato en grado heroico; el Breve de Beatificación dado por el Papa León XIII el 6 de Abril de 1894; la Vida del Beato Ávila, escrita por el Padre Fray Luis de Granada, y el "Epistolario Espiritual„ completo, dividido en cuatro partes.

Con las licencias necesarias.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, núm. 1.—Teléf. 4181.

1894





EL V. MRO. JUAN DE AVILA

Llamado el Apostol de Andalucia, Sacerdote exemplar, elogüente Escritor ascético, y Padre de la Oratoria Evangelica. Nació en Almodovar del Campo p.r los a. de 1502, y murió santamente en Montilla en 1569.

J. Muza lo dibuxó.

J.A. Carmona lo grabó

EL BEATO MAESTRO JUAN DE ÁVILA

Fué este apostólico varón natural de Almodóvar del Campo, en el Arzobispado de Toledo, de una de las familias más honradas y ricas de aquel pueblo. Apenas contaba catorce años (que sería en 1516) cuando pasó á Salamanca á estudiar la Jurisprudencia; pero sintiéndose arrebatado de un particular llamamiento del cielo para seguir otra carrera, retiróse á su patria, donde perseveró tres años continuos en los ejercicios de una áspera y penitente vida.

En vista de tan extremada virtud en tan temprana edad, le enviaron sus padres á Alcalá para que, armado con la ciencia de las divinas letras, pudiese mejor servir á la Iglesia y bien de las almas. La delicadeza de su ingenio y la pureza de sus costumbres tenían enamorado á su Maestro, el célebre Fray Domingo Soto, y su buen ejemplo edificados á todos sus condiscípulos. Acabados los estudios y ordenado de sacerdote, se dedicó á la predicación de la divina palabra, para cuyo ministerio parece le había escogido el Señor con especial privilegio, porque le concedió todas las virtudes necesarias para ser en su tiempo el ejemplar de un

orador evangélico. Las principales gracias con que para tan alto fin le había dotado el cielo, eran el amor grande de Dios y el de su prójimo, para cuya salvación trabajó sin cesar toda su vida; el singular espíritu y fervor con que predicaba, animado siempre de los sentimientos que pretendía excitar en el auditorio; aquel celo sagrado que le consumía por la honra de Dios y su tierna compasión y paciencia para con los hombres, cuyos corazones robaba, haciéndose antes amar para hacer amable su doctrina. Y así, no podremos determinar con qué conquistó más almas para Cristo, si con la eficacia de sus palabras, si con las amorosas obras de su ardiente caridad. La primera que hizo cuando se consagró al ministerio del púlpito fué distribuir entre los pobres la hacienda que había heredado de sus padres.

A la fama de su virtud, las prebendas eclesiásticas venían á buscarle con ruegos; pero jamás hallaron recibimiento en sus oídos ni entrada en su corazón. La corte, á pesar de los deseos é instancias de muchos señores y poderosos, tampoco mereció gozar de este espejo de virtud, ó dígase, acusador de sus vicios. Desde Sevilla, donde empezó en 1529 el apostólico ejercicio, corrió varios lugares de aquel Arzobispado; predicó en Córdoba, y en Granada parece le renovó Dios su espíritu. Baeza, Montilla y Zafra, en 1546, le oyeron con singular fruto. Retirado á la villa de Priego, en la cual pasó el resto de su edificante y laboriosa vida, comenzaron á visitarle las enfermedades, fruto ordinario del continuo trabajo de tan fervorosa y dilatada predicación.

Al aplauso general que seguía á este ejemplar

varón por su virtud y su elocuencia, no podían faltarle émulos y contradictores, para que añadiese á su gloria este nuevo camino de realzarla. El mismo Juan de Avila, que después mereció el renombre de *Apóstol de Andalucía* y de *Maestro* por excelencia, sufrió la injuria de ser acusado al Santo Oficio por sujetos envidiosos, que denunciaron sus palabras, ya que no era posible á la malignidad delatar sus obras, buscando con este hecho poner en duda su buen nombre y reputación; mas la inocencia misma del acusado le libertó de la prisión con mayor calificación de su doctrina, vencidos los calumniadores. Tampoco le faltaron otras persecuciones excitadas por los celos y confusión de algunos predicadores que, no pudiendo ser sus rivales, tuvieron que hacerse sus enemigos; pero la grandeza y fuerza de su virtud aterraba á la envidia sin perder jamás la paz y serenidad de su alma. Los últimos dolores de su penosa y larga enfermedad le abreviaron los días en la villa de Montilla, donde murió santamente á 10 de Marzo de 1569.

En la apreciable colección de las obras que nos dejó este Maestro incomparable tienen las almas piadosas y devotas abundante alimento de doctrina mística y moral. Y aunque en muchos lugares de estos escritos padece incorrecciones, sin embargo, debe considerarse Juan de Avila como ingenio creador en el idioma místico castellano, que enriqueció con numerosas y enérgicas voces, á cuya melodía y magnificencia no estaban acostumbrados los oídos en su tiempo. En medio de esta desigualdad, común á todos nuestros escritores, en el libro sobre el salmo *Audi Filia*, etc., asunto que trata con alteza y majestad, resplan-

dece la mayor gravedad de nuestra lengua y la fuerza más patética de la elocuencia del autor, cuya pluma parece que escribía lo que le dictaban la caridad y el dolor: dos fuentes de donde nacían la vehemencia y el calor del estilo. ¿Qué diremos de su *Epistolario Espiritual*, en cuyas cartas, ajenas de todo afeite y vano artificio, se muestra la especial facilidad y presteza con que producía el autor sus pensamientos sin faltar en muchas de ellas á toda la precisión, energía y vigor que pide este género de escritos, para animar á los flacos, consolar á los tristes y despertar á los tibios? Si alguna vez olvida los adornos de las cláusulas, también sabe vencer los espíritus con la fuerza de las razones, con el peso de los ejemplos y con la solidez del discurso. Como este Venerable Maestro se mostró siempre más deseoso del provecho de las almas que de la fama de facundo escritor, nunca imaginó que sus cartas, que remitía á tantas y tan distintas personas como salían de primera mano, habían de ver la pública luz. Y si en vez de contentarse con solo el testimonio de Dios y de su conciencia, hubiese aspirado á depender de la opinión de los hombres, mayor aliño y gala hubiera puesto en su locución, la cual, á la verdad, no suele ser siempre elegante ni espléndida; pero deleita y satisface por el candor, ternura y calor conque consuela, esfuerza y persuade.

PROEMIO Á ESTA NUEVA EDICIÓN

I

Ya se sabe: gobernando la única Iglesia verdadera de Cristo el Papa Alejandro VI, español; sentados en el trono de Recaredo los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, de fama imperecedera por su fe y empresas gigantescas, discípulos de Fray Tomás de Torquemada, primer Inquisidor en estos reinos; corriendo el mes de Enero de 1500, en la muy noble y dichosa villa de Almodóvar del Campo, reino y arzobispado de Toledo, nació de Alonso de Ávila y de Catalina Xijona, cristianos viejos, hijosdalgo y limpios de toda raza mala y herética pravedad, nuestro Bienaventurado Maestro Juan de Ávila. Desde que resplandeció en el niño el uso de la razón se mostró verdadero discípulo del Redentor de los hombres, muy sobresaliente entre ellos, y siempre aparejado y presto al divino servicio. Su vida, hazañas apostólicas y virtudes andan escritas por plumas tan clásicas y puras como las del Venerable Maestro Fray Luis de Granada y el Licenciado Luis Muñoz, amén de otros, en los tiempos modernos; pero fué tal y tan levantada, que las de sus contemporáneos, comparadas con ella, aparecen como derribadas por los suelos. Y esto no lo digo yo,

sino los varones más ejemplares, y aun los Santos mismos de aquella España grande, feliz y venturosa. Apostolado continuo y conquistador sin cesar de ánimas para el cielo; penitencia austera, como la de Elías y demás Profetas; aplacar la divina Justicia, contemplar y meditar día y noche delante del Santísimo Sacramento y de los altares de María Santísima, Virgen Inmaculada y Madre de Dios; escribir obras y cartas llenas del espíritu de San Pablo á todo linaje de personas, y extender por campos, villas y ciudades el reino de Jesucristo, he ahí la vida maravillosa del Beato Juan de Ávila.

Como iban sus miradas dirigidas siempre al cielo, despreciaba todo lo que el mundo adora, y amaba de corazón cuanto el mundo detesta. Y así, de honras y dignidades tan codiciadas y ambicionadas de los más, solía decir nuestro Beato que las deseaba merecer, mas no gozar, por no ser digno de ellas. Lo cual mostró harto con obras, pues supo generosa y magnánimamente renunciar al capelo cardenalicio que le ofreció el Papa Paulo IV, las mitras de Segovia y de Granada con que quiso premiar sus merecimientos el santo Rey, como diría Teresa de Jesús, D. Felipe II el Prudente, y, por último, las canonjías y otras prebendas eclesiásticas que constantemente Cabildos y Prelados le querían dar para mayor honor y loa de sus Iglesias y Capítulos. Pasar á las Indias á predicar la fe de Cristo y la civilización única del santo Evangelio y morir allí mártir, tal fué la canonjía, la mitra, la dignidad cardenalicia que el Beato Juan vivamente deseaba. El Arzobispo de Sevilla D. Alonso Manrique, Inquisidor general y varón de prendas excetes, inspirado de Dios y empujado por el Venerable Contreras, fué quien impidió con su autoridad y ruegos partir para las Indias al Bienaventurado Ávila, mandándole, en virtud de santa obediencia, quedarse y predicar reformación de vida y penitencia en los reinos de Andalucía.

Una y otra enseñó el Beato en práctica y teoría. Porque dada aquella grande y verdadera señal de santidad,

que fué repartir entre los pobres su hacienda y fortuna considerables, pasaba la vida en Sevilla en el comienzo de su apostólica predicación metido en una guardilla humilde con un compañero sacerdote, sin tener quien les sirviese, ni cosa alguna caliente que comer. Con muy pequeñas limosnas que le daban las gentes caritativas del pueblo, compraba leche, granadas y fruta, con que sólo se alimentaba. De forma que vivía en suma pobreza como el divino Maestro, y aquel su gran discípulo, tan amador de pobreza que se desposó con ella, el serafín de Asís. Y este amor del Beato á vivir de limosna, pobre de bienes terrenales y rico de los celestes, le movió y gobernó durante toda su vida mortal. Porque aquel otro santísimo varón, discípulo suyo, y aun deudo no remoto, el P. Juan Díaz, á quien debemos el recoger y dejarnos impresas las epístolas, varios sermones y otras obras de su Maestro, lo confirma por modo elocuente y de mucha edificación escribiendo á su compañero y condiscípulo el P. Hernando de Vargas. Y por retratar admirablemente esta carta del P. Juan Díaz la vida austera, pobre y de tanta penitencia del Beato y sus discípulos predicando por los pueblos y campiñas de Andalucía, debe quedar aquí estampada y como espejo en que se miren sacerdotes y seglares. Dice así:

«*Pax Christi*. Entiendo que Nuestro Señor me hiciera merced, aunque yo no lo merezco, de haber visto y oído á vuestra merced, con lo cual me consolara más que con escribirlo; no he hecho esto más veces, y bien sabe Nuestro Señor el consuelo que mi alma tuviera en ver á vuestra merced antes que me muriera; y así lo espero, que aunque soy tan vil y pobre en su presencia, me ha de hacer esta merced. Dos cosas quiero decir á vuestra merced que serán de su gusto. La primera es que tengo un poquito de salud para poder decir Misa cada día, donde consiste todo mi consuelo, paz y riqueza. La segunda, que no nos huelen las manos á dinero; porque con tener un pedazo de pan para comer aquel día, todo nos sobra;

y consumido lo poco que teníamos en la tierra, tenemos por hermana la santa pobreza, teniendo por gran dicha no tener que ver con el mundo ni con la honra, y de que algún rato pensamos en aqueste tesoro que se nos ha descubierto, alabado sea Dios, y estamos contentos, teniendo el corazón en la tierra de nuestro descanso, y acordándonos muchas veces de la buena memoria de vuestra merced y santa compañía, la cual tomáramos ahora para acabar esto poco que resta con que no fuera en Almodóvar del Campo, mas antes me holgára que fuera cerca de la mar, donde comiéramos algunas hierbas crudas ó cocidas, ó cáscaras de melones guisadas, como sabe vuestra merced solíamos en los tiempos pasados.

»¡Oh pecador de mí, y qué vergüenza tengo de Dios y de sus ángeles cuando me acuerdo de los años y días que gastamos con tanta hambre y sed y trabajos que sufrimos por predicar la palabra de Dios á los hombres, sin oro ni plata y sin regalo! Nuestra comida eran hierbas campesinas que las cocíamos nosotros después de haber predicado y dicho la doctrina en la plaza y calles, y bebíamos agua del pozo de nuestra casa; y aun de esto sabe vuestra merced hacíamos escrúpulo, que nos parecía mucho regalo; á Dios sea la gloria por todas sus obras, que castigada nuestra carne, nos era muy dulce lo que ahora nos parece, con la carga de la vejez, amargo: por eso dijo muy bien el santo desprecio del mundo; muchas cosas podríamos hacer ahora que somos mozos y estamos sanos por amor de Cristo, que cuando seamos viejos ó estemos enfermos no las podremos hacer. Grande locura es dejar lo que podríamos hacer hoy por amor de Cristo para mañana, que no sabemos si habrá mañana, ó si la hubiere, si la veremos nosotros, ó si viéremos ese día, no nos faltará algún trabajo, ó dolor, ó enfermedad que sufrir por amor de Nuestro Señor Jesús, que tanto sufrió por nosotros. Él dé á vuestra merced su gracia para trabajar en su viña con perseverancia hasta la hora postrera. Amén.—De Madrid y de Julio 15 de 1589.»

II

No hay lugar bastante en aquestas líneas proemiales para declarar y poner de bulto los ópimos frutos que produjo en nuestra entonces patria de teólogos, y santos, y literatos, y guerreros incomparables, el Beato con razón apellidado Apóstol de Andalucía. Porque de sus consejos, fuego de caridad, celo, amor divino, ejemplar maravilloso de sacerdotes, integridad de doctrina é imitación de Cristo, se aprovecharon innumerables gentes y personas principales, y entre ellas el benditísimo P. Ignacio de Loyola, fundador de la mínima é ínclita Compañía de Jesús; el P. Francisco de Borja, su tercer Prepósito general y ejemplar admirable de humildad, antes Duque de Gandía y Virrey de Cataluña; la Madre Teresa de Jesús, virgen incomparable, española y reformadora del Carmelo; el Hermano Juan de Dios, el loco cuerdo de Granada; el Maestro Fray Luis, apellidado Cicerón español y estrella de primera magnitud entre los Padres Predicadores; el Venerable Contreras, redentor incansable de cautivos; los Padres Diego de Guzmán, Jerónimo Natal, Gaspar Loarte, Francisco Gómez, Antonio de Córdova, hijo de los Marqueses de Priego, más amador de la sotana humilde y pobre de los Íñigos, que del capelo cardenalicio con que le quiso premiar Paulo III; Alfonso de Bárcena; el admirable Gaspar Pereira, á quien nuestro Beato llamaba su Benjamín; el famoso orador y conquistador de pecadores Juan Ramírez, y otros, todos ellos varones insignes, regalados por el Beato de Almódovar al naciente Instituto del valeroso capitán de Loyola, convertido en el austero penitente de la Cueva de Manresa.

Hallándose algo enfermo en Roma el santo Fundador

de la veneranda y santa Compañía, llegaron allí procedentes de España los Padres Diego de Guzmán y Jerónimo Natal. Y sentado San Ignacio con entrambos viajeros á la mesa: «Habladme, habladme—les dijo—del santo Maestro Juan de Ávila.» El P. Guzmán le respondió: «Mucho tiempo hace ya que no le he visto; pero no me olvidaré jamás de que al enviarnos, al P. Loarte y á mí, al Padre Borja (San Francisco), nos decía así: «Id, hijos »míos, id; el P. Borja os recibirá en la Compañía; también »quisiera yo mucho imitar al Patriarca Jacob, que envió »sus hijos á José en el Egipto y luego los siguió de cerca.» Y todavía añadió el P. Natal: «Muy frecuentemente me hablaba el Maestro de los deseos que tenía de entrar en la Compañía de Jesús; pero siempre le detiene un sentimiento de humildad; enfermo y anciano, teme, como él dice, de ser carga inútil al Instituto sin poder prestar en él servicio alguno.» Al oir tal el santo Fundador, exclamó: «¡Ah! Permita el cielo que ese santo varón venga á vivir entre nosotros; porque desde luego le llevaremos sobre nuestros hombros como al Arca del Testamento, pues se debe tratar á cada cual según sus méritos.» Tal y tan altísimo concepto tenía San Ignacio de Loyola de nuestro Beato.

Sóbrales razón y derecho á los sabios y beneméritos hijos de San Ignacio para considerarle y tenerle por individuo de la Compañía. Porque fué tal la armonía y comunidad de pensar y sentir entre el Beato Juan de Almodóvar y la milicia esclarecida de Jesús, que necesitando dos profesores hijos suyos el Comisario general español San Francisco de Borja para enviar á la Universidad, entonces famosa, de la ciudad de Évora, con la mayor confianza, y cual si fuera tomarlos de su propia casa, los pidió al Maestro Ávila, quien eligiendo los dos que mejor creyó y más á propósito para leer y explicar las disciplinas eclesiásticas y seculares, los envió al poco antes prepotente Duque de Gandía, convertido en el humildísimo P. Francisco, y les dijo: «Marchad en seguida, poneos á

las órdenes del P. Borja, y entrad á formar parte de su Instituto.» Ni nadie ignora las simpatías y devoción viva y constante que el Beato Ávila tuvo por la Compañía, ofreciéndose á los ojos de quien le contempla como un verdadero jesuíta; digo poco y mal, como otro San Ignacio, que no buscó en toda su vida sino realizar y poner en práctica el incomparable lema: *Todo á la mayor gloria de Dios*. Así ven claro hasta los ciegos cómo el Bienaventurado Maestro quiso morar y vivir sus postreros días en Montilla, cerca de un colegio de la Compañía, en brazos de cuyos Padres dulcísimamente expiró. Y porque todos viesen que deseaba prolongar hasta más allá de la tumba el amor que en vida tuvo á los mínimos hijos de San Ignacio, en el colegio de Montilla dejó mandado sepultar su cuerpo, donde hasta hoy espera la resurrección de la carne.

Pues la paz interior y sosiego espiritual de Santa Teresa de Jesús, hermosísima azucena del Carmelo, alegría de la Iglesia y celestial modelo de santas vírgenes y esposas de Cristo, fué debida con el divino favor á nuestro Beato. Porque navegando la santa Madre en los altos mares de la gracia, entre raptos, éxtasis, hablas interiores, revelaciones, visiones continuas y otras misericordias de Nuestro Señor, no efectos de histerismo, como quieren los impíos, púsole este divinísimo piloto por lastre en el ánima ciertos recelos y temores humildes que no la dejaban estar segura de su buen espíritu, ni si el rumbo que llevaba iba derecho al deseado puerto de su salvación. Tomado consejo del sabio Inquisidor Don Francisco Salazar, que fué más tarde Obispo muy celoso de Salamanca, y con el visto bueno de su confesor, aquel doctísimo varón de la ínclita Orden de Predicadores, el P. Maestro Fray García de Toledo, escribió el libro de su vida y cuanto pasaba por su alma la Madre Teresa, y lo envió al Beato Juan de Ávila para que lo viese y le manifestase si andaba por camino recto ó torcido. Y como tan alto era el concepto que la Doctora de

Ávila tenía de nuestro Beato, aseguraba que su parecer la tornaría al ánimo el sosiego y la paz de su espíritu. He aquí sus mismas palabras: «Yo deseo harto se dé orden como lo vea (el libro), pues con ese intento lo comencé á escribir; porque como á él (al Beato) le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más que hacer lo que es en mí.» Por donde muy bien se ve cuán altamente sentía la santa Reformadora del Carmen de la extraordinaria santidad, prudencia y discernimiento de espíritus del Bienaventurado Maestro.

III

Sábese con total certeza que aquella brillantísima lumbrera de Santo Domingo, el Venerable Fray Luis de Granada, acabando de predicar en Montilla, oyó de labios de nuestro Beato las palabras siguientes: «Sermón en que no se predica á Cristo crucificado, á San Pablo y su doctrina, no me satisface.» Ojalá que los predicadores de nuestros tiempos, y los futuros, grabaran bien y para siempre tan admirable y saludable consejo en el fondo mismo de sus almas. El Licenciado Luis Muñoz, refiriendo este caso, añade en la vida del Beato Ávila: «Imprimiéronsele tanto estas palabras al P. Fray Luis, que desde aquel día le escogió por su Maestro y le reconoció por tal; consultó con él todas sus dudas; oíale con gran gusto; resolvió escribir y predicar conforme á su censura, confesando había aprovechado mucho de la comunicación y trato del P. Maestro Ávila.» Y todavía en otra ocasión, allí mismo, en Santa Clara de Montilla, lleno de gratitud el Maestro Fray Luis, se fué en la sacristía al Beato Juan, diciéndole: «Más debo yo á vuestra merced y á sus consejos, que á muchos años de estudio, y así, le confieso y reconozco por mi verdadero Maestro.» Y el

santo Beato, con grande humildad, le contestó: «El verdadero Maestro es Dios, á quien se debe la gloria y honra.» Palabras que recuerdan la humilde respuesta del Bautista á los fariseos: «Yo no soy Cristo, ni Elías, ni siquiera profeta, sino pobre voz y eco del que clama en el desierto.»

Por cuanto aquí se va viendo, colígese presto la reverencia profunda y el subido concepto en que era tenido nuestro Bienaventurado Apóstol Juan de Ávila por los santos y varones principales de su tiempo. Y porque con mayor claridad histórica podamos tocar aún este punto, quiero dejar aquí mismo copiadas varias cartas, que hasta el presente no he leído impresas en ningún libro nuevo ni viejo. Guárdalas con el expediente original de Beatificación del mismo santo Apóstol de Andalucía la venerable Congregación de Sacerdotes Naturales de esta villa y corte en su archivo: la cual, con muy generosa bondad, puso á mi disposición cuantos documentos posee relativos á este particular, y de cuyo favor le viviré agradecido. Es verdad que dicha Congregación ha de tener muy principal interés en que sean conocidas de todo el mundo las virtudes heroicas y altísimas partes de nuestro Beato, por tener ella la gloria envidiable de haber sido la primera en promover, ó mejor, en incoar la Causa de Beatificación del santo Maestro. En lo cual mostró grande celo y diligencia, sin perdonar gastos ni trabajos, la Comisión nombrada al efecto, presidida al principio por su Fundador el virtuosísimo varón, sacerdote insigne y Rector benemérito del hospital de la Latina, D. Jerónimo Quintana, en el primer tercio del siglo XVII.

De varios de éstos, según yo creo, inéditos documentos, copiaré aquí, á la cabeza de todos ellos, dos cartas originales del Venerable Granada, dirigidas al P. Juan Díaz, grande imitador y discípulo predilecto del Beato, como se ha dicho, corriendo los años 1586 y 1587, desde Lisboa. El sobrescrito de la primera dice así: «Fray Luis de Granada al muy reverendo señor el señor Juan Díaz,

en Madrid.» Luego, en el interior del pliego, comienza la carta de esta manera: «Muy reverendo señor: *Gratia et Pax Christi*. Quise hacer saber á vuestra merced que tengo escrito un gran pedazo de la vida de nuestro santo Padre Ávila, y pienso que pasará de veinte pliegos de escritura, según lo mucho que hay que decir de este santo varón. Y el mérito de esto es de vuestra reverencia, pues me dió la historia tan aparada y concertada, que me dió mucho alivio. Creo que antes de cincoenta días se acabará y luego querría que saliese á luz, si á vuestra reverencia le pareciere. Y holgaría de ver este tratado de *Amor de Dios* con *Las reglas*, para ver si todo junto hará un volumen como *Audi Filia* ó poco menos. Y pues vuestra reverencia me ayudó con la escritura que me envió, ayúdeme agora con oraciones, porque son necesarias para acertar á escrebir esta historia, acompañándole con la Santa Escritura y calificando las cosas de ella. Y por estar agora depriesa, no alargo ésta más. Solamente pido á vuestra reverencia se acuerde de mí ante Nuestro Señor, el cual more siempre en la muy religiosa ánima de vuestra reverencia.—De Lisboa, á 21 de Diziembre de 1586.=Siervo de vuestra reverencia, *Fray Luis de Granada* [1].»

Cuánta humildad, llaneza y hermosura ofrece á los ojos este lindo y precioso documento, no hay que decir. El insigne y Venerable Fray Luis, autor de él, lo escribe con el reverencial temor con que pudiera hacerlo cualquier novicio de su Orden. ¡Cuánto amor y cuán alta devoción manifiesta para con su Maestro, el Beato Ávila! Si estas cartas y los testimonios ya apuntados del Licen-

1 Esta carta y la siguiente de Fray Luis trajo al proceso de Beatificación el presbítero y Licenciado Quintana, según el escrito presentado por él al Juez de la Causa. Dice así: "El Licenciado Jerónimo de Quintana, notario del Santo Oficio y Rector del hospital de la Latina de esta villa de Madrid, en nombre de la Congregación de Sacerdotes Naturales de esta dicha villa, y para más comprobación de la santidad, virtudes y fama del Venerable Siervo de Dios el P. Maestro Juan de Ávila, clérigo presbítero, presento ante vuestra merced dos cartas que en razón de ella escribió el reverendo P. Fray Luis de Granada al P. Juan Díaz, discípulo del dicho Maestro Ávila, por donde consta que estaba escribiendo la Vida de este Siervo de Dios por ser tan ejemplar...„

ciado Muñoz no lo declararan, lo dejaría fuera de toda duda haberse puesto á escribir su Vida luego, en seguida después de morir el Maestro; lo cual basta y es por sí solo panegírico bastante y digno de nuestro Beato, y mucho más si se pondera la pluma de tan altísima elocuencia que lo traza. Y todavía se ostenta esto mismo más de relieve con la lectura detenida de la otra carta que el venerable autor del *Símbolo de la Fe* escribió en 1587 para el susodicho P. Juan Díaz, su respetado amigo. El sobrescrito de ésta es como el que muestra la anterior: «Al P. Juan Díaz, en Madrid.» Y el contenido de ella es el siguiente:

«*Gratia et Pax Christi.* Hoy sábado recebí una de vuestra merced, en que me escribe está muy consolado con la historia de nuestro santo P. Ávila. Yo confieso á vuestra merced, quedó ella muy baja para lo que yo siento de él; mas como yo estoy tan viejo y tan quebrado, no tuve fuerzas para apurar más la materia, como lo hiciera si me tomara con más fuerzas. Y cuanto al de expenderse los libros, ya vuestra merced sabe cuán fresca y amable está todavía la memoria de este santo varón, que muy pocos habrá que por tan poco dinero no quieran tener la historia de tal vida; y el historiador es conocido, que también hace al caso, y sólo los Padres de la Compañía bastan para acreditarla y expenderla por el amor que le tienen, y por lo que resulta de crédito y reputación á la misma Compañía, por algunas cosas que la historia tiene tocante á esto. Por tanto, vuestra merced no tema empeñarse para esta obra, procurando que el papel sea bueno y así lo sea la impresión. Yo, para mí, ningún interés pretendo, porque con un solo libro me contento, que acá no faltará.

»En esta ciudad se expenderán algunos, porque también es aquí muy celebrada la memoria de este santo varón, mayormente si viniera acompañada con la vida de esas tres santas portuguesas. Quien más prisa da á esto es aquella santa Condesa, que como está tan en-

ferma desea ver antes que muera la vida de este su santo Padre, y todos los señores de la casa de Arcos y de Gibraleón.

»En lo que toca dirigir la historia al Patriarca, la razón es una estrechísima amistad entre nos, y muy largas mercedes que nos ha hecho y hace para sustentar mis escribientes y para remedio de algunas pobrísimas y santas mujeres que hay en esta ciudad, y no tengo otra cosa con que gratificar y servir á un Prelado que tiene por oficio predicar, sino con enviarle la imagen de este predicador evangélico. Y more siempre Nuestro Señor en su santa ánima. Y si algún servicio en esto le he hecho, acuérdese de mí en sus santas oraciones, como hace el P. Diego de Guzmán.—De Lisboa, á 13 de Junio de 1587.=*Fray Luis de Granada.*»

Cierto que redunda en mucha gloria y alabanza de nuestro Beato esta interesantísima carta que se acaba de transcribir aquí; pero no lo es menos que en ella aparece de cuerpo entero la figura del incomparable Fray Luis de Granada. La sencillez religiosa de su alma; el desinterés y amor á la pobreza; el alto y merecido concepto en que tenía á la Compañía de Jesús, las ramas de cuyo bendito árbol se extendían ya entonces por todo el mundo; su grande fe en la santidad altísima de su inolvidable Maestro el Padre Bienaventurado Juan de Ávila; su mucha amistad con el caritativo Patriarca de Lisboa, y otras cosas á cual más importantes para la historia de aquellos venturosos días en nuestra Patria, resaltan á porfía en este tan hermoso documento. Pero no fué sólo el Venerable Fray Luis quien con su palabra y pluma predicó las prendas extraordinarias del santo Beato. Los Prelados y varones principales de su tiempo, como ya fué dicho, declaran lo mismo en sus respuestas á la Congregación de Naturales de esta villa y corte. Y porque no es posible copiarlas todas en un prólogo tan corto como el presente, pero quedará siquiera aquí alguna que otra de las inéditas y numerosas conservadas en el citado expedien-

te de Beatificación. Y sea la primera ésta que ahora sigue, firmada por el célebre Arzobispo de Sevilla D. Pedro de Castro. Dice así:

«Á la Congregación de Naturales.—Una de vuestras mercedes he recibido con este correo de 25 de Abril, en que vuestras mercedes escriben que esa Universidad trata de la Beatificación del Padre Maestro Ávila y que la información pase por mi mano. Huelgo mucho de ello por cierto, y doy á vuestras mercedes muchas gracias que quieran honrar á este Padre y Maestro tanto que así lo merece. Yo le he sido siempre aficionado, y cuando mozo le vi y leí sus epistolarios, pienso que son dos cuerpos, antes que se imprimieran, y leí también su tratado de *Audi Filia*. Y haré de buena voluntad por mi persona lo que vuestras mercedes mandan que haga. Guarde Dios á vuestras mercedes y les dé su gracia con mucho acrecentamiento.—De Sevilla y Junio 27 de 1623.=*Don Pedro de Castro*, Arzobispo de Sevilla.»

El testimonio de este varón famoso de nuestro Siglo de Oro es de gran peso y autoridad por haber sido Prelado de muchas virtudes y sabiduría, como lo probó sobradamente en la presidencia de las Chancillerías de Valladolid y Granada y en el gobierno de las Sedes arzobispales de esta última ciudad y de Sevilla, en las que tanto trabajó por el culto y honor de Dios construyendo y reedificando sus templos, y procurando ya entonces con mucha instancia la declaración dogmática del misterio suavísimo de la Concepción Inmaculada de María Santísima.

Otra carta original é inédita que debe copiarse aquí es la del Rector del Colegio de la Compañía de Jesús en Montilla, contestando á la misma Congregación de Naturales de esta corte. Hela aquí: «Receví la de V. mercedes de 26 de éste y di luego parte á este Colegio de los santos intentos de V. mercedes y pretensión tan debida á las obligaciones que tenemos al santo Padre Maestro Juan de Ávila, así V. mercedes como nosotros, en retorno de

los raros exemplos de santidad que nos dió todo el tiempo de su vida, confirmando con ellos la alteza de tan excelente doctrina como nos predicó y enseñó en el púlpito y sus escritos, en los que está todavía encendido el fuego del Espíritu Santo con que los escribió, como lo significa el especial calor que sienten nuestros corazones cuando con atención los leemos: en éstos y en su vida, escrita por el P. Fray Luis de Granada, está lo más excelente de su santidad, de la cual, por ser el escritor persona de tanta autoridad, parece se habrá de sacar el interrogatorio para las pruebas; porque, según hemos entendido, fuera de lo que en ella está escrito, dudamos se podrá en este lugar ó fuera de él averiguar cosa de importancia. Pero con todo, se hará la diligencia luego para ver si la hay, y lo que de ella resultare daré aviso á V. mercedes, cuyas personas guarde Dios Nuestro Señor con el aumento de sus divinos dones.—Montilla, 9 de Mayo de 1623.=*Juan Muessos.*»

No hay, con efecto, sino leer despacio estas cartas que en este prólogo humilde se van copiando, y otros numerosos documentos guardados en el expediente de Canonización abierto en los principios del siglo XVII y en las piezas de su continuación instruídas corriendo la segunda mitad del siglo XVIII, para experimentar y ver clara la verdad de lo que en ellas se asegura: esto es, que la memoria de la santidad y virtudes heroicas de nuestro Beato se conservaba entonces viva en los corazones de aquellas gentes, como se conserva hoy mismo mediante el calor divino y la unción santa que dan y exhalan sus admirables é imperecederos escritos. No parece sino que los Santos, los Prelados, los Institutos religiosos, los grandes títulos de España, los sabios y los ignorantes se disputaban el honor de ser los primeros en referir los portentos y las alabanzas del Bienaventurado Apóstol de Andalucía. Las referencias sencillas y juradas de tantos y tan varios testigos como depusieron y declararon ante los jueces y tribunales eclesiásticos elegidos y nombrados

entonces para formar el proceso de su vida y alteza de virtudes, testifican elocuentemente que el Maestro Juan de Ávila fué un santo, y al mismo tiempo verdadero valladar puesto por Dios en España contra las ideas revolucionarias cismático-protestantes del renegado Lutero, que perturbaban ya entonces el orden público, la familia, las conciencias y las naciones de Europa.

Quede asimismo en este lugar la carta del Prior de San Juan de Dios, de Granada, contestando igualmente á la susodicha Congregación, que bien lo merece. Hela aquí: «Respondiendo á una recibida en este hospital de esta santa Congregación de Sacerdotes en esa corte, en que quiere ser informada de la fundación de esta casa advocación de nuestro Padre Juan de Dios, cuyo tenor y medio fué el P. M.° Juan de Ávila, por otro nombre el Apóstol de Andalucía, singularísimo confesor y admirable predicador de su tiempo (era), varón de celo tan santo y de quien se tiene santa memoria. De lo que ahora se puede avisar, es la que va con ésta que dió Antonio López, notario, ante quien pasó la información de nuestro Santo Patriarca, dice se podrá hacer muy bien información, especialmente en esta ocasión; porque lo uno despierta y aun anima lo otro. El Sr. Dr. D. Carlos de Mendoza y Badivia, Caballero Hijodalgo muy notorio y Chantre de esta Santa Iglesia, ha sido y es apasionado devoto del santo varón P. M.° Juan de Ávila, desea esto sumamente, ofrece diligencia, y mucho más, será acertado cargalle un cabo de las andas, que lo llevará con suavidad. Yo me holgaré estar desocupado y tener fuerzas para llevar el otro, por tener obligación tan conocida y por poder servir á esa santa Congregación, la que Nuestro Señor conserve en la plenitud de la gracia que puede.—Granada y Junio 13 de 1623.—*El Hermano Fray Juan de S. Martín.*»

Todavía, y porque sirvan para la futura y verdadera historia de nuestro Beato, piden asiento en el presente proemio otros documentos tan interesantes como el es-

crito por la Congregación de Naturales de Córdoba á los precitados de Madrid, y es como sigue: «Singular (gracia) ha sido la que V. mercedes han hecho á esta nuestra Congregación con la suya de 25 de Abril, así por acordarse de mandarnos algo de su servicio, como por comunicarnos y hacernos sabidores de la empresa que V. mercedes han intentado, tan gloriosa para el clero como honrosa y útil para toda la república cristiana, de suplicar á Su Santidad de nuestro muy S. Padre Gregorio XV, beatifique al V. P. M.° Juan de Ávila, que con justísimo título de su rara santidad y doctrina verdaderamente celestial y divina, tan conocidas en estos reinos, ha sido siempre tenido por Apóstol de nuestra Andalucía y sol del mundo. Mucho quiere, sin duda, y estima Nuestro Señor á esa santa Congregación, pues le ha encargado la calificación de su honra y gloria que le alcanzó éste nuestro Apóstol con la reformación de que hoy goza el mundo, y á que redujo principalmente al clero. Nosotros nos tenemos por dichosísimos de que V. mercedes nos hayan querido favorecer dándonos alguna parte en la prosecución de tan gloriosísimos intentos, mandándonos hacer por acá diligencias en saber de las virtudes y maravillas de nuestro Santo. En cumplimiento de lo cual nombró la Congregación diputados de los señores sacerdotes, que con la devoción que tienen al Santo y deseo de servir á V. mercedes, no sólo han hecho diligencias dentro de la ciudad, sino en muchos de estos lugares de Andalucía, donde han sabido hay personas que conocieron al Santo y comunicaron con sus discípulos, de los cuales han sabido insignes cosas de virtud y santidad de que por ahora sólo servirán de índice las que con el papel que va en ésta brevemente están apuntadas, reservando las demás para cuando vengan las remisorias de su canonización, que sumamente deseamos, y muy particularmente suplicamos á Nuestro Señor que guarde á V. mercedes como éstos sus capellanes pedimos en esta Congregación.— De Córdoba, 20 de Mayo de 1623

años=Por mandado de la Congregación, L. *Juan Baptista Zarzana*, Secretario.»

Muy bien asimismo nos hace ver este elocuente y sencillo testimonio epistolar la verdad que voy declarando, esto es, cuán altamente juzgaban las gentes, casi contemporáneas, de nuestro Beato, sobre sus prendas, santidad y virtudes. Y por cierto que en ello no se queda atrás el célebre Cardenal-Obispo de Jaén, de quien es la carta que ahora sigue para la sobredicha Congregación, diciendo: «El celo con que V. mercedes procuran la gloria de Dios y la honra de sus siervos es muy de alabar, y en la ocasión de agora tan bien empleado como se conoce en esta tierra que tan cultivada la dejó tan santo varón como el P. M.° Ávila, y así, con el cuidado que se debe á esta piadosa diligencia, hago las mías, deseando que se luzgan con efecto de muy gran consuelo para España, y que V. mercedes se muevan á mandarme más cosas de su servicio. Guarde Dios á V. mercedes en su santa gracia.—En Jaén, 21 de Junio de 1623.=*El Cardenal Sandoval.*» Con cuyas palabras cualquiera puede ir oyendo el clamoreo y grito general y público llamando todos, grandes y pequeños, santo al admirable sacerdote el Beato Maestro de Almodóvar.

Pues todavía el mismo célebre Prelado y Cardenal de Jaén quiso declarar y predicar al mundo por venir la virtud extraordinaria del Apóstol de las Andalucías en otra carta contestando al representante de la Congregación de Naturales matritenses en estos términos: «Cuán propio es de lo que yo conozco en V. S. moverse con tanta devoción poniéndomela á mí mayor para venerar las virtudes de nuestro Apóstol de Andalucía, que así llaman en ella á este santo clérigo, y así me informaré muy del todo de lo que me encarga la Congregación, porque conozca mejor de la importancia que le será siempre su autoridad de V. S. y su intercesión para esto y todas las demás cosas que yo deseo tanto me mande; pues por tantas razones de obligaciones deseo obedecer y servir

á V. S., cuyas manos beso con las de mi señora doña Teresa. Guarde Dios á V. S. como desea.—Jaén, 8 de Junio de 1623.=*El Cardenal Sandoval.*» Con estos solos documentos, prescindiendo de otros muchos del citado expediente que pudiéramos dejar aquí copiados, buen asidero tiene el historiador futuro de la vida de nuestro Beato para asegurar que nadie, ni corporaciones ni particulares, vieron con ojos siquiera de indiferencia el primero y muy laudable intento de la Congregación de Naturales madrileños de llevar á cabo y pedir á Su Santidad poner en los altares al santísimo varón espejo de presbíteros seculares, el Maestro Juan de Avila.

No podía faltar del común concierto de estos reinos en ayudar y reclamar la Beatificación del santo Maestro el Cabildo municipal de Almodóvar del Campo, pueblo de su naturaleza. En esta carta que ahora seguirá pueden aprender los públicos poderes religiosidad, fe católica, respeto á las cosas de la Santa Madre Iglesia. Dice así: «Corrida se halla (esta villa) en que al tiempo que Nuestro Señor ha sido servido dispertar los ánimos de V. mercedes tomándolos por instrumento para honrar á quien con tantas veras procuró su honra y gloria mientras vivió en este mundo, y hallarse ella (la villa) en esta ocasión hecho pleito de acreedores y con esto tan atadas las manos que no puede de sus propios tomar cosa alguna; porque los acreedores están á la mira, y como no alcanza para cobrar sus réditos, no dan lugar á lo que con tantas veras quisiera y la razón pide; mas sacándose la facultad para poder arbitrar, se hará y con todo gusto de los vuestros servicios; porque si como tienen la voluntad tuvieran las fuerzas, acudieran con muy larga mano; y ansí entre algunas personas se han juntado juntamente con los señores clérigos para de presente hasta 500 ¿ducados? (no está claro el original) que van en letra con ésta, con que se podrá dar principio, confiado en la misericordia de Nuestro Señor y en los buenos medios é industria de V. mercedes con que su poderosa mano acudirá á pro-

veer lo restante para que su obra se perficione. Guarde Nuestro Señor á V. mercedes muchos años para que se ocupen en semejantes obras.—Almodóvar, Febrero 24 de 1663.=Por mandado de Almodóvar, *Juan de Ayala.*» Con tan cristiano y edificante lenguaje se expresaban las autoridades populares de España en el siglo XVII.

Como es intento mío escribir breves consideraciones sobre los libros y tratados del Beato Juan de Ávila al comienzo de cada volumen de esta nueva edición de sus obras, apenas diré ahora sino que todas ellas son, religiosa, científica y literariamente miradas, de incalculable mérito y valor. Las que corren impresas desde el Siglo de Oro español y publicadas de nuevo en la última centuria pasada, son *El Epistolario*, dividido en cuatro tratados, y cuyas cartas escribió su Bienaventurado autor sin sospechar siquiera que jamás hubiesen de salir á pública luz. Yo de ellas sólo apuntaré, por falta de espacio, que son dignas de un Doctor de la Iglesia, y cómo en todos sus párrafos resplandece la luz y unción ardorosa del espíritu de Dios. Cada cual es tratado profundo de Teología mística y enseñanza cristiana selectísima. Tienen sabor de cielo, y en quienes devotamente las leen, dejan unas caldeada el alma con fuego de divino amor; deseos de penitencia é imitación de Cristo, otras; aquéllas arrastran al desprecio de este mundo fementido con todas sus locuras, vanidades y riquezas; levantan éstas el ánimo turbado y tímido á la confianza en la bondad y misericordia infinita de Nuestro Señor, ó le señalan y enseñan á marchar por las hermosas vías de la humildad, único y seguro camino que lleva al cielo. Con avidez indecible leyeron y meditaron, primero manuscritas y luego impresas, estas epístolas todos los sabios, santos y doctores de España y fuera de ella, y alabaron y predicaron por todas partes la mucha alteza de su doctrina y los consejos de vida eterna que encierran.

Hiciéronse de ellas, con el título de *Epistolario Espiritual*, muchas ediciones desde el tiempo del santo Beato.

De las más antiguas y muy limpiamente impresas es la llevada á término en Alcalá de Henares diez años, no más, después de su muerte. La portada de esta ya buscada edición, es como sigue: «Primera parte del Epistolario Espiritual para todos estados, compuesto por el Rev. P. Maestro Iuan de Avila, predicador en el Andalucía, Dirigido al Srmo. Príncipe y Rvmo. Cardenal Alberto, Archiduque de Austria. Con privilegio. En Alcalá, en casa de Iuan Leguerica, 1579.» Reimprimiéronlas otros diez años más tarde sus discípulos en Madrid en casa de Pedro Madrigal con algunos tratados de las obras de su Bienaventurado autor y dueño, 1588. Es edición muy correcta, y de ella me valgo para no dejar entrar en esta novísima las muchas faltas é imperfecciones que se notan en la más completa de fines del siglo pasado, 1792 y siguientes, en la Real imprenta de Madrid. También salió á luz el *Epistolario* de nuestro Beato precedido de la mayor parte de sus demás libros, en el año 1674, en un tomo en folio de mucho volumen, y ya parece también allí dividido en cartas para sacerdotes, religiosos, predicadores, religiosas, doncellas, señoras de título, casadas y viudas, señores, caballeros y varios discípulos.

Y no hay duda, sino que en las naciones vecinas á España, sobre todo Francia, Italia y Portugal, resonaba el eco y volaba en alas de la fama el nombre del santo Maestro y de sus escritos admirables, citados por santos, teólogos y moralistas místicos de tales países. Y por lo tocante á Francia, existe allí, por lo menos desde 1673, edición muy esmerada de sus obras, al frente de las cuales se lee la portada siguiente: «Les Oevres du Bienhevreux Iean D'Avila, Docteur et Predicateur Espagnol. Divissées en deux parties. De la traduction de Monsieur Arnauld D'Andilly. París, 1673.»

Estas cartas de tanto valor y precio espiritual y literario forman el tomo primero de esta presente edición. En el segundo irán de las demás obras del Beato el *Audi*

Filia; las *Pláticas para sacerdotes;* las *Reglas de bien vivir; Avisos; Bienaventuranzas,* y otros *Documentos.* El tercero comprenderá *Los veintisiete discursos del Santísimo Sacramento de nuestros altares,* y, finalmente, en el cuarto se incluirán los tratados sobre *La venida del Espíritu Santo,* sobre *Las festividades de la Santísima Virgen y Madre de Dios* y sobre *San José.* De todas las cuales obras no se discurre más aquí, por reservarlo para el comienzo de cada uno de los cuatro volúmenes.

José Fernández Montaña,
Presbítero.

DECRETO DEL PAPA CLEMENTE XIII

DE 8 DE FEBRERO DE 1759 [1]

En la Causa Toledana ó Cordobense de la Beatificación y Canonización del Venerable Siervo de Dios Juan de Ávila, presbítero, llamado comunmente el Maestro, sobre la duda: Si consta de las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad para con Dios y el prójimo; y asimismo de las cardinales Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, y demás virtudes, todas en grado heroico; en el caso, y para el efecto de que se trata.

Toletana, seu Cordubensi Beatificationis, et Canonizationis Venerabilis Servi Dei Joannis de Avila, praesbyteri, Magistri nuncupati, super dubio: An constet de virtutibus theologalibus Fide, Spe et Charitate erga Deum, et proximum; necnon de cardinalibus Prudentia, Justitia, Fortitudine, et Temperantia, earumque adnexis in gradu heroyco, in casu, et ad effectum, de quo agitur.

En la Congregación general de Sagrados Ritos, que se tuvo en presencia de nuestro Santísimo Padre y Señor Clemente XIII, en el día 30 de Enero de 1759, y en la Causa Toledana ó Cordobense, sobre la Beatificación y Canonización del Venerable Siervo de Dios Juan de Ávila, presbítero, llamado comunmente el Maestro; se propuso por el reverendísimo señor Cardenal *Porto-*

Cum in Congregatione generali Sacrorum Rituum habita coram Sanctissimo Domino nostro Clemente XIII, die 30 Januarii 1759, in Causa Toletana, seu Corduben, Beatificationis et Canonizationis Venerabilis Servi Dei Joannis de Avila, *praesbyteri, Magistri nuncupati, propositum fuerit dubium a reverendissimo Domino Cardinali* Portocarrero, *Ponente:*

1 Como se declara en el proemio de la presente edición, las primeras diligencias promoviendo la Causa para beatificar al santo Maestro fueron iniciadas y llevadas á término por los Sacerdotes Naturales de Madrid, en los primeros años del siglo XVII, siendo presidente su fundador, el ejemplar presbítero, Rector del santo hospital de la Latina, D. Jerónimo Quintana. La casa hospital é iglesia de San Pedro de los Naturales, fué abierta y bendecida por el obispo de Laren, D. Dionisio Mellado, á 29 de Septiembre de 1732, y se construyó con hacienda de varios congregantes, y principalmente del Licenciado D. Blas Rodríguez Carrión.

carrero, Ponente, la duda: *Si constaba de las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad para con Dios y el prójimo; como también de las cardinales Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, con las demás anejas, todas en grado heroico, en el caso, y para el efecto de que se trata.* Habiendo oído Su Santidad los votos de los reverendísimos señores Cardenales, y asimismo de los Consultores, nada quiso definir por entonces, hasta tanto que, ya por sus oraciones, ya por las de los demás, se ilustrase su espíritu con la Divina Luz sobre tan grave negocio.

Pero en este día 8 de Febrero, celebrado el santo sacrificio de la Misa, habiendo llamado á su presencia á los reverendísimos señores Cardenales *Portocarrero*, Relator de la Causa, y *Tamburino*, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, como también al Rdo. P. *Benito Veterani*, Promotor de la Fe, y á mí el Secretario, determinó: *Que de tal manera constaba de las virtudes del Venerable Siervo de Dios Juan de Avila, en grado heroico, que se podía proceder á lo demás, esto es, al examen de tres milagros.* Y así lo decretó, y lo mandó guardar á 8 de Febrero de 1759.

D. F. Cardenal Tamburino,
Prefecto.

Lugar del ✠ sello.

M. Marefusco, *Secret. de la Sagrada Congreg. de Ritos.*

En Roma, año de 1759, en la Imprenta de la Reverenda Cámara Apostólica.

An constet de virtutibus theologalibus Fide, Spe et Charitate in Deum, et proximum; necnon de cardinalibus Prudentia, Justitia, Fortitudine et Temperantia, earumque adnexis in gradu heroyco, in casu, et ad effectum, de quo agitur. *Sanctitas sua, auditis reverendissimorum Dominorum Cardinalium necnon Consultorum suffragiis, nihil tunc definire voluit, ut interim tam suis, quam aliorum precibus in tam gravi negotio Divino Lumine mens ejus illustraretur.*

Hac vero die octava Februarii post celebratum Misae sacrificium vocatis coram se reverendissimis Dominibus Cardinalibus Portocarrero, *Causae Relatore, et* Tamburino, *Sacrae Rituum Congregationis Praefecto, necnon reverendissimi Patri* Benedicto Veterani, *Promotore Fidei, meque Secretario, statuit:* Ita constare de virtutibus Venerabilis Servi Dei Joannis de Avila in gradu heroyco, ut procedi possit ad ulteriora, nempe ad discussionem trium miraculorum. *Et ita decrevit, ac servari mandavit. Die 8 Februari 1759.*

D. F. Cardinal Tamburinus,
Praefectus.

Loco ✠ sigilli.

M. Marefuscus, *S. R. C. Secret.*

Romae MDCCLIX. Ex Typographia Reverendae Camerae Apostolicae.

BREVE DE BEATIFICACIÓN

DEL

VENERABLE MAESTRO JUAN DE ÁVILA

LEÓN PAPA XIII

PARA PERPETUA MEMORIA

En tiempo alguno ha carecido la Iglesia de Dios de aquellos operarios apostólicos á quienes el Señor del Evangelio envió próvido á cultivar su viña; y aquel precepto saludable que el Redentor del género humano dió á sus discípulos cuando les dijo: «Id, enseñad á todas las gentes», de tal manera se ha conservado en vigor siempre en la Iglesia, que jamás han faltado en ella ministros esforzadísimos que anunciasen extensamente á los pueblos la sabiduría. Entre estos esclarecidos predicadores de la verdad divina por su sabiduría y por su santidad ilustres, debe con razón contarse el Venerable Siervo de Dios Juan de Avila, presbítero secular que floreció en España, cuna de tantos varones santos, en el siglo XVI, y á quien por su arte particular de enseñar el camino del Espíritu se ha dado el nombre de Maestro.

Nació en la ciudad de Almodóvar, Priorato de Ciudad-Real, el día 6 de Enero de 1500 y fueron sus padres Alfonso de Avila y Catalina Chicona. Desde muy niño mostró admirable índole, y por su empeño en cultivar la piedad, por la inocencia de su vida y la modestia y pudor que son salvaguardias de la virtud, brilló entre sus iguales como un verdadero ejemplo.

Consagróse al estudio de las Humanidades y de las Letras, y tales progresos hizo en poco tiempo, aun siendo tan joven, por la agudeza de su talento en las ciencias liberales, que á los catorce años de su edad ingresó en la Universidad de Salamanca. Allí, sin embargo, y

en tanto que se hallaba consagrado al estudio del Derecho, movido por secreta inspiración de Dios, que le hablaba al corazón y lo invitaba con voz amiga á subir más alto, hubo de abandonar los estudios de la Universidad y volvió á la casa paterna, y en humilde y apartado rincón comenzó á llevar una vida escondida con Cristo en Dios, movido del amor á la penitencia y soledad, buscando en ella el amor especial de aquel Cordero divino que se apacienta entre los lirios, para lo cual mortificó su inocente cuerpo con ayunos, vigilias y flagelaciones y fomentó la ingenua sencillez de su alma y el candor de sus costumbres con todo género de ejercicios de piedad. Tres años habían transcurrido desde que el Venerable Siervo de Dios Juan abrazara tan áspero método de vida, cuando impulsado por las exhortaciones de un piadoso Padre franciscano, se dedicó al estudio de la Filosofía y de la Teología, y tomada la resolución de abrazar el estado sacerdotal, tantos progresos hizo en estos difíciles estudios que sus mismos maestros, en vista de su agudo entendimiento, tenaz memoria y continua aplicación, auguraron había de ser el más sabio de España.

Concluídos sus estudios y ordenado sacerdote, entregóse por completo á la práctica de todas las virtudes, y ardiendo en deseos de consagrarse al ministerio apostólico, propuso en su ánimo pasar á las Indias, por lo cual, vendido su patrimonio y distribuído á los pobres, presentóse dispuesto á acompañar al primer Obispo de Tlascala, que se disponía á embarcarse para Méjico. Mas en tanto que esperaba en Sevilla el momento oportuno para el embarque, llevando á mal el Arzobispo de aquella ciudad, D. Alfonso Manrique, Inquisidor general de España, que un varón de tan gran virtud y ciencia abandonase su patria, hubo de llamar al Siervo de Dios y mandóle permanecer en España, siendo inútil su resistencia. Obedeciendo, pues, y secundando los deseos del Prelado, quien para el bien espiritual de su grey lo llamaba á consagrarse á los trabajos apostólicos en su patria, acometió aquella dificilísima empresa, en la cual, dirigiéndose á otros muchos operarios, trabajó durante cuarenta y cinco años. Recorre, en efecto, predicando la divina palabra, Sevilla, Córdoba, Granada, Écija, Baeza, Montilla y otras muchas poblaciones de Andalucía; atrae al pueblo ávido de escucharle, y que acude en grandes masas, á la consideración de las cosas celestiales, por medio de su palabra elocuente y de los ejemplos de su santidad, y, en dondequiera que predica, adviértese la reanimación de las buenas costumbres. Era, ciertamente, de ver al pueblo pendiente de sus labios, en tanto que el orador sagrado, con el rostro y la mirada resplandecientes, increpaba con enérgica frase los vicios, ya arrancando lágrimas, ya atravesando los corazones de los oyentes con saludable temor. No podían faltar, pues, abundantes frutos; desapa-

recieron por su intervención no pocas emulaciones; extinguiéronse parcialidades; vióse con frecuencia restituída la paz en los hogares, á menudo arrancados de raíz vicios inveterados, introducida la moralidad, la piedad aumentada y estimulado el empeño por conseguir la salvacion eterna, siendo tantas y tan grandes las ventajas producidas en aquellos lugares con motivo de las misiones del Venerable Siervo de Dios, que, con justicia y razón se le considera y apellida Maestro y Apóstol de Andalucía.

Y no se limitó á procurar el bien, prosperidad y felicidad de la Religión católica con su palabra y piadosa predicación, sino que también acudió con sus obras y escritos á la dirección de las almas de los fieles en los caminos de la perfección espiritual. Por esto acostumbraba visitar á los enfermos, asistir hasta el último momento á los moribundos, favorecer á las familias necesitadas, aun cuando no lo solicitasen, consolar á los que padecían alguna calamidad, y auxiliar continuamente con su consejo ó con obras, según lo exigía el caso, á los prójimos. En el tribunal de la penitencia recibía benignamente á los que se presentaban á purificar sus conciencias, y unas veces con eruditos comentarios de la Sagrada Escritura ilustraba la cátedra santa, y otras enseñaba el catecismo con sencillas frases á los niños y aldeanos, habiendo quedado admirables testimonios de su santidad y sabiduría en las cartas que escribió.

Aunque tan continuamente entregado á procurar la salvación de los demás, nada omitió, sin embargo, para conseguir la perfección y el complemento de las virtudes, con cuya práctica se había abrasado, bien persuadido de que debía él estar abundantemente dotado de las cualidades laudables que excitaba en los demás y de que el mérito de las palabras se aquilata con las obras.

Por todo ello, de tal manera se divulgó su fama, que los Romanos Pontífices nuestros predecesores hubieron de conferirle honrosísimos cargos, y varones eminentes por su santidad, y á los que ha tiempo venera la Iglesia como Santos, quisieron regirse por sus consejos y lo apellidaron Maestro. El Venerable Siervo de Dios Juan de Ávila, después de haber hecho variar de vida á San Juan de Dios, lo estimuló con su palabra y ejemplo á correr por el camino de la perfección y de la santidad, trató familiarmente con San Ignacio de Loyola, y amorosamente contribuyó al aumento en España de la naciente Compañía de Jesús. Á San Francisco de Borja estimuló para que abandonase el palacio del Emperador y diera de mano á los placeres del mundo, y por último, ilustró con sus sabias advertencias y dirección á San Pedro Alcántara y á Santa Teresa de Jesús.

Mas cuando, revestido de tan resplandeciente vestidura de gloria, lo admiraba España entera como el oráculo de la voluntad divina,

contando ya setenta años de edad, acabado por sus trabajos apostólicos y por una larga enfermedad, durmióse en el Señor tranquilamente el Venerable Siervo de Dios Juan de Ávila en Montilla, el 10 de Mayo de 1569, repitiendo con insistencia con sus moribundos labios los dulcísimos nombres de Jesús y de María. No desapareció, sin embargo, la memoria del Siervo de Dios con su muerte, pues sepultado su cuerpo, transmitióse á las generaciones que le siguieron la noticia de sus virtudes. Así, pues, la fama de su santidad, que ya en vida había sido esclarecida, hízose mayor después de su muerte y fué creciendo con el tiempo en vista de los innumerables portentos que demostraban cuán grato y acepto á Dios era el patrocinio del santo varón. Por lo cual comenzó á agitarse la Causa de Beatificación y Canonización del Venerable Siervo de Dios en la Sagrada Congregación de Ritos.

Habiendo, pues, precedido todos aquellos trámites que las Constituciones Apostólicas prescriben en esta clase de causas, el Papa Clemente XIII, de venerable memoria, por su decreto dado en 7 de Febrero de 1759 declaró heroicas las virtudes con que en vida había brillado el Venerable Siervo de Dios. Entablóse posteriormente en la misma Sagrada Congregación el juicio acerca de los milagros que se decían obrados por Dios y por la intercesión del Venerable Siervo de Dios Juan de Ávila, y examinado todo con severidad, tuviéronse por verdaderos y comprobados tres milagros, y Nos, por decreto de 12 de Noviembre del año próximo pasado, declaramos la verdad de dichos milagros. Restaba aún que nuestros venerables Hermanos los Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos fuesen preguntados si, dada, como ya se ha dicho, la aprobación de las virtudes heroicas y de los milagros, juzgaban podía con seguridad procederse á decretar los honores de Beato al Siervo de Dios, y aquéllos, en la reunión general de 26 de Noviembre del mismo año, celebrada ante Nos, respondieron unánimemente que podía hacerse así con seguridad. Mas en asunto de tanta importancia diferimos manifestar nuestro parecer en tanto que pidiésemos el auxilio del Padre de las luces por medio de fervorosas oraciones. Hecho esto por Nos con suma diligencia, al cabo, en la Dominica primera de Cuaresma del presente año, declaramos, mediante decreto solemne, que podía procederse con seguridad á la solemne Beatificación del Venerable Siervo de Dios llamado Maestro Juan de Ávila.

Después de lo cual, Nos, accediendo á los deseos de los Obispos de España, por nuestra autoridad Apostólica y en virtud de las presentes Letras, concedemos facultad para que el Venerable Siervo de Dios Juan de Ávila, presbítero secular titulado Maestro, sea llamado en adelante Beato, y que sus restos ó reliquias se expongan á la veneración de los fieles, sin conducirlos, sin embargo, en

las rogativas solemnes, y que las imágenes se adornen con aureolas. Además, por esta misma nuestra Autoridad, concedemos se rece de él Oficio y Misa de Común de Confesores no Pontífices con las oraciones propias por Nos aprobadas, conforme á las rúbricas del Misal y Breviario Romanos. Mandamos, sin embargo, que la recitación de este Oficio y celebración de la Misa se verifique únicamente en las diócesis de Toledo, Córdoba y Priorato de Ciudad Real, por todos los fieles que están obligados á la recitación de las Horas Canónicas, y en cuanto á las Misas, por todos los sacerdotes seculares y regulares que acudan á las iglesias de que se trata.

Concedemos, por último, que las solemnidades de la Beatificación del Venerable Siervo de Dios Juan de Ávila se celebren en los antedichos templos con Oficio y Misas de rito doble mayor, y mandamos se verifique esto en el día en que determine el Ordinario dentro del primer año de haberse celebrado en la Basílica Vaticana. No obstante las Constituciones y Ordenaciones Apostólicas y los decretos expedidos de *non cultu* y cualesquiera otros en contrario, y es nuestra voluntad se preste absolutamente la misma fe aun en juicio á los ejemplares impresos de estas nuestras Letras con tal que vayan firmados por mano del Secretario de la Congregación de Ritos y autorizados con el sello del Prefecto, que se daría á la expresión de nuestra voluntad por medio de la exhibición de estas nuestras Letras.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, día 6 de Abril de 1894, de nuestro pontificado año décimoséptimo.

M. Cardenal Rampolla.

AL CRISTIANO LECTOR

EL VENERABLE PADRE MAESTRO FRAY LUIS DE GRANADA

Por algunas personas devotas (que conoscieron al Venerable Padre Maestro Juan de Avila y se aprovecharon de su doctrina) he sido muchas veces importunado quisiese escribir algo de su vida, como persona que lo trató y concursó mucho tiempo. Y con ser esta petición muy justa, y entender yo resultaría de aquí mucha edificación á sus devotos, todavía me pareció cosa que sobrepujaba á la facultad de mis fuerzas. Porque después que me puse á considerar con atención la alteza de sus virtudes, parecióme cierto que ninguno podría competentemente escribir su vida sino quien tuviese el mismo espíritu que él tuvo. Porque sus virtudes son tan altas, que claramente te confieso que las pierdo de vista, y como me hallo insuficiente para alcanzarlas, así también para escribirlas. Mayormente que para esto tengo de desviar los ojos de las comunes virtudes que ahora vemos en nuestros tiempos, y subir á otra clase más alta de otros nuevos hombres, en quien (por estar la carne muy mortificada) reina el espíritu de Dios más enteramente; el cual hace á los hombres semejantes á sí, y diferentes de los otros que de la alteza de este espíritu carecen.

Y para decir algo de lo que siento, leyendo la vida de los Santos pasados, y mirando la de este Siervo de Dios (que Él quiso enviar en nuestros tiempos al mundo), me parece que trató de imitarlos con todas sus fuerzas. Porque vi en él una profundísima humildad, una encendidísima caridad, una sed insaciable de la salvación de las almas, un estudio continuo y trabajo para adquirirlas, con otras virtudes suyas que adelante se verán.

Pues por exceder esta materia tanto mis fuerzas, quisiera (como dije) excusarme, mas venció la caridad y el deseo de aprovechar á

los hermanos, y especialmente á los que están dedicados al oficio de la predicación. Porque en este predicador evangélico verán claramente, como en un espejo limpio, las propiedades y condiciones del que este oficio ha de ejercitar.

Y porque la principal cosa que en las historias se requiere es la verdad, diré luego de qué fuente cogí todo lo que aquí escribiere. Primeramente aprovechéme de los memoriales que me dieron dos Padres sacerdotes, discípulos muy familiares suyos, que hoy día son vivos, que fueron el Padre Juan Díaz y el Padre Juan de Villaras, que perseveró dieciséis años en su compañía hasta la muerte; cuyas palabras que pasaron con el dicho Padre me será necesario referir aquí algunas veces cuando la historia lo pidiere.

Ayudarme he también de lo que yo supiere, por haber tratado muy familiarmente con este Padre (como dije) donde nos acaeció usar algún tiempo de una misma casa y mesa, y así pude más de cerca notar sus virtudes y el estilo y manera de su vida. También ayudarán para lo mismo sus escrituras, las cuales estos Padres susodichos sacaron á luz, mayormente sus cartas, en las cuales descubre el espíritu y celo que tenía de la salvación de las almas. Y como sean muy diferentes las materias que en ellas se tratan, así descubre él más la luz y experiencia que en todas ellas tenía. Y porque no todos tendrán estas cartas, me será necesario ingerir aquí algo de lo que en ellas sirviere para nuestro propósito.

También me pareció no escribir esta historia desnuda, sino acompañada con alguna doctrina, no traída de fuera, sino nacida de la misma historia. Porque no es de todos ingenios saber ponderar las cosas que leen y sacar de ellas la doctrina que sirve para la edificación de sus almas; en lo cual es razón que provea el historiador, pues es deudor á todos los hombres, sabios é ignorantes.

COMIENZA LA VIDA

DEL

PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA

PREDICADOR APOSTÓLICO DE ANDALUCÍA [1]

CAPÍTULO PRIMERO

De los principios de su vida.

AQUEL solícito Padre de familias que á todas las horas del día anda cogiendo obreros para cultivar su viña, jamás deja pasar edad alguna que no despierte algunos muy señalados obreros que con su trabajo é industria ayuden á esta labor. Entre los cuales fué Él servido de llamar este nuevo obrero, cuya vida comenzamos á escribir para gloria del mismo Padre de familias y de este obrero que Él escogió, suplicando al mismo Padre que, pues este Siervo suyo con tantos trabajos procuró su gloria, me dé Él parte de su espíritu y palabras con que yo pueda dignamente glorificar á este tan grande glorificador suyo, pues es justo que sea glorificado en la tierra el que tanto procuró todo el tiempo que vivió por glorificar al que reina en el cielo.

1 Como el pío lector habrá ya visto por el prólogo, es la misma que compuso con elocuencia inimitable y grande unción cristiana el cicerón español Fray Luis de Granada, gloria de la Orden de Predicadores y de la Iglesia universal. Se prefiere aquí á todas las demás Vidas del Beato, incluso la del Licenciado Muñoz, por ser la primera que salió á luz, concisa y á la vez bastante cabal y de manos tan autorizadas y tan santas, como se ofrecen á los ojos de todos las del Venerable Padre Maestro Fray Luis de Granada, que conoció y trató mucho al Bienaventurado Ávila, siendo su discípulo y, por tanto, testigo ocular en gran parte de las cosas que refiere. Mas la historia completa y perfecta de la Vida del Beato está por hacer y se desea.

Y aunque va poco en saber el origen de los padres que los siervos de Dios tuvieron en la tierra (pues tienen á Dios por Padre en el cielo), todavía se suele esto escribir para gloria de la tierra que este fruto produjo y de los padres que lo engendraron. Fué, pues, este Siervo de Dios natural de Almodóvar del Campo, que es en el arzobispado de Toledo. Sus padres eran de los más honrados y ricos de este lugar y (lo que más es) temerosos de Dios; porque tales habían de ser los que tal planta habían de producir y no tuvieron más que sólo este hijo.

Siendo él mozo de edad de catorce años, le envió su padre á Salamanca á estudiar Leyes, y poco tiempo después de haberlas comenzado le hizo Nuestro Señor merced de llamarle con un muy particular llamamiento. Y dejado el estudio de las Leyes volvió á casa de los padres, y como persona ya tocada de Dios les pidió que le dejasen estar en un aposento apartado de la casa, y así se hizo, porque era extraño el amor que le tenían. En este aposento tenía una celda muy pequeña y muy pobre, donde comenzó á hacer penitencia y vida muy áspera. Su cama era sobre unos sarmientos y la comida era de mucha penitencia, añadiendo á esto cilicio y disciplinas. Los padres sentían esto tiernamente; mas no le contradecían, considerando (como temerosos de Dios) las mercedes que en esto les hacía. Perseveró en este modo de vida casi tres años. Confesábase muy á menudo, y su devoción comenzó por el Santísimo Sacramento, y así estaba muchas horas delante de él; y de ver esto, y la reverencia con que comulgaba, fueron muy edificados así los clérigos como la gente del lugar. Pasando por allí un religioso de la Orden de San Francisco, y maravillado de tanta virtud en tal edad, aconsejó á él y á sus padres que lo enviasen á estudiar á Alcalá, porque con sus letras pudiese servir mejor á Nuestro Señor en su Iglesia, y así se hizo.

Ido á Alcalá, comenzó á estudiar las artes, y fué su maestro en ellas el P. Fray Domingo de Soto, el cual, vista la delicadeza de su ingenio, acompañada con mucha virtud, lo amaba mucho, y sus condiscípulos eran muy edificados con su ejemplo. Y en este tiempo se llegó á su amistad y compañía D. Pedro Guerrero, Arzobispo que después fué de Granada, que en este estado fué siempre muy su devoto y favorecedor de sus cosas.

Antes que acabase sus estudios fallecieron sus padres, y después de acabados (y saliendo de los más aventajados de su

curso, así por su buen ingenio como por la diligencia del estudio), siendo ya de edad competente se ordenó de Misa, la cual, por honrar los huesos de sus padres, quiso decir en su lugar, y por honra de la Misa, en lugar de los banquetes y fiestas que en estos casos se suelen hacer (como persona que tenía ya más altos pensamientos), dió de comer á doce pobres y les sirvió á la mesa, y vistió é hizo con ellos otras obras de piedad.

Mas dejados aparte estos principios, comenzaremos á tratar de lo que toca al oficio de su predicación. Y porque es estilo de Nuestro Señor, cuando escoge una persona para algún oficio, darle todas las partes y virtudes que para él se requieren, declararemos aquí las que á este Siervo suyo fueron concedidas, en las cuales verá el cristiano lector la imagen de un predicador evangélico, que es lo que yo en esta historia pretendo declarar con ayuda de aquel Señor que estas partes y gracias le concedió, lo cual otros escritores hicieron, aunque en diferentes materias. Porque Xenophonte, clarísimo orador y filósofo de Grecia, escribe la historia de Ciro el Mayor (que es el que restituyó los judíos á su tierra después del cautiverio de Babilonia, cuyas victorias y triunfos escribe no solamente Herodoto, sino, lo que más es, el Profeta Isaías muchos años antes que él naciese), en la cual historia trabaja por dibujar las virtudes que un muy acabado y perfecto Rey ha de tener; y porque este Rey (aunque muy valeroso) no las tenía todas y ésas que tenía no eran verdaderas virtudes, sino aparentes, suple él y pone de su casa lo que á él le faltaba. Mas yo aquí entiendo formar un predicador evangélico con todas las partes y virtudes que ha de tener, mas no poniendo yo nada de mi casa, sino mostrándolo en la vida y ejercicios de este nuestro predicador. Y para llevar algún orden en esta historia, trataré primero de las virtudes y gracia que Nuestro Señor le concedió para este oficio, y luego de las virtudes especiales de su persona, y después del oficio de su predicación y fruto de ella que de todo lo susodicho se siguió.

CAPÍTULO II

Primera parte: de cómo nuestro predicador procuró imitar al Apóstol San Pablo en el oficio de la predicación, y de las principales partes que para este oficio se requieren.

Pues habiéndose determinado este siervo de Dios de emplearse todo en el oficio de la predicación, para lo cual tantos años había trabajado en las letras, deseando por este medio procurar, no honras ni dignidades, sino la salvación de las almas, la primera cosa que hizo fué procurar las expensas que para este oficio se requieren. Y éstas eran las que el Salvador declaró cuando dijo [1]: "Si alguno no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo." Lo cual cumplió él tan enteramente, que venido á su patria repartió toda la herencia que de sus padres le había quedado con los pobres, sin reservar para sí más que un humilde vestido de paño basto, en lo cual cumplió lo que el mismo Señor dijo á sus discípulos [2] cuando los envió á predicar, mandándoles que no llevasen bolsa ni alforja, sino la fe y confianza en Dios, porque con esta provisión nada les faltaría. Lo cual también se cumplió en nuestro predicador, porque todo el tiempo que vivió, ni tuvo nada, ni quiso nada, ni nada le faltó; mas antes siendo pobre, remedió á muchos pobres, y así pudo decir aquello del Apóstol [3]: "Vivimos como pobres, mas enriquecemos á muchos, y como quien nada tiene y todas las cosas posee."

Asentado ya este fundamento, determinó buscar un guía á quien seguramente pudiese seguir, y no halló otro más conveniente que al Apóstol San Pablo, dado por predicador de las gentes. Ni esto tuvo por soberbia, pues el mismo Apóstol á esto convida á todos los fieles diciendo: "Hermanos, sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo [4]." Y aunque este ejemplo sea tan alto que nadie pueda llegar á él, mas (como dice un sabio) más alto subirán los que se esforzaren por subir á lo alto que

1 Luc., XIV.
2 Luc., IX.
3 II Cor., VI.
4 I Cor., IV.

los que perdida la esperanza de esto se quedaren en lo bajo. Y cuán bien haya sucedido á este Padre poner los ojos en este dechado, adelante se verá.

CAPÍTULO III

Del amor de Dios que ha de tener el predicador, y el que tenía este Padre.

Comenzando, pues, por las principales partes y virtudes que el perfecto predicador ha de tener (si alguno hay que llegue á serlo), la primera es amor grande de Dios. Lo cual se entiende por las palabras y ceremonia con que el Salvador encomendó á San Pedro [1] el oficio de apacentar sus ovejas, preguntándole si le amaba más que los otros sus compañeros, repitiendo tantas veces esta pregunta que el mismo Apóstol se angustió con ella, y á cada una de ellas añadía: "Apacienta mis ovejas." Pues con la repetición de estas preguntas del amor de Dios nos da el Salvador á entender que la primera y más principal parte que se requiere para la salvación de la almas es el amor de Dios (cuando está muy encendido) por las grandes ayudas y fuerzas que para este oficio nos da. Lo cual por sus pasos contados iremos declarando en el proceso de esta historia. Y por esto, escogiendo el Salvador al Apóstol San Pablo para este ministerio, le infundió una tan grande caridad y amor de Dios, que (como él dice) [2] ninguna cosa de cuantas había criadas (que él allí cuenta por menudo) había de ser parte para apagar la llama de este divino amor que en su corazón ardía. Y este fué el que le hizo salir vencedor en tantas batallas y contradicciones del mundo y el que nunca le pudo tapar la boca ni atar la lengua, estando atado y preso, para dejar de predicar el nombre de Cristo.

Entendía también esta doctrina nuestro predicador, el cual, siendo preguntado por un virtuoso teólogo qué aviso le daba para hacer fructuosamente el oficio de la predicación, brevemente le respondió: "Amar mucho á Nuestro Señor." Esto dijo como quien tiene experiencia de cuántas ayudas nos da este amor para ejercitar este oficio. Porque de este amor primera

1 Joann., XXI.
2 Rom., VIII.

mente nace una sed insaciable de la gloria de Dios, y porque él es glorificado con la santidad y pureza de vida de sus criaturas, de aquí les nace un tan entrañable deseo de esta pureza, que de día y de noche otra cosa no piensan ni sueñan, y no hay trabajo ni peligro á que no se ofrezcan alegremente por ella, teniendo por ganancia perder la vida por salvar un alma. Lo cual nos muestra el Apóstol en su persona, no sólo por los inmensos trabajos y persecuciones que padeció, sino más particularmente por aquellas palabras que escribe á los fieles de Corinto, donde dice [1]: "De muy buena voluntad me entregaré y ofreceré de todo corazón por vosotros á la muerte, aunque amándoos yo más, sea menos amado de vosotros." Y en otro lugar [2]: "Si yo (dice él) fuere sacrificado y padeciere muerte por haberos predicado el Evangelio, en esto me gozaré y alegraré juntamente con vosotros, y vosotros también os alegraréis conmigo, dándome el parabién de esta gloria." Tal es, pues, el amor para con los prójimos que de este amor divino procede, y tal el deseo de la salvación de ellos que bastó para hacer que el Apóstol [3] se ofreciese á ser anatema de Cristo por amor de ellos. Y este mismo amor y deseo hizo que corriese por todo el mundo, cercando la mar y la tierra, y se ofreciese á todos los peligros y trabajos por esta causa, como él lo declara cuando dijo [4]: "Todas las cosas sufro por amor de los escogidos, porque ellos alcancen la heredad que Dios les tiene preparada."

Este es, pues, el principal instrumento que sirve para este oficio. Porque como el amor de los padres para con los hijos les hace trabajar y sudar para criarlos y sustentarlos, y á veces ir hasta el cabo del mundo, atravesando los mares, por buscarles remedio de vida, así el amor sobrenatural que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los que han de ser padres espirituales, les hace ofrecer aún á mayores trabajos y peligros con deseo de aprovecharles. Porque no es menor ni menos eficaz este amor espiritual que el carnal para este oficio. Lo cual testifica San Ambrosio por estas palabras [5]: "No es menor el amor espiritual que tengo á los hijos que engendré con la pala-

1 I Cor., XII.
2 Philip., II.
3 Rom., IX.
4 Tim., II.
5 Amb., lib. I *De Offic.*, cap. VII.

bra del Evangelio, que si corporalmente los engendrara, porque no es menos poderosa la gracia que la naturaleza. „

Esto, pues, veremos ahora verificado en nuestro predicador, porque estaba tan encendido y transformado en este amor y deseo de salvar las almas, que ninguna cosa hacía ni pensaba ni trataba sino como ayudar á la salvación de ellas. Lo cual hacía él con sus continuos sermones y confesiones y exhortaciones y públicas lecciones, ayudando á los presentes con la doctrina y á los ausentes con sus cartas, y no sólo por su persona, sino por medio de los discípulos que había criado á sus pechos, enviándolos á diversas partes para que hiciesen esos mismos oficios. Y para esto determinaba el criar ministros que á su tiempo diesen fruto y pasto de doctrina al pueblo. Para lo cual procuraba que en las principales ciudades de Andalucía hubiese estudios de Artes y Teología, y él proveía de lectores adonde no los había. Y en otras partes donde se ofrecía más comodidad procuraba que hubiese Colegio de teólogos para lo mismo. Y no contento con esto, también se extendía su providencia á dar orden como se diese doctrina á los niños para que juntamente con la edad creciese en ellos la piedad y el conocimiento de Dios. Todas estas obras é industria eran centellas vivas que procedían de aquel fuego de amor que ardía en su corazón y le causaba este deseo. De lo cual todo se trata adelante más en particular.

CAPÍTULO IV

Del fervor y espíritu con que se ha de predicar, y el que tuvo este Padre.

De este mismo amor y deseo procedía también el grande fervor y espíritu con que predicaba; porque decía él, que cuando había de predicar, su principal cuidado era ir al púlpito templado. En la cual palabra quería significar que como los que cazan con aves procuran que el azor ó el halcón con que han de cazar vaya templado, esto es, vaya con hambre, porque ésta la hace ir más ligera tras la caza, así él trabajaba por subir al púlpito, no sólo con actual devoción, sino también con una muy viva hambre y deseo de ganar con aquel sermón alguna ánima para Cristo; porque esto le hacía predicar con

mayor ímpetu y fervor de espíritu. Este deseo es un especialísimo don del Espíritu Santo, sin cuya virtud nadie (por mucho que haga) lo podrá alcanzar. El cual deseo nos representa los dolores de parto que tenía aquella misteriosa mujer que San Juan vió en su revelación, de la cual dice [1] que padecía grandes tormentos por parir. Lo cual nos representa el ardor y deseo que los amadores de la honra de Dios tienen de engendrar hijos espirituales que le honren y glorifiquen. Y este mismo deseo es el que les da, no sólo fervor y eficacia para predicar, sino también les enseña cosas con que prendan y hieran los corazones.

Y porque somos tan de carne que no entendemos la dignidad y el peso de las cosas espirituales sino por ejemplo de los carnales, imaginemos ahora lo que haría una madre si supiese cierto que un solo hijo que tenía quisiese ir á desafiar á otro hombre y matarse con él. Pregunto, pues: en este caso, ¿qué haría? ¿qué diría? ¿con qué lágrimas, con qué ruegos, con qué razones procuraría revocar al hijo de tan mal camino? ¿y cuán ingeniosa y elocuente alabaría para esto el amor de él? Pues por aquí entenderemos lo que obra en los grandes amadores de Dios el deseo de la salvación de las ánimas y el dolor de su perdición, y cuántas y cuán eficaces razones les trae para ello á la memoria este mismo amor y dolor.

Y quien quisiere entender algo de este espíritu, lea *Los Profetas*, que fueron los predicadores que Dios escogió para reprender los pecados del mundo, y señaladamente los primeros capítulos del Profeta Jeremías, y verá en ellos tanta elocuencia divina que ni Tulio ni Demóstenes supieran usar de tanta variedad de figuras y sentencias y exclamaciones para afear y encarecer la ingratitud y malicia de los hombres, como este Profeta lo hace; porque la indignación y sentimiento que el Espíritu Santo criaba en sus corazones les daba cosas que decir con que confundiesen los hombres desconocidos y rebeldes á Dios.

Y este mismo espíritu y sentimiento tenía nuestro glorioso Padre Santo Domingo, de quien se escribe [2] que ardía su corazón como una hacha encendida por el dolor de las ánimas que perecían. Y este dolor le hacía decir cosas maravillosas cuando predicaba, para confundir y mover los corazones de los que

1 Apoc., XII.
2 *Eccl. in hymno Matut.*

le oían. Y así, preguntándole una vez dónde había leído aquellas cosas tan excelentes que predicaba, brevemente respondió que en el libro de la caridad; porque el deseo tan encendido que tenía de la conversión de las ánimas le enseñaba á decir estas maravillas para convertirlas.

Pues en este libro (que para todos está abierto) había también leído en su manera este Siervo de Dios, y éste le hacía predicar con tan grande espíritu y fervor que movía grandemente los corazones de los oyentes; porque las palabras que salían como saetas encendidas del corazón que ardía, hacía también arder los corazones en los otros; porque es tan grande la fuerza de este espíritu, y excede tanto el común estilo y lenguaje de los predicadores, que como los magos de Faraón, vistas las señales que hacia Moisés [1], entendieron que allí intervenía el dedo de Dios, que es la virtud y fuerza sobrenatural suya, así, cuando este Padre predicaba, movido con este grande soplo y espíritu de Dios, luego entendían los hombres que aquellas palabras salían de otro espíritu más alto que el humano.

Pues el que de veras y de todo corazón desea aprovechar y mover los corazones de los otros, pida él á Nuestro Señor le dé el afecto y sentimiento que quiere causar en ellos. Lo cual nos enseñan los mismos maestros de la elocuencia, aunque en diferente materia. Uno de los cuales, tratando de la manera que el orador ha de mover los corazones de los que le oyen, comprende en pocas palabras cómo esto se ha de hacer, diciendo que la suma de todo este artificio consiste en que esté dentro de sí movido el que quiere mover á los otros [2]: *Ut a tali, inquit, animo proficiscatur oratis, qualem facere judicem volet. An ille dolebit, qui audiet me, cum hoc dicam, non dolentem (irascetur, si nihil ipse), qui in iram concitat, idque exigit, simile patiatur? Siccis agenti oculis, judex lacrymas dabit? Fieri non potest. Nec incendit nisi ignis nec madescimus nisi humore, nec res ulla dat alteri colorem, quem ipsa non habet.* Quiere, pues, decir este maestro de la elocuencia, que de tal corazón y sentimiento salgan las palabras cual es el que quiere imprimir en los ánimos de los otros; porque de otra manera, ¿cómo podrá mover á dolor quien no se duele con lo que me dice? ¿Y cómo podrá mover á ira é indignación el que me quiere mover á ella,

1 Exod., VIII.
2 *Fab.*, lib. VI, cap. V.

si él no la tiene? ¿Cómo haré llorar á los otros, si yo que esto pretendo tengo los ojos enjutos? No es posible; porque no calienta sino el fuego, ni nos moja sino el agua, ni cosa alguna da á otra el color que ella no tiene. Esto escriben los que enseñan la manera que hemos de mover los corazones de los que nos oyen, sin lo cual (como este autor dice) nunca se moverán.

Mas este afecto no se despierta en nosotros con las reglas que ellos dan, porque este es (como dijimos) un especialísimo don del Espíritu Santo, el cual por ningún arte ni regla se puede alcanzar; porque no basta toda la facultad é industria humana para hacer lo que obra el Espíritu divino. Y porque no todos los predicadores tienen este Espíritu, ni mueven los corazones, ni los apartan de los vicios; porque por experiencia vemos cuán lleno está el mundo de predicadores, y no vemos esa mudanza de vida en los oyentes. Lo contrario de lo cual mostraremos adelante cuando tratemos del fruto de los sermones de este Padre.

Aquí es bien avisar que una de las cosas que más enciende este deseo de aprovechar, es haber ya aprovechado sacando algunos de pecado ó haciéndoles mudar la vida de bien en mejor; porque no se puede ofrecer lance de mayor ganancia que la salvación de un ánima, ni hay trabajo más bien empleado que el que obra lo que la sangre de Cristo obró. Pues cebado el predicador con este tan grande fruto de su trabajo, y alegre con ver una ánima librada de las gargantas del dragón infernal y restituída á su Criador, procura en sus sermones enderezar todas las cosas á este fin. Y concibe en su ánima una nueva alegría y confianza de su salvación, esperando que no permitirá Nuestro Señor que se pierda quien á otros libró de la perdición. Lia, mujer del Patriarca Jacob, después que se vió parida de tres hijos, se alegró mucho, diciendo [1]: "Ahora me querrá más mi marido porque le he parido tres hijos." Pues según esto, ¿cuánta alegría y confianza tendrá el que con el oficio de la predicación hubiere engendrado, no tres, sino muchos hijos espirituales para gloria de Cristo? Pues este cebo tan dulce animó tanto á nuestro predicador, que le hacía día y noche trabajar para esta caza, y éste le daba el fervor y espíritu con que predicaba, y le hacía encaminar todas las palabras y razones que predicaba á este fin.

1 Genes., XXIX.

CAPÍTULO V

Del sentimiento que se debe tener de los que caen en pecado, y el que tuvo este Padre.

Mas porque, como es cierto, que no hay amor sin dolor, como el amor de los prójimos nos hace procurar con estas ansias la salud de sus almas y alegrarnos con el remedio de ellas, así, por el contrario, sus caídas son á los tales amadores materias de tan gran dolor, que no les alegra tanto la salud de los que se convierten cuanto les aflige la tristeza de los que caen.

Con este dolor llora el Apóstol la caída de algunos de los fieles de Corinto, por estas palabras [1]: "Con mucha tribulación y angustia de mi corazón os escribí, y con muchas lágrimas; no para daros pena, sino para que veáis el amor que os tengo, el cual me es causa de este dolor." Y más adelante, en la misma carta, renueva esta querella, diciendo [2]: "Tengo temor que no os hallaré de la manera que yo querría, y que cuando viniere á vuestra tierra halle pasiones y disensiones entre vosotros, etcétera, y que con esto me humille Dios y llore los pecados de los que le han ofendido y no han hecho penitencia de ellos." De esta manera lloraba y sentía este piadoso Padre las caídas de sus hijos teniéndolas por suyas propias, y por esto decía que le humillaba y afligía Dios con ellas. Pero aún más claramente muestra él este sentimiento en la carta que escribió á los de Galacia porque se habían desviado de la sinceridad del Evangelio, lo cual fué para el santo Apóstol un intolerable tormento, y heridas sus piadosas entrañas con este golpe, parece que se estaba deshaciendo por sacarlos de este tan grande error. Y así les dice [3]: "Hijuelos míos, que os vuelvo ahora de nuevo á engendrar con dolores de parto para que sea formado y renovado Cristo en vuestros corazones." Y porque por carta no podía significar la grandeza de este su dolor, añade luego diciendo: "Quisiera hallarme ahora entre vosotros y mudar mi voz, porque me confunde esta vuestra caída." Y decir mudar mi voz, es decir querría mudar mil semblantes y figuras y usar

1 II Cor., II.
2 II Cor., XII.
3 Galat., IV.

de todos cuantos medios y razones pudiese, y tentar todas las vías posibles, ya con ruegos, ya con lágrimas, ya con temores y amenazas de la divina Justicia, y finalmente, querría deshacerme todo delante de vosotros para libraros de tan grande mal. Todo esto comprende aquella breve palabra mudar mi voz.

Este es, pues, el dolor y sentimiento que tienen los espirituales Padres cuando ven que los hijos que ellos engendraron á Cristo cayeron en alguna culpa, y con su caída entristecieron los ángeles y alegraron los demonios. Pues de esta manera sentía este imitador y discípulo de San Pablo las caídas de sus espirituales hijos, como él lo declara en una carta que escribe á un predicador, cuyas palabras, por ser mucho para anotar, me pareció transcribir aquí.

Pues en esta carta, después de haber explicado los trabajos que se pasan en la educación de estos hijos para que no mueran, dice así: "Porque si mueren, créame, Padre, que no hay dolor que á éste se iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimoso en este mundo como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre. ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno; no con ver que si unos mueren, otros nacen; no con decir (lo que suele ser suficiente consuelo en todos los otros males) el Señor lo dió, el Señor lo quitó [1], su nombre sea bendito: porque como sea el mal del ánima y pérdida en que pierde el ánima á Dios, y sea deshonra del mismo Dios y acrecentamiento del reino del pecado (nuestro contrario bando), no hay quien á tantos dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, porque el amor hace que cada cosa que veamos y oigamos luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría, si posible fuese. Cierto, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos los otros.

„Por tanto, á quien quisiere ser padre, conviénele tener un corazón tierno y muy de carne para tener compasión de los hijos (lo cual es un gran martirio), y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da; porque no derriben al padre, ó le hagan del todo dejar el oficio, ó desmayar, ó pasar

1 Cor.

algunos días que no entienda sino llorar: lo cual es inconveniente para los negocios de Dios en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante, y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar; sino habiendo ganas de llorar con unos, ha de reir con otros, y no ha de hacer como hizo Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprendido de Moisés porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él [1]: "¿Cómo podía yo agradar á Dios en las cere-„monias con corazón lloroso?„

„Acá, Padre, mándanos que siempre busquemos el agradecimiento de Dios y pongamos lo que nuestro córazón quiera; porque por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De suerte, que si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado, y si salen malos, dan una tristeza muy triste. Y así, no es el corazón del padre, sino un recelo continuo y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de la vida de ellos, como San Pablo decía [2]: "Yo vivo si vos-„otros estáis en el Señor.„ Hasta aquí son palabras de la dicha carta, tan sentidas y dignas de ser impresas en nuestros corazones, como ellas lo muestran. Las cuáles bastantemente declaran el espíritu y el celo y deseo que este siervo de Dios tenía de la salvación de las ánimas, pues tanto sentía sus caídas.

CAPÍTULO VI

Del amor que ha de tener y mostrar á los prójimos, y del que tenía este predicador.

Y no sólo imitaba al Apóstol en este doloroso sentimiento susodicho, sino también en otra cosa que grandemente ayuda á la edificación de los prójimos, que es en la ternura del amor que el santo Apóstol tenía y mostraba á sus hijos, con que robaba y cautivaba sus corazones y hacía que amasen y estimasen la doctrina por ser de la persona que amaban y estimaban; porque cuando la persona es agradable, todas las cosas también lo son. Este amor muestra el Apóstol en todas las cartas que escribe á sus espirituales hijos. Y así, en la que escribe á los

1 Levit., X.
2 Lev., X.

de Thesalónica, dice así [1]: "Hemos hecho como niños entre vosotros y como una ama que cría y regala sus hijos, amándoos con tan grande amor que quisiéramos ofreceros no sólo el Evangelio, sino también nuestras vidas por la grandeza del amor que os tenemos." Y en otra que escribe á los fieles de la ciudad de Philipos, encendido con este amor, concluye su carta con estas palabras [2]: "Por tanto, hermanos míos amantísimos y muy deseados, gozo mío y corona mía, perseverad, carísimos míos, en el Señor." Y á los de Corinto, después de haber echado perlas preciosas por aquella boca santísima, al cabo dice así [3]: "Nuestra boca está abierta para enseñaros á vosotros los de Corinto, y nuestro corazón está dilatado y ensanchado con la caridad y amor que á todos vosotros tengo, y así todos cabéis en él, y no estrecha, sino holgadamente; mas vuestro corazón está para mí estrecho." En las cuales palabras este divino amador, con unos santos celos se queja que no corresponden ellos con amor á la grandeza del amor que él les tenía; porque cabiendo todos ellos holgadamente en su corazón, él no cabía con esta anchura en el de todos ellos. Pues de esta manera este amoroso Padre, así en estos lugares como en otros de sus cartas, mayormente á los principios de ellas, trabaja como prudente ministro del Evangelio por aficionar los corazones de los fieles á su persona, porque de esta manera los aficionase á su doctrina.

Pues siendo este cebo de amor tan eficaz para cazar las ánimas, no era razón que á este nuestro cazador, y tan solícito imitador del Apóstol, faltase este mismo cebo. Y lo que de esto puedo, en suma, decir es que no sabré determinar con qué ganó más ánimas para Cristo, si con las palabras de su doctrina ó con la grandeza de la caridad y amor, acompañado de buenas obras que á todos mostraba; porque así los amaba y así se acomodaba á las necesidades de todos, como si fuera padre de todos, haciéndose (como el Apóstol dice) [4] todas las cosas á todos por ayudar á todos. Consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, socorría á los tentados, enseñaba los ignorantes, despertaba los perezosos, procuraba levantar los caídos, mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas; no con ira,

1 Thes., II.
2 Philip., IV.
3 II Cor., VI.
4 I Cor., IX.

sino con espíritu de mansedumbre, como lo aconseja el Apóstol [1]. Todas las necesidades de los prójimos tenía por suyas, y así las sentía y procuraba el remedio que podía. Con esto se juntaba una singular humildad y mansedumbre (que son las dos virtudes que hacen á los hombres más amables), y sobre todo era tan señor de la ira, que no pienso (por cosas que acaeciesen) que jamás le viese nadie airado; afligido, sí, por los males ajenos, gozándose con los que se gozan y llorando con los que lloran.

Esta caridad y amor para con todos muestra él en el principio de sus cartas, declarando el amor y memoria que tiene de aquellos á quien escribe, y el deseo de su aprovechamiento y cuidado de encomendarlos á Nuestro Señor. Mas no aprendió él esto de los preceptos de los retóricos (que así mandan que se haga cuando quieren algo persuadir), sino aprendiólo del espíritu de la caridad que en su corazón ardía, la cual hacía saltar estas centellas de amor afuera, porque lo que abundaba en el corazón salía por la boca. En lo cual también imitaba á su maestro San Pablo, que lo mismo hace al principio de sus cartas, como ya dijimos; porque el Espíritu Santo, que enseñaba al Apóstol comenzar sus cartas declarando la memoria y el cuidado y amor que tenía á aquellos á quien escribía, enseñó á éste su imitador y discípulo á hacer lo mismo. De esta manera, pues, mostraba este Siervo de Dios á los presentes con palabras, y á los ausentes con cartas, el amor entrañable que á todos tenía; lo cual de tal manera se persuadían los que familiarmente le trataban, que cada uno pensaba que él era el más privado de todos, ó singularmente amado; porque así amaba á todos como si para cada uno tuviera un corazón, lo cual es propio del amor que se funda en Dios; porque lo que se ama por interés, cesando éste, cesa el amor; lo que se ama por Dios (que es por hacer su santa voluntad), mientras ésta dura, siempre se ama.

Pues con estas muestras y obras de amor aficionaba á sí los ánimos de aquellos con quien trataba; porque como no hay cosa que encienda más el fuego que otro fuego, así no hay cosa que encienda más un amor que otro amor. Y aficionados así los corazones, se aficionaban también á todas sus palabras y obras, y de esta manera leían sus cartas. Por donde el que recibía una

1 Galat., VI.

suya, la apreciaba más que un gran tesoro. De esta manera, pues, el prudente ministro, con este amor, ablandaba la cera de los corazones, y con la palabra de Dios imprimía el sello de la doctrina en ellos.

CAPÍTULO VII

De la elocuencia y lenguaje de nuestro predicador.

Con todo lo que hasta aquí está dicho no hemos aún llegado á lo que más de cerca sirve al oficio de la predicación, que es la ciencia y la elocuencia que para este oficio son necesarias: la una para saber las cosas que se han de predicar, y la otra para saber cómo se han de explicar. Y si dijésemos que estas dos facultades nos da también la caridad, como todo lo demás que hasta aquí se ha dicho, no erraremos en ello; porque cuanto á la primera, que es la ciencia, también ésta en su manera nos enseña la caridad, como el Apóstol lo significa cuando escribiendo á los fieles de la ciudad de Philipos, dice así [1]: "Esto pido, hermanos, á Nuestro Señor, que vuestra caridad más y más abunde en toda sabiduría y en todo buen sentido y juicio, para que sepáis escoger lo mejor y lo que más os conviene." En las cuales palabras vemos cómo el Apóstol atribuye á la caridad el conocimiento de las cosas que pertenecen á nuestra salud.

Mas yo aquí, además de la virtud de la caridad, añado que este ministro de Dios tuvo particular don de ciencia y elocuencia para este ministerio. Y en declarar lo que toca á la elocuencia no me detendré mucho, porque bastará decir que los que entienden en qué consiste la suma de la verdadera elocuencia, no la echarán de menos en las escrituras de este Padre; porque no consiste la fuerza de esta facultad en multiplicar muchas palabras que signifiquen lo mismo, ni en algunas florecitas de metáforas y vocablos exquisitos; porque, como dice un gran maestro de este artificio [2]: *Majori animo aggredienda est eloquentia; quae si toto corpore valet, ungues polire, et capillum reponere, ad curam suum non existimabit pertinere.* Quiere decir: "Con mayor ánimo ha de abrazar el hombre la elo-

1 Philip., I.
2 Fab., I, 8.

cuencia, la cual, si tuviere el cuerpo esforzado y valiente, no hará caso de tener cortadas las uñas y el cabello muy peinado.„ Pues esta manera de verdadera y sólida elocuencia se verá en muchos lugares de las escrituras de este Padre, mayormente en sus cartas. En las cuales unas veces consuela los tristes, otras esfuerza los pusilánimes, otras exhorta á padecer por Dios trabajos, otras mueve los ánimos al menosprecio del mundo, al dolor de los pecados, á poner toda su confianza en Dios, y otras á otros afectos y virtudes semejantes. Lo cual hace con tanta fuerza de razones y consideraciones, y testimonios y ejemplos de la Santa Escritura, que deja al hombre consolado y esforzado y persuadido en lo que él pretende.

Y para prueba de esto, no quiero alargar los plazos, sino véase la segunda carta del primer tomo de su *Epistolario*, en la cual esfuerza á un predicador á no hacer caso de las persecuciones de los malos. Lo cual le persuade con tanta fuerza de razones, que bastarían para persuadir y convencer un corazón de piedra. ¿Pues cuál otro es el fin de la verdadera elocuencia sino éste? Porque como el fin de la medicina es sanar, así el de la elocuencia es persuadir. De donde se sigue que como aquél será mejor médico que más enfermos sanare, así aquél será más elocuente el que con mayor eficacia persuadiere. Y los que esto pretenden hacer con solas palabras sin los nervios de las razones, son como árboles cargados de hojas y de flores sin fruto alguno, y por eso podrá ser que éstos deleiten los oídos, mas no moverán los corazones.

Ni tampoco en el lenguaje de las palabras con que explica sus conceptos (que es la menor parte de la elocuencia) carece de ella. Para prueba de ello, alegaré el ejemplo de Demóstenes, príncipe de los oradores de Grecia, el cual es alabado entre todos los oradores; porque siendo sus razonamientos y oraciones muy estudiadas, no mostraba algún linaje de artificio y estudio, por ser su lenguaje tan propio y tan natural que, si la naturaleza hablara, parece que de aquella manera hablara. Pues este lenguaje, ajeno de toda afectación y artificio, que basta para explicar el predicador sus conceptos, es el que más conviene para persuadir y mover los corazones. Y si algunas veces usa de metáforas, son de las que más al propio explican las cosas que quiere declarar, nacidas de las mismas cosas que trata y no acarreadas de fuera. Porque los predicadores que

hacen lo contrario y pretenden mostrarse elegantes y buenos romancistas, sepan que muy poco aprovecharán. Porque los oyentes que tienen algún juicio, entienden que el que así predica, se va escuchando y saboreando y floreando en lo que dice, pretendiendo más mostrarse muy hablador que deseoso de aprovechar: porque verdadera es aquella sentencia de los retóricos, que dice [1]: *Iacent sensus in oratione, in qua verba laudantur.* Quiere decir, que pierden los hombres la atención á las cosas cuando son muy elegantes las palabras, porque éstas hurtan la atención á las sentencias, y no miran lo que se les dice por mirar cómo se les dice. Lo bueno que tienen los tales predicadores es que siempre salen con lo que pretenden, porque su intención principal es agradar más á los oídos que herir los corazones, y desear más las alabanzas del pueblo que la gloria de Cristo. Mas el que desea cumplir con él, y no pende del decir de los hombres apasionados, sino del testimonio de Dios y de su conciencia, procure que su lenguaje sea el de este Padre, ajeno de toda curiosidad y vanidad y artificio, y así obrará más con sus buenas razones que con elegantes y pulidas palabras.

Y el que quisiere ver algunos lugares de sus escritos, tratados con grande elocuencia, lea en el *Audi filia*, en el capítulo XXXII, el cual va impreso en este tratado, de la manera que amplifica la misericordia y la facilidad con que perdonó al Rey Ezequías, revocando la sentencia que estaba ya promulgada. Y lea también en este mismo libro el cap. LXVIII donde trata este lugar de los cantares.

"Salid, hijas de Sión [2], y veréis al Rey Salomón con la corona que le coronó su madre, etc." Y no deseará más elocuencia que la que aquí verá: mas ésta no salida de los preceptos y reglas de los retóricos (aunque muy conforme á ellos), sino de la caridad y de las entrañas de compasión que este amador de Cristo les tenía. Porque propiedad es de todos los afectos y pasiones (cuando son vehementes) hacer á los hombres elocuentes, mayormente el amor y el dolor. Y de estas dos fuentes procedió aquí la elocuencia de este lugar; en el cual la pluma escribía lo que el amor y el dolor (ó, por mejor decir, el Espíritu Santo) le dictaba.

1 Fab., I, 8.
2 Cant., III.

CAPÍTULO VIII

De la especial lumbre y conocimiento que á este Siervo le fué dado.

Hasta aquí hemos tratado de la elocuencia de nuestro predicador; ahora será razón tratar de lo que importa más, que es la ciencia y la especial lumbre de Nuestro Señor que para este oficio le fué dada. Y porque de esto no tenemos revelación, muéstrase por las conjeturas é indicios que esto nos testifican.

Entre los cuales el primero es el fruto admirable y extraordinario sobre todo lo que se puede explicar, que hizo con sus sermones en una gran parte de Andalucía, sacando muchas ánimas de pecado, esforzando á otras á mudar de vida, de lo cual trataremos más adelante. Porque siendo propio de la palabra de Dios no volver á él vacía [1] (como el Profeta dice), mas antes acabar prósperamente todo lo que pretende, argumento es que eran palabras de Dios dadas á este su Siervo las que en éste tan excelente efecto hacían.

Mas pasemos á otro mayor indicio de esta gracia, que es la facilidad y presteza que tenía así en el estudio de los sermones como en las cartas que escribía. Porque él me decía que la noche que precedía al día del sermón, le bastaba para estudiarlo. Y con ser tales los sermones, y frecuentados de tantos oyentes, que las más de las veces duraban dos horas, no le costaban más que el estudio de una noche (de modo, que más tiempo gastaba en predicarlos que en estudiarlos), costando á otros el trabajo de una semana y el revolver unos y otros libros. Mas como se dice del gran Antonio, que tenía la memoria por libros, así él tenía por libros en su pecho la lumbre del Espíritu Santo que le enseñaba todo lo que había de decir.

Mas en un tiempo determinando, ser más breve en los sermones, me decía, que estudiaba más para esto. En lo cual entenderemos que eran tantas las riquezas y tanta la afluencia de las cosas que su buen espíritu le ofrecía, que tenía necesidad de más estudio, no para hallar qué decir, sino acortar lo que se le ofrecía que decir. Mas de la eficacia de sus sermones ya dije que trataríamos adelante: ahora diremos de sus cartas, en las cuales no es menos admirable que en los sermones.

1 Isa., LV.

CAPÍTULO IX

De la excelencia de sus cartas.

Y primeramente, como este Siervo de Dios (según que al principio dijimos) determinó cumplir lo que el Apóstol nos pide [1], que seamos imitadores suyos, como él lo era de Cristo; viendo él cómo el santo Apóstol, no sólo con palabras en presencia, sino con cartas en ausencia, pretendía atraer todos los hombres á Cristo, así este humilde discípulo é imitador suyo de ambas cosas se aprovechaba para que de presente y ausente siempre tratase este mismo negocio. Y así entre cuantos predicadores hubo en su tiempo, él solo se señaló en esta diligencia, escribiendo tantas maneras de cartas para diversas necesidades como veremos ahora impresas, las cuales nunca él imaginó que saliesen á luz como ahora han salido por industria y diligencia de los fieles discípulos que de diversas partes las recogieron. Y así, como hombre transformado en este deseo de salvar las ánimas, en todo tiempo y lugar trataba de él, en casa y fuera de casa, predicando en público y escribiendo en secreto.

Pues en estas cartas veremos la especial facultad y gracia que Nuestro Señor le había dado. Porque siendo tantas y tan diferentes las materias sobre que escribía cuantas eran las necesidades que se le ofrecían, á todas acudía tan de propósito como si en solas aquéllas estuviera ocupado. De esta manera consuela los tristes, anima los flacos, despierta los tibios, esfuerza los pusilánimes, socorre á los tentados, llora á los caídos, humilla á los que de sí presumen. ¡Y es cosa de notar ver cómo descubre las artes y celadas del enemigo, qué avisos da contra él, qué señales para conocer los hombres su aprovechamiento ó desfallecimiento! ¡Cómo abate las fuerzas de la naturaleza! ¡Cómo levanta las de la gracia! ¡Con qué palabras declara la vanidad del mundo, y la malicia del pecado y los peligros de nuestra vida! ¡Cuán copioso y continuo es en exhortarnos á la confianza en la Providencia paternal de Dios y en los méritos y sangre de Cristo!

1 I Cor., XI.

Y como sea verdad lo que el Apóstol dice [1], que todas las Escrituras santas sirven para nuestra doctrina para que por la paciencia y consolación que nos dan se esfuerce nuestra esperanza, es cosa para notar cuánta eficacia tienen sus palabras para movernos á la paciencia en los trabajos, para alegrar los tristes y para consolar los desconsolados. En las cuales cosas es tan extremado, que puede él en su manera decir aquellas palabras del Profeta [2]: *Dominus dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lassus est, verbo.* Quiere decir: "El Señor me ha dado una lengua discreta para que sepa yo con mis palabras sustentar á los flacos para que no caigan. „

Y no contento con esto, avisa también á las personas de diversos estados lo que deben hacer, imitando al Apóstol, que al fin de sus cartas hace lo mismo, y conforme á esto da sus documentos á los señores de vasallos para cumplir con la obligación de sus estados. Así también da sus avisos á los sacerdotes para que dignamente celebren, y á los predicadores para que fructuosamente prediquen, y á las vírgenes desposadas con Cristo para que guarden con todo estudio el tesoro de su pureza virginal, y así á todos los demás. En lo cual parece que el pecho de este padre era una espiritual botica donde el Espíritu Santo había depositado las medicinas necesarias para la cura de tantas enfermedades como padecen nuestras almas, que sin duda son más que las de los cuerpos.

Y aunque lo dicho sea cosa notable, mas á mi rudeza confieso que espanta más la facilidad y presteza con que estas cartas se escribían. Porque con ser ellas tales y tan acomodadas, y (si decir se puede) armadas con razones tan fuertes para persuadir lo que pretende, era tan fácil en escribirlas, que sin borrar ni enmendar nada (porque no le daban sus ocupaciones lugar), como salían de la primera mano las enviaba.

Los hombres de ingenio, cuando quieren escribir una cosa bien escrita, le dan mil vueltas, leyéndola y releyéndola, quitando y poniendo y pesando cada palabra (del cuál trabajo no estaba libre Demóstenes, maestro de la elocuencia, porque por esto se decía que sus oraciones olían á candil). Y con ser esto así, siendo las cartas de este Padre tales cuales hemos dicho, no le costaban más trabajo que el de la primera mano. Por

1 Rom., XV.
2 Isa., L.

donde pudiera él en su manera decir aquello del Profeta David [1]: Mi lengua es pluma de un escribano que escribe muy aprisa.„ Lo cual dice, porque así él como los otros Profetas (que escribían inspirados por el Espíritu Santo) no estaban deliberando ni pensando las palabras, sino como órganos suyos abrían su boca y él meneaba la lengua como le placía. Lo cual en su manera vemos en este siervo de Dios, pues así le corría la vena de lo que había de escribir con la facilidad que está dicho.

En las cuales cartas se debe también notar que como muchas de ellas se escribían á grandes señores y otras á otros medianos, también hay otras escritas muy de propósito á personas bajas, á las cuales con la misma caridad escribía él muy luego y muy de propósito, según que la necesidad lo pedía, reconociendo con el Apóstol que era deudor á sabios é ignorantes. Y siendo condición natural de los hombres avisados y discretos holgar de hablar con otros tales, y no con personas bajas y de groseros entendimientos, este Siervo de Dios, tan de propósito y tan largo escribía á éstos como á los discretos y grandes señores, como persona que no miraba en los hombres más que á sólo Cristo que los redimió con su sangre; de donde les viene la verdadera nobleza, en cuya comparación toda otra nobleza es nada.

Concluyendo, pues, esta materia, digo que cualquier hombre prudente que leyere estas cartas y notare lo que aquí hemos apuntado, que es la variedad de las materias, la alteza de las sentencias, la fuerza de las razones y lugares de la Escritura con que se tratan y, sobre todo, la facilidad y presteza con que se escribieron, luego entenderá que el dedo de Dios entrevenía aqui.

Y lo que entre estas cosas más nos maravilla es que no sólo tenía esta facultad y gracia en la materia dé las cosas espirituales de que él tenía experiencia, sino también en las que pertenecen al buen gobierno de una república cristiana, como claramente se ve en una larga carta que escribió al Asistente de Sevilla, en la cual le da tantos avisos y documentos para el buen gobierno de ella, como si toda la vida hubiera gastado en negocios de república. Los cuales, si se guardasen, tendríamos una república más bien ordenada que la que trazó Platón. Ni se espante de esto nadie porque del espíritu que este Padre

1 Psalm. XLIV.

tenía se escribe [1] que es *Unicus et multiplex*. Esto es, que con ser sencillo, es múltiple; porque todas las cosas entiende y penetra por su pureza y sutileza.

Y es de creer que esta facultad y conocimiento alcanzó él por medio de su oración, que él tenía luego por la mañana, como adelante trataremos. Y así vemos cumplido en él lo que el Eclesiástico dice [2]: "que el varón justo luego por la mañana entrega su corazón al Señor que le crió, y que abrirá su boca en la oración y pedirá perdón de sus pecados." Y añade luego el fruto de esta oración, diciendo: "Porque si el gran Dios y Señor quisiere, henchirlo ha de espíritu de sabiduría, y él así lleno de este espíritu derramará como lluvia las palabras de su sabiduría y eternalmente nunca será olvidada." Vemos, pues, los que hoy somos vivos el cumplimiento de estas palabras y favores de Dios; pues oímos cuando él vivía su doctrina, y ahora cuán alegre y suave es la memoria de él en los corazones de los que con ella aprovecharon cuando lo oyeron, y ahora aprovechan y aprovecharán siempre cuando la leyeren.

CAPÍTULO X

De la alteza de sus conceptos.

Sobre estos indicios tenemos otro mucho mayor y más digno de ser advertido que los pasados, que es la alteza de los conceptos que tenía de las virtudes y de todas las cosas espirituales. Por donde un insigne teólogo que había leído algo de sus obras, se maravillaba de ver cuán bien había entendido este Varón de Dios el negocio de la cristiandad. Y pensando yo en la causa de esto, hallo que la vida muy alta y muy extraordinaria del común de los otros hombres virtuosos, necesariamente ha de tener los conceptos de las virtudes y de las cosas divinas más altos que ellos porque haya proporción y correspondencia entre las virtudes y los conceptos de donde ellas proceden; como la que hay entre la imagen que dibuja el pintor y la forma que él tiene concebida en su entendimiento, porque de esta interior (como de causa formal) procede la figura exterior que él dibuja.

1 Sap., VII.
2 Eccl., XXXIX.

Pues para la inteligencia de esto (que grandemente nos importa), será necesario referir aquí algunos conceptos suyos sacados de sus mismas escrituras, y especialmente de sus cartas, en las cuales veremos lo que él sentía de todas estas cosas. Y este es, á mi juicio, uno de los mayores frutos que de esta historia se pueden sacar si trabajare el deseoso de la perfección por tener los mismos conceptos y pareceres en todas las cosas espirituales que este Varón de Dios tenía. Por esta causa, no se espante el cristiano lector que me detenga algo en esta parte, refiriendo aquí mayores trozos de sus cartas, porque además del fruto susodicho, las cosas que aquí entremetemos contienen sentencias dignísimas de ser leídas.

Para la inteligencia de esto se ha de presuponer que una de las principales partes de la Filosofía cristiana es saber estimar y ponderar la dignidad y quilates de todas las cosas espirituales, pesándolas, no con el peso de Canaán, que es el juicio engañoso de los hombres del mundo que dicen de lo bueno mal y de lo malo bien, sino con el peso del santuario, que es el juicio de Dios y de sus Santos, los cuales dan á cada cosa su peso, y conforme á él su amor y afición. De esta gracia se gloría la Esposa de los Cantares, diciendo [1] "que el Esposo había ordenado en ella la caridad„; esto es, que supiese guardar orden en el amor, amando cada cosa como ella merecía ser amada. Lo cual no podía ser sino dándole conocimiento del valor y precio de las cosas para que así las apreciase y guardase el amor que á cada una se debe dar. Lo cual importa tanto para el estudio de la virtud, que dijo Séneca: *Quid tam necessarium, quam pretia rebus imponere?* Esto es: "¿Qué cosa hay tan necesaria como saber el precio y valor de cada cosa?„

Pues volviendo al propósito, digo que uno de los mayores indicios que tenemos de haber recibido este Siervo de Dios especial lumbre del Espíritu Santo, es la alteza de los conceptos y pareceres que tenía así de las virtudes como de todas las cosas espirituales. Lo cual veremos á la clara, notando algunos conceptos que él tenía de estas cosas, explicados por las mismas palabras que leemos en sus escrituras que aquí referiremos.

1 Cant., II.

CAPÍTULO XI

Lo que sentía del oficio de la predicación.

Pues comenzando por la estima y concepto que él tenía del oficio de la predicación, léase la primera carta del primer tomo de su *Epistolario*, y en ella se verá la estima que tenía de la alteza de este oficio y de la pureza de la intención que en él se debe tener, y las oraciones y lágrimas de que el predicador se ha de ayudar pidiendo á Nuestro Señor la conversión de las ánimas (haciendo más caso de éstas que de sus palabras), y el cuidado y trabajo y paciencia que ha de tener en criar y conservar los hijos espirituales que con la semilla de la palabra de Dios hubiera engendrado, y el sentimiento y dolor entrañable que ha de tener cuando algunos de éstos viere caídos. Pues quien esta carta leyere y notare, verá cuán lejos están de este espíritu muchos de los que ejercitan este oficio. Los cuales, aunque cuando están para subir al púlpito hacen oración para que les suceda bien el negocio, mas Dios sabe de qué espíritu procede esta oración, si del amor propio y temor del mundo, ó del amor de Dios y deseo de salvar las ánimas. Porque este amor propio, que dentro de nuestro pecho traemos, es tan sutil que en todas las cosas se entremete, y tan escondidamente, que apenas hay quien lo conozca, y muchas veces miente y engaña á su mismo dueño, como dice San Gregorio.

Pues el predicador que quisiere entender muy de raíz la alteza de este oficio, que sirve á la salvación de las ánimas, para lo cual crió Dios todas las cosas y El mismo se hizo hombre, murió por ellas y ejercitó en la tierra este mismo oficio (cuyo instituto, y como vicario es el predicador), lea y pondere esta primera carta, y tendrá el concepto y juicio que de este tan alto oficio se debe tener; porque cierto ella es dignísima de ser leída.

CAPÍTULO XII

Lo que sentía de la dignidad del sacerdocio.

Pasemos de la dignidad del predicador á la del sacerdote, y veremos cuán diferente concepto y estima tiene este Padre de la dignidad sacerdotal de la que lo común de los hombres tiene. Lo cual declara él muy bien en la séptima carta del dicho tomo, respondiendo á un mancebo que le pedía consejo sobre si tomaría órdenes de misa: cuyas palabras quise referir aquí, que son las que se siguen:

"En otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibía nadie, si no era para ser Obispo ó tener cura de almas, ó alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios; y los demás que eran eclesiásticos, quedábanse en ser diáconos ó subdiáconos, ó de los otros grados más bajos. Y entonces tenían grados bajos y vida altísima: todo lo cual está ahora al revés; que los que tienen el grado supremo del sacerdocio, no tienen vida para buenos lectores ú hostiarios. Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto á los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que teniéndolos subidos en lo más alto del templo, de allí los derribe; porque la enseñanza de Cristo no es ésta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la dignidad, y buscar más santa y segura humildad (aun en lo de fuera) que ponerse en lo alto, en donde más y mayores vientos combaten.

„¡Oh, si supieseis, hermano, qué tal había de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua; y al llamado de ella venir el Hacedor de todas las cosas y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo, á semejanza de nuestro Maestro y Redentor Jesucristo en la cruz. Hermano, ¿para qué os queréis meter en tan hondo piélago y obligaros á cuenta estrecha para el día postrero, pues por bajo estado que tengáis, aún os parecerá aquel día gran carga, cuanto más si os cargáis de carga que los hombros de los ángeles temblarían de ella?

„Buscad aquel modo de vivir que más segura tenga vuestra salvación, y no que más honra os dé en los ojos de los hombres; que al fin este consejo os ha de parecer bien algún día á vos y á cuantos lo contrario os dijeren, los cuales, como no saben qué cosa es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en como vean un poco honrado en los ojos del mundo á su hermano, primo, pariente ó amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso, y paréceles que quedan ellos en salvo y que el otro allá se las haya con Dios. Consejo es, hermano, éste averiguadamente de carne. Y de aquí vienen muchos á tomar y hacer tomar ese sacrosanto oficio por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quieren para servir á Dios.

„¡Oh, abusión tan grande de evangelizar y sacrificar por comer, ordenar el cielo para la tierra y el pan del alma para el del vientre! Quéjase de esto Jesucristo nuestro Redentor [1] porque no le buscan por Él, sino por el vientre de ellos: y castigarles ha como á hombres despreciadores de la Majestad divina. Cierto mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, ó entrar en un hospital á servir á los enfermos, ó hacerse esclavo de algún sacerdote, y así mantenerse, que con osadía temeraria atreverse á hollar el cielo para pasar á la tierra, estándonos mandado por nuestro Dios y Señor lo contrario. Veis aquí, hermano, lo que os aconsejo que hagáis si queréis agradar á Dios y permanecer en su santo servicio.

„Y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querría más que reverenciarais de lejos que no abrazarais de cerca; y que quisieseis más esta dignidad por señora que por esposa. Y si algo hubieseis de hacer, sea tomar grado de Epístola, y después de dos ó tres años, de Evangelio; y quedaos allí, si no hubiere unas grandes conjeturas del Espíritu Santo que es Dios servido levantaros al grado más alto. Y estáis muy bien donde estáis sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella. Sabed conocer la dignidad de los enfermos á quien servís, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratáis, y haced cuenta que estáis en escuela de aprender paciencia y humildad y caridad, y saldréis más rico que con cuanto el Papa os puede dar.„

1 Joann., VI.

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales se ve claro cuán diferente concepto y estima tenía este Padre de la dignidad sacerdotal de la que los hombres ahora tienen; los cuales tan sin escrúpulo y preparación procuran esta dignidad, como si fuese algún oficio mecánico, más para buscar mantenimiento para sus cuerpos que remedio para sus almas. Y cual es la entrada en este santuario, tal es la devoción y reverencia con que lo tratan.

Á algunos, por ventura, parecerá riguroso este parecer, tomando para esto por argumento la costumbre de los tiempos presentes; mas este Padre pesa las cosas con el peso del santuario (que dijimos), esto es, con la estima que de esta dignidad tuvieron los santos antiguos, por cuyo parecer él se regía, y no por el que la malicia ó la mudanza de los tiempos tiene. San Cipriano en una de sus Epístolas declaró al pueblo que había hecho lector á un mancebo, porque había sido muy constante en la confesión de la fe en medio de los tormentos; y por esto se excusa de no haber tomado su parecer para esto, como era costumbre, diciendo que no era necesario el testimonio y aprobación de los hombres donde intervenía el de Dios. Digo, pues, que si para dar á uno grado de lector (que es una de las Órdenes más bajas) tanto consejo era menester, ¿qué será necesario para la dignidad de sacerdote, la cual recusó San Marcos Evangelista y el glorioso San Francisco, y aceptó San Agustín, mas no por su voluntad, sino forzado por obediencia de su Obispo? Pues por el parecer de éstos se gobernaba este Padre, y no por el juicio y estilo de los tiempos.

CAPÍTULO XIII

Lo que sentía de la preparación para celebrar.

Visto cuán altamente siente este Siervo de Dios de la dignidad sacerdotal, síguese que veamos lo que siente de la preparación para celebrar. En lo cual también podemos entender cómo él se preparaba para este oficio; pues es cierto que un tal Varón no había de enseñar á otros lo que él no hacía, antes es de creer que excedía él mucho en lo que á los otros aconsejaba. Y esta consideración pertenece á la historia de las virtudes y vida de este religioso Padre, de que aquí tratamos: y así con las mis-

mas palabras que él enseñaba á otros, entenderemos lo que él tomaba para sí. Y en éste verán ejemplo los sacerdotes temerosos de Dios de la manera que se han de preparar para celebrar. Pues en la séptima carta del tomo de su *Epistolario,* entre otras cosas, enseña á un sacerdote de la manera que se debe preparar para decir Misa, por estas palabras:

"Sea,—dice él,—la primera regla, que en recordando de noche del sueño, le parezca que oye en sus orejas aquella voz [1]: *Ecce sponsus venit, exite obviam ei.* Y pues el haber de recibir á un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recibir, ¿cuánta más razón es que del todo nos ocupe el corazón este Huésped que aquel día hemos de recibir, siendo tan alto y tan á nosotros conjunto, que es adorado de ángeles y hermano nuestro? Y con esta consideración rece sus horas, y después póngase de reposo á lo menos por hora y media, á más profundamente considerar quién es el que ha de recibir: y espántese de que un gusano hediondo haya de tratar tan familiarmente á su Dios; y pregúntele: Señor, ¿quién te ha traído á manos de un tal pecador, y otra vez al portal y pesebre de Belén? Acuérdese de San Pedro, que no se halló digno de estar en una navecita con el Señor. El Centurión no osa meterle en su casa, y otras semejantes consideraciones, por las cuales aprenda á temer hora y obra tan terrible y á reverenciar á tan gran Majestad. Piense que esto es un traslado de la vida y muerte del Salvador, y de aquella obra cuando el Padre Eterno envió á su Hijo al vientre virginal para que salvase al mundo. Y así viene ahora á aplicarnos la medicina y riquezas que entonces nos ganó en la cruz. Luego suplique á Nuestra Señora, por el gozo que hubo en la Encarnación, que le alcance gracia para bien recibir y tratar al Señor que Ella recibió en sus entrañas. Acabada la Misa, recójase media hora, ó una, y dé gracias al Señor por tan gran merced de haber querido venir á establo tan indigno. Pídale perdón de la ruin preparación y suplíquele le haga mercedes, pues suele Él dar gracia por gracia."

Hasta aquí son las palabras de la primera carta; mas en otra antes de ésta prosigue la misma materia, enseñando á un sacerdote la manera de esta preparación. Y así le dice: "que la primera cosa que debe considerar, es mirar que aquel Señor

1 Matth., XXV.

con quien vamos á tratar, es Dios y hombre, y junto con esto considerar la causa por que al altar viene. Cierto, Señor, eficacísimo golpe es para despertar á un hombre considerar de verdad: á Dios voy á consagrar y á tenerlo en mis manos, y hablar con Él y á recibirlo en mi pecho. Miremos esto: y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester para, según nuestra flaqueza, hacer lo que en este oficio debemos. ¿Quién no se enciende en amor con pensar: al bien infinito voy á recibir? ¿Quién no tiembla con amorosa reverencia de Aquel de quien tiemblan los poderes del cielo, y no sólo de ofenderle, sino de hablarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido á aquel Señor que presente tiene? ¿Quién no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza á hacer penitencia por el desierto con tal Viático? Y, finalmente, esta consideración, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre y le saca de sí, ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos causados de la consideración de su presencia, los cuales, aunque no se sigan necesariamente de esta consideración, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Y enciérrese dentro de su corazón y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir. Y pida al mismo Señor que por aquella bondad misma le dé sentido para saber estimarlo y reverenciarlo y amarlo como es razón.„

Y luego más abajo dice: "¡Oh Señor, y qué siente un alma cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo Nuestra Señora, elegida y enriquecida con celestiales gracias para tratar á Dios humanado, y coteja los brazos de ella y sus manos y sus ojos con los propios! ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe de tener en guardarse de todo para Aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir á ellas por las palabras de la consagración! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazón, y le hacen desear que en acabando la Misa se fuese el hombre á considerar aquella palabra del Señor [1]: *Scitis quid fecerim vobis?* ¡Oh Señor, quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora! ¡Quién lo gus-

1 Joann., XIII.

tase con el paladar del alma! ¡Quién tuviese balanzas no mentirosas para pesarlo! ¡Cuán bienaventurado sería en la tierra! Y cómo en acabando la Misa le sería gran asco ver las criaturas y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus,* hasta otro día que tornase á decir Misa.

„Concluyamos ya esta plática tan buena y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al mismo Señor que nos hace merced, nos haga otra, pues dádivas suyas, sin ser estimadas y agradecidas y servidas, no serán provechosas. Antes, como San Bernardo dice, el ingrato *eo ipso pessimus, quo optimus.* Cuanto mejor, se hace peor [1]. Miremos todo el día cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos, y traigamos todo el día este pensamiento: al Señor recibí, á su mesa me senté y mañana estaré con Él; y con esto huiremos todo mal y nos esforzaremos al bien.„

Hasta aquí son palabras de la carta, las cuales nos declaran por una parte lo que este Varón de Dios sentía de la preparación para tratar este tan alto Sacramento, y por otra nos da materia para llorar, considerando con cuán diferente preparación celebran el día de hoy la mayor parte de los sacerdotes. Y pues por falta de esta preparación y reverencia, dice el Apóstol, que castigaba Dios á los fieles de Corinto [2], no es maravilla que por esta misma culpa castigue hoy Dios con tantos azotes al pueblo cristiano; pues los que tienen por oficio aplacar á Dios y ofrecerle sacrificio por los pecados del pueblo, lo hacen de tal manera que han menester quien aplaque á Dios por ellos; y así viene á cumplirse lo que amenaza Dios por su Profeta, diciendo [3]: "Busqué entre ellos algún varón que interviniese por ellos y me fuese á la mano para que no destruyese la tierra, y no le hallé: y por eso derramé sobre ellos mi ira.„

1 Véase *Sermón contra los ingratos.*
2 I Cor., XI.
3 Ezech., XXII.

CAPÍTULO XIV

De la caridad y amor para con los prójimos.

Mas porque el fin, así de esta historia como de todas las escrituras católicas, es inducir los hombres al aborrecimiento de los vicios y amor de las virtudes, de algunas de éstas comenzaremos ahora á tratar, declarando los conceptos que este Siervo de Dios tenía de ellas, estimándolas diferentemente de lo que el común de los hombres las estima. Lo cual tratamos aquí, no sólo por entender los conceptos y pareceres de este Padre, sino para imitarle sintiendo de las cosas lo que él sentía: dice que en la caridad consiste la suma de toda la ley.

Pues para cumplir con lo que nos pide esta virtud, nos provee este Padre de dos consideraciones en el libro de *Audi filia:* la una de las cuales procede de mirarse el hombre á sí, y la otra de mirar á Cristo. La primera se funda en aquella palabra del Eclesiástico que dice [3]: "De lo que quieras para ti, entiende lo que debes hacer para con tu prójimo. Pues de esto que pasa en el hombre, así en sentir sus trabajos como en desear los remedios, aprenda y conozca lo que el prójimo siente, pues es de la misma naturaleza de él; y con aquella misma compasión los mire, remedie y sufra, con que mira á sí mismo y desea ser remediado."

Porque de otra manera, ¿qué cosa puede ser más abominable que querer misericordia en sus yerros y venganza en los ajenos, querer que todos lo sufran con mucha paciencia, pareciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir á nadie, haciendo de la pequeña mota del defecto ajeno una grande viga? Hombre que quiere que todos miren por él y lo consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece llamarse hombre, pues no mira á los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escritura dice [1]: "Tener peso y peso, medida y medida, abominación es delante de Dios." Para dar á entender que quien tiene una medida grande para recibir y otra pequeña para dar, que es desagradable ante los ojos divinos. Y su castigo será que pues él no mide á

1 Eccl., XXXI.
2 Prov., XX.

su prójimo con la misericordia que quiere que midan á él, que mida Dios á él con la crueldad y estrecha medida que él midió á su prójimo. Porque de otra manera, oirá lo que la Escritura dice [1]: "Que quien cerrare el oído á la voz del pobre, él llamará y no será oído." Pobre es todo hombre, y no hay quien no tenga necesidad: miremos, pues, si nos hacemos sordos á ella, que así se hará Dios á la nuestra. Ni piense nadie que le medirá Cristo con otra medida que con la que á su prójimo midiere: no piense alcanzar perdón quien no da perdón. Desgracia hallará el desgraciado y pesadumbre el pesado, é injuria el injuriador y caridad el caritativo. Porque sembrar espinas en el prójimo y querer coger de Dios higos, no es posible. Y porque muchos no miran esto, hay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quejosos que Dios se olvida de remediar sus penas. Maravíllanse cómo Dios les envía trabajos de dentro y de fuera, mayormente llamándose misericordioso, los cuales llaman, piden, buscan y no hallan remedio; y de ahí les viene la queja: mas si no fuesen sordos á la ley que Dios en su Evangelio tiene publicada, diciendo [2]: "Con la medida que midieres seréis medidos", verían que ellos son los que faltan á Dios, y no Dios á ellos. Quéjense de sí, que no tienen caridad con su prójimo, que Dios mucha tiene; y no es razón ni quiere hacerla con quien á su prójimo no la hace.

Después de este motivo de amor, que nace de mirar el hombre á sí mismo, añade dos cristianísimas consideraciones que proceden de mirar á Cristo, de las cuales trata en los capítulos XCV y XCVI del dicho libro X. Pues cuanto á la primera de estas consideraciones, dice así:

"Poned los ojos en Cristo, y pensad con cuánta misericordia se hizo el Hijo de Dios hombre por amor de los hombres, y con cuánto cuidado procuró en toda su vida el bien de ellos, y con cuán excesivo amor y dolor ofreció en la Cruz su vida por ellos. Y así como mirándoos á vos mirasteis á los prójimos con ojos humanos, así mirando á Cristo los mirasteis con ojos cristianos: quiero decir, con los ojos que Él los miró, etc." (Cap. XCV.)

Después de esta consideración primera, que procede de mirar á Cristo, añade otra no menos admirable que la pasada, sacada también de mirar al mismo Cristo, en la cual dice así:

1 Prov., XXI.
2 Matth., VII.

"Aunque sea verdad que de los bienes que Nuestro Señor hace á un hombre, no busca ni quiere retorno (pues Él de nada tiene necesidad y por pura bondad hace todo lo que hace), mas el retorno que quiere es para los prójimos que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos." Esta consideración prosigue aún más altamente, á mi juicio, que la pasada en el capítulo XCVI del dicho libro, adonde remito al cristiano lector, el cual va impreso en este tratado, por haber parecido que da testimonio de nuestro predicador, como obra tan admirable suya.

CAPÍTULO XV

De la virtud de la penitencia y dolor de los pecados.

Después de la caridad se sigue que tratemos del dolor de los pecados, que son muerte de esa misma caridad; porque como la sombra sigue al cuerpo, así el dolor de la ofensa viene del amor del ofendido, y crece y decrece con él; porque mientras uno más ama, más le pesa por haber ofendido al que ama.

Pues como haya muchas cosas que nos muevan al dolor y aborrecimiento de los pecados, una de las más principales es considerar que ellos pusieron al Hijo de Dios en la Cruz; porque si no hubiera pecados, no padeciera Él lo que padeció. Mas para la inteligencia de esto se debe presuponer que el Padre Eterno, por las entrañas de su infinita bondad y misericordia, pudiendo remediar al mundo por otros muchos medios si quisiera, escogió el mejor de todos, que fué determinar que su unigénito Hijo fuese nuestro Redentor y suficientísimo reparador y remediador de todos nuestros males, el mayor de los cuales era estar enemistados con Él.

Pues la primera y principal obra de este reparador era reconciliarnos con su Padre, y esta reconciliación había de ser satisfaciéndole en rigor de justicia con el sacrificio de su Pasión por todas las deudas y ofensas del linaje humano. Y porque estas deudas, además de ser gravísimas, por ser contra Majestad infinita, eran también ellas (cuanto es de parte de la especie humana) por tantos beneficios obligadas á penas gravísimas, quiso Él padecer gravísimos dolores é injurias para que fuese ás copiosa esta satisfacción. Supuesto este fundamento, pro-

cede la fuerza de esta consideración como este Padre la escribió á un señor exhortándole al dolor y arrepentimiento de los pecados, por estas palabras:

"Y si V. S. pregunta qué pensaré para que me dé gana de llorar mis pecados, dígole que lo principal sea, que por lo que él hizo mataron á su Padre, que es Cristo. No sé yo qué hijo habría que por una cosa que hubiese hecho viniese tanto mal á su padre, que le quitasen la hacienda y la casa y la ropa, dejándole desnudo en camisa, y después le deshonrasen y difamasen con extremo abatimiento, y no parase en esto el negocio, mas le azotasen y atormentasen y después matasen, y todo esto por lo que el hijo hizo. No sería el hijo tan malo, por malo que fuere, que no le penase en el corazón lo que había hecho, pues pudiera ligeramente excusar por donde tanto mal le vino á su padre.

„Dígame, señor: ¿quién empobreció á Cristo? ¿Quién lo deshonró? ¿Quién lo azotó? ¿Quién lo coronó y crucificó? ¿Por ventura hízolo otro que nuestro pecado? Yo le afligí y entristecí con mis malos placeres; yo le deshonré por ensalzarme malamente; los deleites que yo en mi cuerpo tomé, pararon tal á Él su cuerpo atado á una columna, y porque yo quise vivir vida mala, perdió Él su vida buena. Pues ¿cómo tendremos alegría habiéndose hecho tan mala obra á quien tantas buenas nos hizo? ¿Por qué toda criatura no había de vengar los males que contra el Criador hicimos? No se puede echar, señor, más carga ni mayor sobre nuestros hombros para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció. No hay cosa que así nos humille y nos haga estimar en poco, como saber que fuimos causa de la muerte de Nuestro Señor. ¡Oh, quién lo supiera antes que hubiera pecado para morir antes que pecar!

„Pensábase el hijuelo que no hacía nada en lo que hacía. Después vino á pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la Cruz por el contrario peso que el pecado hacía. ¿Cómo podemos mirar al Padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos? ¿Y cómo este Padre nos quiere mirar y no nos aborrece como á deshonradores de Él y verdaderos parricidas, y que merecen no cualesquier tormentos, mas muy crueles? ¡Oh divina Bondad, y hasta dónde llegas! Espantámonos que estando en la Cruz rogaste por quien en ella te

puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacía. Yo digo que no sólo con éstos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo hiciste lo que con aquéllos. Porque si por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos; y aquellos pocos y todos te debemos aquella oración, y quizá algunos más que los ignorantes sayones que presentes allí estaban crucificándote.

„Todos, Señor, conspiramos en tu muerte, y á todos conviene lo que dices, que no saben lo que hacen. ¿Quién, Señor, tan mal te quisiera, que supiera que el fruto de sus malos placeres tan caro había de costar á tu Real Majestad, no reventara antes que ponerte en aprieto tan grande? Perdona, Señor, perdona, que no supimos lo que hicimos, y ahora que nos lo has declarado enseñándonos en tu Santa Iglesia que por los pecados moriste, y que lo que burlando yo hice Tú lo pagas tan de veras, con todo eso, á sabiendas reiteramos la causa de tu muerte penosa. No es razón, Señor, que queramos bien á quien á nuestro Padre mató: y pues los pecados te mataron, aborrecerlos tenemos si amamos á Ti. David dice [1]: "Los que amáis „al Señor, aborreced la maldad.„ Y tiene razón; porque pecado, y Dios, bandos son contrarios, y es imposible contentar á entrambos. Escoja el hombre de cual quiere, que es imposible ser de entrambos; porque cualquiera de ellos quiere servidores leales y que por ellos mueran.

„¿Qué escogeremos, Señor, el cieno de los algibes rotos, ó la vena de las aguas vivas? Señor, ¿qué escogeremos, ser malos con el mundo, ó buenos con Dios? ¿Qué escogeremos, buscar privanzas de criaturas, ó del Criador? ¿Arder con los demonios en el infierno, ó reinar con Dios en el cielo? [2]. ¡Oh hijos de Adán! ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado? Y convidándoos Dios con la verdad, que para siempre ha de durar y hace durar á los de su bando, ¿queréis seguir la vanidad, que hace parar en nada á los de su bando? ¿Hasta cuándo cojearéis á una parte y á otra, ya yendo de un bando ya de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios; porque Él sólo basta á hacer dichosos á los que le sirven. Ya Cristo ha muerto al pecado: ¿por qué seguís bando de muerto y queréis dar vida á vuestro capital enemigo? No améis el pecado y no vivirá; mas trabajad de lo

1 Psalm. XCVI
2 Psalm. IV.

deshacer con dolor y penitencia, para que se deshaga el mal que hicisteis amándolo.„

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales hallará el verdadero penitente un poderoso motivo para aborrecer el pecado y tener entrañable dolor de él.

"Otro motivo no menos eficaz escribe él á un sacerdote, diciéndole que suplique á Nuestro Señor le haga merced de descubrirle los deméritos de su proceso, y le haga entender quién ha sido él en la vida pasada para con Dios y quién Dios para con él. Esto es, qué bienes ha recibido de Dios (comenzando desde que nació), y cuán mal ha correspondido á ellos. El cual pensamiento, cuando viene del espíritu humano, sólo hace entristecerse al hombre un poco; mas cuando viene del espíritu de Dios, es tan lúcido y hace ver al hombre en sí tal indignidad, que le parece milagro sufrirlo la tierra, y cáusale grande admiración, creyendo lo que la fe enseña: y tiene tan grande enojo contra sí mismo por haber así vivido, que si no fuese por ofender al Señor, pondría las manos en sí mismo, y desea que todas las criaturas venguen la injuria hecha al Criador. Lo que aquí se siente cuando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir, porque es por espíritu sobrehumano.„

Hasta aquí son palabras de la carta, en las cuales se debe notar que este sentimiento y dolor de los pecados unas veces viene del espíritu humano y otras del Espíritu divino; porque es muy familiar doctrina de este Padre, en muchos lugares explicada, que los sentimientos y afectos devotos que tenemos, unas veces proceden de nuestro buen espíritu, cuando hacemos lo que es de nuestra parte, mas otras veces proceden de un especialísimo auxilio y tocamiento del Espíritu Santo, el cual es de tan grande virtud y eficacia, que sobrepuja tanto todos los otros sentimientos que por otra parte vienen, que no lo podrá entender sino quien lo ha experimentado.

CAPÍTULO XVI

De la verdadera humildad y conocimiento de sí mismo.

Son muy hermanas entre sí la humildad y la penitencia, y así lo son los humildes y los penitentes; porque los humildes

reconocen sus pecados, mas los penitentes los lloran; aquéllos se humillan ante Dios por ellos, mas éstos piden humildemente el perdón de ellos. Y por esta causa (aunque no estoy en escritura obligado á guardar orden en las materias que se tratan, sino declarar lo que este Siervo de Dios siente en ellas), después de haber declarado lo que él siente de la virtud de la penitencia y dolor de los pecados, apuntaré en breve lo que siente de la virtud de la humildad, según lo pude colegir de sus escrituras. Y tiene él esta virtud por tan esencial y tan necesaria para nuestra vida, que viene á determinar que casi todas las tentaciones y ceguedades espirituales, y ausencias y desamparos de Nuestro Señor, y aun algunas caídas, son por él permitidas ó enderezadas á fin de hacernos verdaderos humildes, no teniendo por cosa indigna comprar esta joya por tan caro precio. Y es tan propia esta virtud de la Religión cristiana, y estuvo tan lejos de ser conocida de los filósofos, que ni el nombre de ella se halla en sus escritos.

Mas este Siervo de Dios, que tenía otra lumbre más alta, ninguna otra virtud más veces (como dije) encomienda en sus escrituras. Donde veremos la contradicción que hay entre la doctrina de los filósofos y la de este Padre. Porque los filósofos y los herejes pelagianos, discípulos de ellos, ensalzan cuanto pueden las fuerzas y virtud de la naturaleza humana; mas, por el contrario, todo el estudio de este Padre es abatirlas declarando la flaqueza y malicia del corazón humano, llamándolo un abismo profundísimo que sólo lo conoce aquel soberano Señor, de quien se escribe [1] que estando sobre los querubines, desde este lugar tan alto alcanza á ver lo más profundo de todas las cosas criadas, y señaladamente la malicia de nuestros corazones, como ello declaró por Jeremías, diciendo [2]: "Malvado es el corazón del hombre; ¿y quién lo conocerá? Yo que soy Dios y escudriño lo íntimo y más secreto de ellos." Lo mismo nos declara el Eclesiástico; el cual, tratando de la profundidad de la sabiduría de Dios, entre otras alabanzas suyas, dice [3]: "que penetró y entendió lo que había en el abismo y en el corazón del hombre". En la cual combinación del abismo y corazón humano comprendió en estas dos palabras la profundidad de

1 Psalm. LXXIX y XCVIII.
2 Jer., XVII.
3 Eccl., XLII.

la flaqueza y malicia de nuestro corazón, comparándolo con el abismo. Y en otro lugar, declarando más la grandeza de esta malicia, dice [1]: "¿Qué cosa más mala que lo que piensa la carne y sangre?„ Esto es: ¿qué cosa peor que los pensamientos y deseos del corazón humano, desamparado de la divina gracia, que es donde no hay más que carne y sangre? Y en consecuencia de esto, dice en otro lugar [2]: "¿Qué cosa hay entre todo lo criado más mala que el ojo del hombre?„ Esto dice porque es el portero de nuestro corazón, y el que le da materia para todas las codicias y maldades que en él se forjan.

Pues volviendo á nuestro propósito, en el conocimiento de esta flaqueza y miseria de nuestro corazón se funda en parte la virtud de la humildad, la cual (como San Bernardo dice) [3]: "Es desprecio de sí mismo, el cual procede del verdadero conocimiento de sí mismo.„ Esta virtud faltó á aquel ángel que fué criado tan hermoso. Por lo cual, dice de él nuestro Salvador [4] "que no estuvo en la verdad (que es, en la verdadera estima y conocimiento de sí mismo), y por esto dió tan gran caída que, del mayor de los ángeles (según la opinión de San Gregorio), fué hecho el mayor de los demonios.„ Y escarmentando en la cabeza de éste, nos aconseja este Padre que estemos en espíritu de verdad: y cuál sea este espíritu, declara él en una carta suya por estas palabras:

"¿Cuál es el espíritu de verdad, sino el que hace que el hombre se descontente y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y esta es la verdad en que habemos de vivir, y sin esto en mentira vivimos. Y algunas veces, cuanto más bien parece que tenemos, estamos peores faltándonos esto. Porque confiando en esto y en otras cosas, parécenos que somos algo, y no es así delante de los ojos de Aquel que mira los corazones, y dice [5]: "Nombre tienes de vivo, y estás muerto.„ Nombre tiene de vivo quien no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el juicio de Dios condena? No sabe el mundo tener por malo, ni castiga á

1 Eccl., XVII.
2 Eccl., XXXI.
3 Bern., *De deudecim. gradib. humild. in commum.*
4 Joann., VIII.
5 Apoc., III.

uno que se parece bien á sí mismo, y se contenta de sí con soberbía. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede á sí mismo como si llegase un perro muerto á sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante de los ojos de su Criador, como quien estuviese delante de un juez de acá, habiendo hecho un feo delito.„

Hasta aquí son palabras de esta carta, en la cual no trata de propósito, sino como de paso, de la virtud de la humildad. Mas en estas pocas, junto con las que antes de éstas precedieron de la virtud de la penitencia y dolor de los pecados, verá el cristiano lector cuán altamente sentía este Varón de Dios lo que pertenece á la fineza de esta virtud.

Mas es aquí de saber que aunque lo propio de la humildad sea despreciarse el hombre y tenerse en nada, pues cuanto es de su parte nada es; mas este desprecio y desestima de sí mismo, que está en la voluntad, procede del conocimiento de su bajeza y vileza, que está en el entendimiento. Y porque de esta raíz nace la flor hermosísima de esta virtud, síguese que veamos cuán perfectamente siente este Padre de esta bajeza miseria del hombre. Porque cuanto mayor fuere este conocimiento, tanto será más profunda la raíz y fundamento de la humildad.

Pues en una carta suya por un singular modo declara primeramente la necesidad que tenemos de este propio conocimiento. Lo uno, para la reverencia que á Dios debemos, al cual habemos de mirar con vergüenza, teniéndonos por indignos de ello. Lo otro, porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engríe, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor santo y hácese liviano, como nao sin lastre que pierde las áncoras en tiempo de tempestad, cuyo fin es ser llevada acá y acullá hasta ser perdida; nunca vi seguridad sino en el conocimiento de sí mismo. No hay edificio seguro si no es hecho sobre hondo cimiento. Y es tiempo muy bien empleado el que se gaste en reprenderse á sí mismo. Cosa muy provechosa para nuestra enmienda, examinar nuestros yerros.

¿Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina, sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado se hace malo; medida sin medida y sin regla, y por eso es falsa, y, finalmente, hombre sin hombre? Pues quien no se conoce ni se puede regir como hombre, ni se sabe ni se posee á sí mismo, y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo

no sabe parte ni arte. Estos son los que olvidados de sí tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, olvidando las suyas; porque como las ajenas sean de ellos más de continuo y más de cerca miradas, parecen mayores que las suyas, que las miran de lejos, y así (aunque grandes) parécenles pequeñas, de lo cual vienen á ser rigurosos y mal sufridos; porque como no miran su flaqueza propia, no han compasión de la ajena. Nunca vi persona que se mirase, que no le fuese ligero sufrir cualquier falta ajena. Si alguno maltrata al que cae, testimonio da que no mira sus propias caídas. De manera, que si queremos huir de esta ceguedad tan dañosa, conviénenos mirar y remirar lo que somos, para que viéndonos tan miserables caminemos por el remedio al misericordioso Jesús; porque él se dice Jesús, que es Salvador, no de otros por cierto, sino de los que conocen sus propias miserias y las gimen y reprimen, ó no pudiendo, desean recibir los santos Sacramentos; y así son curados y salvos.

Y aunque para conocer á nosotros mismos hayan hablado muchas y muchas cosas Dios y los Santos; mas quien quisiere mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas para desestimarse, que de espanto de su abismo diga: "No tienen cabo mis males." ¿Quién hay que no haya errado en lo que más quisiera acertar? ¿Quién no ha pedido cosas y aun buscádolas pensando de serle provechosas, que después no haya visto que le han traído daño? ¿Quién podrá presumir de saber, pues innumerables veces ha sido engañado? ¿Qué cosa más ciega que quien aún no sabe lo que ha de pedir á Dios? Como dice San Pablo [1]: " que pidiendo á Dios le quitase un trabajo, pensando que pedía bien, le fué dado á entender que no sabía lo que pedía ni lo que le cumplía." ¿Quién se fiará de su deseo y parecer, pues aquel en quien moraba el Espíritu Santo pide lo que no le cumple alcanzar?

Grande por cierto es nuestra ignorancia, pues innumerables veces erramos en lo que nos conviene acertar. Y ya que una vez Dios enseñe lo bueno, ¿quién no verá cuán flaca es nuestra naturaleza, y cómo damos de rostro en lo que vemos que era razón que no cayéramos? ¿Á quién no ha acaecido proponer muchas veces el bien y haberse caído y vencido en lo que pensó más verse en pie? Hoy lloramos nuestros pecados con intención de los evitar; y estándose las lágrimas en las meji-

1 I Cor., XII.

llas, se nos ofrece alguna ocasión en que llorando porque caímos, hacemos de nuevo por qué llorar, y recibiendo el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo con mucha vergüenza de los desacatos que le hemos hecho, y aun habiendo poco que lo tuvimos en nuestro pecho, nos acaece algunas veces por algún pecado echar su gracia de nosotros.

¡Qué caña tan vana, que á tantos vientos se muda! Ya alegre, ya triste, ya devoto, ya tibio, ya tiene deseo del cielo, ya del mundo, ya aborrece, y luego ama lo aborrecido, vomita lo que comió porque le hacía mal estómago, y luego lo torna á comer como si nunca lo hubiese vomitado. ¿Qué cosa puede haber de más variedad de colores, que un hombre de esta manera? ¿Qué imagen pueden pintar con tantas haces, con tantas lenguas, como este hombre? ¡Cuán de verdad dijo Job [1] que nunca el hombre estaba en un estado! Y la causa es porque al hombre le llaman ceniza y á su vida viento [2]. Muy necio sería el que buscase reposo entre viento y ceniza. No pienso que habrá cosa más espantable de mirar, si mirarlo pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre en lo de dentro de sí en un solo día. Toda su vida es mudanza y flaqueza, y conviénele bien lo que la Escritura dice [3]: "El necio es mudable como la luna."

¿Qué remedio tendremos? Por cierto conocernos por lunáticos. Y como en tiempos pasados llevaron un lunático á nuestro Señor Jesucristo para que lo curase, ir nosotros al mismo Jesús para que nos cure como á aquél curó. "Aquél,—dice la Escritura [4],—que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba en el fuego, ya en el agua de carnalidad, de tibieza y de malicia." Y si miramos cuántas deudas debemos á Dios de la vida pasada, cuán poca enmienda hay en la presente, diremos, y con verdad: "Rodeádome han dolores de muerte [5]; peligros del infierno me han cercado."

¡Oh peligro de infierno tan para temer! ¿Quién es aquél que no mira con cien mil ojos no resbale en aquel hondo lago, donde para siempre llore lo que temporalmente rió? ¿Quién no endereza su camino, porque no le tomen por desencaminado de

1 Job., I.
2 Ibid., VII.
3 Eccl., XXVII.
4 Marc., IX.
5 Psalm. XVII.

todo bien? ¿Dónde están los ojos de quien esto no ve, las orejas de quien esto no oye, el paladar de quien esto no gusta? Verdaderamente señal es de muerto no tener obras de vida. Nuestros pecados son muchos, nuestra flaqueza grande, nuestros enemigos fuertes, astutos y muchos, y que mal nos quieren. Lo que en ello nos va, es perder ó ganar á Dios para siempre. ¿Por qué entre tantos peligros estamos seguros y entre tantas llagas sin dolor de ellas? ¿Por qué no buscamos remedio antes que anochezca y se cierren las puertas de nuestro remedio, cuando las doncellas locas den voces y les sea dicho: "No os conozco? [1]." Conozcámonos, pues, y seremos conocidos de Dios. Juzguémonos y condenémonos, y seremos absueltos por Dios. Pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrará. Consideremos nuestras miserias, y aprenderemos á ser piadosos en las ajenas. Porque, según la Escritura dice [2]: "De lo que hay en ti aprenderás lo que hay en tu prójimo."

Hasta aquí son las palabras de las cartas, en las cuales verá el hombre, como en un claro espejo, sus faltas y miserias, para que así se conozca, y conocido se humille, y después de humillado pida socorro al ayudador de los humildes, que es Cristo Jesús.

CAPÍTULO XVII

De la virtud de la confianza y de la grandeza del beneficio de nuestra redención, en que ella se funda.

Después de estas virtudes, diremos también de la esperanza y confianza en Dios, que es una de las tres virtudes teologales. Digo, pues, que aunque sea grande la estima que este Varón de Dios tiene de todas las virtudes, y la facultad y gracia para exhortarnos á ellas, pero mucho más en estas cartas se señala en alabar la virtud de la confianza en Dios y exhortarnos á tenerla. Esto se verá en sus cartas, las cuales, como por la mayor parte son consolatorias, necesariamente había de aprovecharse de esta virtud para esforzar á los flacos y desmayados con la carga de sus pasiones y pecados, con las sequedades espirituales y ausencias de Nuestro Señor, con las cuales quiere probar la firmeza de su fe y constancia.

1 Matth., XXV.
2 Eccl., XXXII.

Y aunque para animar á esta virtud haya muchos motivos en las Santas Escrituras, pues (como el Apóstol dice) [1] todas ellas sirven para fundar esta esperanza, pero el principal motivo que para esto hay es el beneficio de la Pasión de Nuestro Redentor, pues nos consta que todo cuanto Él padeció y mereció fué para nosotros, pues Él de nada tenía necesidad. Sólo los trabajos y dolores fueron suyos; mas el fruto de ellos todo es nuestro, y con tales prendas seguramente podemos esperar el remedio de nuestros males. Pues de este tan grande motivo se aprovecha este Padre en todas las cartas consolatorias, que escribe con tanta fuerza y eficacia de razones para esforzar corazones flacos, que puede él en su manera decir aquellas palabras del Profeta [2]: "El Señor me ha dado una lengua sabia y discreta, para que sepa yo consolar con mis palabras á los que están caídos y desmayados."

Lo cual señaladamente hace él en una carta, que aquí me pareció ingerir, porque es tanta la fuerza de la verdadera elocuencia que en ella muestra, y es tan copiosa y tan rica la vena de los misterios que aquí descubre para animarnos á confiar, que ningún hombre habrá tan desmayado, aunque sea como una piedra, que no se esfuerce y cobre espíritu con esta carta. En la cual también verá el cristiano lector la especial lumbre que este Padre había recibido de Nuestro Señor para entender la grandeza del beneficio y misterio de nuestra redención, de que luego trataremos. Y esta carta tan notable y tan consolatoria no fué escrita para consolar á algún gran señor, para que sospechemos que había él adelgazado más la pluma que para las otras personas; porque no se escribió sino á una persona de mediano estado.

Y para la consolación de ésta le dió Nuestro Señor todas estas perlas preciosas; corriendo la pluma por el papel con tanta presteza y facilidad, como si fuera otro el que dictara y él el que escribiera. Y aquí también se verá claramente cumplida aquella notable sentencia de Salomón, que dice [3]: "Los pensamientos del varón robusto y esforzado serán siempre en abundancia; mas todos los flojos y perezosos viven en pobreza." En la cual sentencia nos da á entender que los que se esfuerzan á

1 Rom., XV.
2 Isa., L.
3 Prov., XXI.

andar con fervor y diligencia por el camino de la perfección, cuanto más aprovecharen en este propósito, tanta mayor luz y mayor conocimiento se les da, como lo podremos notar en esta carta, la cual contiene grande copia de sentencias y piadosas consideraciones para nuestro esfuerzo y edificación. Comienza, pues, la carta así:

"No tengáis por ira lo que es verdadero amor: que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y mejores son, dice la Escritura [1], las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece; y grande agravio hacemos á quien con amorosas entrañas nos reprende, en pensar que por querernos mal nos persigue. No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero Nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que si nuestros pecados quedasen vivos muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene por suficiente y sobrada paga (cuanto es de su parte) de todos los pecados del mundo y de mil mundos que hubiera.

„No por falta de paga se pierden los que se pierden, sino por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe y penitencia y Sacramentos de la Santa Iglesia. Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón que el negocio de nuestro remedio, Cristo lo tomó á su cargo como si fuera suyo, y nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo [2]: *Longe a salute mea;* y pidió perdón de ellos sin los haber cometido; y con entrañable amor pidió que los que á él se quisiesen llegar, fuesen amados como si para él lo pidiera: y como lo pidió lo alcanzó. Porque, según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que ó hemos de ser Él y nosotros amados, ó Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en Él con fe y amor;

1 Prov., XXIII.
2 Psalm. XXI.

antes por ser Él amado lo somos nosotros y con justa causa.

„ * ¿Pues qué más pesa Él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que Él sea aborrecido. Y más ama el Padre á su Hijo, que aborrece á los pecadores que se convierten á Él; y como el muy Amado dijo á su Padre [1]: "Quie-„ro, Padre, que donde yo estuviere, estén los míos; porque yo „me ofrezco por el perdón de sus pecados, y porque sean encor-„porados en mí„, venció el mayor amor al menor aborrecimiento, y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor.

„Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios lo ha olvidado, como la vuestra lo está, provee el Señor de consuelo, diciendo en el Profeta Isaías de esta manera [2]: "¿Por ventura puédese olvidar la madre de tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito. ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe y el papel su propia carne!„ Y la sentencia de la letra dice [3]: Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te traje á mí. Tal pues escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el alma atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado. Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosas de éstas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos (y en testimonio de amaros) se enclavaron en cruz.„ Y un poco más abajo dice así:

"Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos á Él, fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará. ¡Oh hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante de los ojos de Dios! Ó si viésemos cuán metidos nos tiene en su Corazón, y cuando nosotros nos parece que estamos alanzados, ¡cuán cercanos estamos á Él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que es á boca llena nuestra esperanza: que ninguna cosa tanto me

* *Esto es, cuánto más.*
1 Joann., XVII.
2 Isa., XLIX.
3 Hier., XXXI.

puede atemorizar, cuanto Él asegurar. Múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo á obscuridad y abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno y pongan diez mil peligros delante; que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio á Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí.

„¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que acosados de la ondas tempestuosas de su corazón huyen á Ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son los demonios y pecados! Tú eres descanso entrañable, ayuda que á ninguno de su parte faltó, amparo de huérfanos y defensor de las viudas, firme casa de piedra para los erizos llenos de espinas de pecados, que con gemidos y deseos de perdón huyen de Ti. Tú defiendes de la ira de Dios á quién á Ti se sujeta; Tú, aunque mandas algunas veces á tus discípulos que entren en el mar sin Ti y que se desteten de tu dulce conversación, y estando Tú ausente se levanten en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el alma, mas tú no los olvidas.

„Dícesles que se aparten de Ti, y vas Tú á orar al monte por ellos; piensan que los tienes olvidados y que duermes, y estás las rodillas hincadas rogando por ellos [1]. Y cuando son ya pasadas las cuatro partes de la noche, cuando á tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como señor de las ondas mudables, andas sobre ellas (que para Ti todo es firme), y acércaste á los tuyos cuando ellos piensan que están más lejos de Ti, y dícesles estas palabras de confianza: "Yo soy; „no queráis temer.„ ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso Pastor, cuán engañado está quien en Ti y de Ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, si quiere enmendarse y servirte!

„Ó si dijeses Tú á los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar á servirte, y como no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo cuanto la nueva de quien Tú eres basta para lo consolar! Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habría quien

1 Matth., XIV.

no te amase y confiase si muy malo no fuese. Y por esto dices: [1] "Yo soy; no queráis temer. Yo soy aquel que mato y doy vida; „meto en los infiernos y saco de ellos. Quiere decir, que atribulo „al hombre (hasta que le parece que muere) y después le alivio „y recreo y doy vida; meto en desconsolaciones que parecen „infierno, y después de metidos no los olvido, mas sácolos; y „por eso los mortifico para vivificarlos. Para eso los meto, para „que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella som- „bra de infierno sea medio para que después de muertos no va- „yan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os „puedo librar, porque soy omnipotente; y os querré librar, por- „que todo soy bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé.

„Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía; „yo vuestro fiador, que salí á pagar vuestras deudas; yo Señor „vuestro, que con mi sangre os compré; no para olvidaros, mas „engrandeceros, si á Mí quisiéredes servir; porque fuisteis con „grande precio comprados [2]. Yo aquel que tanto os amé, que „vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome „mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me „entregué por vosotros á innumerables tormentos de cuerpo y „mayores de alma, para que vosotros os esforcéis á pasar algu- „nos por Mí y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en „Mí tal librador.

"Yo vuestro Padre, por ser Dios, y vuestro primogénito Her- „mano, por ser Hombre. Yo vuestra paga y rescate: ¿qué teméis „deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta „de ellas? Yo vuestra reconciliación: ¿qué teméis ira? Yo el lazo „de vuestra amistad: ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro de- „fensor: ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo: ¿qué teméis „que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de Mí? „Vuestro es mi cuerpo y mi sangre: ¿qué teméis hambre? Vues- „tro mi corazón: ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad: ¿qué „teméis miseria? Y por accesorio son vuestros mis ángeles para „defenderos; vuestros mis santos para rogar por vosotros; vues- „tra mi Madre bendita para seros Madre cuidadosa y piadosa; „vuestra la Tierra, para que en ella me sirváis; vuestro el Cie- „lo, para donde vendréis; vuestros los demonios é infiernos, „porque los holléis como á esclavos y cárcel; vuestra la vida,

1 I Reg., II.
2 I Cor., VI.

„porque con ella ganáis la que nunca se acaba; vuestros los bue-
„nos placeres, porque á Mí los referís; vuestras las penas, por-
„que por mi amor las sufrís; vuestras las tentaciones, porque
„son mérito y causa de vuestra corona; vuestra es la muerte,
„porque os será el más cercano paso para la vida.

„Y todo esto tenéis en Mí y por Mí; porque ni lo gané para
„Mí solo, pues que cuando tomé compañía en la carne con vos-
„otros la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase,
„ayunase, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte si por
„vosotros no queda. No sois pobres los que tantas riquezas te-
„néis, si vosotros con vuestra mala vida no las queréis perder
„á sabiendas

„No desmayéis, que no os desampararé, aunque os pruebe;
„vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza
„hace parecer más fuerte mi fortaleza; de vuestros pecados y
„miserias saco yo manifestación de mi bondad y de mi miseri-
„cordia. No hay cosa que os pueda dañar si me amáis y de Mí os
„fiáis. No sintáis de Mí humanamente según vuestro parecer,
„mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por
„el corazón, el cual se abrió en la Cruz por vosotros, para que
„no pongáis duda en ser amados (en cuanto es de mi parte), pues
„veis tales obras de amor de fuera y corazón tan herido de vues-
„tro amor de dentro.

„¿Cómo me negaré á los que me buscáis para honrarme, pues
„salí al camino á los que me buscaban para maltratarme? ¿Ofre-
„címe á sogas y cadenas que me lastimaban, y negarme he á los
„brazos y corazón de cristianos donde descanso? ¿Díme á azotes
„y columna dura, y negarme he al alma que me está sujeta? ¿No
„volví la faz á quien me la hería, y volverla he á quien se tiene
„por bienaventurado en la mirar para adorarla?

„¿Qué poca confianza es ésta, que viéndome de mi voluntad
„despedazado en manos de perros por amor de los hijos, estar
„los hijos dudosos de Mí si los amo, amándome ellos? Mirad,
„hijos de los hombres, y decid: ¿á quién desprecié que me qui-
„siese, á quién desamparé que me llamase, de quién huí que me
„buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué á los apartados
„y sucios; importuno yo á los que no me quieren, ruego yo á
„todos conmigo: ¿qué causa hay para sospechar olvido para con
„los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor?

„Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo, mas encúbrolo

„por amor de mi criatura, á la cual ninguna cosa le está tan „bien como no saber ella de sí, sino remitirse á Mí. En aquella „ignorancia está su saber; en aquel no saber está colgada su fir- „meza; en aquella sujeción su reinar. Y bastarle debe que no „está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, „pues por ella las dí á clavos y cruz y más son que suyas, pues „hicieron por el provecho de ella más que las propias suyas. Y „por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté „como en tinieblas y que no sepa de sí. Mas si se fía y no se „aparta de mi servicio, librarla he y glorificarla he, y cumpliré „lo que dije [1]: "Sé fiel hasta la muerte, y darte he la corona de „vida.„ Hasta aquí son las palabras de la carta, las cuales declaran muy bien lo que arriba de ella dijimos.

CAPÍTULO XVIII

Del singular conocimiento que el Padre Maestro Juan de Ávila tenía del misterio de Cristo.

En todo lo que hasta aquí se ha dicho vemos los conceptos que este Siervo de Dios tenía, así de la confianza que debemos tener en Nuestro Señor, como de la grandeza del beneficio de nuestra redención en que ella principalmente se funda, como en esta carta se ha visto. Y como en otras muchas cosas procuraba este Varón de Dios imitar en su manera al Apóstol San Pablo (que él había tomado por ejemplo y maestro), así también procuraba imitarle en este conocimiento del misterio de Cristo. Del cual conocimiento se preciaba tanto el Apóstol [2] que llegó á decir que ninguna otra cosa sabía sino á Cristo, y Ése crucificado. Y con haber él sabido las maravillas y secretos del tercero cielo y haber allí oído palabras que no era lícito hablar á hombre mortal, con todo eso, dice que no sabía más que á Cristo crucificado; no porque más no supiese, sino porque todo lo demás que sabía era poco en comparación de esta sabiduría, ó, por mejor decir, porque en este misterio sabía todo cuanto para nuestra salvación se puede saber: que es todo lo que comprende y trata la Teología cristiana.

Porque esta ciencia tiene dos partes: una especulativa, que

1 Apoc., II.
2 I Cor., II

principalmente trata del conocimiento de Dios, y otra que llaman práctica, que trata de las virtudes y de los vicios sus contrarios, y todo cuanto comprenden estas dos partes nos enseña más perfectamente el misterio de la Cruz que todos cuantos libros hoy están escritos. Porque ¿qué cosas me pueden dar mayor conocimiento, así de la bondad de Dios como de las otras perfecciones suyas, que haber querido Él morir en cruz por la salud de los hombres? Y siendo verdad lo que el Apóstol dice [1], que Cristo se ofreció á la muerte por librarnos de toda maldad y fundar un pueblo agradable á Dios, seguidor de buenas obras (que es ser enemigo de los pecados y amador de las virtudes), ¿qué cosa se puede escribir más eficaz para aborrecer los pecados y amar las virtudes, que haber el mismo Dios bajado del cielo á la tierra y padecido en cruz por esta causa? Por lo cual con mucha razón dice el Apóstol que no sabía más que á Cristo crucificado, porque en esto sabía perfectamente todo cuanto para nuestra salvación y santificación era necesario.

Pues cuán grande haya sido la luz y conocimiento que este Varón de Dios tuvo de este misterio, no sé con qué palabras lo pueda explicar. Mas quien notare con atención todo lo contenido en esta carta que acabamos ahora de referir, no podrá dejar de entender algo de este misterio; esto es, de la bondad y caridad y misericordia de Nuestro Señor que en él resplandece, y la grandeza del remedio y consolación y salud que por Él nos vino, y los motivos grandes que en Él se nos dan para amar y servir y confiar en Él.

Pero otro indicio más notable hay que éste, el cual es que en todas las cartas que hasta ahora se han impreso, que pasan de ciento cuarenta, no creo que se hallará alguna en la cual no sean las principales razones y consideraciones de ella fundadas en este misterio, y así podrá este Padre en su manera decir con el Apóstol que no sabía otra cosa sino á Cristo crucificado. Y como sea verdad que lo que abunda en el corazón sale por la boca [2], argumento es que estaba su pecho muy lleno de Cristo, pues así le salía por la boca.

Por donde algunas veces le oí decir que él estaba alquilado para dos cosas, conviene á saber: para humillar al hombre y glorificar á Cristo. Porque realmente su principal intento y su

1 Tit., II.
2 Matth., XII.

espíritu y su filosofía era humillar al hombre hasta darle á conocer el abismo profundísimo de su vileza, y, por el contrario, engrandecer y levantar sobre los cielos la gracia y el remedio y los grandes bienes que nos vinieron por Cristo. Y así muchas veces, después de haber abatido y casi desmayado al hombre con el conocimiento de su miseria, le vuelve luego y casi lo resucita de muerte á vida, esforzando su confianza con la declaración de este sumo beneficio, mostrándole que mucho mayores motivos tiene en los méritos de Cristo para alegrarse y confiar, que en todos los pecados del mundo para desmayar. Mas cuándo Nuestro Señor le concedió la luz y conocimiento de este misterio, adelante lo apuntaremos en su lugar.

CAPÍTULO XIX

Del don que tenía de consejo y de discreción de espíritus.

Á la facultad y oficio del perfecto predicador (que aquí describimos) conviene tener (además de lo dicho) don de consejo y de discreción de espíritus, por las muchas cosas de esta calidad que ocurren á él. Y éstos también tuvo este nuestro predicador muy enteramente. Por lo cual de muchas partes acudían á él á pedirle consejo y determinación de las dudas de sus conciencias.

Y por no faltar á tantas cartas que sobre estas materias se le escribían, usaba de esta providencia, que tenía en su aposento un ovillo hincado con clavos á trechos en la pared, con los títulos de las personas y ciudades de donde le escribían, y así trabajaba por satisfacer á todos. Otros también acudían á él por oir alguna palabra de edificación, y por este concurso tan continuo de diversas personas, dijo una persona discreta que este Padre entre los siervos de Dios era como señor de salva, por la mucha gente que con él negociaba y pendía de su consejo, porque de más de cien leguas venían á él para determinarse en el estado y manera de vida que tomarían, y él á unos aconsejaba que fuesen religiosos de tal ó tal Orden, á otros que se casasen, á otros que tomasen Órdenes sacros, y así á otros de otras maneras, según la información que le daban. Y con todas estas importunidades no sólo no se cansaba, mas antes (como solícito obrero) decía que esta era la gloria del predicador, ofre-

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

cérsele materia en que pueda aprovechar; y á veces, cuando acertaba á venir alguna persona (aunque fuese de baja suerte) estando él comiendo, se levantaba de la mesa á oirla, y á los que de esto se maravillaban decía que él no era suyo, sino de aquellos que lo habían menester.

Mas aquí se ha de notar que ordinariamente en todas las preguntas de cosas graves siempre acudía á la oración, y la pedía también á la persona que pedía consejo, porque como prudente y visto en las Santas Escrituras, se acordaba que está escrito [1] que los pensamientos de los mortales son temerosos y sus providencias inciertas y dudosas. Y acordábase también de lo que Salomón dice [2], que es grande la aflicción del hombre porque ignora las cosas pasadas, y por ningún mensajero puede tener noticia de las venideras. Pues como el prudente Varón entendía esto, y conocía que el suceso de los negocios que se espera está por venir, y éste nadie sabe cuál será, sino Dios, por esto tenía por cosa peligrosa dar parecer en esto sin encomendarlo mucho á Nuestro Señor, así por su parte como del que este consejo pedía.

Y para esto alegaba aquella muy celebrada sentencia del Rey Josaphat, el cual viéndose en aprieto, hablando con Dios, decía [3]: "Como no sabemos, Señor, lo que nos conviene hacer, sólo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á Vos." Acordábase también del yerro en que cayó Josué y los Príncipes del pueblo cuando recibieron en su tierra los Gabaonitas; y la causa del yerro la señala la Escritura, diciendo [4] "que ésta fué haberse guiado por su propio parecer, sin haber consultado á Nuestro Señor." Pues como entendía esto el Siervo de Dios, siempre quería que en negocios graves procediese el socorro de la oración.

Acaeció, pues, que un hombre le consultó sobre cierto negocio y no le agradó la respuesta. Mas al día siguiente este hombre confesó y comulgó, y acabando de comulgar, estando recogido, sintió que interiormente le decían: "Á Mí tu voluntad, y á mi Siervo tu parecer, y esto no es engaño." Entendió el hombre esto, y otro día fué al Padre á pedirle se determinase en lo que le había de aconsejar, porque él venía determinado de cum-

1 Sap., IX.
2 Eccl., VIII.
3 Par., XX.
4 Josué, IX.

plirlo; y no le dijo por entonces nada de aquel movimiento que había sentido su corazón, mas después se lo vino á declarar.

Y como le había dado Nuestro Señor don de consejo, así le dió discreción de espíritus; de lo cual pudiera referir aquí algunos ejemplos, en los cuales declaró no ser cosas de Dios las que por tales eran tenidas: y así entendió que las cosas de Magdalena de la Cruz eran del demonio; y esto determinó en tiempo que volaba su fama por todo el mundo, y estando en Córdoba nunca se pudo acabar con él que la fuese á ver.

Acaeció también que una gran religiosa, por nombre Teresa de Jesús, muy conocida en esta nuestra edad por grande Sierva de Dios (aunque al principio perseguida de muchos que no conocían su espíritu), viéndose tan acosada de algunos, acudió á uno de los señores inquisidores dándole cuenta de sus cosas para que él las examinase. Mas él respondió que al Santo Oficio principalmente pertenecía castigar las herejías que se les proponían; mas que la avisaba que en la Andalucía había un gran Siervo de Dios (que era el Padre Ávila) y de grande experiencia en las cosas espirituales, que le diese por escrito cuenta de toda su vida y que se aquietase con lo que él respondiese. Ella lo hizo así, y él, después de haber sido muy bien informado del caso, le respondió en una carta que se aquietase y entendiese que no había en sus cosas engaño alguno, porque todas eran de Dios. Esta carta vi yo, y no se pone aquí por ser cosa muy larga y tratar de materias muy espirituales y delicadas, que no son para todos.

SEGUNDA PARTE DE ESTA HISTORIA

EN LA CUAL SE TRATA DE LAS VIRTUDES PERSONALES Y PARTICULARES DEL PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA

Hasta aquí hemos tratado, según nuestra rudeza, de las virtudes y facultades que dió Nuestro Señor á este su Siervo para el oficio de la predicación. Ahora será razón tratar de las virtudes particulares de su persona. Y bien se me entiende que esta segunda parte había de ser la primera; pues el orden de las cosas pide que primero se trate de las virtudes de la persona, que de las que pertenecen á su oficio. Porque de esta manera procede la naturaleza en la procreación de las plantas, las cuales no dan fruto hasta estar crecidas y medradas en sí; ni los animales engendran luego en naciendo, sino después que han llegado á perfecta edad. Mas con todo esto no guardamos aquí este orden, por ver que estas virtudes personales de que aquí queremos tratar penden mucho de las que pertenecen al oficio, aunque (para decir verdad) también éstas en su manera pertenecen á él.

CAPÍTULO PRIMERO

De su oración.

Entre los dones y gracias que Nuestro Señor reparte á sus siervos, se encuentra la de la oración, como lo declara el mismo Señor por el Profeta Zacarías, diciendo [1]: "Que derramaría sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén (que

1 Zach., XII.

es la Iglesia) espíritu de gracia y de oración.„ Tuvo, pues, este predicador este don, y fué Maestro y predicador y encarecedor de esta virtud y de la necesidad que tenemos de ella. La cual tenía por tan necesaria para alcanzar las virtudes, como la tierra de agua para fructificar: y por tal se juzgaba el Profeta cuando se hallaba sin ella, y así hablando con Dios decía [1]: "Mi alma, Señor, está como tierra sin agua delante de Ti. Por tanto, Señor, óyeme muy aprisa, porque desfallece mi espíritu.„ Pues quien quisiere saber cuán encarecidamente encomienda nuestro predicador esta virtud, lea el cap. LXX del *Audi filia,* y verá lo que este Padre sentía de ella. Porque realmente ella es el fundamento de toda la vida espiritual, por tener por oficio pedir siempre la divina gracia que es el alma de esta vida. Y aunque los santos Sacramentos, especialmente el del altar, sean tan poderosos para dar gracia; pero esto hacen cuando se reciben (que es á sus tiempos debidos); mas la oración es de todos los tiempos y horas, así de día como de noche, y de todos los lugares. Y por esta causa y por otros nuchos frutos que se siguen de esta virtud, la encomendaba este Padre, así en sus sermones como en sus cartas, muy encarecidamente.

Y lo que él recomendaba á otros, mucho más lo tomaba para sí: y así, tratando yo con él familiarmente esta materia, me vino á decir que en el mismo tiempo que predicaba, cercado de tantos negocios, tenía cada día dos horas de oración por la mañana y otras dos por la noche. Mas esto pagábalo el sueño, porque se acostaba á las once y despertaba á las tres de la madrugada, y así tenía tiempo para esto. Mas después que por las muchas enfermedades (que luego contaremos) no continuaba tanto el oficio de predicador, el tiempo que quitaba á la predicación acrecentaba á la oración, porque en esta disposición tenía esta orden, que toda la mañana hasta las dos de la tarde gastaba con Dios, y en la Misa, cuando la podía decir. Y en este tiempo no admitía negocio alguno por importante que fuese; mas desde las dos hasta las seis daba audiencia á los que á él venían. Y desde esta hora hasta las diez se recogía y trataba con Dios los negocios de su ánima y de las ajenas; y así eran sus vigilias muy continuas, llenas de dolores y gemidos por los pecados del mundo. Y decía muchas veces, y aun lloraba, viendo cuán pocas viudas había en Naím que llorasen los hijos

1 Psalm. CXLII.

muertos; esto es, cuán pocos sacerdotes que gimiesen por tantas almas muertas en pecado. Y en estas vigilias entraban las del jueves y viernes. Porque decía él que quien se acostaba y podía acabarlo consigo de dormir toda la noche del jueves habiendo sido preso en este día Nuestro Salvador, y pasado tal noche, y el viernes estando muerto, que no correspondía á la obligación de la grandeza de este beneficio. Exhortaba también á la meditación de esta sagrada Pasión, de la cual trató divinamente en el sobredicho libro de *Audi filia,* escribiendo allí cosas de grande ternura y devoción y declarando los grandes é inestimables frutos que de esta santa meditación se cogen.

Acudían á él también muchas personas religiosas y otros de diversos estados á tratar con él cosas particulares de esta virtud. Y era cosa muy notable ver la satisfacción con que se apartaban de su presencia, glorificando á Nuestro Señor por haberle dado tanta luz y discreción en estas materias, dando consejos y enseñando caminos de grande seguridad y avisando de los peligros que en ellos puede haber.

Y es familiar consejo y doctrina suya que nos lleguemos á la oración más para oir que para hablar, y más para ejercitar los afectos de la voluntad que la especulación del entendimiento: antes me dijo él una vez que lo ataba como á loco para que no fuese parlero en la oración. Por donde, en una carta que escribe á un sacerdote, le declara esto por una comparación, diciendo que una cosa es hablar con el Rey, y otra estar con acatamiento y reverencia en presencia de él. Y así decía, que una cosa es hablar con Dios, y otra estar con este acatamiento y reverencia y una voluntad amorosa y temerosa delante de Él; que es un modo fácil y devoto y aparejado para recibir particulares favores de Nuestro Señor, poniéndose el hombre como aquel hidrópico del Evangelio delante de Nuestro Salvador, esperando humildemente el beneficio de su salud.

CAPÍTULO II

De la modestia en su conversación.

Como nunca un vicio anda solo, así no hay virtud que no traiga consigo otra virtud. Y así de la oración tan continua de este Padre procedía la mesura y composición de su hombre

exterior y el modo de tratar de su persona. Porque no se podía hallar reloj más concertado y que más á punto diese sus horas, que lo era su vida. Antes me parece que había llegado á tener una participación de la inmutabilidad de los bienaventurados.

Porque entre tanta variedad de negocios y de personas con quien trataba, nunca mudaba aquel semblante y serenidad de su rostro; la cual manifiestamente procedia del recogimiento y composición del hombre interior, que redundaba en el exterior. Porque á no tener tan firmes raíces dentro, fácilmente se alterara y mudara con la variedad de los negocios que se le ofrecían. Acaeció estar una vez diez ó doce días en el Colegio de los Padres de la Compañía de Jesús en Montilla, y nunca en todo este tiempo perdió esta su acostumbrada mesura y serenidad, imitando aquella modestia que el santo Job muestra que tenía, cuando dice [1]: "que la luz de su rostro no caía en tierra„; queriendo significar que nunca perdía la gravedad y mesura de su persona por causas que acaeciesen. Y como esto notase uno de los Padres de aquel Colegio, pensó que esta mesura y gravedad conservara allí por darles buen ejemplo, y así lo dijo á uno de sus familiares discípulos. Mas él le desengañó, diciéndole que esto era perpetuo en aquel Padre en todo tiempo y lugar; de modo que aun andando por casas, y (lo que más es) estando enfermo en cama, siempre conservaba esta misma serenidad: tan grande era el hábito que de esto tenía adquirido.

¿Pues qué diré de la mesura de sus ojos? San Vicente, en el tratado de la *Vida espiritual*, aconseja al religioso que no extienda la vista más de cuanto ocupa la estatura de un Crucifijo. Esto parece que había leído este Padre (á lo menos así lo guardaba), porque poco más que esto extendía comunmente la vista de los ojos.

Acaeció también, estando en Córdoba, entrar con un Padre amigo suyo en un jardín muy hermoso donde había muchas cosas que mirar; mas como él no mudase el semblante y sosiego que solia tener, díjole el Padre que con él íba: "Mire V. R. esto, y mire lo otro.„ Al cual él respondió con su acostumbrada mansedumbre: "No hace eso á mi caso.„ Esto dijo, porque cuando quería levantar el corazón á Dios, no se ayudaba de esta consideración de las criaturas, teniendo el misterio de Cristo por más excelente motivo para esto. Porque si no podemos en esta

1 Job, XIX.

vida conocer á Dios sino por sus obras, ¿qué obra más excelente que la sagrada humanidad para venir por ella en conocimiento de la soberana deidad? Mas los que no han recibido aún lumbre para conocer la alteza de este misterio, ayúdanse de la hermosura de las criaturas para levantar sus corazones al amor y conocimiento del Criador. Y así aconsejaba él á los que se dan á leer las Sagradas Escrituras, que señaladamente se diesen á la parte de ella que trata de este divino misterio, por la gran ventaja que ésta hace á todas las otras.

Mas volviendo á nuestro propósito, pensando yo cómo podría representar con palabras el semblante y honestidad que este Padre tenía en su rostro, se me ofreció una comparación de los pintores, los cuales, teniendo una tablilla en la mano donde están diversos colores, algunas veces juntan tres ó cuatro colores y hacen un tercero de todos, proporcionado á lo que quieren pintar. Pues así me parece que el semblante y mesura de este Padre no representaba una sola virtud, sino una como mixtura de otras; porque en él se veía una gravedad no sola, sino acompañada con humildad, mansedumbre y blandura natural. Porque todo esto pudiera notar cualquier hombre prudente que lo mirara, pues está escrito [1]: "Por la manera de la vista se conoce el hombre, y por la figura del rostro el que es cuerdo y sesudo." Y en otro lugar dice Salomón [2], "que como resplandecen en el agua los rostros de los que en ella se miran, así ven los varones prudentes los corazones de los hombres." Porque son nuestros ojos unas como vidrieras por donde se traslucen mucho los afectos interiores de nuestro corazón.

Y no menos guardaba él esta modestia en sus palabras que en lo demás. Porque palabra de donaire nunca se vió en su boca. Y así entendía él aquello del Apóstol, que dice [3]: *Scurrilitas, quae ad rem non pertinet.* La cual palabra glosaba él, diciendo que palabras de chocarrería no pertenecían á la gravedad del instituto de la vida cristiana. Su risa también era tal que (como se escribe de San Bernardo) más necesidad tenía de espuelas que de freno.

De lo dicho puedo yo ser buen testigo, porque si no lo conociera más que por algunas visitaciones, pudiera engañarme

1 Eccli., XIX.
2 Prov., XXVII.
3 Ephes., V.

con lo que de presente veía; mas como la comunicación fué por muchos días (como al principio dije), usando de una misma casa y mesa, no pude dejar de maravillarme, viendo que en todo tiempo nunca vi en él en una hora más que en otra. Suelen los hombres comunmente, acabando de comer, soltar la lengua en palabras alegres ó risas. Mas yo nunca vi en él otro semblante que el que se ve en un hombre que sale de una larga y devota oración. Lo cual no pudiera perpetuamente conservarse si no fuera por el recogimiento y unión interior que tenía siempre con Dios, con la cual procuraba tener siempre el honor de su corazón caliente, para que al tiempo del recogimiento no fuese menester mucha leña de consideraciones para meterlo en calor.

Pues esta mesura y composición del hombre exterior hacía que todos los que con él trataban le tuviesen una singular reverencia y acatamiento. Y no sólo éstos, sino todos los señores y Prelados con quien trataba, le tenían en grande respeto, porque su rostro era un como sobrescrito que declaraba lo que en el hombre interior estaba secreto; por lo cual algunos decían: "Este hombre con sólo verlo nos edifica."

CAPÍTULO III

De la virtud de su pobreza.

Cuán aneja sea la virtud de la pobreza á los predicadores evangélicos, claramente lo mostró el Salvador [1] cuando envió á sus discípulos á predicar. Por lo cual (como al principio dijimos), la primera cosa que nuestro predicador hizo cuando se dedicó á este oficio, fué dar toda la hacienda que de sus padres había heredado á los pobres. Y además de esto, ninguna cosa tuvo ni tomó todo el tiempo que vivió, sino unos pocos de libros y un recado para decir Misa. Y acordándose que aquel Señor que él tanto amaba murió en la cruz desnudo, de esto sólo que tenía hizo donación á un discípulo suyo por escritura pública seis años antes que falleciese. Y ofreciéndole canonjías y rogándole con ellas, y siendo llamado á la corte por la fama que corría de su vida y doctrina, siempre se excusó con humildad. Y aunque entendía que en la corte se podía hacer más fruto por

1 Luc., X.

estar allí la fuente de la justicia y de todo el gobierno; pero él, de tal manera quería servir al provecho común, que no quería poner á peligro su recogimiento con el ruido de los muchos negocios que en la corte lo inquietarían, tomando él para sí el consejo que daba á sus predicadores, á los cuales solía decir: "No más hijos que leche, ni más negocios que fuerzas."

La hacienda con que se sustentaba era la fe y confianza muy firme que tenía en la Providencia paternal de Nuestro Señor. Y así, leyendo una vez en Córdoba á los clérigos, mostró una Biblia pequeña que consigo traía, y llegando á aquel paso del Evangelio en que Nuestro Señor dice[1]: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado", dijo que había echado una raya en este lugar, y fiándose de esta palabra y promesa del Salvador, que jamás le había faltado cosa de las necesarias para la vida. Y en confirmación de esto, me dijo una vez que si un genovés le diera una cédula en que esto le prometiera, se tuviera por bien proveído y seguro que nada le faltaría: ¿pues cuánto más se debía fiar de la palabra y promesa del mismo Hijo de Dios, la cual es tan cierta, que, como él dice [2], "antes faltará el cielo y la tierra que alguna de sus palabras?"

Decía él también á un familiar suyo, que había Nuestro Señor cumplido con él á la letra aquella palabra en que promete al que por Él dejare su hacienda, ciento más en esta vida [3]; pues no solamente nada le había faltado, mas antes le había dado mucho más para ayudar y socorrer á muchas necesidades. Y así pudo él decir con el Apóstol [4]: "Vivimos como pobres, pero enriquecemos á muchos." Porque era grande el cuidado que tenía de acudir á las necesidades de los pobres y de los hospitales. Y así fué el que dió calor á aquel solemne hospital que se hizo en Granada junto al monasterio de San Jerónimo. Y además de esto, todas las personas que se querían convertir ó entregar al servicio de Nuestro Señor hallaron en él abrigo y remedio, no sólo para sus almas, sino también para sus cuerpos, cuando era necesario. Y me acuerdo haberle enviado yo á Granada una de estas personas que se quería apartar de pecado, y él la recibió benignamente y la proveyó de lo necesario, porque

1 Matth., VI.
2 Matth., XXIV.
3 Matth., IX.
4 II Cor., VI.

para todo le favorecía Nuestro Señor, enriqueciendo aquella pobreza voluntaria que por Él había escogido.

Y no contento con esto, con ser pobre de espíritu, quería también ser pobre de cuerpo. Y por eso holgaba con la ropa pobre y vieja y pesábale con la nueva. Por donde el Arzobispo de Granada, D. Gaspar, mandaba á sus criados que le hurtasen el bonete ó el manto viejo y le pusiesen otro nuevo. Y una señora devota suya tuvo manera con que le hurtasen el manto viejo y le pusiesen otro nuevo. Y como él se levantase por la mañana y no hallase su manto, comenzó á decir: "Denme mi manto, denme mi manto." No hubo nadie que en ello le obedeciese, esperando vencerle con la necesidad; mas ni esto bastó. Y siendo víspera de Navidad, se vistió una sobrepelliz sobre la sotana vieja que traía, y de esta manera fué á las vísperas de la fiesta. Y como esto viesen, finalmente le volvieron su manto.

Preguntóle uno de sus familiares discípulos cómo lo pasaba en Sevilla cuando comenzó á predicar y no era tan conocido como después lo fué. Á esto respondió que moraba en unas casillas con un Padre sacerdote, sin tener nadie que le sirviese, y cuando iba á decir Misa, pedía á alguno de los que allí se hallaban que le ayudase á Misa. Y cuanto á la comida, dijo que comía de lo que pasaba por la calle, leche, granadas y fruta, sin haber cosa que llegase al fuego; mas algunas personas devotas le hacían á veces limosna con que compraba lo dicho.

Su celda y cama, y todo lo que había para su servicio, estaba todo dando olor de pobreza. Y tan amigo era de esta virtud, por acordarse de la pobreza en que el Salvador (que él tanto amaba), nació, vivió y murió, que deseaba grandemente pedir limosna de puerta en puerta como verdadero pobre, si no le fueran á la mano.

Decíale yo una vez que el bienaventurado San Francisco amó y encomendó tanto la pobreza por dos grandes bienes que hay en ella: el uno es cortar la raíz de todos los males, que es la codicia; y lo otro, porque contentándose el religioso con lo que es puntualmente necesario (lo cual á pocas vueltas se halla), queda libre y desocupado para emplearse todo en la contemplación de las cosas del cielo, como quien no tiene ya trato ni comercio con la tierra. Á esto me respondió que no era ésta la principal razón de este glorioso Padre, sino el amor grande y muy tierno que tenía á Cristo; y por esto, viéndole nacer y vivir

tan pobre, que no tenía sobre qué reclinar la cabeza, y sobre todo morir desnudo en cruz, que no podía él acabar consigo de vivir y morir sino de la manera que su querido y amado Señor vivió y murió.

CAPÍTULO IV

De la virtud de su abstinencia.

Hermana muy conjunta y familiar de la pobreza es la abstinencia; porque ni el pobre tiene manjares ricos, ni la abstinencia lo consiente: y así se ayudan estas dos virtudes una á otra. La abstinencia de este Padre era la que el Apóstol escogía para sí cuando dijo [1]: "Teniendo alimentos y con qué nos cubramos, estamos contentos." Pues así él tomaba lo necesario para sustentar la vida, mas no para irritar la gula. Y cuando iba á comer fuera de su casa y veía algún manjar curioso, decía luego: "Traigan cocina, traigan cocina." Porque no quería más que el comer ordinario que bastase para sustentar las fuerzas que pide el oficio de la predicación.

Y aun en esto faltaba muchas veces, esperando más las fuerzas de la providencia de Nuestro Señor que de los medios humanos. Por lo cual, estando en Granada algo flaco y con necesidad de comer carne, la señora Marquesa de Mondéjar, viendo por una parte el fruto de sus sermones, y por otra el impedimento de su flaqueza, decía que le habían de obligar á comer carne en Cuaresma, porque no se perdiese lo más por lo menos. Á lo cual él respondió (estando yo presente), diciendo: "Que el predicador testificaba y predicaba que hay favores y socorros de Dios sobrenaturales; que es razón que testifique por la obra lo que dice con la palabra, fiándose en muchos casos de Dios, cuando de los remedios humanos se siguen algunos inconvenientes que tienen apariencia de mal, como es comer carne en Cuaresma quien predica la abstinencia de ella."

Ni en las comidas ordinarias decía quiero esto ó lo otro, sino tomaba lo que le ponían delante, no siendo cosa muy curiosa, como ya dijimos. Acaeció una vez, estando cenando en un monasterio nuestro, que le pusieron primero un cierto manjar y junto con él unas sardinas que él holgara de comer acabado

1 Tim., VI.

el primer plato; mas un niño que servía á la mesa, ignorantemente levantó este plato. Acudió entonces el Padre con su acostumbrada mansedumbre, diciéndole: "Sea así como vos queréis." Esta palabra tan simple da en qué filosofar, porque declara cuán resignado estaba este Padre y cuán sin voluntad, y tan ajeno de tener querer y no querer; pues no se atrevió á decir á un niño deja el plato. Porque á ser hombre el que servía, no me maravillara tanto de no querer él dar nota de que tenía apetito de algo; mas guardar esta moderación con un niño, esto es lo que más admira.

Bebía el vino muy templado y probábalo primero para ver si estaba bastantemente aguado, acordándose que San Agustín[1] se acusa, como verdadero humilde, que estando muy lejos de toda embriaguez, alguna vez había excedido los términos de la templanza, por lo cual este Siervo de Dios examinaba primero lo que había de meter en casa, para quedar perfectamente señor de sí y no faltar en sus estudios y ejercicios, porque (como aconseja San Jerónimo)[2] después de comer pueda el hombre leer y orar. Mas en este tiempo, que es después de la refección ordinaria de cada día, aconsejaba el tener silencio, considerando que suelen los hombres desmandarse en palabras ó porfías con el calor de la comida.

CAPÍTULO V

De la paciencia en las enfermedades.

Pasemos de estas virtudes á otras de mayor dificultad y merecimiento, cual es la paciencia en las cosas arduas y dificultosas, en la cual se prueba la fineza de la virtud. Pues no quiso Nuestro Señor que saliese su Siervo de este mundo sin corona de paciencia, ni que caminase por otro camino que Él caminó, que fué de cruz. Y así diremos primero de la paciencia en las enfermedades, y después de la que tuvo en las injurias, que es aún de mayor perfección.

Comenzaron, pues, sus enfermedades poco después de los cincuenta años de su edad. Porque uno de los frutos que cogió del continuo trabajo de predicar, y más tan largos sermones,

1 D. Ang., lib. X, *Conf.*, cap. XXXI.
2 D. Hieron., *in Regul. Monac. de temperat. jejun.*, tomo IX.

y predicados con tan grande fervor y espíritu que hacía estremecer los corazones, fué estragársele todos aquellos miembros interiores que gobiernan nuestros cuerpos. Porque tenía el estómago muy perdido y con estos dolores de ijada y de riñones y gota artética, con dolores agudísimos en las conjunturas de los brazos y piernas, y junto con esto recias calenturas.

Dijo él á un familiar discípulo que lo curaba que le iba mejor con los dolores, con ser tan recios, que con las calenturas. Lo uno, y más principal, porque Nuestro Salvador padeció dolores; y lo otro porque la calentura le ocupaba muchas horas del día, y la fuerza de los dolores duraba como seis horas, y pasadas éstas podía rezar y leer y dar audiencia á los prójimos que venían á aconsejarse con él. Y por esto solía él llamar á las calenturas impedimentos ó estorbos; no haciendo caso del trabajo que daban sino del tiempo que ocupaban, con que impedían los buenos ejercicios, teniendo esto por mayor mal que el dolor.

Y solía decir en lo más recio de los dolores y de las enfermedades: "Señor, más mal, y más paciencia." Un día estuvo apretadísimo y angustiado con los dolores, y decía: "¡Ah Señor! que no puedo." En este tiempo se le aplicaban remedios de medicina, y rezaban los que allí estaban la Letanía, y el dolor no cesaba. Y decía á los que presentes estaban: "Hermanos, esto ha de ser así hasta que Nuestro Señor quiera." Pasado este aprieto, dijo él á uno de sus familiares discípulos, que una noche tuvo un aprieto como éste, y los hermanos que le servían andaban muy cansados, y así estaban durmiendo, y la lumbre se había apagado; y creciendo todavía la angustia, por no despertar á los que le servían, pasaba su trabajo á solas. Y vencido de la fuerza del dolor, pidió á Nuestro Señor se lo quitase, y luego durmió un poco y despertó sin dolor y sin angustia. Dijo entonces á uno de sus discípulos: "¡Oh, qué bofetada me ha dado Nuestro Señor esta noche!"

Palabra es ésta mucho para notar, y lenguaje que no entenderá la carne y la sangre; mas entendíalo este Varón de Dios, porque conocía el valor y mérito de la paciencia en los dolores, y veía que con su petición había perdido parte de este merecimiento; y junto con esto reconocía que Nuestro Señor le había humillado y dado conocimiento de su flaqueza, pues rehusó como flaco llevar la carga. Y filosofando sobre esta materia,

dijo un día, cuando le apretaban estas enfermedades: "Tan admirable es Dios con el enfermo al rincón, como con el predicador en el púlpito."

Y quien quisiere saber qué tanto tiempo duraron estas tan graves enfermedades, sepan que duraron por espacio de diez y siete años. Cosa es ésta que me ha puesto en grande admiración y dádome á entender cuánto agradan los trabajos llevados con paciencia á Nuestro Señor; pues habiendo este Siervo suyo trabajado tantos años en oficio tan agradable á Dios, como es la predicación, y ganado tantas almas, y criado y enseñado tantos discípulos, y fundado estudios, trabajando días y noches, y ganado tantas coronas cuantas almas sacó de pecado, al cabo de tantos merecimientos, cuando en su vejez hubiera de descansar de tantos trabajos, le proveyó Nuestro Señor de otros muchos, mayores que los pasados; pues en aquéllos había gustos y consolaciones, y en éstos gravísimos dolores.

Por lo cual entiendo cuán grande sea el mérito de los dolores, pues tan á manos llenas hinchó Nuestro Señor á este su Siervo de ellos. Séneca prueba que los trabajos é infortunios de esta vida no son malos, por haberlos padecido Catón, que él tenía por virtuoso. Pues, según esto, ¿con cuánta mayor razón probaremos lo mismo, pues tanta parte de trabajos dió Nuestro Señor á este tan grande Siervo suyo?

No consiente Dios que su gracia y sus dones estén ociosos. Los mercaderes no quieren tener su dinero muerto en el arca (donde nada gana), sino negocian y tratan con él para acrecentarlo. Pues conforme á esto, donde Nuestro señor ve que hay mucho caudal de gracia, procura darle materia en que se emplee; y no hay materia de mayor gracia que las tribulaciones llevadas con paciencia; pues (como el Apóstol dice) [1] las tribulaciones de esta vida, que duran un momento, nos son materia de un eterno é incomprensible galardón.

Y entre innumerables ejemplos que de esto hay, no es el menor el de San Lorenzo Mártir, el cual, después de tres veces azotado con cruelísimos y diversos azotes, diciendo él: "¡Oh buen Jesús! recibe mi espíritu", oyó una voz de lo alto, que le dijo: aún muchas batallas te quedan para pelear. Dijo esto el Señor porque entendía tener el santo mártir fortaleza y gracia para padecer más, y porque no perdiese él este acrecentamiento de

1 II Cor., IV.

su corona, le ofreció materia de más paciencia. Y el argumento y prueba de ser esta la causa de los trabajos que Nuestro Señor envía á sus siervos, es la paciencia y contentamiento que tienen con ellos; porque el piadoso Señor que provee lo uno, provee también lo otro, como lo vemos en este su Siervo.

Mas sobre todo lo dicho, es de notar que en medio de tantas enfermedades no dejaba él de ayudar las almas en todo lo que podía, haciendo exhortaciones en monasterios de monjas (de quien tenía particular cuidado por ser esposas del Señor), consolando y enseñando á muchas personas las cosas necesarias á su salud, escribiendo muchas veces cartas espirituales, en que le dió el Señor tanta gracia y discreción de espíritu, que era única medicina para cualquier suerte de necesidades espirituales y trabajos una carta de su mano; tanta era la gracia y espíritu y eficacia con que sabía consolar y dar ánimo á quien tenía necesidad de consuelo.

Estas, pues, eran sus ocupaciones en medio de sus enfermedades y dolores; ni se contentaba con esto; mas también cuando venía alguna fiesta grande, particularmente del Santísimo Sacramento ó de Nuestra Señora (de las cuales solemnidades era devotísimo), luego se levantaba de la cama, dándole fuerzas aquel Señor que le daba la enfermedad. Y predicaba de ordinario ocho sermones, uno en cada día de la octava del Santísimo Sacramento, y esto con tan buena disposición corporal, que parecía estar del todo sano; mas luego, pasados los ocho días, volvía como de antes á la misma enfermedad. y esto duró muchos años; y en particular fué más notable su fervor y eficacia en los sermones en lo último de su vida.

CAPÍTULO VI

De su paciencia en las injurias.

Y aunque este linaje de paciencia sea de grande merecimiento, otro hay de mucho mayor, que es la paciencia en las injurias. Y por esto no quiso Nuestro Señor que este su Siervo perdiese esta segunda corona de más alta paciencia. Y así lo quiso sellar con su sello dándole á beber del cáliz que Él bebió cuando dijo [1]: "No es mayor el siervo que su Señor. Si á mí per-

1 Matth., X.

siguieron, á vosotros perseguirán; y si calumniaron mis palabras, también calumniarán las vuestras.„

Y así acaeció á este Padre, pues sus palabras fueron calumniadas y denunciadas en el Santo Oficio, diciendo de él que cerraba la puerta de la salvación á los ricos, y otras cosas de esta calidad. Por lo cual los señores inquisidores de Sevilla mandaron que estuviese recogido hasta averiguarse su causa. Era entonces vivo el ministro Párraga, regente de nuestro Colegio de Santo Tomás, persona á quien autorizaban muchas letras, edad y santidad. Éste, pues, conociendo la virtud y santidad de este Padre y el grande fruto que hacía con su doctrina, me contó que le aconsejaba muy ahincadamente que tachase los testigos que habían depuesto contra él, alegando que como un hombre en su legítima defensa puede matar á su agresor, así puede tachar los testigos que le infaman. Mas ni con esta razón ni con otras pudo acabar con él esto, alegando que estaba muy confiado en Dios y en su inocencia y que ésta le salvaría, pues Dios Nuestro Señor (como dijo San Agustín) [1], nos ama y no desampara, mayormente en el tiempo de la tribulación; antes dice él en el Salmo (hablando con el justo) [2] "Con él estoy en la tribulación; librarlo he y glorificarlo he.„ Lo cual á la letra cumplió con este su Siervo, el cual salió de aquella calumnia más probado y acreditado, ordenando los señores inquisidores que predicase un día de fiesta en la misma iglesia donde antes predicaba, que era en San Salvador, iglesia grande y colegial de Sevilla, y en apareciendo en el púlpito comenzaron á sonar las trompetas, con grande aplauso y consolación de la ciudad; mas él, por cumplir lo que el Salvador nos aconseja [3], comenzó el sermón exhortando á los oyentes á que hiciesen oración por los que le habían calumniado.

Mas en el tiempo de este entretenimiento, ni este Padre estuvo ocioso, ni Nuestro Señor olvidado de él, pues es tan cierta condición suya consolar á los que por su amor padecen trabajos, de tal manera, que á la medida de las tribulaciones reparte las consolaciones, como dice el Salmo [4].

Y así, tratando una vez familiarmente conmigo de esta materia, me dijo que en este tiempo le hizo Nuestro Señor una mer-

1 D. Aug., sup. Psalm. XC.
2 Psalm. XC.
3 Matth., V.
4 Psalm. XCIII.

ced que él estimaba en gran precio, que fué darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo; esto es, de la grandeza de esta gracia de nuestra redención y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar, alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor, y por eso tenía él por dichosa aquella prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de su estudio.

En lo cual vemos haber hecho Nuestro Señor con este su Siervo una gracia muy semejante á la que hizo al Profeta Jeremías. Porque estando, por la verdad que predicaba, preso, le consoló Nuestro Señor en la cárcel con una gloriosísima y muy alegre revelación, diciéndole [1]: "Llámame y oirte he, y revelarte he muy grandes y verdaderos misterios que tú no sabes." Porque allí le reveló la reparación de Jerusalén después del cautiverio de Babilonia, y la renovación del mundo por la venida de Cristo, declarándole todo esto en el capítulo XXXIII por grandes y magníficas palabras. Pues de esta manera consoló Nuestro Señor á este su Siervo estando preso, dándole especial lumbre y conocimiento del misterio de nuestra redención, que es la más alta filosofía de la Religión cristiana.

Ni faltaron después de ésta otras persecuciones y emulaciones, porque no de balde dijo el Salvador [2]: "Si al padre de la familia llamaron Belcebú, ¿cuánto más á los de su casa?" Y si la envidia tanto persiguió á este Señor que lo trajo á la muerte (como Pilato lo entendió) [3], ¿qué maravilla es perseguir ella á los suyos? No sin causa dijo Séneca: *Si nullos tibi inimicos facit injuria, multos faciet invidia.* Quiere decir: "Si estás libre de enemigos porque á nadie hiciste injuria, no faltarán otros que lo sean por envidia."

Así, pues, le sucedió á este Siervo de Dios, porque viendo algunos predicadores la fama y el grande concurso con que sus sermones eran oídos, y viéndose á sí más olvidados, teniendo por injuria propia la prosperidad ajena, eran muy molestados de este gusano, el cual roe las entrañas de donde procede, como víbora que rompe los ijares de la madre de donde nace. De estas contradicciones padeció este Padre muchas, mayor-

1 Jer., XXXIII.
2 Matth., X.
3 Matth., XXVII.

mente en el principio de su predicación, hasta que, finalmente, con la prueba y fineza de su virtud venció la envidia. Mas nunca por estas contradicciones perdió la paz y serenidad de su alma que siempre conservaba; y no sólo no habló palabra alguna con sus émulos, mas antes procuraba por todos los medios que podía aplacarlos y sacarles aquella espina del corazón. Mas con esto que ellos hacían para dañar, daban á este Padre materia para merecer, porque sabía él (como quien tantas veces lo había escrito y predicado) ser propio de los hijos de Dios hacer de las piedras pan y medicina de la ponzoña, y crecer en la virtud con lo que otros decrecen. Y así declaró él á uno de sus familiares discípulos el provecho que estas contradicciones habían causado en su alma.

CAPÍTULO VII

De la devoción que tenía á Nuestra Señora.

Como este Padre era tan amigo del Cordero, así también lo era de la Oveja que lo parió y crió. Quiero decir, que como era tan amigo del Hijo, así lo era de la Madre. Porque es tan grande la unión y liga que hay entre Hijo y Madre, que quien ama mucho al uno ha de amar mucho á la otra; y pues la carne del Hijo es tomada de la misma substancia y carne de la Madre, es forzoso que quien mucho ama al Hijo ha de amar mucho á la Madre. Y por aquí entendía la alteza y dignidad de esta Señora, filosofando y haciendo argumento de la dignidad del Hijo para conocer la de la Madre. Por que engrandece la fe católica y toda la teología la humanidad de Cristo Nuestro Señor sobre todo lo que pueden los hombres y ángeles comprender. Porque ya que Dios se quiso abajar á tomar nuestra humanidad, tal había de ser ella que no fuese deshonra, sino grandísima gloria hacerse tal hombre cual se hizo. Pues por aquí también entendemos la dignidad y excelencia de la Madre; porque ya que este Señor quiso tener Madre de que naciese, tal había de ser la Madre que no fuese deshonra, sino grandísima gloria suya ser Hijo de tal Madre.

Entendía, pues, esto muy bien nuestro predicador, y así era grande la devoción que á esta Señora tenía. La cual se le parecía bien en la ternura y devoción de los sermones que de

Ella predicaba. Y aquí cabe decirse una cosa que declara más en particular esta su devoción. Pidiéronle, estando en Granada, que en un sermón encomendase al pueblo ayudase con sus limosnas á la fábrica de la iglesia mayor, que entonces se comenzaba, con advocación de Nuestra Señora. Y entre otras razones y persuasiones dijo: "Yo iré allí y tomaré una piedra sobre mis hombros para poner en la casa que se edifica á honra de la Madre de Dios." Y dió Nuestro Señor tanta eficacia á esta y otras palabras que sobre esto dijo, que se allegó una copiosísima limosna, mayor de lo que se puede encarecer. Y los pobres que no tenían dinero, vendían en almoneda sus cosas para dar limosna á esta obra. Y todas las veces que la encargó fué ayudada de muchos con mucha largueza.

Aconsejaba siempre y predicaba con maravilloso fervor esta devoción á las doncellas, aconsejando virginidad y pureza; y así muchas por su medio dejaron el mundo, siendo grandes en estado, é hicieron voto de castidad, y otras entraron en Religión. Aconteció en Sevilla que un hombre principal, estando muy tentado de matar á su mujer por celos que tenía, fué á hablar con este Varón de Dios y á tomar con él parecer, y fuéronse á una iglesia que estaba cerca y oyóle todo lo que tenía que decir en este caso, y después de muchas razones, no estando esta persona convencida, le dijo: "Mucho me duele que os aprovechen tan poco los consejos que os doy, y pues todavía quedáis tan fatigado, os ruego os vayáis delante de aquella imagen de Nuestra Señora que está allí y le supliquéis os remedie en tan gran aflicción como tenéis." Y esta persona lo hizo así, y sintió luego en su corazón remedio y alivio en su trabajo, y fué luego á decírselo á este Padre, y ambos glorificaron á Dios por esta merced que les había hecho en haberle librado de esta tan grande aflicción y engaño que tenía de su mujer.

CAPÍTULO VIII

De la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar.

Declaramos poco antes la especial lumbre y conocimiento que este Padre tenía del misterio de Cristo. Pues la misma luz y gracia que Nuestro Señor le dió para este misterio, le dió para el conocimiento del Santísimo Sacramento del altar. Y no

es esto de maravillar, por ser tan vecinos entre sí estos dos misterios, pues el mismo Señor que fué sacrificado en el monte Calvario es el que se sacrifica en la Misa.

Y así era admirable la devoción y reverencia que este Varón de Dios tenía á este divinísimo Sacramento, la cual crecía con las consolaciones y gustos que con este pan celestial recibía. Y aunque ambos misterios eran para él de grande edificación y consolación, pero del primero tenía fe, aunque muy viva; mas del segundo, juntamente con la fe, tenía gusto y experiencia por las grandes y cotidianas consolaciones y favores que con él recibía.

Los cuales eran tales, que predicando una vez dijo que por la gran experiencia que tenía de la virtud y efectos que este divino Sacramento obra en las almas, no sólo no le era dificultosa la fe de este divino misterio, sino antes muy fácil y suave. Y como sea verdadero el común proverbio que cada uno cuenta de la feria como le va en ella, como á él iba tan bien con el uso de este Sacramento, así predicaba de él cosas altísimas y con grande espíritu.

Y no contento con las alabanzas de la viva voz, escribió también más de cien pliegos de escritura sobre el Evangelio de esta fiesta tan gloriosa, los cuales están en poder de uno de sus más familiares discípulos.

Mas no se contentó él con comer este bocado á solas, sino partiólo con todos sus hermanos, quiero decir, que predicó muchas veces encomendando la frecuencia de la sagrada Comunión, y esto en tiempo que no la había en la tierra. Por lo cual padeció muchas persecuciones y contradicciones, así de los Prelados como de otras personas que extrañaban este negocio, no porque él fuese nuevo (pues nació con el mismo Evangelio en tiempo de los Apóstoles), sino porque la malicia y negligencia de los hombres había hecho nueva la cosa más antigua y más provechosa de toda la Religión cristiana. Mas como él no se movía por el sentido del mundo, sino por el espíritu de la verdad que en su corazón moraba, fiado de él, se opuso contra todo el torrente del mundo, teniendo por dichosas las tempestades que por esta causa contra él se levantaron.

Y además de esto, para despertar la devoción de los fieles predicaba todos los ocho días de las octavas de su fiesta, como arriba dijimos, y procuraba que la procesión de este día se

hiciese con mucha solemnidad. Y además de esto, estando en Granada predicaba todos los jueves en el sagrario de la iglesia Mayor, adonde acudía mucha gente, con ser día de trabajo. Y para mayor acrecentamiento de esta devoción, escribió cartas á los Sumos Pontífices suplicándoles ordenasen que todos los jueves del año se rezase del Santísimo Sacramento. Y á los sacerdotes hacía pláticas familiares declarándoles la devoción y reverencia con que se habían de conducir para celebrar. Y á los que de esto eran predicadores ó discípulos suyos, aconsejaba que exhortasen en sus sermones á la frecuencia de este Sacramento, y por este medio se vinieron á ganar y remediar muchas almas. Y así á él como á todos los suyos hizo Nuestro Señor por aquí grandes mercedes.

Mas de tal manera exhortaba él á esta frecuencia que se tuviese respeto á la vida y costumbres y aprovechamiento de los que lo frecuentaban, y que conforme á esto el prudente confesor alargase ó estrechase la licencia para comulgar, como parece por las cartas que él escribió á algunos predicadores sobre esta materia, llenas de prudencia y discreción, como quien tanta experiencia tenía de estas cosas.

Decía él Misa con tantas lágrimas y devoción, que la ponía á los que la oían. Y con decirla de esta manera, dijo una vez á uno de sus discípulos: "Deseo decir bien Misa un día." Y otra vez dijo al mismo, que cuando acababa de recibir á Nuestro Señor en la Misa, no quisiera abrir la boca. Esto puede interpretar cada uno como le pareciere. San Bernardo dice [1] que la boca es un instrumento muy aparejado para vaciar el corazón: y por ventura lo diría por esto, deseando tapar la boca del horno para que el fuego de amor que con este Sacramento se enciende no saliese á fuera: ó también diría esto por parecer á su devoción ser cosa indigna que entrase otra cosa por la boca por donde Dios entró. Decía también que toda su vida deseó morar en una casa que tuviese una ventana para el Santísimo Sacramento. Este deseo era propio del amor, el cual en ninguna parte huelga más que en donde está la presencia de la cosa amada. Ahora le habrá Nuestro Señor cumplido más enteramente este deseo, pues le verá cara á cara. Y si tanto se alegraba viéndolo debajo del velo con que acá se nos muestra, ¿qué será mirado sin velo en su misma gloria y hermosura?

1 D. Bernar., serm. *De triplici custodia.*

Decíale una vez uno de sus familiares discípulos: "Señor, ¡si fuera Jerusalén de cristianos, para que nos fuéramos poco á poco allá á vivir y morir en aquellos lugares santos, donde el Salvador obró nuestra redención!„ Oyendo él esto, con su acostumbrada serenidad respondió: "¿No tenéis ahí el Santísimo Sacramento? Cuando yo de él me acuerdo, se me quita el deseo de todo cuanto hay en la tierra.„

Este lenguaje no es para todos, sino para aquellos á quien Nuestro Señor ha dado especial gusto de este pan celestial, y particular lumbre para conocer la grandeza de la caridad que el Salvador nos mostró en él, queriendo aquella soberana Majestad que beatifica los ángeles en el cielo, morar con los pecadores en la tierra y aposentarse dentro de nuestros cuerpos y ánimas para santificarlas y hacerlas semejantes á Sí en la pureza de la vida, y después en la alteza de la gloria. Pues el que esto conoce, no sólo por fe viva, sino también por experiencia y particular lumbre del Espiritu Santo, no es maravilla que el tal hombre dijese que acordándose de este divino Sacramento, se le quitaba el deseo de todo cuanto hay en la tierra.

Y como era tan grande el deseo que tenía de recibir este pan de los ángeles, y como por las grandes enfermedades y flaqueza que padecía tenía necesidad de comer algo á las dos ó á las tres de la mañana, procuró Breve de Su Santidad para poder comulgar antes de estas horas. Y este Breve le alcanzó el Padre Salmerón del Papa Paulo IV, año de 1558, informando á Su Santidad de los méritos y enfermedades de este Siervo de Dios; en el cual le concedió que después de las doce de la media noche pudiese decir Misa ó comulgar de mano de otro que la dijese.

Finalmente, era tan grande la devoción que tenía á este divinísimo Sacramento, que tomó por un linaje de recreación y alivio de su enfermedad escribir cosas devotísimas de él. Y como tenía singular devoción á este Sacramento, así la tenía al misterio de Cristo y á su Santísima Madre (como ya dijimos), diciendo que aunque toda la vida quisiese escribir de estas tres cosas, nunca le faltaría materia para ellas. Y lo mismo decía del Espíritu Santo; porque como él experimentaba tan á la continua los efectos é influencias de él en su alma, de aquí también procedía grande devoción para con él, y que ésta también

le daría motivo para que nunca le faltase qué decir, así de este divino Espíritu como de las otras cosas susodichas.

Porque la devoción (como dicen los Santos) es lengua del alma; y así vemos que, cuando ella está devota, sabe decir cosas muy devotas y cordiales á Nuestro Señor: lo cual no sabe hacer cuando no lo está; por donde no es maravilla que teniendo este Padre tan grande devoción á estas cosas susodichas, ella le diese siempre materia que poder decir de ellas.

TERCERA PARTE

DE LA PREDICACIÓN DE ESTE SIERVO DE DIOS, EL MAESTRO JUAN DE ÁVILA, Y EL FRUTO QUE CON ELLA HIZO

DEL varón justo se escribe que será como el árbol plantado par de las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en su tiempo y no le faltarán las hojas, y en todo lo que hiciere será prosperado.

Veamos, pues, ahora qué fruto dió nuestro árbol, plantado par de las corrientes de las aguas de las Santas Escrituras, y criado con la lluvia de la gracia y con el aire y soplo del Espíritu Santo, y cultivado con la labor y ejercicio de las virtudes. Porque llegado á esta perfección y aprovechado en sí, es razón que comience á dar fruto y aprovechar á los otros.

CAPÍTULO PRIMERO

Principio de su predicación.

Tomando este negocio desde el principio de su predicación, es de saber que deseando este Padre emplear sus fuerzas y letras en servicio de Nuestro Señor y edificación de las almas, parecióle escoger para esto el lugar donde hubiese más trabajo y más necesidad, y menos honra y aplauso del mundo: y así le pareció que debía navegar á las Indias. Para lo cual se le ofreció comodidad, juntándose con el Obispo de Tlascala, que lo quería llevar consigo á las Indias. Vino, pues, para esto á Sevilla, y estaba allí esperando tiempo y aparejándose para la navegación.

Mas Nuestro Señor, que lo tenía escogido para otro lugar

(y que muchas veces declara su voluntad imposibilitando la nuestra), impidió esta jornada por una nueva manera. Porque los días que estaba aguardando por tiempo para su viaje, yendo cada día á decir Misa á una iglesia, decíala con tanta devoción y reverencia y con tantas lágrimas, que oyéndola el Padre Contreras (persona de mucha reputación y virtud), movido con esta ocasión, comenzó á comunicarle y querer saber de él el intento que tenía. Y conocido su propósito, trabajó por apartarle de él, diciéndole que harto había que hacer en Andalucía sin pasar la mar.

Mas como él no quería desistir de su propósito ni faltar á la compañía, acudió el dicho Padre al Sr. D. Alonso Manrique, Arzobispo de Sevilla é Inquisidor general, dándole noticia de la persona y del fruto que podía de ella esperar en este su arzobispado, persuadiéndole que le mandase llamar y obligase por obediencia á quedar en él. Llamado, pues, el Padre, alegando lo que arriba está dicho y excusándose todo lo posible, después de muchas razones, finalmente, el Espíritu Santo, que por los Pontífices declara muchas veces su voluntad, de tal manera le aficionó á este Padre, que le mandó por precepto de santa obediencia que se quedase en su arzobispado, y así se quedó. Y luego le mandó que predicase; y aunque él se excusó, como nuevo en aquel oficio, todavía lo hubo de hacer. Y el sermón fué en la iglesia de San Salvador, día de la Magdalena, asistiendo allí el Arzobispo con otra gente principal, y fué este el primer sermón que predicó.

Contó después el Padre á uno de sus discípulos que se había hallado muy apretado antes que subiese al púlpito, y muy ocupado con vergüenza. Y como así se viese, levantó los ojos á un Crucifijo que allí estaba, diciendo estas palabras: "Señor mío, por aquella vergüenza que Vos padecisteis cuando os desnudaron para poneros en la cruz, os suplico me quitéis esta demasiada vergüenza y me deis vuestra palabra para que en este sermón gane alguna alma para gloria vuestra." Y así le fué concedido. Y dijo después el Padre á uno de sus discípulos, que había sido éste uno de los grandes sermones que había predicado y de más provecho: y así dejó á los oyentes grandemente maravillados viendo el espíritu y fervor con que predicó.

Comenzó, pues, á predicar con este mismo fervor (como siempre solía), y así movía grandemente los corazones de los

que le oían. Aquí se llegó á él el P. Contreras, de que arriba hicimos mención, y algunos clérigos virtuosos que trataron familiarmente con él y se aprovecharon de su doctrina. Predicaba también en los hospitales y seguíale mucha gente. Comenzó también á dar orden en las escuelas de los niños y á predicar la Doctrina cristiana por las plazas, y en este oficio perseveró en Sevilla por algún tiempo.

Mas porque los predicadores son nubes (como los llama Isaías [1]), que andan regando diversas tierras doquiera que la voluntad del sumo Gobernador los encamina, como se escribe en Job [2], de Sevilla pasó á otros lugares del mismo arzobispado, como fué Alcalá de Guadaira, Jerez, Palma y Écija; y gastaría nueve años predicando en estos lugares (comenzando él su predicación á los veintiocho ó treinta años de su edad), y en todos ellos con notable fruto y aprovechamiento y llamamiento de muchos por muy duros que fuesen. Un día oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que por un deleite bestial no dudaban de ofender á Nuestro Señor, alegando para esto aquel lugar de Jeremías [3]: *Obstupescite coeli super hoc,* etcétera. Y es verdad cierta que dijo esto con tan grande espanto y espíritu, que me parecía hacía temblar las paredes de la iglesia. Y sería larga cosa de explicar el fruto que con sus sermones se hacía, aunque adelante trataremos algo de esto en particular.

Después de estos lugares susodichos vino á Córdoba en tiempo del Obispo D. Fray Juan de Toledo, y continuó allí su predicación por muchos días con grande concurso de oyentes y satisfacción de todos. Y tendida la red del Evangelio, entraron muchos peces en ella de diversas personas, así de caballeros y clérigos, como de otras personas de menor calidad. Y estuvo también allí en tiempo del Obispo D. Cristóbal de Rojas, y por su consejo ordenó allí un Colegio de clérigos virtuosos, para que de allí saliesen á predicar por los lugares vecinos.

En este tiempo se celebró un Sínodo en esta ciudad, en el cual predicó á solos los clérigos apartadamente, á los cuales deseaba él más aprovechar que á todos los otros, por ser ellos los ministros de los Sacramentos y de la palabra de Dios; y

1 Isai., XXX.
2 Job, XXXVII.
3 Hier., II.

con este ardor y deseo les predicó con tan grande fervor y espíritu, que hubo entre ellos muchas mudanzas, porque unos se determinaron de mudar de vida y otros de seguir á él y entregarse á él por sus discípulos; y á otros que parecían personas de ingenio, envió á estudiar á Salamanca. Los cuales, acabados los estudios, y volviendo al Padre (después de aprovechados con su doctrina y compañía), enviaba á predicar y confesar á diversas partes. Y éstos fueron muchos y de mucho provecho.

En este tiempo ordenó él que en aquella insigne ciudad de Córdoba, afamada de grandes ingenios, hubiese lección de Artes y Teología, y él proveyó de Lectores de los discípulos que tenía, y duró esto hasta que los Padres de la Compañía de Jesús fundaron allí un Colegio, los cuales sucedieron en este oficio. Y en este tiempo él leía en las tardes una lección de la Sagrada Escritura, con grande concurso y aprovechamiento de los oyentes. Y era muy notable lo mucho que en esta ciudad trabajaba y lo mucho que lucían sus trabajos.

CAPÍTULO II

De cómo predicó en Granada.

De Córdoba fué á Granada en tiempo de D. Gaspar de Ávalos, Arzobispo que era de Granada, gran Prelado y Siervo de Dios. En esta ciudad parece que le renovó Dios su Espíritu, porque cebado con el fruto que se había hecho en Córdoba y en otros lugares, y cobrando nueva esperanza con la virtud y santidad del Prelado de aquella ciudad, se ofreció de nuevo al trabajo de la predicación. Al principio de ella, entendiendo el buen pastor la excelencia y eficacia de su doctrina, se alegraba de cómo Dios le había dado tal ayudador para descargo de su obligación. Y luego lo aposentó en un cuarto apartado de su misma casa, y de su consejo se ayudaba en todas las cosas de importancia.

Comenzó, pues, aquí este Padre á predicar con nuevo fervor y espíritu, y así respondió el fruto al trabajo; porque aquí se ofrecieron muchos á ser sus discípulos, y particularmente se hizo gran provecho en los maestros y doctores del Colegio de

esta ciudad del que hubo muchos que trataron familiarmente con él, aprovechándose de su doctrina y profesando nueva vida. Y como la ciudad de Granada es tan grande y hay en ella mucha clerecía y muchos estudiantes, así hubo muchos de éstos aprovechados con su doctrina. Á lo cual también ayudaba la religión y santidad del Prelado que favorecía mucho todas las cosas de virtud. Y ayudaba también el ejemplo de muchas personas que se habían señalado en la virtud con la doctrina que oían. Y florecía con esto la frecuencia de los Sacramentos. Y de los discípulos había algunos más familiares que comían con él á su mesa en un pequeño refectorio que tenía.

É hízose también aquí un Colegio de clérigos recogidos para el servicio del arzobispado, y otro de niños para enseñar la Doctrina cristiana, y pudiera referir aquí las personas insignes que fueron tocadas de Nuestro Señor, que después fueron doctores en Teología y muy útiles á la Iglesia con su ejemplo y doctrina; y por ser muchos de ellos vivos, no me pareció referir aquí los nombres de ellos. Y porque en esta ciudad sucedieron prósperamente estas y otras cosas semejantes, alegrándose el Padre del fruto de sus trabajos, cuando nombraba esta ciudad la llamaba él mi Granada, por haber allí lucido tanto su trabajo, porque parece que la mano de Dios intervenía en este negocio, favoreciendo á este su fiel Siervo, que día y noche no pensaba ni trataba sino de amplificar su gloria.

Viendo, pues, el religioso Arzobispo el fruto que se hacía en su Iglesia con la doctrina de este Padre, insistía mucho en tenerle siempre consigo, así para su consejo como para el bien de las almas, y así le decía: "Hermano Maestro, estaos aquí con nosotros, mirad que aquí servís mucho á Nuestro Señor." Á lo cual él respondió: "Reverendísimo señor, todo lo que Nuestro Señor fuere servido haré, como es razón." Mas no contento el Arzobispo con esta respuesta general, le apretó mucho para que le diese palabra de ello. Mas ni toda esta importunidad, ni ofrecerle la canonjía magistral que entonces vacó, bastaron para obligarle á disponer algo de sí, como hombre que no era suyo, sino del Señor que lo había escogido para aquel oficio. Y entendía él, que los que este oficio tienen han de atender á la voluntad del Señor y por ella han de disponer de su asiento y de sus caminos. Por lo cual este Siervo de Dios no se quiso prendar, ni dar palabra de estar en un lugar, como hacen muchos, y

por esto es su predicación de poco fruto; porque en un lugar sobra la doctrina y en otros falta; ahitando á los unos con la continuación de ella, y dejando á otros perecer de hambre con su falta. Á los cuales, además de la caridad, debía inclinar á mudar lugar al nuevo gusto y fruto que reciben los nuevos oyentes con el nuevo predicador.

CAPÍTULO III

Predicó en Baeza.

Cultivada ya en Granada, según sus fuerzas, esta viña del Señor, fué á Baeza á predicar y fundar un insigne colegio, para el cual una persona principal y rica dejó renta suficiente. Y viendo que en la ciudad había bandos antiguos y muy sangrientos entre Benavides y Carvajales, por haber intervenido muerte y sangre entre ellos, tal gracia y fuerza dió Nuestro Señor á la palabra de su Siervo (que tan agriamente se dolía del perdimiento de las almas), que allanó mucha parte de estos bandos; y lo que no había podido hasta entonces el brazo del Rey, pudo el de este pobre clérigo, ayudado de Dios. Y junto con este fruto tan señalado hubo también particulares llamamientos de caballeros y de señores principales y de otra gente popular; porque la palabra de Dios en la boca de este Siervo, doquiera que predicase, era fuego que encendía los corazones y martillo que quebrantaba la dureza de muchos; porque por esto le puso Dios estos dos nombres en Jeremías [1].

Y así sucedió aquí una cosa notable, que en una casa principal donde se hacían las juntas de los que traían bandos y se forjaban las enemistades, vino á fundarse un colegio muy formado; el cual se hizo después Universidad con gran facultad para poder allí graduarse. Y como este Padre fué siempre tan devoto de que en la primera edad, antes de que resucitase la malicia, fuesen los niños instruídos en Doctrina cristiana y buenas costumbres, dió orden como se hiciese allí colegio de niños para este efecto.

Y porque esta Universidad no sólo fuese escuela de letras, sino también de virtudes (sin las cuales aprovechan poco las letras), trajo el Padre para la fundación de esta Universidad los

1 Hier., XXIII.

discípulos señalados que había dejado en Granada. Y porque, como el Salvador dice [1], el reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que con ser el más pequeño de las semillas, viene á hacerse árbol, así se ha visto en la fundación de este colegio, porque de colegio particular se hizo Universidad, á la cual acuden de aquella tan poblada tierra gran número de estudiantes. Y, lo que más es, los maestros fundadores de la Universidad eran hijos legítimos y muy familiares del P. Ávila, criados con la leche de su doctrina é instruídos en su manera de predicar; y con esto han hecho mucho fruto en aquella tierra, y tales han procurado hacer á sus discípulos. Y así han salido de esta Universidad hombres señalados en letras y virtud, los cuales, con su doctrina y ejemplos, han hecho mucho fruto en diversos lugares de aquel Obispado de Jaén. Y así el grano de mostaza, que era tan pequeño, vino á hacerse árbol y extender sus ramas por todas aquellas partes.

Este fué uno de los negocios más deseados y procurados de este Padre; porque desde el principio de su predicación, siempre entendió que convenía haber doctrina, así para enseñar á mozos, como para criar clérigos virtuosos. Y tratando de esto, y viendo que del mundo no se podía esperar este beneficio, solía él decir: "Tengo de morir con este deseo." Mas después que en aquel tiempo llegó á su noticia el instituto de los Padres de la Compañía de Jesús, que era conforme á lo que él deseaba, alegróse grandemente su espíritu, viendo que lo que él no podía hacer sino por poco tiempo y con muchas quiebras, había Nuestro Señor proveído quien lo hubiese ordenado tan perfectamente y con perpetua estabilidad y firmeza.

CAPÍTULO IV

Predicó también en Montilla.

Predicó también una Cuaresma en Montilla con tan grande fervor y aprovechamiento, que, como contó la señora Doña Teresa, hermana de la señora Marquesa, se hicieron más de quinientas confesiones generales. Y confirmaba lo dicho, añadiendo que esto sabía porque acudían muchos á ella para que les procurase confesores: tanta era la priesa que había de

1 Matth., XIII.

confesar, y no por vía de jubileo, sino por la impresión que habían hecho las palabras de este Siervo de Dios en los corazones de las gentes.

De allí volvió á Córdoba, y de allí partió para Zafra, año de mil y quinientos y cuarenta y seis, y allí predicó con el fruto acostumbrado de las almas y de los señores de aquel estado, que aunque eran cristianísimos, todavía recibieron grande edificación con la doctrina y ejemplo de este Padre. Y el señor Conde D. Pedro, que es en gloria, trataba muy familiarmente con él, y concibió tan grande estima de su discreción y entendimiento, que decía muchas veces que ningún oficio público tratara con este Padre en que no fuera consumado y aventajado en él, por ser su entendimieto universal en todo género de materias; porque tal convenía que fuese el sujeto donde Nuestro Señor había de infundir el tesoro de sus gracias. Y vivía este señor tan cuidadoso de su salvación, que ofreciéndole el cargo de mayordomo mayor del Príncipe, que después fué y es el Rey nuestro señor (cargo principal que tuvo el Duque de Alba), no lo aceptó, aunque fué muy importunado de amigos y deudos. Lo cual hizo, no sólo por sus indisposiciones, sino por recelo de los peligros del alma que hay en la vida cortesana, y más en semejantes cargos.

Y no menos aprovechó la señora Condesa de Feria con la doctrina de este Siervo de Dios, y así platicaba muchas veces con ella en las confesiones y fuera de ellas, dándole todos los documentos y avisos que se requieren para una vida perfecta. De modo, que en estado de casada ya la encaminaba Nuestro Señor á la perfección de la vida que pensaba tener de monja, si Nuestro Señor dispusiese de la vida del Conde antes de la suya, lo cual amenazaban sus continuas enfermedades, por las cuales esta señora, mientras fué casada, más fué enfermera que casada.

Perseveró, pues, el Padre algún tiempo en esta villa, por la gran devoción que estos señores le tenían y por ver cuán rendidos estaban á su parecer y consejo en todo lo que tocaba al gobierno de su estado y de sus almas; y por eso no dejaba de predicar todos los domingos y fiestas. Y aquí procuró que se enseñase la doctrina á los niños; porque en todos los lugares que podía ordenó esto, y así lo encomendaba á sus discípulos cuando los enviaba á algunos lugares á predicar y confesar.

Y en este mismo tiempo leía cada día una lección de la Epístola Canónica de San Juan Evangelista en la iglesia del monasterio de Santa Catalina; y á esta lección, entre otros oyentes, acudían la señora Marquesa y la señora Condesa, la cual iba más alegre á oir esta lección que si fuera á todas las fiestas del mundo.

Después de esto, acordaron estos señores de irse al Marquesado de Priego, y en esta ciudad de Priego creció tanto la enfermedad del Sr. Conde, que lo llegó á lo postrero; y á este trabajo, como fiel amigo, acudió el P. Avila, que se halló presente á este dolor, el cual fué tan grande, cuanto yo nunca vi otro mayor por ser tan grande la pérdida que se perdió en aquel señor de tanto valor, virtud y entendimiento, como á todo el mundo es notorio, y querido de su madre sobre todos los señores sus hermanos.

Quedó, pues, la señora Condesa (que á la sazón estaba enferma con calentura continua) viuda de veinticuatro años, determinada en el propósito que arriba dijimos de ser monja en Santa Clara de Montilla, que es un muy principal y solemne monasterio; y tomó aquel estado y hábito con tanta voluntad y devoción, que después de haberlo vestido me dijo que su alma había vestido aquel hábito; tan de corazón y con tanta alegría lo recibió, por verse despedida del mundo y aposentada en compañía de las esposas de Cristo.

Mas cuando la señora Marquesa la vió vestida del hábito, enternecióse de gran manera, porque allí se le tornó á representar el fallecimiento del hijo tan querido y la mudanza de la señora Condesa, no menos amada, que no podía contener las lágrimas. Y acudió luego al P. Avila para que deshiciese lo hecho. Mas como él no se movía por lágrimas de carne y tenía conocido el intento y proposiciones de esta señora, después de haberle hablado, la confirmó en su santo propósito, y consoló cuanto pudo á la señora Marquesa.

Y aquí se me ofrece ocasión para decir algo de esta señora monja, no por lo que á ella toca, sino al P. Avila (cuya historia escribo), por la parte que él tuvo en el propósito y vida de esta señora. Séneca escribe á Lucillo, su familiar amigo, á quien él había instruído y animado á la virtud (y para quien escribe todas las cartas) estas palabras: *Assero te mihi: meum opus es.* En las cuales da á entender que la virtud de aquel su

amigo era obra suya y él era todo suyo; pues su doctrina le había dado aquel tan honroso ser que tenía de hombre virtuoso.

Pues conforme á esto, digo que aunque la alteza del linaje y nobleza de condición haya esta señora recibido de sus progenitores; mas el ser espiritual, que es sobrenatural y divino, recibió en muy gran parte de la doctrina y documentos de este Siervo de Dios, el cual, visto cuán preparada estaba la tierra de su corazón para sembrar en ella la palabra de Dios, hizo aquí el oficio de buen labrador, y acudió la mies de las virtudes con tanta abundancia como á todo el mundo es notorio.

De aquí procedió que considerando ella como todo aquel ser espiritual y todos los favores y consolaciones que del Espíritu Santo recibía le habían venido por la doctrina de este Padre, era tan grande la devoción y reverencia que le tenía, y el deseo que Nuestro Señor se lo conservase en la vida, que en cuantas cartas me escribía, esto era lo principal; porque á los deudos amaba como á deudos de carne, mas á éste como á Padre de su buen espíritu. Á aquéllos amaba con tasa y medida; mas á éste, como á ministro de Dios, con toda devoción. La comunicación y afición para con éstos excusaba y templaba, porque no le ocupasen el corazón, que ella quería tener desocupado para sólo Dios; mas la de éste procuraba, porque en él amaba al mismo Dios. De donde vino á ser que naciendo un hijo á la señora Marquesa su hija, y estando todos alegres con el nuevo heredero que Dios había dado á aquellos señores, me escribió una carta diciendo: "El idolillo es ya nacido; pida Vuestra Reverencia á Nuestro Señor que no tenga él demasiado lugar en mi corazón.

Por este ejemplo podrá entender el cristiano lector la alteza y dignidad del ser espiritual. Para cuyo entendimiento conviene saber que en el varón justo hay dos maneras de ser: uno natural y otro sobrenatural; el uno procede de la naturaleza, el otro de la gracia; el uno recibimos de nuestros padres, el otro del Espíritu Santo; el uno nos hace hijos de hombres, semejantes á ellos en la vida natural y herederos de sus bienes, mas el otro nos hace hijos de Dios, semejantes á Él en la pureza de la vida, y herederos de su gloria. Bien se ve, pues, aquí la ventaja que hace el un ser al otro ser; pues el uno es humano y el otro divino. Siendo, pues, esto así, no es maravilla que la persona que por la doctrina y ejemplo y oraciones de algún

Padre ha recibido este ser espiritual, le tenga mayor devoción y respeto que al padre carnal; pues de éste recibió mayor beneficio, y así es justo que le corresponda con mayor devoción y agradecimiento.

De esta señora no puedo decir más, sino sólo lo que pertenece á la vida del Padre Ávila; pues lo que se dice de los efectos, redunda en gloria de su causa. Mas esto no puedo dejar de decir, que la Emperatriz nuestra señora, estando en la ciudad de Lisboa, me preguntó si conocía á esta señora monja; yo respondí que sí y de mucho tiempo. Entonces S. M. me dió una carta escrita de su mano para ella y una preciosísima reliquia del sagrado Leño, ricamente engastada y labrada, y puesta en un gran rosario de cuentas, mandándome que le enviase esto, y le pidiese que ella enviase á S. M. alguna cosa suya.

Yo lo hice así, y la señora monja me escribió que todo esto había recibido; mas la respuesta de lo que S. M. pedía me parece que la había de poner en confusión, porque excusarse y no obedecer al mandamiento de tal señora, era cosa dura; mas darle algo de lo que se pedía, como por reliquias de mujer santa, era peligro de vanagloria. Mas en esta perplejidad halló un discretísimo medio con que quitó la gloria de sí y la puso en su Padre Avila. Porque en lugar de lo que S. M. pedía de ella, le envió un excelentísimo sermón que el dicho Padre había hecho el día de su profesión treinta años había. Y de esta manera la prudentísima señora hurtó el cuerpo á la honra y satisfizo á la demanda. Por lo dicho podremos entender cuánto es mayor el precio de la virtud que la alteza del linaje, pues por la virtud mereció esta señora tan gran favor y honra de S. M.

CAPÍTULO V

De algunos señalados llamamientos de personas principales por la doctrina de este Padre.

Hasta aquí hemos tratado de los lugares en que este Padre predicó y de la eficacia de su doctrina y de muchas personas de diversos estados que se ofrecieron á Nuestro Señor por ella; porque la palabra de Dios en su boca era, como el Apóstol la llama [1], espada de dos filos, la cual hería muy poderosamente

1 Hebr., IV.

los corazones de los que le oían; porque los hombres prudentes que le oían, decían que era nuevo lenguaje el suyo, muy diferente de los otros. Y aunque contando los lugares en que predicó, apuntamos en común los llamamientos de personas á quienes Nuestro Señor con sus palabras tocó; mas aquí me pareció escribir algunos más señalados que hubo entre ellos, que serán como espirituales triunfos de la palabra de Dios, que se apoderó, no de los cuerpos, sino de los corazones de los hombres, librándolos del cautiverio del príncipe de este mundo.

CAPÍTULO VI

De la señora Doña Sancha.

Entre éstos pondremos en el primer lugar á la señora Doña Sancha, hija legítima del Sr. de Guadalcázar. Esta señora residía en Écija, y estaba para ir á ser dama de la Reina, por tener la discreción y las otras partes que el mundo aprecia para este estado. Mas Nuestro Señor la tenía ojeada para otro más alto, que era hacerla esposa suya. Y el principio de esto fué determinar ella de confesarse con este Padre. Y entrada en el confesonario, comenzó á crujir el manto de tafetán que traía; por lo cual el Padre la reprendió tan agriamente, porque viniendo á confesarse y llorar sus pecados, venía tan galana, que después, andando el tiempo, decía ella por donaire á este Padre: "¡Cuál me parastes aquel manto!„ Fué esta confesión de tan admirable eficacia, que totalmente derribó todo cuanto el mundo en aquel corazón con tan hondos cimientos había fabricado. Y cierto, según fué tan grande y tan súbita la mudanza, podemos con razón decir que fué miraculosa.

El bienaventurado San Bernardo, predicando en Flandes, convirtió á un gran señor de aquella tierra, por nombre Landulfo, á que dejase el mundo y se hiciese monje en el monasterio de Claravalle; y cuando le vino á dar el hábito, dijo el Santo que no era menos admirable entre las obras de Dios la conversión de Landulfo que la resurrección de Lázaro. Y esto mismo podemos con razón decir de la mudanza de esta señora.

La cual, recogida en un lugar apartado de la casa de sus padres, hizo una religiosísima vida perseverando en continua oración, y acompañándola con grandes ayunos, cilicios y dis-

ciplinas que después de su fallecimiento se hallaron; haciéndose un holocausto vivo, que todo entero se quema para gloria de Dios. Y porque es estilo infalible de este Señor comunicar su gracia conforme á la preparación y disposición que halla en el alma, como la preparación era tan grande, así eran grandes los favores y consolaciones y regalos con que Nuestro Señor la visitaba. Y decía el mismo Padre muchas veces cosas muy señaladas de su grande humildad, obediencia y caridad; en confirmación de las cuales virtudes contaba el mismo Padre las grandes mercedes que Nuestro Señor le había hecho, manifestándole secretos admirables y revelándole su muerte y lo que había de acontecer en su enfermedad.

Y no será razón callar yo aquí una cosa notable que pasé con ella estando muy enferma en casa de sus padres, por lo cual se verá la fortaleza y alteza de su espíritu. Díjome, pues, que tenía escrúpulo si por ventura ella había sido causa culpable de aquella grande y larga enfermedad que padecía. Yo respondí que me diese cuenta de la causa, y vista ésta, se entendería si tenía culpa en esta materia.

Ella me respondió que de dos causas le pareció haber procedido aquella enfermedad. La una fué, que viendo que en aquel año que corría de treinta y tantos, se detenía mucho el agua lluvia (lo cual amenazaba grande esterilidad y hambre, ella se afligió en tanto grado por la compasión de los pobres, que ofreció á Nuestro Señor su salud y vida por ellos, suplicándole que le diese cualquiera enfermedad que fuese servido, á cuenta de remediar aquella presente necesidad. Esto decía que podría por ventura ser la causa de la enfermedad grave que padecía.

Otra cosa me dijo, dignísima de ser oída para gloria de Cristo y de la fe y Religión cristiana, que tanto aborrece el pecado. Y ésta fué, que siendo poderosamente tentada del espíritu de la fornicación con aquel soplo infernal con que él hace arder las brasas de nuestras pasiones, viendo ella que esto tocaba á la fe y pureza virginal que ella había ofrecido á su Esposo, concibió en su alma tan grande indignación contra su carne y contra el espíritu malo, que no contenta con los remedios ordinarios de la señal de la cruz y de la oración, acometió otro más poderoso y más extraordinario.

Porque acordándose que San Benito en otra batalla semejante venció al enemigo desnudándose y arrojándose en un

zarzal, curando con las heridas del cuerpo las del alma, y acordándose también que el glorioso Padre San Francisco en otro semejante conflicto triunfó del enemigo por una nueva manera, que fué desnudándose de noche en medio del invierno, y haciendo una gran pella de nieve, con otras más pequeñas, y diciendo: "Francisco, estas pellas chiquitas son tus hijos, y esta grande es tu mujer; por tanto, abrázala como á tal." Y de esta manera, el santo varón, con el gran frío del cuerpo, apagó el fuego que había encendido el enemigo.

Considerando, pues, nuestra virgen estos hechos heroicos, esforzada con el mismo espíritu, se metió en un grande tinajón de agua fría, y de esta manera, con la frialdad de la carne, apagó la llama que el enemigo en ella había encendido, dejándolo avergonzado y confuso por verse por tan alta manera vencido, considerando que había dado materia de esclarecida victoria á quien pensaba vencer en aquella batalla.

Pues por este ejemplo verá el cristiano lector la alteza del espíritu de esta esposa de Cristo, y verá también cuán grande es el temor que los perfectos cristianos tienen de ofender á Dios y cuán extraño el aborrecimiento del pecado, pues á tales trances se ponen por no caer en él. Porque sin duda esta parece haber sido la causa de la enfermedad de esta virgen de Cristo, porque uno de los accidentes de ella era que cargándole cuanta ropa podía sufrir en la cama, no podía entrar en calor; por donde parece que aquella grande frialdad de tal manera penetró y se apoderó de todo su cuerpo, que ninguna ropa bastaba para entrarlo en calor.

Á esta esposa de Cristo escribió el P. Avila aquel excelente tratado de *Audi filia, et vide, etc.*, que es muy acomodado al estado del propósito virginal, el cual estimaba ella en tanto, que lo llamaba mi tesoro. Mas después de los días de ella lo acrecentó el Padre y enriqueció con tantas y tan graves y devotas sentencias, que con mucha razón se puede llamar un gran tesoro. Esto baste de esta virgen.

CAPÍTULO VII

De Doña Leonor de Inestrosa.

En la misma ciudad de Écija hubo una señora principal, grande discípula de este Padre, mujer de Tello de Aguilar, que es un mayorazgo noble en aquella ciudad; el nombre de esta señora era Doña Leonor de Inestrosa, noble alcurnia de aquel linaje. Mas ella trocó ésta por otra más noble, porque escribiéndome algunas cartas se firmaba Doña Leonor del Costado, por ser ella devotísima de esta rosa hermosísima. Posaba en casa de esta señora el P. Avila, y cumplióse en ella lo que el Salvador promete, diciendo [1]: "Que si en la casa donde fueren recibidos hubiere algún hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz; quiere decir, hacerse ha participante de vuestros bienes y gracias."

Dos cosas notables diré de esta señora. La una fué que falleciendo una hija suya de once á doce años á mediodía, dije yo (que presente me hallé) que se debía llevar á enterrar aquella tarde, recelando la pena que ella como madre recibiría teniendo toda la noche el cuerpo difunto de la hija en casa. Á esto respondió ella: "Padre, ¿por qué tengo yo de recelar de tener toda la noche un cuerpo santo en mi casa, como lo era el de esta niña?" Y díjome después que fué tan grande la consolación que su alma recibió, considerando que aquella niña iba á gozar de Dios, que con ningunas palabras lo podía explicar. Y añadió más, que recibió grande pena con las señoras que en aquel tiempo acudieron á visitarla, porque le impedían algún tanto el gusto de aquella grande consolación, en la cual quisiera ella estar ocupada noches y días. Este lenguaje ¿cómo lo entenderá el mundo? Mas entendíalo el Apóstol, el cual aconseja á los cristianos [2] que no imiten á los gentiles, que lloran sus muertos porque no esperan otra vida; mas el cristiano que participa el espíritu de esta señora, alégrase con la esperanza firme de la vida advenidera.

Otra cosa notable me contó ella, y fué ésta: que estando con dolores de parto no se halló presente el P. Avila, que en

1 Luc., X.
2 I Thes., IV.

estos tiempos la socorría (como huésped agradecido) con el favor de sus oraciones. Y como ella se vió desamparada de este socorro, presentóse con el espíritu á Nuestro Señor con una profundísima humildad. Y aquel Señor, que sabe agradecer la hospitalidad que hace á sus siervos, asistió en lugar del buen huésped; y me certificó ella en toda verdad que en el punto del mayor dolor que se tiene en los partos, ninguno sintió, porque el Señor, por su especial providencia y amor que tenía á esta buena alma, dispensó con ella en la pena á que están sentenciadas todas las mujeres en sus partos.

Era esta señora muy temerosa de conciencia, porque aunque era lenguaje suyo muy usado decir que Nuestro Señor la amaba, dudaba ella de su amor para con Él. Y así este Padre la escribía muchas cartas para templar estos demasiados temores y esforzarle su confianza; las cuales cartas andan impresas con las otras suyas, y entre ellas es una excelentísima que está en el fin del primer tomo de su Epistolario, muy eficaz para esforzar á personas desmayadas y desconfiadas. Comulgaba esta señora con mucha devoción, y decía muy discretamente que tenía gran reverencia el día de la comunión á sus pechos, por haber recibido en ellos tan grande Majestad.

Y con ser tantas sus virtudes, no quiso Nuestro Señor que saliese de esta vida sin una gran corona de paciencia. Porque cinco años antes que falleciese le nació un cancro en el pecho; el cual todo este tiempo iba siempre labrando poco á poco, con un humor tan maligno, que le carcomía hasta los mismos huesos del pecho, y en llegando al corazón le acabó la vida. Y la causa por donde Nuestro Señor visita algunas veces sus grandes siervos de esta manera, es por no privarlos de la gran corona de la paciencia, cuando la persona tiene virtud y gracia para poder con la carga.

CAPÍTULO VIII

De otra señora.

Salgamos de Écija y vengamos á Córdoba, donde este Padre, entre otras cosas que en su lugar apuntamos, hizo una de las mayores hazañas que se han visto en nuestros tiempos; porque predicaba en sus sermones algunas palabras endereza-

das á sacar algunas mujeres que por pobreza se hallaban en pecado, y repetía aquellas palabras con que los hijos de los Profetas daban voces á Eliseo, diciendo [1] : *Mors in olla, vir Dei, mors in olla.* Y así clamaba él diciendo: "Pobrecita miserable, la muerte está en la olla, la muerte está en esa olla de que te sustentas. Rejalgar es eso que comes, que trae consigo, no muerte temporal, sino muerte eterna."

Con estas palabras y con otras semejantes que herían de agudo los corazones, se movió, entre otras personas, una mujer noble, á la cual su pobreza había traído á un estado tan miserable, que estaba envuelta años había con un personaje de quien tenía ya tres hijos. Mas Nuestro Señor (cuya misericordia no tiene cabo) tocó el corazón de esta mujer con un tan grande tocamiento, que se determinó de todo corazón de salir de aquel estado miserable; mas no hallaba manera para esto por su pobreza y por ser el personaje poderoso y estar muy apoderado de ella con la posesión de tantos años. Siendo de esto sabedor el P. Avila y certificado de la firmeza y propósito de ella, confiado en Dios, se determinó de sacar esta alma de pecado.

Para lo cual era menester mucha industria y fortaleza y mucha costa para acabar este negocio, por tener un tan poderoso contrario, el cual bramaba como la osa cuando le hurtan los hijos y amenazaba muertes y otras cosas; y con todo esto el Padre llevó adelante su propósito, y de primera instancia la mujer se salió de su casa y se fué al monasterio de Santa Marta; y de ahí la hizo el Padre llevar á Montilla, para asegurarla con la autoridad y sombra de la Marquesa de Priego. Y porque se temían que el personaje que estaba siempre en espía saldría con mano armada á saltearla en el camino, fué menester que el Padre hiciese oficio de buen capitán y proveyese de gente de á caballo y de un alguacil de justicia, para sacarla de Córdoba y llevarla al lugar susodicho.

Y porque ni allí estaba bien segura del enemigo, dió orden como de allí fuese llevada á Granada, adonde, con la doctrina del Padre, caminando por sus pasos contados, llegó á tanta perfección, que por consejo del mismo Padre (con ser tan limitado en las licencias para comulgar) comulgaba cada día con grande aprovechamiento de su alma. Y así podemos decir que donde abundó el delito, abundó la gracia.

1 4. Reg. IV.

Y en esta vida perseveró treinta años, acabándola santísimamente, y en todo este tiempo el Padre la proveyó de todo lo necesario mientras vivió, llevando hasta el fin con grande constancia y perseverancia y fidelidad lo que había comenzado, sin jamás faltar á aquella alma que, fiada de su palabra, se puso en sus manos, desamparando el regalo en que vivía y (lo que es más) el amor de las hijas y de un hijito que ella muy tiernamente amaba.

Y aunque en este hecho se ofrecieron al principio grandes dificultades, y peligros y recelos de murmuraciones, y juicios del mundo, y mucha costa que para llevar esto adelante era menester; mas el Padre, lleno de confianza en Dios, ni reparó en la costa, ni receló la infamia, ni temió el peligro, ni rehusó el trabajo; sino cerrados los ojos á todos los juicios del mundo y abiertos á sólo Dios, acometió esta hazaña tan gloriosa, por sacar una alma del cautiverio miserable en que vivía, por la cual Cristo diera su sangre, si la pasada no bastara. Y el suceso de este negocio y la santidad y perseverancia de esta nueva Magdalena, declaran haber sido esta obra de Dios.

Ni rehusará mi buen amigo y señor D. Antonio de Córdoba, hijo de la cristianísima señora Marquesa de Priego, que lo ponga yo en la lista de estos triunfos, aunque otros también tienen parte en él, porque estudiando él en Salamanca y tratando familiarmente con los Padres de la Compañía de Jesús, le comenzó Nuestro Señor á abrir los ojos para ver la vanidad y engaño del mundo. Y junto con esto comenzó también á recogerse y darse á la oración y ejercicios de penitencia. Fué de esto avisada la señora Marquesa por los criados que le servían, que muy tiernamente le amaban por su mucha discreción y virtud. Y refiriéndome esto su señoría, me dijo que había respondídoles por carta: "Dejadle hacer lo que hace, porque eso es medio para que él sea más virtuoso. Porque os digo, P. Fray Luis, que no hay mayor contentamiento en el mundo que ver virtud en quien bien queréis." Vió esta señora la hermosura de la virtud con los ojos que dicen que la miraba Platón (porque ella realmente es la más hermosa cosa del mundo), y por eso dijo estas palabras tan de notar. En este mismo tiempo se vió este señor con el P. Francisco (espejo de toda virtud y santidad y menosprecio del mundo), y le dijo que le quería tomar cuenta de la lumbre que Nuestro Señor le había dado.

Viendo, pues, el P. Avila la disposición grande que en este señor había, le aconsejó que entrase en la Compañía de Jesús, por donde Nuestro Señor le había comenzado á llamar Y no fueron menester muchas persuasiones, según él estaba ya movido; y así lo hizo, renunciando todas las esperanzas que el mundo ofrecía á quien tantas partes y tanta nobleza tenía, por seguir la humildad y pobreza de Cristo. Y esto fué en tiempo que el Papa Julio III lo había ya nombrado para Cardenal. Y como la entrada fué tan privilegiada de Dios, así lo fué la estada y perseverancia hasta la muerte.

Y entre otras virtudes suyas, era grande amigo de la oración y predicador de ella. Y así encomendando esta virtud en un sermón, se maravillaba cómo los hombres en vida tan acosada de trabajos y de necesidades y tentaciones podían vivir sin el socorro de esta virtud. Y discurriendo por todos los estados, decía: "Mujercica, ¿cómo puedes vivir sin oración? Labradorcico, ¿cómo puedes vivir sin oración?„ Y repitiendo estas mismas palabras, discurría por todas las otras cualidades de personas. Y tenía él mucha razón de maravillarse, pues no tenemos otro remedio, después de aquella desnudez en que nuestros padres nos dejaron, sino recurrir con la oración á la misericordia de nuestro Reparador.

Y no dejaré de decir yo aquí una cosa que parecerá menuda entre tantas otras virtudes, pero es digna de que sea sabida de los que están obligados á rezar el Oficio divino. Díjome, pues, una vez que rezásemos Maitines; y puesto de rodillas, añadió diciendo: "Algunos convidan á rezar á otros como á oficio de muy poca importancia, con estas palabras: andad acá, digamos *Pater noster* por Prima, ó por Tercia, etc. No me parece (dijo él) que se debe comenzar la hora sin alguna preparación interior del alma, y así lo hagamos ahora.„ Y de esta manera estuvimos ambos de rodillas un razonable espacio recogiendo el corazón. Y esto hecho, comenzamos á rezar muy pausada y devotamente. ¡Pluguiese á Dios que con este mismo espíritu y devoción rezasen todos los clérigos el Oficio divino!, porque de esta manera serían sus almas muy aprovechadas; mas de otra manera es poco el fruto que de aquí se saca, porque es pequeño ó ninguno el recogimiento con que se reza.

Y por no salir de la Compañía de Jesús, me pareció poner aquí al P. Diego de Guzmán, hijo, según la carne, del Conde

de Bailén, y según el espíritu, del P. Avila, y tan devoto suyo y tan agradecido al beneficio de su llamamiento, que por ruegos suyos tomé yo el trabajo de escribir esta historia, prometiéndome el ayuda de sus oraciones y Misas por él. Y así confío en Nuestro Señor que sus oraciones habrán suplido mis faltas. Y con todo esto no diré de él más que lo que sé por vista de ojos. Y esto es, que antes que entrase en la Compañía, se juntó con un Padre muy virtuoso y docto, y ambos andaban juntos por diversos lugares sin algún aparato de criados, aprovechando á la salud de las almas en todo lo que podían, repartiendo entre sí los oficios; porque el que era teólogo predicaba con grande fervor y espíritu; mas el otro tomaba á cargo enseñar la Doctrina á los niños, y ayudando con su buen ejemplo y consejo á todos. Y después de haber ejercitádose en este oficio evangélico, ambos entraron en la Compañía de Jesús. Y el uno, después de haber trabajado muchos años en la viña del Señor con mucha edificación de las almas, está ya gozando del denario diurno, que es del premio que el Señor de la viña le prometió por concierto; por ser de los que comenzaron á trabajar á la hora de prima, y sufrió todo el peso del calor del día. Mas el otro Padre hoy día vive, y según entiendo persevera en el mismo oficio de enseñar la Doctrina á los niños.

También el bendito P. Juan Ramírez fué de los llamados á la hora de prima; porque de muy pequeña edad comenzó á servir á Nuestro Señor, guiado por el P. Avila, por cuyo consejo entró en la Compañía después de haber predicado muchos años fuera de ella, en la cual perseveró hasta la muerte, habiendo cuarenta años que predicaba en España en diversas provincias y ciudades con grandísimo fruto y consolación de las almas; y cual fué la vida, tal fué el fin de ella. Porque estando muy al cabo de una grande enfermedad por la Semana Santa, trayéndole el miércoles de ella el Santísimo Sacramento, alegróse tanto de verle, que dijo estas palabras muy suyas: "¡Oh amado! ¿Es posible, es posible, que yo haya de morir el día que Vos moristeis por mí?„ Así lo dijo, y así lo pidió á Nuestro Señor, y así se lo concedió sacándole de esta vida con este regalo á la misma hora que el Salvador expiró en la cruz, como todos los que se hallaron presentes lo testifican. Y así su enterramiento fué tan acompañado y tan glorioso como fué la hora de su acabamiento.

Al fin de todos estos llamamientos pondré el de Juan de Dios, del cual había mucho que decir si no estuviera escrita su vida, y bien escrita. Este hermano fué de nación portugués, natural de Montemayor el Nuevo. Y fué mucho tiempo pastor de ganado, y después soldado, y al fin trabajador. Venido á Granada, y oyendo un sermón al P. Avila, día de San Sebastián, de tal manera le tocó Nuestro Señor, y de tal manera hirió su corazón, que hizo tan grandes extremos que todos le juzgaron por loco; pero no creo que lo era por la razón que diré.

Para lo cual es de saber que hay dos maneras de contrición y dolor de pecados: una común y ordinaria, y otra extraordinaria, cual fué la de la Magdalena, que entró en medio del día al tiempo que el Salvador estaba comiendo con sus discípulos y otros convidados, sin hacer caso de tantas cosas como había allí que mirar, porque la violencia del dolor cerró los ojos á todo esto. Y en la vida de nuestro P. San Vicente Ferrer se escribe, que predicando él con aquel grande espíritu que el Señor le había dado, hubo hombres que, heridos con la fuerza de sus palabras, daban voces en presencia del pueblo, confesando sus pecados. Y en el capítulo V de San Juan Clímaco, en que trata de la penitencia, cuenta cosas espantosas de las penitencias de aquellos monjes.

Y por esto no me escandalizan estos extremos que se vieron en Juan de Dios, mayormente siguiéndose después de esto una tan grande santidad, como fué la de su vida, testificada con la solemnidad admirable con que toda la ciudad de Granada y todas las Órdenes se juntaron á celebrar su enterramiento. Pues como el principio de la conversión de este Hermano fué por la doctrina del P. Ávila, así también lo fué el proceso de su vida, en la cual veremos á la letra cumplido lo que el Apóstol dice [1], que escoge Dios los estropajos y heces del mundo para hacer obras muy grandes, como lo vemos en este Hermano, el cual quiso Nuestro Señor que, habiendo sido pastor, y trabajador y soldado, fuese autor de una nueva Religión para remedio de enfermos y pobres, que se va cada día extendiendo por el mundo, confirmada ya por autoridad de la Santa Sede Apostólica.

1 I Cor., I.

CAPÍTULO IX

De los medios con los cuales se consiguió el fruto y aprovechamiento de las ánimas, de que hasta aquí se ha tratado.

Visto este fruto tan señalado, ó, por mejor decir, estos tan gloriosos triunfos que se siguieron de la doctrina de este evangélico predicador, su historia está pidiendo que declaremos por qué medios alcanzó estos triunfos, para que así los que desean triunfar de nuestro común adversario y del pecado que él trajo al mundo, sepan el camino. Y aunque esto en parte está declarado con los ejemplos de las virtudes de este Padre que aquí hemos referido, todavía añadiremos algo á lo que está dicho.

Pues entre las ayudas de que él se valió para este efecto, la primera y más principal era la oración, suplicando íntimamente á Nuestro Señor diese virtud y eficacia á su palabra; acordándose que como la red de San Pedro, trabajando toda la noche con fuerzas humanas, ningún pez había prendido [1], mas ayudada con las divinas, hinchió ambas navecillas de ellos. Entendió este Varón de Dios que esto mismo acaece á los predicadores en esta pesquería espiritual de las ánimas. Y por esto acudía él á nuestro Señor en la oración, diciéndole que en su nombre tendería la red. Esta era la primera y más principal ayuda de que este pescador se valía para este oficio: afirmando que los hijos espirituales que con predicación se ganaban, más eran hijos de lágrimas que de palabras.

La segunda cosa que hacía era ordenar todas las sentencias y razones de su predicación á fin de sacar las ánimas que estaban caídas y muertas en pecado, y también á dar doctrina para conservar las que están ya en pie. Mas lo primero era lo que señaladamente pretendía. Y así de la manera que cuando un pescador va á pescar, su intento es trabajar por volver á su casa con ganancia, así lo pretendía este Padre en sus sermones, y esto le hacía tener por cosas impertinentes las que para este propósito no servían. Y esto le hacía hablar siempre al corazón sin divertirse á otras materias sutiles ó curiosas.

Tenía también otra cosa: que aunque llevaba el sermón muy bien enhilado, como persona de letras é ingenio, mas yendo de

1 Luc., V.

camino y prosiguiendo su intento principal, iba sacando de lo que decía algunos breves avisos y sentencias para diversos propósitos, ó para esfuerzo de los tentados, ó para consuelo de los tristes, ó para confusión de los soberbios, ó para personas de diversos estados; de modo que de un camino hacía muchos mandados. Por donde estando yo sentado oyendo un sermón suyo par del Licenciado Vargas (que después fué Embajador en Venecia), considerando él lo que tengo dicho, acudió él muy bien diciendo que su predicación era red barredera, porque iba dando avisos á todo género de personas. Mas por esta razón yo la comparaba con esta invención que ahora la malicia humana ha inventado, encerrando muchas pelotillas en los arcabuces para hacer más mal; pero este Siervo de Dios buscaba esta invención para más aprovechar.

Y porque es común sentencia de los doctores [1], que la doctrina moral predicada en común aprovecha menos, y por eso conviene descender á tratar en particular, así de las obras virtuosas para ejercitarlas, como de las viciosas para evitarlas, por tanto, este sabio predicador descendía muchas veces á tratar de estas obras. Y para declaración de esto, pondré aquí un ejemplo de San León, Papa [2], en el cual desciende á tocar en particular lo uno y lo otro por estas palabras: "Sean, hermanos, nuestras delicias las obras de piedad y el uso de los manjares que nos crían para la eternidad. Alegrémonos en dar de comer á los pobres, y deleitémonos en vestir la desnudez ajena con las ropas necesarias. Sientan nuestra ayuda y humanidad los enfermos, y la flaqueza de los dolientes, y los trabajos de los desterrados, y el de las viudas desconsoladas; en las cuales cosas ninguno hay tan pobre que no pueda ejercitar alguna parte de caridad, porque no es pequeña la hacienda del que tiene el corazón grande; ni el mérito de la piedad se mide con la grandeza de la dádiva, porque nunca carece de merecimiento, en el que poco tiene, la riqueza de la buena voluntad. Mayores son las dádivas de los ricos y menores las de los medianos; mas no es diferente el fruto de las obras, donde no se diferencia el afecto de los que las hacen. Y en esta oportunidad de ejercitar estas virtudes, hay otras que se ejercitan sin menoscabo de nuestros tesoros y sin diminución de nuestra hacienda; si des-

1 Santo Tomás, 2.ª 2.ae, *in Prolog.*
2 San León, serm. 2 *in Quadrag.*

pedimos de nosotros los vicios deshonestos, si huimos de demasiados comeres y beberes, si se doma la concupiscencia de la carne con las leyes de la honestidad, si los odios se mudan en caridad, si las enemistades se convierten en paz, si la paciencia apaga la ira, si la mansedumbre perdona la injuria, si de tal manera se ordenan las costumbres de los señores y de los criados, que el poder de aquéllos sea más blando y la disciplina de éstos más devota.„ Hasta aquí son palabras de San León, Papa, las cuales bastan para que se entienda este documento susodicho (que es descender á estos actos particulares), el cual sirve grandemente para que la doctrina del predicador sea más provechosa.

Tenía también nuestro predicador otra cosa: que no se contentaba con mover los corazones al temor y amor de Dios y aborrecimiento del pecado, sino también proveía de avisos y recetas espirituales contra todos los vicios, y especialmente contra el pecado mortal, que comprende á todos. Lo cual es contra algunos predicadores que, contentos con mover los corazones, no proceden á dar avisos y remedios particulares, conforme á lo que piden estos movimientos. Los cuales compara muy bien Plutarco diciendo que los que exhortan á la virtud y no enseñan los medios para alcanzarla, son semejantes á los que atizan un candil y no le proveen de aceite para que arda. Lo contrario de lo cual hacen los predicadores cuyo intento es aprovechar de veras y guiar casi con la mano á los que desean enmendar, como este predicador lo hacía, el cual trabajaba con todas las fuerzas de su espíritu por sacar los hombres de pecado é instruirlos como un maestro de novicios en la carrera de la virtud.

Y para declarar qué manera de remedios eran los que él tomaba contra el pecado, saldré un poco de la historia para declarar esto más de raíz. Es, pues, ahora de saber que no nacen los pecados de la ignorancia que los cristianos tienen de lo bueno y de lo malo; porque (además de la lumbre natural con que Dios crió al hombre) esto nos enseña la fe que tenemos y la ley que profesamos; mas procede esto de la corrupción de nuestro apetito sensual que rehuye lo que la ley le manda; porque, como dice el Apóstol [1]: "La ley es espiritual; mas yo soy carnal, aficionado á las cosas de carne, que son contrarias á las del espíritu.„

1 Rom., VII.

De modo, que está el hombre carnal como un hombre que tiene postrado el apetito del comer, el cual sabe que le va la vida en comer, y con todo esto no puede arrostrar al manjar. Pues así este hombre por la parte que tiene fe, entiende que su salvación consiste en guardar la ley de Dios, mas el apetito desordenado de su carne no arrostra á ese manjar, y así se deja morir perseverando en sus pecados. Esta dolencia procede de la corrupción del pecado original en que somos concebidos. Porque aquella ponzoña que imprimió la antigua serpiente con su infernal soplo en los corazones de nuestros primeros padres, se derivó también en el de sus hijos, y ésta es la que de tal manera estragó y pervirtió nuestro corazón, que le hace aborrecer todo lo que le ha de aprovechar, y apetecer todo lo que le ha de dañar, como acaece también á los enfermos que tienen el paladar estragado.

¿Pues qué remedio? Vemos que contra la ponzoña de las víboras y serpientes inventaron los hombres la medicina que llaman de la triaca, la cual dicen que se compone de gran número de materiales acomodados á este remedio. Pues conforme á esto, digo que la doctrina de la Religión cristiana (que es perfectísima, como enseñada por el mismo Dios), entendiendo que el origen de todo nuestro mal nace de este soplo de aquella antigua serpiente, nos provee de esta finísima triaca contra ella, compuesta de todas las cosas que sirven para remedio de esta ponzoña (que es para contrastar á la corrupción de nuestro apetito), y con esto nos preserva de la muerte del pecado.

Preguntaréis: ¿pues qué cosas son ésas? Respondo que éstas son: el huir las ocasiones de los pecados, el examen cotidiano de la conciencia, los ayunos, el silencio, la soledad, la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos y de la lengua, y la del corazón, resistiendo con toda presteza á la primera entrada y acometimiento del mal pensamiento.

Mas entre todos estos remedios, los más principales son los Sacramentos de la Confesión y de la sagrada Comunión, la oración, la lección de la palabra de Dios, la meditación de la muerte y del juicio divino que se sigue después de ella, y del misterio y beneficio de la sagrada Pasión, que es único remedio contra el pecado, pues por desterrarlo del mundo padeció y murió el Hijo de Dios.

De estos postreros seis remedios trata nuestro predicador

divinamente en el libro de *Audi filia*. Y de estos mismos se aprovechaba él en sus sermones, como de remedios y medicinas eficacísimas contra el pecado y para movernos á todo género de virtud y santidad.

Pues volviendo al propósito, estos son los materiales que entran en la composición de esta espiritual triaca que dijimos, con la cual se remedia el daño que de la ponzoña de aquella antigua serpiente se derivó en todos los hijos de Adán. De esta medicina, con todas las partes de que ella se compone, procuraron siempre usar los grandes Santos, la cual aplicaron al remedio de esta ponzoña, y con ella de tal manera sanaron, que no sólo se libraron de todos los pecados mortales, sino también de muchos veniales; y no solamente no sentían contradicción ni repugnancia en la guarda de los Mandamientos divinos, sino tan grande suavidad, que podia cada uno decir con el Profeta [1]: "En el camino de tus Mandamientos, Señor, me deleité, como en todas las riquezas."

Mas porque no es de todos usar de todos aquellos materiales que dijimos, use cada uno de los más que pudiere; porque cuanto más tomare de ellos, tanto más perfectamente sanará, y tanto más libre estará de todo pecado, y más aventajado y medrado en toda virtud.

Esta es, pues, la medicina que se halla en sola la Religión cristiana, donde se enseñan y practican los remedios contra la dolencia de la naturaleza humana y contra la tiranía y malicia del pecado. De los cuales casi nada supieron los filósofos y sabios del mundo; y por eso, aunque escribieron altamente de los vicios y de las virtudes, y se vendieron por maestros de ellas, mas ni ellos fueron virtuosos ni hicieron tales á sus discípulos, ni tuvieron más de la virtud que la barba prolija y el hábito diferente con que engañaban al mundo. Porque aunque sabían mucho de la naturaleza de las virtudes, pero faltábales esta medicina, sin la cual la carne prevalece contra el espíritu, y el espíritu sensual contra la razón.

Esto me pareció referir aquí sumariamente, que eran los medios más ordinarios de que este Padre usaba para encaminar las almas á Nuestro Señor. Mas querer declarar todos los otros modos de que usaba para este fin, nadie sería poderoso para explicarlos, porque éstos eran infinitos, como de hombre

1 Psalm. CXVIII.

enseñado por Dios y que siempre andaba todo absorto en este pensamiento: porque como un muy diestro capitán que tiene puesto sitio sobre un castillo muy fuerte y muy proveído de defensores, anda siempre ocupado en pensar por qué vía lo podrá mejor entrar, así este ministro de Dios andaba siempre ocupado en pensar diversos medios con que pudiese apoderarse del corazón humano, que es el castillo más inexpugnable del mundo; mayormente cuando es defendido por aquel fuerte del Evangelio [1], que tan á recaudo tiene lo que posee.

CAPÍTULO X

De la dichosa muerte del Venerable Maestro Juan de Ávila.

Ya es tiempo que lleguemos al fin de la jornada, en la cual quiso el Señor sacar á su fiel Siervo de este destierro y darle la corona merecida por tanto número de ánimas como encaminó á su servicio, y por tantos trabajos con enfermedades de tantos años padecidas (de que tratamos arriba en la segunda parte). Mas no quiso este tan largo remunerador de trabajos que la muerte careciese de nuevos merecimientos con los dolores que en ella padeció. Porque el año de 1569, por el mes de Marzo, estuvo este Siervo de Dios muy apretado con recios dolores de ijada y de riñones, y al principio de Mayo siguiente, día de la Aparición del Arcángel San Miguel, su grande devoto, le comenzó un dolor en el hombro y espalda izquierda. Y pareció entonces á un Padre que tenía cargo de él, que esta indisposición era muy peligrosa y muy diferente de las pasadas. Y así le preguntó: "¿Siente vuestra merced que Nuestro Señor lo quiere llevar para sí?" Respondió que no.

Otro día por la mañana vino el físico, y después de haberle visitado, entendió que estaba muy al cabo; y así lo dijo al Padre susodicho, añadiendo que si tenía de qué hacer testamento lo hiciese. El Padre respondió que no tenía de qué hacerlo, porque como había siempre vivido pobre, así moriría pobre. Y llegándose el médico al enfermo, le dijo: "Señor, ahora es tiempo en que los amigos han de decir las verdades: vuestra merced se está muriendo: haga lo que es menester para la partida."

Entonces el Padre levantó los ojos al cielo y dijo: *Recordare*

1 Luc., XI.

Virgo Mater, dum steteris in conspectu Dei, ut loquaris pro nobis bona. Y dijo luego: "Quiérome confesar." Y añadió: "Quisiera tener un poco de más tiempo para prepararme mejor para la partida." Estaba allí presente la señora Marquesa, y parecióle que debía decir Misa el Padre susodicho que tenía cargo de él, el cual preguntó al Siervo de Dios de quién quería que dijese Misa, si del Santísimo Sacramento ó de Nuestra Señora, que eran sus especiales devociones. Respondió que no, sino de la Resurrección, como hombre que comenzaba ya á consolarse con la esperanza de ella. Entonces mandó la señora Marquesa traer hachas para darle el Santísimo Sacramento. Y cuando se lo traían, dijo: "Denme á mi Señor, denme á mi Señor." Esto sería á las ocho ó nueve de la mañana; y el dolor que había comenzado la tarde antes, se pasó á la ijada izquieda, y subió al pecho y al corazón.

Pasada casi media hora después que recibió la sagrada Comunión, pidió la Extremaunción; y diciéndole que aún no era tiempo, que podía esperar algo más, respondió todavía que fuese luego, porque él quería estar en todo su acuerdo para oir y ver lo que en este Sacramento se decía y hacía. Y así se hizo; y esto fué á la hora del mediodía, y el dolor iba creciendo y apretándole el pecho; porque ni este tan breve espacio quería Nuestro Señor que careciese de merecimiento, pues no había de carecer de galardón eterno.

Preguntóle entonces la señora Marquesa qué quería que hiciese por él. Respondió: "Misas, señora, Misas." Llegó entonces el Padre Rector del Colegio de la Compañía, y díjole: "Muchas consolaciones tendrá ahora V. R. de Nuestro Señor." Respondió él: "Muchos temores por mis pecados."

No es razón que pasemos de corrido por todas estas palabras, pues todas son de mucha consideración. Porque, sin duda, gran jornada debe ser esta postrera; pues un tal Varón que tan preparado estaba (pues cada día confesaba y comulgaba), dice que quisiera tener más tiempo para prepararse; y gran juicio debe ser el de esta hora, pues este tan grande Siervo de Dios teme la tela de él, y pide socorro de Misas, que sirven para alivio de las penas del purgatorio. Porque ya que tuviese algo que purgar (lo cual no se debe creer de tales virtudes y tal vida), ¿no bastaban diciesiete años de tan grandes enfermedades, como está dicho, mayormente valiendo más un día de los trabajos pa-

decidos voluntariamente en esta vida, que muchos de las penas del purgatorio, que tienen más de necesidad que de voluntad?

Y si nos espantan estos temores en tales personas, no menos lo deben hacer los de otros grandes Santos que así temían la cuenta de esta hora. Aquel grande Arsenio, grande en el mundo y mayor entre los monjes del desierto, como mostrare mucho temor en esta hora, y sus discípulos maravillados le dijesen: "Padre, ¿y tú ahora temes?„, respondió el santo Varón: "Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él.„ Lo mismo preguntaron los discípulos en la misma hora al santo monje Agatón, y él respondió que temía, porque sabía que eran muy altos los juicios de Dios y muy diferentes de los nuestros. San Hilarión, espejo de toda santidad, viendo que su alma recelaba la partida, la esforzaba diciendo: "Sal, alma mía, sal, ¿qué temes? Setenta años ha que sirves á Cristo, y temes la muerte?„ ¿Pues qué diré del pacientísimo é inocentísimo Job, que no tenía par ni semejante en la tierra? ¿Cuánto muestra que temía la tela de este juicio, cuando decía [1]: ¿Qué haré cuando se levantare Dios á juzgar? Y cuando me hiciere cargo de mis culpas, ¿qué le responderé?„

Pues por estos ejemplos entenderá el cristiano que los temores de este Padre no sólo no son argumentos de imperfección, mas antes lo son de grande prudencia y perfección. Porque por esto dijo el Eclesiástico [2]: "Conserva el temor de Dios, y envejécete en él. Esto es, aunque seas criado viejo y antiguo en la casa de Dios, no por eso dejes este temor.„ Y Salomón [3]: "Bienaventurado (dice él) es el hombre que está siempre temeroso.„ Justo era el Santo Simeón; mas con toda su santidad y justicia era temeroso; porque, como dice una glosa, cuanto más tenía que perder, tanto más tenía por qué temer. Mas en este Siervo de Dios (además de lo dicho) habia otra causa para temer, que era una profundísima humildad, en la cual había él echado muy profundas raíces; la cual virtud, cuanto hace al hombre tener mayor descontento de sí, tanto más le hace temer mirándose á sí, donde no ve sino defectos y flaquezas. Y con este santo temor acabó la vida este Siervo de Dios, dejándonos

1 Job, XXXI.
2 Eccli., II.
3 Prov., XXVIII.

con este clarísimo ejemplo de su temor la razón que todos tenemos de vivir y morir con él.

Preguntó luego la señora Marquesa dónde quería que se sepultase su cuerpo; porque su señoría y la señora Sor Ana, que lo tenían por Padre de sus almas (como arriba declaramos) quisieran que se sepultara en Santa Clara. Mas él respondió que no, sino en el Colegio de los Padres de la Compañía, á los cuales como había amado en vida, quísoles dejar esta prenda en su muerte.

Era ya la tarde, y el dolor iba subiendo al pecho, y uno de sus discípulos, que tenía un Crucifijo en las manos, se lo entregó, y él lo tomó con ambas manos y besóle los pies y la llaga preciosa del costado con grande devoción, y abrazólo consigo. Y púsole también en la mano una cuenta de indulgencias que él tenía consigo, para que pronunciase el nombre de Jesús: el cual pronunció muchas veces con el de la Virgen Nuestra Señora. Era ya de noche, y apretábale mucho el dolor, y decía á Nuestro Señor: "Bueno está ya, Señor, bueno está.„ Llegó el dolor hasta las once ó doce de la noche, y él perseveraba diciendo, aunque ya con la voz muy flaca: "Jesús, María, Jesús María„, muchas veces. Un Padre le tenía el Crucifijo en la mano derecha, y otra persona la vela en la izquierda. En todo este tiempo ninguna mudanza hizo en su rostro ni en los ojos, de las que suelen hacer algunos enfermos; mas antes la serenidad de rostro, que siempre tuvo en la vida, conservó en la muerte. Y apenas estuvo un cuarto de hora sin habla, y con esta paz y sosiego dió su espíritu á Nuestro Señor, pasando de la paz y sosiego de la gracia, á la que recibiría luego en la gloria, junto con la corona merecida con tantos trabajos y tanto fruto en las almas de los fieles.

Y cuál sea el grado de gloria que allí recibiría, declara Nuestro Señor en el Evangelio diciendo [1]: Que el que hiciere y enseñare (esto es, el que guardare los Mandamientos de Dios y los enseñare á guardar á otros), será grande en el Reino de los cielos.„ Y por este oficio se debe especial gloria y corona á los que han entendido en ayudar á salvar á otros, conforme á las palabras de Daniel, que dice [2]: "Los que fueren justos resplandecerán como el cielo; mas los que enseñan á otros á

1 Matth., V.
2 Dan., XII.

serlo, resplandecerán como estrellas en perpetuas eternidades.

Y esto nos pronostica en este Siervo de Dios el día en que nació, que fué de la Epifanía, donde la estrella guió aquellos santos Reyes al pesebre del Salvador; pronosticándonos en esto que el niño que este día nació había de ser estrella resplandeciente en la Iglesia de Dios, que había de encaminar muchas almas al servicio de su Criador, como consta por todo lo que hasta aquí se ha dicho. Y como nació en este día que nos representa el oficio para que Dios lo escogía, así murió el día que el santo Job acabó (según la cuenta del Martirologio romano), para dar á entender que no sólo había de recibir corona de doctor, sino también de paciencia; la cual conservó tan enteramente en diecisiete años de las enfermedades que dijimos.

Fué nuestro predicador muy devoto del Apóstol San Pablo, y procuró imitarle mucho en la predicación, y en la desnudez y en el grande amor que á los prójimos tuvo. Supo sus epístolas de coro. Fueron maravillosas las cosas que de este santo Apóstol predicaba y enseñaba. Teníale singularísimo amor y reverencia, y así en las epístolas que nuestro predicador escribió le imita maravillosamente. Y es de ver que todas las veces que se le ofrecía declarar alguna autoridad de este santo Apóstol, lo hacía con grande espíritu y maravillosa doctrina, como consta de todos sus sermones y escritos.

Hallará el cristiano lector en esta Vida que hemos escrito muchas cosas de que con razón se pueda edificar y maravillar, y especialmente del fervor y sed insaciable que este Varón de Dios tenía de la salvación de las almas; la cual por tantos medios é invenciones procuraba, predicando, escribiendo cartas, ordenando estudios y colegios, sustentando pobres y respondiendo á todas las horas á los que venían á tomar su consejo.

Pero de lo que yo más me maravillo, es ver que con toda esta muchedumbre de sus continuas ocupaciones con los prójimos, no por eso perdía aquella acostumbrada mesura y serenidad del hombre exterior, ni tampoco el recogimiento y ejercicios del interior. Y la causa de esto parece haber sido la orden de su vida; porque el día daba á los prójimos; mas la noche, á imitación de Cristo, gastaba con Dios. Y además de esto, de tal manera trataba con los prójimos, que no perdía del todo la unión de su espíritu contra él, procurando (como enseña San Juan Clímaco) conservar la quietud interior del alma entre la

variedad y muchedumbre de los negocios del cuerpo, que es obra de varones perfectos.

Y aunque las virtudes y la vida que hemos historiado basta por milagro, pues fué tan diferente de la de los otros hombres; mas todavía sus discípulos cuentan algunos milagros suyos, los cuales no me ateví á escribir por no estar autenticados por los Ordinarios [1]. Murió este Padre á 10 de Mayo de 1569. Fué muy sentida su muerte, así de la señora Marquesa, que lo tenía por padre, como de la señora Sor Ana, que en el mismo lugar lo tenía, y toda la clerecía de las iglesias y las Religiones de San Agustín y San Francisco y los Padres de la Compañía de Jesús llevaron su cuerpo á la iglesia de la misma Compañía, donde está sepultado en la capilla mayor á la parte del Evangelio, é hízose en la pared un arco para poner la caja en que está el cuerpo.

1 En el decreto en que consta de las virtudes en grado heroico y se aprueban los milagros obrados por la intercesión del Venerable Maestro Juan de Ávila, se consignan con las palabras siguientes los tres que se requieren para la beatificación de los Siervos de Dios. Consta, dice el citado decreto, de los tres milagros propuestos, á saber: el primero, de la curación instantánea y completa de Catalina Rodríguez del Río de un tumor flegmonoso, y de una lesión grave de la arteria en la región derecha íleo-lumbar por efecto de incisión practicada; y los otros dos, de la preservación de la muerte y de la instantánea y perfecta curación de Francisco Martín del Burgo y de José Gomen, de quemaduras graves producidas por la pólvora.

COMIENZA EL TRATADO

DEL

EPISTOLARIO ESPIRITUAL

ESCRITO POR EL BEATO JUAN DE ÁVILA

para Prelados, Sacerdotes, Curas de almas, Predicadores, Religiosos y toda clase de personas, con mucha edificación y ejemplo.

PARTE PRIMERA

CARTA [1] QUE ESCRIBIÓ EL MISMO VENERABLE MAESTRO Á UN PREDICADOR: TRATA DE LA ALTEZA Á QUE LOS TALES SON LEVANTADOS, Y DE CÓMO SE HAN DE HABER CON DIOS Y CON LAS ÁNIMAS; DE LO MUCHO QUE LE HAN DE COSTAR, Y DEL ÁNIMO QUE PARA ELLO HAN DE TENER.

Charissime: Dos cartas de V. R. he recibido, en las cuales me hace saber del nuevo llamamiento con que Nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos á gloria suya: *Sit ipse benedictus in saecula.* Que no se desprecia de tomar por instrumento de tan gloriosa cosa á una cosa tan baja, y hablar, siendo Dios, por una lengua de carne, y levantar al hombre á que sea organo de la divina voz y oráculo del Espíritu Santo. Cristo Hombre fué el primero en quien este espíritu lleno y vivificativo de los oyentes se aposentó, engendrando por la palabra hijos de Dios y muriendo por ellos, por lo cual mereció ser llamado [2] *Pater futuri saeculi.* Y porque de Él y de sus bienes hay comunicación con nosotros, así como nos hizo hijos siendo él Hijo, y sacerdotes siendo Él Sacerdote, hízonos Él siendo gracioso, graciosos; Él amado y bendito, se-

1 Esta carta preciosa anda comunmente al principio del *Audi filia*, y la insertamos aquí porque se halle formando parte y como entrada de todas las demás.

2 Isa., IX.

mejables á Él; y siendo heredero del reino del Padre, sómoslo nosotros también en Él y por Él, si estamos en gracia [1]. Así porque no quedase en el tesoro de su riqueza cosa de la cual no nos diese parte, teniendo Él espíritu para ganar los perdidos, compasión para ganar las ánimas enajenadas de su Criador, palabra viva y eficaz para dar vida á los que la oyeren, consoladora para los contritos de corazón [2]: *Linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lapsus est verbo;* quiso poner de este espíritu y de esta lengua en algunos para que á gloria suya puedan gozar del título de Padres del espiritual ser, como Él es llamado, según que San Pablo osadamente afirma [3]: *Per Evangelium ego vos genui.*

Quiere el amado San Juan que veamos [4]: *Qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus.* Razón es que con ella agradezcamos y seamos Padres de los hijos de Dios; y por la una y la otra sea conocido Dios en ser largo y bueno sobre los hijos de los hombres. Debe, pues, V. R., para el oficio á que ha sido llamado, atender mucho que no se amortigüe en el espíritu de hijo para con Dios, Padre común; y en el espíritu de Padre para con los que Dios le diere por hijos. Por lo primero será reverenciadísima aquella altísima Majestad, adorándola con humildad muy profunda, no haciendo cuenta de su propio ser, metiéndolo en el inefable abismo del suyo, y serle fiel buscando en todo y por todo la gloria de Él, renunciando y abjurando *ex toto corde* la propia, diciendo con José [5]: *Todas las cosas que mi Señor tiene, me dió en las manos, salvo á ti, que eres su mujer.* La gloria de Dios sea para Dios, pues que son para en uno, que si á otro la queremos dar, qué cosa mal casada ni mayor adulterio que la gloria del Criador con la criatura: esposa buscamos, no nos alcemos con ella, ánimas, en las cuales se ha aposentado Cristo, y nosotros olvidados porque más se acuerden de Él, salvo en cuanto Él ve que es necesario, para que por nuestra memoria y estima le estimen y amen á Él. Este deseo de la honra de Dios ha de mover al buen hijo para nunca cansarse, ya con palabras y obras, publicar la fama y renombre de este gran Padre, y no tener aquí

1 Rom., VIII.
2 Isa., L.
3 I Cor., IV.
4 Joann., III.
5 Genes., XXXIX.

otro descanso sino cuando le hubiere hallado algún lugar, en el cual, como en templo, sea adorado, reverenciado y amado como el único y natural Hijo que al cabo de esta jornada notificó á lo que había sido enviado y lo que había hecho en toda su vida [1]: *Pater manifestavi nomen tuum hominibus*. Y no dió sueño á sus ojos, ni entró en el descanso hasta que halló descanso para el Señor y morada para el Dios de Jacob. Esta reverencia y celo de la honra del Padre, y esta obra hasta la muerte de cruz, no se aparte de la memoria del que es llamado para el oficio de publicar la gloria de Dios como fiel hijo. Teniendo, pues, el espíritu de su Hijo para con Dios, con el cual [2] *Clamamus: Abba Pater*. Teniendo en nuestras entrañas reverencia, confianza y amor puro para con Dios, como un hijo fiel para con su padre. Resta pedir el espíritu de padre para con sus hijos que hubiéremos de engendrar; porque no basta para un buen padre engendrar él, y dar la carga de educación á otro; mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándolos de este lugar de peligro, como el padre suele tener gran cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada.

Y este cuidado tan perseverante es una particular dádiva de Dios y una expresa imagen del paternal y cuidadoso amor que nos tiene. De arte, que no sé, libro, ni palabra, ni pintura, ni semejanza que así lleve al conocimiento del amor de Dios con los hombres, como este cuidadoso y fuerte amor que Él pone en un hijo suyo, con otros hombres, por extraños que sean: y qué digo extraños, ámalos aunque sea desamado; búscales la vida aunque ellos le busquen la muerte, y ámalos más fuertemente en el bien que ningún hombre, por obstinado y endurecido que estuviese con otros, los desama en el mal. Más fuerte es Dios que el pecado, y por eso mayor amor pone á los espirituales padres, que el pecado puede poner desamor á los hijos malos. Y de aquí es también, que amamos más á los que por el Evangelio engendramos, que á los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne. Y también este cuidadoso amor del bien de los otros pone muy gran confianza al que lo tiene, que Dios lo tiene de él mismo; porque viendo él en su corazón tan pequeño y miserable y tan inclina-

1 Joann., LVII; Psalm. CXXXI.
2 Rom., VIII.

do al propio provecho arder un fuego vivísimo y muy más fuerte que todas las aguas, aunque sean de la muerte, para con los otros parécele que más arderá el fuego de amor en el corazón bueno de Dios, cuanto va de bondad á maldad y de fuego á frialdad. Y muy necesario es que quien á este oficio se ciñe que tenga este amor, porque así como los trabajos de criar los hijos, así chicos como cuando son grandes, ó no se podrían llevar como se deben, sino de corazón de padre ó madre, así tampoco los sinsabores, peligros y cargas de esta crianza no se podrían llevar si este espíritu faltase. Con atención y casi sonriéndome leí la palabra que V. R. en su carta dice: que le parece dulce cosa engendrar hijos y traer ánimas al conocimiento de su Criador; y respondí entre mí: *Dulce bellum in expertis.* El engendrar no más, confieso que no tiene mucho trabajo, aunque no carece de él; porque si bien hecho ha de ir este negocio, los hijos que hemos por la palabra de engendrar, no tanto han de ser hijos de voz, cuanto hijos de lágrimas; porque si uno llora por las ánimas, y otro predicando las convierte, no dudaría yo de llamar padre de los así ganados al que con dolores y con gemidos de parto lo alcanzó del Señor, antes que al que con palabra pomposa y compuesta los llamó por defuera. Á llorar aprenda quien toma oficio de padre para que le responda la palabra y respuesta divina, que fué dicha á la madre de San Agustín por boca de San Ambrosio: *Hijo de tantas lágrimas no se perderá.*

Á peso de gemidos y ofrecimientos de vida da Dios los hijos á los que son verdaderos padres, y no una sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios dé vida á sus hijos, como suelen hacer los padres carnales. Y si esta agonía se pasa en engendrar, ¿qué piensa, Padre, que se pasa en los criar? ¿Quién contra el callar, que es menester para los niños que de cada cosita se quejan, el mirar no nazca envidia por ver ser otro más amado ó que parece ser lo que ellos? El cuidado de darles de comer, aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros angelicales por descender á dar sopitas al niño; es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa, y estar algunas veces el corazón del padre atormentado con mil cuidados, y tendría por gran descanso soltar las riendas de su tristeza y hartarse de llorar, y si viene el hijito, ha de jugar con él y reir

como si ninguna otra cosa tuviese que hacer. Pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrúpulos, con otros mil cuentos de siniestros que toman, ¿quién los contará? ¿Qué vigilancia para estorbar no vengan á ellos? ¿Qué sabiduría para saberlos sacar después de entrados? ¿Paciencia para no cansarse de una y otra, y mil veces oirlos preguntar lo que ya les han respondido, y tornarles á decir lo que ya se les dijo? Qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran, porque si se mueren, créame, Padre, que no hay dolor que á esto se iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre. ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno; no con ver que si unos mueren otros nacen; no con decir lo que suele ser suficiente en todos los otros males. "El Señor lo dió, el Señor lo quitó; su nombre sea bendito [1]. Porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima á Dios, y sea deshonra de Dios y acrecentamiento del reino del pecado nuestro contrario bando, no hay quien á dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría si posible fuese.

Cierto, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos los otros. Por tanto, á quien quisiere ser padre, conviénele un corazón tierno y muy de carne para haber compasión de los hijos, lo cual es muy gran martirio; y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre ó le hagan del todo dejar el oficio, ó desmayar, ó pasar algunos días que no entienda sino en llorar, lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar; sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reir con otros, y no hacer como hizo Aarón [2], que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprendido de Moisés por-

1 Job, I.
2 Lev., X.

que no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él: *¿Cómo podía yo agradar á Dios en las ceremonias con corazón lloroso?* Acá, Padre, mándanos siempre busquemos el agradecimiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazón querría; porque por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De arte, que si son buenos los hijos, dan en muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, dan una tristeza muy triste: y así no es el corazón del padre sino un recelo continuo y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado, y una continua oración encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como San Pablo decía [1]: "Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor.„ Razón es que diga á V. R. algunos avisos que debe guardar con ellos, los cuales no son sino sacados de la experiencia de yerros que yo he hecho; querría que bastase haber yo errado para que ninguno errase, y con éste daría yo por bien empleados mis yerros. Sea el primero, que no se dé á ellos cuanto ellos quisieren, porque á cabo de poco tiempo hallará su ánima seca, como la madre que se le han secado los pechos con que amamantaba sus hijos: no los enseñe á estar de todo colgados de la boca del padre; mas si vinieren muchas veces, mándeles ir á hablar con Dios en la oración aquel tiempo que allá habían de estar; y tenga por cierto que muchos de éstos que frecuentan la presencia de sus espirituales Padres, no tienen más raíz en el bien de cuanto están allí oyendo; y más es un deleite humano que toman en estar con quien aman y oyen hablar, que en estar tomando cebo con que crezcan en la vida espiritual. Y de aquí es, que no crecen más un día que otro, porque piensan que todo lo ha de hacer el padre hablando; y así hacen perder el aprovechamiento á su padre, y no crece en ellos cosa alguna.

Tienen también esta condición: que en cualquiera tribulación que les venga, luego corren á sus padres todos turbados, porque ninguna fuerza tienen en sí; y aunque el padre no deba faltar en tales tiempos, mas decirles ha que vayan delante Nuestro Señor, y se le representen con aquella pena, porque no pierdan tal tiempo de comunicación con Él, que es el mejor de los tiempos. Y para que le oigan con atención les envía Dios la pena, no para que se vayan á consolar con los hombres y pier-

1 I Thesal., III.

dan las grandes lumbres y aprovechamientos que Dios suele dar al que acorre á Él en el tiempo de las tribulaciones. La suma de esto es, que les enseñe á andar poco á poco sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados; mas tenga algún nervio de virtud, y no se dé él tanto á otros que pierda su recogimiento y pesebre de Dios, porque más provecho hará con hablar un poco, si sale de corazón encendido, que con derramar palabras frías acá y acullá: el medio en esto pídalo á su conciencia mirando que no se enfríe; y lo que mejor es, pídalo al soberano Maestro que se lo enseñe por el espíritu suyo. *Item,* no se meta en remediar necesidades corporales, salvo ordenando en general como se remedie, así como ordenando esa cofradía ó cosas semejantes, y con eso cumpla, y sépanlo así sus hijos, que no han de llegarse á él, ni esperen de él favor temporal alguno; porque si en esto no mira, sería grande estorbo para el camino que quiere caminar. Y esto está mandado en el Concilio Cartaginense IV, donde se dice [1]: "El Obispo no haga por sí mismo los negocios de las viudas y huérfanos y peregrinos, sino por el Arcipreste ó Arcediano„; y dijo abajo [2]: "Que solamente entienda en la lección y oración, y palabra de predicación: ruegos de jueces ó de personas á quien se debe algo, porque suelten ó esperen, huya de ello, y si mucho le importunaren, cumpla con darles una breve carta en que lo ruegue con toda modestia. Finalmente, de todo esto temporal huya, acordándose como el Señor daba en rostro, diciendo [3]: *Buscáisme, no por las señales que visteis, mas porque comisteis y os hartasteis.*

Esta regla tiene excepción; si supiere de alguna particular necesidad corporal de la cual pende cosa del ánima, entonces puede entender en ella, lo cual acaece pocas veces en la verdad, aunque quien la padece diga que muchas. No descubra á hijos secretos particulares de la comunicación de Dios consigo ni con otra persona; porque hallará por experiencia tan poco secreto en ellos, que no lo pudiera creer si no lo probara, si no fuera cosa particular de persona secreta que se le pueda fiar. No les suelte la rienda á comulgar cuantas veces quisieren, que muchos comulgan más por liviandad que no por profunda devoción y reverencia; y acaece á éstos venir á estado que nin-

1 Concilio Cartag. IV, c. 17.
2 Idem, c. 20.
3 Joann., VI.

guna mejoría ni sentimiento sacan de la Comunión, y esto es grande daño, y se debe evitar; téngalos siempre debajo de una profunda reverencia á este misterio; y al que sin ésta viere, repréndale y quítele el pan hasta que mucho lo desee y se conozca muy indigno. Al vulgo basta comulgar tres ó cuatro veces en el año, á los medianos nueve ó diez veces, á las personas religiosas de quince á quince días, y si son casadas se puede esperar á tres semanas ó un mes; y á los que muy particularmente viere tocados de Dios y se conociere casi á los ojos el provecho, comulgen de ocho á ocho días, como aconsejó San Agustín [1]: "Y más frecuencia de esto no haya, si no se viese tan grande hambre y reverencia, ó alguna extrema tentación ó necesidad que otra cosa aconsejase, en lo cual se tenga miramiento de algunas personas cerca de esto. Y creo que hay muy pocos que les convenga frecuentar este misterio más que de ocho á ocho días." Y San Buenaventura dice [2]: "Que en todos los que él conoció, no halló quien más á menudo de aqueste término lo pudiese recibir." San Francisco de Paula [3], primero confesaba cuatro ó cinco veces en el año; después de muy santo, cada domingo. Aprendan en pago de aquella celestial comida á hacer algún servicio á Nuestro Señor, ó en ir quitando alguna pasión cada día, ó en otra cosa alguna que corresponda á cada vez que comulgare; que allegarse á los pies del confesor y luego al altar, tornarse ha en tanta costumbre á algunos, que casi ninguna cosa hay más para aquéllos que aquel ratico que están allí. También me parece cerca de esto, que V. R. no curase de confesar ordinariamente, porque hay algunos peligros en ello, que quizá le turbarán; y porque será tan combatido, que no tendrá tiempo para entender en lección ni oración, lo cual conviene que nunca se deje, porque luego es todo casi perdido.

Si alguna cosa quisieren de él, dígales que le digan aquello particularmente, y respóndales á ello. Y muchos hay que para contar sus necesidades corporales piden confesión, y no cae hombre en ello hasta que ha perdido el tiempo; y dígolo así, porque por maravilla se saca provecho de los que así viven. Otros, para contar una cosa ó escrúpulo, piden confesión; debe decir á éstos: "Mirad: si alguna cosa particular me queréis decir

1 San Agustín.
2 San Buenaventura.
3 San Francisco de Paula.

que no la fiáis de otro, ú os parece que yo la podré remediar, decídmela, que la confesión no faltará con quien se haga „: y es buen proveimiento tener hablado á algunos confesores y platicado con ellos el arte de confesar, para que entrambos sean á una, y enviar á aquéllos los que vinieren á pedir confesión, diciéndoles: "Yo os daré quien os confiese mejor que yo.„ Y es bien tener tasa en el negociar, porque si á cada hora que vienen les ha de responder, no le dejarán rato de quietud. Señáleles á la mañana y tarde ciertas horas, y si en otras vinieren, avise al portero que les diga que vengan á sus horas. *Item,* conviene mucho á los hijos que de nuevo nacen encomendar el silencio, porque como sienten un poco de vino nuevo en el corazón, luego querrían hablar de lo que sienten, y quedan por esto vacíos; porque, como dijo San Bernardo [1]: "El mas apto instrumento para vaciar el corazón es la lengua.„ Callen y obren, y disimulen todo lo posible el don que Nuestro Señor les ha dado, porque ya sabe el proverbio que dice: *Hablar como muchos, y sentir como pocos.* Y de no guardar este proverbio, se sigue, ó que los otros persiguen al nuevo caballero de Jesucristo y derríbanlo por impaciencia, ó alábanlo por santo, y derríbanlo con mayor caída. Y, por tanto, mientras el árbol está en flor, bien es guardarlo de todo inconveniente, no se hagan luego maestros queriendo predicar á los otros: no piensen que los que no siguen lo que ellos, van perdidos; mas pongan los ojos sobre su salud solamente, y óbrenla como dice San Pablo [2], con temor y con temblor, dejando el negocio ajeno al Señor, que sabe lo que cada uno tiene y en qué parará. Finalmente, los haga vivir *in timore Domini.* Y coman su pan en silencio. Y si algún poquito de liviandad y soberbia viere en ellos, repréndaselo gravemente, conforme al Soberano Maestro, cuando á los discípulos que se gloriaban, dijo [3]: *Videbam Sathanam.*

Las recetas generales que se deben dar á los que quieren servir al Señor, demás de las dichas, son cuatro. La primera, que frecuenten los Sacramentos de la Confesión y Comunión, como es dicho: y para bien se confesar hanse de examinar cada noche de lo que han pasado aquel día, y de allí tomar lo principal, y encomendarlo al papel por cifras, y principal-

1 San Bernardo.
2 Philip., II.
3 Luc., X.

mente á la memoria para brevemente confesar. La segunda, que sean muy amigos de la lección, porque según la gente está durísima, esle muy provechoso leer libros de romance, libros que son más acomodados para esto : *Passio duorum : Contemptus mundi :* los abecedarios espirituales. La segunda parte, y la quinta, que es de la oración. La tercera parte no la dejen leer comunmente, que les hará mal, que va por vía de quitar todo pensamiento, y esto no conviene á todos. *Los Cartujanos son muy buenos, Opera Bernardi, Confesiones de San Agustín.* La tercera cosa es la oración, en la cual es menester mucho tiento, porque no se tome en daño lo que Nuestro Señor nos dejó para provecho nuestro. *In primis,* les ha de aconsejar se desocupen un poco por la mañana y otro á la tarde ó noche, y recen algunas oraciones vocales á las cinco llagas, ó algunas horas. Después de rezar, lean un poquito en cosa que sea conforme á lo que quieren meditar, así como si tienen los pasos de la Pasión repartidos para cada día de la semana, lo cual es buen orden. Y si quisieren hoy pensar en el Huerto, lean en aquel paso, y aunque no lo lean todo no hace al caso, que otra semana pasarán á otro poco, y así á los otros pasos; que con leer, recógese el corazón y caliéntase algo, y hallan alguna puerta los principiantes para entrar en la meditación, que de otra manera pasan grave trabajo si no hace el Señor merced particular. Y después de haber leído, mediten un poco por la mañana en un paso de la Pasión con todo sosiego de ánima, contentándose con aquella vista sencilla y humilde, acatando á los pies del Señor y esperando su limosna y misericordia: y sobre esto oigan Misa, meditando aquel paso que en casa pensaban. En la tarde ó noche recen otro tanto y lean, y después piensen en la hora de su muerte, y cómo han de ser presentados ante el juicio del Señor; y acúsense, y avergüéncense, y afréntense delante del acatamiento de Dios, sintiéndose como si estuviesen presentes, y pongan á una parte los bienes que han recibido y á la otra los males que ellos han hecho, y pidan al Señor sentimiento de su propia maldad, y allí pueden pensar un poco en el infierno y reprenderse de las faltas aquel día cometidas.

Todo se ha de hacer con el más sosiego que pudieren, para que si Dios los quisiere hablar, no los halle tan ocupados en hablarlo todo ellos que calle Dios: *Intellige quae dico, dabit*

enim tibi Dominus in omnibus intellectum. Avísenles que guarden la cabeza, y que se contenten con estar un rato en la presencia del Señor, aunque otra limosna no reciban, y de aquel meditar, aunque sea seco, se saca algún bien. Algunos hay á quien Dios toma los corazones y obra en ellos, que no es menester sino recogerse á Dios; y luego hallan tanta lluvia de pensamientos buenos y comunicación de él, que no han menester sino seguir tal guía. Otros hay tan rudos, que no es necesario imponerlos en más que rezar y leer. Entre día encomiende que piense ó en la presencia de Dios ó en aquel paso que pensaban por la mañana. Toda esta meditación se ha de hacer no llevando la imaginación á partes lejos de sí, sino dentro de sí, ó á par de sus pies, porque es cosa más descansada y más provechosa para arraigarse en el corazón. La cuarta cosa es, que entiendan en obras de caridad, cada uno según pudiere: quien pudiere dar limosna, casa, consejo, no deje nada por hacer, que aunque algún poco el ánima se distraiga, no cure de ello; ni todo se ha de gastar en recogimiento, ni todo en acción exterior. Alguna penitencia especial, si son mozos. La unción del Espíritu Santo le enseñará, etc.

En lo que me manda que le diga de los libros que ahora se usan, no tengo cosa que me parezca digna de se la enviar. De lo que yo me he aprovechado en esa parte es la *Suma de vitiis et virtutibus*, de Guillermo Parisién. Esto es, carísimo, lo que se me ha ofrecido escribir, y sabe el Señor entre cuántas ocupaciones, tomando y dejando la pluma. Bien creo que el Señor le ha mostrado otras cosas mejores que éstas, sino yo atrevíme á decir los males en que yo he caído, para que haya compasión de mí, y ruegue al Señor perdone mis ignorancias que en este oficio he hecho, y dé á V. R. gracia que no caiga en ellas, como yo creo que no lo permitirá. Olido he de su carta que el mundo le es contrario; no le pene ni poco ni mucho; tenga por averiguado que hallará á Dios tan favorable en este negocio, que no lo podrá creer sino quien lo prueba. Negocio es de Dios, y tan suyo, que no hay cosa en la tierra en la cual ponga Él sus sacratísimos ojos con tanto cuidado y favor como en la vocación y justificación y guarda de sus escogidos. Quiera el mundo ó no, los que Dios tiene determinado que por instrumento del pobrecito predicador se salven, no los podrá excusar, aunque se junte todo el infernal poderío á contradecirlo. Cobre, Padre, un ánimo grande para

mandar de parte de Dios al cielo si es menester. Todas las cosas crió Dios por causa de los escogidos, y la salud de éstos nos encomendó Él en nuestras manos, para que los llamemos, esforcemos y ayudemos á colocarlos en el cielo. No se ha de pensar que olvidará Dios á éstos que *ab aeterno* para sí escogió y amó. Ordene bien lo que ha de hacer, ejecute con toda osadía, y no haga cobarde un oficio y un lugar donde tantos tan osadamente han hablado, y aunque les haya costado la vida de acá, han salido con el bien de las ánimas y de la suya, que era la empresa que pretendían. Asiente en su corazón las palabras de Cristo: *Dico autem vobis amicis meis ne terreamini ab his, qui occidunt corpus,* etc. Y sepa, que la diligencia que este Rey nuestro trae en el negocio de la salvación de nuestras almas, es tan grande cuanto no se puede hablar ni pensar: *Christo gloria et imperium in saecula saeculorum.* Amén.

CARTA Á DON PEDRO GUERRERO,

ELECTO ARZOBISPO DE GRANADA, EN QUE LE DA AVISOS PARA EL GOBIERNO

Reverendísimo y muy ilustre Señor: ¿Qué le parece á vuestra señoría cómo *non est in potestate hominis via ejus, ut dirigat gressus suos?* Es cierto que después que oí la nueva de la promoción de V. S. no cesé de maravillarme de la altura de los juicios de Dios; y esto no sin temor, como pone en lugar alto y á muchos peligros el que estaba contento con su suerte: pónele donde *alius praecingat te, et ducat, quo tu non vis.* ¿Quién no miró con otros ojos á las prelacías sino como á muy pesada cruz, donde el Prelado es crucificado, andando hecho esclavo de tantos y tan malos de contentar? Compasión muy entrañable me ha causado V. S., porque se me traslucen los muchos gemidos que esta pesada carga le ha de hacer dar; pues es cierto que *celsitudo culminis est, vera tempestas montis;* y que *quod homines, quis principiare videt, tot super humeros portas, et quis sustinebit.* Mas no hay que hablar en esto, pues está hecho el casamiento, sino entender en cómo se llevarán las cargas del matrimonio, de arte que aunque con trabajo, *tamen sine Dei offensa;* y para esto tuviera yo por señalada merced

de Nuestro Señor poder luego echar á mis cuestas todo lo que pudieran llevar, pues no de otra manera me lastima la carga de V. S. que si mía propia fuera, convidando y aun constriñendo á esto muchas causas pasadas y presentes, las cuales no es razón olvidar; y espero en Nuestro Señor ordenará como este mi deseo salga en obra, pues del que da gracia para desear se puede esperar el efectuar. Yo tengo tantas trampas, que así llamo á mis ocupaciones, que no así luego puedo desembarazarme, y esme necesario visitar unos pueblos, aunque no creo me detendrán mucho: y el cuándo será no lo sé: señalar tiempo en que vaya, nunca lo suelo hacer, por no decir cosa que después no pueda cumplir, de lo cual huyo mucho. Á lo que más me extiendo es á decir lo que pienso hacer, dejando el efecto de ello á la voluntad del Señor, sin que me quede cerrada la puerta para hacer lo que más conforme á ella me pareciere. Y bien entiendo que de esta parte de Pascua no he de poder desocuparme: esta pasada, ó á lo más *Corpus Christi*, pienso quedar libre de acá y poder ir allá, si otra cosa, como digo, no se ofreciere que me haga probabilidad ser la voluntad del Señor otra cosa. Lo que á V. S. suplico es: lo uno, que con sus oraciones y sacrificios lo encomiende al Señor, porque mi ida no sea por humana voluntad, sino á mucho contentamiento del Señor; y lo otro, que fué esto de mi corazón, pues está muy de verdad deseoso de acudir á V. S. en carga tan pesada; y crea que este mi deseo es obligación más fuerte que cualquiera otra que me pudieran echar; y para entretanto, me atrevo á apuntar algunas cosas, las cuales yo creo son á V. S. manifiestas, mas descansaré yo con decirlas.

Lo primero, que V. S. se convierta de todo su corazón al Señor frecuentando el ejercicio de la oración, encomendando á la misercordia divina el buen suceso del bien de sus ovejas y pidiendo sustento del cielo para que tenga qué darles; porque si de allá no viene, ¿qué les podrá dar sino cosa que no les engorde ni vivifique? Que de Moisés leemos que en todas sus dudas acudía al Tabernáculo del Señor, y de allí salía enseñado de lo que había de hacer y con fuerza para ponerlo en obra; y Salomón, con oración, alcanzó sabiduría para regir su pueblo: y oración ha de ser el incensario con que el Prelado amanse al Señor, como Aarón cuando *stetit inter vivos et mortuos*. Aprenda V. S. á ser mendigo delante del Señor, y á importunarle mu-

cho, presentándole su peligro y el de sus ovejas; y si verdaderamente se supiere llorar á sí y á ellos, el Señor, que es piadoso, *noli flere*, le resucitará su hijo muerto; porque como á Cristo costaron sangre las almas, han de costar al Prelado lágrimas; y será bien que cada día V. S. diga Misa, si muy legítimo impedimento no hubiere.

Lo segundo, sea el ejercicio del predicar, el cual ha de ser muy continuo, como San Pablo dice, *opportune, importune:* que pues los lobos no cesan de morder y matar, no debe el Prelado dormir ni callar. El Arzobispo D. Gaspar de Ávalos (que sea en gloria) á ninguna fiesta dejaba de predicar, aunque fuesen tres á reo, sino cuando decía Misa de pontifical; y es buen ejemplo para los Prelados cuya es la mies, y por eso más frecuentes en el segar. El remedio de los colegiales consiste en tener buen Rector y buenos colegiales; y por maravilla hay quien con verdad informe de quién es virtuoso. Paréceme que V. S. debe tener muy particular cuidado de conocer los que hubiere, y aparéjese V. S. á sufrir importunaciones sobre admitir indignos y aun á sufrir odios y blasfemias : *Quia a pravis maledici, a Christo benedici est.*

Particulares amistades de caballeros ni de otras personas excuse V. S.; porque son dañosas, y quieren hoy los amigos de los Prelados que lo que piden se les conceda, por injusto que sea : mejor es estar sin ellos.

No tengan á V. S. en posesión de que no castiga, porque le menospreciarán : como la menos gente tiene espíritu de amor, dáñales la blandura, y menester es que entiendan que no se han de burlar con el Prelado : y aunque en las palabras sea blando y dulce, sea en las obras duro y rígido cuando sea menester. San Gregorio dijo esto bien: *Talem Praelatus exhibeat se, ut ridens timeri, et iratus amari possit;* y el pastar de él es cosa muy buena.

Cama de seda no cumple, ni paños de corte tampoco: *Episcopus vilem supellectilem, et tamen eam pauperem habeat, et authoritatem dignitatis suae fide, et vitae mentis tueatur,* dice un Concilio. Conviene favorecer el colegio de Santa Catalina, porque de allí se han de proveer oyentes para la Teología; y pues hay también Rector, V. S. le favorezca; y creo, según he dicho, no sólo para los que han de estar allí, mas en los otros colegios.

Menester eran predicadores devotos y celosos para discurrir por el arzobispado á ganar almas que tan perdidas están: ¿mas dónde los hallaremos? Saúl llamaba á su compañía á cualquier caballero fuerte de quien tenía noticia: hágalo así vuestra señoría para que sea en su tiempo *bellum potens adversus Philistaeos*, pues sin caballeros no se puede hacer la guerra. Una persona discreta y fiel es menester para que examine necesidades de pobres que están en sus casas, para que les provea lo necesario. No se me ofrece ahora á quién; yo pensaré y avisaré: y perdone V. S. mi atrevimiento, que el amor lo ha hecho; y sea el Espíritu Santo maestro y fuerza de V. I. S. para que en todo acierte y con todo salga. Amén.—De Montilla á 2 de Abril. El Canónigo ordinario de Montilla es bueno para Limosnero. Siervo de V. I. S. = *Juan de Ávila.*

CARTA SOBRE EL MISMO ASUNTO

Reverendísimo y muy ilustre señor: Desde principio de Octubre me ha ido de salud tan flacamente, de un dolor de cabeza y corrimiento á los ojos, que no he podido hacer esto, aunque lo he deseado; y aunque ahora ha cesado el dolor, no el corrimiento, que, según dicen, va á más andar á hacer catarata: *sed Domini sumus, sive vivimus, sive morimur.* Lo que he deseado decir á V. S., movido con deseo de verle aliviada su carga, que tanto le aprieta, es que convenía que vuestra señoría envíase por su arzobispado, á lo menos por los lugares donde moran cristianos viejos, y de los moriscos si entienden nuestra lengua, á predicadores y confesores, tales que se pueda decir de cada uno: *Confidit ei cor viri sui;* porque estos tales son los que hacen guerra al demonio, armados del celo de la honra de Cristo, que tan despreciada está hoy, y de la salud de las almas, por quien él dió su sangre, *et non est qui recogitetur.* El Obispo de Badajoz ha enviado seis predicadores por el obispado, según él me ha escrito, y da á cada uno cuarenta mil maravedís y cuarenta fanegas de trigo; y aun si yo le enviaba algunos, dijo que daría más, si tuviesen necesidad de socorrer á padre ó hermanas; porque de éstos hay algunos que, aunque por lo que á ellos toca iban por sólo el mantenimiento, son forzados buscar algo más para proveer á quien no pueden dejar de hacer sin pecado.

He pensado en una buena pieza para esto, y es el Maestro Hernán Muñoz, natural de esa ciudad, y está ahora en Baeza: ha hecho muy gran provecho en muchos pueblos: tiene una rentilla con que se mantiene, y no toma nada de nadie; porque para unas migas y una ensalada que come, tiene harto en su rentilla; aunque como ha usado este rigor muchos años, no sé si está algo gastado: pídenlo ahora muy apriesa de Caravaca para cierta buena obra: deseo que se emplee así en las ovejas de V. S. y con él un confesor; y parece que hay muestras del provecho que de esto resultaría en ese arzobispado, en que los dos de la Compañía hicieron en su casa; y este clérigo no es de menor virtud. Si á V. S. esto parece, sería bueno escribir V. S. al Dr. Carloval una carta, en que le dijese como esto tiene pensado de enviar por el arzobispado hombres que tengan celo de Dios, y que tiene relación del Maestro Hernán Núñez, y que lo quería emplear en esto; que V. S. le ruega le hable de su parte, y le persuada á ello, y le busque un compañero para confesar, y le avise si sabe de algunos de éstos de esta hechura, porque V. S. fía de él la elección de ellos: y que en lo del mantenimiento, si ellos desean ánimas, con poco de lo temporal se contentarán; y que V. S. se holgará mucho de les proveer según su necesidad, y que sobre esto no se descontentarán: y esta carta ha de ser presto, antes que el dicho Maestro vaya á otra parte; y tengo este medio por muy provechoso para los cristianos nuevos, los cuales viendo buen ejemplo, que no buscan sino ánimas, se suelen convertir más que con palabras; pues aquella caridad dejóla Cristo encendida (por él) en los corazones de sus ministros; y es tan fuerte, que lo vence todo: porque ¿quién se defenderá de un corazón que desea el bien, y bien eterno, á otro, y está aparejado á morir por él? Dícenme que lo que en la tierra del Japón más mueve á los gentiles á convertirse por los de la Compañía, es ver que han ido tantas leguas de tierra y mar á buscar la salvación de ellos sin propio interés y con grandes trabajos y peligros de muerte.

Y porque los ojos se quejan ya, dará V. S. licencia para acabar, y quedarse ha para otro día lo de los sermones del Santísimo Sacramento. Sea el Espíritu Santo luz y fortaleza de V. S. Rma., y estas sean las buenas Pascuas que el Señor dé á V. S.—De Montilla á 22 de Diciembre. Siervo de V. S. reverendísima, que sus ilustres manos besa,=*Joannes de Ávila.*

OTRA Á UN PRELADO DE GRANADA,

SOBRE QUE ENVÍE PREDICADORES Y CONFESORES Á LOS PUEBLOS

Reverendísimo y muy ilustre señor: Pláceme que á V. S. se le ofrezcan muchos Religiosos para la obra de doctrinar los pueblos: mas mucho temo que son pocos los que para este ministerio son aceptos; porque la experiencia nos enseña que son menester hombres que siempre residan en los pueblos, aunque se muden de unos en otros; y hombres de mucha virtud, porque los peligros son mayores; y que tengan celo y humildad para andar por las calles con los niños y por las plazas, y otras cosas de este modo de vivir, que hay pocos que las tengan; y los que las tienen no han de estar ocupados en sus ministerios. Por tanto, si V. S. hallare de estos hombres libres, acéptelos: los Religiosos serán para la temporada del año ayuda.

Bien sería que llevasen á los pueblos algunos rosarios de cuentas; y si fuesen cuentas benditas, sería mejor. *Item*, algunos libros devotos, como los de Fray Luis, y algunas cartillas. *Item*, algunas imágenes del Santo Crucifijo y Nuestra Señora y San Juan, para que los predicadores las diesen á los pobres de los pueblos para que recen, poniéndoles algunas imágenes en sus casas, y para que lean; y sería bien empleado lo que V. S. en esto gastase; y los pueblos han menester todas estas salsas para comer su manjar: rosarios, imágenes, han de ser muchos, y los ricos cómprenlos de las ciudades.

Porque la Cuaresma es tiempo muy conveniente para comenzar en buenas costumbres sin tanta novedad como en otros tiempos, traigo á la memoria á V. S. lo que toca á la buena institución de la edad pueril, que tan perdida está: conviene que, pues los que andan á la escuela y otros tienen edad para oir Misa, la oigan domingos y fiestas; y será el modo que señalaren algunas iglesias donde vaya poca gente, y hospitales adonde los maestros de las escuelas lleven á oir Misa domingos y fiestas: y para que los maestros quieran hacerlo, débeseles rogar y encargar, y para que los niños quieran ir, también se les debe rogar; y para que los padres los quieran enviar, débeseles predicar la obligación que tienen los niños de oir Misa; y como los padres no los llevan consigo, y tienen aparejo por la mucha gente que hay en las igesias, y que deben agradecer y

aceptar este medio que se les da, unos se excusan con que han menester los domingos sus niños; pues como los envían entre semana, los podían enviar la fiesta, siendo á hora cierta y que menos falta les hagan. Se podía hacer que vayan á su escuela, y el maestro los lleve á oir Misa, é idos á Misa, dígaseles devotamente, y antes ó después digan ellos la doctrina, y decláreseles algún Mandamiento ó artículo con algún ejemplo, que es lo que más les mueve; y dígaseles el gran bien que recibieron en el santo Bautismo, y que si lo han perdido es el remedio la confesión, y decláreseles cómo lo han de hacer, y cuán grave pecado sea callar algo por vergüenza, con sus ejemplos; y así se podrán ir.

Allende de esto conviene que vaya cada día un sacerdote, que tenga don para ello, á las escuelas; y dicha la doctrina, les declare algo de ella, como se hizo en la Misa, y los amoneste á la confesión, y les enseñe cómo la han de hacer pensada y verdadera; y los maestros de ellos tendrán cuidado de castigarlos si juran y mienten, y de otras cosas semejantes: y si parece que está cumplido con los niños de la doctrina, para los otros conviene que se publique cuán mal orden de república es que mientras en Misa los domingos y fiestas estén jugando muchos de ellos por las calles, y que muchos de ellos por la edad tienen obligación para oir Misa; y convenía que se encargase á algún hombre devoto que anduviese por las calles á los llevar á la iglesia adonde los otros niños oyen Misa: los alguaciles también por su parte; y para éstos era menester comunicarlo con el Corregidor.

Y si en la Cuaresma se tañe á la doctrina después de Completas, para que vayan á ella los niños, y las niñas aparte, y allí se les diga y se les predique, especialmente de la vergüenza de la confesión, que es cosa que más toca á mujeres, y á unos y á otros se les dé doctrina como pasen aquella edad con limpieza, y con alcanzar buenas costumbres para adelante; porque decirles la doctrina es para que la tomen de corazón, que es bueno.

En lo que más va, que se nombren confesores para unos y otros niños, muy escogidos, con celo de ánimas y con prudencia, para que no hagan como de burla las confesiones, sino muy de propósito y despacio : pues según Gersón dice, *pocos niños halló que estuviesen bien confesados*. Requiérese mucha pruden-

cia para saber sacar los pecados sin enseñarse lo que no saben; y apróvechales leerles los tratados de Gersón, que hablan en esto; y mucho más si saben orar y llorar por las ánimas, que por tan poco precio se venden al demonio, habiendo sido compradas por Cristo á precio de su preciosísima Sangre. Esto les ha de enseñar V. S. á los confesores, para que estimen estas almas, y el aprovecharlas en esta edad en lo que es razón: y los maestros de escuelas tendrán cargo de decirles: "Vos y vos, aparejaos para confesaros tal día." Lo mismo se ha de enseñar á los maestros de niños y de grámaticos; y de unos y de otros se ha de hacer V. S. muy amigo, y hablarles algunas veces: y los confesores estén aparejados para luego confesar los niños; y no se han de ocupar en otras confesiones; y dígales la doctrina: y cuando han de confesarse, si pareciere, que las fiestas en las tardes se lleven á los niños de las escuelas al campo, y cuando vengan digan la doctrina, y les prediquen un poco y será muy bien, aunque sea á costa de darles alguna frutilla.

Á la hora del sermón sería bien que no hubiese lección en el Colegio Real, ni aun de gramática, sino que todos fuesen al sermón, y los gramáticos los llevasen sus maestros, porque no fuesen á otros negocios; y si pudiesen dar lugar propio para ellos en la iglesia, sería bien: convendrá que se les haga plática algún día. Los domingos y fiestas, mientras en Misa, se cierren las tiendas en que venden las cosas necesarias para el mantenimiento humano. Parece que con más razón sería cerrar las de las mujeres públicas hasta dicha la Misa mayor de la mañana, pues es tan breve término; mas como en esa ciudad se apellan tantos negocios y revocan, no sé si será éste uno de ellos: alcáncelo V. S. con Nuestro Señor, y luego comuníquelo con el Corregidor. Convendrá que prediquen algunos días á estas mujeres: V. S. verá allá el medio para ello; y en esta Semana Santa será razón que cierren sus puertas y tiendas hasta Pascua, ó pasada Pascua.

Suplico á V. S. me perdone tan larga carta, que el cuidado que me da la carga tan pesada que V. S. tiene sobre sus hombros me hace hacer estas demasías. Cristo ayude á V. S. para que pueda llevarlas de manera que agrade á sus ojos, y vuestra señoría merezca corona de fiel siervo y prudente. Y ahora *intra in gaudium Domini tui*, y muchos con Él y por Él.—De Montilla á 10 de Marzo.=*Joannes de Ávila.*

OTRA PARA EL SEÑOR DON PEDRO GUERRERO,

ARZOBISPO DE GRANADA

Reverendísimo é ilustrísimo señor: Lo que en ésta diré sabe V. S. mejor que yo, y le duele más que á mí, como quien tiene más caridad, y con todo eso me atrevo á hablar en ello, siquiera por descansar. Ya sabe V. S. las muchas ofensas que se cometen contra la divina Majestad en quebrantarse juramentos hechos por escribanos y por acusados en causas criminales, pues son tantos, que en un día y en un pueblo se cometen cada día muy muchos, y mirando los que se cometen en toda España, parece que no hay corazón cristiano que no reviente de dolor; dicen que ahora entienden en el Consejo en acrecentar el arancel, y aunque esto se haga, no creo se cura la llaga como conviene á la honra de Dios; porque es tanto el exceso en que están acostumbrados, que también pasarán del término que se les pusiere, como el que les estaba puesto, y no se evitando las ofensas de la irreverencia al santo nombre de Dios, todo lo demás es de poca estima.

Bien sé que dirán aquellos señores: ya nosotros les señalamos justo estipendio; si ellos quieren llevar más, no les damos nosotros causa, ellos la toman por ser malos; mas si ellos saben que así como así han de perjurarse, ¿de qué sirve poner los juramentos, pues que cesa el fin *de omni controversia finis juramentum?* El superior cristiano no se ha de contentar con el no pequé, ni con que los súbditos no pequen por causa del Señor, sino con que Dios no sea ofendido de él ni de los suyos, pues un buen hijo no se contenta con no dar á su padre enojos de aquí ni de allí; cuanto más que pensar que con tomar juramento y no serles causa positiva que lo quebranten, cumplen, es claro engaño, pues tienen obligación de mirar cómo se guardan las leyes, y especialmente los que *versantur circa Dei offensam irritandam.* Y en ofensa tan calificada como ésta es, vemos que se sabe y se perjuran, y ni en residencia ni fuera no se hace cosa para evitar el perjurio; salvo cuando alguno quiere mal á algún escribano, y pide que le castiguen, y prueba sus malos recaudos.

Una cosa he visto, que las pragmáticas que el Rey quiere de verdad se guarden, que cierto se guardan, porque no se con-

tentan con mandar, sino con tener mucha cuenta en la ejecución; y pues vemos aquí tanta disolución, señal es del poco cuidado que hay que Dios no sea ofendido: y no nos maravillemos si Dios castigare á su pueblo por tantos juramentos quebrantados, pues por el que Esaú quebrantó, aunque fué hecho con engaños y quebrantado con buen celo, castigó Dios el reino con tres años de seca enteros: y así dice San Jerónimo, que por los perjurios *venit sterilitas frugum temporalium*, y aun *spiritualium*. Si deseamos no ser vencidos de turcos, no ser azotados de Dios con pestilencias y otras cosas, *aufer offendicula a facie mea, et non commoveris*. Que si con las obras irritamos á la ira de Dios, no la podrá impedir la oración ni la lengua.

El mejor remedio sería quitar los juramentos, pues según he dicho: *Cessat quae sit finis omnis controversiae*. Y si les parece hace en algunos que se enfrenen más por no pecar, son poquísimos, y lo serán aunque el arancel se alce más: aun para esto hay remedio con que se les dijese, que lo que llevasen más que no lo hacían suyo, y que sin otra sentencia fuesen obligados á lo restituir, y con esto el confesor se podría aprovechar como con el juramento, y si no, á lo menos evitarse el perjurio, pues no han de hacer más por jurar que por estotro: de manera que si el juramento se pone para el castigo exterior, esto no se hace; y cuando se hace, no es como á perjurio, y para el fuero de la conciencia tanto obrará en quien teme á Dios la restitución, que es cosa que duele mucho á muchos, como el juramento; y así parece que no se saca del juramento sino quebrantamiento de él; y esto debe quebrantar el corazón del Príncipe cristiano, pues ha de dolerle mucho la deshonra de Dios, y procurar de quitarla, pues fió Dios de él su honra: y si esto no parece, búsquese modo como no haya perjurios, y trabájese en ello con gran cuidado, como si fuese al Rey la vida; y por una vía ó por otra no sea Dios ofendido en tan grave daño del reino: que si hay celo de la honra de Dios, él dará medio para ejecución de cosa tan justa.

De todos géneros de personas se me ofrecen que corren este peligro acusados de causas criminales. V. S. se podía informar de otros, que creo también están *in eadem damnatione* por la misma causa: y si Dios diese á V. S. valor para lo escribir al Rey, poniéndole la cosa clara delante, y el mucho peligro de

su conciencia si no lo remedia, yo quedaré consolado; aunque, según otra vez he dicho, no hemos de mirar tanto á nuestra esperanza cuanto á aquella alta providencia de Dios, que muchas veces saca á buen fin lo que menos esperábamos, y lo muy tenido por cierto se deshace: *ut non glorietur coram illo omnis caro.* Plega á él que no haya ocupado á V. S. con tan larga carta sin que de ello saque algún provecho. Si V. S. acordase de escribir, había de ser antes que el arancel se alzase; porque con no haber hecho aquello quedarán contentos, y no querrán entender en el negocio. Dios haga á V. S. Rma. todo suyo, y aunque lo haga muy atribulado y señalado con el tau, como quien gime *super cunctis abominationibus, quae fiunt in Hierusalem.*—De Montilla á 19 de Enero. Siervo de V. S. Rma. que sus muy ilustres manos besa, = *Joannes de Ávila.*

CARTA AL MISMO

ACERCA DEL SÍNODO QUE HIZO

Reverendísimo y muy ilustre señor: De Judas Macabeo se lee que *praeliabat praelia Domini cum laetitia:* no sé si la tiene V. S. para entrar en la guerra de su Sínodo: Cristo le esfuerce, pues no faltarán dudas y dificultades, para las cuales sea menester su luz y esfuerzo: y aunque yo no estoy muy esforzado en estos negocios, no se perderá tanto por estar ahora tan lejos de la guerra, cuanto se puede perder si tuviese miedo quien ha de entrar en ella, mayormente siendo capitán. Todas las veces que Judas Macabeo venció, precedió una gran confianza en Dios, mirando que era suya la causa; y cuando temía los enemigos, entonces fué vencido. Quiere el Señor que no estribemos en nuestra prudencia, mirando los sucesos por la cortedad de ella, pues que nos ha avisado, que *sunt in victoriis providentiae nostrae,* y que muchas veces nos sucede mal de lo que más confiados estábamos, y bien lo que teníamos perdido.

Demos á Dios la gloria de Señor y sabedor de todo, y obrador de todo lo bueno; y hagamos todo lo que de nuestra parte fuere con toda diligencia y muy cumplidamente, porque no seamos castigados por desconfiados, como lo fueron los que salieron á la tierra de promisión: acordémonos que *non est nostra pugna, sed Dei;* y salgamos á la guerra, y *Dominus erit nobiscum:* y si por nuestros pecados no sucediere como lo ha

menester nuestra necesidad, demos á Dios gloria de justo, y á nosotros *sit confusio faciei;* mas á lo menos desde lo primero hasta lo postrero no perdamos el ánimo, ni dejemos de hacer todo lo que en los negocios de Dios pudiéremos: *mane semina, semen tuum et vespere, non ceset manus tua, nescio enim, quid magis oriatur hoc, aut illud, et si utrumque simul melius erit;* y si no conociere nada, no perderá su galardón quien lo hubiere trabajado: y aunque la caridad no se consuela con sólo su bien, pues pretende el de todos, mas á lo menos evita culpas y gana méritos: alábanle todos en sus juicios sujetándose á ellos, lo cual no es pequeño servicio que se hace al Señor, por cuya misericordia plegue á él perficionar á V. S. Rma. los deseos de su corazón, pues él los ha plantado.—De Montilla á 5 de Septiembre. Siervo de V. S. Rma. que sus muy ilustres manos besa,=*Joannes de Avila.*

CARTA PARA UN OBISPO DE CÓRDOBA,

QUE FUÉ Á PRESIDIR UN CONCILIO PROVINCIAL Á TOLEDO

Con la merced que Dios me hizo de darme á V. S. por Padre y Pastor, y con la licencia, *imo* mandato de la Escritura, que dice (Deut., XXXII): *Interroga Patrem tuum, et annuntiabit tibi,* me atrevo á suplicar á V. S. me diga: ¿qué es el fin y pretensión de Jesucristo Nuestro Señor en hacer á vuestra señoría Presidente de este Concilio por un rodeo no pensado? (Prov., XIV, 35): *Acceptus est Regi minister intelligens.* Y por serlo V. S. es razón que no deje pasar esta ordenación de Dios sin entenderla, y corresponder á ella con la reverencia y diligencia y fidelidad que á tan gran Señor y á tan importante obra suya se debe. Y porque entiendo que vuestra señoría me ha de mandar que diga lo que de esto siento, lo diré, aunque con algún temor del mucho amor que á vuestra señoría tengo, el cual suele cegar los ojos aun de los prudentes, de los cuales yo no soy, y por eso tengo más por que temer mi determinación.

Yo, reverendísimo señor, me he alegrado de este lugar que Dios á V. S. ha dado, porque como Él haya dicho (Matth., XXV): *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam,* parece que podemos tener alguna conjetura de que vuestra señoría ha administrado bien la presidencia ó superin-

tendencia sobre su clero y ovejas, pues Dios le da superintendencia sobre pastores de muchas ovejas: porque estoy persuadido de la misericordia de Nuestro Señor, que si V. S. ejecuta este mandato del Señor como debe, que ha de ser causa de gran reformación en los Obispos y obispados del reino; pues éstos á quien Dios envía á V. S. son los principales de él; y lo que en este Concilio se hiciere, será para todo él una gran luz, y un ejemplo á quien sigan.

Mire V. S. en cuán glorioso negocio le ha puesto Nuestro Señor, y cómo ha fiado de él su honra y contentamiento, y el aprovechamiento de tantos pastores y ovejas, que sólo el pensarlo da grande alegría; pues la más justa y grande es que las ánimas conozcan, amen y sirvan al Señor que por ellas murió.

Si V. S. mirare con ojos cristianos el valor de esta empresa, el galardón de ella, y principalmente á la grandeza del Señor que se la encomienda, no dudo sino que se tendrá por indigno de ella, y dirá como San Pedro (Luc., V.): *Exi a me Domine, quia homo peccator sum;* porque la humildad de V. S. le hará creer y confesar que la pudiera Dios encomendar á otros que tuvieran más partes para la cumplir: mas si V. S. con la humildad de San Pedro y de Moisés, dijere que no es para empresa tan grande, porque no tiene lengua y habilidad para ella, decirle al Señor: *Noli timere, ex hoc enim eris homines capiens. Quis facit hos homines? Perge igitur, et ego ero in ore tuo, docebo te, quid loquaris.* Y con tal merced y tal arrimo bien podrá V. S. emprender no sólo ésta, mas mayores empresas. Solamente mire V. S. que *exhibeat se ministrum idoneum tanti Regis;* y que pues Dios ha de ser el que por boca de V. S. ha de hablar, y el que ha de enseñar con su lumbre á su corazón, procure quitar de sí todos los impedimentos á la inspiración del Señor y á las obras que Él por medio de V. S. quisiere obrar: haga como Isaías, que dijo: *Dominus Deus apperuit mihi aurem, et ego non contradico, retrorsum non abii.*

No plega á Cristo que haya en V. S. cosa, por amada que sea, que le impida á hacer pensar y hablar lo que sintiere ser agradable al Señor y provechoso á su Iglesia. Córtelo V. S., y con agudo cuchillo, sea lo que fuere: acuérdese de aquello del Profeta Moisés, que celando la honra de Dios dijo (Exod., XXXII): *Si quis est Domini, jungatur mihi;* y se le juntó la tribu de Leví; y siendo mandados por Moisés que matasen á cuantos

encontrasen en el real, hasta pasar de parte á parte, le obedecieron tan de verdad, que aunque encontraban con parientes é hijos, también los mataban, teniendo en más la honra de Dios que el amor de la sangre, y tan propincua.

Haga V. S. cuenta que el Señor le envía por celador y restituidor de su honra, que tan perdida está en la clerecía y en el estado laical; y cíñase su espada de la palabra y verdad de Dios, y menéela con grande amor y fervor, y mate todo aquello que á la santa voluntad de Dios contradice: saque sangre, porque no le toque lo que está escrito: *Maledictus qui prohibet gladium suum a sanguine*. Mas ha de comenzarla de sus mismas venas y de su corazón; porque debe V. S., para bien ejecutar este ministerio, ir mortificando no sólo á las cosas y afectos que no le sean muy penosos, sino á los tan amados como su sangre, la cual se dice ser tesoro de la vida. Aquél saca sangre que ofrece á Dios lo que mucho le duele; y ésta es digna recompensa del cristiano para con Nuestro Señor, que pues Él derramó su preciosísima sangre por nosotros, y pues Él murió por nosotros, nosotros muramos por Él, ó perdiendo la vida corporal ó perdiendo los afectos, por muy entrañables que nos sean; porque á trueco de haber el Señor dado su vida y su sangre, dar nosotros, no lo que nos duele, sino una cosa de poco valor, es caer en aquella maldición (Malach., I): *Maledictus dolosus, qui habet in grege suo masculum, et offert Domino debile.*

Estudie V. S., pues, con mucho cuidado en qué manera irá á dar esta embajada de parte de Dios, de manera que lleve más eficacia y sea mejor recibida y con más fruto, aunque le cueste la sangre y la vida. ¿Qué mejor remate de vida puede V. S. tener que ó ser mártir ó mortificado por la honra de Cristo y bien de su Iglesia? ¿Qué mayor gloria que no llevar gloria mundana al Concilio, sino gloria conforme á la del Señor, pues está escrito (Eccl., XXIII): *Magna gloria est sequi Dominum?* Mire vuestra señoría qué tal vino cuando el Padre le envió por embajador al mundo á anunciar su voluntad, y á sacarlo de sus malos caminos y meterlo en los de Dios.

Cierto es que nació en pobreza y aspereza, y de la misma manera vivió, y con crecimiento de esto murió; y habiendo Él traido la embajada del Padre con este tan humilde aparato, no se agradará que su embajador, pues es de Rey celestial, vaya con aparato de mundo, pues dijo por San Juan (Joann., XX): *Si-*

cut misit me Pater, et ego mittam vos. El corazón ardiendo en celo de la honra del Padre y de la salvación de las almas le trajo al mundo, y aquel fuego del celo de la casa de Dios quemó todo el aparato mundano, que pesado con justas balanzas no es sino pajas, y donde hay fuego de amor de Dios luego son quemadas con gran ligereza. No piense V. S. persuadir á nadie reformación si él no va reformado; ni piense que por otros medios ha de ser su embajada provechosa sino por los que Jesucristo, por ordenación de su Padre, tomó para cumplir la suya; porque si otras hubiera más convenientes, ni la Sabiduría divina las ignorara, ni su Providencia las dejara de ordenar; mas pues con tanto acuerdo, y siendo tan costosas á su propio Hijo, ordenó las que sabemos, gran temeridad es querer el siervo y criado huir de los medios que tomó el Hijo, y tener en más la propia y carnal sabiduría que la de Dios. Alce los ojos vuestra señoría al Hijo de Dios puesto en una cruz, desnudo y crucificado, y procure desnudarse del mundo y de la carne y sangre, codicia y de honra y de sí mismo, para que así sea todo él semejante á Jesucristo, y sea su embajada eficaz y fructuosa. Muera á todo, y vivirá á Dios, y será causa para que otros vivan; porque si esto no lo hace, perderse ha á sí y á los otros, pues la palabra de Cristo Señor Nuestro no puede faltar: *Nisi granum frumenti*, etc.

¡Oh muerte dichosa, pues tantas vidas y tan preciosas y eternas se siguen de ella! ¡Y desdichado de aquel que por quererse quedar encima de la tierra pretendió algo de ella! Se pierde á sí y á los que pudiera ganar. ¡Cuánto mejor consejo es ofrecer V. S. sus dos cornadillos, cuerpo y alma, al mismo Señor que se los dió, y que murió por él, para provocarle á que de buena gana le tornase lo mismo que Él le dió, y evitar la deuda propia y ajena, y ganar de presente gracia delante del Señor, y después aquella corona que le será dada cuando, como dice San Pedro (I Petr., V): *Cum apparuerit princeps pastorum, percipietis immarcessibilem coronam gloriae!* Y así, cuando diga el Señor á V. S. (Matth., XXV): *Euge serve bone, et fidelis*, piense V. S. en esta corona, y tendrá en poco todas las de acá: piense en aquel *gaudium Domini tui*, y tendrá en poco los gozos y los trabajos de acá: y tenga por cierto que si se atreviere á ser fiel embajador de Jesucristo, y ser de su bando todo él entero, que le será muy bien agradecido, y

se cumplirá en él lo que el Señor dijo (Joann., XII): *Ubi sum ego, erit minister meus.* ¡Gran galardón es éste, y eterno! El trabajo es poco, y presto se acabará; y cuando no pensemos vendrá la hora en que seamos presentados en el juicio de este Señor que ahora encomienda á V. S. un negocio tan importante, y entonces se holgará de haberlo hecho fielmente y á contento de Él, aunque sea á disgusto de todo el mundo. Plega á la bondad que esta merced ha hecho á V. S. añada otra, y sea darle su Santo Espíritu, para que, vestido de él, tenga luz y fortaleza del cielo para saber la santa voluntad de Dios, y fortaleza para la anunciar (Jac., I, 17): *In gloriam illius, a qua omne bonum, et donum est.* Él sea con V. S. á la ida, estada y venida, y nunca le deje solo ahora ni en la eternidad que esperamos. Amén.

OTRA Á UN AMIGO SACERDOTE,

SOBRE LA PACIENCIA

Charissime: Cuando considero la poca salud de V. R., con otras circunstancias, que todo junto le es penosa cruz, no me maravillo que se queje de mí por no ayudarle á la llevar con escribirle algunas veces. Y por otra parte, como veo tanta imposibilidad en mí para hacer esto por mis indisposiciones, que cada día crecen; mas dame gran pena oir quejas, pues de ninguna cosa sirven sino de penarme. Suplico á V. R. tenga entendido ser esto así, y procuremos ambos de ir con nuestras cruces al Señor que llevó la suya, pidiéndole que nos dé su gracia para llevar con contentamiento lo que Él de su mano nos envía.

Y cierto, Padre mío, yo tengo temor que el amor de nuestra sensualidad, del cual tenemos mucho, y lo poco que tenemos del verdadero amor de Jesucristo y crucificado nos hace estimar en mucho nuestros trabajos y quejarnos de la falta del consuelo; porque si de verdad nos hubiésemos aborrecido, como el Señor manda por amor de Él, holgaríamonos de que tomase satisfecho en nosotros, castigándonos las ofensas que contra Él hemos cometido; y también tendríamos por merced señalada comer á una mesa con Él, aunque sea hiel y vinagre; porque su compañía es tan gran bien y tan para desear, que aunque sea en tormentos se debe preciar en mucho, que por este cami-

no se gana su compañía en el reino de los cielos, donde dará el Señor parte del panal de miel que Él come á los que aquí la dió, y á los que con Él bebieron hiel y vinagre.

Esfuércese V. R. en la gracia del Señor, y haga buen rostro á la cruz, y no espere en lo que ya queda de la vida sino un trabajo sobre otro; los cuales, cuanto más crecidos fueren, tanto más los tome por prenda de su salvación y por señales de que el descanso está cerca; que ya sabe que al fin de los caminos está una cuesta para subir á la ciudad; la cual, aunque por una parte cansa mucho, por venir sobre cansancio, mas por otra da grande consuelo, por ser trabajo que da fin á los trabajos, entrando el hombre en la ciudad deseada: y este postrer trabajo, que á la vejez suele venir, es el buen vino de la cruz, el cual el Señor guarda para dar á sus amigos á la postre, como cuando convirtió el agua en vino; bébalo V. R. con alegría, porque de él se entiende: *Inebriamini charissimi;* y por medio de él espere ser uno de aquellos de los cuales está escrito: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis eos;* y no piense que tardará mucho este día, pues nuestro barro es tan flaco, y tantos golpes le dan, que cuando no pensemos será quebrado, y diremos: *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus.*

CARTA PARA UN CURA,

SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL

La enfermedad de la tibieza (Apoc., III) es asaz peligrosa, y mucho más si es de muchos días. Conviene que si ha sido huésped de vuestra merced, que no sea moradora; porque como es mujer que gasta y no gana, en poco tiempo se come la hacienda ganada en mucho, y deja pobre á su dueño; y de allí viene á ser más que pobre, pues viene á morir vomitándola Dios con dejarle caer en algún pecado mortal. Y cierto, quien conociese de verdad el daño de esta enfermedad, en sólo oirla nombrar le daría tanto temor, que éste le hiciese cerrar la puerta, y á trueque de cualquier trabajo no recibirla en su casa.

Los remedios particulares para este mal, en que toca á la oración, me parecen los siguientes. Lo primero mezclar en todas sus ocupaciones la memoria y presencia de Dios; que pues ellas son piadosas, ayudan á acordarse de Dios. Si habla vues-

tra merced con su parroquiano que salga de pecado, ó que haga lo que debe, esté de fuera con él y de dentro con Dios, pidiéndole dé lo que vuestra merced pide á su oveja: si va por la calle, otro tanto; y si tuviere el ojo de la intención sencillo, que no buscare en los negocios sino á Dios, fácilmente se recogerá, sin llevar consigo las imágenes de las cosas que trató en los negocios.

Lo otro, estando en oración, despiértese á mirar cómo habla con aquel Señor de quien los ángeles tiemblan de reverencia; y cuando vagare el pensamiento tórnelo con suavidad, y otras veces con darse un bofetón, como á siervo malo que habla con su señor sin reverencia.

También puede pensar á un sentenciado á muerte, y ya el cuchillo á la garganta, que pidiese perdón á juez, y que por ventura se lo daría, con qué ahinco se lo pediría.

Sirve también el hacer cuenta que aquel rato está muerto ó muriéndose, y que está presentado delante del juicio de Dios, y que no tiene que acordarse de nadie, sino decir rogad por mí.

Item, antes de recogerse, leer en algún libro devoto, y también tomar una disciplina.

Item, decir algunas palabras vocalmente, sacadas de la afección de su corazón, ó de los Salmos, ó de otras partes, que le inflamen á algún buen sentimiento y le despierten; porque mejor es oración vocal ferviente que oración mental tibia.

Item, guárdese de pecados veniales, porque éstos apagan el fervor de la caridad, y procurar de vivir de manera que cuando se recoja no tenga Nuestro Señor que castigarle con enseñarle la cara airada, ó con no mirarle; porque en aquel rato suele Él castigar con esto á los que se han desmandado en otras cosas.

Item, pedirle al Señor espíritu de devoción, y guardar bien lo que le diere; porque *delicata est divina consolatio*.

Item, determinarse de no dejar sus ejercicios, seco ó devoto, sino perseverar diciendo: "Yo no vengo aquí sino porque el Señor lo manda, y por estar en cruz como Él estuvo."

Lo postrero, aunque no tenga vuestra merced tanta devoción como si no tuviese ocupaciones, no se fatigue, pues no es posible, si no fuese por algún particular don, tener tanta con ocupaciones y muchas como estando sólo noche y día en su celda, pues la fecundidad de Lia recompensa el ser algo cega-

josa, y así procure vuestra merced tener la más que pudiere; mas no desmaye si no alcanzare lo que quisiere; que las ánimas en cuyo provecho vuestra merced entiende, algo valen, pues costaron á Jesucristo su sangre. Obligar por vía de precepto á reiterar confesiones, y cuando no hay algunas de las causas que los Doctores ponen, no es seguro; mas mirando que las que mucho usan, como vuestra merced dice, son en gran manera dudosas si llevan las condiciones que los Doctores piden, tengo por cosa muy acertada y que se debe mucho procurar, que cuando tienen más sentimiento de este Sacramento y del aparejo que requiere, hiciesen una confesión general. Y el provecho está claro, pues ya que valgan las confesiones, hay gran probabilidad para creer que fueron informes y no dió el Sacramento gracia por falta de disposición, y para que esta gracia se dé es menester otro mejor movimiento, y esto es no saberse aparejar para haberlo estas tales personas fuera de confesión, pues aun en ella vemos cuán mal lo hacen: y hace mucho para esto ver cómo en viniendo en un hombre llamamiento de Dios á mejor vida que la pasada, su mismo corazón le pide que se confiese de toda su vida; y así tengo por enseñanza de Dios, y cosa que se debe muy mucho procurar y persuadir al penitente, cuando preguntándole de confesiones pasadas dice haberlas hecho, como muchos las hacen, tarde y mal; mas si el penitente no quiere menear su vida pasada, no es obligado el Cura á le compeler cuando, como digo, no hubiese alguna causa de las que ponen los Santos, ni el confesor á preguntarle sino desde que se confesó; mas cuando clara tiene alguna sospecha, pregunte, y haga lo que más conviene á aquella ánima, y es el confesar una confesión general, si él quisiere hacerla.

Cuando el ánima se siente recogida, no debe el hombre dejar de decir Misa *pro pollutione sine culpa*, y aunque alguna livianilla conozca, con confesarse y dolerse de ello será mejor decir Misa; mas si está distraído y con feas imaginaciones *pollutionis habitae*, mejor es abstenerse, con que no sea muchas veces; porque si lo es, tráelas á él el demonio para este efecto, porque lo suele hacer: y cuando no hay la tal distracción de esta ó de otra causa que venga ó parezca desacato decir Misa, no se debe dejar; y así, los que viven vida concertada y no dejan sus buenos ejercicios, dícenla aunque se sientan sin aquel

fervor y llamamiento interior que San Buenaventura dice que debe sentir el ánima para decir Misa ó comulgar: él tenía este sentimiento, y así no decía cada día Misa.

Otros, con Zaqueo, reciben al Señor con alegría, y no les va mal de ello, porque á lo menos no tornen atrás, como experimentan tornar si la dejan: para quien se les pega algo de vano complacimiento de ser visto devoto en la Misa, por mejor tengo refrenar la exterior devoción y lágrimas, y pedir al Señor se las guarde para la celda.

De salud me ha ido muy mal todo este invierno, y me ha quitado el predicar muchos meses ha: no sé si cesando los fríos me irá mejor: el socorro de las Misas y memoria que vuestra merced me hace, le pague Nuestro Señor, y me dé gracia para que yo responda siquiera como flaco á hacer algo que parezca á lo de vuestra merced. Quisiera saber cómo va en los negocios de Nuestro Señor: el Padre nuestro, Cristo, que es el dueño de ellos, sea favor de todos los que en ello entienden, y sea amor único de vuestra merced.

CARTA Á UN DISCÍPULO SACERDOTE,

SOBRE LA MORTIFICACIÓN

Muy reverendo Padre y señor mío: Recibí la carta de vuestro merced, y obró en mí lo que otras suyas; conviene á saber: hacimiento de gracias á Nuestro Señor por los dones que le da; según las palabras, dan testimonio de lo que está en el corazón: y también obró en mí mucha confusión de haberme llamado Maestro y Padre del que ya pensaría hacerme Nuestro Señor merced de acertar á ser su hijo y discípulo; y especialmente me confundió y aun penó venir en el fin de la carta que había muchas que me escribir, y que no lo hacía por guardar el decoro de oyente y discípulo. No es cosa que se puede llevar adelante, porque no es cosa que pierda yo por querer aprovechar á vuestra merced; y si de este arte lo ha de hacer, haráme oir y callar.

No sé si el otro día le escribí se guardase de un yerro que he visto en algunas personas que se tienen por espirituales, y es despreciar los corporales trabajos y aflicciones tomadas por amor del Señor: y si lo escribí, no hay nada perdido en tornarlo á decir; y si no, es necesario escribirlo. Después que la lumbre,

Señor de nuestros ojos, Jesucristo, vivió en este mundo en tantos trabajos, y murió con tantos dolores, quedaron sus siervos tan hambrientos de padecer, que excede á la hambre que los hombres mundanos tienen de descansar: y no sólo se contentan de sufrir el trabajo que les viene, y más el que es necesario para evitar que el hombre no caiga en algún pecado; antes buscan todas las vías que pueden para poder hallar algún trabajo, y con él mostrar el amor que á Jesucristo penado tienen, como Él lo mostró para con nosotros en los trabajos que pasó. Así como el tibio no querría trabajos, mas los que vienen súfrelos con paciencia por no ofender al Señor, así el ferviente amador de Jesucristo no querría descanso, y si alguno por fuerza ha de tomar, súfrelo con paciencia, porque lo mandó Jesucristo: de manera, que así como el tibio tiene los consuelos en deseo y el trabajo en paciencia, así el verdadero cristiano tiene el trabajo en deseo y el descanso en paciencia.

Esto viene del espíritu de Cristo, que obra donde perfecto está lo que en el mismo Cristo obró, que fué amor de trabajos para más enseñar el amor; y de aquí es que así como cuando consuelan á un tibio cuando le viene el trabajo, así á un cristiano cuando le viene el descanso; porque el uno sufre el trabajo y no le ama, y el otro sufre el descanso y no le ama; y esto es parte de lo que Nuestro Señor Jesucristo nos dijo cuando nos mandó llevar la cruz si queremos ser sus discípulos. Digo en parte, porque lo principal en que consiste la cruz es la muerte del parecer y voluntad propia y de las racionales pasiones; esto es, el hombre viejo, que ha de morir conforme al hombre viejo de Cristo, que murió en la cruz. ¿Cuál es este hombre viejo? El mortal y pasible cuerpo.

Muerto ha de ser en nosotros este hombre malo que he dicho; mas aunque éste sea el principal llevar de cruz, no se ha de quitar lo que es también parte, aunque sea menos principal; y aunque el Apóstol San Pablo dice (I Tim., IV): *Exercitatio corporalis ad modicum utilis est*, no quiere el siervo de Jesucristo dejar de agradarle ni aun en una cosa mínima; y porque no cayésemos en este error dice en otra parte (I Cor., IX): *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo*. No entiendo yo esto que lo decía porque era tentado de carne (como algunos entienden el estímulo de que se queja), mas quísolo por cura preservativa, y trabajaba su cuerpo por no venir á enfermar

(II Cor., IV), contando los trabajos que pasaba: *Semper mortificationem Jesu Christi in corpore nostro circumferentes;* adonde llama mortificación de Jesucristo, que es la misma cruz, á los corporales trabajos; y en otra parte dice (Galat., V): *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt.* Si quisiera entender solamente la crucifixión de los afectos, bastaba decir: *Cum vitiis et concupiscentiis;* mas diciendo *carnem*, con el mismo cuerpo lo ha. Y esto lo explica muy bien el mismo Apóstol San Pablo (Cor., VI): adonde pone entre las cosas en que se deben excitar los Ministros los corporales trabajos, como son ayunos y vigilias, de manera que todo el hombre ande en cruz, pues todo Cristo anduvo en ella.

El ánima por la compasión y memoria de Jesucristo crucificado, y por mortificación del viejo hombre que dejamos arriba dicho. El cuerpo también en cruz por corporales trabajos; porque así todo el hombre sea conforme con Jesucristo penado, pues ha de serlo con Jesucristo glorioso: *Haec dixi,* porque debe cada uno meditar las fuerzas que Dios le dió, y emplearlas en hacer y padecer todo cuanto pudiere, no sólo mirando si es menester para otro buen fin, sino aunque no sea sino para ser conformes con Jesucristo trabajado, no por necesidad, sino por amor, aunque ni el cilicio ni pobre cama y semejables cosas tomadas por amor de Jesucristo nos salven: *Sola enim crux Christi est salvifica;* mas á lo menos sea imitación de aquella extrema pobreza y aspereza de Cristo crucificado, lo cual no es de tener en poco si no falta el amor de Cristo: *Gloria enim magna est sequi Dominum. De hoc hactenus.* Otros dos puntos tenía pensado de escribir, y no hay tiempo; escribirlos he, porque no se me olviden, con condición que me escriba lo que hay que enmendar sobre aquesto.

CARTA Á UN SACERDOTE,

SOBRE PREPARACIÓN PARA CELEBRAR

Muy reverendo Padre mío: Plega á Nuestro Señor que la tardanza de mi respuesta sea recompensada conque sea verdadera y provechosa á vuestra merced; porque según la pregunta es de mucha importancia, también lo será la respuesta si fuese tal como he dicho. Pregunta vuestra merced qué aparejo será el mejor, ó qué consideración más provechosa para

celebrar el Santísimo Sacramento del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, porque teme no le sea tornado en daño (por falta de aparejo) lo que de sí es tan provechoso.

Ya vuestra merced sabe ser diversas las complexiones de los cuerpos, y así ser diversas las inclinaciones de las ánimas, y también diversos los dones que reparte Dios, y á unos lleva por unos medios y á otros por otros; y así no se puede dar regla cierta, que á todos cuadre, de qué consideración le sea más provechosa para lo dicho. Esto es cierto que aquello le será á uno mejor que Nuestro Criador y Redentor le diere y con que más le moviere. Y quien tiene noticia (como en estas cosas se puede tener) que ni son de fe, ni hay evidencia de que su aparejo ó consideración es impulso de Dios, no hay que buscar otra hasta que Nuestro Señor la mude; y esto se ha de averiguar dando cuenta á persona que tenga de ello experiencia y prudencia, y asentar en aquello. Mas hay otros que no se sienten particularmente movidos á esta ó aquella consideración, y para éstos también es necesario que den parte de su disposición interior, para ver si han de menester ser llevados por consideración de amor ó de temor, tristes ó alegres, y conforme á lo que hubieren menester, aplicarles el remedio.

Y porque creo, según la relación que de vuestra merced tengo, que la disposición de vuestra merced es de persona aprovechada en la virtud, y que le está mejor ejercitarse en consideración que le provoque á fervor de amor con reverencia que á otras, digo que para este intento yo no sé otra mejor que aquella que nos da á entender que aquel Señor con quien fuimos á tratar es Dios y hombre, y la causa por que al altar viene. Cierto, señor, eficacísimo golpe es para despertar á un hombre considerar de verdad: á Dios voy á consagrar, y á tenerlo en mis manos, y á hablar con Él, y á recibirlo en mi pecho. Miremos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester, para, según nuestra flaqueza, hacer lo que en este oficio debemos.

¿Quién no se enciende en amor con pensar: al Bien infinito voy á recibir? ¿Quién no tiembla de amorosa reverencia de Aquel de quien tiemblan los poderes del cielo, y no de ofenderle, sino de alabarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido á aquel Señor que presente tiene? ¿Quién no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza á hacer peni-

tencia por el desierto con tal viático? Y, finalmente, esta consideración, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre y le saca de sí, ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos causados de la consideración de su presencia, los cuales, aunque no se sigan necesariamente de la consideración, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Así que, señor, ejercítese vuestra merced en esta consideración: haga cuenta que oye aquella voz (Matth., XXV): *Ecce sponsus venit, Deus vester venit*, y enciérrese dentro de su corazón, y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir; y pida al mismo Señor que por aquella bondad que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarlo, reverenciarlo y amarlo como es razón. Importúnele que no permita Él que esté vuestra merced en presencia de tan alta Majestad sin reverencia, temor y amor. Acostúmbrese á sentir lo que debe de la presencia del Señor, aunque otra consideración no tenga.

Mire á los que están delante los Reyes, aunque no digan nada, aquella mesura, reverencia y amor con que están, si están como deben. Mas mejor es pensar cómo están en la corte del cielo aquellos tan grandes en presencia de la infinita Grandeza, temblando de su pequeñez y ardiendo en fuego de amor, como abrasados en el horno de Él. Haga cuenta que entra él entre aquellos grandes y tan bien vestidos, tan bien criados, tan diligentes en el servicio de su Señor; y puesto en tal compañía y en presencia de tal Rey, sienta lo que debe sentir, aunque, como digo, no tenga entonces otra consideración; quiero decir, que una cosa es saber hablar al Rey, y otra saber, aunque callando, estar delante del Rey, para estar como debe estar. Y esta unión de su alma con Nuestro Señor es la que debe tener en la Misa colgada de él, como cuando está en la celda en lo más íntimo de su corazón unido con Dios, y de tal manera, que las palabras que lee no le distraigan de esta unión; porque hallará en ella más fruto que en las palabras, aunque se ha de tener cuenta con ellas; mas hase de acostumbrar, teniendo el corazón unido y presente á Dios, tener la atención que conviene á lo que hace y dice.

¡Oh Señor, y qué siente una ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo Nuestra Señora elegida, enriquecida en

celestiales gracias para tratar á Dios humanado, y coteja los brazos de ella y sus manos y sus ojos con los propios! ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para Aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir á ellas por las palabras de la consagración! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazón, y le hacen desear que en acabando la Misa se fuese el hombre á considerar aquella palabra del Señor (Joann., XIII): *Scitis, quid fecerim vobis?* ¡Oh Señor, quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora! ¡Quién lo gustase con el paladar del ánima! ¡Quién tuviese balanzas no mentirosas para lo pesar! ¡Cuán bienaventurado sería en la tierra! ¡Y cómo en acabando la Misa le es gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus,* hasta otro día que tornase á decir Misa!

Y si alguna vez diere Dios á vuestra merced esta luz, entonces conocerá cuánta confusión y dolor debe tener cuando se llega al altar sin ella: que quien nunca lo ha sentido no sabe la miseria que tiene cuando le falta. Junte vuestra merced á esta consideración de quién es el que al altar viene, el por qué viene, y verá una semejanza del amor de la encarnación del Señor, del nacimiento, de su vida y de su muerte, que le renueve lo pasado; y si entrare en lo íntimo del corazón del Señor y le enseñare que la causa de su venida es un amor impaciente, violento, que no consiente al que ama estar ausente de su amado, desfallecerá su ánima en tal consideración.

Mucho se mueve el ánima considerando: á Dios tengo aquí; mas cuando considera que del grande amor que nos tiene, como desposado que no puede estar sin ver y hablar á su esposa ni un solo día, viene á nosotros, querría el hombre que lo siente tener mil corazones para responder á tal amor, y decir como San Agustín: *Domine, quid tibi sum, quia jubes me diligere te? Quid tibi sum?* ¡Que tanto deseo tienes de verme y abrazarme, que estando en el cielo con los que tan bien te saben servir y amar, vienes á este que sabe muy bien ofenderte, y muy mal servirte! ¡Que no te puedes hallar, Señor, sin mí! ¡Que mi amor te trae! ¡Oh, bendito seas, que siendo quien eres pusiste tu amor en un tal como yo! ¡Y que vengas aquí con tu Real

Persona, y te pongas en mis manos, como quien dice: "Yo morí por ti una vez, y vengo á ti para que sepas que no estoy arrepentido de ello; mas si fuese menester moriré por ti otra vez." ¿Qué lanza quedará enhiesta en tal requesta de amor? ¿Quién, Señor, se absconderá del calor de tu corazón, que calienta el nuestro con su presencia, y como de horno muy grande saltan centellas á lo que está cerca? Tal, Padre mío, viene el Señor de los cielos á nuestras manos, y nosotros tales lo tratamos y recibimos.

Concluyamos ya esta plática tan buena y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al Señor que nos hace una merced nos haga otra, pues dádivas suyas sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas. *Imo*, como San Bernardo dice, que el ingrato *eo ipso pessimus, quo optimus*. Miremos todo el día como vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos, y traigamos todo el día este pensamiento: al Señor recibí, á su mesa me asiento, y mañana estaré con Él; y con esto huiremos todo mal, y esforcémonos al bien, que lo que se hace fuera del altar suele el Señor galardonarlo allí. Y para concluir digo que se acuerde vuestra merced que se quejó el Señor de Simón, porque entrando en su casa no le dió agua para sus pies, ni beso en su faz, para que sepamos que quiere de la casa do entra que le den lágrimas por los pecados á los pies de Él, y amor que hace dar beso de paz.

Esta dé á vuestra merced Nuestro Señor con el mismo Señor y con sus prójimos, que nazca del perfecto amor, el cual aquí le atormente por las ofensas que él y otros hacen al Señor, y en el cielo le haga gozar teniendo el bien de Dios por propio y más que propio, amando á Él más que á sí mismo: por cuyo amor pido á vuestra merced que si algo ó mucho va en esta carta que haya menester enmienda, me la envíe, y por lo bueno dé gracias á Nuestro Señor, y se acuerde de mí cuando en el altar estuviere.

CARTA PARA UN MANCEBO,

SOBRE ELECCIÓN DE ESTADO SACERDOTAL

Recibí la carta de vuestra merced, y leí todas las señas que para su conocimiento me da: bien parece que no conoce los corazones, pues piensa que le tengo olvidado: gracias á Nuestro Señor que no lo ha permitido; mas hame hecho merced de darme particular memoria de vuestra religiosa persona, y cuidado entrañable de os aprovechar en lo que pudiese. Vi también la relación de vuestros ejercicios y vuestros combates de ultramar y de esta parte del mar sobre que toméis sacerdocio; y paréceme bien que estéis en ello dudoso temiendo carga tan grande; y mejor me parecería que tan grande y tan santa os pareciese que del todo huyésedes de ella; porque en otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibía nadie sino era para ser Obispo ó tener cura de ánimas, ó alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios; y los demás que eran eclesiásticos quedábanse en ser diáconos ó subdiáconos, ó de los otros grados más bajos, y entonces tenían grados bajos y vida altísima: todo lo cual está ahora al revés, que los que tienen el grado supremo del sacerdocio no tienen vida para buenos lectores ú hostiarios.

Creed, Hermano, que no otro sino el diablo ha puesto á los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que teniéndolos subidos en lo más alto del templo, de allí los derribe; que la enseñanza de Cristo no es ésta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la vanidad, y buscar más santa y segura humildad, aun en lo de fuera, que ponerse en lo alto, adonde más y mayores vientos combaten. ¡Oh, si supiésedes, Hermano, qué tal había de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua, y al llamado de ella venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo, á semejanza de como lo fué nuestro Maestro y Redentor Jesucristo en la cruz.

Hermano, ¡para qué os queréis meter en tan hondo peligro, y obligaros á cuenta tan estrecha para el día postrero, pues por

bajo estado que tengáis, aún parecerá aquel día gran carga, cuanto más si os cargáis de carga que los hombros de los ángeles temblarían de ella! Buscad aquel modo de vivir que más segura tenga vuestra salvación, y no que más honra os dé en los ojos de los hombres: que al fin este consejo os ha de parecer bien algún día á vos y á cuantos lo contrario os dijeren; los cuales, como no saben qué es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos de los del mundo á su hermano, primo, pariente ó amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso, y paréceles que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es, Hermano, este averiguadamente de carne ó malicia: y de aquí vienen muchos á tomar y hacer tomar este sacrosanto oficio por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quiere para servir á Dios.

¡ Oh abusión tan grande de evangelizar y sacrificar por comer y ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quéjase de esto Jesucristo Nuestro Redentor (Joann., VI), porque no le buscan por Él, sino por el vientre de ellos, y castigarles ha como á hombres despreciadores de la Majestad divinal. Cierto mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, ó entrar á un hospital á servir á los enfermos, ó hacerse esclavo de algún sacerdote, y así mantenerse, que con osadía temeraria atreverse á hollar el cielo para pasar á la tierra, estándonos mandado por Nuestro Dios y Señor al contrario.

Veis aquí, Hermano, lo que os aconsejo que hagáis, si queréis agradar á Dios y permanecer en su santo servicio; y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querría más que reverenciásedes de lejos, que no abrazásedes desde cerca, y que quisiésedes más esta dignidad por señora que por esposa: y si algo hubiéredes de hacer, sea tomar grado de Epístola, y después de dos ó tres años de Evangelio: quedaos allí, si no hubiere unas grandes conjeturas del Espíritu Santo, que es Dios servido á levantaros al grado más alto; y estáis muy bien donde estáis sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella. Sabed conocer la dignidad de los enfermos á quien servís, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratáis, y haced cuenta que estáis en escuela de aprender paciencia, y humildad y caridad, y saldréis

más rico que con cuanto el Papa os puede dar. Cristo sea vuestro amor y bienaventuranza. Amén.

CARTA Á UN SACERDOTE,

SOBRE EL AGRADECIMIENTO QUE DEBEMOS Á DIOS

Pues que por la gracia de Jesucristo es vuestra merced sacerdote, asaz tiene en qué entender para dar buena cuenta de oficio tan alto y tremendo, aun para hombros de ángeles: estime mucho este misterio, agradezca esta merced, y esta consideración le sea bastante á recogerle cuando estuviere distraído, y á ponerle espuelas cuando se viere flojo; y así se enseñoree de su corazón esta merced, que por ella se tenga por muy obligado á servir con gran diligencia al Señor, y le ponga gran cuidado para así ejercitar oficio tan soberano que agrade á los ojos del que se lo dió. Sea, pues, la primera regla de su vida ésta, que en recordando de noche del sueño le parezca que oye en sus orejas aquella voz (Matth., XXV): *Ecce sponsus venit, exite obviam ei:* y pues el haber de recibir á un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recibir, ¿cuánto más razón es que del todo nos ocupe el corazón este huésped que aquel día hemos de recibir, siendo tan alto, y tan á nosotros conjunto, que es adorado de ángeles y hermano nuestro? Y con esta consideración rece sus horas, y después póngase de reposo y despacio, á lo menos por hora y media, á más profundamente considerar quién es el que ha de recibir, y espántese de que un gusano hediondo haya de tratar tan familiarmente á su Dios, y dígale: *Señor, ¿quién te ha traído á manos de un tal pecador, y otra vez á vuestro portal y pesebre de Belén?* Acuérdese de San Pedro, que no se halló digno de estar en una navecica con el Señor. El Centurión no le osa meter en su casa; y otras semejantes consideraciones, por las cuales aprenda á temer hora y obra tan terrible, y á reverenciar á tan gran Majestad: piense que esto es un traslado de aquella obra, cuando el Padre Eterno envió á su Hijo al vientre virginal para que salvase el mundo, y de la vida y muerte del Señor; y así viene ahora á aplicarnos la medicina y riquezas que entonces nos ganó en la cruz, y aplicarnos aquella paga.

Acuérdese de este misterio de la pasión y muerte del Señor y agradézcasela. Luego presente delante Su Majestad los peca-

dos que toda su vida ha hecho en general, y particularmente las pasiones y defectos que de presente tiene; y como enfermo que enseña sus llagas al médico, pídale conocimiento y salud para ellas. Luego ofrezca al Eterno Padre este sacrificio, que es su Hijo, por las personas particulares que tiene obligación, y por la Iglesia católica, acordándose de cómo se ofreció el Señor en la cruz por todo el mundo, y pídale una poquita de aquella encendida caridad para que el ministro sea conforme con el Señor: luego suplique á Nuestra Señora, por el gozo que hubo en la Encarnación, que le alcance gracia para bien recibir y tratar al Señor que Ella recibió en sus entrañas, y diga la oración: *Deus, qui de Beatae Mariae Virginis utero,* acordándose de la Encarnación; y pida gracia al mismo Señor para lo mismo, diciendo: *Deus, qui corda fidelium;* y lea algo que hable de este Santísimo Sacramento, así como *Contemptus mundi,* en el cuarto libro, ú otros si hallare: mas si con la oración estuviere muy recogido y devoto, no cure de leer. La Misa se dirá el lunes por las ánimas del purgatorio: martes y miércoles por quien quisiere ó fuere encargo: jueves, viernes, sábado y domingo por la reformación de las costumbres de la Iglesia. Acabada la Misa, recójase media hora ó una hora, y dé gracias al Señor por tan gran merced de haber querido venir á establo tan indigno. Pídale perdón del ruin aparejo, y suplíquele le haga mercedes, pues suele dar gracia por gracia. Es buen ejercicio acordarse de algún paso del Evangelio donde el Señor hizo algún beneficio, así como cuando sanó al leproso y libró á los discípulos de la tempestad del mar, comenzando un Evangelista desde el principio, y rumiar cada día después en un paso, y suplicar al Señor que está dentro de nos que haga la misma merced en nuestras ánimas, pues hay la misma necesidad.

Desde aquel tiempo hasta comer puede leer algo y rezar las horas que faltan: después de comer y dormir rezará sus horas, y luego leerá un poquito brevemente, y tendrá una poca de oración, acordándose de cómo el Señor ha sido aquel día su huésped; y después haga algún ejercicio corporal, sin que se canse, porque no ahogue el espíritu de la devoción, ó en algún huertecico, ó escribiendo algo, ó cosa semejante, hasta hora de Vísperas, y entonces dígalas, y después lea un rato; y si hubiere algún enfermo que visitar, ó si fuere menester irse

al campo, ó visitar alguno para provecho del ánima, entonces se haga. Á la noche ha de haber otro espacio de hora y media como el que se dijo, en que se entienda en rezar Completas y leer un poquito, especialmente si estuviere indevoto, y luego pensar en la hora de la muerte y en el juicio de Dios, y haciendo cuenta que estamos delante de Él, y que el cuerpo está echado en la sepultura, acusarnos general y particularmente de lo pasado lo uno, y de lo presente lo otro. Mirar lo que el Señor con nos ha hecho, y cuán mal se lo hemos servido, y examinarnos allí con verdadero examen, á intento de conocer cuán defectuosos somos, y conocer las raíces de nuestras pasiones muy de verdad, que sin este conocimiento no es cierto el edificio. Y aunque de esta consideración no se saque tanta devoción como de otras, no por eso es de menos valor, porque no por desabrido es peor : puede el hombre pensar que es esclavo, y obligado á servir con diligencia á su señor, conforme á los de los talentos, y como quien entra en capítulo, y examinarse bien como quien está en el artículo de la muerte, según se ha dicho.

¡Qué grande mal es no pensar primero lo que cierto ha de pasar por nos! (Eccl., XVIII.) *Ante judicium interroga te ipsum, ait Sapiens.* También es buen pensamiento pensar en la muerte propia y de todos, mirar todas las cosas como acabadas ya, y los hombres como montes de tierra y huesos, y considerar que sólo Dios es el que ha de ser nuestro arrimo, y tener en poco todo lo visible. Los libros en que ha de leer por ahora son éstos: la *Glosa ordinaria,* el *Nuevo Testamento,* y esto después de Vísperas: y en los otros ratos que he dicho de leer han de ser: *Contemptus mundi, Casiano y á San Juan Clímaco, Morales de San Gregorio;* y este leer no hasta cansar, sino para levantar el corazón: Meditaciones *Agustini et Bernardi.* El pensar ha de ser sin cansarse la cabeza; y en sintiendo que se cansa, sosegarse; y si puede estar de rodillas toda la hora y media, es mejor; y si no, esté hasta que se canse: y si puede estar dos horas en el dicho ejercicio, es mejor. Bueno es descansar el pensamiento con una sencilla atención á Dios, especialmente después que hubiere pensado el dicho rato; porque alguna vez suele el Señor darnos entonces más que cuando hemos toda la noche trabajado nosotros con nuestro pensamiento. Jueves y viernes es bien dormir en alguna tabla por acompañar al Señor,

que padeció en aquellos días. Propia voluntad nunca en sí la consienta en poco ni en mucho; y sea Jesucristo crucificado su espejo y dechado, con el cual trabaje por se conformar.

CARTA Á UN SACERDOTE ENFERMO,

SOBRE LA PAZ Y FORTALEZA DEL CRISTIANO

Alguna razón teníamos para desatinar en los acaecimientos que suceden, si no mirásemos aquel tan verdadero tino, Dios, que ninguna cosa hace ni hacer puede que muy bien hecha no vaya; y quien tras este tino atina, nunca desatina; porque el crédito, que Dios sabe lo que hace, y que lo hace por nuestro bien, lo conserva en paz, sin sentir aquellos grandes alborotos y desasosiegos que los que á su propio parecer miran y sienten, los cuales quieren medir la altura del cielo con pequeña vara, y la anchura de él con chico palmo, cuando piensan escudriñar los altos y ocultos juicios de Dios que sobre nosotros hace: y esto por su flaca y poco sabia razón, que para las cosas de Dios es como ojos de lechuza para los claros rayos del sol: de manera que la paz en el creer está, no en el escudriñar; en el obedecer con simpleza lo que Dios envía, no en pensar que otra cosa fuera mejor; en ser regido, no en regir; en seguir los ojos cerrados tras esta luz divina, que errar no puede, no en tenerlos abiertos á escudriñar lo que alcanzar no podemos, y lo que nos hace verdaderamente ciegos, consistiendo nuestra luz en seguir la divina. Esta es la carrera que San Pablo desea que todos tengamos cuando dice (Rom., XV): *Deus autem spei repleat vos omni gaudio, et pace in credendo: ut abundetis in spe, et virtute Spiritu Sancti.* Dice Dios de esperanza porque había dicho antes: *Erit radix Jesse, quae exurget regere gentes, in ipsum gentes sperabunt;* y pues para esto vino al mundo, para que muriendo por nosotros nos enseñase su amor, razón es que se llame Dios de esperanza, pues también se llama Dios de amor y el mismo amor: *Quia Deus charitas est;* y no hay cosa que más nos levante á esperar que el ser amados de Dios; y no hay señal tan clara de este amor, cuanto es de su parte, como el haber dado por nosotros su vida.

Pues este Dios de esperanza,—dice San Pablo,—*os hincha de paz y gozo*, no en escudriñar lo que hace, mas en creer con simplicidad que Él es la verdadera sabiduría de los que en este

destierro vivimos: y los que de esta manera le creen y aman abundan en esperanza y fortaleza de Espíritu Santo; porque mientras uno menos discierne, y más se fía y ama, más esperanza le crece, porque cree que mientras más á ciegas se arroja en Dios, tanto más seguro está; porque, como San Agustín dice: *No es Dios tal que arrojándonos en Él, hurte el cuerpo y nos deje caer;* que los que caen es porque no se osan arrojar en Dios, queriendo más vivir en su voluntad y parecer, que les parece luz y razón, que en el de Dios; y de esta esperanza amorosa que del echarse en Dios nace, procede la fortaleza; porque no hay cosa más flaca que quien tantea su vida por su parecer, ni más fuerte que quien no cuidando del suyo, se somete al de Dios. El uno á cada paso se queja: el otro nunca. El uno á cada paso ve que temer y que le descontente, porque lleva sus ojos abiertos mirando acá y acullá: el otro, como no tiene ojos, no se espanta, mas muele muy buena harina andando alrededor de su centro Dios, cuyo saber y bondad cree ser tanta, que basta saber y querer regir á los suyos.

Todo esto he dicho, carísimo Padre, por acordaros que no os turbe vuestro seso la enfermedad que el Señor os ha enviado para su gloria y prueba de vuestra obediencia, la cual agrada más á su divina Majestad que las víctimas y sacrificios, según fué dicho al desobediente Rey Saúl. No tanteéis lo que hiciéredes estando sano; mas cuánto agradaréis al Señor con contentaros con estar enfermo: y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien? Mirad que la enfermedad en el cuerpo es: guardad mucho no pase al ánima, pues para salud del hombre de dentro aflige Dios al de fuera; y entonces no pasa cuando el ánima no se descontenta de lo que el cuerpo padece, antes se ofrece á la voluntad de Dios sacando salud de la enfermedad. Creedme, Padre, que así cría Dios á sus hijos, quitándoles al mejor tiempo el sabor de la boca, para que aprendan en todo y por todo ser desnudos de sí, y estar prontos á volverse acá y acullá á la voluntad de Él: y aunque duele este despegar de nos nuestras afecciones, no mira nuestro piadoso Padre á lo que nos es más sabroso, mas á lo que nos es provechoso; y así saca Él á sus hijos de entre pañales, como dicen, porque hasta que esté uno todo desnudo de sí y vestido del querer de Dios, muy niño es; y

como niño se enoja y se huelga, llora, ríe y teme, y espera á cada paso; la cual edad es penosa cosa para vivir muchos días en ella; y aun peligrosa, porque es maldito el niño de cien años: por lo cual, aunque el Santo Isaac (cap. LXV) fuese hijo de prometimiento divino, y su mismo nombre quiere decir *gozo ó risa*, no empero leemos que su padre Abraham hiciese fiesta de alegría cuando le nació la alegría; mas cuando entristeció á su alegría, que fué cuando destetaron á su hijo, que suele ser un paso bien triste para los niños. Mas por allí conviene pasar á los que en Cristo nacen, para que probándolos Dios con una cosa y otra, dándoles acibar, que son cosas contra la voluntad de ellos, los hace varones que coman, no leche de consuelos ni cumplimientos de su voluntad, mas pan duro de perfecta obediencia.

CARTA Á UN SACERDOTE,

SOBRE LA ORACIÓN

Esfuerce Cristo á vuestra merced para que no falte al servicio de Él, pues todo nuestro bien en serle leales está: trabajo es mirar uno por sí solo, y más que doblado por sí y por otros; y pocos hay que sepan cumplir con estas dos partes, que no defrauden á alguno según cada uno se aficiona más ó menos: parece tan dura cosa á quien se mira entender en lo que al prójimo toca, que del todo se le quita la gana viendo sus necesidades presentes, á las cuales le parece ser más y primero obligado; y hay otros que viendo algún provecho que hacen en los otros, se olvidan de sí, y éstos corren mayor peligro. Lo que yo de vuestra merced deseo es, que así como nuestro soberano Maestro la noche de su Pasión se levantaba de orar, é iba á vistar sus discípulos, y de ellos tornaba á la oración, mezclando la una vida con la otra, así vuestra merced lo haga, no descuidándose de lo uno por lo otro; y bien veo cuán pesada es esa carga que acuestas tiene, y cuán templado y armado conviene andar para que á ellos aproveche, y á sí no se dañe; mas la dificultad de la obra no ha de ponernos desesperación, mas mayor cuidado y vigilancia, como para cosa que más lo ha menester.

Grande es la flaqueza que en nuestros días se usa, donde apenas hay hombre de los que dicen que sirven á Dios, que pon-

ga hombros á cosas dificultosas: todo lo queremos á nuestro sabor, y que lo que decimos sea luego tomado; y siendo nosotros en muchas cosas flaquísimos, espantándonos mucho de flaquezas ajenas, blandos en las nuestras, airados en las ajenas, habiendo de ser al contrario: la paciencia en las ajenas y el celo ferviente contra nosotros, sudores de muerte se han de pasar algunas veces en los negocios de Dios; y su siervo ha de estar como insensible sufriendo y llamando al Señor. Longánimo y magnánimo le conviene ser al que en Dios espera y contra el demonio pelea; porque los otros, ó se tornan del camino, ó andan tan flojos y con tantas caídas, que es como si no anduviesen. Pase vuestra merced con su cruz, é invoque al Crucificado, que por las ánimas murió; y crea que no las tiene olvidadas por mucho que las deje padecer; mas quiere Él que nos cuesten algo á nosotros, por hacernos merced de tomarnos por ayudadores en obra tan alta, y galardonarnos como el Padre hizo á Él. Suya es la obra; ministros suyos somos nosotros, y quiere experimentar nuestra fe, caridad y paciencia con que no veamos luego el provecho que deseamos, y así hacernos merced, no poca, aun cuando parece que no nos oye.

Lo que vuestra merced debe á esa gente desconsolada decir, es *que tomen los diez Mandamientos de Dios y los cinco de la Iglesia, y los guarden, y con éstos se salvarán;* y si más quisieren hacer, sea en buen hora, con que no piensen que si les sucede faltar, que por eso están perdidas, que casi todo el mal les viene de ser deseosas de devoción y sentimientos, y en esto piensan que está su salvación; y si tanto hincapié hiciesen en la guarda de los Mandamientos de Dios como en esotras cosas, mejor les iría, porque saldrían con ello y tendrían paz. Déselos vuestra merced por escrito, y dígales que piensen en aquello, é irles ha bien. Y si orar quieren, háganlo con condición que piensen que van á obedecer á Dios, que manda orar, aunque no saquen consuelo ninguno. Lean y recen sus oraciones vocales, pensando en aquello que rezan ó en aquello á que rezan, y tengan ojo á la guarda de los Mandamientos, y aprendan á tener en merced á Dios, que les dé gracia para los cumplir; y si alguna vez resbalaren, vayan al remedio del corazón contrito y humillado, y crean que la sangre de Jesucristo limpia nuestros pecados; y confesando, estén sosegadas: no quieran llevar esto por fuerza, pues la santidad es dádiva de Dios:

hagan como muchas personas buenas, que se contentan con guardar la ley del Señor con una sana voluntad, sin suspirar devociones: cuando el Señor otra cosa quiera, Él despertará. Vuestra merced me encomiende á Dios, que yo así lo hago por vuestra merced.

CARTA Á UN SACERDOTE,

SOBRE EL AGRADECIMIENTO Á LOS FAVORES DE DIOS

Si las flores de los buenos principios que Dios en el ánima de vuestra merced ha producido por su misericordia, le consuelan y dan contentamiento, como por su carta dice, ¿qué sería si vuestra merced se atreviese á andar un poco más ligero por el camino de Dios, para que su misericordia tuviese ocasión de, como ha producido flores, producir frutos? Creo encontraría vuestra merced con tales cosas, que dejaría el cántaro, como la Samaritana, por mejor gozar del agua viva que Cristo da, de la cual quien bebe, nunca más ha sed, porque se hace en el vientre una fuente de agua viva que da saltos hasta la vida eterna: entonces, señor, se quitarían de gana los deseos de las prosperidades de esta vida, y antes serían aborrecidas que amadas, como cosa que estorba el gusto de las cosas divinales, y cuyos cuidados ahogan la palabra de Dios.

Gran verdad dijo aquel santo Pontífice que hablaba lo que sentía: *Gustata carne desipit spiritus, ita gustato spiritu desipit omnis caro;* y en otra parte: *Non habet in terra quod amet, qui donum Dei in veritate gustavit.* Entonces vienen al hombre juntamente gozo y dolor; porque aquel nuevo vino que Dios le da á beber, le embriaga con su dulcedumbre, y le hace despreciar todo lo visible; y considerando cuánto tiempo ha carecido de él y bebido de los ríos de Babilonia y vanidad de este mundo, no puede dejar de decir y llorar con San Agustín: *Sero te cognovi pulchritudo tam antiqua: sero te cognovit pulchritudo tam nova: vae caecitati illi, quando non te cognoscebam: vae tempori illi, quando non te amabam;* y aunque él lloraba porque no había conocido á Dios por fe, andando envuelto en errores; mas si nosotros nos contentamos con conocer á Dios por fe, y no lo conocemos por la noticia experimental que del amor nace, y según las conjeturas humanas

se puede tener, también tendremos por qué llorar como él, y decir : *¡Ay del tiempo cuando no te amaba!*

Este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal que Dios entra en el ánima; porque con la luz se ven las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana. Job era gran siervo de Dios, aun cuando estaba en su prosperidad, y creció tanto en el ánima con la tribulación corporal, que dijo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te, idcirco ago poenitentiam in favila et cinere* (Job, XLII). Muy gran diferencia va, señor, cuando Dios nos da lumbre del cielo para conocer (aunque á nuestro modo) quién es el bien sumo al cual hemos ofendido ó no servido como debíamos, á cuando lo miramos con la pequeña candelilla de nuestra propia lumbre; porque cuanto excede el cielo á la tierra, tanto va de la inspiración del Espíritu Santo, que nos alumbra y ayuda á hacer penitencia, á la que es de nuestra cosecha. Y si vuestra merced quiere saber qué cosa es andar la mano de Dios por el ánima; si quiere beber en la tierra una gotilla del vino del río del deleite de Dios; si quiere llegarse á ver la visión de cómo Dios está en la zarza, y no se quema la zarza aunque arda, no aguce tanto el ingenio para inquirir, cuanto el afecto para lo purificar. Más valen para esto amargos gemidos salidos del corazón, que sutiles razones ni libros. Arrójese á los pies del Señor crucificado como hombre culpado, ignorante, y que no ha sabido darle contentamiento, aunque ha gozado de muchos bienes que la divina liberalidad le ha dado. Ensalce cuanto pudiere la divina bondad, y cuente uno por uno los beneficios que le ha hecho en cuerpo y ánima desde que le crió; y cuente entre ellos, que no siendo él digno de servirle de mozo de cocina, le dió en su casa tan honrado lugar de sacerdote suyo.

Mire bien cómo ha respondido á estas y otras mercedes, y conjure á la divina Misericordia que por aquellas entrañas con que le ha hecho tantas mercedes, por las mismas dé el conocimiento y agradecimiento de ellas y el servicio correspondiente á ellas. Quéjese vuestra merced mucho de su propia ingratitud; condene su tibieza en que ha vivido; arda en su corazón el celo de la honra de Dios, y vénguese de sí mismo por haber preciado poco al que le preció tanto, que se puso en una cruz por él: y si estas cosas no le movieren el corazón, téngase no por hom-

bre de carne, sino por corazón de piedra, y confúndase mucho, y gima á Cristo, porque teniendo Él su corazón sacratísimo y limpísimo abierto con lanza, y manó de él sangre y agua en remisión de nuestros pecados, no se hiera y abra nuestro corazón con la lanza de su amor y salga de nuestro corazón la podre y hedor de nuestras malas y vanas afecciones que en él están encerradas. ¡Oh, infelice de aquel que no es herido con la lanza, clavos y espinas del Señor, y se queda malsano y sobresano, y tiene lo de dentro podrido, según dijo el Señor al otro Obispo (Apoc., III): *Nomen habes quod vivas, et mortuus es!*

Despertemos, señor, despertemos antes que nos tome la muerte durmiendo, y metamos la mano en lo más íntimo de nuestro corazón, y escudriñémoslo con candelas, porque el juicio de Dios desde allí ha de comenzar como de lugar de su morada: *Incipite a sanctuario meo,* dijo Él á Ezequiel (cap. IX) Miremos adonde mira nuestro corazón, y si no mira al norte, que es Dios, gimamos y temamos y pidamos (Psalm. CXVIII): *Averte oculos meos ne videant vanitatem.* Porque ¿qué cosa es todo lo que está debajo del sol, sino vanidad? ¿Y qué son los que estas cosas aman, sino vanos como las cosas que aman? (Isa., LIX): *Et telas araneae texuerunt, quae non proderunt eis in vestimentum, nec operientur operibus suis.* El corazón, señor, á Dios: *Oculi mei semper ad Dominum* (Psalm. XXIV). Deje á los vanos seguir sus vanidades, que ellos y ellas perecerán: pásese á la región de la verdad, que ha de durar para siempre, y acuérdese que cuando el Juez soberano se sentare en su silla y juzgare según la verdad, aprobará por mejor el lloro que la risa, y la penitencia más que el regalo, y las temporales necesidades con paciencia llevadas, que las consolaciones que tienen los ricos, á los cuales dijo (Luc., VI): *Vae vobis;* y entonces se holgará uno de no haber tenido muchos á su cargo de quien le sea pedida cuenta, porque verá que tiene harto que hacer en darla de sí: y, en fin, parecerá más cuerdo quien emplea su vida y cuidado en purificar su ánima y ser amador de Dios, que el que se descuidó de esto y puso su mayor cuidado en otras cosas que se le antojaron.

Y pues Nuestro Señor ha comenzado á abrir los ojos á vuestra merced, tiene por qué gozarse por la nueva merced; mas tiene por qué temer si no la sabe conocer y acrecentar. Pase adelante, señor, pase adelante, y sabrá qué es aquello que está

escrito (Prov., IV): *Ducam te per semitas aequitatis: quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui, et currens non habebis offendiculum;* y si quisiere correr por los hermosos caminos de Dios, no vaya muy cargado de tierra, que cuanto más dejare por Dios, tanto Él más le dará de su gracia; y cuanta más gracia, más correrá; y mientras más corriere, más gana le dará de dejar más por poder más correr; porque si el que halla el tesoro escondido en el campo vende cuanto tiene por lo comprar, ¿qué hará quien encuentra con el dulcísimo maná abscondido de la dulcedumbre de Dios, sino por comer de él con entrambos paladares ayunar de todo lo demás de la tierra, y decir con sus entrañas (Apoc., II; Psalm. LXXII): *Quid mihi est in coelo? Et a te quid volui super terram? Defecit caro mea, et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum?* ¡Oh parte rica! ¡oh parte que es todo, al cual, comparado todo, es como grano de mijo á la grandeza del cielo! ¿Y quién es aquel que contigo no se contenta, y que nō desea estar desnudo para que Tú seas su vestidura? ¿Pobre para que Tú seas su riqueza? Y si hicieren burla de él porque vendió cuanto tenía por comprar aquel campo, él llorará de compasión de los otros, y se gozará de haber hecho tal trueco, que dejó muchas cargas para mejor seguir á Dios, y compró una perla, que sola ella vale más que lo que dejó y que todo el mundo.

Añada vuestra merced alguna poca de más penitencia á la que hacía, ore más, limosnas más, cuidado sobre su corazón, obras y lengua, y de ésta se guarde como del demonio, y téngala atada como á bestia fiera dañosa, y no la suelte á hablar sino con grande acuerdo; y encomendándose á Dios, agradezca lo que le ha Nuestro Señor dado, para que se haga capaz de más. Sea el altar su deseo, su gozo y descanso, como el nido para el pájaro; y el Señor, que es fiel, acabará lo comenzado, y le dará aumento de gracia; y cada día le sea más agradable, y su vida más meritoria, y á los prójimos más provechosa, y pare en ganar aquella vida, que sola es vida, y digna de perder mil vidas por la ganar. El Señor Jesús, que con su muerte nos la ganó, dé á vuestra merced fuerzas para que, holladas todas las cosas, á Él sólo ame, y todos por Él; y por su amor le pido se acuerde de este su servidor en sus oraciones y santos sacrificios, que yo, según mi flaqueza, lo mismo hago por vues-

tra merced algún día : estoy ahora para predicar : gracias á Dios.

CARTA PARA UN DISCÍPULO SUYO,

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, ESTANDO CERCANO Á LA MUERTE, SOBRE LA CONFIANZA EN JESUCRISTO

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre. Aunque acá se dice que está vuestra merced de camino para la tierra de los vivos, que puedo pensar que cuando ésta se escribe por ventura vuestra merced estará gozando ya de los dulces abrazos del todo dulce Jesús, todavía me pareció escribir á vuestra merced dándole la enhorabuena de su promoción á la prebenda de la celestial Jerusalén, donde sin cesar es Dios alabado y visto faz á faz. Vaya enhorabuena, carísimo Padre, vaya enhorabuena á ver todo el bien, y poseerlo eternalmente. Vaya enhorabuena al seno del celestial Padre, donde Él recibe á sus corderos con gloria, á los cuales aquí apacentó con su gracia y corrigió con su disciplina. Ahora, Padre mío, verá la merced que Dios le hizo en llamarlo para la vida religiosa y darle gracia para que, despreciando el mundo, le siguiese á Él por el camino de la cruz, pues el pago de ello será darle el cielo por la Religión, y gloria por la cruz que por su amor ha llevado.

Bendito sea Nuestro Señor Jesucristo, que tiene bondad para dar gloria á los gusanos de la tierra, levantando *de pulvere egenum, ut sedeat cum principibus populi tui* (I Reg., II). Bienaventurada la hora de la muerte corporal, pues por ella se sube á tener silla con los Príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios. ¡Oh día, fin de los trabajos y de los pecados, y en el cual el hombre sube á comenzar á servir al Señor de verdad; y no como acá, donde se desconsuela el hombre por los servicios tan imperfectos que le hace; porque acá anda el hombre cosqueando y hambreando con deseo de agradar á Dios y de servirle con todo su corazón; mas en el cielo cúmplese este deseo tan cumplido, que todo el hombre es empleado en el servicio y alabanza de Dios, sin que alguno se entremeta á lo impedir! Bendito sea Dios, que tan presto quiso coger á vuestra merced para su granero, porque la malicia no mudase su entendimiento, y para enseñarle las riquezas de su bondad, que por tan pocos años de servicio da galardón eterno.

Este es Dios, señor, este es Dios: este es el fruto de su Pasión, este es el valor de su gracia: esta es nuestra buena dicha, caer en manos de tal Señor, conocerle y amarle, aunque con muchas faltas; mas éstas límpialas Él con su sangre, haciéndonos participantes de sus Sacramentos, y el amor paternal que nos tiene le hace ser fácil en perdonar nuestras culpas, y muy copioso en galardonar nuestros servicios; y por medio del mar Bermejo nos lleva á la tierra prometida, apartando de nosotros nuestros pecados cuanto dista el Oriente del Occidente, y ahogándolos en su sangre. De manera que aunque los veamos, será verlos muertos, y que nos den materia de alabar al Señor: *Qui equum et ascensorem in mare proiecit* (Exodo, XV).

Vaya, señor, con la bendición de Dios Nuestro Señor á gozar de las riquezas de su buen Padre, que la lanza en la mano, y derramando su propia sangre, le ganó, que nunca deja de acudir á los que en Él ponen su esperanza y amor. Falta nos hará, soledad nos causará; mas pues Dios se la dió á vuestra merced esta buena suerte, tengámosla los que le amamos por nuestra. Y los que acá gemimos gocémonos con vuestra merced como los hermanos de Rebeca, que se va á desposar con Isaac, que es el gozo, y le decimos (Genes., XXIV): *Frater noster es, crescas in millia millium, et semen tuum possideas, portas inimicorum tuorum.*

No digo á vuestra merced cómo se ha de aderezar para esta fiesta, que allá tendrá quien le diga y le ayude á pasar de las manos de los hombres á las de Dios; y el Señor que vino al mundo por él, y subió á la cruz por él, ése sea en socorro de vuestra merced; porque (Psalm. XXII): *Etsi ambules in medio umbrae mortis, non timeas mala.* Llámele vuestra merced, que aunque esté *in ventre ceti*, oye á los suyos: llame á su Madre bendita, que también es nuestra: llame á los santos, que son nuestros padres y hermanos, que con tales favores no tema perder el celestial reino; y si el Señor quisiere que pase por purgatorio, sea su nombre bendito, que con esperanza de verlo, todo se pasará de buena gana. Cristo, que por vuestra merced murió, le acompañe á su muerte, y le reciba en sus brazos salido de esta vida. Dígale vuestra merced lo que Él dijo á su Padre (Luc., XXIII): *In manus tuas, Pater, commendo spiritum meum;* y espero de su misericordia que será

de Él recibido como hijo, y tratado como tal heredero de Dios, y juntamente ser heredero de Cristo.

CARTA Á UN RELIGIOSO,

ANIMÁNDOLE AL PERFECTO AMOR DE DIOS

Muy Rdo. Padre: *Pax Christi.* Pues que Nuestro Señor Jesucristo no es servido que yo esté por ahora donde gozase de la comunicación de vuestra merced y de esos señores colegiales como deseo, sea su nombre bendito, y súfrolo en paciencia; en lo cual creo que no hago poca penitencia, porque difícil cosa es de sufrir estar apartado de quien el hombre ama; y de verdad nunca tanto deseé la corrección de Vuestra Reverencia como ahora, porque creo que fuera para mucho servicio de Nuestro Señor; mas pues al que le aman todas sus cosas le parecen bien, hablaré un poquito por ausencia, hasta que Dios dé la presencia. Deseo mucho, señor mío, que buscásemos á Dios nuestro bien; y esto no como quiera, mas como quien busca un deseado tesoro, por amor del cual vende todo lo que tiene, creyendo quedar rico con tener una sola cosa, en lugar de muchas que poseía.

¡Oh Dios y Señor, y descanso de lo de dentro de nuestro corazón! ¿Y cuándo comenzaremos, no digo á amarte, mas siquiera á desearte amar? ¿Cuándo tendremos un deseo de Ti, digno de Ti? ¿Cuándo nos ha de mover ya la verdad, más que la vanidad; la hermosura, que lo feo; el descanso, que el desasosiego; el Criador tan lleno y suficientísimo, que la criatura pobre y vacía? ¡Oh Señor, y quién abrirá nuestros ojos para conocer que fuera de Ti no hay cosa que harte ni que permanezca! ¿Quién nos descubrirá algo de Ti, para que enamorados de Ti vayamos, corramos, volemos y nos estemos siempre contigo? ¡Ay de nosotros, que estamos lejos de Dios, y tan poca pena tenemos de ello, que ni aun lo sentimos! ¿Adónde están los entrañables suspiros de ánimas, que una vez han gustado á Dios, y después se les aparta algún tanto? ¿Adónde lo que decía David (Psalm. CXXXI): *Si diere sueño á mis ojos, y descanso á mis párpados, hasta que halle casa para el Señor?* Y esta casa somos nosotros cuando no nos perdemos repartiéndonos en cosas diversas; mas nos recogemos en unidad de deseo y amor, y entonces nos hallamos y somos casas de Dios. Creo que

es la causa de nuestra tibieza lo que uno decía, que quien á Dios no ha gustado, ni sabe qué cosa es haber hambre, ni tampoco hartura. Y así nosotros ni tenemos hambre de Él, ni hartura en las criaturas; mas estamos helados, ni acá ni allá, llenos de pereza y desmayados, y sin sabor en las cosas de Dios, y propios para causar vómito al que quiere sirvientes no tibios; mas encendidos en fuego, el cual Él vino á traer á la tierra, y no quiere sino que arda, y porque ardiese ardió Él mismo, y fué quemado en la cruz, como la vaca rufa lo era fuera de los reales, para que tomando nosotros de aquella leña de la cruz, encendiésemos fuego y nos calentásemos, y respondiésemos á tan grande amador con algún amor, mirando cuán justa cosa es que seamos heridos con la dulce llaga del amor, pues vemos á Él, no sólo herido, mas muerto de amor.

Justo es que nos prenda el amor de quien preso por nosotros fué entregado en manos tan crudas. Entremos en la cárcel de su amor, pues Él entró en la del nuestro, y por eso fué hecho como manso cordero delante de los que le maltrataban. Y esta cárcel le hizo estar quedo en la cruz; porque muy mayores y más recias fueron las cuerdas y prisiones de nuestro amor, que los clavos y sogas que le apretaron aquéllos al cuerpo, y el amor al corazón. Y, por tanto, átese nuestro corazón con su amor, atadura de salud, y no queramos tal libertad que estemos fuera de su cárcel; porque así como está mal sano el que de su amor no está herido, así es mal libre quien de su cárcel no está preso.

No le resistamos ya más; dejémonos vencer de sus armas, que son sus beneficios, con los cuales quiere matarnos, para que vivamos con Él; quiere quemarnos, para que consumido este hombre viejo, conforme á Adán, nazca el hombre nuevo por el amor, conforme á Cristo. Quiere derretir nuestra dureza, para que así como en metal líquido con el calor se imprime bien la forma que quisiere el artífice, así nosotros, tiernos por el amor, que hace derretirse en oyendo hablar al amado, estemos muy aparejados y sin resistencia, para que Cristo imprima en nosotros la imagen que Él quiere, y la que quiere es la del mismo Cristo, que es la del amor; porque Cristo es el mismo amor, y Él nos mandó que nos amásemos como Él nos amó. Y San Pablo nos dice (Galat., II) que andemos en el amor como Cristo nos amó y se entregó por nosotros; de manera que si

no amamos, desemejables estamos á Él, tenemos ajeno rostro, no le parecemos, somos pobres, desnudos, ciegos, sordos y mudos y muertos, porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y Él es el que es cura espiritual de nuestra ánima, sin el cual está ella tal, cual está el cuerpo sin ella. Amemos, pues, señor mío, y viviremos; amemos, y seremos semejables á Dios, y heriremos á Dios, que con sólo amor es herido; amemos, y será nuestro Dios, porque sólo el amor le posee; amemos, y serán nuestras todas las cosas, pues que todas nos servirán, según está escrito: los que aman á Dios en todas las cosas tienen buen fin (Rom., VIII). Si este amor nos place, pongamos la segur de la diligencia á la raíz de nuestro amor propio, y hagamos caer á este nuestro enemigo en tierra.

¿Qué tenemos de nosotros? Pongámonos en Dios, no hagamos caso de nos, mas de Dios; no nos duelan nuestras pérdidas, mas las de Dios, que son las ánimas que de Él se apartan. Y porque es dificultoso dejarnos de amar, echemos lágrimas con que sea fácil de cavar esta tierra. Gimamos á Dios de lo profundo de nuestro corazón, que nuestras lágrimas hieren á Dios, aunque ellas son tiernas, y Él es omnipotente. Pensemos buenos pensamientos, porque, como dice David (Psalm. XXXVIII), *es una fragua de fuego mi pensamiento*. Sobre todo, metámonos, y no para luego salir, mas para morar en las llagas de Cristo, y principalmente en su costado, que allí en su corazón partido nos cabrá el nuestro, y se calentará con la grandeza del amor suyo; porque ¿quién estando en el fuego no se calentará siquiera un poquito? ¡Oh si allí morásemos, y qué bien nos iría! ¿Qué es la causa por que tan presto nos salimos de allí? ¿Por qué no tomamos estas cinco moradas en el alto monte de la cruz, adonde Cristo se transfiguró, no en hermosura, mas en fealdad, en bajeza, en deshonra, las cuales moradas nos son otorgadas, y somos rogados con ellas, siendo negadas á Pedro las tres que pedía? Y si algún poquillo de fuego en nos se enciende, guardémoslo bien, no nos lo apague el viento, pues que es poco : cubrámoslo con ceniza de humildad, y callar y esconder, y hallarlo hemos vivo, y echemos cada día leña, como Dios mandaba que el sacerdote hiciese (Levit., VI), la cual es hacer buenas obras, huyendo de perder tiempo, y sobre todo alleguémonos al fuego que enciende y abrasa, que es Jesucristo Nuestro Señor, en el Sacramento Santísimo.

Abramos la boca del ánima, que es el deseo, y vamos sedientos á la fuente del agua viva, que, sin duda, poniendo la miel en la boca algo gustaremos, y el fuego en el seno calentarnos ha. Y después y antes del comulgar tengamos algún aparejo, y los mejores son la fe cierta que vamos á Jesucristo Nuestro Señor, y el pensamiento y amor de su Pasión, pues en su memoria se hace: y así recreados aparejémonos para comulgar otra vez; porque quien entonces se apareja solamente á ella, muy pocas veces se hallará aparejado. Corramos, pues, tras Dios, que se nos irá; clavado está en la cruz; allí le hallaremos muy cierto; metámosle en nuestro corazón, y cerremos las puertas de él, porque no se nos vaya; muramos á las cosas visibles, pues las hemos por fuerza de dejar. Renovémonos con novedad de espíritu, pues tanto tiempo hemos vivido en vejez. Crezcamos en conocimiento y amor de Cristo, que es sumo bien. Y todo esto se alcanza con humilde oración y con perseverante cuidado; mas si se recibe en el ánima, ¿qué se hace del ánima? Más es ser movida y dispuesta, que obrar ella de sí. Y, por tanto, quitemos los impedimentos nosotros, y soseguemos nuestro corazón dentro de nos; esperemos allí á Cristo, el cual entra las puertas cerradas á visitar y alegrar sus discípulos, y sin duda será con nosotros, porque de Él dice David (Psalm. IX): *Oyó el Señor el deseo de los pobres, y el aparejo de su corazón oyó su oído.* Y pues Cristo principalmente ha de obrar esto en nosotros, no hay por qué desconfiemos; mas fuertes en la fe de tal guiador, comencemos con fervor esta carrera, que lleva hasta alcanzar á Dios. Y si luego no pudiéremos sujetar nuestro corazón como queremos, sufrámosle en paciencia hasta que Dios se levante y caigan todos nuestros enemigos, hasta que despierte y mande á la mar que esté queda; mas quiere que tengamos nosotros confianza en Él, aun entre las grandes tentaciones, aunque ya se quiera la navecilla hundir.

Por tanto, no titubeemos, no desmayemos, no penemos á otros por el enojo que nos causa esta guerra continua de habernos de vencer. Algún día vendrá que ponga Dios nuestros fines en paz, y durmamos sin que haya quien nos despierte: é ya que no alcancemos esta tal paz luego, más vale que andemos sudando y peleando por desarraigar nuestras pasiones, que estar en sosiego por no querer seguir la perfección, y contentarnos con vida de tibios. Sin duda, es muy grande parte de

la perfección el trabajar de verdad por alcanzarla. Desconfiemos, pues, de nos, y confiemos en Dios, y comencemos en virtud del Omnipotente, y nuestro principio sea humildad figurada en la ceniza, y nuestro fin sea el amor figurado en la Resurrección, y así tendremos buena Cuaresma y buena Pascua. Á todos esos señores beso las manos, y me encomiendo en sus oraciones, y que les suplico que amen mucho á Dios y al prójimo, para que en el día del examen sepan bien responder, y les den el grado de laureados, y sean recibidos en el colegio de los ángeles y de los santos, adonde para siempre aprendan del libro de la vida, que es Dios, el cual estará abierto delante de nuestros ojos para que le conozcamos y amemos y para siempre poseamos. Jesús sea con vuestra merced.

CARTA Á UN SEÑOR

QUE HABÍA ENTRADO EN RELIGIÓN, SOBRE EL AGRADECIMIENTO DE ESTE BENEFICIO

Sabida la mudanza de vuestra merced y las causas de ella, he dado gracias á la inmensidad de la bondad del Señor, que tan de verdad ha buscado á vuestra merced, y tan misericordiosamente lo ha hallado y fuertemente llevado adonde sin impedimento de ocupaciones extrañas puede darle todo su corazón por morada sosegada y apacible, en la cual entrase y tenga sus deleites, según Él lo acostumbra á hacer con sus escogidos. No son aquestas pequeñas mercedes, ni se deben pasar sin conocimiento y agradecimiento, pues tengo creído que este es el sacrificio que el Señor muy de propósito pide en recompensa de sus mercedes, y por falta de esto ha quitado á muchos las dadas: y tanto más conviene á vuestra merced mirar esto, cuanto su merced fué mayor, por ser los peligros que le amenazaban mayores, por la grandeza de su persona y ocupaciones que, según el mundo, le acompañaban; y así ha hecho Nuestro Señor muy gran hazaña en dar á vuestra merced luz para que, dejadas todas las cosas, le vaya á buscar.

Adore vuestra merced á Dios, y tiéndase en el suelo, conociendo su *nihil* delante de su alta Majestad, y agradeciendo, *ex intimo cordis*, la merced recibida. Ofrézcase en perpetuo don á aquel cuyo es por muchos títulos, y no es de los menores haber buscado y hallado al perdido y puéstole en lugar de

los honrados de su casa por su sola bondad. ¡Qué corazón hay que no se enternezca con esta merced, y de verse prevenido de tal amador, que amó á quien le aborrecía, y andando á porfía su bien y nuestro mal, nos ha tan poderosa y aventajadamente vencido, que no se ha contentado con enviar mensajeros de fuera y de dentro, mas tomarnos por la mano como otro Lot y sacarnos del lugar de los peligros al monte donde nos salvemos! No olvide vuestra merced esta salida de Egipto, que es cosa en que intervienen grandes maravillas de Dios, y no se acaba sino por el derramamiento de la sangre del Cordero, que ha dado voces delante del Padre pidiendo que sea aplicada al ánima de vuestra merced, alimpiándola de todo terreno deseo y consagrándola al ejercicio del amor santo del Señor. Oído ha sido Cristo orando por vuestra merced según podemos conjeturar: dádole ha el Padre esta joya para que de vil la haga preciosa, y sea puesta en la cabeza del mismo Cristo como jornal de sus grandes trabajos que por las ánimas pasó. Grande fué su guerra, y salió vencedor, y dale el Padre ánimas que corran tras Él y le adoren (Isai., XLV): *Et vinctis manibus, post illum currant.* Aparejados á le servir, pues por conjeturas se ven redimidos por Él. Parte es ya vuestra merced de Cristo, despojo es de su victoria, tierra que le ha caído en suerte para que la labre y riegue y haga fructificar.

¡Oh, dichoso vuestra merced si sabe conocer su dicha, y de quién y por quién le ha venido! Pídale vuestra merced, pues tanto le ha dado sin merecerlo, que no consienta esta bondad que á otro sirva su criatura, si á Él no; que no miren sus ojos sino á tal hermosura y á tal Dios, bueno en sí, y bueno para vuestra merced: gran carga le ha sido echada en trueco de las muchas de que le ha descargado, porque es deudor de entrañable amor y diligente servicio á Nuestro Señor, que le ha descargado y dado ligereza de ciervo para correr sus caminos: en esto piense y en esto agradezca, porque está pobre para pagar, como lo fué para merecer lo recibido: haga cesión de bienes en las manos de su Señor, pidiéndole le tome por suyo y á su cargo, para servirse de él á su contento; y suplicándole haga Él lo que quisiere de nos y en vos, pues *praestat sui juris esse, quam nostri.* Mucho creo he hablado para mi ánima á quien Dios habla, á la cual suele ser fastidiosa, y con razón, toda humana habla; mas la alegría que en el Señor he tomado,

y el mandarme vuestra merced le escribiese, han sido la causa. Plega á la bondad soberana, que tan piadosa le ha sido, acabe en Él lo comenzado para perpetua gloria suya. Amén.

CARTA PARA JUAN DE DIOS,

HOY SAN JUAN DE DIOS

Mucho consuelo me distes con que guardastes bien el concierto que entre vos y mí quedó, de lo que tocaba obedecer al Padre Portillo en la administración de los pobres; y si vos siempre hiciésedes así, viviérades más consolado, é yo también; porque tengo gran temor no nos engañe el diablo, rigiéndoos por vuestro parecer, que cuando no puede acabar con uno que haga malas obras, hácele que haga desordenadamente las buenas; y lo que no tiene orden no puede durar, y luego se dividen unos contra otros, queriendo uno echar por una parte y otros por otra; y el Señor dijo en el Evangelio (Luc., XI): *que todo reino dividido será destruído.* Por tanto, Hermano, tened gran cuidado de sujetaros á parecer ajeno, y no os engañará el diablo; porque un Santo dice, que el hombre que se cree á sí mismo, no ha menester demonio que le tiente, que él se es demonio para sí; y aunque os parezca bueno lo que hacéis, sabed que también pone el diablo lazos en lo bueno como en lo malo; y aunque al principio parezca ir bien guiado, al cabo da con todo en el suelo, y hace que haya rencillas, y otros pecados, y descubre el lazo que tenía armado al que poco sabía. *Ruégoos, Hermano, otra vez*, por amor de Nuestro Señor, me hagáis esta caridad, *que toméis agora el mismo concierto y obediencia,* hasta que Nuestro Señor quiera que yo vaya allá, ó vos vengáis á verme do yo estuviere; porque cuando estoy donde vos estáis, no se me da mucho, aunque algún poco os desmandéis; mas en ausencia se han de parecer los amigos y hijos *obedientes á sus padres:* y hanse de guardar no hagan cosa con que les den enojo cuando lo sepan, sino vivir tan bien, que cuando se vean, se gocen en Nuestro Señor.

Y pues Nuestro Señor quiso que yo tuviese cuidado de vos, y Él nos juntó en hermandad y amor, hagámonos á una, y veréis cómo huye el demonio, y lo venceremos con el favor de Jesucristo; que por eso el demonio anda por quitar esta obe-

diencia y paz, como hace el lobo para matar á la oveja, que primero la hace apartar de la compañía de las otras, y á la sola presto la ase. No creáis al engañador, sino á Nuestro Señor Jesucristo, que es muy amigo de obediencia, y fué sujeto á Nuestra Señora y San José, y esto para darnos ejemplo; que si Él, sabiendo tanto, obedecía á los que eran menores, que así nosotros nos obedezcamos y sujetemos unos á otros por su amor. É mirad mucho que las mujeres que traéis para servir á Dios os son grande impedimento y costa, y sería mejor no tener que guardar, sino casarlas luego, ó ponerlas con señoras á quien sirviesen, que de otra manera ellas se perderán y darán con todo en el suelo : y los que viéredes que son chismosos, no los consintáis en vuestra compañía, *que son para disfamar el hospital;* que aunque á vos os parece que es falta de caridad echar á alguno, engañáisos; porque veces hay que por no hacer enojo á uno, echáis á perder á muchos; y cuando está un miembro podrido, cortarlo, porque no se pierda el hombre entero; y si alguno de compasión no quiere cortar aquella parte podrida, no sería compasión, sino grande crueldad, porque por no lastimar á una parte mataría todo el hombre.

Así que, Hermano, alguna vez es menester negar algo que nos piden, y echar al que no es bueno para el bien del hospital, y otras cosas de éstas, que vos no sabéis; y como lo querréis guiar por vuestro juicio, erráislas, y después castigaros ha Dios, y pensábades vos que le servíades; porque Dios no os llamó á vos para regir, sino para ser regido; y por eso no le servís sino cuando obedecéis; y entonces no temáis cosa ninguna, porque Él no os pedirá cuenta de lo que por ajeno consejo hiciéredes: y si á mí me queréis bien y me obedecéis, *yo os pongo en mi lugar al Padre Portillo,* y lo que él os dijere, *os lo digo yo,* y lo que con él tratáredes, *tratáis á mí*; y esto hasta que Dios quiera que nos veamos. Cristo os tenga siempre de su mano, amén; y rogadle por mí, que yo así lo hago por vos.

CARTA PARA EL MISMO JUAN DE DIOS,

EL DE GRANADA

Vuestra carta recibí, y no quiero que digáis que no os conozco *por hijo;* porque si por ser ruin decís que no lo merecéis, por la misma causa yo no merecía *ser padre*; y así, mal podré yo despreciaros á vos, siendo yo más digno de ser despreciado; mas pues Nuestro Señor nos tiene por suyos, aunque somos tan flacos, razón es que aprendamos á ser misericordiosos unos de otros, y á llevarnos con caridad, como Él hace con nosotros. Yo, Hermano, tengo mucho deseo que os deis buena cuenta de lo que Nuestro Señor os encomendó; porque el buen siervo y leal ha de ganar cinco talentos con otros cinco que le dieron para que oiga de la boca de Nuestro Señor (Matth., XXV): *Gózate, siervo fiel y bueno; porque en pocas cosas que encomendé fuiste fiel; yo te pondré sobre muchas*: y de tal manera tened cuenta con lo que os encomendaron, que no olvidéis á vos mismo, sino que entendáis que el más encomendado vos sois; porque poco aprovechará que á todos saquéis el pie del lodo, si vos os quedáis en él. Y por eso os torno otra vez á encargar que busquéis algún ratico para rezar vuestras devociones, y que oigáis cada día Misa y el domingo sermón, y en todo caso os guardéis de tratar mucho con mujeres; porque ya sabéis que el lazo que el diablo arma para que caigan los que sirven á Dios, ellas son.

Ya sabéis cómo David pecó por ver á una, y su hijo Salomón pecó por muchas, y perdió tanto el seso, que puso ídolos en el templo del Señor: y pues nosotros somos muy más flacos que ellos, temamos de caer, escarmentemos en ajenas cabezas, é no os engañéis con decir quiérolas aprovechar, que debajo de los buenos deseos están los peligros cuando no hay prudencia: y no quiere Dios que con daño de mi alma yo procure el bien ajeno. É acerca de las necesidades que tenéis, ya os he escrito cómo hay dondequiera tantas, que si vamos á pedir, dicen que harto tienen que remediar en lo que tienen delante. *É pensé que el Sr. Duque de Sesa os había enviado recado*, porque me decían que le habíades enviado á pedir. Si no os ha enviado, tornadle á pedir, que él os enviará, que os quiere mucho por entender en los pobres; y si no, el Señor ha de proveer, aunque se dilate,

y heme holgado mucho de la caridad que habéis hallado en la casa que decís, y dad mis encomiendas á quien os las dió para mí. É porque estoy de camino no os escribo más, sino que estéis firme en Jesucristo, que Él os ha de favorecer, y que miréis por vos, porque no se goce el demonio con haceros pecar, sino Dios con ver vuestra penitencia de lo pasado y enmienda de lo por venir, y sea el Espíritu Santo con vos. Amén.

CARTA AL MISMO JUAN DE DIOS

Vuestra carta recibí, y no penséis que me dais pena porque me escribís largo, que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta; y ruégoos que os acordéis de ser tal, que cuando me escribiéredeis, ó yo de vos sepa, me alegre yo de saber tales nuevas cuales deseo. Y pues vos deseáis no darme enojo, no seáis perezoso en ponerlo por obra, aunque algo os cueste, que el amor no se parece en las palabras, sino en las obras; y entonces se demuestra más, cuando más duele lo que hacemos por quien amamos.

Mirad, Hermano, cuán caro costó á Nuestro Señor el bien que en vuestra ánima puso; y como si os hubiera dado una joya que le costara su sangre la pusiérades en buen recado, así habéis de hacer el bien que en vuestra ánima os dió; pues por eso se os dió, porque Él lo ganó, no como quiera, sino peleando por vos en el monte Calvario, y perdiendo la vida porque vos la cobrásedes. ¿Pues qué sería entregar vos debajo de los pies de los puercos lo que Nuestro Señor os dió para que fuésedes semejable á los ángeles? ¿Qué sería si perdiésedes aquella hermosura que Él pone en las ánimas, con que son á Él más agradables y hermosas que el mismo sol? Más vale morir que ser desleal á Nuestro Señor; y para ser fiel es menester ser prudente, que así dice Nuestro Señor que ha de ser su siervo que puso sobre su familia, fiel y prudente (Matth., XXIV); porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas que desagradan á Dios, y es castigada su necedad con recio castigo.

E por esto hemos de aprender de una vez para otras; y basta que el hombre sea necio una vez para escarmentar toda su vida, pues el perro apaleado no osa tornar donde le apalearon, ni el pájaro á la losilla donde se libró; porque si el cuerdo es-

carmienta en la cabeza ajena, y el necio en la propia, ¿qué será de aquel que aun después de muy descalabrado no escarmienta? ¿Qué merece este tal, sino que el Señor le deje del todo, para que sea castigado con los muy necios que van al infierno? Grande obligación tiene de mirar por sí y por la honra de Dios el que ha recibido dones de Dios, y lo ha sacado Dios del infierno, y dádole prendas del cielo. É mientras más vamos adelante en la vida, es más razón que nos mejoremos en las buenas costumbres; porque poco aprovecha haber comenzado bien, si acabamos mal. É grande enojo siente un cazador, que teniendo un ave que ha cazado en la mano, después de tenida se le va sin más verla, y no tiene tanta pena de la que nunca tuvo en su poder. É así Nuestro Señor se ofende más viendo que un ánima que Él ha ganado y alimpiádola, y héchola templo suyo, se le vaya con su enemigo el demonio, que no de otras que nunca fueron suyas: y el demonio se huelga más de ganar estas tales ánimas que primero servían á Dios, que las que fueron antes malas: y por esto, Hermano, es razón que abramos los ojos, y tengamos en lo alto la bandera de Nuestro Señor muy enhiesta, y no le demos este enojo, ni al demonio tal placer, que dejemos el camino que hemos comenzado, y quedando ya tan poco que andar.

Llamad á Nuestro Señor de corazón, y no olvidéis el rezar y el oir Misa, que es cosa muy buena, y mirad dónde ponéis el pie, para que por hacer bien á otros no os hagáis mal á vos: no pierda vuestra ánima su pesebre; porque si anda hambrienta y desconsolada y mala, qué aprovecha todo el bien que á otros hacéis; pues dice Nuestro Señor (Matth., XVI): *¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si pierde su ánima?* Entended que la cosa en que más podéis agradar á Dios es tener vuestra ánima limpia delante su acatamiento: y la mayor misericordia que podéis hacer es tener vuestra ánima agradable á Él. *Por tanto, velad y orad,* como dijo Nuestro Señor (Matth., XXVI); porque no os halle el demonio desapercibido, que os anda buscando mil achaques y lazos para os derribar; y paréceme bien que vais á la corte á pedir por esos señores de Castilla, siquiera porque no os adeudéis tanto estando ahí; y mirad por vos estando ahí y fuera de ahí, porque hagáis á Nuestro Señor servicio, y ganéis la gloria para que Nuestro Señor os crió, y Él sea siempre vuestro favor y amparo. Amén.

CÉDULA PARA JUAN DE DIOS

Aquella persona que os rogaba con pagaros las deudas y echaros acuestas la otra carga, debiera de ser el diablo en figura humana, que os quería engañar; y con deciros no es pecado, querría hacer que perdiésedes el llamamiento para que Dios os llamó. San Pablo dice (Ephes., IV) *que cada uno permanezca en el llamamiento que Dios le llamó;* porque si Dios quiere que yo le sirva de camarero, é yo no quiero sino guardar puercos, pecaré contra Él, y darle he cuenta de todo lo que pudiere ganar en el otro oficio. Y así, Hermano, si un muy resplandeciente os apareciere, que dijere ser ángel de Dios, y os trajere tal embajada, decidle que no es sino diablo, y que no queréis vos dejar el camino en que Dios os puso: que Él dijo en el Evangelio (Matth., XXI): *Quien persevera hasta el fin, será salvo.* Y leed esta cédula muchas veces, y Dios os guarde de todo mal. Amén. No tengo vestidos que os enviar ahora: yo diré Misas por vos en lugar de ellos, que os cubrirán mejor.

CARTA PARA UNOS CANÓNIGOS

DE CIERTA IGLESIA DE ESTOS REINOS, SOBRE LA LUZ QUE SE DA CON LA GRACIA

Sabido he por la carta la merced que Dios ha hecho á vuestras mercedes poniendo en ellos sus ojos, para que ellos los pongan en sí mismos y en Él, y vean cuánto hay que gozar en Él, y cuántas cosas para huir de sí mismos, y estar mal consigo, y cuán muchas para querer á quien más que ellos á sí les ha amado. ¡Oh locura grande nuestra, que pensando que nos amamos, nos aborrecemos, y buscando (á nuestro parecer) el bien, caemos en todos los males! ¡Oh misericordia grande de Dios, que siendo perdidos con nuestro amor, nos gana con el suyo amándonos, y haciendo que nos parezcamos mal y estemos bien con Él! Esta es la primera luz que el Señor da á la alma, donde viene á darle á entender cuán mal ha respondido al tratamiento de Dios, dándole abrojos en lugar de uvas,

y hiel en igual de miel, y hacerle desplacerse tanto á sí mismo, que no ve cosa en sí que no sea de llorar. Ve males que ha hecho, ó bienes que ha dejado de hacer : ve cuán vacíos y sin meollo son los que ha hecho, y llora sobre todo haber sido causa que el Hijo de Dios fuese tan maltratado como en su Pasión, y haberle él añadido dolor á dolor en haber sido ingrato á la sangre que por él derramó. Está tan espantado de su pasada ceguedad, que como hombre que de nuevo ve una cosa muy nueva, suele darse una palmada en el muslo, en señal del gran toque que su corazón ha recibido de la admiración de aquello.

Acaece un espanto cual no se puede decir ni entender sino es de aquellos á quien Dios da esta luz. De aquestos era aquel que en Jeremías dice (cap. XXXI): *Postquam ostendisti mihi, percussi femur meum,* que es lo mismo que he dicho. San Jerónimo allí : ¡Oh señores, y qué cosas están encerradas en aquel *ostendisti!* ¡Oh, qué de cosas, qué de novedades enseña Dios, con las cuales hace herir al hombre su muslo de espanto, cuando Dios de su mano enseña al hombre qué ha hecho por él, y qué ha hecho el hombre contra Él; qué bienes perdió cuando pecó, y á qué males se obligó! Pues cuando les da á entender que en lugar de la ira que merecen y eterno castigo, los quiere Dios dar perdón, y tomarles por hijos, y darles silla en el cielo, espántanse de ver tan inmensa bondad derramada sobre vasos de tanta inmundicia y tan dignos de ira.

Considera el hombre que si Dios no estorbara á los demonios, ya muchas veces le hubieran llevado al infierno; y tiénese por deudor á Dios : y como si allá hubiera entrado, y Dios le hubiera sacado, pregunta á Dios que ¿quién le ató las manos á su justicia, pues no le echó en los infiernos como él merecía? Y ve que habiendo Dios enviado allá á otros, y por ventura con menos pecados, ha durado él acá, sólo para mostrar la grandeza de su misericordia, y engendrársele de esto un desplacer de sus pecados, y un ver cómo él ha sido su propia perdición, y un agradecimiento y amor entrañable á Nuestro Señor, viendo lo que le debemos, pues de los males en que el hombre se metió, Dios le libró, y le sacó de la muerte en que él se había derribado. De aquí nace el cuidado de le agradar, y de ofrecer toda su vida á servicio de quien se la dió; porque hace el hombre cuenta como si estando en el infierno le dijera

Dios: ¿Qué harás por Mí, y sacarte he de ahí á vida y estado con que te puedas salvar? Y pues no hubiera cosa que él no la diera ó hiciera, conoce deber servir á Dios con todas sus fuerzas, pues le sacó del infierno sin le pedir esta condición, sino fiándola del agradecimiento del hombre.

Hácese esta cuenta entre otras: si en el tiempo pasado corrí sin freno ninguno tras mis pasiones para perderme, ¿no correré ahora con mucha ligereza tras las virtudes para salvarme? ¿Por qué no alcanzará de mí la limpieza lo que en algún tiempo alcanzó la suciedad? ¿Por qué no valdrá Dios tanto en mis ojos cuanto algún tiempo valió el diablo? Teniendo mal señor y mal galardón, era obediente: ahora que Dios me ha tomado por hijo, con prometimiento de eterno reino, ¿seré más flojo en reinar con Dios que lo fuí para arder con el diablo? *Humanum dico, propter infirmitatem carnis vestrae*, dice San Pablo (Rom., VI): porque aun no nos hemos de contentar con dar igual diligencia á lo de Dios que algún tiempo dimos al servicio del demonio, sino mucha mayor, pues las causas son tanto mayores. Esto he dicho para que sepan vuestras mercedes que así como tienen mucho por qué alegrarse por verse librados del lazo y pozo infernal, tienen también que cuidar y que temer si han de saber tratar con Dios y guardar y emplear el talento recibido. Muchos he visto ponerlo en mal cobro, y perderlo presto, y después suspirar por una gota del agua que antes en abundancia bebían y no la alcanzaron.

Oféndese mucho la Majestad divinal, después que uno le ha conocido, que lo deje á sabiendas, y caiga, como la Escritura dice de Balaam, con los ojos abiertos; porque los pecados hechos antes de este conocimiento son como obras de loco ó de ciego, que no tiene seso sino de carne, como si uno encuentra al Rey y pasase sin hacerle cortesía. ¿Por qué va el hombre tan tonto y tan fuera de sí, que viendo no ve, oyendo no oye? Mas si le han dicho: este es el Rey, y tiene conocimiento y amor de él, hale reverenciado y servido; algunos días ha llorado las ofensas que le hizo algún tiempo: grande ofensa se le hace al Señor, que sea estimado en menos que un pecado en el corazón de aquel á quien se ha descubierto, y se ha hecho amar: y por esto deben vuestras mercedes velar; porque los ladrones que nos andan rodeando no roben lo que Dios por su misericordia dió; porque si á los cuidadosos algunas veces acae-

ce perder algo de su caudal por la mucha sutileza é importunidad de los enemigos, ¿qué esperamos que puede acaecer á los descuidados, sino perderlo todo y en poco tiempo? Conviene mucho, para guardar la gracia de Dios, hablar poco de ella y obrar mucho con ella; porque así como los sentimientos de la gracia tenemos experiencia que se nos pierden con el pecar, así con el obrar se nos acrecientan; que voz de la gracia es la que dijo Raquel (Genes., XXX): *Dame hijos, y si no me los das, moriré;* y el Señor quitó al siervo el talento que no obraba con él.

En todo caso, señores, entiendan que este negocio no es de palabras, sino de obras, y que conviene más á principiantes quitar sus ojos de vidas ajenas, para no tener que hablar de ellas, no ser reprehensores ni censores de lo que no está á su cargo; porque tanto más perderán la vista de sus propios defectos, cuanto más la pusieren en los ajenos.

Visto he muchos que habiendo recibido lumbre de Nuestro Señor, con la cual conocían su perdición, abrieron tanto los ojos á mirar los defectos ajenos, y la boca á hablar de ellos (aunque á su parecer era celo, y no desprecio), que lo que sacaron de ello fué hallarse vacíos en su corazón del bien que habían recibido, y los otros nada enmendados. Muy gran negocio hace el que sabe guardar lo que Dios le ha dado, y mucho tiene que remediar en su casa aquel á quien Dios ha abierto los ojos para conocer sus propias faltas: y los que salidos de los graves pecados en que estaban, están muy contentos, como que ya no queda más que hacer, están engañados, y deben pedir á Nuestro Señor les acreciente la lumbre para que vean y bien se conozcan, y verán que á duras penas han comenzado los que pensaban haber acabado: y por eso mucho conviene recelarse de sí y tomar las ocupaciones más necesarias; porque como á los principios esté el corazón tierno en el bien, no tiene fuerza para que le pongan otra carga más de la que él mismo se tiene en responder á Dios y en pelear con las propias pasiones: y cuando á los principios este recogimiento y cautela se guarda en no entremeterse el hombre en cosas que le distraigan, crece el bien comenzado, como árbol que se quitan las ramas más bajas, y como fuego escondido que más y más arde: y cuando después viene su tiempo, tiene el hombre fuerza para tomar ocasión y ocupaciones, y no ocuparse en ellas, y por esperar un

poco de tiempo da fruto maduro, como dice David (Psalm. I): *Quod fructum suum dabit in tempore suo.*

Lo contrario de lo que acaece á los que por darlo antes de tiempo lo dan mal sazonado, y quedan ellos sin el sabor de lo que pudieran gustar, y los otros con mal sabor de no ser aprovechados como lo debían ser. Querría que la ocupación que vuestras mercedes me dicen tienen de visitar enfermos y estar con los que quieren morir, se usase muy templadamente, especialmente en el hablar, aunque sean cosas de Dios; porque, según he dicho, la salud del principiante consiste en no descubrir lo bueno que tiene en su corazón. Sean muy amigos de la sagrada lección, y de la oración y de la Comunión, y con estos ejercicios crecerá en ellos el bien comenzado, hasta que lleguen á la medida y estado espiritual que la divina bondad les querría comunicar, á la cual plega tener á vuestras mercedes debajo de su amparo, para que ninguna astucia de los enemigos, ninguna propia flaqueza los pueda apartar del amor de Jesucristo, pues en esto está todo nuestro bien. La indisposición me ha hecho haber menester mano ajena.

CARTA Á UN DISCÍPULO,

QUE UN RELIGIOSO NO SE DEBE DESCUIDAR, Y EL PELIGRO QUE HAY EN LA TIBIEZA

Porque no sea que Vuestra Reverencia se endurezca en la Religión, pensando que en andar con el hábito acuestas, que no hay más sino andar, y andar así flojamente, y olvidado en el camino de Dios; y si hace algo, más es por miedo del Prelado, que no por el servicio que desea hacer á Dios en ello; le hago saber que en las obras hechas así flojamente sin caridad, más ofende á Dios que otra cosa. No se confíe de su confianza, que aunque parecen buenas, algunas veces no son aceptas, como tenemos ejemplo en el fariseo (Luc., XVIII), que ayunaba dos veces en la semana, y daba sus décimas, y él fué reprobado, y el publicano justificado. Cierto más es de llorar el Religioso flojo que el pecador engolfado en vicios; porque el pecador ve que pena y anda en el camino de la perdición; pero el Religioso que no lo es de costumbres, sino de hábito, con su vana confianza va á parar en el infierno, como de los tales el Profeta dice: *Sicut oves in inferno positi sunt.* ¿Quién son éstos sino

Religiosos, que son comparados á las ovejas, que son en sí mansas y no ofenden á nadie? Y que vayan así mansas á parar en el infierno, cosa cierto es de gran lloro : por eso mire que está escrito : *Maledictus qui facit opus Domini negligenter, vel fraudulenter.*

Mire que tiene oficio apostólico y grande : no se engañe, que en el grado que anduviere, así le tomará Dios cuenta: por eso no le acontezca como á las vírgenes locas, que pensando que iban con sus lámparas á buen recaudo, al tiempo que fué menester no hallaron óleo en ellas; pero aunque eran vírgenes como las otras, no por eso entraron en el cielo, y esto causó su vana confianza; y de aquí es que está escrito : *Qui collidit in cogitationibus suis, impie agit.* Por eso procure siempre consejo de hombres espirituales, y que le guíen, y no vaya descuidado á parar adonde no piensa, sino procurando saber la diferencia que hay de servir á Dios ó no le servir. ¿No procurará Vuestra Reverencia de saber esto, pues le va tanto en ello? Pruébelo un año, recogiéndose en la celda, apartándose de murmuraciones y pláticas ociosas que ahogan al espíritu; y si no se hallare bien con ello, vuélvase á su mala costumbre; pero hasta probarlo no lo deje. ¿Por qué piensa que andan algunos tan flojos y tibios? Porque nunca lo quisieron procurar, ni tuvieron constancia para ponerlo por obra; y ya que algunas veces lo comenzaron, fué por algún poco tiempo; y haciéndoseles la cuesta áspera de subir, tornaron á caer.

¿Sabe la diferencia que hay entre el Religioso que sirve á Dios y el que no le sirve? Yo se lo diré, por ver si bastará decírselo de palabra, y es breve de saber: que el Religioso que sirve á Dios tiene acá gloria de mayor perfección ; y á la contra, el que á Dios no sirve, tiene acá infierno, y después infierno perpetuo de mayor corrupción. ¿Quiérelo ver claro? Mire lo que dice Nuestro Señor, Redentor y Maestro Jesucristo: *Amen dico vobis, nemo est qui reliquerit domum, aut fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem propter nomen meum, qui non accipiet centies tantum in hoc seculo, et in futuro vitam aeternam.* Pues que me lo ha de pagar acá Dios cien veces tanto en este mundo, si le sirviere bien, en consolaciones y gustos espirituales, que no hay cosa sin comparación en el mundo todo que se pueda comparar con ésta, como lo sé de personas que sirven á Dios en la Religión, que se lo paga Dios

tan pagado acá, que no digamos cien veces, pero millares de millares más, y después con todo esto les da su gloria. Y al contrario, al que no anduviere bien en este camino, ¡qué lástima le es de haber! Que trabaja acá en una vida tan penosa como es la del Religioso, que todos lo ven, está toda su vida sin consolación alguna, sino trabajo sobre trabajo; y después de esto, cuando piensa ir á descansar, se va á tomar nuevos tormentos y trabajos mucho mayores que los primeros, sin comparación, y aquellos eternos, sin esperanza de haber fin de ellos.

Por cierto, digna cosa es de llorar vernos puestos en tan gran peligro. De esto tenemos ejemplo de un santo ermitaño, que le dió Dios lugar para que pudiese ver el gran peligro en que estaba puesto en esta vida, y como lo considerase, puso sobre su cabeza un capirote de luto, y cubrió su cara, que no podía ver sino solamente la tierra que iba á pisar : y nunca más quiso hablar á hombre, y jamás alzó los ojos de la tierra, llorando de verse en tan grande peligro como vive el hombre. Y como le venían á ver muchos á la celda, viendo la gran mudanza que había hecho, le preguntaban qué había, que para qué era aquel extremo. Él nunca les respondía otra cosa sino : dejadme, que soy hombre. Por eso por amor de Dios no nos descuidemos con confianza vana, hasta que lleguemos al puerto seguro sin fin. Pues que habemos escogido penitencia, y nuestro hábito la demuestra, no aflojemos en ella, que la vida es breve y la gloria eterna. ¿Qué aprovecha comenzar la vida de la penitencia y no acabarla? ¿Ó para qué se busca descansadero? ¿Por ventura no está escrito (Apoc., II) : *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae?* ¿Por qué procedemos con tanto descuido y flojedad en esta peregrinación?

Tome V. R. ejemplo en Cristo, cómo comienza, cómo persevera y cómo acaba; si hubo flojedad y descuido en su comienzo, medio ó fin, que al fin, si quiere ser compañero en su gloria, es menester que le sea compañero en esta miseria que Vuestra Reverencia tiene, como está escrito (II Cor., I): *Si fuerimus socii passionum, et consolationum erimus.* ¿Qué le aprovecha al que entra en una batalla una y dos voces, si al cabo vuelve las espaldas huyendo? Más le valiera no haber entrado. Haga como dice Jonatás, que peleó con gran trabajo y afán hasta la tarde contra los filisteos. ¿Qué se entiende aquí por los filisteos, sino contra los enemigos? ¿Y hasta la tarde, sino

hasta la muerte? Por eso no aparte la mano de lo comenzado, que si la aparta, la del cielo se apartará de V. R. No se acuerde de las ollas de Egipto, ni mire atrás, pues Dios le ha hecho tan gran merced de apartarle de la compañía de los malos, y traerle á la de los buenos; porque no le acontezca como á la mujer de Lot, que se volvió en estatua de sal, y no quiera ser de los que dice el Señor ; por eso anímese, y no dilate, como está escrito, de día en día, y no aguarde hasta la hora de la muerte, cuando sobrevinieren otras tribulaciones y angustias. No se descuide tanto; muy presto vendrá la angustia de la muerte, y ni á mozo ni á viejo perdonará; y muy más peligroso es el descuido en el viejo que en el mozo, viendo que está cargado de años, y que se descuida, y viendo el poco tiempo que tiene, se duerme. Peligrosa cosa es, y muy al contrario de la voluntad de Dios, como parece claro en el ejemplo que el Señor nos dió en el huerto con San Pedro, que viéndole el Señor que dormía descuidadamente, se fué á él dos veces á despertarlo: *Simon, dormis?*

¡Oh Señor! ¿No veis que es viejo y lleno de canas, y que ha trabajado, y ha andado cansado? Dejadle dormir un poco: llamad aquel mancebo que tenéis cabe Vos, San Juan, para que vele con Vos, que podrá mejor que este pobre viejo. ¿Para qué tenéis tema con él? No hacía esto, sino daba tras su viejo, porque le faltaba mucho de andar y poco tiempo para darse á Dios, como hizo con San Juan. Por eso todos se guarden en cualquier estado de flojedad, y más el viejo que el mozo, porque se acaba la jornada y tiene el fin muy cercano, no buscando jubileos en la Orden, diciendo : sirvan los mancebos, que nosotros ya hemos servido treinta y cuarenta años. Querría yo saber si vienen á servir á la Orden ó á Dios. Si dicen que á la Orden, diré que tienen razón que los mancebos les tomen la carga; pero dicen que vienen á servir á Dios, miren que se engañan mucho. Un santo que aflojase á las veces del fervor de la devoción, osaré decir que este tal santo no está en el cielo, que al fin, *qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* (Matth., X.) No saben que manda Nuestro Señor, Redentor y Maestro Jesucristo (Matth., XVI): *Tollat crucem suam quotidie,* cada día sin aflojar hasta la muerte: *in canticis,* cada noche, *serviamus illi: in sanctitate, et justitia coram ipso omnibus diebus nostris.* (Zachar. *in Cant., I, 7 y 8;* Luc., I.)

Por eso ninguno, aunque más santo sea, no deje la penitencia. Mirad Job cuán justo era y decía: *Idcirco ipse me reprehendo, et ago poenitentiam in favilla et cinere.* Miren á San Juan Bautista, santificado en el vientre de su madre, la penitencia que hizo tan grande. Y todos estos santos Apóstoles no aflojaron de asperísima penitencia, aunque tenían palabra de Aquel en cuya boca nunca fué hallada mentira, y antes perecería el cielo y la tierra que su palabra; que sus nombres están escritos en el cielo, y que irían allá: y nosotros, desnudos y cargados de pecados, á que estamos sujetos, y en duda de nuestra salvación, si no hacemos penitencia, ó en la comenzada aflojamos en la vejez buscando regalo, eximiéndonos del coro. No quiero que el viejo haga más de lo que puede sufrir; pero en lo que pudiere llevar, ¿por qué no seguirá á los santos y á los otros? ¿O saben otro camino para el cielo, ó están mejor alumbrados? Es cosa clara que no. Pues si no, ¿por qué no procurarán seguirlos? ¿Con qué ánimo quieren que vayan y caminen este camino los mozos, si ven aflojar á los viejos tan reciamente? Guárdese V. R., por amor de Dios, no haga de manera que pierda en la vejez lo que ganó cuando mancebo en la Religión. Por eso hasta llegar esta nave al puerto, ninguno se asegure de su vida, siempre procurando servir más á Dios: pues escogimos el camino y carrera estrecha para ir al cielo, andemos por ella, no declinemos *ad dexteram, nec ad sinistram;* y no sea que digamos después que salgamos de esta carne, y viéremos que habemos errado el camino, aquello que está escrito (Sap., V): *Ambulavimus vias difficiles, et viam Domini ignoravimus.* ¿Quién anda más dificultosamente que el Religioso? Tantos superiores que le mandan, tantas obediencias de día y de noche, tantos ayunos y abstinencias, y todos lo saben por experiencia, y con todo esto al cabo nos hallamos y nos hallaremos burlados, y veremos que ignoramos el camino del Señor: por eso es necesario volver sobre nosotros, y seguir el consejo del Sabio, para mejor volvernos á Dios (Eccl., VII): *In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.*

Cuatro son nuestras postrimerías: la muerte, el juicio, el paraíso y el infierno. Miremos la muerte cuán breve vendrá, cuán breve es esta vida, ó, como dice el Apóstol Santiago: *Quae enim est vita nostra? Vapor est ad modicum parens;* que se

compara al viento, como dice Job, que presto pasa. Acordaos que viento es mi vida (Job., XIV): *Transitus est tempus nostrum*. Pues viendo que tan poca es nuestra vida, hemos de sacar eternidad mala ó buena; ¿por qué no procuraremos de andar este camino como lo hemos de andar, pues tan poco tiempo tenemos? ¡Cómo lo amonesta bien el Apóstol! (Galat., VI): *Dum tempus habemus, operemur bonum;* que al mejor tiempo se nos acortará el hilo de la vida, y ya que nos queramos morir, querremos entonces obrar y no podremos. Por eso, por amor de Dios, se tenga esto siempre en la memoria, el gran arrepentimiento que tendremos en la muerte de lo poco que hemos servido á Dios cuando teníamos salud, y no podremos volver á hacer penitencia en lo que faltamos, como está escrito (Sap., II): *Non est reversio finis nostri*. Siempre es menester tener este fin delante de los ojos, porque, como dice muy bien un Doctor: *Religiosi autem, qui ambulant, sine consideratione finis pròprii, efficiuntur tepidi, inquieti, murmuratores, ambitiosi, iracundi, loquaces, sensuales, histriones, et duriores, quam seculares, et nisi Deus per suam misericordiam ad poenitentiam eos revocet, aut conservet, in mala labuntur praecipitia, quibus, numquam postea liberantur*.

Volvamos también á mirar el juicio, que no podemos escapar de él, ¡cuán terrible será! Allí se descubrirán nuestros pecados delante de todo el mundo y del cielo, y delante los buenos y malos. De esto se acordaba bien el glorioso San Jerónimo, como él lo dice: *Sive comedam, sive bibam, sive aliquid faciam, semper videtur in auribus esse, mortui venite ad judicium*. No nos veremos allí, que si echáremos los ojos arriba veremos al Juez airado; si abajo, el infierno; dentro de sí, la conciencia, remordiéndose de parte de fuera; el mundo ardiéndose; á la diestra una infinidad de demonios esperando el ánima para llevarla consigo; á la siniestra los pecados acusándonos. Allí parecerá Dios airado á los malos, y terrible y espantoso: en grande aprieto se hallarán allí: aun los buenos estarán temblando. No queramos saber más que el partido que quería hacer Job con Dios, siendo tan justo, diciendo (Job, XIV): *Quis mihi hoc tribuat, ut in inferno protegas me, donec transeat furor tuus, et constituas mihi tempus, in quo recorderis mei?* Pues si este santo pedía esto, ¿qué haremos nosotros, miserables pecadores, aquel día? ¿Qué diremos? Sino que nos acontecerá lo

que á aquel que entró en las bodas sin vestidura de boda, que preguntándole cómo había allí entrado sin vestidura de boda: *Obmutuit*. Por eso avisemos, porque *cum apparuerit, habeamus fiduciam, et non confundamur ab eo in adventu ejus*. Porque si el justo apenas se salvará, los pecadores ¿adónde irán? como lo dice San Pedro (I Petr.) *Omni tempore sint vestimenta tua candida;* como quien dice: venid siempre ataviados de virtud, que no sabéis cuándo os llamarán. Miremos también en la gloria lo que nos está aparejado eternalmente, como lo hacía el Profeta: *Inclinavi ad faciendas justificaciones tuas propter retributionem*. Así, inclinemos nuestro corazón, porque con esperanza de tan gran gloria llevemos mejor y con más ligereza los trabajos. No queramos perder una gloria tan perpetua y tan buena por este momento terreno. Hagamos como Moisés, del cual dice el Apóstol (Hebr., XI): Estimó Moisés pasar los trabajos con los hijos de Israel, y salir con ellos de Egipto, llegando á la tierra de promisión.„ Procuremos no volver las cabezas atrás á las ollas podridas de Egipto, sino, como Moisés, echar los ojos á lo alto, y todos los trabajos se harán fáciles.

Pero ya que no nos mueva ninguna cosa de las dichas, ni nos podamos volver á Dios por amor, un remedio queda, y no nos pueden dar otro, y es que nos volvamos por temor, mirando la pena perpetua del infierno que está aparejada, como lo aconseja el Profeta (Psalm. IX): *Convertantur peccatores in infernum, omnes gentes quae obliviscuntur Deum;* como quien dice: Ya que estáis tan obstinados, pecadores, que olvidáis del todo á Dios, volved á mirar el infierno en que caeréis, y esto os hará volver á Dios; que si esto no basta para convertiros á Él, no sé qué bastará. Para siempre jamás pena, y tantas diversidades de penas, que no se pueden explicar; que, como dice San Crisóstomo, así como hay en el cielo muchos merecimientos de gloria, así en el infierno hay muchos merecimientos de pena. Por eso volved sobre vos: *Et facite bonum, et quare moriemini? Dicit Deus Israel: Revertimini, et vivite: quoniam Deus mortem non fecit, nec laetatur in perditione malorum* (Ezech., XVIII): como parece claro en esta su venida, que venía tan manso á darse á todos, y más á los sacerdotes, que tal oficio tenemos, y estamos en tan alto grado que somos sagrario del Hijo de Dios, que lo que la Virgen soberana trajo en el vientre nueve meses, lo encerramos nosotros cada día en nuestro

pecho, y que en la Misa nos ponemos en el altar en persona de Cristo á hacer el oficio del mismo Redentor, y hacémonos intercesores entre Dios y los hombres para ofrecer sacrificio, oficio que no tienen los ángeles.

¿Qué serafín bastará para este oficio? ¿Qué penitencia bastará que hagamos? No habíamos de estar sino emparedados. Bien se siente en nosotros, que como hacemos el oficio, así alcancemos la gloria. ¿En qué está esta flojedad y desacato, sino en que no procuramos de hacer lo que se debe hacer? El que tal oficio tiene es semejante á un carbón. ¿Cómo, pues, una ascua tan viva, que cada día encerramos en nosotros, no nos quema las entrañas? La razón es porque no le tenemos puesto leña en el pecho, donde se encienda cuando le recibimos; no tenemos el pecho lleno de buenas obras y deseos que podríamos hacer, sino que cada día nos confesamos, y siempre tornamos á caer en lo que confesamos, y nunca nos enmendamos ni aprovechamos más un día que otro, ni lo procuramos, que es peor. ¿Pues qué es esto? ¿Por ventura no recibimos gracia en el Sacramento? No hay falta en el Sacramento; y pues que, como está escrito, no la puede haber, ¿cómo no aprovechamos en este camino? ¡Oh sacerdotes! Esta es nuestra confusión, esta es falta nuestra. Cuando no mirásemos otra cosa sino ver que es un oficio tan grande y tan excelente, y que con él no podemos aprovechar, procuremos de aprovecharnos.

¿Qué queremos que nos haga Dios más sino darnos á sí mismo? Ya digo, á nosotros nos echemos la culpa: nuestro es el descuido, y grande: nuestra es la flojedad, el desacato grande: nuestra pura pereza, nuestros deseos desordenados, nuestras pláticas vanas y ociosas: todo el tiempo se nos pasa en niñerías: que esta ascua viva donde halla aparejo de calor confírmale, y fortalécele y hácele constante en sus obras, y le guía por camino derecho: vuélvele de hombre carnal en espiritual, en ángel encarnado: hácele andar con fervor, con un temor grande de le ofender, mirando cómo le sirva mejor, hasta que sale el ánima de sus carnes. Si afloja algo de las cosas corporales, alguna vez no afloja de la devoción, y siempre arde en su corazón.

Estos se apartan por temor y por conservar este amor y ardor, no perdiendo tiempo en murmuraciones, pláticas vanas y cosas que matan esta lumbre: no se les da por todo el mundo

un cuarto: más quieren un rato de celda, que todo el tesoro de Venecia: no los lleva cualquier viento del monasterio, considerando el oficio que tienen ; y aunque son raros estos por nuestros pecados, nunca faltan; siempre Dios obra por su misericordia, porque nos den ejemplo, para que andemos tras ellos, y tomemos dechado de aquel que viéremos que anda en el camino y la vía de Jesucristo más recta y derechamente que los otros; y sigámosle, y andemos tras él, y salgamos de tanta flojedad y tibieza, y no nos descuidemos tanto en este camino, pues vemos el gran oficio que tenemos, que Dios nos ayudará, y en nuestra mano está, como dice el Profeta (Psalm. CXVIII): *Anima mea in manibus meis semper.* Y en otra parte (Eccl., XV): *Deus ab initio constituit hominem rectum et reliquit eum in manu consilii sui. Apposuit tibi aquam et ignem: ad quod volueris, porrige manum tuam.* Y en otra parte (Joann., III): *Ecce ego dedi vobis diem vitae, et diem mortis, convertatur unusquisque a via sua mala, et ab iniquitate, quae est in manibus suis.* Que si descuidáremos de este camino de la penitencia, será la culpa nuestra, y no de otro; y así nosotros pagaremos las penas, y no otro por nosotros; y andando el camino de la peniencia, y trayendo al Señor delante de nuestros ojos, amándole y sirviéndole, será premio nuestro en la eternidad de su gloria.

CARTA PARA UN RELIGIOSO DISCÍPULO,

PREDICADOR DEL BIEN DE LAS TRIBULACIONES

Días ha que recibí una carta de vuestra merced, en que decía haber menester regalos: yo no los he enviado, ni enviaré en ésta, porque no puedo creer, ni es razón que lo crea; porque el alma que conoce y ama al Crucificado, no sólo no busca ser regalada, mas huye de ello, y busca con ansias de amor estar siempre colgada en dolores y espinas, por no verse de otro traje vestida de aquel á quien ama. Confúndase mucho, y no ose mirar á su Señor, cuando mirándose á sí se halle en consuelo, y á su Señor tan sin él, que no tiene adonde reclinar su cabeza; y pídale con grande instancia que le ponga á él donde Él está, pues desea ser uno con Él; y en esta soledad y angustia no se le apoque la fe, mas crézcale esfuerzo de verse solo, porque sabe que su Señor es compañía de solos y pone sus ojos

sobre desamparados, de los cuales es muy amigo: y si contra él se levantan leones fuertes y dragones que le quieran tragar, y le dicen que no tiene salud en su Dios, no los crea, pues se ve claro amarle, aunque no lo guste, y se ve señalado con la señal donde Él mira, que es la pobreza, fatiga y tribulación; y no sólo no los creímos al contrario, mas creo ser más querido mientras más atribulado; y aunque tenga algún temor de remordimiento de culpa, tampoco se desmaye, porque viéndose castigado espere de cierto ser perdonado, y él mismo suplique al Señor que no le perdone, sino que le azote; porque él sabe que si el Señor le desecha, no lo hace de corazón, y tiene por cierto ser el castigado el mensajero de la paz y perdón, el cual desea tanto, que por alcanzarlo no hace mal rostro á lo amargo del azote; mas dice que es tanto el bien que espera, que no siente el mal que tiene.

Pues habiendo el Señor hecho á vuestra ánima merced de darle su conocimiento y amor, como creo yo que no bastarán las aguas para ahogaros y los enemigos para atemorizaros, ni las congojas para penaros: *Quod infirmum est Dei, fortius est hominibus;* y una centellica que en vuestra ánima ha puesto es más fuerte que todo lo que contra vos se puede levantar. Así que, Padre mío, conforte su corazón y sostenga al Señor, porque no le desampara, aunque el vientre de la ballena le trague; finalmente, se le echará en la tierra, y de allí le llevará al cielo, adonde goce con Él para siempre. Amén.

CARTA PARA UN PREDICADOR,

CONTRA LA VANAGLORIA

El Espíritu consolador y virtud de lo alto more siempre con Vuestra Reverencia, y obre en él el premio de la gloria de Cristo, pues el oficio suyo es aqueste, según el Señor lo dijo: (Joann., XVI): *Ille me clarificavit:* para lo cual conviene vivir con cuidado, porque el limpísimo Espíritu limpia morada requiere; y la deidad muy alta pide reverencia profunda; y la bondad infinita es muy celosa, si ve que en otra parte se pone un poco de amor. Lo cual considerado, tenemos mucha razón de temer y angustiarnos; porque no es pequeño negocio querer un hombre criado del limo de la tierra tratar con Dios y ofrecerle digna morada, y así vivir que agrade á los ojos de tan

gran Majestad. *Ad haec, quis idoneus?* Aquel por cierto, y no otro, *quem ipse elegit, et gratia sua dignatus est.* Espero yo en Él que uno de ellos es Vuestra Reverencia para perpetua obra de este Señor: *Qui suscitat de pulvere egenum, et de stercore elevat pauperem: ut sedeat cum principibus, et solium gloriae teneat.* Este es el que hace de lobos corderos, y de los perseguidores devotos, y de los que volvían las espaldas hace continuos contempladores de su hermosura. Este defenderá esa su ánima *a sagitta volante in die,* como la ha defendido *a negotio perambulante in tenebris nemo scit (inquit Augustinus) quas vires nocendi habeat gloriae magnus amor, nisi cui ipsa bellum indixerit.* Mas peleando Dios, según su promesa, por nosotros, Él hará desaparecer á nuestros enemigos así como humo.

San Bernardo, siendo molestado algunas veces de esta sabrosa ponzoña, hacía cuenta que estaba ausente de la muchedumbre del pueblo que le daba honra, y así escapaba del canto engañoso de esta sirena. Santo Tomás hacía una cruz encima del corazón, y decía (Psalm. CXIII): *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Y vino á tanta pureza, que ningún movimiento sentía de aqueste mal; y con mucha razón, porque ¿qué cosa más para huir que el robo de la honra de Dios, y diciendo con la boca que miren á Dios, querer con el corazón que quiten sus ojos de Él y los pongan en una vileza? Voces son las cosas criadas que cantan la honra y gloria de Dios, imágenes ó pisadas para traer en conocimiento del Criador. ¿Qué cosa más al reves se puede pensar que lo que es ordenado para otro se desordene contra Él y se quiera hacer de camino término, y de medio fin? Aparte Dios tal ceguedad de los sus ojos por la dignidad de su honra; y si alguna vez esta vanidad nos tocare, debemos alzar el corazón al Señor, diciendo: *Tibi Domine gloria,* ú otras semejantes palabras, y despreciar aquel impuro movimiento, hasta que poco á poco se haga el ánima á no mirar en ello, como suele mirar en no querer hurtar la hacienda ajena, aunque mucho se lo rueguen. Por el fruto que Nuestro Señor da, se den gracias á Él; porque tampoco es en nuestra mano hacerlo, como que la tierra dé fruto no lloviendo del cielo: y aunque el galardón del sembrador no esté colgado del fruto que nace, mas de la caridad, de la honra de Dios, y del provecho del prójimo, y de los tra-

bajos que por ello pasa; mas todavía se debe gozar porque los haya Dios hecho instrumento y aposentador para que Él more en las almas, según nos enseñó Jesucristo, cuando una vez que leemos haberse gozado, fué en espíritu, y venidos los discípulos de predicar: dando á entender en esto, que el gozo del cristiano no ha de ser otro sino de ver el Evangelio publicado y recibido.

En este negocio no ha tener parte la vanidad; mas ha de ser en el Espíritu Santo, gozándose de la conjunción de las ánimas con su Dios, y atribuyéndole al buen suceso de este negocio. Y pues Dios ceba á Vuestra Reverencia con darle á comer esas ánimas muertas al pecado y vivas á Él, cobre aliento; y ceñido de la espada de la palabra de Dios, haga sangre en los pecados, enemigos nuestros, y saque la presa de la boca del león, y los peces que en el profundo de la mar están, y ofrézcase á todo trabajo, hasta muerte de cruz, no dando sueño á sus ojos ni descanso á sus pestañas hasta que halle y gane muchas ánimas donde Dios se aposente, y como en cama descanse, para que siendo imitador del fidelísimo Hijo que con tanto cuidado buscó la honra del Padre y manifestó á los hombres su nombre, sea participante en aquella bienaventurada promesa, dicho por la boca de la verdad (Joann., XII): *Ubi ego sum, illic et minister meus erit.* Y esas doncellitas, que me dice ha Dios despertado para buscarle, las encomiende mucho al Señor y las rija con prudencia, no dejándolas llegar tanto á Dios que caigan con el gran peso, y sean cegadas con la mucha lumbre, y se arrepientan por no haber tomado el consejo del Sabio (Prov., V): *Mel invenisti? Comede, quod sufficit tibi: ne forte satiatus evomas illud.* Téngales la mano á la frecuencia de la comunión y oración; y esté cierto que no se enojará Dios de ello, ni les negará en su rincón lo que en el altar les había de dar: y no les deje hacer voto de virginidad hasta que pasen años de oración sobre ello; porque no se deje livianamente lo que livianamente se tomó. No se alegre con la prosperidad, ni se derribe con la adversidad; mas el un tiempo espere al otro, y siempre confiado de Cristo, que le dará su favor, el cual sea con Él siempre, y esté sobre aviso, que si es pregonero de Cristo, ha de ser probado.

CARTA PARA EL MISMO,

POR QUÉ PERMITE DIOS LA TENTACIÓN

Dos cartas de vuestra merced he recibido, y, según mi flaqueza, he encomendado al Señor lo que en ellas venía, y sea Él bendito, que ha dado algún alivio á la tribulación pasada, haciendo en esto lo que suele, que es enviar bonanza después de la tempestad; porque lo uno y lo otro es menester para aprovechamiento de sus siervos, los cuales no menos alabanzas le deben dar cuando los deja desabridos y les quita lo que desean, que cuando los lleva con dulcedumbre y regalo; antes más le deben agradecer cuando los libra del propio contentamiento, el cual es muy anejo á la prosperidad, y los guarda seguros debajo de su vara de la tribulación, mirando más á lo que les cumple que no á lo que bien les sabe. Y mucho he holgado que vuestra merced haya conocido la gran fuerza de las interiores batallas, para que más y más conozca la pobreza propia y la grande necesidad que del continuo favor de Dios tiene. ¡Oh Padre mío, y si Dios soltase un poquito, y dejase soplar los vientos, y alborotar la mar de nuestro corazón, cuán claramente vería la maravilla que Dios hace en tener á una ánima que no se ahogue entre tanta muchedumbre de olas, que llegan al cielo, y allí conocerían cuán de verdad está dicho que el hombre es polvo y ceniza; y quedaría tan asombrado, que, como un niño chiquito, andaría con la oración continua pidiendo á Nuestro Señor, y allí vería con cuánta razón es alabada la fe, pues basta á tener en pie á un hombre, y resistir tantas olas de tempestades que parece que le quieren tragar, y dicen: (Psalm. III): *Non est salus ipsi in Deo ejus!*

Esta es la fe, por la cual (Rom., IV) *in spem contra spem credimus;* y la anchura de nuestra ánima, que entre todos esos alborotos osa decir (Psalm. III): *Tu autem Domine susceptor meus es, gloria mea, et exaltans caput meum.* Y pocos hombres hay tan fuertes en ello que á los primeros encuentros no sientan algún desmayo; y por eso permite Dios que sus siervos entren muchas veces en estos peligros, para que viéndose librados maravillosamente por la mano de Dios, cobren ánimo para otras veces, esperando el favor de Dios, al cual sintieron fiel en la tribulación pasada; y así vaya su fe adelante (Isa., IV):

Et mutent fortitudinem, assumant pennas, ut aquila, volent et non deficiant. Una sola cosa me descontenta un poco, que es verle librado tan presto; y háceme sospechar que se había flacamente en la pelea, pues tan presto le sacaron de ella, aunque bien creo que no será ésta la postrera: por tanto, enmiende esotras, si alguna flaqueza hubo en la pasada, y no descanse hasta que aprenda á vivir en el fuego sin quemarse, hallar paz entre la guerra y tornar las piedras en pan; porque en esto consiste nuestro verdadero aprovechamiento, por ser cosa que no va manchada con nuestro propio interés ni voluntad, que son dos lepras que tarde nos dejan, aunque algunas veces están escondidas, y tanto más peligrosamente engañan cuanto más seguridad parece que hay. Por tanto, el siervo de Dios vele mucho sobre ello, y agradezca y reciba de buena gana lo que viniere en contrario á su parecer, voluntad é interés, pues con ello se purifica y vence sus enemigos.

OTRA AL MISMO,

ANIMÁNDOLE Á PREDICAR SOBRE LA RELAJACIÓN DE COSTUMBRES

Tenía tan deseado saber de vuestra merced, que no me fué pequeña alegría ver su carta; porque como me había escrito su indisposición, y no había sabido de su mejoría, no podía estar el amor sin pena. A Cristo gracias, que dió fuerzas para predicar su nombre, ó Él dé gracia para que sea recibida nueva tan alegre, provechosa y honrosa. Mas ¡ay de nos!, que hemos venido á tiempo que está el corazón del hombre casado con la tierra: y de este casamiento ¿cómo saldrán hijos para el cielo? No se puede ver el sol sin lumbre del mismo sol, ni puede Dios ser alcanzado sino por favor del mismo Dios: del cielo ha de ser lo que ha de subir al cielo; mas la tierra no puede subir allá. Pienso yo, Padre, que estamos á la fin del mundo, pues estamos en el cabo de los pecados y olvido de Dios; y no sé adonde puede llegar más esta dureza y desprecio de la palabra de Dios, é insensibilidad para los negocios del alma.

No tiene que ver la negligencia de los yernos de Lot, que les parecía hablar su suegro de burla, con la que ahora hay, pensando que está Dios burlando cuando habla: ni se teme su amenaza, ni se cree su promesa, ni se estima su alteza, ni hay quien ame á su bondad. ¡Oh joya de tanto precio, y qué lás-

tima es verte tan mal apreciada! ¡Y que no hay cosa en la tierra que no tenga amadores, y tú, Señor, sin ellos, ó con muy pocos, ó muy flacos! Dé, Padre, voces, délas muy grandes, que no hay bien sin Dios, no hay hermosura sin Dios, y que tan puestos habían de estar los ojos de las criaturas en sólo Él, como si no hubiese otra cosa sino Él. No estorben, no, las sombras á la estima que se debe á la verdad; ni las chiquitas gotas de la fuente grande detengan al sediento, que no vaya á beber de la misma fuente. No es, cierto, justo que se ponga Dios en olvido, porque dió dádivas á los hombres, pues crió las cosas para que por ellas pasasen á Él. Gravemente le hemos ofendido en usar de lo que habíamos de gozar, y gozar de lo que habíamos de usar, quitando la gloria que se debía al incorruptible Dios y dándola á la vanidad de las criaturas. El remedio de esto es la penitencia y vergüenza delante de los ojos del Señor piadoso, que quiere nuestro remedio y nuestra vida, aunque le hayamos ofendido, y tantas veces merecido nuestra muerte; mas cumple á ojos vistas (Isa., XXII): *In illa die vocabit Deus ad fletum, ad planctum, ad calvitium, et ad cingulum... et ecce gaudium.*

Mas mire la terribilidad de lo que sigue, la palabra que oyó el Profeta: *Si dimittetur iniquitas hae vobis, donec moriamini.* Y si no se perdona, *donec moriamini*, no se perdonará después, que no es de las livianas que se perdonan allá. ¿Cómo perdonará Dios á quien le ha ofendido, y se ríe, y no tiene pellizco en su corazón de haber despreciado á su Padre, Dios y Señor? No sería esto misericordia, sino falta de justicia, y cosa muy contra razón, cual á Dios no conviene; cuyas obras son juicio, peso y medida. *Sed de iis satis*, que nunca hay *satis*: trabajo es hoy hablar á los pueblos con tan poco provecho, y trabajo ver á Dios ofendido, y callar.

OTRA Á UN PREDICADOR,

CONTRA LA TENTACIÓN DE LA DESCONFIANZA

No tenga vuestra merced queja de mí, le suplico, sino dónemelas, como dice San Pablo, pues Dios nos donó las que contra nos tiene. Ya sabe vuestra merced mis faltas, que bastan á hacer cualquier falta en el servir, y otras veces falta mensajero, como ha faltado de donde he estado y ahora estoy, si no

hay quien me avise de él, y no sé donde le busque. Suplícole crea que en cosa de más importancia tengo amor para le servir. Por tentación cierta tengo la desconfianza de salvación que vuestra merced dice, y no sólo por cierta, mas por necia; que tal nombre merece la que no se quita con los bienes que tenemos en Cristo, como si este negocio fuese obra de nuestras manos ó premio de nuestros méritos, y no antes gracia de Dios por Jesucristo. Ensanche vuestra merced su pequeño corazón en aquella inmensidad de amor con que el Padre nos dió á su Hijo, y con Él nos dió á sí mismo, y al Espíritu Santo y todas las cosas. Reciba esta gracia con hacimiento de gracias y gozo de Dios, pues Dios se le da: y si le desmayan sus deméritos, acuérdese que una de las dádivas que el Padre en Cristo nos da es suelta de nuestras deudas y amansamiento de la ira que merecían nuestros pecados.

¿Qué duda de perdón, pues no duda de pasión que por los pecados pasó? ¿Qué aprovecha confesar que Cristo murió por nuestros pecados, justo por injustos, si no cree que su muerte mató nuestros pecados? Y si son muertos, ¿por qué los teme? Pues los hijos de Israel, á quien Dios sacó de Egipto, viendo á sus enemigos ahogados en el mar no temieron, mas cantaron alabanzas á Dios, tomando materia de ello en los mismos enemigos que los habían perseguido primero, y á quien antes habían temido. Y aunque no tengamos tan cierta fe de que nuestros pecados nos son perdonados, cuán cierta la tenemos que el Señor murió por ellos, por no saber de cierto si su satisfacción se aplica á nosotros; mas el corazón nuevo que Dios nos dió cuando nos llamó para sí, si no es señal de su amistad y perdón, con la cual podamos tener confianza que estamos de Él perdonados, el espíritu de hijos que nos dió cuando nos dió amor con Él, como con Padre, ese tenemos por prenda, que en el Corazón de Dios somos estimados por hijos; pues en el nuestro le estimamos á Él por Padre; pues es blasfemia pensar que amando yo á Dios no me ame Él á mí, siéndome dado el amor de su mano. No sienta vuestra merced del Señor en cortedad y estrechura, mas en bondad, como nos está mandado: y alce los ojos á la señal de nuestra salud Cristo, á la prenda de nuestra esperanza, al agradecimiento del Padre, participando de la cual somos agradables á Él y tenemos por su sangre cierta la vida delante del trono de Dios. Y si le parece que sus obras

son menguadas y faltas, así es la verdad. Mas ¿qué parte es eso para desconfiar? Por Cristo fuimos hechos de enemigos amigos, y por Él conservados en su amistad.

Más fuertes contrarios de estar bien con Dios teníamos en nuestros pecados, primero que á Dios conociésemos, que lo son ahora las faltas que hacemos : y como no pudieron los pecados pasados estorbar la fuerza de la gracia que en Cristo nos fué comunicada, tampoco podrán los pecados estorbar la amistad, pues estamos incorporados en Cristo amado del Padre. Buena cosa es sentir nuestra falta y pobreza, mas con condición que sentimos la largueza y riqueza de la misericordia de Dios, y glorifiquemos su bondad en nuestra amistad, pues sufre con amor á hijos tan faltos, ruines y miserables. ¿Por qué priva vuestra merced á Dios de esta gloria de ser ancho en el amor para con sus hijos, que por la fe y amor que á su Hijo tienen les sufre las faltas que ellos tienen y cometen, habiendo ellos llorado sus pecados y hecho verdadera penitencia de ellos? Persuádase ya que hay bondad en Dios para le amar, y que hay merecimiento en Cristo para ser amado por Él; y viva en hacimiento de gracias por los bienes recibidos, y también con el perdón de sus pecados, que cada día comete y cada día recibe; y pelee las guerras del Señor con alegría, como se dice de Judas Macabeo; y con darle Dios lo que le da, espere de gozarle en su Reino, aunque haya de pagar en fuego temporal el heno, paja y madera que hubiere en su ánima. Anhele siempre á mayor aprovechamiento; mas vaya fundado sobre quietud y confianza, que si no creciere más, esto le basta para su salud; porque si á sí mismo se mira, como todos seamos llenos de faltas, nunca en su alma faltará desmayo ni sentiría ser amado: y andando así, ¿cómo servirá al Señor ni contentará á su Santo Espíritu, que en nosotros mora, pues es Él alegre y nosotros le entristecemos con nuestra angustia y desmayo, contra la cual San Pablo dijo (Ephes., IV): *No queráis entristecer al Espíritu Santo del Señor?* Es la suma que conozca sus faltas, y le parezcan muy grandes, y las llore y gima por la confesión y penitencia; pero mayores los bienes que en Cristo tenemos, por el cual confíe ser amado con mucho hacimiento de gracias; y si más no le dieren de lo dado, eso basta para esperar la salud eterna.

CARTA Á UN PREDICADOR,

DE LA ALTEZA Á QUE SON LEVANTADOS

Charissime: Dos cartas de vuestra reverencia he recibido, en las cuales me hace saber del nuevo llamamiento con que Nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos á gloria suya: *Sit ipse benedictus in saecula:* que no se desprecia de tomar por instrumento de tan gloriosa cosa á una cosa tan baja, y hablar, siendo Dios, por una lengua de carne, y levantar al hombre á que sea órgano de la divina voz y oráculo del Espíritu Santo. Cristo hombre fué el primero en quien este Espíritu lleno y vivificativo de los oyentes se aposentó, engendrando por la palabra hijos de Dios, y muriendo por ellos, por lo cual mereció ser llamado (Isa., IX) *Pater futuri saeculi.* Y porque de Él y de sus bienes hay comunicación con nosotros, así como nos hizo hijos siendo Él Hijo, y sacerdotes siendo Él sacerdote, hízonos Él siendo graciosos, Él amado y bendito, semejables á Él; y siendo heredero del reino del Padre, sómoslo nosotros también en Él y por Él si estamos en gracia. Así, porque no quedase en el tesoro de su riqueza cosa de la cual no nos diese parte, teniendo Él espíritu para ganar los perdidos, compasión para ganar las ánimas enajenadas de su Criador, palabra viva y eficaz para dar vida á los que la oyeren, consoladora para los contritos de corazón: *Linguam eruditam ut sciam sustentare eum, qui lapsus est verbo* (Isa., L); quiso poner de este espíritu y de esta lengua en algunos, para que á gloria suya puedan gozar de título de padres de espiritual ser, como Él es llamado, según que San Pablo osadamente afirma (I Cor., IV); *Per Evangelium ego vos genui.* Quiere el amado San Juan que veamos *qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus.* Razón es que con ella agradezcamos, y seamos padres de los hijos de Dios: y por la una y la otra sea conocido Dios en ser largo y bueno sobre los hijos de los hombres.

Debe, pues, vuestra reverencia, para el oficio á que ha sido llamado, atender mucho que no se amortigüe en el espíritu de hijo para con Dios, Padre común, y en el espíritu de padre para con los que Dios le diere por hijos. Por lo primero será reverenciadísima aquella altísima Majestad, adorándola con

humildad muy profunda, no haciendo cuenta de su propio ser, metiéndolo en el inefable abismo del suyo, y serle fiel, buscando en todo y por todo la gloria de Él, renunciando y abjurando *ex toto corde* la propia, diciendo con Josef (Genes., XXXIX): "Todas las cosas que mi Señor tiene me dió en las manos, salvo á ti, que eres su mujer." La gloria de Dios sea para Dios, pues que son para en uno; que si á otro la queremos dar, ¿qué cosa mal casada ni mayor adulterio que la gloria del Criador con la criatura? Esposa buscamos, no nos alcemos con ella: ánimas en las cuales sea Cristo aposentado, y nosotros olvidados, porque más se acuerden de Él, salvo en cuanto Él ve que es necesario, para que por nuestra memoria y estima le estimen y amen á Él. Este deseo de la honra de Dios ha de mover al buen hijo para nunca cansarse á con palabras y obras publicar la fama y renombre de este gran Padre, y no tener aquí otro descanso sino cuando le hubiere hallado algún lugar, en el cual como en templo sea adorado y reverenciado y amado como el único y natural Hijo, que al cabo de esta jornada notificó á lo que había sido enviado, y lo que había hecho en toda su vida: *Pater manifestavi nomen tuum hominibus*. Y no dió sueño á sus ojos, ni entró en el descanso hasta que halló descanso para el Señor, y morada para el Dios de Jacob.

Esta reverencia y celo de la honra del Padre, y esta obra hasta la muerte de cruz, no se aparte de la memoria del que es llamado para el oficio de publicar la gloria de Dios como fiel hijo. Teniendo, pues, el espíritu de su Hijo para con Dios, con el cual *clamamus: Abba Pater* (Rom., VIII); teniendo en nuestras entrañas reverencia, confianza y amor puro para con Dios como un hijo fiel para con su padre, resta pedirle el espíritu de padre con sus hijos, que hubiéremos de engendrar, porque no basta para un buen padre engendrar él, y dar la carga de educación á otro; mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándolos de este lugar de peligro, como el padre suele tener gran cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada. Y este cuidado tan perseverante es una particular dádiva de Dios y una expresa imagen del paternal y cuidadoso amor que nos tiene. De arte que yo no le libro, ni palabra, ni pintura, ni semejanza, que así lleve al conocimiento del amor de Dios con los hombres, como este cuidadoso y fuerte amor

que él pone en un hijo suyo, con otros hombres, por extraños que sean. ¡Y qué digo extraños! Ámalos, aunque sea desamado; búscales la vida, aunque ellos le busquen la muerte; y ámalos más fuertemente en el bien, que ningún hombre, por obstinado y endurecido que estuviese con otros, los desama en el mal. Más fuerte es Dios que el pecado, y por eso mayor amor pone á los espirituales padres que el pecado puede poner desamor á los ojos hijos malos. Y de aquí es también que amamos más á los que por el Evangelio engendramos, que á los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne: y también este cuidadoso amor del bien de los otros pone muy gran confianza al que lo tiene, que Dios lo tiene de él mismo; porque viendo él en su corazón, tan pequeño y miserable, y tan inclinado al propio provecho, arder un fuego vivísimo, y muy más fuerte que todas las aguas, aunque sean de la muerte para con los otros, parécele que más arderá el fuego de amor en el corazón bueno de Dios, cuanto va de bondad á maldad y de fuego á frialdad. Y muy necesario es que quien á este oficio se ciñe, que tenga este amor; porque así como los trabajos de criar los hijos, así chicos como cuando son grandes, no se podrían llevar como se deben llevar sino de corazón de padre ó madre, así tampoco los sinsabores, peligros y cargas de esta crianza no se podían llevar si este espíritu faltase.

Con atención, y casi sonriéndome, leí la palabra que vuestra reverencia en su carta dice, que le parece dulce cosa engrendrar hijos y traer ánimas al conocimiento de su Criador; y respondí entre mí: *Dulce bellum in expertis*. El engendrar no más confieso que no tiene mucho trabajo; aunque no carece de él, porque si bien hecho ha de ir este negocio, los hijos que hemos por la palabra de engendrar, no tanto han de ser hijos de voz cuanto hijos de lágrimas; porque si uno llora por las ánimas, y otro predicando las convierte, no dudaría yo de llamar padre de los así ganados al que con dolores y con gemidos de parto los alcanzó del Señor, antes que al que con palabra pomposa y compuesta los llamó por defuera. Á llorar aprenda quien toma oficio de padre, para que le responda la palabra y respuesta divina que fué dicha á la madre de San Agustín por boca de San Ambrosio: *Hijo de tantas lágrimas no se perderá*. Á peso de gemidos y ofrecimiento de vida da Dios los hijos á

los que son verdaderos padres; y no una, sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios dé vida á sus hijos, como suelen hacer los padres carnales: y si esta agonía se pasa en engendrar, ¿que piensa, Padre, que se pasa en los criar? ¿Quién contará el callar que es menester para los niños, que de cada cosita se quejan? ¿El mirar no nazca envidia por ver ser otro más amado, ó que parece serlo que ellos? ¿El cuidado de darles de comer, aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun de dejar de estar entre los coros angelicales por descender á dar sopitas al niño?

Es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa; y está algunas veces el corazón del padre atormentado con mil cuidados, y tendría por gran descanso soltar las riendas de su tristeza, y hartarse de llorar: y si viene el hijito ha de jugar con él y reir, como si ninguna otra cosa tuviese que hacer; pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrúpulos, con otros mil cuentos de siniestros que toman, ¿quién los contará? ¿Qué vigilancia para estorbar no vengan á ellos? ¿Qué sabiduría para saberlos sacar después de entrados; paciencia para no cansarse de una y otra, y mil veces oirlos preguntar lo que ya les han respondido, y tornarles á decir lo que ya se les dijo? ¿Qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran, porque si se mueren, créame, Padre, que no hay dolor que á éste se iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre? ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno; no con ver que si unos mueren otros nacen; no con decir lo que suele ser suficiente en todos los otros males: *El Señor lo dió, el Señor lo quitó: su nombre sea bendito* (Job, I); porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima á Dios, y sea deshonra de Dios, y acrecentamiento del reino del pecado, nuestro contrario bando, no hay quien á tantos dolores tan justos consuele: y si algún remedio hay es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos luego, nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría, si posible fuese. Cierto, la muerte del uno excede

en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos los otros.

Por tanto, á quien quisiere ser padre conviénele un corazón tierno y muy de carne para haber compasión de los hijos, lo cual es muy gran martirio; y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre, ó le hagan del todo dejar el oficio, ó desmayar, ó pasar algunos días que no entienda sino en llorar; lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar, sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reir con otros, y no hacer como hizo Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos y siendo reprehendido de Moisés porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él: ¿Cómo podía yo agradar á Dios en las ceremonias con corazón lloroso?

Acá, Padre, mándanos siempre busquemos el agradamiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazón querría; porque por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De arte que si son buenos los hijos dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos dan una tristeza muy triste: y así no es el corazón del padre sino un recelo continuo y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado, y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como San Pablo decía: *Yo vivo si vosotros estáis en el Señor.* Razón es que diga á V. R. algunos avisos que debe guardar con ellos, los cuales no son sino sacados de la experiencia de yerros que yo he hecho: querría que bastase haber yo errado para que ninguno errase, y con esto daría yo por bien empleados mis yerros.

Sea el primero, que no se dé á ellos cuanto ellos quisieren, porque á cabo de poco tiempo hallará su ánima seca, como la madre que se le han secado los pechos con que amamantaba sus hijos: no los enseñe á estar del todo colgados de la boca del padre; mas si vinieren muchas veces, mándeles ir á hablar con Dios en la oración aquel tiempo que allí habían de estar; y tenga por cierto que muchos de éstos que frecuentan la presencia de sus espirituales padres no tienen más raíz en el bien de cuanto están allí oyendo; y más es un deleite humano que toman en estar con quien aman y oyen hablar, que en estar tomando cebo

con que crezcan en la vida espiritual. Y de aquí es que no crecen más un día que otro, porque piensan que todo lo ha de hacer el padre hablando; y así hacen perder el aprovechamiento á su padre, y no crecen ellos cosa alguna. Tienen también esta condición, que cualquier tribulación que les venga luego corren á sus padres todos turbados, porque ninguna fuerza tienen en sí; y aunque el padre no deba faltar en tales tiempos, mas decirles que vayan delante Nuestro Señor, y se le representen con aquella pena, porque no pierdan tal tiempo de comunicación con Él, que es el mejor de los tiempos: y para que le oigan con atención les envía Dios la pena, no para que se vayan á consolar con los hombres, y pierdan las grandes lumbres y aprovechamientos que Dios suele dar al que acorre á Él en el tiempo de las tribulaciones.

La suma de esto es que les enseñe á andar poco á poco sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados, mas tengan algún nervio de virtud, y no se dé él tanto á otros, que pierda su recogimiento y pesebre de Dios; porque más provecho hará con hablar un poco, si sale de corazón encendido, que con derramar palabras frías acá y acullá: el medio en esto pídalo á su conciencia, mirando que no se enfríe; y lo que mejor es pídalo al soberano Maestro que se lo enseñe por el espíritu suyo. *Item,* no se meta en remediar necesidades corporales, salvo ordenando en general cómo se remedie, así como ordenando esa cofradía ó cosas semejantes, y con eso cumpla, y sépanlo así sus hijos, que no han de llegarse á él, ni esperen de él favor temporal alguno; porque si en esto no mira, serle ha grande estorbo para el camino que quiere caminar. Y esto está mandado en el Concilio Cartaginense cuarto, canon 17, donde se dice: *El Obispo no haga por sí mismo los negocios de las viudas y huérfanos y peregrinos, sino por el Arcipreste ó Arcediano.* Y dijo abajo, *que solamente entienda en lección y oración y palabra de predicación.*

Ruegos de jueces ó de personas á quien se debe algo, porque suelten ó esperen, huya de ello: y si mucho le importunaren, cumpla con darles una breve carta, en que lo ruegue con toda modestia. Finalmente, de todo esto temporal huya, acordándose cómo el Señor daba en rostro diciendo (Joann., VI): *Buscaisme no por las señales que visteis, mas porque comisteis y os hartasteis.* Esta regla tiene excepción: si supiere de algu-

na particular necesidad corporal, de la cual pende cosa del ánima, entonces puede entender en ella, lo cual acaece pocas veces en la verdad, aunque quien la padece diga que muchas. No descubra á hijos secretos particulares de la comunicación de Dios consigo, ni con otra persona; porque hallará por experiencia tan poco secreto en ellos, que no lo pudiera creer si no lo probara, si no fuere cosa particular de persona secreta que se le pueda fiar. No les suelte la rienda á comulgar cuantas veces quisieren, que muchos comulgan más por liviandad que no por profunda devoción y reverencia; y acaece á éstos venir á estado que ninguna mejoría ni sentimiento sacan de la comunión: y esto es grande daño, y se debe evitar. Téngalos siempre debajo de una profunda reverencia á este misterio; y al que sin ésta viere, repreh éndale y quítele el pan, hasta que mucho lo desee y se conozca muy indigno de él.

Al vulgo basta comulgar tres ó cuatro veces en el año: á los medianos nueve ó diez veces: á las personas religiosas, de quince á quince días, y si son casadas se pueden esperar á tres semanas ó un mes; y á los que muy particularmente viere tocados de Dios, y se conociere casi á los ojos el provecho, comulguen de ocho á ocho días, como aconseja San Agustín. Y más frecuencia de ésta no haya, si no se viese tan grande hambre y reverencia, ó alguna extrema tentación ó necesidad, que otra cosa aconsejase, en lo cual se tenga miramiento de algunas personas cerca de esto. Y creo que hay muy pocos que les convenga frecuentar aqueste misterio más de ocho á ocho días. Y San Buenaventura dice, que en todos los que él conoció no halló quien más á menudo de aqueste término lo pudiese recibir. San Francisco de Paula primero confesaba cuatro ó cinco veces en el año: después de muy santo, cada domingo. Aprendan, en pago de aquella celestial comida, á hacer algún servicio á Nuestro Señor, ó en ir quitando alguna pasión cada día, ó en otra cosa alguna que corresponda á cada vez que comulgare: que allegarse á los pies del confesor, y luego al altar, tornarse ha en tanta costumbre á algunos, que casi ninguna cosa hay más para aquéllos que aquel ratico que están allí.

También me parece cerca de esto, que V. R. no curase de confesar ordinariamente; porque hay algunos peligros en ello, que quizá le turbarán, y porque será tan combatido que no tendrá tiempo para entender en lección ni oración; lo cual con-

viene que nunca se deje, porque luego es todo casi perdido. Si alguna cosa quisieren de él, dígales que le digan aquello particularmente, y respóndales á ello. Y muchos hay que para contar sus necesidades corporales piden confesión, y no cae hombre en ello hasta que ha perdido el tiempo; y dígolo así, porque por maravilla se saca provecho de los que así viven. Otros, para contar una cosa ó escrúpulo piden confesión; debe decir á éstos: mirad, si alguna cosa particular me queréis decir, que no la fiéis de otro, ú os parece que yo la podré remediar, decídmela, que la confesión no faltará con quien se haga, y es un buen proveimiento tener hablado á algunos confesores y platicado con ellos el arte de confesar, para que entrambos sean á una, y enviar á aquéllos los que vinieren á pedir confesión, diciéndoles: yo os daré quien os confiese mejor que yo. Y es bien tener tasa en el negociar; porque si á cada hora que vienen les ha de responder, no le dejarán rato de quietud. Señáleles á la mañana y tarde ciertas horas, y si en otras vinieren, avisen al portero que les diga que vengan á sus horas. *Item,* conviene mucho á los hijos que de nuevo nacen encomendar el silencio; porque como sienten un poco de vino nuevo en el corazón, luego querrían hablar de lo que sienten, y quedan por esto vacíos; porque, como dijo San Bernardo, el más apto instrumento para vaciar el corazón es la lengua: callen y obren, y disimulen todo lo posible el don que Nuestro Señor les ha dado; porque ya sabe el proverbio que dice: «Hablar como muchos y sentir como pocos», y de no guardar este proverbio se sigue, ó que los otros persiguen al nuevo caballero de Jesucristo, y derríbanlo por impaciencia, ó alábanlo por santo, y derríbanlo con mayor caída.

Y, por tanto, mientras el árbol está en flor, bien es guardarlo de todo inconveniente: no se hagan luego maestros, queriendo predicar á los otros: no piensen que los que no siguen lo que ellos, van perdidos; mas pongan los ojos sobre su salud solamente, y óbrenla, como dice San Pablo (Philip., II), con temor y con temblor, dejando el negocio ajeno al Señor, que sabe lo que cada uno tiene y en qué parará. Finalmente, los haga vivir *in timore Domini*, y coman su pan en silencio: y si algún poquito de liviandad de soberbia viere en ellos, repréndaselo gravemente, conforme al Soberano Maestro cuando á los discípulos que se gloriaban, dijo (Luc., X): *Videbam satanam.* Las

recetas generales que se deben dar á los que quieren servir al Señor, demás de las dichas, son cuatro.

La primera, que frecuenten los sacramentos de la Confesión y Comunión, como es dicho; y para bien se confesar se han de examinar cada noche lo que han pasado aquel día, y de allí tomar lo principal, y encomendarlo al papel por cifras, y principalmente á la memoria, para brevemente confesar. La segunda, que sean muy amigos de la lección; porque según la gente está durísima, esle muy provechoso leer libros de romance: libros que son más acomodados para esto, *Passio duorum*, *Contemptus mundi*, los *Abecedarios espirituales*, la segunda parte y la quinta, que es de la oración: la tercera parte no la dejen leer comunmente, que les hará mal, que va por vía de quitar todo pensamiento, y esto no conviene á todos. Los Cartujanos son muy buenos, *Opera Bernardi*, *Confesiones de San Agustín*. La tercera cosa es la oración, en lo cual es menester mucho tiento, porque no se tome en daño lo que Nuestro Señor nos dejó para provecho nuestro. *In primis* les ha de aconsejar se desocupen un poco por la mañana y otro á la tarde ó noche, y recen algunas oraciones vocales á las cinco plagas, ó algunas horas: después de rezar lean un poquito en cosa que sea conforme á lo que quieren meditar, así como si tienen los pasos de la Pasión repartidos para cada día de la semana, lo cual es buen orden.

Y si quisieren hoy pensar en el huerto, lean en aquel paso; y aunque no lo lean todo, no hace al caso, que otra semana pasarán á otro poco; y así á los otros pasos: que con leer recógese el corazón y caliéntase algo, y hallan alguna puerta los principiantes para entrar en la meditación; que de otra manera pasan grave trabajo, si no hace el Señor merced particular: y después de haber leído, mediten un poco por la mañana en un paso de la Pasión, con todo sosiego de ánima, contentándose con aquella vista sencilla y humilde, acatando á los pies del Señor y esperando su limosna y misericordia: y sobre esto oigan Misa, pensando aquel paso que en casa pensaban. En la tarde ó noche recen otro tanto y lean, y después piensen en la hora de su muerte, y cómo han de ser presentados ante el juicio del Señor, y acúsense, y avergüéncense, y afréntense delante del acatamiento de Dios, sintiéndose como si estuviesen presentes, y pongan á una parte los bienes que han recibido, y á la otra los

males que ellos han hecho, y pidan al Señor sentimiento de su propia maldad; y allí pueden pensar un poco en el infierno, y reprehenderse de las faltas aquel día cometidas.

Todo se ha de hacer con el más sosiego que pudieren, para que si Dios los quisiere hablar, no los halle tan ocupados en hablarlo todo ellos, que calle Dios: *Intellige quae dico, dabit enim tibi Dominus in omnibus intellectum.* Avíseles que guarden la cabeza, y que se contenten con estar un rato en la presencia del Señor, aunque otra limosna no reciba; y de aquel meditar, aunque sea seco, se saca algún bien. Algunos hay á quien Dios toma los corazones, y obra en ellos, que no es menester sino recogerse á Dios, y luego hallan tanta lluvia de pensamientos buenos y comunicación de Él, que no han menester sino seguir tal guía. Otros hay tan rudos, que no es menester imponerlos en más que rezar y leer. Entre día encomiende que piensen ó en la presencia de Dios, ó en aquel paso que pensaban por la mañana. Toda esta meditación se ha de hacer no llevando la imaginación á partes lejos de sí, sino dentro de sí, ó á par de sus pies, porque es cosa más descansada y más provechosa para arraigarse en el corazón... La cuarta cosa es, que entiendan en obras de caridad, cada uno según pudiere: quien pudiere dar limosna, casa, consejo, no deje nada por hacer, que aunque algún poco el ánima se distraiga, no cure de ello, ni todo se ha de gastar en recogimiento, ni todo en acción exterior. Alguna penitencia especial, si son mozos: la unción del Espíritu Santo le enseñará, etc. En lo que me manda que le diga algo de los libros que ahora se usan, no tengo cosa que me parezca digna de se la enviar. De lo que yo me he aprovechado en esa parte es la Suma *De vitiis et virtutibus,* de Guillermo Parisien.

Esto es, carísimo, lo que se me ha ofrecido escribir, y sabe el Señor entre cuántas ocupaciones, tomando y dejando la pluma. Bien creo que el Señor le ha mostrado otras cosas mejores que éstas, sino yo atrevíme á decir los males en que yo he caído, para que haya compasión de mí, y ruegue al Señor perdone mis ignorancias que en este oficio he hecho, y dé á V. R. gracia que no caiga en ellas, como yo creo que no lo permitirá. Olido he de su carta que el mundo le es contrario; no le pene ni poco ni mucho; tenga por averiguado que hallará á Dios tan favorable en este negocio, que no lo podrá creer sino quien lo prueba.

Negocio es de Dios, y tan suyo, que no hay cosa en la tierra en la cual ponga Él sus sacratísimos ojos con tanto cuidado y favor como en la vocación y justificación y guarda de sus escogidos. Quiera el mundo ó no, los que Dios tiene determinado que por instrumento del pobrecito predicador se salven, no los podrá excusar, aunque se junte todo el infernal poderío á contradecirlo. Cobre, Padre, un ánimo grande para mandar de parte de Dios al cielo si es menester: todas las cosas crió Dios por causa de los escogidos; y la salud de éstos nos encomendó Él en nuestras manos, para que los llamemos, esforcemos y ayudemos á colocarlos en el cielo. No se ha de pensar que olvidará Dios á éstos que *ab aeterno* para sí escogió y amó: ordene bien lo que ha de hacer: ejecute con toda osadía, y no haga cobarde un oficio y un lugar donde tantos tan osadamente han hablado; y aunque les haya costado la vida de acá, han salido con el bien de las ánimas y de las suyas, que era la empresa que pretendían: asiente en su corazón las palabras de Cristo: *Dico autem vobis amicis meis ne terreamini ab his, qui occidunt corpus,* etc. Y sepa que la diligencia que este Rey nuestro trae en el negocio de la salvación de nuestras ánimas es tan grande, cuanto no se puede hablar ni pensar *Christo gloria, et imperium ni saecula saeculorum.* Amén.

CARTA Á UN RELIGIOSO PREDICADOR

PERSEGUIDO, CONSOLÁNDOLE Á LA CONFIANZA EN DIOS, Y LOS MEDIOS PARA ENTENDER LA ESCRITURA

Charissime: Á quien desea saber qué cosa es el hombre cuando Dios le ayuda y regala, enseñaríale yo una carta de V. R. que los días pasados me envió; y á quien quisiese conocer la flaqueza del hombre cuando anda por sí, enseñaríale ésta que ahora me envió.

¡Oh, válgame Dios y cuán de verdad es Dios nuestra gloria, y el que levanta nuestra pesada cabeza, y la salud de su pueblo, y la lumbre de nuestro rostro, y el báculo de nuestra vejez, y todo nuestro bien; y cuán grande abismo de miseria es el hombre, y cuán pocas cosas lo derriban, y cuán presto se muda como una flaca ceniza delante de un viento! La letra de sus cartas es una, la firma, un hombre suena; mas ¡oh poderoso Dios, y qué va del fulano de la una al fulano de la otra! ¿Quién

dirá que es todo uno el hombre que en una no echa menos á nadie con el favor y regalo de Dios, y en otra le da la agua hasta la barba, y á peligro de se ahogar? Es en la una llevado por la mano de Dios, y enseñado familiarmente de su santa voluntad; y en la otra parece que duda de lo que su misma conciencia y Dios le han enseñado, y anda como á tienta paredes aun en la luz del mediodía. ¿Qué diré sino que el hombre con Dios es como Dios, y el hombre sin Dios es grandísimo tonto y loco?

Pregúntame V. R. si pienso que vive, ó si le cuento por uno de los muertos, pues no le escribo. Respóndole, que no lo olvido; mas guardaba mi carta para este tiempo, porque en el otro no era menester. San Antón se quejó de Nuestro Señor porque en el tiempo de la batalla no veía á Nuestro Señor, y respóndele que allí estaba; mas estaba mirando cómo peleaba para hacerle reinar. ¿Pensaba V. R. que no había de andar á solas sin carretilla y sin que mano ajena le tuviese por la suya? ¿Y cómo, Padre, había de aprender á andar? ¿Todo había de ser comer manjar de niños, *papitas y leche?* ¿Y cómo había de ser perfecto varón? ¡Oh Padre mío! y si no fuese porque veo á V. R. penado, y ¡cuán de buena gana, oyéndole quejar y temblar, me reiría yo, como quien oye á un niño llorar y temblar, porque le han asombrado con un león de paja ó con una máscara! ¿Qué ha, Padre? ¿Qué ha? ¡Así se le ha olvidado lo que dijo Moisés, siendo rogado que sacrificase al Señor en Egipto, y no se fuese al desierto, dejando á los gitanos! Quiéroselo acordar: *Abominationes Aegyptiorum immolabimus Deo nostro, quod si mactaverimus ea, quae colunt Aegyptii coram eis, lapidibus nos obruent.* (Exodo, VIII.) Pues si V. R., con la fuerza de Dios, ha muerto lo que los mundanos adoran, y esto delante de ellos mismos, ¿espántase que lo quieran apedrear? Ellos adoran honra, juicio propio, espíritu propio, duplicidad, tibieza, propio amor y propia fiucia, *et alia idola similia his quae a Moyse abominationes vocantur, id est, a lege Dei. Tu autem homo Dei non idola vana, quae salvare non possunt, sed ipsum qui vere adorandus est, adorasti.*

¿Qué maravilla que haya contienda donde tanta diversidad de pareceres y fines hay? Mas esta contienda levántanla los hijos de ella, y súfrenla los hijos de la paz; los unos mordiendo como canes, y los otros sufriendo y orando, y amando como

corderos; *sed Christo duce*, vencerán los corderos á los perros, y aun á los lobos, que para eso los envía Dios: *Tamquam agnos inter lupos*.

Gran enojo tomaron los Reyes comarcamos á Gabaón porque los de aquella ciudad se habían confederado con Josué, capitán del pueblo de Dios, y por el mismo hecho se juntan cinco Reyes á pelear contra ellos, porque les parecía gran pérdida perder una ciudad tan grande y real, y que se acrecentase aquel favor y gente á Josué su enemigo; y así han hecho los demonios y mundanos con V. R., viéndole darse á Jesucristo, Capitán enviado por el Padre para meter al pueblo de Dios en el cielo prometido; y lloran amargamente, y páranse á contar las calidades del que han perdido: como con ellas se le acrece mucha ganancia al partido de Jesucristo, huelen ya la fuerza que Dios le ha dado para herir corazones, la palabra de Dios, y lloran llanto doblado por lo que ellos pierden y Jesucristo gana. De aquí es la contradicción en todo y de todos; de aquí el combate de los cinco que á una se juntan, y con una voz dicen lo que dicen, y hacen lo que hacen: mas si el combatido enviare mensajeros á su Capitán de devota, y humilde y perseverante oración, como lo enviaron los otros á su Josué, vendrá á él Jesucristo, y hará que venza á sus contrarios, y que les ponga el pie sobre la cabeza, porque hará que desprecie lo que ellos hablan, y meterlos ha en la cueva con una piedra á la puerta, para que viva sin miedo de ellos.

¿Por ventura es V. R. el primer atribulado porque se pasó á Cristo? ¿Ó será el primer desamparado de los que padecen por Cristo? ¿No ve, Padre mío, que la causa por que somos perseguidos no es nuestra, sino de Dios? ¿No ve que le va á Él la honra en ella? Dígame, ¿por qué antes tenía tantos pacíficos, y ahora tantos contrarios? *Numquid quia Christo Domino adhaesisti?* ¿Pues qué Rey habría que no tomase por muy grande injuria, que por sólo haberse uno ofrecídosele por criado, y él recibídole, hubiese quien le despreciase y persiguiese? ¿Por ventura no es deshonra del Rey perseguir á quien le quiere servir, sólo porque entró á vivir con él? ¿No toca esto al Rey? ¿No es causa suya? Es, por cierto. Y por eso dijo David (Psalm. LXXIII): *Exurge Deus, judica causam tuam: memor esto improperiorum tuorum, quae ab insipiente sunt tota die.* Causa es de Dios, y deshonras son de Dios aquellas que al servidor de

Dios se hacen, como es honra de Dios y causa suya cuando á sus chiquitos hacemos bien y los honramos.

Acuérdese, pues, V. R. de la palabra de Dios, que fué hecha sobre el levita Jazihel, confortando al pueblo de Judá, que salía á la guerra, en la cual y por el cual manda Dios que no teman; y la causa es: *Quia non est vestra pugna, sed Dei, ideo non eritis vos qui dimicabitis, sed tantummodo confidenter state, et videbitis auxilium Domini super vos.* (II Paralip., XX.) Y si los que persiguen piensan que no ofenden á Dios en ello, ¿qué se me quita á mí de mi confianza, pues expresamente están amonestados los servidores de Dios, que han de ser perseguidos de gente *quae credam se obsequium praestare Deo* (Joann., XVI) en los perseguir? Ellos padecen por Dios, y porque se llegaron á Dios, y la persecución es contra Dios. Si los perseguidores otra cosa piensan, quizá disminuyen algo su culpa, mas no nuestra corona: y si ellos, engañados, piensan que sirven á Dios, nosotros, desengañados, perseveremos en servir á Dios.

¿Qué se le da, Padre, de pareceres de hombres ciegos, pues está él certificado ser de Dios la doctrina que predica, y ser bueno el modo con que la predica, según por el fruto parece? *Noli esse humilis in sapientia tua, ait Scriptura.* (Eccles., XIII.) Ose despreciar los vanos ídolos con conocimiento y amor del verdadero Dios, y hállese tan rico con el tesoro abscondido que Dios le ha manifestado, que no tenga por daño perder cuanto tenía por lo alcanzar. No estime á Dios en tan poco que quiera dar poco por Él, pues Dios le estimó á él en tanto, que no quiso dar menos que á sí por él. Amado fué en cruz, ame en cruz; caro costó á Cristo, y con gemido le parió, y le ganó: no quiera él ofrecer á Dios *sacrificium gratuitum*, pues David no lo quiso hacer. ¡Qué mayor honra, Padre mío, que padecer por Cristo, verdadera gloria! *Felix injuria (ait Augustinus) cui Deus est in causa.* Negocio es este de amor, y *militiae species est amor:* no son admitidos aquí los cobardes: *immo secundum praeceptum Domini excludebantur a praelio.*

¿Qué se queja, Padre, de palabras y estimas de hombres y juicios de ciegos? *Ecce in coelo est testis tuus, judex tuus qui te justificat, quis est qui te condemnet? Quia minimum est, te ab omni humano die judicari? Si tu pro minimo haberes a minimis judicari, quia omnes, ut vestimentum veterascent, et tinea comedet eos, et ille vere commendatus erit quem Deus*

commendat, etiam si omnes reprobent, quare Pater mi tam parva movent te, pues que *magnus magna pertulit pro te, et magna tibi dabit, et hic et in futuro? Numquid usque ad sanguinem restitisti? Numquid sanctius es Apostolo, qui ait quotidie morior? Numquid narrare poteris persecutiones, contumelias, ictus lapidum, verbera, carceres, quae ille narrat pro Christo pertulisse? Quare Pater delicatu magis militem in praelio Domini? Habens Dominum cujus faciem possuit pater, ut adamantem et silicem, ut nullis contumeliis, alapis caedere noscat ab incepto opere. Deponamus ergo omne pondus, et circumstans nos peccatum, et curramus per patientiam ad propositum nobis certamen aspicientis in actorem consummatorem fidei Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta*, etc.

Y acuérdese de su palabra, *non est servus major Domino suo;* y así como le halla verdadero en las persecuciones que le profetiza, así le espere verdadero en los galardones que promete. Cruz le manda llevar; reino eterno le promete; y si es dura palabra *permanere cum illo in tentationibus*, dulcísima es *sedere ad mensam suam cum eo in regno ejus*. ¡Oh Padre! ¿y por qué hemos de irnos á sentar á aquella mesa de perseguidos, deshonrados, *sectorum, tentatorum, et gladio occisorum*, no habiendo nosotros padecido nada? ¿Qué vergüenza sería parecer predicadores delicados delante aquellos que con tantas persecuciones y derramamiento de sangre lo fueron? Llevemos algo de que gloriarnos; traigamos alguna empresa de amor por nuestro verdadero amador, para que no sea nuestro amor de sola palabra. Hollemos esta víbora de la tribulación; pasemos adelante aparejándonos á mayores cosas; que á la medida de lo que padecemos nos dará Dios los consuelos en el ánima nuestra, y el fruto en las ajenas: no se dejan tomar estas truchas sin que se moje el pescador, pues el Señor de todo aun no quiso ser de esto exento.

Ofrezca, Padre, su vida y honra en las manos del Crucificado, y hágale donación de ella, que Él la pondrá en cobro, como ha hecho otras: *Scio cui credidi, ait Paulus*, etc. (II Tim., I), y no le fué de ello mal. Poco es y momentáneo lo que se padece; y á quien grande parece, es porque él es chico en el amor, y tiene pesos falsos: *Cresce, et manducabis; cibus enim est Christus, et gaudium*. Y aunque se dilate su socorro, Él vendrá y

amansará la mar, y reñirá por la poca fe que en el tiempo de la tempestad tuvo su discípulo; que pues estaba de eso avisado, no se había tanto de turbar; y pues había comido de la mesa del monte Tábor, había de tener esfuerzo para comer de la del monte Calvario; que para eso mantienen al jumento, para echarle la carga; y mientras mayor la refección, mayor carga espere: *Sed dic Pater mi:* ¿cuál quiere más, abrazos de Dios con añadidura de pedradas de hombres, ó carecer de entrambas cosas? Hayamos vergüenza de quejarnos, pues hemos recibido de Dios de que tanto gozarnos: *In re et in spe.* Demostróle su amigo la luz, y luego encerróla en su mano; mas él la tornará á abrir, y la tornará á enseñar con tan grande alegría, que *lapides torrentis dulces tibi sint, et flagellatus gaudeas, quia dignus habitus est pro Jesu contumelias pati.* Probarlo ha querido Nuestro Señor no dejarle: escondióse la madre tras del paño, y está oyendo llorar al niño, que no se halla sin ella; mas ella saldrá, que no se lo sufrirá el corazón, y tomará al niño en los brazos, y darle ha leche; y estará él tan contento, que olvide los trabajos pasados como si no hubieran pasado, y muchos de los que ahora persiguen, seguirán, según la promesa de Dios: *Venient ad te qui detrahebant tibi.* (Isa., LX.) Y si el que á Dios conoce con amor tornase atrás por la persecución de ellos, será acusado el día postrero; y ellos serán los que más gravemente le acusen, diciendo: si te perseguimos no teníamos conocimiento; y tú que lo tenías fuera razón que no lo dejaras; que si nosotros conociéramos lo que tú, no lo dejáramos por persecución de quien no conocía: dañaste á ti y á nos, porque á perseverar en la virtud, viniéramos en conocimiento de ella: y por eso, Padre mío, débese esforzar en el Señor y creer de muy cierto que si persevera, *et per Christum abundat tribulatio tua, ita per ipsum abundabit consolatio tua* (II Cor., I); y que le pagará el Señor con ganancia de ánimas lo que pierde en esotras cosas en los ojos de los mundanos.

Muy bien me parece la ida á alguna parte donde vacase así sólo algún día. Y en lo de la Escritura sagrada le digo, que la da Nuestro Señor á trueco de buena vida y persecuciones: *Vobis, inquit, ipse datum est nosse mysterium regni Dei, caeteris autem in parabolis. Sed qui sunt isti vobis? Vobis discipulis meis diligentibus Deum, ut ait glossa, segregatis a mundo, tribulatis pro me, factis perissema hujus mundi.* (Philip., I.)

Parecíame á mí que en leyendo á San Juan y á San Pablo y á Isaías, que luego habían de saber la Escritura; y veo á muchos leerlos, y no saben nada de ella. Y así veo que *si aperit ille qui habet clavem doctorum, nullo alio reserante scriptura pandetur* (Apoc., III), *ut Hieronymus ait*. Yo no sé más qué decirle sino que lea á éstos; y cuando no los entendiere, vea algún intérprete santo sobre ellos, y especialmente lea á San Agustín contra pelagianos, y contra otros de aquella secta, y tome un crucifijo delante, y aquél entienda en todo, porque él es el todo, y todo predica á éste: ore, medite y estudie. Acuérdese vuestra reverencia del ciego que el Señor sanó con lodo: que después cuando decían si era él el que primero era ciego y mendigaba, y otros decían que no era él, respondió, no tomando la honra falsa, mas confesando su enfermedad y pobreza pasada, y dijo: *Yo era aquel pobre ciego, y ahora veo*. No habemos de haber por malo que nos digan quién fuimos; porque á gloria de Cristo pertenece esta confesión de nuestra enfermedad, y á grande provecho nuestro; porque ya aquí se celebra nuestro juicio, y así escapamos de allá; y no se canse en tornar por sí, ni dar muchas disculpas de su inocencia: *Vos tacebitis, et Dominus pugnabit pro vobis*.

CARTA Á UN PREDICADOR,

SOBRE LA FRECUENCIA DE COMUNIÓN

Charissime: La continua falta de mi salud me hace faltar á vuestra merced en el escribirle, aunque me hace Nuestro Señor merced de darme algún suspiro y oración, que por el bien de vuestra merced yo le presente, suplicándole cumpla Él sin mí y por mí lo que le debo y deseo. En lo que vuestra merced pregunta de la frecuencia de comuniones que en esa ciudad hay, me parece que ninguno debe poner tasa absolutamente en la comida de este celestial pan; pues mirándolo así es bien y gran bien tomarlo cada día, si hay cada día aparejo para lo recibir. Todo el negocio ha de ser ver no haya engaño en el aparejo, pensando que lo hay donde no lo hay; y cierto se engaña alguna gente de la devota en ello, así como los que solamente son movidos á lo hacer porque su amigo ó vecino ó igual lo hace, y algunas de estas personas se afrentan por ser tenidas por menos santas de los confesores, si ven que dan licencia á la

compañera que comulgue, y á ella no. A éstos no los llama Dios á su mesa; su liviandad los lleva, queriendo imitar con igualdad de carne lo que habían de imitar para tener igual llamamiento divino. Y claro es que aunque una persona sea menos buena que otra, puede la menos buena tener alguna causa justa de comulgar alguna vez y más á menudo que la otra más buena, por haber mayor necesidad, ó por estar alguna temporada con más aparejo, y por otras particulares causas que no concurren en la más buena.

Así que, este error se debe mucho reprehender, que cierto es dañoso y osado ir al celestial convite sin llevar llamamiento del Señor de él. Verdad es que aprovecha, y no poco, ver comulgar á otros, y uno de los provechos es gana de imitar tan santa obra; mas han de entender que han de imitar el aparejo, si quieren imitar la obra; así como si uno se va á soledad, ó vive vida en virginidad, ó es predicador, ó cosa semejante, no es bien porque aquél lo hizo hacerlo yo, sin mirar que llevó á aquél espíritu bueno, y me lleva á mí espíritu humano: quísose Dios servir de aquél por allí, y no de mí, y así acá quiere el Señor que uno llegue á su celestial mesa más veces que otro, y por esto no ha de ser regla lo que unos hacen para que lo hagan los otros.

Otros se engañan en pensar que es aparejo suficiente una gana tibia de hacerlo, más fundada en costumbre que tienen que en otra cosa: y si á esto se junta que echan alguna lagrimilla al tiempo de recibir al Señor, tienen por muy bien hecho su negocio; y el engaño de éstos consiste en no mirar al provecho que reciben del comulgar, que es ninguno, ó de no saber que la verdadera señal del bien comulgar es el aprovechamiento del ánima; y si éste hay, es bien frecuentarlo; y pues no lo tienen, no lo frecuenten. Vienen éstos á un mal grande, del cual había de temblar todo hombre que lo oyese, que es recibir al Señor, y no sentir provecho de venida de huésped tan bueno y que ordena esta venida para bien de la posada; y cuando los remedios, y tan grande como éste lo es, no obran su operación, es cosa muy peligrosa y que mucho se debe huir, con condición que se mire que algunos, aunque no parece que crecen, sacan este bien de la comunión, que no tornan atrás, teniendo experiencia que si no lo frecuentan caen en cosas que no caen cuando lo frecuentan; á éstos bien les está hacerlo con frecuencia,

pues se sigue provecho de evitar caídas con la frecuencia del comulgar.

Mas hay otros que ni van adelante ni evitan males, sino con una vida como de molde, no habiendo más ni menos: así como así, á éstos se les debe predicar cuán terrible cosa es meter el fuego divino en el seno, y no calentarse el celestial panal, y no sentir su dulzura y tan eficacísima medicina, y quedarse tan enfermos; débeseles quitar el manjar como á gente ociosa, para que, lastimados con verse apartados de bien tan grande, aprendan á estimarlo en algo y pasen algún trabajo para ir mejor aparejados, castigando con rigor las faltas en que caen, deseando con ardor el remedio de ellas, orando y haciendo el bien que pudieren, para que así vayan al pan celestial con hambre interior; porque, como San Agustín dice: *Panis hic interioris hominis esuriem desiderat*. Aunque algunos hay que tan mal se saben aprovechar de quitarles la comunión, que no por eso se aparejan mejor, sino paréceles que es aparejo el ir más de tarde en tarde que solían; *lo cual no es aparejo,* como San Jerónimo dice muy bien; que de esa manera, mientras más tarde fuese, mejor aparejo llevaría, como lo dicen y hacen los que por desamor, pereza y gana de estarse en sus pecados dilatan la comunión para una vez en el año, pareciéndoles que por ir tarde van con más reverencia que si fueran más veces, aunque llevaran menos pecados y mejor aparejo. Llaman reverencia á un temblor de esclavos, y turbación que de la gran pesadumbre de pecados llevan, y aun gana de huir de la comunicación del Señor, si no fuera por miedo del Mandamiento de la Iglesia. Quien dilata la comunión halo de hacer por algún día ó días, para en aquéllos andar aparejándose con diligencia, y castigando sus caídas, y procurando todo bien, para que así vaya con alguna mejoría al Señor todo bueno, que el sólo pasar el tiempo no mejora á nadie.

Viniendo á lo particular que vuestra merced escribe de la mucha gente del estado de casados que en esa ciudad comulga cada día, digo que me engendra sospecha no ser Dios agradado de ello, por decir que son muchos los que lo hacen; porque como este negocio de comulgar cada día pida muy grande aparejo, y tanto que los teólogos, como vuestra merced sabe, especialmente Santo Tomás y San Buenaventura, hablan de ello más como de cosa posible *quae de inesse,* y esta dificultad de

aparejo crece en el estado del matrimonio, así por los continuos cuidados que distraen el ánima, como por el uso conyugal, que en gran manera le embota.

No entiendo que en muchos haya tan grande santidad que en tan grandes impedimentos haga aparejo, cual quiere Dios, para que cada día le reciban. Tengo creído que éstos no sólo no saben qué es comulgar, más ni aun qué es orar; porque el Apóstol aconseja que para orar se aparten los casados, teniendo por impedimento de ello el usar el conyugal ajuntamiento. Y cuando teme que hay peligro de la parte de la carne, dice que *revertantur in idipsum*. Y conozco yo casados que él y ella se dieron á la oración, y como fueron entrando en ella, entendieron que no venían bien uso de matrimonio y familiar plática y comunicación con Dios; y movidos y enseñados con esta experiencia, apartaron la comunicación de la carne por tenerla con el Señor, que es espíritu, é ha ya tres años que viven así: lo cual concuerda asaz bien con el dicho de San Pablo; porque el espíritu que le hizo á él hablar aquello, hizo á éstos hacer estotro. Pues si es doctrina de Dios no venir bien uso de carne con uso de oración, ¿cómo le parecerá bien que se junten en uno cuidados que impiden la oración, y carne que impide la elevación del espíritu y lo embota para recibir al Señor, que quiere ser recibido, consentido que *dijudicet corpus Domini* (I Cor., XI), y lo discierna de todo lo que no es Él, y esté pronto para conocerle en la habla, como San Juan, y en el frangimiento del pan, como los dos discípulos? Si me dijeran que algún casado ó casada hacían esto cada día, aún me maravillara, mas no mucho: mas que muchas, no alcanza mi fe á creer que el Señor es de ello contento: ni me mueve para aprobar lo que en la Iglesia primitiva se hacía, pues los casados de entonces eran tan sin cuidados temporales, tan devotos y llenos del Espíritu Santo, que con mucha abundancia en ellos se derramó, que no tienen los de ahora por la mayor parte que defenderse con la sombra de aquéllos en el comulgar cada día, pues no los imitan en la vida; y pues de los decretos que entonces se hacían se ve que pedían mucha limpieza en la carne á los casados para comulgar, y el dicho de San Pablo, ya alegado, no era tenido en poco.

Alguna moderación debía de haber en el comulgar cada día, en lo que toca á los casados en general: ni me mueve autoridad

de hombre devoto, que ahora aconseje á todos los que confiesa ó van á él, que hagan lo mismo; porque pienso que dice de la feria como le va en ella, y no mira á muchas partes que en esto hay que mirar: y aunque parezca esto temeridad, juzgar sin oir no valga por juicio, sino por una vehemente sospecha y temor, causado con mucha razón de dichos de Escritura sagrada y de Santos, y de muchas experiencias que tengo: incitar á que vivan de arte que merezcan comulgar cada día, esto sí; San Ambrosio lo aconseja: mas creer que haya muchos casados que hacen esto que es menester para cosa tan alta, yo no lo creo, y absténgome de no lo juzgar. De sólo San Apolonio se lee, entre los Padres de los Monasterios del Yermo, que hacía comulgar cada día á sus monjes; mas habíalo con monjes, y tales como los había en aquel tiempo, y no con casados de éste. Y creo yo sería el cuidado del buen abad tan ferviente por el aprovechamiento de sus monjes, que con su oración y diligencia les haría andar aparejados para la alteza de la obra que les aconsejaba: ni hay ahora aquellos Padres ni aquellos discípulos, ni aquel aparejo, ni aquella vida, que llama San Jerónimo vida de ángeles, y que por oraciones de ellos el mundo se sustentaba. ¡Qué mucho que éstos comulgasen cada día! Júntase á esto lo que toca á terceros, que es la inquietud causada en los maridos por la tardanza continua de las mujeres en la Iglesia, y los males que acaecen en casa por la ausencia de la señora: cosas claras son éstas no ser de espíritu bueno, pues contradicen á los Mandamientos de Dios, dichos por boca de San Pablo (Ephes., V), *que en una parte manda que obedezcan las mujeres á sus maridos como á Cristo, y les sean sujetas;* y en otra, que *sint domus curam habentes* (Tit., II); ó como el original griego dice, *domus custodes.*

Débeles vuestra merced predicar que cumplan con la obligación que á su estado tienen, y que lo que de aquí les sobrare den á su devoción; y no harán poco si reciben al Señor bien de ocho á ocho días, y esto no todas, y algunas más á menudo, que, como he dicho, no hay una regla para todos. En lo que toca á esa persona que confiesa sentir provecho de la frecuencia de la comunión y daño de la haber pasado á ocho días, no se rinda vuestra merced luego: pruebe sí con añadir cuidado si le va bien con este modo de comulgar, que hay gentes que el día que no comulgan no se saben tener en pie, ni hay más de-

voción ni aliento sino de haber comulgado. Bien lejos estaba esto de aquellos Padres pasados, ejemplo de verdadera santidad, que estaban días y meses sin comulgar, mas no por eso desaprovechados, porque la gran diligencia de aprovechar suplía el favor que de comulgar recibían. Y á este espejo es bien que miremos y hagamos á otros que miren, especialmente á mozas, que les va la vida en tratar sus negocios con Dios á solas sin medio de hombres; y si fuesen tales cuales Dios quiere, con pocas comuniones se pasarían, y no alegarían para su andar y hablar: siéntome mal sin comulgar cada día. Niñerías son éstas de gente que pide alfeñique, y no son para comer pan de destetados. Trabajen y revienten por poderse pasar con poca plática de hombres, y si lo hacen así, verán á cabo de poco tiempo otro fruto en sus ánimas; mas si hay pereza y liviandad, no me aleguen que la falta de la comunión lo hace. Lo que me parece que se debe predicar es los grandes bienes que de la frecuencia se reciben; y que ninguno juzgue á otro por comulgar cada día, pues se puede bien hacer; antes se compunja y acuse de flojo é indevoto, pues él no es para hacer bien hecho lo que el otro hace. Y con esto se avise á los que comulgan de los peligros que hay si bien no lo hacen, y que por no poderse dar una regla para todos, ni para uno en diversos tiempos, se remite el cuándo al juicio del confesor, con que sea prudente y devoto, y que parece ser término razonable para gente medianamente aprovechada comulgar de ocho á ocho días, salvo si no se ofrece algún caso particular en la semana: y que quien más que esto quisiere, que le hable á vuestra merced en particular y le dirá su parecer; y á quien viere claro que hay provecho de ello, concédalo; y esto es á pocos; y á los otros quítelo, pidiendo primero lumbre á Nuestro Señor para acertar; y puede ser más largo en esto con personas no casadas que casadas, y con personas de edad que mozas, porque la madureza de seso y reverencia y peso es gran parte para fiarles la frecuencia de la comunión.

Ya sabe que San Francisco el de Asís no comulgaba cada día, ni San Francisco de Paula, aun después de viejo, sino de ocho á ocho días: y con esto entiendo que á los no tan santos es bien comulgar de ocho á ocho días, y también más á menudo; porque entiendo que la necesidad que la malicia de tiempos y engaños del demonio y propia flaqueza causan ahora, pide

mayor recurso al remedio y mesa que contra todos los males acá Dios nos dejó. Yendo á ello no como tan santos como aquéllos, mas porque no lo somos; y como más necesitados, vamos al médico más veces para que nos cure: y así concluyo, que en púlpito se favorezca mucho la comunión, y se dé un poco de aviso para que no se yerre cuando comulgan muchas veces; de arte que queden los tardíos en ella confundidos, y los que la frecuentan favorecidos, aunque avisados; y es muy bien tratar esto en particular con los confesores; y Cristo lo trate con unos y otros por su gran bondad, para que cosa en que tanto va se use mucho, y bien usada. Mi salud es tal cual he dicho, y parece que el Señor me la ha dado para hacer esto: vuestra merced me encomiende á su misericordia, y haga á otros que me encomienden.

CARTA Á UN PREDICADOR,

SOBRE SER BUEN MINISTRO DE LA PALABRA DE DIOS, Y FRECUENCIA DE COMUNIONES

Charissime: Las señas que vuestra merced me da para que de él me acuerde no son menester, porque quiso Nuestro Señor que tenga tanta memoria de vuestra merced, que después de una vez visto no le olvidase más: y cierto, digno es que yo, que soy un gusano, me acuerde de aquel de quien Dios se acuerda para le hacer misericordias y del que de Dios se acuerda para se las servir. Ruego á la misericordia del Salvador Cristo que quiera acabar con próspero fin lo que ha comenzado en esa ánima con tan buen principio, para que no sea *sicut luna, quae semper mutatur,* mas *lux quae crescit usque ad perfectum diem* (Prov., IV). Piense, Padre, muchas veces en qué negocio le ha puesto Nuestro Señor, y verá con cuánta vigilancia lo debe tratar. No tiene Dios negocio que más le importe que el de las ánimas, y por ellas lo crió todo, y Él mismo se hizo hombre, para en la carne que tomó poder comunicarse con los hombres. Gran dignidad es traer oficio en que se ejercitó el mismo Dios, ser Vicario de tal Predicador, al cual es razón de imitar en la vida como en la palabra. Sobre fuerzas humanas es ser buen ministro de Dios en la conversión de las ánimas; y por esto dice el Apóstol (II Cor., II y III.) *Quis idoneus?* Cierto, no de nos-

otros; mas *sufficientia nostra, ex Deo est, qui et idoneos nos fecit ministros novi testamenti: non littera, sed spiritu.*

Trabajemos, Padre, por morir antes que demos *maculam in gloriam nostram,* y pidamos al Señor con cuidado que del todo y en todo obre Él y hable en nosotros; porque nosotros hollados, Él sea el precioso en nuestros ojos y en los de todos: no miremos á otra parte sino á la gloria de Dios; y ésta busquemos, y de ésta seamos pregoneros: que quien mira á la propia es semejable al que fuese á decir á una doncella que la quería por mujer el hijo del Rey, si ella quería dar consentimiento, y el tal mensajero granjease para sí la que había de ganar para el hijo del Rey. Enviados somos que quieran á Cristo, pues que Él las quiere; miremos no nos busquemos á nosotros, que sería extrema traición. Fidelísimo fué Cristo á su Padre, cuya gloria siempre predicó y buscó en los milagros que hacía y palabras que predicaba; todo decía que le venía del Padre, y que alabasen al Padre; y así los predicadores de Cristo su gloria han de predicar, y á Él referir todo lo que bien obran y hablan, para que así sean coronados por Él, como Él lo fué por el Padre. *Todas las cosas dijo Josef que le había dado su señor,* mas no la mujer, aunque ella lo convidaba consigo. Y así piense el pregonero de Cristo que todo lo que quisiere le dará Él, salvo la honra y el amor de las ánimas, que esto, Padres, aunque se os ofrezca no lo habéis de tomar; mas holgarvos con que amen á Cristo y le honren, y á nosotros que nos aborrezcan y huellen y nos escupan en la cara, para que así ganen ellos y ganemos nosotros, ellos con mirar á Cristo, nosotros con ser despreciados por Él. Muchas veces, Padre, acaece en este oficio ser honrados y ser despreciados; mas el siervo de Dios, tan sordo debe pasar á lo uno como á lo otro, aunque más se debe alegrar con el desprecio que con la honra, cuanto más le hacen, conforme á Cristo, que por buscar la honra del Padre fué Él deshonrado.

Tengamos la conciencia pura y nuestros ojos puestos en Dios, y esperemos su reino, que todo lo que acá se puede ofrecer es ruido que presto se pasa, y ligeramente es vencido de quien vive bien y se esconde en las llagas de Cristo, pues para nuestro refugio están abiertas. Allí hallamos descanso para cuando somos de la prosperidad combatidos y de la adversidad, y ninguna cosa puede turbar á quien allí ha fijado su pensamiento. Dícenme que vuestra merced trabaja mucho: querría

que se emplease algo menos en las confesiones; porque cierto somos de carne, la cual es flaca, aunque el espíritu sea fuerte; y no querría verle como yo, estoy lleno de indiscretos trabajos, que á cada sermón me da una calentura.

Esto es en cuanto á lo del cuerpo, en lo cual encomiendo que ni sea regalado, ni demasiadamente lo trabaje. Y porque por carta no se puede esto especificar, baste esto. Cuanto á lo del ánima, le encomiendo que de tal manera aproveche á otros, que nunca pierda su oración mental y recogimiento; y en esto mire muy mucho, porque he visto algunos que han dado cuanto tenían, y quedáronse pobres para sí y para otros. Suelen, Padre, decir que de ello con dello; y en la limosna temporal dice San Pablo (II Cor., VIII): *Non ut aliis sit remissio, vobis autem tribulatio, sed ex aequalitate.* Más dura y más aprovecha lo que va más poco á poco, y más imprime una palabra después de haber estado en oración, que diez sin ella: no en mucho hablar, mas en devotamente orar y bien obrar está el aprovechamiento: y por eso así hemos de mantener á los otros, como nunca nos apartemos de nuestro pesebre, y nunca falte el fuego de Dios en nuestro altar. No sea, pues, muy continuo demasiadamente en darse á otros, mas tenga sus buenos ratos diputados para sí; y crea en esto á quien lo ha bien probado. También le aviso que no se dé mucho á confesiones de mujeres, especialmente mozas, que es una muy peligrosa negociación si no hay muy particular don de Dios que haga la carne como insensible. Y generalmente ponga más los ojos en aprovechamiento de hombres; porque si comienza á mirar á ellas, no le vagará entender en otra cosa, según hacen gastar el tiempo en cosas de poco provecho. Su principal intento querría que fuese predicar, que mucho hará si bien lo hace; y el confesar ni tomarlo del todo, ni dejarlo del todo. Espero en Cristo que Él enseñará el cuándo y cómo y á quién.

Sabido he que se usa mucho la comunión por allá, y en algunas tierras más de lo que yo querría, aunque no hay cosa que á mí más alegría me dé que este ejercicio cuando es como se debe hacer. Visto he algunos que siendo flojos en el cuidado del aprovechar, piensan que con comulgar muchas veces y con sentir un poco de devoción entonces, que dura poco y no deja fruto en el ánima de aprovechamiento, les parece que comulgan bien; y después vienen á perder aun aquella poca devoción,

y quedan tales que no sienten ya más de la comunión que si no comulgasen, lo cual se causó de la frecuentación de este sacrosanto misterio sin haber vida digna de ello. Por tanto, esté sobre aviso, que no todas veces abra la puerta de este sagrado y divino pan; mas mirando la conciencia de cada uno, así dispensarlo.

No querría que hubiese quien más frecuentemente lo tomase que de ocho á ocho días, como San Agustín lo aconseja, salvo si no hubiese alguna tan particular necesidad ó particular hambre que pareciese hacer injuria á tanto deseo quitarle su deseado; y á los demás, ó de quince á quince días, ó de mes á mes se les dé, avisándoles que si les deleita este convite, que les ha de costar algo en la enmienda de la vida, que si viven flojamente no quieran recibir el pan, que para los que se dan y trabajan en resistir á sus pasiones y en mortificar su voluntad se ordenó. Cierta sentencia es la de San Pablo (Thesal., III), en el un pan y en el otro, *que quien no trabaja no coma,* que de otra manera el pan come de balde; y este santísimo pan, ¿quien sin trabajar y pelear lo tiene en su ánima? Y no olvide, Padre, de encomendar á los que á Dios se allegaren, que obren y callen, no presuman enseñar á otros, antes tiemblen de nombrar al Señor en su boca, y piensen, aunque muy adelante les parezca que están, que no han comenzado. Nunca vi durar mucho en el bien á quien presto lo parla. No hagan caso de revelaciones, ni digan lo que en su corazón sienten sino es á su confesor, y esto no, sin necesidad, sino para pedirle consejo por no ser del demonio engañados. Escondan las buenas obras lo más que pudieren: si no acaecerles ha lo que á las florecitas del árbol, que un viento qne viene se las lleva por su ternura. De estas y otras cosas es menester avisar á los que comienzan á servir al Señor, porque no pierdan por imprudencia la merced que el Señor les ha hecho, y lloren después cuando se les haya ido la gracia, la cual no tornará tan presto como se va. Encamíneles en leer buenos libros, y vuestra merced también lea, ore y ruegue al Señor por mí.

CARTA ADMIRABLE

AL MAESTRO GARCÍA ARIAS, PREDICADOR: ENSÉÑALE CÓMO SE HABRÁ CONSIGO Y CON LOS PRÓJIMOS

Muy reverendo Padre mío: Puesto que he sabido que mi carta no ha parecido allá á todos muy bien, no dejará de obedecer la voluntad de vuestra merced, que quiere ser informado de lo que debe hacer, pues con tanta humildad lo demanda que parece que lo debo tomar por mandamiento de Dios, cuyo favor invocando digo: que el ejercicio principal de vuestra merced, por ahora debe ser en quitar los ojos de la encomienda de la vida ajena y ponerlos en la suya, y rogar á otros que le ayuden á ello. Y la regla particular que para esto me pide parece que debe ser ésta: recogerse ha cada noche en tocando á la oración del Avemaría, ó un poquito antes, é hincando las rodillas, hecha la señal de la cruz, diga el *Confiteor Deo* y el Salmo de *Miserere*, é hiriendo sus pechos confiese al Señor su propia indignidad y pecados, pidiéndole misericordia por el sacrificio de la Pasión de su Hijo, que amansó la ira que nuestros pecados merecían; y luego se sosiegue de rodillas, si lo pudiere sufrir sin daño del cuerpo y sin vagueamiento del pensamiento, el cual suele acaecer cuando el cuerpo está penado, ó sentado en el suelo ó en silla.

Piense con atención en el paso de su muerte lo más entrañablemente que pudiere, como si en ella estuviese, notando particularmente cómo estará en la cama, la candela en la mano, y todo lo demás que el Señor le diere; y tras esto, cómo salida el ánima quedará acá el cuerpo, y será llevado á enterrar, y haga cuenta que oye los cantos y lloros, y todo lo demás que se suele hacer; y cómo echado su cuerpo debajo de la tierra, será hollado, y quizá de los animales, y podrá ser que anden rodando los huesos y les den con los pies. Y pues esto ha de venir, haga cuenta que ha venido, y dése por muerto á este mundo, volviéndole de verdad las espaldas y echando de su corazón toda criatura y todo amor de honra y todo temor de deshonra, y haga cuenta que ya está en el otro mundo, y viva acá cómo en una inmutabilidad entre las mudanzas, mirando cómo ya es todo pasado, y él y los que ve están ya olvidados, y todo se ha ya pasado, así como agua que corría con zurrido. Y cumplido con

el pensamiento del cuerpo, piense cómo su ánima ha de ser juzgada con verdadero juicio, y preséntese delante del tribunal de Cristo ni más ni menos que se presenta un ladrón delante de un juez, las manos atadas y los ojos bajos y con vergüenza en el rostro, porque le tomaron con el hurto en las manos.

Piense cómo allí será acusado de demonios y de su propia conciencia; y trabaje por sentir esto, que no el pensar, mas el sentimiento es el fin del pensar; y entonces debe suplicar al Señor que le haga merced de le descubrir algo de los méritos de su proceso, y darle á entender quién ha sido en la vida pasada, y qué ha hecho contra Dios, y qué ha hecho Dios con él, comenzando desde que fué criado, y qué bienes ha recibido de Dios, y cuán mal le ha respondido á ellos: el cual pensamiento, cuando viene de espíritu humano solamente hace entristecerse un poco; mas cuando viene del espíritu del Señor es tan lucido, que ve el hombre en sí tal indignidad que le parece milagro sufrirlo la tierra, y tiene mucho que hacer en creer que tiene Dios tanta bondad que baste para le sufrir: y tiene tan grande enojo contra sí mismo por haber así vivido, que si no fuese por no ofender al Señor, pondría las manos en sí mismo, y desea que todas las criaturas vengasen la injuria de su Señor. Lo que aquí se siente cuando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir, porque es por espíritu sobrehumano. Y no debe vuestra merced acordarse muy en particular de todos los pecados: basta acordarse de algunos más graves, que humillen mucho al hombre; y en lo demás, mirarse en general como una cosa abominable, á lo menos después de haber algunos días examinádose particularmente.

Tras esto debe pensar los infernales tormentos y los del purgatorio, y el día del juicio; y el fin de esto es el sentirlo. Debe también examinar los defectos aquel día hechos, y sentirlos más que los pecados pasados, mirando muy atentamente sus inclinaciones, y pedir luz al Señor para escudriñar este abismo, que sólo Dios le escudriña, y el hombre cuanto Dios le da de lumbre para ver los rincones de él. Esto es en lo que se debe ocupar desde en anocheciendo hasta dos buenas horas, que sean las ocho ú ocho y media, y luego coma un bocado de cosas livianas; porque así ha de ser la cena, que en ninguna manera dé pesadumbre al ánima para entender en la oración. Y querría que sobre la cena no hablase, mas que guardase silencio desde

anocheciendo hasta haber dicho Misa otro día. Digo, pues, que después de haber tomado el bocado, debe rezar vocalmente alguna cosilla, y leer algo que más le incite á devoción que á sutileza de ingenio, y en esto serán ya casi las nueve y media; y entonces aparéjese un poquito para dormir, lo cual ha de ser como lo hacen los otros para morir. Y recogiendo un poco el ánima, y encomendándola en las manos del Señor, duerma pensando cómo le han de tender en la sepultura, ó cómo el Señor fué sepultado. Y comenzado á dormir á las diez, dormirá hasta las tres, y entonces levántese y rece Maitines; y éstos acabados, piense, hincadas las rodillas, un paso de la Pasión del Señor, tomando cada día un paso, porque no ande vagueando con el pensamiento; y puede ordenarlos así.

Que el lunes piense la ida al huerto y oración y prendimiento. Martes, desde allí hasta la columna inclusive. Miércoles, la coronación y Ecce-Homo. Jueves, la sentencia y llevada de la cruz. Viernes, la crucificación y muerte. Sábado, la deposición de la cruz y sepultura. Domingo, la resurrección y gloria que tienen los del cielo, figurada en la resurrección de Cristo. En esto estará casi dos horas, y después recline un poquito la cabeza para tomar un poco de sueño, por causa de la cabeza, hasta las seis ó seis y media. Y después rece Prima, Tercia y Sexta. Y póngase en oración, aparejándose para la Misa, pensando en este profundísimo misterio. Y considerada su propia indignidad, irá á recibir á Aquel mismo cuya Pasión pensó en la madrugada. Porque pensando al Señor en la Misa de la forma que lo pensó en su oración, ayúdase mucho lo uno á lo otro.

La Misa acabada, recójase media hora á dar gracias y holgarse con el que en sus entrañas tiene, y aprovéchese de Él, no de otra manera que como cuando acá vivía fué recibido de Zaqueo ó de Mateo, ó de otro que se lea, porque el más quieto tiempo de todos es aquel mientras el Señor está en nuestro pecho; el cual tiempo no se debe gastar en otra cosa, si extrema necesidad á otra cosa no nos constriñese. Tras este ratico estudie hasta comer, que serán un par de horas, y el estudio será comenzar á pasar el Nuevo Testamento, y si fuese posible, querría que lo tomase de memoria. El estudiar será alzando el corazón al Señor, leer el texto, sin otra glosa, si no fuere cuando algo dudare, que entonces puede mirar á Crisóstomo ó á

Nicolao, ó á otro que le parezca que declara la letra no más: y no se meta sino en saber el sentido propio que el Señor quiso allí entender, que por ahora no es menester leer más.

Después de comer huelgue un poco el pensamiento, que aunque parece que cuando pican la piedra del molino no se hace nada, mas mucho se hace en aparejarla para más moler. Y si su cabeza ha menester un poco de sueño, tómelo enhorabuena, y después rece Nona y Vísperas y Completas; y gaste la tarde en provecho de sus prójimos de esta manera: que sepa qué enfermos hay peligrosos para morir, y váyalos á visitar y animar, y trabaje por hallarse á la muerte de ellos, porque ganará mucho él y aprovechará mucho á ellos; yo tras vaya al hospital, y consuele á los enfermos; otra vez, si supiere que algunos están en discordia, que cree podrá aprovecharles, háblelos; y querría que ordinariamente leyese, habiendo algunos mancebos bien inclinados, cada tarde alguna cosa de buenas costumbres, así como Tulio ó Eticas de Aristóteles ó algo de Platón, ó cosas semejantes, sin meterse en misterio de cosa de cristiandad, porque de aquéllos ha de tenerse por insuficiente aun para ser discípulo; y en esto se pasará la tarde, y sucederá la orden ya dicha. Resta avisarle de algunas cosas acerca de lo dicho, que cuando pensare la Pasión no se vaya el pensamiento muy lejos de sí á los lugares do acaeció lo que piensa; mas todo lo piense como si dentro de sí mismo ó cerca de sí acaeciese, y no trabaje por llorar ni sentir pena, sino lo más sosegadamente que pudiere.

Imagine, no con demasiada fuerza, el paso que quiere, y párese á mirar simplemente lo que el Señor pasaba, como si presente estuviera.

Digo simplemente, porque no ha de curar de razones, ni de mucho discurrir de pensamientos; mas con una vista sosegada, á modo de inteligencia, mire al Señor, y las más veces sus pies, y considerarlo cómo estaba, esperando lo que el Señor allí le diere; porque lo principal de este negocio es recibir los movimientos ó influencias del Señor, y antes que éstas vengan *est vanum ante lucem surgere* (Psalm. CXXVI), aunque se debe hacer lo que en nosotros es: y lo que entonces le fuere dado, ahora sea compasión, ahora sea amor, ó temor, ó dolor de pecados, ó edificación de costumbres, ó lágrimas, tómelo sin desechar nada; y si ninguna cosa le dieren, no se altere; mas re-

nunciándose en las manos del Señor, tenga por muy grande merced haber su Majestad consentido delante su presencia un tan hediondo leproso como él es; y con esto se consuele. *Item*, si pensando en algunas cosas de las dichas sintiere que el ánima se deleita de dejar aquello y pensar otro, debe seguir lo que el ánima quiere con libertad, con tal que no sea á cada viento, sino cuando sintiere que es llevada á otra cosa: que si no, estése quedo, aunque no sienta devoción en lo que piensa. *Item*, trabaje de las más veces que pudiere recogerse dentro de su corazón todo el día, aunque ande en ocupaciones, y traiga á la memoria el paso de Pasión que aquel día le cabe de pensar; porque los que esto no hacen, hállanse muy indevotos cuando después tornan á la oración: y por esto decían los Santos Padres del Yermo que debía el monje hacer algunas oraciones breves y frecuentes, porque no se apagase la oración. *Item*, porque hay algunos que no pueden entrar en el pensamiento de la Pasión sino tarde y con mucha pena, es bien que sepa, si fuere uno de éstos, que es muy buen remedio comenzar primero á leer algún libro devoto de la Pasión, y leer aquel paso que entonces quisiere pensar, y quédanse en la memoria las circunstancias de aquel paso, y queda la voluntad algo movida. Querría que vuestra merced lo hiciese, y de los libros que para esto me parecen mejor es *Passio duorum*, ó la primera parte del *Abecedario espiritual;* probándolos verá cuál es mejor. *Item*, se debe ejercitar en libros simples, que sean devotos y espirituales, así como *Vitas Patrum y Casianus de Collationibus Patrum*, *Summa de virtutibus et vitiis*, sin el cual no esté; y éstos bastan por ahora. Oiga sermones de persona que le pareciere que mora en ella Dios, y de buena doctrina, y comunique con los tales poco y como discípulo durísimo, y mire bien lo que le fuere dicho, y óbrelo. Suelen venir en la oración algunas cosas muy vivas para el entendimiento; y otras veces la misma persona que ora se pone allí para predicarlo ó enseñarlo, ó para saberlo no más.

Todo lo cual ha de mortificar vuestra merced enderezando su intención á su propia edificación, y diciendo á su ánima que aquellos ratos los quiere para sí mismo; que no quiere allí aprender cosas para otros; que otro tiempo habrá para ello: y así, en toda simplicidad y humildad busque el provecho de su ánima, sin querer hacer escuela del entendimiento lo que es de la vo-

luntad. Lo que en su corazón pasa con Dios cállelo con grande aviso, como debe callar la mujer casada lo que con su marido pasa; y no diga palabra por la cual le puedan tener en algo; mas con toda disimulación y llaneza conversará con sus prójimos, para que no le sean estorbo para la comunicación del Señor. Isaías dice (cap. XXIV): *Secretum meum mihi;* y dice San Bernardo que lo ha de tener el siervo de Dios escrito en su celda y corazón. Esto está en la Epístola *ad Fratres de Monte Dei*, la cual lea, y si quiere también los *Cantares*. No descubrir su corazón es cosa que le ayudará para mucho sosiego. Diga Misa cada día, aunque no sienta devoción, y confiese á más tardar de tres á tres días con profundo conocimiento de sus males y crédito, que son muy más y mayores que él conoce, y con entera fe y devoción en este Sacramento por la palabra del Señor: *Quorum remiseritis peccata* (Joann., XX); y si Dios le da luz con que se conozca y fe para esta palabra, serle ha este santísimo Sacramento grandísima dulcedumbre y consolación. Si alguna persona le importunare mucho que la confiese, hágalo con aquel aparejo como cuando va á decir Misa; y no querría que fuesen mujeres, ni que fuese á muchos, sino á alguna cosa particular que parezca mandarla Dios. En el predicar debe pensar que no es para ello; y *secundum indulgentiam dico*, y no *secundum imperium*. (I Cor., VII.)

Los Advientos y Cuaresmas predique de ocho á ocho días poco más ó menos, estudiando primero el sermón tres ó cuatro días sin congoja, y el día antes del sermón ocuparlo en gustar lo que ha de decir, y no predicar sin estudio ni sin este día tener recogimiento particular. La exterior conversación sea llana, sin que pueda notar de él devoción exterior, y sin juzgar á nadie, ni llorar las perdiciones de los otros; mas olvidado de las faltas ajenas, y mirando sus bienes, volver los ojos sobre sus propios males, y éstos llorar y remediar. Esto es lo que se me ha ofrecido por ahora y de prisa, y lo que más se ofreciere escribiré á vuestra merced; y lo uno y lo otro examine vuestra merced para tomar lo que bien le pareciere, que yo con tal intento lo escribo.

CARTA Á UN PREDICADOR

ENSÉÑALE DE QUÉ ESPÍRITU SE HA DE GUARDAR, Y CÓMO DEBE SEGUIR LA ESCRITURA SANTA

Recibí la carta de vuestra merced, y á las tinieblas que en esa ciudad me dice haber, le respondo en una palabra, que no tiene Nuestro Señor tan olvidado su rebaño que permita prevalecer mucho tiempo el engaño de la mala hierba por buena. La doctrina que no va conforme á la enseñanza de la Iglesia romana, la cual quiso Dios que fuese cabeza y maestra de todas, cierto perecerá con sus autores, aunque sean más que tiene la mar gotas de agua, y más altos que las estrellas del cielo: no es planta de la mano de Dios el sentido ó palabra que á este crisol no está sujeto y á este dechado conforme, y por esto *tandem eradicabitur*. Verdad es que algunas veces quiere Dios que esto se saque á luz con trabajo de sus verdaderos ministros y con lágrimas de sus verdaderas y simples ovejas; mas no debe cansar el trabajo del cual se espera cierto fruto, y tal fruto. Dos cosas hay en que muchos han errado, y de errores irremediables: una cuando vienen á decir: el espíritu de Dios me enseña, y él me satisface; porque entonces le parece que sujetarse á parecer ajeno es creer más á hombre que á Dios, y huyen de su remedio, poniendo por título la honra de Dios, como en la verdad sea su propia soberbia: la otra cosa es alzarse con la palabra de Dios y con el entendimiento de ella: éstos suelen mucho ensalzar la honra de la divina palabra, y es tanto su hierro, que pensando que ellos se rigen por ella, son regidos por su propio sentido, porque quieren entender la palabra de Dios como á ellos parece, y no de otra manera; y, en fin, diciendo que la sola palabra de Cristo ha de reinar, vienen á querer que reine su propio sentido, pues ellos quieren ser los que den el sentido á la palabra de Dios, y la hacen que quiera decir esto ó aquello.

¿Qué cosa habría más mudable é incierta que la Iglesia cristiana, sí á cada uno que dice que tiene el sentido de la palabra de Dios hubiésemos de creer? Aquello sería verdaderamente ser regida por pareceres de hombres, pues aunque haya palabra de Dios en el entendimiento, es de cada hombre: por esto el Señor que nos dió su palabra nos dió varones santos en

quien Él moró, para que nos declarasen la Escritura con el mismo espíritu que fué escrita; para lo cual ni es bastante el ingenio sutil, ni el juicio asentado, ni las muchas disciplinas, ni el continuo estudio, sino la verdadera lumbre del Señor, la cual cierto estamos más ciertos haber morado en los santos enseñadores pasados que en los no santos de ahora: y si los pasados en alguna cosa como hombres faltaron, para eso está la Iglesia romana, á la cual en su Pontífice es dado poder de las llaves del reino de los cielos, y de apacentar la universal Iglesia: y á quien esto está dado, también le está dada la lumbre para discernir y juzgar cuál ó cuál es la verdadera doctrina y verdadero sentido de la Escritura; porque ¿cómo tiene llave, si no abre la verdad por encerrada que esté? ¿Y cómo apacentará, si no me dice qué he de creer, pues el pasto es de doctrina? Así que, en esto, señor, haga lo que hace, y busque oraciones que lo pidan al Señor, que Él tornará por su verdad, como lo ha hecho en otros mayores conflictos, y abajará toda ciencia, que con soberbia se ensalza, con la firmeza de la piedad cristiana.

OTRA PARA UN CABALLERO

DE ESTOS REINOS QUE ENTRÓ ES RELIGIÓN

Sabida la mudanza de vuestra merced y la causa de ella, he dado muchas gracias á la inmensidad de la bondad del Señor, que tan de veras ha buscado á vuestra merced y tan misericordiosamente le ha hallado y fuertemente llevado adonde sin impedimentos de ocupaciones extrañas puede darle su corazón todo por morada sosegada y apacible, en la cual Él trate y tenga sus deleites, según Él lo acostumbra hacer con sus escogidos: no son estas pequeñas mercedes, ni se pueden pasar sin conocimiento y agradecimiento, pues tengo creído que este es el sacrificio que el Señor muy de propósito pide en recompensa de sus mercedes, y por falta de esto ha quitado á muy muchos las dadas. Y tanto más conviene á vuestra merced mirar esto, cuanto su merced fué mayor por los peligros que le amenazaban mayores, por la grandeza de su persona y ocupaciones que según el mundo le acompañaban; y así como no ha hecho Nuestro Señor menor hazaña en dar á vuestra merced luz para que, dejadas todas las cosas, le vaya á buscar,

que en dar estrella á los Magos para que hiciesen lo mismo, adore vuestra merced á Dios, y tiéndase en el suelo, conociendo su nada delante su alta Majestad, y agradezca *ex intimo corde* la merced recibida: ofrézcase en perpetuo don á aquel cuyo es por muchos títulos; y no es de los menores haber buscado y hallado al perdido, y puéstole en el lugar de los honrados de su casa por su sola bondad.

¡Qué corazón hay que no se enternezca con esta merced y de verse prevenir de tal mano, que como á quien le van dando en porfía su bien y nuestro mal, nos ha tan poderosa y aventajadamente vencido, que no se ha contentado con enviar mensajeros de fuera y de dentro, mas tómanos por la mano, como á otro Lot, y sácanos del lugar de peligro al monte donde nos salvemos!

No olvide vuestra merced esta salida de Egipto, que es cosa en que intervienen grandes maravillas de Dios, si no se alcanza sino por el derramamiento de la sangre del Cordero, que ha dado voces delante del Padre, pidiendo que sea aplicada á la ánima de vuestra merced, limpiándola de todo terreno deseo, y consagrándola al deseo del amor santo. Oído ha sido Cristo orando por vuestra merced según podemos conjeturar, dándole al Padre esta joya para que de vil la haga preciosa, y sea puesta en la cabeza del mismo Cristo como jornal de sus grandes trabajos que por las ánimas pasó. Grande fué la guerra, y salió vencedor de ella, y dale al Padre ánimas que corran tras Él y le adoren, y *vinctis manibus post illum currant:* apareje alas para le servir, pues se ve redimido por Él. Parte es ya vuestra merced de Cristo, despojo es de su victoria, tierra que le ha cabido en suerte para que la labre y riegue y haga fructificar.

¡Oh, dichoso vuestra merced si sabe conocer su dicha, y de quién y por quién le ha venido! Pídale vuestra merced, pues tanto le ha dado sin merecerlo, que no consienta esta bondad que á otro sirva su corazón si á Él no; que no miren sus ojos sino á tal hermosura y á tal Dios, bueno para vuestra merced. Gran carga le ha sido echada en trueco de las muchas de que le han descargado, porque es deudor de entrañable amor y diligente servicio á Señor que le ha descargado y dado ligereza de ciervo para correr sus caminos. En esto piense, y esto agradezca; y porque es tan pobre para pagar como lo fué para merecer lo recibido, haga cesión de bienes en las manos de su Se-

ñor, pidiéndole le tome por suyo y á su cargo para servirse de él á su contento, y suplicándole haga Él lo que quisiere de nos. Mucho creo que he hablado para ánima á quien Dios habla, á la cual suele ser fastidiosa (y con razón) toda humana habla; mas el alegría que en el Señor he tomado, y el mandarme vuestra merced le escriba, han sido la causa. Plegue á la bondad soberana, que tan piadosa le ha sido, acabe lo comenzado para perpetua gloria suya. Yo hago diferencia de los títulos con vuestra merced, dejando los que según al siglo perecedero le convenían, y le escribo como á persona del todo ajena de este y doméstico de Cristo, otros que á este instituto son convenientes.

Y pues vuestra merced esto ha deseado, y es cumplido, cuide que pues ha aborrecido los nombres de este siglo, aborrezca los afectos de él, y de todo corazón se pase al siglo por venir, *cujus pater Christus est;* el cual no tanto consiste en tiempo presente ó futuro, cuanto en espíritu, el cual viene tras la carne, pues *non prius, quod spirituale, sed quod animale;* y por eso se llama *saeculum futurum.* Y tanto me debe vuestra merced cuidar esto cuanto más trabajoso le será hacerlo, pues quien más tiene que dejar, más dificultosamente lo deja, y los mayores impedimentos hacen correr con menos ligereza: y esto es lo que tiene quien más alto es en este mundo; lo cual no conoce hasta que quiere correr hacia el otro; y cuanto más aprisa, tanto más lo sentirá; y entonces se desengaña por experiencia de lo que el mundo cree ser mejor lo alto de aquí que lo bajo y pobre.

Así creo habrá acaedido á vuestra merced si ha comenzado á seguir á Cristo de verdad, ó lo sentirá si comenzare: y lo que en esto le debe consolar es que el Señor que quiso por criado al más impedido y aherrojado, dará mayores fuerzas para le servir que á otro no tan inhábil diera. Y así se represente vuestra merced delante del Señor que le llamó y quiso, suplicándole que aunque sea más á costa y á más vergüenza de vuestra merced, le dé todo aquello con que le sirva mucho, pues mucho le debe; y mírese como á persona que acude con diez, con lo que otro acudiera con veinte, y pida perdón de tener ocupado aquel caudal con tan poca ganancia, haciendo gracias al dadivoso Señor, cuyas obras son grandes para los pobres: y viviendo con temor y temblor de verse tan indigno de tal lugar, názcale de aquí la debida reverencia á todos los pró-

jimos, teniéndolos encima de su cabeza y haciendo por ellos, como esclavo por señores, lo que pudiere, mirando cuán misericordiosamente lo ha hecho Cristo Nuestro Señor con él, y tendrá buena esperanza de salir con el negocio si tuviere este conocimiento que he dicho, y gastará bien su vida si cada día tuviere por el postrero. Cristo sea con vuestra merced. Amén.

CARTA DEL AUTOR PARA UN CABALLERO

QUE PRETENDÍA ENTRAR EN RELIGIÓN, SOBRE LLEVAR LA CRUZ EN LAS ENFERMEDADES CON PACIENCIA

Nuevamente aumentada.

Hace vuestra merced muy bien en estar contento con servir en la casa del gran Señor de oficio de enfermo; porque el pasar de obrar bien á padecer, es mejorar Cristo á los suyos y subirlos de aula de menores á mayores; porque cierto para este destierro no hay cosa que así nos cumpla como el llevar cruz en compañía del Señor, que la amó, y con amor murió en ella: y ésta mejor se ejercita en enfermedades desabridas á la carne, que nunca causaron vanagloria, que en salud, aunque bien empleada. Grandes fueron las obras que el Señor hizo en esta vida mortal; mas en el padecer excedió á todos y á todas, para que entendiésemos aquello que dice el Apóstol Santiago (Jacob., I): *Tened, hermanos, en sumo gozo veros en diversos trabajos:* y lo que el mismo dice: *Que la obra de la paciencia es perfecta.* Así que, Señor, sea vuestra merced grato á la enfermedad, y agradecido al Señor que la envía; y si esa cruz y carga fuere de él bien recibida, subirle ha el Señor á otras más interiores y más crecidas que Él tiene para dar á sus muy amigos, para conformarlos con Él, cuya cruz fué grandísima en lo visible, y muy grandísima en lo invisible. Y aunque á vuestra merced parezca le quitaron otros oficios por no haber dado buena cuenta de ellos, no por eso deje de ser agradecido á quien así lo ha hecho, porque el ser corregido de mano de tal padre y con tanto amor, hace que sea antes menester humildad, para que el mucho consuelo no exceda, que paciencia para sufrir el castigo.

Con todo estoy medroso, si ha de saber vuestra merced aprovecharse de sus calenturas; porque suelen algunos princi-

piantes relajarse en el ánima con las enfermedades del cuerpo, cuando no son tales que les pongan en el peligro de la muerte. Es cosa muy al revés hacer de la medicina ponzoña, y tomar achaque de empeorar de lo que Dios para mejorar envía. Llámele vuestra merced de corazón, y suplíquele que pues le hiere el muslo de la carne, que sea para andar más aliviado en el espíritu; y pues es para que en el cuerpo pague con dolores lo que en el cuerpo pecó, no sea causa para acrecentar nuevas deudas lo que es dado para satisfacer por las pasadas. Viva con recato de sí mismo, y no crea á su cuerpo en todo lo que le pidiere, y ofrézcalo á la cruz del Señor en compañía del Santo Espíritu suyo, y no lo desechará Él, pues tuvo par de su cruz ladrones en cruces: y ya que no pueda tener ejercicio de meditación ó lección como querría, no deje de hacer algo lo mejor que pudiere, y sin grave daño de su salud; que el Señor es tan poderoso, que da fuerzas á quien ve trabajar, y tan buenas, que algunas veces da más dádivas á los que enfermos y en cama no pueden orar, que á los que muchas horas lo hacen; y por ventura querrá usar con vuestra merced de esta misericordia, pues no le cuesta más de quererlo.

Pídole por amor de Nuestro Señor *ut non circumferaris omni vento doctrinae* (Ephes., IV), y que estime aquellos por cuyas manos ha recibido misericordia del Señor, imitando al ciego, que ninguna persuasión humana le quitó el crédito bueno de aquel que le había curado de ceguedad perpetua: lo cual él tenía por señal grande de la bondad de su Maestro, cuando decía (Joann., IX): *Si peccator est, nescio: unum scio, quod cum caecus essem, modo video.* Y aunque esto decía bien creía que era justo, como por su santa porfía parece, y por la merced que el Señor le hizo dándosele á conocer en el templo en pago de la fe que defendía. Yo he oído algunas cosas que los émulos de estos padres dicen; mas ninguna he visto ser razonable, ni creo que la hay: y paréceme bien que el defenderlos vuestra merced sea más con mansedumbre y pocas palabras que no de otra manera; que el Señor tiene mucho cargo de estas cosas, y es amigo que se lleven con toda blandura y tolerancia; y Dios more con vuestra merced siempre, pues por él murió.

CARTA DEL AUTOR A UN CABALLERO

QUE FUÉ Á ESTUDIAR Á SALAMANCA, Y LE HICIERON RECTOR : QUE EN EL SERVIR Á NUESTRO SEÑOR NO BASTAN DESEOS SIN OBRAS

Nuevamente aumentada.

La ida á esa Universidad sea enhorabuena, estada y venida. Ya vuestra merced sabe que en este negocio de servir á Cristo no bastan deseos tibios si no se acompañan con obras verdaderas y con sudores algunas veces, que son como de sangre: y temo yo mucho no espante á vuestra merced la dificultad del camino, y pierda lo dulce del meollo por amargarle mucho la cáscara. Breve es el puerto que hay que subir en el camino de Dios, y después de él probamos lo que está escrito: *Ducam te per semitas aequitatis: quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui.* (Prov., IV.) Y entonces prueba el hombre que es púa del yugo de Cristo, pues Él da la mano á los que han sufrido las tentaciones por Él, y consuela á los llorosos y medicina los corazones quebrantados. ¡Dichoso trabajo, aunque otro consuelo no sucediese que el que se pasa por tener en pie la bandera de Cristo, queriendo más sufrir los golpes pesados de la tentación que gozar de la mala paz, teniendo guerra con Dios!

Humíllese mucho vuestra merced á Nuestro Señor: gima delante los ojos de su misericordia su propia miseria, que no hay camino por que bien nos vaya si no es el favor del cielo: y no hay camino para que éste venga sino el conocimiento profundo de nuestra miseria, dando voces de aquellas honduras al Señor que mora en lo alto, y no desecha á los que están apesgados con la carga de sus miserias, *y sumidos*, como dice Jeremías (cap. XXXVIII), *en el lago, y una piedra sobre ellos.* Y bien me parece la conversación que quiere tomar con esos Padres; porque el bien que ahora sienten en esa ciudad de ellos, ha muchos días que yo lo siento. Solamente mire vuestra merced que no sea en balde el buen ejemplo que viere; y plega á Nuestro Señor sea servido de, siquiera por dar contento á vuestra merced, llevarme por allá. La excusación de vuestra merced es justa en haber aceptado la rectoría, pues tan calificadas personas se lo aconsejaron y tantas personas le constriñeron

Sed obsecro, Domine, no se descuide ya en la mar metido, pues no sin causa temió á la entrada en él: que yo cierto receloso estoy que nuestro adversario urdió esto para le impedir de su camino que á Dios llevaba: porque como las ocupaciones, aunque buenas, no se hayan de imponer á los principiantes, porque suelen turbarlos, por no tener puesto en paz lo que á ellos toca, ha hecho mucho mal á muchos por esta vía y hécholes parar en lo que el golondrinillo que sale á volar antes de tiempo, el cual como no tiene fuerza para proseguir su vuelo en alto ni para tornar á su nido á do estaba, cae en manos de muchachos, que juegan con él y después le matan.

Y tanto este negocio es más sutil cuanto viene debajo de buen celo, el cual deben de temer los principiantes poco menos que el propio pecado; porque si en ellos alguno hay, justo es celarse á sí mismos, y fuera de esto es un gran despeñadero de muchos. Vuestra merced tenga muy gran temor de las que le parecen cosas buenas; porque por aquí suele el demonio meridiano engañar á los que con tinieblas abiertas no pudo. Y no se arroje vuestra merced á reformar grandes cosas, ni piense que fué puesto ahí para ello; pero antes tema no sea castigo de sus pecados: y si su corazón le prometiere grandes provechos ahora en el oficio, no le crea, antes se postre delante del Señor con temor, suplicándole le tenga, no pierda aquello poco que le había dado de su conocimiento: y si en algo se hubiere de entender, sea después de muy encomendado á Nuestro Señor, y cosa que no tenga tanta dificultad que se crea de cierto que ha de costar á vuestra merced mucho de su ánima, y al cabo ser el provecho incierto. Otro hará esas cosas, ó vuestra merced otra vez. *Nunc, Domine mi, te ipsum rege, inspice, et vias tuas diligenter scrutare, et quia parum habes olei, responde patentibus: Ne forte non sufficiat nobis et vobis.* (Matth., XXV.) Y con este temor religioso (aun en lo bueno), y con llamar á Nuestro Señor *ex corde*, y con que no pierda su estudio, podrá ahora pasar este paso peligroso sin lesión. La cual conceda Cristo por su sangre. Amén.

CARTA DEL AUTOR PARA UN CABALLERO

AL CUAL PRETENDÍA LLEVAR Á LA RELIGIÓN

Nuevamente aumentada.

Los peces grandes son malos de tomar, y han menester muchas vueltas, río abajo y río arriba, hasta que de cansados tengan poca fuerza y los prenda del todo el anzuelo: por lo cual no se maraville vuestra merced si tantos golpes Nuestro Señor le da, contradiciendo á lo que llevaba pensado y deseado, que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de vuestra merced recios de tomar y rebeldes á morir, y han menester que á poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan en vuestra merced sino la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor. Entienda vuestra merced la sofrenada y las señas que le hace su Señor; porque así como es alabado, *et acceptus Domino minister intelligens* (Prov., XIV), así es vituperado quien no entiende no sólo las palabras, mas ni aun los azotes del Señor. Entienda que no hay cosa que tanto le cumpla como ser desatinado de su propio tino, y que *omnis sapientia tua devorata sit, ut sic clames ad Deum, et de necessitatibus tuis liberet te.* ¡Qué idolatría más dañosa que fiarse un hombre de su parecer! ¡Y qué casamiento más monstruoso que estar el hombre casado con su propia voluntad!

De aquí nacen monstruos tan espantables cuan abominables, que meten á quien los engendró en los abismos de los infiernos: si no quite vuestra merced que uno siga su parecer, no ame su voluntad, y quitarle ha el infierno. Para esto tal ofrézcase como un poco de barro en las manos de este soberano ollero, y dígale lo que está escrito: *Fictor noster es tu, nos vero lutum* (Isa., LXIV). Y tenga por muy acertado lo que le viene contrario á su voluntad; porque tal es la de los hijos de los hombres, que por sólo desear una cosa tiene resabio y sospecha que no es buena; porque lo que agrada al malo, ¿cómo nos fiaremos de ello? Tenga vuestra merced cuidado en el tino de cómo Dios le guía, y de esto se le ha de pedir cuenta; y cuando esta ciencia supiere, será sabio delante de Dios: de suerte que no le enamore cosa que debajo del cielo haya, por preciosa que le parezca, sino en todo buscar el contentamiento de Dios: y cuando éste es que no

alcancemos cosa alguna, aquello es toda la riqueza del mundo y del cielo; pues el contento de Dios es el mismo Dios, y quien éste ama, ama á Dios; y quien éste tiene, á Dios tiene. En cuantas quejas da vuestra merced de sí, creo que tiene razón, por ser hombre y no estar en el cielo: y hace vuestra merced bien en quejarse, que por así se suelen quitar las que Nuestro Señor tiene contra nosotros, que serán cierto más de las que nosotros entendemos. Porque ¿quién entenderá las riquezas de la bondad de Dios y las faltas de nuestras miserias? Plega al Señor nos dé luz para ver estos dos abismos tan diferentes, para que la vista del nuestro no nos desmaye, confortada con la del Señor: que de otra manera dirá el más estirado: *Cor meum dereliquit me*, de ver en sí tantas deudas pasadas, presentes y que tiene por venir.

No sé qué hacemos con este miserable de nos, ni para qué lo queremos tener por nuestro, ni á nuestro cargo: démoselo á quien tiene bondad para lo sufrir y sabiduría para lo curar y regir, que cierto él irá cargado de una cosa harto pesada é insufrible, si no fuere su amor incomprensible.

Gran ayuda es para negarnos vernos tan enemigos de nosotros mismos; y ser tan miserables sirve para no haber codicia de nosotros, sino darnos, y echarnos de casa, aunque mucho nos costase: y con todo esto suena el pregón de la divinal bondad, que David sale al campo, perseguido sin culpa, y que se lleguen á él los adeudados, y que tienen angustia y amargura de corazón. Bendito sea Cristo, amén, que tan rico es en paciencia y bondad, que el Padre fió de sus manos tan donosas ovejas como somos: y lo que peor es que estemos tan ciegos, que rogándonos Él que á trueco de ser nuestro Él seamos nosotros suyos (¡ay de nos!), todavía buscamos á nos, *et quae nostra sunt, non quae Jesu Christi* (I Cor., XIII); y nos querremos poseer no más de por ciega afición, sin querer probar cuán sabrosa, y justa y provechosa cosa es ser de Cristo y andar á su voluntad. Cristo le dé su luz en todo, amén, y sea todo de vuestra merced.

PARTE SEGUNDA

PARA RELIGIOSAS Y DONCELLAS

CARTA PARA LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS, ENVIADA EN TIEMPO QUE TENÍA ALGUNAS PERTURBACIONES Y PERSECUCIONES ACERCA DE UN LIBRO QUE LE DECÍAN SACASE Á LUZ, Y AVÍSALE CÓMO SE HAYA EN SU MODO DE PROCEDER ESPIRITUAL: DECLÁRALE EL CAMINO MÁS SEGURO PARA EL TRATO DE DIOS, Y DALE AVISOS CÓMO SE HAYA DE HABER EN ESTE TRATO DE SU ORACIÓN.

La gracia y paz de Jesucristo Nuestro Señor sea con vuestra merced siempre. Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podría yo, con el favor de Nuestro Señor, aprovecharme algo de la doctrina de él: y gracias á Cristo que aunque lo he leído, no con el reposo que era menester, mas heme consolado, y podría sacar edificación, si por mí no queda: y aunque cierto yo me consolara con esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio y á quien me lo encomienda, me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, á lo menos en general.

El libro no está para salir á manos de muchos, porque es menester limar las palabras de él en algunas partes, y en otras declararlas: y otras cosas hay que al espíritu de vuestra merced pueden ser provechosas, y no lo serían á quien las siguiese; porque las cosas particulares por donde Dios lleva á unos, no son para otros. Estas, ó las más de ellas, me quedan acá

apuntadas, para ponerlas en orden cuando pudiere, y no faltará cómo enviarlas á vuestra merced; porque si vuestra merced viese mis enfermedades y otras necesarias ocupaciones, creo le moverían más á compasión que á culparme de negligente.

La doctrina de la oración está buena por la mayor parte, y muy bien puede vuestra merced fiarse de ella y seguirla, y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos.

El modo de enseñar Dios al ánima, sin imaginación y sin palabras interiores ni exteriores, es muy seguro, y no hallo en él qué tropezar, y San Agustín habla bien de él.

Las hablas interiores y exteriores han engañado á muchos en nuestros tiempos, y las exteriores son las menos seguras: el ver que no son de espíritu propio es cosa fácil: el discernir si son de espíritu bueno ó malo es más dificultoso. Danse muchas reglas para conocer si son del Señor: y una es, que sean dichas en tiempo de necesidad ó de algún gran provecho, así como para confortar al hombre tentado ó desconfiado, ó para algún aviso de peligro, etc.; porque como un hombre bueno no habla palabra sin mucho peso, menos la hablará Dios: y mirad esto; y ser las palabras conforme á la Escritura divina y á la doctrina de la Iglesia, me parece de las que en el libro están, ó de las más, ser parte de Dios.

Visiones imaginarias ó corporales son las que más duda tienen, y éstas en ninguna manera se deben desear: y si vienen sin ser deseadas, aun se han de huir todo lo posible: debe el hombre suplicar á Nuestro Señor no permita vamos por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus santos se la guarde para el cielo, y que acá lo lleve por camino llano, como lleva á sus fieles amigos; y con otros buenos medios debe procurar el huir de estas cosas.

Nota. Fray Diego de Yepes, á fol. 166, en el lib. I, tiene este capítulo del libro que escribió de la Santa Madre Teresa de Jesús.

Mas si todo esto hecho duran las visiones, y el ánima saca de ello provecho, y no induce su vista á vanidad, sino á mayor humildad, y lo que dicen es doctrina de la Iglesia, y dura esto por mucho tiempo y con una satisfacción interior que se puede sentir mejor que decir, no hay para qué huir ya de ella; aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sino comunicarlo luego con quien le pueda dar lumbre: y este es el medio

universal que se ha de tomar en todas estas cosas, y esperar en Dios, que si hay humildad para sujetarse á parecer ajeno, no dejará engañar á quien desea acertar.

Y no se debe nadie atemorizar para condenar de presto estas cosas, por ver que la persona á quien se dan no es perfecta; porque no es nuevo á la bondad del Señor sacar de malos, justos, y aun de pecados, y graves, con darles muy dulces gustos suyos, según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa á la bondad del Señor? Mayormente que estas cosas no se dan por merecimiento, ni por ser uno más fuerte, antes algunas por ser más flaco: y como no hacen á uno más santo, no se dan siempre á los más santos.

Ni tienen razón los que por sólo esto descreen estas cosas porque son muy altas, y parece cosa no creíble abajarse una Majestad infinita á comunicación tan amorosa con una su criatura: escrito está, que Dios es amor; y si amor, es amor infinito y bondad infinita; y del tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor que turben á los que no le conocen; y aunque muchos le conozcan por fe, mas la experiencia particular del amoroso y más que amoroso trato de Dios con el que quiere, si no se tiene, no se podrá bien entender el punto donde llega esta comunicación: y así he visto á muchos escandalizados de oir las hazañas del amor de Dios con sus criaturas, y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hacer Dios con otros lo que con ellos no hace: y siendo razón que por ser la obra de amor, y amor que pone admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, de allí mismo sacan ocasión de descreer de donde la habían de sacar de creer, concurriendo las otras circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

Paréceme, según del libro consta, que vuestra merced ha resistido á estas cosas, y aun más de lo justo: paréceme que le han aprovechado á su ánima; especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas, y enmendarse de ellas: han durado mucho, y siempre con provecho espiritual: incítanle á amor de Dios, y á propio desprecio, y á hacer penitencia: no veo por qué condenarlas: inclínome más á tenerlas por buenas, con condición que siempre haya cautela de no fiarse del todo, especialmente si es cosa no acostumbrada, ó dice que haga al-

guna cosa particular y no muy llana: en todos estos casos y semejantes se debe suspender el crédito, y pedir luego consejo. *Item*, se advierta que aunque estas cosas sean de Dios, se mezclan otras del enemigo, y por eso siempre ha de haber recelo. *Item*, ya que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ello, pues no consiste la santidad sino en amor humilde de Dios y del prójimo, y estotras cosas se deben temer, aunque buenas, y pasar su estudio á la humildad, virtudes y amor del Señor. También conviene no adorar visión de éstas, sino á Jesucristo en el cielo ó en el Sacramento: y si es cosa de santos, alzar el corazón al Santo del cielo, y no á lo que se me representa en la imaginación; baste que me sirva aquello de imagen para llevarme á lo representado por ella.

También digo que las cosas de este libro acaecen aun en nuestros tiempos á otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es abreviada para hacer ahora lo que en tiempos pasados y en vasos flacos, para que sea más glorificado.

Vuestra merced siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones, y preguntando por el camino derecho, y dé gracias á Nuestro Señor que le ha dado su amor y el propio conocimiento y amor de penitencia y de cruz; y de esotras cosas no haga mucho caso, aunque tampoco las desprecie, pues hay señales que muy muchas de ellas son de parte de Nuestro Señor; y las que no son, con pedir consejo no le dañarán.

Yo no puedo creer que he escrito esto en mis fuerzas, pues no las tengo; pero la oración de vuestra merced lo ha hecho: pídole por amor de Jesucristo Nuestro Señor se encargue de le suplicar por mí, que Él sabe que lo pido con mucha necesidad, y creo basta esto para que vuestra merced haga lo que le suplico: y pido licencia para acabar ésta, pues quedo obligado á escribir otra. Jesús sea glorificado de todos y en todos. Amén.

CARTA PARA UNA RELIGIOSA,

CONTRA LA DESCONFIANZA

Muchas vuestras he recibido después que de esa ciudad partí, en algunas de las cuales me significábades los trabajos en que vuestra ánima estaba, y en otras el consuelo que el Señor os había comenzado á dar; y creo que en algunas de ellas decía-

des haberos del todo sido tornada la paz y consolación que primero teníades. Á ninguna de estas cartas he respondido, ó porque mis pecados impiden que yo no tenga gracia para consolaros, ó porque vos teníades confianza en mi poquedad. Ahora á la postre recibí una carta, en la cual me decís estar tan afligida, ó más que primero: pedísme que os escriba: dióme pena vuestra pena, y ésta me ha movido á os rogar que por amor de Jesucristo crucificado no os dejéis cegar de las tinieblas que la demasiada tristeza suele traer, mas que os acordéis cuán fiel es el Señor á quien vos os ofrecisteis, y cómo es cosa usada á su sabiduría infinita salvar á los suyos por medios que ellos no saben, escondiéndoles el amor que los tiene y enseñándoles algún rigor: y esto no por cruel, mas por verdaderamente misericordioso, sabiendo Él que nuestra enfermedad va más segura debajo del azote de la tribulación que encima de las palmas de la prosperidad. Muy agria cosa os parecerá la desconsolación que tenéis: no podréis sufrir el peso de la airada cara de Nuestro Señor que decís que os muestra, y desvíos que decís que os da: mas yo os digo, Hermana, que cuando ahora tiene la tribulación tanto peligro, tanto peligro tiene la consolación: y mucho más debe ser temida la prosperidad que la adversidad; porque en la una corre el ánima peligro de perder á s Dios, y en la otra, aunque padece trabajo, él mismo la incita á más llegarse á Dios. Y si decís que el peso de la desconsolación algunas veces pone en riesgo el ánima con la impaciencia, verdad es; mas sabed que muchas más veces, y con trances más peligrosos, peligra el ánima con la dulzura de la consolación.

Acordaos del Apóstol San Pablo, que con la gracia del Crucificado tenía por gloria los trabajos de la cruz: y aunque de fuera le cercaban guerras, y dentro temores, su ánima estaba guardada como en puerto seguro; mas era tan grande el peligro que corría de la bonanza de las consolaciones y revelaciones, que si no permitiera Dios que sobrevinieran algunas tempestades de trabajos interiores y exteriores, que con grandes pescozadas abajasen su cuello para que no se ensalzase, corriera peligro por ocasión del consuelo, al que no habían podido derribar los muchos desconsuelos; y así lo amargo fué cura de lo dulce, y el ángel de Satanás fué ocasión de provecho al que de la comunicación con Dios se le levantaba por su propia flaqueza ocasión de caída. Pues en aqueste vaso de escogimiento esto

acaeció, y le fué necesario el padecer para librarse de los peligros del gozar, ¿qué os maravilláis vos que haya Dios mezclado vuestro gozo con lloro, y se haya tornado vuestra arpa en llanto, y vuestras dulces comunicaciones con Dios en desabridos desvíos de Él? Sus ojos ven lo que no ven los vuestros, y sabe muy bien la vanidad de vuestro corazón, que no sería para sufrir el peso del favor divinal, ó habiendo algunos excesos de trabajos corporales con la dulcedumbre del gusto divino, ó teniéndoos en más que á los otros, que de estas consolaciones carecen, ó por otras muchas faltas que en la maldad de nuestro corazón caben, cuyo abismo no se puede escudriñar sino de aquel que lo hace. Y si no hay en vos necesidad de esta medicina, porque quizá, aunque Dios os enseñaba favor, no cayérades en estos males, otras muchas causas hay por que el Señor trate á los suyos, todas las cuales paran en amor, aunque al humano parezcan desamor.

Ya sabéis que suele decir: quien bien te quiere, te hará llorar: y la Escritura dice (Prov., XXVII): *Que son mejores las llagas del que nos ama, que los falsos besos del que nos aborrece.* Y tened por cierto que el Señor os ama, y por eso os trata de esta manera; porque escrito está: Castiga el Señor al que ama, y azota á todo aquel que recibe por hijo. Y así como en tiempos pasados enviaba Dios á sus amados espantables martirios por manos de crueles sayones, poniéndolos en graves guerras, para después darles hermosas coronas, así ahora, pues han cesado los exteriores martirios, envía á sus amados otros interiores, tan grandes ó mayores, aunque secretos, que los exteriores; porque acullá martirizaban los hombres y consolaba Dios, y con la fortaleza del más fuerte eran sobrepujados los tormentos que daban los flacos; mas acá el que desconsuela es Nuestro Señor que se esconde, y los demonios, como crueles sayones, por mil artes atormentan al ánima, que es más sensible que el cuerpo, del cual tormento muchas veces redunda al mismo cuerpo, y está el hombre entero todo de dentro y fuera puesto en desconsuelo de cruz: gime y pide socorro á Nuestro Señor, y no sólo se hace sordo y escondido más que detrás de siete paredes, más aún, siente que el Señor se desvía de ella, no sólo no dándole favor, más aún, enseñándole el disfavor, como con la Cananea, que primero no la respondió, y después la llamó de perra. Hora es aquélla de grande angustia, y en ninguna

parte halla el ánima reposo, como cuando uno se ahoga en un profundo mar, sin hallar en qué hacer pie, ó como el que está atado de pies y manos, y prueba á levantarse y no puede; porque así como aquel á quien Dios consuela, ningún tormento ni pena le puede desconsolar, así al que Dios desconsuela ninguna cosa le puede alegrar; mas por tal desierto é imagen de muerte conviene ir á los siervos de Dios tras su Señor, y por aquellas tinieblas y tristezas conviene pasar para llegar al descanso. Este martirio ha de pasar por su Esposo el ánima que por El desea traer empresa de amor, y entre estas espinas se ha de espinar la que quiere ser conforme á su cabeza espinada; y estos tragos da á beber, y estos sudores ha de sudar la que quiso compañía con aquel que el Jueves Santo en la noche, estando en agonía cruel, sudó por su Cuerpo gotas de sangre, en testimonio de que su ánima estaba triste hasta la muerte. ¿Pensábades, por ventura, que era cosa muelle el servir á Cristo? ¿O que comenzaste pequeño negocio cuando comenzaste de le amar?

Morir conviene cada día, como hacía San Pablo, á los que pelean las peleas del amor, y serles cruel contra sí mismos, como unos vasos perdidos, por no faltar á la fidelidad del amor, al cual nunca bien sirvió el flojo ni el desconfiado; el uno porque busca su propio regalo, habiendo de buscar el contento de su amado; el otro porque, creyendo ser amado, enflaquece en el amor; y de estos males libra la fe, junta con obediencia, haciéndonos creer que Dios nos ama, y entonces más cuando más se esconde su amor y cuando más riguroso y cruel se nos muestra; porque la condición de la verdadera fe es creer no sólo con prendas y señales, mas sin ellas, y no sólo sin ellas, mas contra ellas, pareciendo en ésta cualquiera virtud que de allí dé muestra su mayor fuerza y resplandor donde menos ayudas y mayores impedimentos se ofrecen. Aquél es verdadero amor que ama al que merece ser desamado; y aquélla verdadera paciencia que sufre las sinrazones é injusticias; y entonces la castidad merece muy buena corona de gloria, cuando en diversas tentaciones ella está firme. Y así, sabed conocer el verdadero valor de la fe verdadera, que cree y tiene esperanza en la verdad y bondad de Dios contra la esperanza ó desesperación que la razón humana ó los sentidos podían causar; y con ella vemos lo invisible, por escondido que esté: y por mitad de las lanzas, que son los disfavores de Dios que sentimos, entra-

mos y llegamos hasta lo más secreto del corazón de Dios, y conocemos que nos ama, aunque muestre señales de desamor, las cuales entonces estimamos según verdad cuando las tomamos por prueba de nuestra fe y ejercicio de nuestro amor y acrecentamiento de nuestra corona y materia de nuestra obediencia. Si no, decidme, ¿cómo será probada la mujer casta sino con combates, y contrarios á su castidad? ¿Y cómo se probará vuestra fe sino con sentir señales de desamor que os mueven á desconfiar?

No os penéis porque vuestro Esposo quiere probar vuestra fidelidad, que cosa es muy usada entre esposo y esposa; y el fin de ello suele ser aumento de mayor amor, el cual no es razón que lo tengáis ocioso, porque en él está vuestra vida y vuestro tesoro, y para hacer este oficio os escogió Dios; y si ejercitarlo queréis ha de ser con amor, sin que sintáis ser amada, queriendo vos y siguiendo al que parece que huye de vos; porque el que no ama sino cuando siente que es amado, no es verdadero amador, pues tiene respeto á sí mismo.

Mas en esto se verá si sois Cananea, en que siendo injuriada y desechada importunéis al Señor, y siguiendo al que huye, y humillándoos al que os trata como á perra, no le dejéis de amar pura y sencillamente, como si sintiésedes grandes regalos y favores de Él, que al fin os responderá: Mujer, grande es tu fe, hágase como tú quieres; mas estad vos determinada de serle fiel, y que le digáis de corazón: Yo, Señor, os quiero amar, aunque Vos no me améis: yo os quiero buscar y enseñar buena cara, aunque Vos huyáis de mí: ámeos yo, y haced de mí lo que fuéredes servido; y así tornárseos han los disfavores en ejercicios de verdadero amor, con el cual debéis de quedar más contenta que con los disfavores penada: y no sólo en ello agradaréis á Dios, mas aun ganaréis para vos muy grande corona; porque á la medida de los desconsuelos se ha de cortar la ropa del gozo que en el cielo nos han de dar, y de las semillas de las lágrimas hemos de coger los manojos del alegría: y no por ser consolados y devotos hemos de ser coronados, mas por ser trillados con diversidad de tentaciones, y por gustar gustos de hiel que tengan imagen de infierno y tormentos de él, sufriendo con ánimo igual todas estas cosas, creyendo ser pocas y livianas, en comparación del sobrexcelente peso de gloria que en los así humillados y mortificados será revelada, y preciarnos

de ser obedientes á la ordenación de Dios, no sólo en lo que bien nos sabe, mas aun en lo que nos lastima; porque de otra manera, ¿qué mucho hace la esposa en obedecer al esposo en lo que á ella trae contento, pues para aquello no es menester amor, mas la propia codicia basta para engendrar aquella obediencia?

Y no sé yo con qué ojos le mirará, pues él por ella obedeció al Padre en la obediencia de tanto trabajo, diciendo: No como yo quiero, sino como tú quieres sea hecho; diciendo ella al contrario: No como tú quieres, sino como yo quiero; queriendo ser llevada por otra regla que su cabeza fué, y que la voluntad siempre buena de Dios sea torcida para se conformar con la nuestra, que busca, no lo que verdadera y eternalmente nos cumple, mas lo que parece nos da algún temporal descanso.

Despertad, doncella, del sueño en que estáis, porque ya es hora: tomad el escudo de la fe, pues que Dios os armó con él: desechad vuestros desmayos, creyendo que sois amada, aunque no regalada, y quejaos de vos, que un poco de disfavor presente basta más para derribaros, que los muchos favores pasados para teneros en pie.

Muy al revés lo hacéis, porque siendo razón que en el tiempo de la tribulación os acordásedes de la pasada consolación, creyendo que lo que ahora tenéis es para probaros, que tanto fiáis de Dios, ó ponéis vos sospecha en el amor, creyendo más á la señal y hoja que á la raíz y verdad, no tenéis causa para estar desmayada, aunque estéis trabajada; porque el Señor no se ha ido de vos, sino fingió que se iba, y quiere ver qué hacéis vos, como la madre que se esconde detrás del paramento para mirar y escuchar lo que el niño hace y dice, pensando que la ha perdido, mas después sale y lo consuela con nuevos regalos; y si tenéis temor que por vuestras faltas é ignorancias os ha dejado y dado carta de participación, muy engañada estáis, porque en mayores caídas Él consuela, diciendo: *Tú has fornicado con muchos amadores; mas tórnate á mí, y yo te recibiré.* (Jerem., III.) Aunque Él quiere que sus siervos conozcan las faltas en que caen, no quiere que se desmayen ni demasiadamente entristezcan; porque suele en esto recibir mayor deservicio que de la misma caída: ni tampoco quiere que la falta que es como un grano de mijo la tengan por muy grande elefante, y muy menos quiere que tengan por pecado lo que no lo

es; de manera que no habiendo caído, y estando penada como estáis, ofendéis á su verdad.

Si hubiéredes caído ofendéis á su misericordia en no creer de llano que os ha perdonado, y ofendéis á su amor sospechando de Él que os ha olvidado, y ofendéis á los que os envía teniéndolos por mensajeros y señales de ira, y siéndolo de verdadera misericordia. Atreveos, pues, ya á salir de vuestro estrecho sentido, y sentid de Dios en bondad, como conviene á la honra de Dios, y no viváis tan ciega que queráis medir el corazón bueno de Dios por las reglas del vuestro apocado, ni penséis que os será ahora riguroso Juez el que en otro tiempo y en negocios mayores os ha sido piadoso Padre. No miró á vos cuando os perdonó y llamó, sino á la sangre que por vos derramó: ni está ahora colgado de vuestras manos para amaros por ellas; mas vos estáis puesta y escrita en las suyas, según Él lo dice por Isaías, y por ellas os ama, y con ellas os aguarda, aunque cuando á vos parece que os da bofetadas, mas es misericordia suya vuestro remedio y salud, que no merecimiento vuestro: hija sois que va por vía de herencia, y no de trabajo de jornalera habéis de heredar: confiad de Dios y dadle gloria, porque en cosa tan indigna pone sus ojos y á cosas tan bajas tanta alteza ha de ensalzar: y sabed que no ha menester cosa de vos, y si algo quiere es que le deis sacrificio de alabanza, confesándole por vuestro gracioso perdonador y piadoso levantador de vuestras caídas, y velador nunca dormido para haceros mercedes y para sacar bienes de vuestros males, y vuestro sapientísimo guiador, que os lleva y salva por tales caminos que á vuestra ignorancia parecen rodeos muy descaminados. Todo esto hace por su sola bondad, mirando quién es Él, lo cual pesa más para salvarnos que vuestra maldad para condenarnos; y vos lo debéis creer así, que no es mucho que lo más venza á lo menos, y Dios á la criatura: y sea la última conclusión, que como vuestra bondad fué parte para que Dios os amase y llamase, así hará Él que vuestra maldad y flaqueza no impida á las misericordias que os ha de hacer para siempre. Continuad vuestras comuniones, y écheos Dios su bendición, que á mí muy bien me parecen, y en el día que tenéis señalado comulgad, y Dios os dará fuerzas para que no os dañe, pues no tiene enojo con vos: Él sea vuestro amor, pues le es amador.

CARTA Á UNA MONJA,

SOBRE LA MISERICORDIA QUE HACE DIOS Á LOS QUE LLAMA Á RELIGIÓN

Sierva de Jesucristo: Algunas veces he pensado si Nuestro Señor os ha llevado de esta presente vida á gozar de sí, pues estando acá, y estar tanto tiempo sin hacerme de saber de vuestra ánima, me parece cosa casi increíble, aunque algunas veces es tanto lo que da acá Nuestro Señor á sentir de sí mismo, que no se acuerda el ánima de nadie, por estar toda ocupada en Aquel que es todas las cosas. Plega á su bondad que la causa de no escribirme sea ésta, porque no sólo no me quejaré, mas en gran manera me alegaré; porque ¿qué otra cosa debo yo desear al ánima que en Dios amo como verla toda ocupada en amar y ser amada de Nuestro Señor, pues este es el fin de lo que con vuestra ánima he trabajado y de lo que Dios con vos ha hecho?

Esposa de Jesucristo, ¿cómo os va con Él? ¿Tenéisle muy asentado y muy querido en vuestro pecho? ¿Hiere el cuidado de tenerle contento á vuestro corazón para buscar su santa voluntad, aunque sea contra la vuestra? Porque su amor, aunque es gozo y descanso del ánima, por otra parte no le deja reposar, sino como perpetua espuela anda aguijando y solicitando al ánima para que cada día más y más procure de agradar al que ama: y por esto se compara con el fuego, que es cosa que no está quedo, mas siempre la llama viva está obrando y subiendo hacia arriba: no tiene que ver este amor con tibieza, ni sabe descansar sino en su Señor: y este es amor de esposa leal, que vos, señora, es razón que seáis, pues lo sois en la profesión, y tenéis interior llamamiento para poner en obra á lo que de fuera sois llamada: no os olvidéis del día en que á vuestro Esposo os ofrecisteis en mano de vuestro Prelado, ni del día en que vuestro Esposo metió la mano en vuestro corazón y os dió á conocer á vos misma y á Él, cuando dijo en vuestro corazón: Hágase luz, y huyeron tinieblas y tristeza, y como quien ve la lumbre del cielo vive en alegría y sabe por dónde ha de ir sin tropezar, porque si de estos días os acordárades, veréis á que en el primero quedasteis obligada á poner muy particularmente vuestro amor en Nuestro Señor; y pues el contrato del ma-

trimonio obliga á cada una de las partes á amar á la otra, y en el segundo día el Señor os demostró el amor que os tiene, y os dió á vos fuerzas para pagarle vos, según vuestra flaqueza, el amor que le debéis; porque de vuestra parte, ¿qué tenéis vos sino obligación, y no de qué pagar, ni cómo salir de ella? Como pobre adeudada, que me parece estar en la cárcel presa *en mendicidad y hierro*, como dice David; mas el rico Jesucristo os dió de la riqueza de su gracia, con que le conozcáis y améis, y podéis vencer lo que os contrasta, y de derribar al fuerte Goliat, que es el demonio, peleador contra los que á Jesucristo quieren servir.

No es razón, señora, no es razón que olvidéis lo que debéis, ni lo que os dieron para pagar; y por lo que os dieron quedáis más obligada á servir á Dios, pues el ser monjas es de muchas, y el recibir lumbre y favor particular del cielo para servir al Señor no es de muchos. Abraham dones dió á los hijos de sus menos principales mujeres; mas al hijo legítimo de la más querida mujer su herencia le dejó, para que entendamos la diferencia de los dones que Dios da en esta vida á unos y á otros. Á Dios gracias que vuestras cuerdas y suertes cayeron en lo mejor, pues os fué dada gracia para mudar vuestra vida, para despreciar el mundo de todo corazón, para despreciar á vos misma y para obedecer á vuestra Prelada como á madre, y amar á todos como hermanos, y á Dios más que á la lumbre de vuestros ojos. Esta es la razón celestial que os fué dada para que vos fuésedes rica y abastada en Cristo puesto en la cruz, y de allí os viene la mudanza tan favorable y saludable que en vuestra vida hicisteis, la hermosura invisible que en vuestra ánima fué puesta: ¿qué resta sino que como quien tiene de las riquezas del mundo, luego toma criados para las guardar, así vos seáis muy cuidadosa en guardar las que Nuestro Señor os ha dado, para que no vengáis á empobrecer en el ánima después de haber sido rica, que es vida muy más trabajosa y triste que la de los qué nunca supieron qué eran riquezas?

Acordaos de lo que vuestro Esposo dice, y pensad que lo dice á vos, como es verdad: ya estás sano; mira no quieras pecar más, porque no te acaezca otra cosa peor. Vivid en un santo recelo, si habéis de poner en guarda lo que Nuestro Señor os ha dado; si habéis de ganar cinco talentos con los cinco que os dieron; si habéis de tener óleo en vuestra lám-

para, no unos pocos de años, sino hasta que suene la voz de la muerte en vuestras orejas. El Esposo viene, salidlo á recibir; porque si con este cuidado vivís, bien ocupada andaréis, y no tendréis lugar de poner vuestros ojos en cosa del mundo; porque este cuidado basta para dar en qué entender y enflaquecer. La Escritura dice que basta para quitar el sueño. Y si no lo tenéis, pesarme ha mucho, porque faltando éste, luego se entra la vanidad, curiosidad, y tantas cuentas con vidas ajenas cuanta falta de mirar por la propia, y poco á poco viene el ánima á ser siete veces peor que de primero. No espero de vuestra caridad tales frutos, llenos de tanta amargura, mas de bendición y dulcedumbre, como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas, que con hoja y con fruto alegra al que lo labró. Y si por humana flaqueza os habéis algo descuidado, como suele acaecer, despertad luego, y no pase el sueño adelante, porque no sea sueño mortal; y pedir perdón á Nuestro Señor, que es benigno y misericordioso: y aunque se enoja con los defectos de los que ya le conocen, y los castiga, no desecha á los hijos, mas castígalos, no con furor, mas con vara de Padre: idos luego á Él, aunque penséis que lo habéis enojado, que para eso os enseña el enojo, para que se lo quitéis con vuestra humildad y propósito de enmienda. Luego os perdonará, y muchas veces os hará particulares mercedes en pago de vuestros descuidos: no os dejéis endurecer con la tibieza, que es muy mala enfermedad de curar; ni os desmayéis porque no os estáis siempre en aquel fervor que era razón; y sois mujer, y no ángel; flaca, y no con firmeza.

El mayor placer que á vuestro enemigo podéis dar es quedaros caída en el camino como atollada en el lodo, y quebrantada con la desconfianza y como á quien ya no toca el negocio del cielo. Quiere el Señor que sintáis de Él su bondad, y que no desecha á los que, conociendo la propia flaqueza, van á pedir remedio y fuerza: y es tanta nuestra soberbia, que muchas veces por sanarnos de ella nos deja caer en cosas que estaban muy lejos de nos, y caídos levántanos; y conociendo por experiencia quién somos, agradecemos quién es para con nosotros, y vivimos de ahí adelante con mayor cuidado y recelo de no tornar á perder lo que ya una vez perdimos: y así nuestro sapientísimo Médico y amantísimo Padre saca medicinas de nuestras heridas y vida de nuestra muerte, y

muestra su bondad en nuestra maldad: y aunque peleamos nosotros contra Él con armas de pecados provocativos á que nos deseche, sale su bondad vencedora, haciendo mil cuentos de beneficios.

Servid, pues, á este Señor con todas vuestras fuerzas; y si así lo habéis hecho, dadle por ello gracias; y si le habéis faltado, tornad á Él con vergüenza y propósito de enmienda, y consolad vuestra ánima con los santos Sacramentos y remedio que dejó, y comenzad el camino de nuevo, y aprended á no tropezar en lo que más veces tropezasteis, para que seáis de aquellos que dice San Pablo: *Que á los que aman á Dios, todas las cosas se les tornan en bien:* y que aunque caen no se quiebran, porque el Señor los tiene debajo su mano; y entre estas cosas, acordaos de mi pobreza, para pedirme delante del Señor misericordia, y dad mis encomiendas á todas las personas que en esa casa sirven al Señor, el cual sea vuestro eterno amor. Amén.

CARTA Á UNA ABADESA,

CONSOLÁNDOLA EN LA MUERTE DE SU HERMANO

Muy reverenda señora: Desde acá veo cuál está el corazón de vuestra merced con la saeta que el Señor le ha tirado, tan aguda para la herir y tan dificultosa de salir. Juzgo por mi corazón algo de la pena del de vuestra merced; y lo demás saco por lo que el deudo tan cercano y el amor tan entrañable juntos á una atormentarán ese corazón. Menester es medicina del cielo, y plega al Señor se la quiera enviar, pues Él ha enviado la llaga. Señora, no sé en trabajo tan grande otro mejor consuelo que mirar que esto fué á provecho del Cardenal mi Señor, que es en gloria, pues aunque dejó su cuerpo acá en la tierra, debemos confiar en la misericordia de Jesucristo, que llevó su ánima al cielo, que ni la misericordia de Dios ni la vida de él otra cosa nos consienten pensar, por incrédulos que seamos. Muy bien está, señora, gozando de Aquel por quien en esta vida tantos trabajos pasó, y teniendo por galardón al mismo á quien en esta vida tanto sirvió.

¡Oh, válgame Dios!; y si cuando estaba en esta vida tanto era su regocijo en las cosas de Dios, que lo apegaba á quien le miraba, ¡qué tal estará ahora en el cielo en fiestas perpetuas, sirviendo y viendo servir á Nuestro Señor con mayor aparato

que él deseaba! Muy alegre está, señora, aquel á quien amamos; en ninguna manera quiere estar acá; y si nos viese llorar, nos lo reprendería; aunque sí ve y sí reprende, y por eso es razón que se ponga templanza en ello: decíame él algunas veces que el consuelo de sus trabajos era esperar que lo había de llevar Nuestro Señor de este mundo en camino de salvación: y no osaba él con su humildad, de la cual Dios tan abundantemente lo dotó, decir que había de ir luego al cielo, sino que se embarcaría para purgatorio, y de allí iría á lo alto; y como Nuestro Señor haya dado este consejo, que nos sentemos en el postrer lugar para que Él nos diga: *sube conmigo más arriba*, bien creo yo que hizo con él más de lo que él esperaba, y que le tiene en su eterno gozo, pues acá le dió tanta gracia para le servir y amar.

He aquí sus deseos cumplidos; ya tiene á su Dios por quien suspiraba; ya alaba al que acá predicaba, y también verá á su muy querida y particular Señora la Madre de Dios. Bendito sea Dios, que de vida tan trabajosa, de cárcel tan obscura, de cieno tan lodoso le libró y levantó al pobre del polvo, y lo asentó en sus reales palacios, dándole silla de gloria y corona de alegría con los Príncipes de su pueblo, y ésta para siempre sin fin.

¡Oh Señora, y si nunca saliéramos de esta habla que tan dulce era, trayendo á la memoria cómo nuestro buen Padre y pastor está reinando con Cristo en la gloria! ¡Oh, si no fuera menester hablar para más que para alegrarnos de su bien, pues que le amamos! Mas volviendo la plática á nuestra pérdida, témplenos el dolor de ella el gozo que de la ganancia de él tenemos. Bendito sea Dios que así lo ordenó, que si á nuestro amado Padre le había de ir bien gozando de su Dios en el cielo, nos costase á nosotros tan gran soledad en la tierra y tan verdadero dolor en el corazón. Señora, recio trance nos es éste, carecer de quien así nos amaba y así nos aprovechaba en uno y en otro. Cayósenos el árbol á cuya sombra descansábamos; no puede ser menos sino quemarnos el calor del sol, y la rezura del frío que nos dará en descubierto. ¿Qué diremos ó qué haremos? Sea el nombre de Jesucristo bendito, que nos quiso atribular para purgar nuestros pecados y despertar nuestros ojos, que estaban muertos de sueño. Bastar debe esto para que recordemos y del todo nos desasamos de este mundo, no tenien-

do en él cosa en que poner el corazón, sino aguzándonos á imitar á nuestro buen maestro y Padre, para que vayamos adonde él fué y nunca jamás le perdamos de vista.

Huérfanos quedamos, señora, en este mundo: alcemos los ojos al que es Padre de ellos, y pidámosle mayor gracia y favor, pues la hemos más menester, y nos llevó consigo á quien nos solía ayudar. Ya no escribirá á vuestra merced su muy amado hermano cartas de consuelo y esfuerzo; pídale á Nuestro Señor que le envíe en el corazón lo que su siervo le enviaba por cartas. Amigo es Dios de los huérfanos desamparados y desconsolados, y quiso parar á vuestra merced tal, para más particularmente tener cuenta con ella, según dice David (Psalmo IX): *Á ti es dejado el pobre y al huérfano: tú serás ayudador.*

Licencia tiene vuestra merced para sentir este golpe, mas no para se desmayar; pues así como lo primero es cosa cristiana y es fruto de amor, así lo segundo es cosa contra la obediencia que á Nuestro Señor se debe en todo lo que con nosotros hace, y contra la confianza que Él manda tener en medio de los trabajos: Dios llevó á nuestro Pastor, no para dejarnos descarriados, sino para que con mayor gemido llamemos al Pastor de todos, y seamos oídos y remediados de Él. Para quedar Jesucristo en lugar de Hermano y de Padre se llevó al que lo era de vuestra merced, pues la criatura sin el Criador no puede aprovechar nada, y el Criador á solas sí. Solamente sepa vuestra merced entender las obras de Dios, que no vienen de corazón airado, sino amador: y si es ira, es ira de padre, que castiga para provecho del castigado, y no por apetito de venganza: sépale responder con amor á este castigo de amor: sepa humillarse á la vara del Omnipotente, y abra su boca, y beba esta purga con paciencia que el celestial Médico le ha enviado, no para que muera, sino para que sane. Agradézcale mucho que no la dejó de curar con amargura el que con blandura no aprovechaba, y contemple cuán gran cuidado tiene Nuestro Señor de su salvación, pues por tantas partes le encamina á ella. Aquesto es, señora, como San Gregorio dice, *un gran empellón para ayudarnos á ir al cielo;* porque con el dolor se purgan los pecados, y despertaremos de nuestra tibieza, y de hecho nos despediremos de esta vida, y cobraremos nuevos deseos de la otra; y pues para estos intentos lo envía Nuestro Señor, no le

seamos pesados en hacerle ofensa con lo que Él envía, para que paguemos lo que hemos hecho y ganemos en lo de adelante; y póngase tasa en la tristeza, pues tenemos Señor á quien obedecer en el gozar y el llorar: y en el medio de la pena digamos lo que el Señor dijo en medio de su angustia: *Padre, no como yo quiero, mas como tú quieres sea hecho,* para que seamos hijos de obediencia, á los cuales solos está prometida la corona del cielo.

No se nos pase el tiempo en llorar como muerto al vivo, sino entendamos en vivir como Él, para ir á reinar con Él: no nos quitemos de Nuestro Señor, ni nos tengamos por menos amados; antes le demos gracias muy de corazón por el bien que á nuestro Padre hizo, del cual nos debemos gozar como de cosa propia, y por el azote que á nosotros envió, porque es para quitar nuestras culpas y coronar nuestra paciencia.

No tenemos, señora, por qué quejarnos; porque si el atribulado es pecador, es purgado; y si es justo, es probado para ser coronado: entendamos en llorar nuestros pecados, para que presto, sin carga de ellos, volemos al Señor, donde están descansando los que aquí lloraron y reinan los que aquí tuvieron cruz. En compañía de éstos han metido á vuestra merced, y señaládola han con señal de cruz: trabaje por dar buena cuenta de esta merced, y mire al Señor de todos como fué puesto en ella, y la Madre de Él cuán cerca estuvo de ella según el cuerpo, y cuán en ella según el corazón; y que era más estar cerca de tal Madre y tal Hijo, por agria que le sea esta tribulación, que no estar lejos sin ella. Abaje su cerviz y tome este yugo, pues en la de Jesucristo hubo soga que la desollaba, y humille su hombro para llevar esta carga, aunque le duela, pues el Señor de todos llevó la pesada cruz por amor de ella: Él la esforzará, pues Él la ha afligido; Él le enjugará las lágrimas, pues la ha hecho llorar, y le sentirá de aquí adelante más blando, como suelen estar los padres cuando han hecho llorar á sus hijos, que con nuevos regalos y amores les pagan la pena que primero les dieron.

Desembarácese vuestra merced la demasiada tristeza; no deje pasar el tiempo en balde; alléguese á Nuestro Señor como mejor pudiere, que Él estará cerca de vuestra merced según su promesa, y sacará bien de este trabajo, pues para eso lo ha enviado, y haga ese corazón recio, teniendo escrito en él lo que

dijo Jesucristo (Joann., XV): *Como mi Padre amó, amo yo á vosotros:* el Padre amó á su Hijo mucho, y le entregó en poder de muchos dolores. Ama el Hijo á vuestra merced mucho, y por esto envíale éstos: llévelos con paciencia, como el Hijo llevó los suyos, y será amada de Él, y sentarle ha en el trono de Él, como Él se sienta en el trono del Padre. Y sea la conclusión, que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos, y que todo es barato con alcanzar tan grande bien. Testigo me es Jesucristo, que tuviera por gran merced de Él poder ir á llorar con vuestra merced la común pérdida: estórbalo ser el tiempo de Adviento, y estar bien prendado por la palabra para una Iglesia, que no es lícito dejarla. Suplicaré á Nuestro Señor me haga merced de, pasada la Pascua, poderlo hacer. Él sea consuelo de vuestra merced como vuestra merced ha menester, y como yo lo deseo.

CARTA Á UNA SEÑORA MONJA ATRIBULADA

Recibida vuestra carta, dí gracias á Nuestro Señor porque os ha dado señal que vuestro llamamiento es de su mano; y la señal es que habéis padecido trabajos: no debéis alegraros poco, pues que el Señor os ama, ni debéis descuidaros, pues estáis entre peligros, mirando al que os llamó con tan grande amor. Debéis cobrar mucho esfuerzo, porque no os llamó para desampararos en medio del camino, mas para guiaros debajo de sus alas hasta enseñaros en el cielo su faz. No se aduerma en vos la fe en Cristo ni el amor, que Él no dormirá para vuestro remedio. Pruebas son éstas que Él suele hacer con quien ama, para probarlos si le aman entre los trabajos y confíen en Él entre los peligros.

No es de agradecer que ame la esposa al esposo en presencia de él, ni es mucho que confíe de él siendo de él regalada; mas conviene que ausentándose él, y aun pareciendo que se olvida de ella, tanto más le ame cuanto más se le ausenta él, y tanto más confíe cuanto menores señales hay para ello. Bástaos, Hermana, haber conocido por experiencia cuán amoroso ha sido Dios para vos, trayéndoos á su conocimiento. No le pidáis más señales de amor; mas certificada de ello, aunque os azote y parezca que de vos se olvida y extraña, no os turbéis, mas decid:

Probarme quiere, no atribularme. Amad al Señor, aunque Él os azote; confiad en Él, aunque no le gustéis; buscadle, aunque se os esconda; no le dejéis reposar hasta que recuerde y responda, que si sois fiel en su ausencia, verle habéis venir á vos con tanta ganancia, que gozando de su presencia deis por bien empleado el trabajo pasado. Esforzaos á padecer, que á la medida de los trabajos os darán los consuelos.

No seáis amadora de vos, y seréis amadora de Dios; perdeos, y hallaros habéis: y si de una vez os fiásedes de Dios, y con amor os ofreciésedes á Él, no habría cosa que os espantase. De la poca fiucia nace la helada turbación, y por esto decía Nuestro Señor (Joann., XIV): *No se turbe vuestro corazón ni tema; creéis en Dios, pues creed en mí:* de manera que la fe con amor es causa del sosiego del corazón. No hay cosa que tanto os convenga tener para llegar al fin de la jornada en que Dios os puso, como confiar en Él con amor. Muchas y grandes pruebas os hará Dios; grandes tribulaciones se os levantarán de donde no pensáis; mas si de esta fe con amor estáis armada, todo lo venceréis. Acordaos cómo los hijos de Israel, salidos de Egipto con tantos milagros, y pasando tantos trabajos hasta llegar á la tierra que Dios les había prometido, dijeron: la gente que la posee es mayor y más fuerte que nosotros; tienen ciudades muy altas, que llegan sus muros al cielo; no podremos vencer cosa tan fuerte, ¿para qué comenzamos este camino? Y aunque algunos que tenían fe los esforzaban diciendo, que siendo Dios de su parte ligeramente vencerían, como hasta allí habían hecho, prevaleció tanto el temor, que se enojó Nuestro Señor con ellos, y por la poca fiucia perdieron la tierra, y los mató Dios en el desierto, sin gozar de lo que habían trabajado y Dios les había prometido.

Escarmentemos, Hermana, en cabezas ajenas, y sepamos que se aplace Dios en los que le temen y esperan de su misericordia, y se enoja con los que no. Él os sacó del cautiverio de Egipto cuando inspiró en vuestro corazón deseo de ser suya, y os lleva por este desierto tan desabrido, donde unas veces falta el pan de la doctrina, por no haber quien lo reparta; otras, compañía que hable de Dios para que no se sienta el camino; otras, árboles de alegría, y en su lugar mil desconsuelos: ya se levantan tentaciones de dentro, ya de fuera, ya de extraños, ya de conjuntos; mas á esto sólo atended que quien hizo lo más

hará lo menos. Quien de enemiga os hizo amiga, mejor os guardará siendo amiga; quien no os desamparó desamparándole vos, no os dejará queriéndole vos. ¿Quién habría que con verdad diga, que buscando á Dios no le ayudó Dios? No temáis, sierva de Cristo, en todo lo que os acaeciere y pudiere acaecer, en confianza del que os amó, muriendo por vos. Vuestro favorecedor no es sino uno, mas mucho más puede que todos los que contradeciros pueden.

No os parezcan grandes gigantes y fuertes ciudades las que habéis de combatir, porque no sois la que habéis de pelear; mas vos callaréis, y el Señor peleará por vos: no huyáis vos de la guerra, ni os deis por vencida: estad constante, veréis el favor del Señor sobre vos; que en esta guerra, aquel sólo pierde la corona que da á huir de la guerra. Flaca sois; mas en vuestra flaqueza enseñará Dios su virtud: poco sabéis, mas Dios será vuestra guía: en vuestras miserias enseñará Dios sus misericordias. ¿Quién sois vos para pasar tales trances? Mas decid con David (Psalm. XXVI): *En mi Dios pasaré yo el muro.* ¿Quién vos para pelear? Mas decid: si se levantaren contra mí millares, no temerá mi corazón. Creed, Hermana, que cuanto es este negocio para vos difícil, tanto es para Dios ligero. Así, desconfiad de vuestra flaqueza, que no deconfiéis de su fortaleza. Verdaderamente os coronará, si perseveráis en su amor y confiáis que por su gracia alcanzaréis la corona.

No os olvidéis de aquella promesa de Cristo (Matth., X): *Quien me confesare delante de los hombres, confesarlo he yo delante mi Padre, que está en los cielos; mas quien me negare delante los hombres, negarle he yo delante mi Padre, que está en los cielos.* ¿Paréceos que se deben estimar por trabajos los que se pasan por confesar á Cristo, pues tal galardón se les dará, que Cristo con mucha honra el día del juicio nos ha de confesar delante el Padre? ¡Bienaventurado padecer deshonra y pobreza, á la cual tanta honra ha de suceder! ¿Qué será, Hermana, oir de la boca de Cristo delante el mundo universo: Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado? ¿Qué será cuando los ángeles canten á la que aquí hubiere sido fiel sierva del Rey celestial (Matth., XXV): *Ven, esposa de Cristo, recibe la corona que el Señor te tiene aparejada,* no para un día, mas para siempre? ¿Qué sentirán las esposas de Cristo cuando, pasado el mar de este mundo, que-

dando los enemigos que nos perturban en él ahogados, con gran alegría, por haber pasado este peligroso mundo sin habernos ahogado en sus vicios, cantemos con gozo (Psalmo CXXIV): *El lazo se ha quebrado, y nosotros hemos sido librados: nuestro favor en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra?* ¿Qué será cuando la verdadera María, Virgen de vírgenes, vaya con su adufe en la mano delante, que es su cuerpo sagrado, alabando á Dios en cuerpo y en ánima, cante diciendo (Psalm. XXXI): *Engrandeced al Señor conmigo, y ensalcemos su nombre en concordia y compañía?*

Bienaventurada vos si fuéredes fiel al Esposo que os escogió: bienaventurada vos si os atreviéredes á perder lo presente, debajo de la promesa certísima de Cristo. Fiad, Hermana, de tan cierta palabra, que no sois vos la primera á quien la ha dado y cumplido, ni seréis vos á quien su palabra falte: dióla á Caterina, Inés, y Bárbara y Lucía, con otras innumerables doncellas: mas decidme ¡cuán por entero se la cumplió! Atreviéronse á despreciar lo presente; veislas que ahora reinan con Dios: vivieron acá con trabajos, y ahora para siempre reinan y descansan: cuántos combates pasaron, y ahora reinan de las coronas del vencimiento: huyeron los esposos de la tierra, y agradaron al Rey de los cielos: si este mundo hubieran seguido, ya fueran sus placeres pasados y sus memorias en olvido puestas; mas amaron al Eterno, y por eso ni su bien se acabará, ni su memoria se envejecerá: fueron escritas en el libro de Dios, y por eso ni agua, ni viento, ni fuego, ni tiempo las podrá envejecer, porque aquel libro es incorruptible, y así lo es quien en él está escrito.

Hermana, pues, esforzaos en Dios vuestra salud, y no penséis que os vende caro su cielo, que aún no habéis derramado la sangre por Él como aquéllas la derramaron.

Trátaos Nuestro Señor como á flaca, y habíades os de afrentar de ello. Si más fe y confianza tuviésedes para confiar y mayor amor para padecer, más peleas os procuraría el Señor para que mayores coronas ganásedes. No os contentéis con padecer poco, pues tan grande será vuestro galardón, y tan mucho fué lo que Cristo por vos padeció: Él dió su vida por vos, y fué despreciado é injuriado: ¿de qué os quejáis vos de una picadura de mosca? Amad, y desearéis padecer: dóblense vuestros amores, y sufriréis doblados dolores: el amor de Cristo

hace á sus poseedores más codiciosos de padecer, que el amor de sí mismo de descansar: hace que pese poco la carga toda que le echan, porque es más fuerte que la muerte. Quien no ama, gime como animal perezoso debajo la carga; mas el que sí, corre y vuela, porque las alas le hacen no sentir el peso del cuerpo ni de cuanto le echan encima.

No son, Hermana, grandes nuestros trabajos, mas es pequeño vuestro amor; no pesa mucho una libra de peso, mas un niño dice: ¡ay, cómo pesa! Si la alzase un hombre, ni aun miraría en ello: y así, esto tomad por señal, si tenéis poco amor, que os pesarán mucho los trabajos: y si mucho amor, ni aun miraréis en ellos; porque así os embebeceréis en amar que ninguna cosa de aquel sabor os aparte: en el mismo padecer hallaréis sabor, y de la piedra dura sacaréis agua, y de las peñas sacaréis miel. Amad, y no trabajaréis, mas iréis sobre los trabajos como señora, bendiciendo á aquel que os libertó. Si os amenazaren con muerte, diréis que venga en hora buena, para gozar de la vida: si con destierro, que adondequiera estáis desterrada hasta que veáis á Dios, y poco se os da ir al cielo desde la una parte de la tierra ó desde la otra: si á Dios tenéis, dondequiera os irá bien; y si no, en vuestra tierra os irá mal. Si os viéredes despreciada, decid: *Cristo es mi precio, Él me precia; desprécienme todos, porque Él solo me precie.* No os afligiréis con la necesidad de las cosas presentes, porque vos misma las despreciaréis por deseo de conformaros con Cristo, que se hizo hombre pobre por vos.

¿Qué cosa puede haber que os espante, si os ha herido el amor de Cristo? Hollaréis los demonios, reíros habéis de las amenazas, pasaréis con osadía entre los enemigos. Confiad de Aquel que ama á los que le aman. Todas las cosas podréis en Él: id á comprar de Él, aunque os pida por Él todas las cosas; y no estéis sin amor, aunque os cueste la vida: tesoro escondido es; mas quien le halla, todas las cosas vende para comprarle, porque con sólo Él se halla más rico que con toda la muchedumbre de todas las otras cosas; y si á todos conviene tener amor, ¿cuánto más á la que Cristo tomó por esposa? Al siervo conviene temer, al hijo honrar á su padre, mas á la esposa amar á su esposo.

Amad, Hermana, á Nuestro Señor, y no tengáis reposo hasta que Él este don os conceda. Amadle, y con reverencia, que

este es el amor que le agrada: no le tengáis en menos porque se os comunique; mas admiraos cómo una alteza tan grande se abaja á una tan profunda vileza; de los criados es tener á uno en menos porque se hace como compañero que si se hiciese como señor: mas los que viven en luz en más estiman al Señor, mientras Él más se les abaja: el verdadero amor de Cristo esta señal trae consigo en prueba que es de Él, que así como siente la bondad de Dios y la estima, así siente la maldad del hombre y la desestima.

Amad, pues, adorad, servid al Señor en gozo; mas gozaos con temblor, no que os haga temblar como á esclava por miedo de los tormentos, mas como á verdadera hija, que tiembla de dar un enojo á su padre, por pequeño que sea. Ninguna cosa de éstas podréis de vos; mas si os humilláis conociendo vuestras miserias, y os presentáis á menudo delante vuestro Médico Cristo con la oración, y lo metiéredes en vuestro pecho por la Comunión, y le oyéredes hablar en la lección, y os dejáredes curar todo lo áspero que os acaeciese, tened confianza que poco á poco os irá sanando: no huyáis de sus manos, aunque os duela la cura, que Él os dará sana á su tiempo: y por las penas que os enviare y placeres que de presente os quitare, Él os dará su abundantísimo placer, que así como río os embriague, adonde os alegraréis para siempre, sin que bien ninguno os falte y sin temor de perderlo: allí os daréis por contenta y pagada, porque más bien os será dado que vos podréis desear, el cual no es criatura, mas Criador de todas las cosas, verdadero Dios, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

CARTA Á UNA MONJA

QUE QUERÍA HACER PROFESIÓN

Dos veces estuvo la sagrada Virgen María esperando grande fiesta, y se aparejaba con grande cuidado para salir á ella muy ataviada del espíritu, al atavío que es el que luce delante de Dios. Una fué cuando habiendo concebido al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, esperaba el día en que Él encerrado en su vientre saliese afuera, y viese ella con sus corporales ojos, y tratase con sus manos, y tuviese en sus pechos al deseado de todas las gentes, mayorazgo del Eterno Padre y lumbre de Él.

¡Qué pensamientos tendría la Virgen, y cuán suspenso andaría su corazón deseando ya haber amanecido el día en que habiendo salido de sus entrañas un tal Hijo, quedase verdadera Virgen como el día en que nació, y mucho mejor! Cuidadosa andaba no faltase algo de lo necesario, y principalmente de tener tal su ánima, que el día de las vistas del Niño y de ella no hubiese cosa en toda ella que no pareciese muy bien á los ojos de Él, y así fué ello. La otra vez que esta Señora anduvo cuidadosa con la espera de otra fiesta fué este santo tiempo en que estamos, en el cual se andaba aparejando para el día en que había de salir de este destierro y subir á la celestial silla que su Dios é Hijo le tenía aparejada, adonde, servida y reverenciada de todos los ángeles, estuviese ella reverenciando y bendiciendo, amando y gozando al abismo de la dulzura infinita, que es Dios. Ninguna mujer tanto se aparejó para casamiento ni para otra fiesta como esta Señora para el día de su coronación y dignidad; y así salió tan hermosa, que los ojos de Dios se huelgan de mirarla, y sus orejas de oirla: y si atavío buscó, hallólo, y salió á la fiesta sin mancha ni desgracia ninguna.

¿Habéis oído estas cosas, sierva de Cristo? ¿Habéislas entendido? Pues á vos dicen, y para vos se dicen. ¡Bendito sea Cristo por siempre, que tan cercana del santo y limpio parto os ven mis ojos y oyen mis orejas! ¡Cuándo aquel virginal propósito que habéis concebido por inspiración del Espíritu Santo saldrá afuera á ponerse en obra, y el Cristo tierno y Niño que traéis dentro de vuestras entrañas lo tomaréis en vuestras manos, quiero decir, en vuestras obras, y morar en vos, no sólo en el corazón, mas también en el cuerpo, siendo sellado con su sello, dentro por su amor y de fuera por su imitación, y en el ánima con entereza y en el cuerpo también: el espíritu encendido con el fuego de la caridad, y el cuerpo mortificado con la limpieza de la virginidad! Este día esperáis, y para este día os llama Cristo diciendo (Cant., II): *Levántate y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, porque se ha pasado el invierno, ya se han ido las lluvias, flores han aparecido en nuestra tierra, el tiempo del podar es venido.*

Si hasta aquí, señora, habéis vivido en invierno de frialdad del amor divinal, ya viene el verano del ardor que santifica, con que las lluvias de los pensamientos, y de los descontentos,

y de las turbaciones y mudanzas se van, y os nazca alegría nueva y frescor de esperanza. Las flores que en vuestra tierra han aparecido, el propósito de virginidad que Dios os ha dado es, que por no estar firmado con voto se llama flor.

Y dice Cristo que esta flor ha aparecido en nuestra tierra. Porque el cuerpo de la Virgen particularmente es de Cristo y tierra suya, que le acude, no con treinta ó setenta tanto, mas con ciento tanto, por ser la virginidad la cosa más alta que en lo que toca á la carne puede haber; y dice que ya viene el tiempo del podar, porque presto converná cercenar de vuestra ánima mil pensamientos y deseos que antes teníades, que aunque no fuesen pecados, eran muy bajos y llenos de tierra, y en ella habían de parar, y han de nacer otros magníficos que desprecien todo lo que acá se puede gozar, y se enderecen á ganar á sólo Dios. Conviéneos, señora, echar de vos lo visible, si queréis gozar de lo invisible: conviéneos dejar, si queréis recibir: decir de no á cualquiera cosa que á vos venga, por decir á Dios de sí. Vaso sois, echad toda la hiel, y recibiréis miel: que los gavilanes que crían para cazar buenas aves ciérranles los ojos, para que no vean las de poco precio y se arrojen á ellas, y encarnizados allí dejen de seguir las de más precio. Y así os conviene cerrar los ojos á todo lo poco, y decir al Señor (Psalmo CXVIII): *Aparta mis ojos, porque no vean la vanidad;* porque no os abalancéis á ello, y quedéis satisfecha con la tierra, pues que fuisteis criada para el cielo.

Dejad aparte lo que se pasa, y abrid los ojos á la caza, que es de mucho precio Dios, y á Él os abalanzad, aunque os cueste la vida. Podad de vos todo lo que Dios no es: cercenad toda cosa que no es á propósito del estado que queréis tomar; que si antes queríades ser una, ya queréis ser otra, tanto diferente cuanto el cielo de la tierra, y la esposa del Rey de la esposa del esclavo. A vida nueva, pensamientos nuevos; á palabras nuevas, obras nuevas, y todo nuevo le pertenece: este tiempo está ya cerca cuando vuestro niño salga á luz, y quedándoos virgen deis fruto de bendición de la mano de Dios por obra de su Santo Espíritu, que fecundará vuestro entendimiento para conocer á Dios, y abrasará vuestra voluntad para le amar, como hizo á la Virgen María, que le inspiró en el tiempo del concebir y la hinchó de gracias al tiempo del parir. Ya creo deseáis este parto, pues no ha de ser con dolor, antes con alegría, pues no es

de aquellos de los cuales se dijo á Eva (Genes., III): *En dolor parirás tus hijos;* porque aquello es cosa de carne concebida en pecado, estotra es obra de espíritu inspirada por Dios: y si antes que este día venga tanta alegría siente vuestra ánima con sólo el olor y esperanza de él, ¿cuánto más copia de ello habrá en la misma fiesta? Osad, sierva de Cristo, decir al mismo Señor que os ha convidado para tanto bien; osadle decir lo que la Esposa en los Cantares dice (Cant., VII): *Ven, amado mío, salgamos al campo, moremos en las alquerías, levantémonos de mañana á las viñas, veamos si nuestra viña ha florecido, si las flores han parido frutos y si han florecido las granadas: allí te daré mis amores.*

Convidad al que queréis tomar por Esposo á que salga al campo con vos, y suplicadle que se desembarace todo vuestro entendimiento y corazón de todo el bullicio de aqueste mundo, y os mortifique tanto á todo lo que pasa, como si ya estuviésedes fuera de este mundo sola vos y Cristo: y esto es salir al campo, porque quien esto ha hecho vive en anchura y alegría, y no la estrechan las marañas que traen consigo las cosas de acá; y para dar á entender que esto no ha de ser por un rato no más, añade diciendo: *Y moremos en las alquerías,* y desde allí levantémonos de mañana á las viñas; porque mientras la persona está ocupada y alterada con los presentes cuidados, ¿cómo podrá entender con atención en las cosas de su conciencia, que es viña de Dios?

Harto tiene que entender en tráfagos y zozobras; y aunque alguna vez desea y propone levantarse á entender en su alma, luego derriban las olas de las temporales mudanzas, y aunque con remordimiento de conciencia, en fin de cansado deja lo que más desea y entiende en lo que aborrecía. Alguna vez llega á tanto la miseria, que deja ya desear entender en su ánima, porque las muchas olas ahogaron aquel poquito de buen deseo que en ella estaba. Vos, doncella, á quien Dios ha amado y libertado de los cuidados del siglo, salid al campo de la anchura del corazón, hollad todo lo de acá, y gozaréis de una alegría que todo el mundo no os la puede quitar. Levantaos de mañana á entender en vuestra conciencia, pues este solo cuidado habéis de tener, y este ha de ser vuestro oficio; porque, como dice San Pablo (Cor., VII): *La mujer casada tiene cuidado de cómo agrade á su marido y á Dios,* y está repartida:

mas la doncella que no se casa, tiénelo en cómo agrade al Señor, para ser santa en cuerpo y en espíritu. Levantar de mañana es comenzar nueva vida y examinar la conciencia. Cuando Dios envía el rayo de luz, entonces no ha de dejar la persona pasar aquel tiempo; sino como el trabajador se va á trabajar en saliendo el sol, así la tal ánima se ha de esforzar al bien cuando siente espuelas de Dios. Y allí se ve si las flores han echado frutos, porque no hemos siempre de estarnos con buenos deseos, sin ponerlos en obra; porque la flor que pasa de su tiempo sécase y marchítase; y el niño que no saliese del vientre al tiempo acostumbrado, morirse ha. Y los propósitos que no se ponen en obra, ¿para qué son? Salga, pues, señora, vuestro propósito á luz : tórnese en fruto la flor.

Mirad á la Virgen Madre, que concibió por Espíritu Santo, y parió con alegría, dando fruto, y quedándose con la flor; porque cuando el buen propósito se pone en obra no se pierde, antes se confirma. Y también mirad si las granadas han florecido; porque la doncella de Cristo no se ha de contentar con cualquier amor de Él, sino amor hasta desear derramar la sangre por Él. Y este derramamiento de sangre se significa en las granadas, que han de estar muy vivas y floridas en el ánima de la esposa de Cristo, y allí le dad vuestros amores; porque después que seáis esposa, ¿qué os queda sino cautivaros del amor de Aquel que por vuestro amor se hizo extranjero en la tierra, y padeció treinta y tantos años con fríos, calores y cansancios, y después dió su vida por ganar vuestra ánima, mejor que Jacob por alcanzar á Raquel? ¿Qué habéis de hacer sino responder al que os ha llamado, y seguir al que delante de vos va con su cruz, y mirar en hito, sin volver á otra parte los ojos, al que así tan piadosamente os ha mirado, que os ha quitado de la tierra para trasponeros en el cielo, y os quita de ser sierva de hombres para que gocéis de ser sierva de Él, que es ser Reina y Señora? Aparejad vuestro tálamo, que así como la Virgen María andaba ahora cuidadosa con la subida al cielo, así lo debéis vos estar para vuestra subida á la celestial vida; porque la virginidad no es cosa de la tierra, no es cosa humana, parienta es de los ángeles; y vivir en la carne, y no según la carne, no es humana virtud. Angel terrenal es virgen ú hombre celestial, pues desde acá ya guarda entereza é incorrupción, como en el cielo la hemos de guardar, donde no habrá casa-

mientos ni cosa que le parezca. Y pues queréis subir á cosa tan alta, vivid con cuidado de parecer tal aquel día á los ojos de Dios, que os eche su bendición y os cuente en el número de sus favorecidas.

La Virgen Madre fué subida al cielo, y vió á su Hijo bendito, y está con Él; y vos tendréis en el altar y recibiréis aquel día en vuestro pecho al mismo que ella trajo en los suyos y al mismo que reina en el cielo: escondido vendrá, mas Él mismo es; porque si manifiesto viniese, no podríades sufrir su resplandor y hermosura; y por eso, no por falta de amor, sino por vuestro bien, viene así. Pues quien tal día espera no debe dormir: quien tal huésped atiende, ataviada ha de tener su casa: quien tal esposo aguarda, no ha de ir fea ni llena de andrajos; y quien tal sí quiero ha de dar, menester ha pedir la gracia del Señor para ser bien casada. ¿Qué haréis, señora, para este día alegre y terrible? ¿De dónde compraréis atavíos para bien parecer al que ama vuestra ánima? Idos á los pies de Él, y confesadle vuestra flaqueza y pobreza, y suplicadle que os vista y atavíe de la ropa de sus entrañas, que otro si Él no os puede dar mejor joya para bien parecer.

No cura él de oro, ni plata, ni brocado, ni esas poquedades en que miran los ciegos; mas la lindeza del ánima, que lavada con la sangre de El se para más blanca que la nieve, más hermosa que la luna y más clara que el sol, y muy mejor ataviada que lo estuvo la Reina Esther. El os vestirá y dotará y hermoseará: suplicádselo vos estos días, entendiendo en el pedir perdón de los años que no le habéis mirado á Él, sino á vos: del tiempo que habéis vivido con vos, no con Él: del tiempo que os habéis amado, y á Él no, sino para vos; y lavad vuestra faz con agua de lágrimas por los años que no habéis conocido ni amado como debíades á quien siempre os miraba, guardaba y amaba: y leed algunos ratos en libros santos, y repartid algunas limosnas á los pobres, y recogeos un rato á rezar por la mañana y otro á la tarde, y no cesen de os decir Misas, y rogad al Señor por vos, el cual os haga tan suya que podáis decir: *Vivo yo; ya no yo, mas vive Cristo en mí;* y os ponga por luz adonde otros miren para gloria de Cristo, al cual sea ala banza y hacimiento de gracias, ahora y para siempre jamás. Amén.

CARTA Á UNA MONJA

EN TIEMPO DE NAVIDAD, PARA RECIBIR AL NIÑO JESÚS

Señora: Hágale muy buena pro el Niño nacido en el portal de Belén, y de allí en su corazón, que, como nació para muchos, espere yo de Él que una de muchos es vuestra merced, y que no sólo nació para ella, más nació de ella; pues dice Él, que quien quiera que hiciere la voluntad del Padre, que está en los cielos, aquel es mi hermano y hermana y mi madre: y si á alguno está esto bien lo está á las monjas, las cuales por ser vírgenes tienen más semejanza con la Madre Virgen que lo parió, que no otras personas, y se huelga mucho el Niño de ser concebido, nacido y envuelto y tratado de cuerpo virgen, porque Él es virgen: que de Él es escrito (Cant., VI): *Que se apacienta entre los lirios*, que significan las flores de la virginidad: y aunque vírgenes, no han de ser estériles, pues que eran malditas las estériles en Israel, y significaba aquella esterilidad del cuerpo á la del ánima: porque serlo en el cuerpo no es culpa ni peligro para el ánima; mas serlo en la del ánima es causa de ser maldidos de Dios, como lo fué la higuera, que por tener hojas y no fruto fué de Él maldita.

No esté, pues, la doncella en el cuerpo sin fruto en el ánima, y éste sea el Niño Jesús, fruto bendito, por el cual es bendita la la que lo concibe: este se concibe con el amor del corazón, y nace cuando sale el amor á la obra, aunque alguna vez acaece lo que dice Isaías (cap. XXXVII): *Venir los hijos hasta el parto, y no haber fuerza para los parir;* que es cuando uno está con sus buenos deseos y nunca se atreve á ponerlos en obra por pereza ó por temor, ó por otra cualquier causa. Estos serán acusados y condenados en el juicio de Dios por personas que ahogaron los hijos que habían concebido, pues que nunca sacándolos á luz de la obra es matarlos dentro del vientre. ¡Ay de éstos que se les pasa toda la vida en deseos, y les haya la muerte sin obras, y van al lugar donde no sólo no les aprovecharán los deseos que tuvieron, mas serán castigados porque no efectuaron las buenas inspiraciones! Tornarse han contra ellos sus propios hijos, como fueran por ellos si los sacaran á luz. Señora, no sea ella de aquestos, mas diga como dice Isaías (capítulo XXVI): *Mi ánima te deseó en la noche, y mi espíritu en mis*

entrañas; en la mañana velaré á ti. Aquí está junto deseo con obras, pues desea de noche y se levanta por la mañana, por no ser como el perezoso, del cual dice la Escritura (Proverbios, XXVI): *Que se está en deseos sin levantarse de su sueño y cama de la mala costumbre para velar al Señor.*

No esté, señora, sin este Niño, por mucho que le cueste, porque todo es barato, aunque á trueco de Él le pidan la vida; y páralo, no con tristeza como Eva parió, mas con alegría como la Virgen María: quiero decir, no sirva al Señor con quejas ni tristezas, sino con ánimo voluntario, que le parezca todo lo que hace que no es trabajo de media hora: que así decía Jacob por amor de Raquel; y San Bernardo decía: *Lo que yo paso por Jesucristo, á duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento.* Muchos conciben buenos deseos con placer; mas al tiempo del parir la buena obra sienten tan grande dolor, que no quieren restituir lo que deben perdonar á quien les injuria, dejar sus placeres, los cuales son muy al revés de Nuestra Señora y Madre del Niño, que lo parió con mucha alegría, para darnos ejemplo que así hagamos nosotros y tengamos por tan gran bien el ser madre de Él, que cualquier pena que se pase en las obras se nos torne alegría; porque nos ha nacido hombre en el mundo, que es Hombre y Dios.

Mas quiero, señora, avisarle de una cosa que mucho le cumple: que de tal manera se goce con el Niño que le ha nacido, que no se descuide en la guarda de Él, porque no se le maten ó no se le muera, porque casi en naciendo luego se levanta Herodes contra Él con deseo de le matar: y por esto avisa el mensajero de Dios á José que lo quite de allí y lo lleve á Egipto: dándonos á entender que en naciendo Cristo en el ánima, luego se levanta el demonio con deseo rabioso de nos matar el bien que en el ánima nos ha nacido; y por esto nos hemos de gozar con temor, porque la demasiada seguridad no nos traiga á peligro, y tengamos más pena por haber perdido el bien que placer por haberlo tenido.

Muchos ha habido que supieron ganar y se vieron ricos con los bienes del ánima; y porque se descuidaron de criar lo que había en ellos nacido, se lo mataron ó se les murió de hambre. A Isboset mataron dos malos hombres porque se durmió la portera, que estaba aechando el trigo; porque quien no tiene vela sobre su corazón para discernir quién entra en él, si es

trigo ó si es paja, poco tiempo durará con la vida; y por esto nos amonesta la Escritura diciendo (Prov., IV): *Con toda guarda guarda tu corazón, porque de él procede la vida;* y mal puede guardar quien duerme, ni discernir paja de trigo quien tiene los ojos cerrados. ¡Oh, cuántos no miraron que es menester ser prudentes en el servicio de Dios, y no oyeron lo que dijo San Pablo (Ephes., V): *No queráis ser hechos imprudentes; mas entended cuál es la voluntad del Señor;* y por no saber apartar lo verdadero de lo aparente fueron poco á poco engañados, y del descuido vino el sueño, y de aquél la muerte al que guardaban!

Vele mucho, vele el pensamiento de la persona que tiene en su pecho á Jesucristo, y mire con siete ojos quién es el que entra en el ánima; porque tan gran bien como es conservar á Dios en el ánima, no se deja poseer de los descuidados ni necios, y pagan después con lloros su poco saber, que tan caro les costó, y plega á Dios no con infierno. Otros hay que aunque no haya Herodes, que es el demonio, que les mate su Niño, ellos mismos lo dejan morir de hambre, porque se dejan vencer de la pereza, y tras ella viene la pobreza, y así mueren de hambre sus hijos, y el padre fué el que los mató. Raquel decía á su marido Jacob: *Dame hijos , si no yo moriré;* y así lo dice la gracia que en el ánima mora, porque si no se ejercita en producir frutos de sí, poco á poco viene á morirse; y ¡ay de aquél que queda sin ella!

¡Oh malaventurada pereza! ¡Oh malaventurada ocupación, que fué causa que se nos fuese la gracia, por la cual éramos amigos del altísimo Dios! ¡Y malaventurado descuido que en cosa tan preciosa hubo! A trueco de cuidar cosa de tanta vileza, el sólo decirlo y oirlo da grande espanto, y nos debe ser suficiente motivo para desterrar toda pereza; y puesto silencio á todo lo que estorbare, pueda entender en dar mantenimiento de buenas obras, palabras y pensamientos al Niño que nos nació, porque no nos acaezca lo que á la higuera que el Señor maldijo porque no tenía fruto, sino hojas de vana apariencia: y si Él nos maldice, ¿quien nos bendecirá?

Secarnos hemos de raíz, y después secarse ha todo lo que en nosotros hubiere, que no quedemos para otro sino para arder en el fuego como leña muy seca. Pongamos, pues, cuidado en el Niño nacido, y guardémoslo de las asechanzas del demonio, como el ángel avisó á San José; y vivamos como diligentes

obreros en el ejercicio de la ley de Dios, para que demos de comer al Niño y no se nos muera; y no esperemos al punto que está para morir, dándole entonces el mantenimiento; mas traigámoslo vivo, y gordo y alegre, contento y harto, dándole muy bien de comer con abundancia de buenas obras; porque si lo dejamos enflaquecer, allende que no es buen padre quien así trae á sus hijos, muchas veces acaece de tanta hambre y flaqueza venir á morir; y por esto quien le desea la vida, guárdelo de flaqueza y enfermedad, y no ame el pasear, sino el trabajar, quien tiene hijos de mantener: y así lo haga quien tiene á Jesucristo en su corazón, pues que los hijos de los Reyes son curados de sus amas con gran cuidado, y aun con gran galardón ó castigo, según hacen el oficio.

Mas por mucho que sea, es mayor el que Nuestro Señor da al que bien lo haya criado en su corazón; porque si el Niño muere, el ánima muere: y así, so pena de la vida del ánima, ha de trabajar de guardar la vida del Niño; mas si vive le será dado vida, y vida eterna, siendo el mismo Dios Hombre galardón de la tal ánima en los reinos celestiales, manteniendo El á ella, y cuidándola, y velándola y defendiéndola, hartándola y dándole todo lo que ha menester, que le sobre muy sobrado: de esta manera paga Dios á sus madres que lo conciben y amas que lo crían. Plega á Él dar á vuestra merced gracia para que sepa servirle muy á contento de Él; y ésta dará si la pide, como hizo su verdadera y natural Madre, que pidió con instancia la gracia para saber tratar al que reverenciaba como á su Dios y amaba como á Dios é Hijo, y fuéle dada, y nunca le hizo servicio que á Él desagradase. De esta Madre sea vuestra merced devota, porque á ejemplo de Ella sepa criar su Niño; y pidiéndole su intercesión, mire su diligencia y cuidado.

CARTA Á UNA RELIGIOSA

AFLIGIDA Y DESCONSOLADA: ENSEÑALA CÓMO SE HA DE HABER EN SUS TRABAJOS

Señora: Confieso á vuestra merced cuando veo sus cartas que se me mueven las entrañas de compasión, y quizá se me rasgan de no ser para ayudarle en algo á llevar su trabajo: y si á vuestra merced le parece que está en mi mano la ida á le ayudar, sepa vuestra merced que hay otra cosa; y si de arriba

no viene, no podemos tomar nada, como dijo San Juan (capítulo III): *Plega á Nuestro Señor de la esforzar y consolar como yo deseo. Amén.* Y paréceme, según en su carta veo, que no ha vuestra merced estudiado lo que á vuestra merced otras veces he escrito, diciendo que conviene mucho no entristecerse por las faltas en que cae, porque se sigue mayor mal de ello que de las mismas faltas; y digo esto por las tristezas grandes que dice tener, que cierto han nacido de no desecharlas á los principios. Pídole por amor de Nuestro Señor que no lleve este negocio á fuerza de brazos, pues vale más maña que fuerza, y que se contente conque por la sangre que Jesucrirto derramó ella tiene una vida, que ya que no sea de perfecta monja, es á lo menos de cristiana pecadora, y puede esperar de ir á purgatorio con ella.

E ya que no creciese en bien, no se derribe ella misma á mayores males, como quien dice: pues no me dan lo que quiero, yo desecharé lo que me dan; y vaya con dolor su camino, que al fin no será su ánima perdida, sino cobrada en el cielo por Jesucristo: y esto le pido que me crea, no obstante que no me escriba los males que tiene, porque aunque le parezcan muchos, Nuestro Señor la quiere salvar, y la salvará, y Él sabe el por qué no le da el deseo de su corazón; que posible es que si se lo diese, sería dañoso por las partes que ella no sabe; pues hemos visto á muchos haberse dañado con la espiritual prosperidad, otros haber ido seguros con la pobreza y fatiga como ella va. Haga vuestra merced aquello para que Nuestro Señor le da fuerzas, y trabaje por no caer en ofensa mortal, lo cual espero en Nuestro Señor que le dará para ello su mano; y si la quitase, no por ello desmaye, sino váyase luego á lavar á la fuente de la limpieza, que es el sacramento de la Penitencia, y torne á caminar como primero; y si le parece que este modo de vivir es desconsuelo, por no estar su ánima sana, verdad es; mas dígole que lleve su desconsuelo con paciencia, como un enfermo hace con su enfermedad, y conténtese, que no es mal de infierno su mal; y esto agradezca mucho á Nuestro Señor, pues por su infinita bondad al fin puede esperar con la vida que tiene que se ha de salvar: que no ama Nuestro Señor tan livianamente las ánimas que así de ligero las condene al infierno; y si vuestra merced no fuere una de las que irán á Él por el camino muy derecho, y con hermosura muy grande, y haber

guardado por entero su justicia, será salva en compañía de muchos por haberle pedido misericordia; y con esta esperanza viva, y haga lo que pudiere, y no piense que sus males son bastantes á perderla, pues está la sangre del Cordero de Dios en medio, y le da gracia para no caer en unos males y para buscar remedio en otros que cae, sino llévese con dolor más que con desmayo, esperando la salud de Nuestro Señor y ofreciéndose toda en sus manos, y contentándose con lo que viene, y de esta manera huirá del lazo que el demonio le arma con esta desconfianza, que le hace mucho más daño que todo lo demás en que cae.

Dígase á sí misma: si yo soy la que debo, el Señor me salvará, como salva á otros pecadores por su misericordia, pues me da gracia que me pese de mis pecados, y le pida perdón, y reciba sus sacramentos: y si no soy tal cual otros, hago á Nuestro Señor gracias que me puso en su Iglesia, aunque yo soy la persona más baja que en ella hay y la menor que se ha de salvar. Crea, señora, que no es pequeño bien tener una vida con que uno pueda esperar ser salvo, aunque sea al cabo de dos mil años de purgatorio, porque pues de allí han de ir al cielo, y aqueste cielo será descanso para siempre, no se debe tener en mucho cualquier mal si el paradero es tan gran bien. El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced, y la esfuerce y abrigue y haga bienaventurada en el cielo. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA

QUE QUERÍA ENTRAR EN RELIGIÓN

La merced que Jesucristo Nuestro Señor os ha hecho en daros deseo de dejar las vanidades y falsos placeres del mundo es tan grande, que si Él con su misericordia no os da luz para conocerla y fuerzas para servirla, vos no lo podréis hacer: Él es el que tal propósito os ha puesto, que los hijos de Adán no quieren sino gozar de este mundo, y curan poco del otro. Bendito sea para siempre quien así os ha desengañado de lo que á muchos engaña, y os ha dado á entender que es mejor dejar este mundo que gozar de Él, y casaros con Jesucristo que con hombre de la tierra. Sabed conocer esta merced, teneos por dichosa en ser llamada para tal desposorio, y suplicadle que el que os hace la merced os dé gracia para saberla servir, y alentaos mucho para

tomar sobre vuestros hombros el suave yugo de Nuestro Señor que en el monasterio os echarán; y aunque trabajos se os ofrezcan, tenedlos en poco á trueco de ser esposa de Cristo; y tened entendido que aunque allá halléis algunos, los que acá dejáis son mayores, pues por un placer de acá da el mundo cien trabajos, y por un trabajo pasado por Cristo da Él cien galardones.

Procurad mucho de ser humilde con todas, teniéndoos por menor que ellas, pues el Hijo de Dios se postró á los pies de los Apóstoles y se los lavó para ejemplo nuestro: y si os sabéis en este mundo humillar, seréis en el otro ensalzada, y cuanto más acá os abajáredes, tanto mayor en el cielo será vuestra gloria. Acordaos que dice el Señor (Matth., XI): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.* Asentad estas palabras en vuestras entrañas, que os harán mucho provecho para toda vuestra vida; porque el humilde á todos sirve, el manso á todos sufre. Á quien así lo hace conoce el Señor por hijo suyo, como el demonio conoce por suyos á los soberbios y airados. Sed amiga de la obediencia, pues obedeciendo á vuestros mayores obedecéis á Cristo; y si en esta virtud os va bien, hallado habéis paraíso en la tierra: y porque para la primera vez esto basta no os digo más, hasta que después de entrada en el monasterio me aviséis de cómo os va; y plega á la misericordia de aquel Señor que para sí os ha llamado, quiera acabar en vos lo que ha comenzado, para que en esta vida perfectamente le sirváis y después en el cielo perfectamente le gocéis.

CARTA Á UNA MONJA

ANIMÁNDOLA MUCHO EN EL CAMINO DE DIOS: ENSÉÑALA CÓMO SE HA DE HABER EN LAS COSAS QUE LE SUCEDIEREN

Bien creo, señora, que no le habrán faltado á vuestra merced tribulaciones de dentro y de fuera, porque ese es el camino por donde el Señor lleva á los suyos al eterno descanso por confirmarlos con su Hijo, que después de ser bautizado y declarado por Hijo de Dios, con voz del cielo venida, fué tentado de diversas maneras: y así el ánima llamada de Dios no debe esperar placeres, mas trabajos: no regalos, mas desconsuelos; y con lo que los mundanos huyen, que es el padecer, con aquello el Hijo de Dios se ha de mantener. Aprended, señora, á

manteneros con las piedras duras de los desconsuelos, y daréis testimonio que sois hija de Dios, pues tornáis las piedras en pan: y aparejaos á padecer, y no padeceréis; porque cuando el padecer es amado, no es padecer, sino gozar; y cuando es huído, más viene y más pena: por eso no descanséis hasta que por amor de Aquel que padeció por vos tantas cosas, padezcáis vos de buena gana las pocas que os pueden venir, y deseéis padecer otras mayores. El siervo de Dios mucho más ha de desear hacer por Él de lo que hace, y padecer de lo que padece, porque dé testimonio como hay fuego en su corazón que quema y abrasa lo presente y eche centellas lejos de sí, como dijo el Arcángel de Dios al Santo Daniel, Profeta. No os contentéis con ser tibia en el amor de Jesucristo, pues que Él tan encendidamente nos amó.

Muchos trabajos y angustias y vituperios pasó por nosotros, y mucho más de lo que se puede contar ni decir; mas con el grandísimo amor que nos tuvo parecióle muy poco, y mucho más pasara de lo que pasó si más hubiéramos menester. Los tibios en el amor de Nuestro Dios ni conocen á sí mismos ni á Él; porque si mirasen cuántos pecados les ha soltado Nuestro Señor, por cada uno de los cuales justamente los pudiera echar en las crudelísimas penas del infierno, entonces amarían mucho á quien mucho les soltó. De aquesta manera habíamos de agradecerle en no nos haber condenado, antes esperado á penitencia, como lo agradecería uno que estuviese en las penas infernales y le sacase Nuestro Señor Dios de ellas, y le diese esperanza de misericordia; porque cuanto es de nuestra parte también merecíamos estar nosotros allí, según los grandes pecados y culpas que cometimos, como los que en ellas están; y sola la divina bondad nos ha defendido de su justicia y de los lazos y asechanzas del maligno demonio, el cual nunca duerme, mas siempre vela con sus astucias, por nos hacer caer en ellas; mas mirad, señora, no digáis en vuestro corazón: poco he pecado, y por eso poco debo, porque me han soltado. Por cierto muy ciego es el tal pensamiento, y lleno de hinchada soberbia; porque dejado aparte que no hay ninguno que mucho no deba, pues que dice el Apóstol Santiago (cap. III): *Que en muchas cosas habemos todos ofendido.*

Es verdad muy averiguada que también debemos nosotros á Nuestro Señor Dios los pecados mortales que no hemos come-

tido, porque aquella bondad suya que nos perdonó los hechos, aquella nos excusó de caer en los que no caímos; porque no hay pecado que uno haga que otro no le haría, si no le tuviese la piadosa mano de Dios: y por eso no sólo debe ser agradecido el que en mucho ha caído, mas el que en poco; y aun más debe ser el que menos cae, que quien más cae, porque mayor bien recibe de Dios en ser tenido para no caer, que el otro en ser perdonado después de caído. Por tanto, dad gracias á Nuestro Señor por lo que os ha perdonado, y mucho más por lo mucho en que hubiérades caído si no os tuviera de su mano: y amad mucho, pues debéis mucho: ningún rato haya en el cual vuestro corazón no ofrezca á Dios sacrificios de alabanzas y de amor encendido; porque Él mandó que ardiese siempre fuego en su altar, que es nuestro corazón. No repartáis el corazón, mas dadlo todo á Aquel cuya sois: si abrís las puertas del corazón á las criaturas, hallarlo habréis duro y triste y enfermo; no hagáis caso de todo lo criado, mas pensad que no hay sino Dios y vos, y bástaos Él. ¿Qué queréis mirar á otra cosa? Si viésedes y oyésedes todo lo que pasa en el mundo, ¿qué sería todo sino una vanidad que pasa con una corrida y deja desconsolado el corazón? Olvidad, pues, ahora de gana lo que presto habéis de dejar por pura fuerza; ganad honra con este mundo que á tantos engaña; dejádlo porque os deje. Morid á todo lo que pasa, y pasaos á vivir á lo que siempre ha de durar: allá poned todo vuestro pensamiento donde Dios es claramente visto en su gloria, porque cuando de acá salgáis, el proceso del divino amor que de allí llevaredes os suba adonde está el que mucho amáis: no penséis que perdéis algo en perder este mundo, que lo más lucido de él es obscuro, y lo más alto es de poco valor, y lo que más florido parece se pasa como un poco de humo. Poneos al fin de vuestra vida, y veréis cuán gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca y mudable, que corre más que correo.

¿Qué desatino mayor que yendo (como todos vamos) de camino para la muerte, pararnos á reir y jugar como si fuésemos á la vida? Sed vos, pues, una de las que han pasado por esta vida como de camino, y han alcanzado la vida del cielo en que viven, los cuales si hubieran amado esto presente, ya se les hubiera pasado el placer, y estuvieran en eternos tormentos. Aprended, pues, en los males de no pecar, pues tan amargoso fruto saca-

ron de haber pecado, y de los buenos á trabajar, pues tanto provecho les vino: mirad que ahora tenemos tiempo, que no lo perdamos, y ninguna ocasión que se os ofrezca de hacer bien la dejemos pasar. *Los días*—dice San Pablo (Ephes., V)—*son malos; por tanto, redimamos el tiempo;* y si miráis á lo que la ocupación de este mundo ha de menester, nunca os vagará á lo que toca á vuestra ánima. Cortad, si no podéis desatar, y pasad de camino olvidando lo del cuerpo, y hágase muy bien hecho lo del ánima; porque si falta hubiere de haber, más vale que falte en la comida del cuerpo que en la santa oración y comunión. Muy pocas son nuestras fuerzas, y si las repartimos serán muy menores, cuanto más si damos lo más á lo que se pasa lo que dura sin fin. Volved las espaldas al mundo, y romped con él como quien públicamente se muestra por su enemigo, y volved vuestros ojos al Señor, que quiere miraros y que le miréis. ¿Dónde podéis vos emplearos que mejor os vaya que en Aquel que los ángeles desean mirar, y mirándolo nunca se hartan? Básteos, si vos queréis que os baste: no busquéis otra cosa con Él, porque no quiere ser posesión del que sólo con Él no se contenta, y con mucha razón: pues Él hizo todo lo que es, tendrálo todo.

No hayáis miedo de perder vuestros placeres por este placer: poned en su mano vuestra honra, salud y vida, y todo lo que tenéis y deseáis, y decidle que tome todo lo que quisiere, cuando y como lo quisiere, y que se os dé Él á vos: rogadle que sea cruel en todo, y que sea piadoso en dárseos Él: no os quejéis de trabajo que os venga, que todo es poco para tan grande bien; y si quisiéredes quejar, quejaos de vos, que no recibís con alegría lo que Nuestro Señor os envía por vuestro provecho. Pedidle que haga con vos lo que os cumple, y no lo que vos queréis; y esforzaos á hacer buen rostro á tentaciones, necesidades y condiciones ajenas, y á todo lo contrario que veniros puede: probada habéis de ser si habéis de ser coronada: por eso mirad que seáis como el oro que se apura en el fuego, y no como paja que se quema en Él. No seáis como aquellos que quieren servir á Dios mientras no se les acaece algo que sea contrario; mas en viniendo, dan testimonio que no viven con la voluntad de Dios, mas con la suya: los que han de ir al cielo, personas señaladas han de ser. ¿Pensáis vos, señora, que habiendo entrado el Redentor en el cielo tan atormentado cual

sabéis que fué de la cruz descendido, que han de entrar sus criados peinados, y sin que les toquen? Agarrochados y dejarretados salen los toros del coso; así habemos de salir de este mundo para gozar en el otro. La vida del cristiano, dice San Agustín que toda es martirio, y es verdad; porque si miráis qué se pasa por no pecar, veréis que los que murieron por la fe de Cristo y los que viven por no perder su obediencia y amor, todos son mártires: los primeros, verdaderos mártires; los segundos, mártires espirituales.

Fuegos y tormentos muchos combatían la fe del mártir; mas mucho más combaten la castidad, la caridad, la paciencia, etc., para nos la quitar: el que perseverare con Cristo, aquel será salvo; y aquel sólo perseverará á quien Él tuviere con su mano poderosa; y aquel será tenido que no se quiere á sabiendas derribar; mas con cuidado hiciere lo que según su flaqueza pudiere, y sin dormir diere voces al Señor como otro San Pedro, diciendo (Matth., XIV): *Sálvame, Señor.*

No calle nuestro corazón; mas viendo que nos ahogamos, demos voces al Salvador hasta que nos dé su mano y fortifique nuestra flaqueza. No callemos hasta que sintamos en nuestro corazón fortaleza del cielo, que nos tenga firmes y atados con Dios, con un nudo tan fuerte que ni soltar ni cortarse pueda. Amemos á Jesucristo tan de verdad que digamos: ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Tribulación, hambre ó cuchillo? En todo esto sobrepujamos, porque en la tribulación hay refrigerio, y en la hambre hartura, á quien el cuchillo de su palabra ha cortado la voluntad; solamente nos arrimemos á Él, y nos fiemos de Él, desconfiados de nosotros, y dando á Él la gloria del vencimiento, gocemos nosotros del provecho; porque para siempre ricos demos alabanzas siempre al que merece ser de la tierra y del cielo alabado *in saecula saeculorum.* Amén.

CARTA Á UNA MONJA

CERCANA Á LA MUERTE: ENSÉÑALE LO QUE HA DE HACER

Devota sierva de Jesucristo: Envióme vuestra merced á decir que estaba en las postrimerías y que me acordase de ella, que ahora era tiempo: así, señora, se hace; y aunque las nuevas que me da son para dar pena á la carne, mas mirándolas con ojos cristianos son para alegrar el espíritu; y así lo debe

estar el de vuestra merced, como el Señor dice en el Evangelio: *Cuando estas cosas comenzaren á hacerse, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención:* porque aunque Cristo la libertó de la cautividad de pecados mortales por la bondad y merecimiento de su sangre, mas queda el poder caer en ellos, y queda el caer en veniales, y queda el cautiverio del cuerpo tan sujeto á miserias, que hace gemir á un San Pablo y á otros como él, según él lo cuenta y dice, que estaban esperando la redención de su cuerpo. Allá, señora, no pecará mortal ni venialmente; porque por la sangre del Cordero, que por nosotros se derramó, no tendrá que ver con infierno, donde siempre pecan, sino con purgatorio, donde aunque penan no pecan: y de allí saldrá á ver á su Esposo, y á gozar de los bienes que le ganó con los clavos en las manos y en los pies puesto en la cruz. Y pues es cosa más maravillosa ver á Dios puesto en la cruz que verse vuestra merced puesta en el cielo, espero de su bondad, que pues la tuvo para hacer lo más, la tendrá para hacer lo menos.

Allá, señora, la llevará consigo; allá se la llevará, que el desposorio que acá profesó y con Él celebró, algún día se había de concluir con estar en el cielo Esposo y esposa: allí se verá en tanta anchura y abundancia, que dé por bien empleado su encerramiento y trabajos de acá, y después darle han un cuerpo, que aunque sea el mismo en substancia que acá tenía, mas será tan diferente en la salud, vida y otras cosas, que se alegrará con él mucho más que acá le da pena.

Toda entera, señora, toda entera, cuerpo y alma ha de estar bienaventurada y hermoseada, como conviene á la honra de quien por esposa la tomó, que es Jesucristo, el cual es Señor del otro mundo y de éste; por esto no esté desmayada, con que merecerá cuando muera. Todo lo puede Jesucristo, y Él la ama, y no la desamparará; que pues en el tiempo de navegar la ha guardado entre las tempestades de esta vida, no la dejará perder al tiempo del desembarcar. Póngase muy en sus manos, ofreciéndose de corazón á Él para vida ó muerte, ó para lo que Él quisiere, y pídale perdón por su sangre de todo lo que le ha ofendido; y confesada y comulgada arroje sus pecados y á sí misma á los pies de Jesucristo, y pídale una gota de su sangre con que sea lavada, y tenga confianza que así lo hará.

Apártese de comunicación cuanto su enfermedad lo sufrie-

re, que el Señor cuando quiso morir así dejó á sus discípulos para en soledad orar á su Padre, dándonos á entender que en este trance así lo debemos hacer; y su plática sea con Jesucristo y con su Madre bendita; y para que su flaqueza esto no impida, será bien mirar una imagen del Crucifijo y su Madre par de Él. Dé gracias á Dios muy de corazón por las mercedes que le ha hecho, así generales como particulares, y métase en las llagas de Jesucristo, que es la Iglesia, de donde la justicia no sacará á los malhechores arrepentidos; y allí descanse y espere, que por aquella sangre y muerte irá á gozar en el cielo de la vida que nunca se acaba. Sea Jesús con vuestra merced.

CARTA Á UNA RELIGIOSA,

DONDE LA DESPIERTA AL AMOR DE DIOS

Devota esposa de Jesucristo: Vuestra carta recibí, y doy gracias á Nuestro Señor porque os recibió en el número de sus siervos, porque por el menosprecio de esto que vemos, y por la mortificación de esta carne que traemos acuestas, le sirven en limpieza de ánima y cuerpo para que de Él sean galardonados en todo, pues le sirven con todo. Conoceos por deudora de su Majestad, pues quiso tomar para galardonar á la que merecía ser castigada con recios tormentos. No es mucho de maravillar que vos queráis á Dios, pues tantas razones hay para quererlo; mas maravillaos muy mucho porque un tan alto Señor os quiera tomar por suya, á quien tan baja é indigna es, y con tantas faltas le sirve, que ningún señor de los de la tierra las sufrirían á los suyos: gozaos en haber dado vuestro corazón y cuerpo al Señor; mas no penséis que os ha venido de vos, ni que habéis echado obligación sobre Dios, sin que vos quedéis más deudora, pues para vos es el provecho y vos habéis recibido la merced. Y así, servid al Señor como una esclava comprada por mucho precio, que si bien sirven, no por eso le deben algo, porque es obligada á servir y buen servicio, pues que costó buenos dineros; y si no sirve merece azotes, pues hurtó su servicio á quien tan de verdad lo debía, y no hay que agradecerle si bien sirve, porque hace lo que debe; mas hay por qué con razón castigarla si no sirve, porque no hace lo que debe; y por eso dice Nuestro Señor Jesucristo: *Cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos somos, y sin prove-*

cho; lo que debíamos hacer hicimos: y si habiendo hecho todo lo que nos es mandado habemos de decir que no habemos hecho cosa que agradecérsenos deba, ¿qué será de nosotros que ni con mucha parte hacemos lo que nos es mandado?

¿Quién de nosotros ama á Nuestro Señor con todo el entendimiento, pensando lo que Él quiere, no mirando á nuestro provecho; y toda el alma, teniendo todas las pasiones mortificadas, y que no alboroten el reino de la razón; y con todas nuestras fuerzas, empleando en el servicio de Dios todo nuestro cuerpo y cuanto podemos? Pocos hay, Hermana, que amen á Nuestro Señor Jesucristo, pues el amor que á las vanidades tenemos y el gran tirano de nuestro amor nos impide de dar todo el amor á Nuestro Señor Jesucristo. Claro es que mientras el amor de mí mismo está vivo, que el de Dios está muerto: y tanto dejo de amar á Dios cuanto me amo á mí: y ¿quién hay que mucho más no se ame de lo que debía amarse, y por eso amará menos á Dios de lo que le debía amar? Y sintiéndonos faltos en este amor, ¿qué cosa hay en que no seamos faltos? De aquí viene el no amar al projimo como Dios quiere: de aquí no sufrirle, y no huir de darle enojos: de aquí, finalmente, otras faltas, que amancillan el alma como podre que mana siempre de una llaga: mayores son nuestras faltas que pensamiento humano puede conocer; y sólo aquel que penetra nuestro corazón y lo ve claro, puede comprender nuestra flaqueza cuán grande sea; y muchas veces parece sucio delante su juicio lo que delante del nuestro parece limpio. Por tanto debemos, como Job decía, temer todas nuestras obras, aunque parezcan buenas, no pareciéndonos bien en ellas, no contentándonos en lo secreto de nuestro corazón; porque aquél sólo agrada á Dios que á sí mismo desagrada, aquél es delante de Dios justo que conoce ser justicia. La misericordia de Dios, que sin merecerlo nosotros sufre, perdona y ama como si fuéramos justos.

No hay cosa á Dios más contraria que el corazón que bien se parece, porque no tiene vaso en que Dios eche las riquezas de su misericordia; quédase en su propia bajeza y sequedad, por no quererse abajar para que corran á él las aguas de la gracia de Dios, con quien viviese contento en Dios y llevase fruto, como el huerto donde abundan las aguas de la gracia de Dios: todo nuestro bien, de Dios viene; y quien creyere que puede de sí mismo menear la lengua para decir Jesús, él mismo

se hace Dios, pues se atribuye lo que es de sólo Dios, y quiere Dios darlo con condición que conozcamos esta verdad: que en Él y de Él, y no de nosotros, viene todo nuestro bien, y mientras más bien tenemos más deudores somos, y más tenemos de qué acusarnos, pues no respondemos á tan grandes mercedes con mayores servicios, con mayores gracias y con mayores agradecimientos: el que es enseñado por la verdad divina, ninguna cosa atribuye á sí mismo sino el ser malo y el pecar; porque quitado todo lo que Dios le dió, y cada día le conserva, no halla ser sino nada, y en nada se torna, como de nada fué hecho; y quitado el favor de Dios, que por Jesucristo nos es comunicado, ¿qué sería del más santo sino lo que de Pedro cuando lo negó, y Pablo cuando andaba persiguiendo al que lo redimió, y lo que cada uno prueba en sí que era antes que el Señor pusiese en él la mano, quitándole aquel corazón viejo y dándole uno nuevo? La justificación no es sino una resurrección del ánima, que está muerta en pecados, y ahora vive por el espíritu de la vida que Dios le infundió por la muerte de su Hijo bendito. Y así como sería muy loco un cuerpo que atribuyese á sí el vivir y el morirse, y no al alma que en él está y le da la vida, así es muy ciega el alma que la vida de las buenas obras que siente tener la atribuye á sí, y no al espíritu de la vida que Dios le ha infundido: y algunas veces castiga Dios á estas ánimas quitándoles lo que les había dado, para que viéndose no poder oir ni gustar ni obrar lo que antes podían, sientan que era otro el que en ellos obraba la vida, y ellos la recibían: y otra cosa no son sin la gracia de Jesucristo sino lo que es el cuerpo cuando el ánima se va de él.

Por tanto, Hermana, no veáis otra cosa en vos sino faltas, que no tenéis otra cosa en vuestra cosecha. Si el Señor os desconsuela, mirad cuán fría y floja os paráis y con cuán poca conformidad lo recibís lo que también merecéis. Si os consuela, mirad con cuán poca humildad lo recibís, siendo razón de tanto más correros de quien vos sois, cuanto más Dios os trata como si fuésedes buena.

Pensad cuán poco os sabéis aprovechar de las inspiraciones y hablas del Señor, y cuántas veces os dice el Señor una cosa, y cuán presto la olvidáis sin la poner en efecto; siendo razón que cada palabra suya os durase toda la vida, sin ser menester decírosla otra vez. Pensad cuántas veces pone Dios en vos buen

licor, y con tener vos vuestro corazón lleno de agujeros, se os derrama lo que fuera razón que mucho tiempo guardárades; y algunas veces siendo razón que cuanto Dios más nos consuela, tanto más nos olvidemos de las cosas de acá, y se pare nuestra ánima más cerrada y entera y de dentro de sí para otra vez recibir á Dios. Acaece consolándonos Él hacernos livianos por nuestra propia liviandad, y derramar más nuestro corazón que antes estaba. ¿Qué diremos de nuestras flaquezas, sino que bien examinadas no hay cosa que á derechas hagamos, y que antes es razón que cualquier cosa que nos acaezca nos corramos de cuán defectuosamente va hecha, que pasarnos por pensamiento que habemos hecho cosa que sea de mirar? Claro es que si un paje sirve al Rey y no le hizo bien la reverencia, que lo castiga; y si vino á lo que le mandaron no tan presto como era razón, también lo castiga; y si respondió, y no tan presto, castíganlo; si se tardó en el mandado, lo mismo; y, en fin, no se contentan aquellos á quien servimos con que hagamos lo que dicen, sino que ha de ir bien hecho, para no avergonzarnos y reprendernos.

Pues decidme, Hermana: ¿quién de nosotros tiene á Dios reverencia tan profunda como era razón? ¿Adónde está el adorar á tan altísima Majestad con un entrañable temblor, como lo hacen los del cielo, de los cuales se canta en la Misa tiemblan los Poderes? ¿Dónde está la vergüenza que de aquel Infinito tenemos, que sabe muy bien quién somos y nos ve más claro que los rayos del sol son? ¿Dónde la obediencia tan presta, que no esperamos que nos digan la cosa dos veces? ¿Dónde la discreción para le saber servir y agradar? ¿Dónde el agradecimiento á sus inefables é innumerables beneficios? ¿Dónde, finalmente, el servicio del cuerpo y del ánima, que á tan gran Dios y Señor se le debe? Cierto, quien ojos tiene para ver, no ve en sí sino una profundidad de miserias y faltas: y cuando á la noche se toma cuenta qué tal ha sido aquel día, otra cosa no halla sino males que ha hecho en pensar, hablar ú obrar, ó bienes que ha dejado de hacer por no haber amado á Dios y á los prójimos como debía, no haber sido agradecido á Dios, no haber sufrido á los prójimos, con otra innumerable carga de cosas que había de tener y no tiene: y si algo de bien ha hecho, con el favor de Nuestro Señor, halla ó que lo ha maculado con soberbia, vanagloria ó con pereza, ó con no responder como

debía, ó con otras dos mil faltas que Dios le da á conocer, y con otras dos mil que aún no las ve, mas cree que las hay, y por tal se tiene, y la menor parte de sus males cree que es la que conoce; porque así como cree que Dios es más bueno de lo que él conoce, aunque Dios le hace mercedes, no se atribuye á sí cosa de ellas, sino las faltas que hizo en no responder ni aprovecharse de ellas como debía: y esto es andar, en verdad, dando á Dios lo que es suyo, que es todo el bien sin ninguna mezcla de mal; y con esta consideración arraigado en las entrañas, como verdad dicha por boca de Dios, desarrímase de sí como de caña quebrada, y anda siempre arrimado á Aquel que todas las cosas sustenta: no se mira á sí, porque no ve sino que llorar, y mira á Dios, en cuya bondad se confía sin temor de verse desamparado; y como Él sea tan fiel que no deja á los que á Él van, tiene tanto cuidado de éstos, que antes faltará agua en la mar y luz en el sol que la misericordia de Dios; por esto corren y vuelan, porque Dios los lleva; y no caen, porque Dios los tiene; no yerran, porque Él los rige; ni serán condenados, porque el Señor da su reino á los que son como niños.

Hermana, pues, entended á vos y entended á Dios, pues el Señor tanto lo quiere; y de todo lo que en vos pasare apartad la gloria para Dios y la deshonra y vergüenza para vos, y vuestra esperanza de salir con lo comenzado sea en Él que os puso en el camino, no cierto para dejaros en el medio de él, mas para llevaros á la compañía de sus esposas que en el cielo tiene; mucho os quiere honrar allá, no procuréis la honra de acá; en el olor de tan excelente convite no es razón que os hartéis con la vileza de acá, que no hay cosa en la tierra que sepa bien á quien un poquito gusta del sabor celestial; volved las espaldas á todo, que presto lo habéis de dejar, y hallaros habéis burlada en haber puesto vuestro corazón en lo que tan presto se pasa: muy poco es lo que por Dios podéis pasar, aunque vos pasásedes todo lo que se puede pasar; porque mirando el infierno que habéis merecido, y el paraíso que os ha de dar, pues os ha puesto en el camino, y á lo que Él por vos pasó no es nada para poner en cuenta lo que vos pasáis ó pasareis. Tened á Dios por tan precioso, que todo lo que os costare penséis ser muy poco, y que aunque os cueste la vida, lo compráis muy barato: allá veréis cómo no fuisteis engañada en el trueque que

habéis hecho; mas viendo llamar de locos y malaventurados á los que pusieron aquí su corazón, y embaucados con esto presente se olvidaron de lo que Dios promete. Daréis gracias á Nuestro Señor, que siendo vos engañada os desengañó, y mirando á la tierra os alzó los ojos al cielo, y siendo esclava de la vanidad os hizo hija de Él, y viviendo sin la esperanza de las promesas divinas os ha puesto en camino para que podáis esperar que os ayudará Él á bien vivir, y después á bien morir; y acabado este destierro os lleve á la tierra de los vivos, que es la presencia de Dios clara, adonde tengáis tanto bien que á sólo Dios pertenezca conocello así, como á Él sólo pertenece darlo y poderlo dar: esto hará el Señor, no por vos, sino por Él, porque es bueno y para siempre su misericordia, al cual por todo y de todo y en todo sea gloria y alabanza por todos los siglos de los siglos. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA

QUE LE PREGUNTÓ QUÉ COSA ERA CARIDAD

Devota esposa de Cristo: Pedísme en vuestra carta que os escriba qué cosa sea caridad, para que guiásedes vuestra vida por ella; porque siendo verdad la sentencia del Apóstol (I Corintios, XIII): *Si estamos sin ella, todo cuanto hiciéremos, aunque sea entregar nuestros cuerpos á llamas, todo vale nada.* La petición es muy grande, y quisiera que el mismo Apóstol San Pablo, cuya sentencia os movió á preguntarlo, os respondiera; porque no sé yo qué mayor cosa me pudiérades pedir que ésta, pues que en ello consiste lo supremo de nuestra cristiana religión, *y quien la guarda*—dice el mismo Apóstol (I Cor., XIII),—*cumple toda la ley.* Así que, devota esposa de Cristo, suplicad al Espíritu Santo, á quien se atribuye el amor, que os enseñe en el corazón qué cosa sea lo que preguntáis, como lo enseñó el día de Pentecostés infundiéndose en los santos Apóstoles. Que el verdadero Maestro de este lenguaje, sabed que no es otro sino Él; porque ¿qué podría decir mi lengua terrena del lenguaje que se trata en los cielos? Ese lenguaje es celestial; los que del todo lo ejercitan, los bienaventurados son, los cuales no entienden en otra cosa sino en amar verdaderamente con todas sus fuerzas á Nuestro Señor Dios y á todo aquello que Él quiere que amen. ¿Cómo os podré yo decir del amor que nin-

gún interés ni amor propio tiene, ni mira á otro hito ni fin sino á Dios, habiéndome dejado mi padre Adán todo revuelto hacia mi propio interés, y vuelto á que me busque á mí en todo? Mira que tanto, que aun en las cosas de Dios estamos tan torcidos hacia nosotros, que muchas de ellas las hacemos por nuestro provecho é interés, que aunque las obras sean santas, el amor con que se hacen todavía es propio. No tiene otra diferencia sino que cuando lo buscamos con obras malas corría por caño de barro, y después, buscándole por obras buenas, corre por caños de oro; pero, en fin, hacia nosotros corre.

Plega á nuestro verdadero Maestro Jesucristo, el cual siempre buscó la honra de su Padre, cuyo amor lo abajó á este mundo, no á hacer su voluntad, sino la del que lo envió, que abra mi lengua para que os diga algo de lo que deseáis. Que cierto, si vuestro buen deseo no me forzara á deciros algo de lo que he leído, mi poquedad me hiciera callar; mas para que entendáis qué cosa es caridad y cómo andéis siempre ocupada en ella, querría que supiésedes algo del amor que los bienaventurados tienen en el cielo, para que de aquél vengáis á conocer en qué consiste la caridad verdadera; porque tanto cuanto más á aquel amor nos llegáremos, tanto más tendremos del amor perfecto. Habéis de saber, Hermana, que el amor del cielo tiene á los Santos transformados en un querer con el de Dios Nuestro Señor; porque uno de los efectos del amor, según dice San Dionisio, es hacer que las voluntades de los amados sean una; quiero decir, que tengan un querer y un no querer: y como el querer y el amor que Nuestro Señor tenga no sea sino de su gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso, de aquí se sigue que el amor de los Santos es un amor y un querer con que aman y quieren con todas sus fuerzas que el Señor Dios sea en sí tan bueno y tan glorioso, tan digno de honra como es: y como vean en Él todo aquello que ellos desean, sígueseles de aquí el fruto del Espíritu Santo, que es un gozo inefable de ver á quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en sí mismo: y si queréis rastrear algo de este gozo divino, mirad cuán grande es el alegría que recibe un buen hijo de ver á su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sabio, rico, poderoso, honrado y muy estimado del Emperador.

Ciertos hijos hay tan buenos que dirían que no hay cosa á que se compare el alegría que reciben de ver á su padre tan

estimado, tanto que por mucha necesidad y aflicción que ellos tengan, no basta para quitarles tan gran gozo, porque ellos no pretenden sino el bien de sus padres. Si este gozo es tan grande, ¿qué os parece, Hermana mía, que será aquel gozo de los Santos, viendo á su verdadero Señor, Criador universal, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso Señor y Criador, que por su solo querer todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin Él no se puede menear una hoja en el árbol? Cierto, gozo es *que ojo nunca vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre pudo entrar* (I Cor., II) conocimiento tan inefable sino en Aquel que lo tiene y posee.

Veis aquí, Hermana, el amor que los Santos tienen en el cielo, hablando conforme á la poquedad de nuestro entendimiento; y de aqueste río caudaloso, que alegra á la ciudad de Dios, sale el amor del prójimo en el cielo, que como todo el deseo y gozo de los Santos sea ver á su Dios (amor verdadero suyo) lleno de gloria y honra, de aquí salen con un ferventísimo amor á amar, y querer que todos los Santos sean tan llenos de gloria y hermosura como son, y gozarse en gran manera de aquesto, porque en ellos se glorifica y honra Aquel cuya honra y gloria solamente pretenden: y porque la causa de amar á los Santos es ésta, de aquí se sigue que más se gozan y quieren la gloria y hermosura de los mayores Santos que de la suya propia, porque ven á su bendito Señor más glorificado en los otros que en ellos.

Bien veréis, Hermana, cuán lejos anda de esta santa compañía el amor propio y la envidia que de él nace; mas diréisme que de ahí se sigue que tendrían algún pesar, porque ellos también no están muy crecidos, pues que crece la gloria de su Dios en ellos; no se sigue mirando el primer efecto del amor, que es unir voluntades, porque ellos estan transformados en el querer de Dios, y no quieren más de lo que su Señor quiere: y porque vean que tener uno más gloria que otro fué por quererlo así el Señor Dios, de aquí vienen á estar muy contentos con la gloria que á ellos les dió, y también porque la diversidad de grados de gloria en los bienaventurados más hermosea la ciudad de Dios que si todos estuvieran de una color, como es más suave la música de una vihuela, porque tiene diferentes cuerdas y de diversos sonidos, que si todas fueran de uno sólo: y si es

así, que habiendo diferentes grados de gloria y diversas mansiones en la iglesia triunfante, está más hermosa que si todas tuvieran una misma gloria, de aquí ven que su Señor está más honrado en ellos que si todos estuvieran iguales, y así no tienen ellos pena por tener menos gloria que otros; porque ellos con sus colores, y los otros con otras más subidas, todos concurren en manifestar la infinita bondad y hermosura del que los crió.

Veis aquí, Hermana, el río que vido San Juan en el Apocalipsis salir de la silla de Dios y del Cordero, del cual beben los bienaventurados en el cielo: y con este amor inebriados cantan aquel *aleluya perpetua*, glorificando y bendiciendo á Nuestro Señor Dios. Bien habéis ya conocido algo de aquel esmalte con que están esmaltadas aquellas piedras preciosas con que está fundado el templo del monte celestial; pues á la semejanza de este templo que habéis visto en el monte, habéis de fabricar la morada de vuestra ánima para el Señor, como le dijeron á Moisés, que mirase que hiciese el tabernáculo al traslado del que había visto en el monte.

Habéis, Hermana (si queréis andar en perfecta caridad y amor del Señor el camino de esta vida), de traer un querer perpetuo, ó el más continuo que pudiéredes, con que siempre queráis que Nuestro Señor Dios (delante del cual habéis de andar) sea en sí tan bueno, tan santo, tan lleno de gloria como en sí mismo es, así con un gozo y complacencia en todos los bienes de Dios, holgándoos y regocijándose vuestra ánima en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello que es infinitamente bueno y poderoso, de quien recibe todo lo criado ser y hermosura, el cual en sí mismo es tan lleno de gloria y de bondad que todos tienen de Él necesidad, y Él de ninguno: este ha de ser el blanco donde ha de tirar vuestro amor. Y en esto dice Santo Tomás (2.ª 2.ae *De Charitate)* que consiste la perfecta caridad; porque el amor que los nuevos devotos dicen ser caridad, que es cuando están encendidos en devoción, amando tiernamente al Señor, aunque es santo, no es de tan altos quilates como este santísimo amor que transforma las ánimas en su amado, al cual amor nos convida la Escritura en muy muchos lugares, diciéndonos: *Alegraos los justos en el Señor*. Y San Pablo nos dice: *Gozaos en el Señor*. Y pareciéndole que no era consejo éste para decirlo una sola vez, torna á repetir diciendo: *Otra vez os digo que os gocéis*.

Esto mismo nos dijo el Profeta David cuando dijo (Psalm. XCVI): *Deleitaos en el Señor, y daros ha lo que pidiéredes.* Este es el gozo en que se alegró la Virgen Santísima cuando dijo (III Philip., IV): *Alegróse mi espíritu en Dios mi salud.* Y con este gozo se alegró Cristo, cuando dice San Lucas que se alegró Jesús en el Espíritu Santo. Y el Real Profeta dice (Psalm. LXXXIII): *Que su corazón y su carne se alegraron en Dios vivo;* lo cual acaece cuando el ánima está con su voluntad (que corazón allí voluntad quiere decir) actualmente amando, y queriendo que el Señor sea en sí quien es.

De la gran redundancia que procede de la alegría que tiene, se enciende la misma carne en amor del Señor; y por ser cosa tan divina y celestial este amor, por eso la Iglesia, regida por Espíritu santo, en el principio de los maitines nos convida con el invitatorio á amar al Señor, diciéndonos (Psalm. XCIV): *Venid, alegraos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza á Dios nuestra salud.* Y si queréis ver la excelencia de este amor, ejercitadlo, y veréis cómo no se satisface el ánima si no alaba al Señor, que parece que cómo ve en su Dios cumplido lo que ella quiere, prorrumpe luego en hacimiento de gracias por haberle cumplido su deseo en bendecirle, que es el mismo efecto que sigue al amor del cielo, diciendo el Profeta David (Psalm. VIII): *Bienaventurados son, Señor, los que moran en tu casa, que en los siglos de los siglos te alabarán.* No creo que era menester traer más testimonios para probar la grandeza de este amor, porque la misma razón dice que este es el amor que saca al hombre de sí y le transforma en Dios su amado.

De este amor, Hermana, se ha de seguir que todas vuestras obras, y ejercicios y oraciones habéis de hacer en gloria y honra de este Señor, el cual merece ser servido y adorado por su sola bondad de cuantas criaturas ha criado, sin que tengáis otro respeto que os ha de galardonar lo que hiciéredes; porque aunque sea bueno y santo servirle al Señor por retribución, pero no es de perfecta caridad, la cual no busca interés, sino sola la gloria y honra de Dios Nuestro Señor. Si quisiéredes alguna vez ponerle á vuestra ánima delante el premio que le han de dar por lo bueno que hiciere para animarla á bien obrar, no sea este el último fin, sino querer servir al Señor; porque mientras más gloria tuviéredes, más gloria y honra

recibirá Nuestro Señor Dios. De arte, que el último paradero sea glorificar á nuestro benditísimo Señor: y de esta manera podéis inclinar vuestro corazón á los mandamientos de Dios por la retribución, como decía el Profeta David. ¿Diréisme quién tiene el ánima despierta para andar alegre y regocijada, gozándose en su Dios, pues está muchas veces tan triste y tan tibia que en ninguna manera puede entrar en ella alegría? ¿Qué remedio habría entonces para no faltar en tan perfecto y soberano amor? Por eso os dije que trajésedes un querer con que quisiésedes que el Señor fuese en sí quien es, porque la caridad en este querer consiste, el cual, aunque el ánima tibia, y seca y triste lo puede tener, así como puede querer que su padre viva estando así triste, entendiendo que es menester gracia de Dios, la cual no negará el Señor á quien se esforzare á andar este camino; quiero decir, que aunque estéis triste, que queráis que Nuestro Señor Dios sea en sí quien es: y el gozo que de aquí se sigue y alegría en el Señor, eso es fruto de Espíritu Santo, que se sigue de esta caridad cuando Nuestro Señor quiere con más familiaridad comunicarse; y aquél, cuando su Majestad lo diere, bendigámoslo por ello; y cuando no, perseveremos en este otro, bendiciendo y adorando siempre á Nuestro Señor, digno de infinita gloria y alabanza; que es muy gran yerro el de aquellos que piensan que si no hay gozo, aquel acto de voluntad no vale nada, en el cual consiste la caridad; y como el demonio lo siente, no hace sino echar grandes tibiezas y sequedades para que pensando que no hacen nada, dejen este santo ejercicio.

Debéis luego, haciéndoos sorda á las tentaciones del demonio, perseverar en vuestro ejercicio; porque si no perseveráis, no vendréis á gozar de la corona y paraíso que vienen á alcanzar los aprovechados en este santo amor, aun acá en la tierra. Debéis mirar con cien mil ojos que el fin y paradero de vuestro amor sea todo en lo que hiciéredes glorificar á Nuestro Señor; porque es tanta la vuelta que dió la naturaleza por el pecado de nuestro primer padre á buscar en todo su provecho y su bien, que si no estáis en atalaya, aun en este ejercicio, que totalmente echa fuera el amor propio, os veréis muchas veces buscaros á vos misma, holgándoos porque así amáis al Señor, porque adquirís grandes premios para el cielo, y porque vuestra ánima recibe consolación y otros intereses propios, que aunque no sean malos, son de imperfecta caridad. Veis aquí en bre-

ve el amor de Dios, que ha de tener vuestra ánima al traslado del que los bienaventurados tienen en el cielo. Resta ahora declararos el amor del prójimo, que desciende de este profundísimo amor.

El amor, Hermana, que habéis de tener al prójimo ha de ser queriendo y amando todo el bien que en él viéredes, porque con él sea adorado y glorificado Nuestro Señor Dios, y de aquí mayor será vuestra alegría; y, por el contrario, cualquier pecado y ofensa que en vuestro hermano viéredes ha de ser aborrecido de vuestra ánima, porque es ofendido aquel cuya honra y gloria vos deseáis. Y así como os dije que el amor de Dios consistía en querer que el Señor Dios fuese quien es, y que el gozo en esto era don particular de Nuestro Señor, así también el amor del prójimo consiste en un querer de la voluntad con que queráis el bien del prójimo, que es gozaros del bien del prójimo, y sentir gran dolor con el pecado que comete: eso es una dádiva del Señor muy especial, que la da Él á quien es servido; de manera que si bien habéis mirado en ello, habréis visto que el blanco adonde tira el amor de Dios y del prójimo es que sea Dios glorificado y honrado. Y de aquí veréis cuán falto de amor verdadero anda aquel que de ver á su prójimo crecido en santos ejercicios recibe tristeza y desmayo, mirándose á sí no estar tan crecido; porque aunque sea verdad que el verdadero amador del Señor debe tener un cuchillo atravesado en el corazón, porque no sirve tanto al Señor como debería y podría, mas no se sigue de aquí que si ve crecer al otro siervo de Dios más que él, por eso reciba tristeza y desmayo; antes el refrigerio y alivio que ha de recibir su ánima en la gran tristeza porque no sirve mucho al Señor, ha de ser en ver que ya que él por su flaqueza no hace lo que debía, que hay otros que cumplen lo que él desea, glorificando y sirviendo mucho al Señor: que esotro desmayo que algunos tienen yo entiendo que nace de amor propio; porque cierto está que si el fin por que el verdadero amador desea mucho servir al Señor es honrar y glorificar á su Dios, como se glorifique también con la santidad puesta en el otro como puesta en él, se sigue que le ha de dar grande alegría ver que los otros crecen mucho en el servicio del Señor, aunque por otra parte tenga él pena porque no le sirve así. Veis aquí, Hermana, en la obra que habéis de entender en el paraíso de esta Iglesia militante, donde el Señor os puso cuando

os llamó á su amor y gracia, si queréis ir á gozar del fruto que se da en la Iglesia triunfante de la gloria, en la cual plega al Señor que todos lo bendigamos, loemos y gocemos por siempre. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA

QUE TENIENDO HECHO VOTO DE VIRGINIDAD, SE QUERÍA CASAR

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre. Si tengo de decir verdad de lo que sentí con una información que de parte de vuestra merced me dieron, diré que tuve mucha compasión de una doncella que por voto de virginidad había muchos años que tenía por esposo á Jesucristo, Señor del cielo y de la tierra; y después de tan largo desposorio, con engaño y miserable consejo quería dejar aquel tan bienaventurado desposorio, cuyos frutos son virtudes sin corrupción, por hacer otro con un hombre mortal, cuyo cuerpo pára en la sepultura, y se torna huesos y tierra, dejando engañados á los que á él se arrimaban y lo preciaban. Deseo preguntaros, señora, lo que en otro tiempo Dios preguntó á su pueblo, diciendo (Jerem., II): *¿Qué tacha hallaron vuestros padres en mí? ¿Por qué se alejaron de mí y se fueron tras la vanidad, é hiciéronse vanos?* Pregúntoos, señora, ¿qué tacha habéis hallado en Jesucristo Nuestro Señor? ¿Por qué queréis hacer divorcio de Él é iros tras la vanidad, y ser hecha vana?

Nuestro Dios muy diferente es de las criaturas, y su trato también; porque, como San Gregorio dice, *cuando los espirituales deleites no son tenidos, no son estimados:* y cuanto más tenemos de ellos, más los estimamos; porque lo bueno, mientras más conocido y más tratado, más satisfacción da, y comiendo de ello no da fastidio, sino más gana de comer de él. Mas las criaturas y sus placeres parecen algo cuando no son poseídos, y engendran á los que poco saben muy grande deseo de los alcanzar y tratar.

Mas como ninguna cosa puede dar más de lo que tiene, en siendo tratados descubren su poquedad y bajeza, y á cabo de poco tiempo se torna en grande fastidio lo que primero se pensaba que había de dar grande satisfacción. Vanidad es, Hermana, toda criatura, y por eso no puede dar entero contentamiento. Y ley es que no puede faltar, que dondequiera que la carne

busca hartura, allí ha de hallar mucha mengua y falta, y entonces queda la tal persona confundida y arrepentida, y se maravilla mucho de su ceguedad en dejar á Dios por la criatura. Y á alguna doncella, según leemos, ha acaecido con miserable consejo perder su virginidad; y después, viendo cuán grande bien había perdido por tan bajo precio, vino á tanta tristeza, que determinó de se ahorcar, y lo hizo, pensando primero que cumplir lo que deseaba era vivir, y con mucho consuelo. Doncellas he visto que después de haber ofrecido á Nuestro Señor su cuerpo por voto ó propósito de virginidad, siendo tentadas por el demonio ó por su flaqueza, procurando de satisfacer á su conciencia con razones verdaderas ó falsas, han tomado estado de matrimonio, con escándalo de los que las habían primero visto en hábito de virginidad, y con graves descontentos de se haber casado; y con no hacérseles cosa ninguna bien, por verse á ojos vistas que Dios les contradecía y les desayudaba, y daba bien á entender que le pesaba de que su esposa se casase con otro.

Escarmentad, señora, en cabezas ajenas, y pensad que también se tendrá Jesucristo por afrentado de que deshagáis el desposorio que con Él hicisteis, y que os castigará como á otras, pues hacéis lo que hicieron otras. ¡Cuánto mejor consejo sería que estuviésedes firme en vuestro propósito, é imitásedes á tanta muchedumbre de santas doncellas que estimaron en tanto su virginidad, y amaron tanto á Jesucristo, inspirador de ella, que ni por promesas, ni dádivas, ni amenazas, ni tormentos, no las pudieron atraer á que habiéndose casado con Dios se casasen con hombre, y perdieron sobre ello la vida de este mundo, mas ganaron la eterna del cielo, y no están de ello arrepentidas; pues cuanto más padecieron por guardar la primera fe á su primer desposado, tanto más copiosamente son galardonadas por Él con tanta copia de bienes, que el menor de ellos vale más que todo lo que acá pudieran haber, aunque se casaran con Emperadores! Porque ya veis, Hermana, que los placeres de acá se acaban, y los señoríos también; y la mujer que hoy andaba muy rica y acompañada, y servida y llamada majestad, que de aquí á pocos días se muere, y cesa todo, y se olvida todo, como si ninguna cosa hubiera pasado; mas las que esto desprecian ganan lo eterno, y están en el cielo bienaventuradas, y sus memorias acá celebradas.

¿Qué hay aquí que andar vacilando en si seguiremos lo

celestial ó lo terrenal, lo breve ó lo eterno, lo que tiene tomo ó lo vano, la incorrupción ó la corrupción? Decidme, señora: ¿por qué habéis olvidado que el casamiento hinche la tierra, y la virginidad el cielo? ¿Por qué habéis tenido en poco lo que Dios promete á los vírgenes que guardaren el concierto que con Él concertaron, cuando se le ofrecieron en sacrificio limpio de virginidad? Leed en Isaías, y hallaréis que dice Dios (Isa., VI): *Yo les daré lugar en mi casa y en mis muros, y les daré nombre más excelente que á los otros mis hijos é hijas: nombre sempiterno les daré, que nunca perecerá.* ¡Oh, si el sentido de aquestas palabras de Dios penetrase vuestra ánima, y con paladar sano gustásedes de la suavidad que en ellas hay, y si viésedes con vuestros ojos, subiéndoos al cielo con vuestro pensamiento, cuán grandes bienes son éstos, y cuán de verdad los cumple Dios allá á los que en este mundo mortificaron su carne, despreciaron sus placeres y eligieron incorrupción y limpieza por Jesucristo, más que la corrupción sucia que de la carne se pega!

¿No sabéis, Hermana, que la que se casa con Jesucristo tiene á la Virgen María por suegra y á Dios Padre por suegro, pues son la Madre y el Padre del desposado? ¿No sabéis que pues Jesucristo es Rey, su esposa es Reina, y que aunque mientras vive en este mundo sea pobre y atribulada, á semejanza de como Él lo fué, que cuando venga el tiempo de las bodas hará tan bienaventurada á su esposa, cual conviene serlo esposa de tan alto Rey? Y entonces, sentada en un tálamo con Él, le daréis gracias porque os tomó por esposa y apartó vuestros ojos y vuestro corazón del amor de la criatura, y os mandó que á Él sólo mirásedes y amásedes como esposa leal: y será entonces vuestra compañía con Él tan firme, y atada con nudo tan inseparable, que no sólo estaréis con Él cuando Él estuviere en su trono, mas como las vírgenes siguen al Cordero dondequiera que va, y le cantan un cantar nuevo, que no le puede nadie cantar si no fuere virgen.

Pensad, pues, cuán preciosa cosa es la soledad que pasa la virgen en esta vida, y cuán valerosas las devotas lágrimas que por Cristo derrama, pues en el cielo estará acompañada con Dios y con la Virgen de virgenes la gloriosa María, la cual, como capitana de ellas, cantará el nuevo cantar, como María, hermana de Moisés, pasado el mar Bermejo; y con el *adufe* en

las manos, que quiere decir su virginal cuerpo, comenzará el cantar, y seguirla han Catalina, Bárbara, Agata y Lucía (cuya vida os encomiendo leáis), con otra innumerable copia de vírgenes que conocemos y no conocemos, alegres de tanto bien que ganaron por su virginidad, y gozando para siempre de la incorrupción que aquí comenzaron.

¿Quién habrá que por alcanzar esto no desprecie estotro? ¿Quién no mortificará su carne con santos trabajos y castidad, para que así maltratada se esconda como grano de trigo debajo de tierra, para que muriendo acá dé mucho fruto en la eternidad? Y pues hay muchas que provocadas con estos bienes dejan los casamientos de acá, aunque muy rogadas, por casarse con Cristo, más razón es, Hermana, que vos, habiéndoos casado con Él, no os descaséis ni tornéis atrás; pues que las buenas casadas de acá sufren con paciencia los trabajos del matrimonio, ya que está hecho. Y si el demonio ó vuestra flaqueza os afligen para que dejéis lo comenzado, no por eso os desmayéis ni maravilléis, porque no sois vos la primera á quien acaece tener batalla por tener en pie la bandera de la virginidad, la cual es joya tan preciosa que es mucha razón que no se alcance ni posea sin mucho trabajo.

Mas no es esto sin fruto ni sin honra, porque mientras más seguida es una buena mujer, y ella no cae, tanto más honrada es acerca de su marido y tanto mayores dádivas le da: y como vuestro Esposo Jesucristo sea el más agradecido, amoroso y fiel que todos los otros, sedlo vos á Él en no dejaros vencer de la tentación, y dirá á sus ángeles en el cielo que tiene una esposa en la tierra que por serle leal pasa muchos trabajos, y por su amor desprecia otros amores: y así recibís vos mayor consuelo, viendo que amáis á Dios tan de verdad que por su amor dejáis de gozar de lo que mucho deseábades, que pudiérades recibir alcanzándolo: y entonces diréis lo que está escrito (Psalm. XVI): *Probaste mi corazón y visitástelo en la noche; examinásteme con fuego, y no fué hallada maldad en mí.* Esforzaos, Hermana, á padecer esos fuegos, que así como son semejanza de martirio en la pena que dan, hacen semejante á mártir á quien los padece. Llamad vos á vuestro virginal Esposo y á su limpísima Madre, y tomad por abogada alguna virgen y mártir de las pasadas, y usad más á menudo el confesar, comulgar y orar y leer buenos libros.

Trabajad vuestro cuerpo, y nunca estéis ociosa: huid conversación de todo hombre y de mujer que no sea muy amiga de la virginidad, y tened confianza en quien os tomó por esposa, que os dará gracia para perseverar: y si hasta aquí no os ha mucho favorecido, ha sido porque vuestro corazón ha andado cosqueando y dudando sobre qué esposo tomaréis. Determinaos una vez ya á morir antes que dejar á vuestro primer Esposo, y decidle que pues Él conoce vuestra flaqueza, os dé fuerzas para cumplir lo que habéis prometido: y aunque no os sintáis luego del todo libre de vuestras pasiones, no desmayéis, porque el Señor va sanando poco á poco nuestras enfermedades, y recibe la pena que nos dan cuando no las queremos tener en descuento de los pecados que hicimos en las consentir ó flojamente despedir; de manera que ahora el Señor nos dé paz, ahora paciencia en la guerra, todo lo ordena para nuestro provecho.

Y pues Dios os ha hecho merced de haber ya pasado los peligrosos golpes de la mocedad, y lleváis vuestra nao cargada de muchas riquezas, no hagáis tal necedad que al cabo de la navegación, cerca del puerto, os ahoguéis en el cieno, por no esperar un poco á coger en el cielo los frutos de la virginidad que acá habéis guardado. Y no os parezca que queda mucho tiempo hasta desembarcar, que quizá se acabará más presto de lo que pensáis, y daros ha pena, si en el mundo os metéis, de por cuán breve gozo perdisteis tanto bien: mas si esperáis, y esperáis en Dios, Él os proveerá de consuelo y contento, y daréis alegría á los que bien os quieren y buen ejemplo á los que por ventura se habían comenzado á escandalizar; y en el cielo será recibido vuestro sí como si de nuevo le diérades; y harán fiesta los ángeles, cuya parienta es la virginidad, por el nuevo y firme propósito de la perseverancia que Dios os ha dado. A cuya misericordia plega alumbrar vuestros ojos, para conocer cuán mejor camino es el que vuestra ánima eligió, prometiendo virginidad, que el que vuestra carne quiere tomar, buscando medio para perderla.

CARTA Á UNA DONCELLA

QUE SE LLAMABA INÉS

El Cordero que murió por sus ovejas y resucitó para bien de ellas, os dé muy buenas Pascuas y os haga muy conforme á su santa voluntad, pues para esto os llama á su servicio. Hermana, cuando desposan acá en el mundo, preguntan si son para en uno el esposo y esposa; y la que quiere ser esposa de Nuestro Señor Jesucristo ha de trabajar de ser muy conforme á Él, no en riqueza de vestidos vanos, ni oro ni plata, sino en lindeza de buenas costumbres. Y si bien lo miráis vos, debéis tener cuidado de esto, porque el Señor os quiere por esposa, y vuestro nombre *Inés* vale tanto como Cordera; y pues el nombre de Cordero y el vuestro Cordera, mirad que le parezcáis en la obra como en el nombre; sed mansa entre los enojos, sed humilde entre las afrentas, sed blanda en sujetar vuestra voluntad, sed piadosa en lo que á los prójimos toca, sed amiga del trabajo como cordera que sacrifican, y miraos muchas veces en Jesucristo vuestro espejo, para que veáis si estáis fea ó hermosa, y mirarse ha Él en vos, y bienaventurada seréis por ser mirada de tan alto Rey; y pues ya estáis prendada de su amor, id creciendo cada día en bondad, y tened una santa soberbia, como *Santa Inés*, para despreciar todo el mundo entero por amor de Jesucristo bendito; y para que os acordásedes del Cordero del cielo os llevaron ese cordero: miradlo con ojos cristianos, y acordaos de Nuestro Señor cuando lo viéredes, y hágaos el Espíritu Santo muy gran sierva suya. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA:

ACONSÉJALA EL CUIDADO DEL BUEN PROPÓSITO QUE DIOS LE HABÍA DADO

Es tanto el cuidado que de vuestra ánima me pone Nuestro Señor, que me constriñe á continuamente en mis oraciones tener memoria de vos, suplicándole que os dé gracia para acabar lo que por su bondad habéis comenzado: y esto, Hermana, no lo agradezcáis á mí, que soy un descuidado, mas á aquel Señor que tomó sobre sus hombros todas nuestras cargas y cuidado, en su corazón todas nuestras necesidades; y porque

os amaba á vos, me mandó á mí que de vos me acuerde. Y, por tanto, os amonesto de parte suya que miréis con diligencia el tesoro que el Señor en vos ha puesto, pues el corazón os da testimonio y gran conjetura que lo amáis: y así os alegrad por haber sido del Señor llamada y amada, que también temáis de la cuenta que os ha de pedir de la gracia que en vos, según podamos conjeturar, ha puesto (Luc., XXI); *porque á quien mucho da, mucha cuenta le pide;* y ninguna dádiva hay tan grande como dar á uno corazón nuevo y propósito espiritual de agradar al Rey de la Majestad, y por eso ninguno tan cuidadoso debe andar como á quien el Señor ha dado este don celestial, porque no se le torne en ocasión de mayor condenación lo que por la liberalidad de Dios le fué dado para su eterna salud.

No conviene, Hermana, á la que camina para el cielo detenerse en cosa alguna de la tierra, ni la que á Dios quiere volver sus ojos á cosa criada: mirad bien, y veréis que muy poco habéis dejado por Dios aunque mil mundos dejáredes; porque allende que todo lo criado en comparación del Criador, á quien vos buscáis, es como un grano de mijo, y mucho menos en comparación de la grandeza del cielo, es bien que sepáis que el mundo se pasa, y sus deleites con él; y sólo aquél permanecerá para siempre que al eterno é inconmutable Dios se arrimare. Si no, preguntad ahora á los que en este mundo menospreciaron la flor de él, y escogieron el trabajo y la mortificación de la carne, si se han pasado ó permanecen para siempre.

Cierto, si viésemos las eternas coronas que en el cielo poseen, no querríamos en este mundo cosa alegre de Él, mas de corazón lo despreciaríamos y querríamos ser hollados de todos por allí ser honrados de Dios. ¿Qué es toda la carne y sus placeres sino lodo sucio y florecilla de heno, que presto se pasa? ¿Qué es el mundo y sus honras sino humo, que él se consume sin quedar rastro de él? Hermana, allí poned vuestro deseo donde están los verdaderos y eternos bienes; allí enviad vuestro tesoro donde el ladrón ni polilla no os lo lleve; no pongáis en peligro aquel reino por meteros en tráfagos de acá; no os lleguéis á los peligros, porque quizá caigáis, y quebrada la redoma de la conciencia, se os pierda el bálsamo de la gracia que en ella os dió Dios: desembarazada caminad al eterno descanso, y no os contentéis con hacer ese negocio como quiera, mas lo mejor y más seguro que vos pudiéredes; no como los

del mundo, que ponen mejor cuidado en sus cosas que en sí mismos, y por eso aprovechan en ellas y están perdidos en sí.

Mas vos, á quien Dios abrió los ojos para conocerle, no os ceguéis á sabiendas con el polvo de las cosas presentes; mas vivid en luz de verdad, poniendo vuestro cuidado en vuestra ánima cómo estará más hermosa y agradable al que la crió; y en las otras cosas pasar de camino, no dándoles el corazón, aunque hayáis de ocuparos en ellas. *Las manos y el corazón* (Jerem., III) *hemos de levantar al Señor;* porque sepamos que aunque entendamos en obras de manos, no hemos de tener el corazón allí en tierra caído, mas levantado al Señor, y hacer por su amor la obra que estamos haciendo: y así la obra que de sí era baja se hace alta y la alzamos á Dios, pues la hacemos no por otro apetito ni por el interés transitorio, mas por respeto del celestial Rey; y de esta manera nunca os faltará tiempo para pensar en Dios Nuestro Señor: porque cuando haya ocupación, ó cuando no la haya, si amáis, siempre estará vuestro pensamiento donde estuviere vuestro amor, y andaréis entre los trabajos descansada y entre las ocupaciones libre, y no caeréis aunque se os ofrezcan tropiezos; porque la persona que de dentro no anda ocupada con Dios y siempre delante la presencia de Él, como si le viese á cada cosita que se le ofrece, luego es enlazada porque vivía fuera de sí, como la gallina que de casa sale, presto la hurtan; mas quien dice como David (Psalm. XV): *Veía al Señor siempre en mi acatamiento*, y anda siempre en su corazón comunicando con Dios, está fuerte en lo que se le ofrece, porque luego se recoge dentro de sí á su Dios, vuelve las espaldas al lazo y queda sin ser preso de él. Y así, Hermana, no os descuidéis, porque después no lloréis; que más ligera cosa es evitar las caídas, que después de la caída levantarse como conviene: más vale estar sano, que después de enfermo sanar; y mejor es tener á Dios siempre en el ánima, que después de lo haber echado tornarlo á meter en nuestro corazón.

Por tanto, *velad y orad porque no entréis en tentación* (Matth., XXVI), y usad el leer libros buenos, y el confesar y comulgar las veces que vos pudiéredes; y sed mansa aun con los airados, y humilde con los soberbios, y sed vos la esclava de cuantos en vuestra casa hubiere; esto por amor de Aquel que se abajó á servir á sus Apóstoles hasta hincarse ante ellos de

rodillas en el suelo y lavarles los pies. Miraos vos en aqueste espejo; y si viéredes que no conformáis con él, lavad vuestra mancha con lágrimas, pesándoos mucho por qué siendo una hormiguilla no os abajéis, siendo Dios abajado por vuestro amor: y atreveos á seguir la obediencia y humildad, caridad y paciencia de aqueste Señor, que tiene cierto, siendo compañera en el padecer, serlo en el gozar: y llevando parte de la cruz llevaréis parte del reino, el cual os dé el mismo Jesucristo, que vive y reina siempre en los siglos de los siglos. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

QUE LE DICE LAS MUCHAS ASTUCIAS QUE EL DEMONIO TIENE PARA SACARLA DEL BIEN COMENZADO

Dios dé á vuestra merced tanta gracia cuanta yo le deseo y cuanta es menester para perseverar en el bien comenzado; porque bien sé yo que el demonio no ha de cesar de combatir por mil maneras, ya abierta, ya solapadamente, para, si pudiera, destruir lo que Dios ha edificado. Unas veces pone gran desmayo en camino tan trabajoso, y amontona delante los ojos tantas cosas que parecen insufribles, y que no hay remedio para las poder llevar: y si la persona se quiere esforzar en Dios, confiando de su favor, procura de derribar esta confianza diciendo que no tiene Dios cuidado de aquestas cosas; y cuando más no puede, hace entender que no sirve la persona á Dios, y que mejor le serviría en otra parte, y píntale los inconvenientes que de presente tiene, y los aparejos que en otra parte tendría; lo cual no lo hace él porque desee nuestro bien, sino por quitarnos el que tenemos, de lo cual recibe él pesar: mas aunque sus astucias sean muchas y grandes, más es la misericordia de Cristo y su poder para nos ayudar y sacar vencedores, si nosotros no queremos volver las espaldas huyendo de la guerra. Digamos á nuestro adversario, *que los trabajos que delante nos pone no son tan grandes como él pinta, que aún no hemos resistido hasta derramar sangre peleando contra el pecado*, como dice San Pablo. (Hebr., I, 2.)

Que mayores trabajos pasan otros por amor del mundo y de lo de acá: y por eso es razón que no sea para menos el que á Dios sirve, para pasar por Él, que el que al mundo para trabajar por él, pues el galardón del mundo es mal tras mal, y el

de Dios es grandísimo bien tras pequeño mal: y si miramos la vida de nuestra vida, que es Jesucristo Nuestro Señor, habremos vergüenza de nos quejar, pues nunca le vimos sino pobre, y huyendo en la niñez, ó entre perseguidores cuando grande, ó entre angustias de muerte que le hacen sudar sangre, y después remata su vida entre bofetadas, azotes, espinas, clavos y cruz. ¿Qué es nuestro trabajo cotejado con el más pequeñito de aquestos? Y pues queremos parte en el cielo con Él, no nos descontente su compañía en la tierra; porque Él determinado está de no tener por compañero en su gozo sino al que lo fué de sus penas. Y su cruz quiso que fuese la puente por do pasemos al descanso, y otro vado ni paso para el cielo no hay sino la compañía de los trabajos y mortificación del Señor. Y á quien éstos no parecen bien ni los quiere pasar, no tiene que ver en el reino que está aparejado desde el principio del mundo.

Por tanto, esforcémonos en el Señor, y armémonos con las armas de su pasión y penas, que en ellas hallará nuestra ánima tanta fortaleza que ninguna cosa la puede vencer. Y tome la esposa á su Cristo como manojo de mirra, y traiga la amargura de Él en el corazón, para que, pensando en las penas de Él, se consuele en las propias, y lo tenga por mercedes, como lo son; y ámelas tanto que se halle con ellas favorecida y llena de joyas, y tiemble de verse sin ellas. Y siéntase como desnuda cuando no está vestida de la librea de su Esposo, que es angustias y trabajos, y así huirá el demonio, que nos quería hacer dejar el camino de Dios, contándonos que pasábamos mucho viéndonos amar los trabajos por amor de Aquel que por nos los pasó: y no nos engañe con decirnos que es muy larga la jornada que hemos de andar, porque puede ser que tengamos poco de vida; y lo que nos parecía que nos había de durar muchedumbre de años, no durará aún muchos días; y por eso hemos de tener vivos alientos, esperando que cada día será el fin de nuestros trabajos, y decir á nuestra ánima: sufre esto algún día, que posible es que estés al fin de tu vida, y que poco tiempo te atormentará; que, cierto, más verdadero pensamiento es éste que no el que el demonio nos trae: y á más vemos acabársenles la vida esperándola muy larga, que sucederles la longura de años que ellos pensaban.

Y si quisiera hacernos entender que en otras partes sirviéramos más á Dios, aquello es un engaño con que á muchos ha

sacado del buen camino en que estaban, prometiéndoles otro mejor, y ellos de necios perdieron el que tenían, en que Dios les había puesto, y por alcanzar el mejor cayeron en el malo, y de allí en el infierno: y dejaron aviso para que no sea uno ligero en mudar lugares debajo de mejor servir á Dios. La mudanza que se hace de mal á bien buena es, y poco engaño se debe en ella tener; mas querer uno del buen lugar pasar al que le parece mejor, peligrosa cosa es, porque suele muchas veces nacer del deseo flaco para resistir lo que Dios le envía, y no del favor de mejor vida; mas el descontento que su impaciencia y poca virtud le causa, le pone el deseo de hacer mudanza: y como la enfermedad se va en el ánima, en viniéndole alguna prueba como las primeras, luego siente lo que primero; porque no por mudar lugar se le mudó el corazón, y ve después que era engaño lo que pensaba ser buen deseo.

Por tanto, conviene ser constantes en lo comenzado; y si el demonio trae inconvenientes y estorbos que hay en la parte que estamos, decir que en otra los habrá quizá mayores y más peligrosos; y aunque no los veamos, podémoslo creer, porque no hay lugar sin ellos: y que dondequiera que hay bien hay estorbo, y por eso se quiere quedar con los que tiene, y dar buena cuenta de lo que Dios le encomendó. Esté vuestra merced confiada que Dios fué servido de su venida, y es servido de su estada; y con saber esto no sentirá sus trabajos; porque dichoso es aquel que á Dios agrada, aunque le cueste mil vidas: tenga firme en la guerra, y sufra de toda parte combate, que los ojos de Dios la ven, y conoce á sus ovejas, y viene luego al balido que dan. Él proveerá de esfuerzo; y aunque alguna vez caiga con la carga, no se espante, sino levántese luego, y pida mayor fuerza á Nuestro Señor, que así somos todos, y bien nos conoce Nuestro Señor, y no se espanta de nuestras flaquezas; al cual le contenta mucho el corazón humillado, y que conoce su propia flaqueza, y está colgado de su misericordia: ésta será con vuestra merced, y la consolará y atribulará cada cosa á su tiempo: y en lo uno y otro recibimos merced, porque todo nos es menester, hiel y miel, hasta que toda la hiel se convierta en miel, saliendo de este destierro y gozando de Nuestro Señor en su reino, en el cual plega á Dios yo vea á vuestra merced. Parte me cabe á mí de su pena: Dios sea bendito, que así lo permite; y de verdad se le deben gracias, pues que quiere excitar nues-

tra paciencia para darnos mayor corona. Señora, acuérdese de la cruz del Señor, y cuántos sudores pasó debajo de ella, hasta que cayó en el suelo, y lo levantaron á rempujones y sin misericordia: mire que nuestros trabajos ni afrentas no son como aquéllas, y que nos hace merced en enviarnos algo de lo que Él pasó.

Creo yo que estaba vuestra merced segura, y por eso se ha desconsolado tanto, como no estaba apercibida. No se desmaye por eso, que mujer es, y no ángel, y flaca, y no santificada. No se espanta Dios de nuestras flaquezas, ni quiere que desmayemos por ellas, sino como el niño que cae y luego se levanta y corre como primero. Basta ya lo que ha estado triste: por amor de Nuestro Señor que deje la tristeza, que no hay de qué tenerla; porque si hubiésemos de mirar á enojos, ¿quién duraría con quién? Ni padres con hijos, ni maridos con mujeres, ni nadie con nadie.

No se ha de poner el sol sin que se acaben los enojos; y quien primero ruega con la paz, aquél lleva la corona doblada: y pues hasta aquí ha ganado tantas coronas, no pierda ésta; y cuanto se le hace más de mal, tanto será su corona mayor; y ésta le pido por amor del Señor, que rogó por los que le estaban crucificando, y lavó y besó los pies á Judas, que le fué á vender: ¡cuánto más es razón que hagamos nosotros á quien bien nos quiere, aunque algún enojo haya tomado! En lo que vuestra merced hizo, hizo muy bien; y así lo haga de aquí adelante: y si sobre ello le dieron palos, bien empleados vayan. Y en esto quiero ver si me ama, en que luego olvide todo lo pasado, y deje la tristeza, y se alegre con el Niño Jesús, y con la Virgen recién parida, que está muy alegre. Bien veo que le pido mucho; mas á quien mucho ama mucho le hemos de pedir. El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

ANIMÁNDOLA QUE SIRVA Á UNA ENFERMA POR AMOR DE DIOS.

Aunque quisiera yo ver á vuestra merced en mucho descanso, más le deseo ver en que mucho gane su ánima; y como Nuestro Señor la ama muy de verdad, hace lo mismo con ella; porque bien pudiera Él ordenarle vida que no tuviera trabajo; mas no quiso sino que tome parte de penas ajenas, á semejanza

del que siendo sano enfermó de nuestros dolores. Bienaventurada vuestra ánima, señora, la cual cumple lo que dice San Pablo (Hebr., X): *Hubisteis compasión de los presos, como si vosotros estuviérades presos;* porque así siente vuestra merced el mal de esa señora como si suyo propio fuera, y aun creo que más: y por eso debe estar muy alegre, porque cuanto por una parte le lastima, por otra gana grandísimas coronas: porque servir á un enfermo, aun sin mucho amor, es gran cosa, cuanto más con tanto amor, que hace estar tan enfermo al sano como al doliente. Tesoro, señora, atesoráis para el cielo: no os ahitéis, pues vuestro galardón será el mismo que os crió: nuestras deudas perdona Dios por las ajenas que acuestas tomamos.

Holguémonos que nos dé Dios en que le podamos satisfacer; y pues sois esposa, servid con amor á vuestro esposo, el cual está enfermo cuando una oveja suya lo está; porque palabra de su boca es que dirá el día postrero (Matth. XXV): *Enfermo era, y servisteisme: tomad el reino que os está aparejado.* Y no dejéis de le suplicar que esfuerce á la enferma y os esfuerce á vos, no para quitaros los trabajos, sino para acrecentaros fuerzas y amor, con el cual llevéis su cruz como Él la llevó por vos. Él renunció sus consuelos por tomar vuestras tristezas y penas. Decid vos que así lo quiere vuestra ánima, y que no deje de enviar algo en que se vea cómo le amáis; porque gozar con Dios no hay quien no lo quiera; mas trabajar por Él, eso es señal de amor verdadero, y sólo el amor de Cristo ha de durar. Hágaos Él tal cual Él desea y yo le suplico. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA

REGALADA DE DIOS, ENSEÑÁNDOLA CÓMO SE HA DE HABER EN MEDIO DE LOS FAVORES

Devota esposa de Jesucristo: ¿Qué os parece quién es Dios? ¿Qué os parecerá cuán bueno es, pues se inclina á amar y tratar con la podredumbre de la criatura, que no siendo digna aun del pan que come, le dan por manjar y posesión al Criador de todas las cosas? El ingenio humano no puede alcanzar esto, ni los ángeles pueden dar gracias suficientes á Nuestro Señor por la merced que hace á un pobre gusanillo en acordarse de él y visitarlo. El mismo Señor se alabe, que se conoce; Él se bendiga, se ame y se goce, que otro no hay que le pueda bastante-

mente engrandecer ni dar gracias por lo que hace con nos, si Él no. Y así, Hermana, cuando viéredes sus misericordias sobre vos, y vuestra grande indignidad é insuficiencia para le agradar y servir, salid de vos como de casa angosta y de una pura flaqueza, y sepultaos en el mismo Señor en quien está vuestra vida: no viváis en vos, que moriréis: arrojaos en Él, transformaos en Él, dormid en Él, y encontraréis con aquel dulcísimo panal que sobrepuja toda dulcedumbre, y mientras más amada os viéredes, más os afrentad viendo cuán bueno es Él, y mala vos.

Sabed distinguir entre el oro que de Él os viene y el lodo que vos sois, y no creáis que subís más en su conocimiento de cuanto os bajáis en el vuestro; porque así como á una ánima, que á Dios gusta, no hay cosa más dulce ni más olorosa ni preciosa que Él, así no hay cosa más hedionda en su mismo acatamiento que ella misma, considerando lo que tiene de sí. Un perro muerto trae en sus narices quien á sí mismo se conoce, y no se podría sufrir si no se fuese á Dios, y viviese en Él, y mirase á Dios en sí y en su ánima: y así, Hermana, os encomiendo que ningún don del Señor os lleve mucho los ojos, sino conocerle á Él para amarle, y á vos para aborreceros y despreciaros; porque muchos ha habido que por tenerlos le han desagradado, porque les entró el polvo de la vanidad y del propio contentamiento, y sin entenderlo ellos descontentaron al Señor. Malo es el corazón del hombre, y tan ciego, que muchas veces tiene cosas que él no entiende, y vélas el Señor con sus lucientes ojos, que miran á los abismos, y por ellas da lugar justamente á nuestro adversario para que nos engañe, pensando nosotros que vamos acertados.

Y la principal causa es por tener un corazón con una secreta vanidad y complacimiento, con algún deseo, aunque pequeño, de cosas que pueden traer alguna singularidad ó alteza, y derríbalos el Señor tanto más bajo cuanto ellos piensan que van altos: y por esto la seguridad en el temor del Señor está que hace á un hombre temblar en sí mismo, y buscar más lo que le aprovecha que no lo que tiene grandeza y novedad: antes huye de ello, y suplica á Nuestro Señor que lo lleve por camino llano, pues según su flaqueza aun en lo llano caerá. Y aunque esto muchos lo digan, pocos lo sienten en el corazón; porque heredamos de Adán una tan secreta y arraigada vani-

dad, que sin lumbre de Dios no puede ser conocida, y menos curada. He dicho esto para amonestaros que importunéis al Señor os dé su luz para conocer vuestra vileza muy de corazón, y que os ponga en el postrer lugar en todos sus otros dones, salvo en conocerle y amarle, y conoceros á vos y despreciaros; porque de esta manera vuestro camino irá seguro, y el demonio huirá de vos, y gozaréis de aquel Señor que desea dárseos todo por vuestro, si vos os atreviéredes á ser del todo suya.

CARTA Á UNA DONCELLA AFLIGIDA,

CONSOLÁNDOLA EN SUS AFLICCIONES

Más querría reñir con vos que regalaros: por ventura sanaríades mas aína, como las mujeres que por ser tratadas de sus maridos un poco áspero, se hacen ellas fuertes y para mucho. Vos andáis porque os digan que Dios está bien con vos; y yo no os lo quisiera decir, y durmiérades en la cruz por cama, y comiérades en ella como en mesa, y morárades á la continua en ella como en casa. Y así lo quiere el Señor cuando os esconde el amor que os tiene, y á cabo de vuestra vejez no lo entendéis, y estáis más tierna que una niña, y pedís leche á cabo de tantos años. ¿Qué habéis, sierva del Crucificado, que tanto os quejáis? ¿Quién os asombra, que tanto teméis? ¿No sabéis que no suelta Cristo tan presto las ánimas que una vez toma? ¿No sabéis que aunque es celoso para sus esposas, y las castiga por cosas al parecer muy livianas, que no por eso las deja de amar?

Antes porque las ama, y por no quitar de ellas su amor, por eso las castiga; y mientras más castigadas, mayor prenda les da que no las desama; porque Él dice que amenaza al ánima mala: *Yo quitaré mi celo de ti;* y si no sois castigada, ¿de qué os quejáis? Y si lo sois, ¿por qué os desmayáis, pues que el serlo os había de dar á entender que es celo de amor el que al Señor mueve á trataros así, y no ira de quien mal quiere? Y si os parece que el castigo dura mucho, sufridlo por amor del que fué castigado sin culpa: y creo yo que todo ello, ó lo más, vos misma os lo habéis tomado por pura ignorancia, temiendo do no había que temer, y vos misma pagáis, no culpa pasada, que no la hubo, sino presente necedad que os atormenta: y aunque

dicen que el loco por la pena es cuerdo, vos no acabáis ya de abrir los ojos á ver que no es todo eso sino sombra y fantasma, que os quiere quitar vuestra paz, y que se os atreve el demonio á espantaros como á niña con máscaras feas, sin haber sino un león lleno de paja. Sentíos de aquesta afrenta, y tomad ánimo de persona amada del Rey celestial, y comenzad á ojear al demonio y á vuestra necesidad, que han hecho nido en vuestra cabeza: y sabed que el Señor tiene paz con vos: no tengáis vos guerra con Él: no se diga de vos lo que dice Job del malo, que habiendo paz sospecha que hay asechanza.

Vos os conocéis á vos, y por eso teméis y estáis inquieta; mas no conocéis ó no pensáis en Jesucristo, y por eso no gozáis de la paz que cantaron los ángeles cuando nos nació, y que da al ánima al cual se da á conocer y amar. Sabed, señora, que tiene bondad para querer bien á las tales como vos; y esta bondad no se la puede quitar toda vuestra maldad junta, aunque fuese mayor de la que es: por eso decid á quien otra cosa os dijere, que tarde viene, y que habéis creído al amor de Jesucristo, y que vivís en fe y amor de Él, y que de su amor no habrá tormento que os aparte, ni de su confianza flaqueza alguna que os derribe.

Ya os diste á Él, y Él os recibió: ni vos os habéis dado á otro, ni Él ha soltado su derecho de vos, y suya sois, y Él es contento que lo seáis, aunque á todo el infierno le pese; y Él saldrá con su empresa al fin, que es el salvaros delante la faz de vuestros enemigos, para que viendo quebrados sus lazos, que os habían armado, y ser querida de Dios, y favorecida la que ellos deseaban echar á perder y procurando que desesperase, sean confundidos y remordidos, y aprendan con su propio daño que al que Dios defiende poco pueden ellos empecer, antes mientras más le persiguen más le aprovecha; obrando esto la bondad suma, que convierte los males en bienes, y endereza los yerros, y de las caídas saca avisos y provechos para gloria perpetua suya: por la cual Él os ama y amará para que vos le glorifiquéis, y sus trabajos que en la cruz pasó no sean perdidos: por eso haced cuenta que habéis dormido, y oid á San Pablo, que dice (Rom., XIII) *que es hora ya de recordar:* y con la nueva alegre del Niño que nace, quitad el luto de la tristeza; y vestíos de gozo, pues los ángeles anunciaron gozo á los pastores y á todo el pueblo por haber nacido el Salvador, á cuyo pese-

bre os remito, para que moréis por aquestos días; y el que fué reclinado en Él sea todo vuestro amor. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

ANIMÁNDOLA AL MENOSPRECIO DEL MUNDO

Desde acá me parece que recibo consuelo con el crédito que tengo de vos, pensando que andáis ahora con más cuidado en el camino de Nuestro Señor que cuando yo estaba allá: que para ser buena hija así lo habéis de hacer; porque las buenas mujeres casadas, en ausencia de sus maridos se prueban, y las buenas hijas, en ausencia de sus padres: y de esta manera prueba Nuestro Señor á las ánimas, que muchas veces se les esconde, y las deja en sequedad y tristeza, para ver qué paciencia tienen, y si le sirven como de antes, ó si van á buscar consolaciones de fuera, como les faltan las de dentro. Mirad, Hermana, el fin de las cosas, y no seréis engañada por ellas; que en una sepultura pára toda la flor del mundo y la lindeza de la carne, y gusanos comen al cuerpo, por mucho que á placeres y regalos se haya dado, y con gran hedor demuestra la carne lo que es y cuán engañado es quien la sigue.

¿Qué es de los malos que ante nos han pasado, por grandes placeres que hayan tenido? ¿No están sus cuerpos tornados polvos y sus ánimas en fuegos eternos por unos breves y sucios deleites, que se pasaron así como sombra? ¿No están en amargura sin fin, sin tener un solo momento de consuelo, los que viviendo acá huían del trabajo, buscaban la vida ancha y daban á su cuerpo contentamiento? ¡Oh, cuán de buena gana trocarían ahora la vida regalada que pasaron con la que otros pasaron en aspereza! Mas no hay allá lugar de arrepentimiento, sino de recibir cada uno lo que acá hizo, y para esto es la discreción, para en este breve tiempo que tenemos escoger el trabajo por no caer en aquel que para siempre dura, y hacer fuerza á nuestros deseos por no caer en aquel lugar donde todo se hace contra los deseos de quien allá va.

¿No es mejor penar aquí un poco por Cristo y con Cristo, que arder allá para siempre con Lucifer? ¿No es mejor escondernos un poco al mundo, y después en el reino de Dios parecer gloriosos delante de todos, que por querer gozar de un poco de humo perder esto y aquello? Porque el malo tan poco goza acá

como allá, pues la mala conciencia le da acá amargura y tristeza, y allá el infierno le atormenta; mas quien por Cristo pasa trabajos es consolado por Él, y con la alegría de la buena conciencia y con la esperanza de su galardón vive contento, y tórnansele los trabajos rosas. Mas ¡triste de aquel que anda atemorizado con su mala vida y á sombra de tejado, huyendo de Dios y no queriendo que viniese la hora para parecer delante del Señor!; porque este tal, aunque se ría con el cuerpo y aunque dé á su carne lo que desea, nunca siente placer, por el gusano del corazón que le está siempre royendo. Y pues esto, Hermana, entendéis, escoged lo mejor, y haced de vos sacrificio á Nuestro Señor, ofreciéndoos á la cruz por Él: y si os parece cosa recia un encerramiento tan grande, miradle á Él clavado en una cruz en lugar tan estrecho, que por no caber los dos pies juntos fué menester poner un pie sobre otro: y sabed que así se gana la anchura del cielo, mejor que con los anchos y grandes edificios del suelo; porque el Señor lo ha determinado así, que por su cruz y no por anchura vayan á Él. Presto vendrá nuestro día, y dejaremos este desierto, y parecerá ser cuerdo quien aquí se escondió y entendió en ataviar su conciencia, y parecerá loco quien quiso gozar de la sombra y humo, y perdió lo que para siempre es durable. El Espíritu Santo sea siempre con vos, y os haga tal como yo os deseo, etc.

CARTA Á UNA DONCELLA,

QUE HABÍA COMENZADO Á SERVIR Á DIOS

La paz de Jesucristo sea siempre en vuestro corazón. No he recibido tantas cartas como, señora, decís que habéis enviado. mas aunque muchas hubiesen venido á mis manos y yo no respondiese, tengo tanta fiucia en Nuestro Señor, que el que me pone á mí verdadero amor de vuestra ánima, Él os dará á entender en lo secreto de vuestro corazón; con que no queda el escribir por falta de memoria ni amor, y con esto estoy consolado, por mucho que os vea quejar. Hermana mía en la sangre de Jesucristo, no os descuidéis porque no lloréis: mirad el amor con que habéis sido tratada de este Niño que nace, y no endurezcáis vuestro corazón á tan gran fuego, que bastaba para derretir las durísimas piedras. ¿Qué hacéis, si no le amáis con

todas vuestras entrañas? ¿Cuya sois, si suya no sois? ¿Adónde miráis, si no á Él? ¿En qué pensáis? ¿De qué habláis? ¿Qué os traba el corazón sino éste que así le trabaste vos de su Corazón, que os trajo treinta y dos años y dos meses pensando en vuestro remedio y llorando vuestra perdición, y al cabo fué por vuestra salvación puesto en cruz, y abriéronle su Corazón para que veáis el lugar amoroso donde vos andábades? Hermana, amad á quien os amó de ocho días nacido, derramando sangre por vos, y no sabe hablar, y sabe amar; y como crecen los días crecen los afectos del amor, que si siendo Niño os ama, ¿qué hará siendo mayor? Crece el cuerpo y crecen los trabajos, crecen los dolores y tormentos en cruz. Amad, pues, á quien primero os amó, y ahora os ama desde los cielos.

No os contentéis con servir como quiera, que Él no se contentó de buscar vuestro bien con tibieza, mas todo Él se empleó por vos: no conozcáis á nadie por conocer mucho á Él. No tengáis en vuestro corazón á criatura alguna aposentada, por darle á Él el corazón y posada desembarazada. A Él mirad, que mientras más miráredes á criaturas, os será quitada la vista del Criador, y dándoos toda á Dios, aún faltaréis en muchas cosas; ¿qué será si os repartís? Ya dejasteis al mundo y os disteis á Dios: no tornéis á tomar lo dejado, que perderéis lo prometido. San Pablo dice (I Cor., VII): *Que la doncella que á Dios se ofrece ha de ser santa en el cuerpo y en el espíritu, y no ha de tener más de un cuidado, que es agradar á Dios.* Y así vos no entendáis en otra cosa, porque hagáis ésta bien, que pues bastáis á Dios, y con vos se contenta, débeos Él bastar á vos, pues basta á los ángeles y á cuantas cosas Él crió. No sé cómo os va del corazón; y no querría que os fuese mal, porque si en él aflojáis, sentirá vuestra ánima una hambre que tanto os enflaquezca, que os veréis caída en lo que antes muy ligeramente vencíades. Toda vuestra fuerza es en Dios; que en vos, ¿qué tenéis sino caídas? Y Dios comunica su favor á quien en el corazón es vigilante, que á quien duerme agriamente lo reprende, diciendo como á San Pedro: *¿No pudiste una hora velar conmigo?*

Hermana, desocupaos de las hablas de las criaturas para que gocéis de la comunicación del Criador, porque tenerlas entrambas ya vos sabéis que no puede ser. Vivid siempre sola con vuestro corazón, y desterrada, para que podáis pedir á

Nuestro Señor que os visite como huérfana y extranjera, y para la soledad del corazón mucho os aprovechará la poca comunicación de fuera, que bien sabéis vos que no hay otro rato tan alegre como cuando estamos solos con Dios, y que si por acá nos consolamos, que después cuando vamos á hablar al Señor, ó se nos esconde ó nos riñe, hasta que decimos que otra vez no derramaremos el corazón: y el que ama al Señor no ha de ser tan mal criado que espere que el Señor le diga una cosa muchas veces; mas debe vivir con entrañable cuidado para conocer la voluntad del Señor; y ésta sabida, cumplirla; y si alguna vez por flaqueza la traspasó, llorando mucho, con doblado cuidado de no tornar á enojar al que es entrañas de su corazón. Y así vos, Hermana, pues amáis, amad mucho; pues servís, servid bien; pues á Dios habéis escogido, dejad todo lo que no es Él; si la casa eterna de Dios os ha contentado, no pongáis vuestro amor en casa de barro, que presto se acaba.

Ensalzada habéis de ser en el cielo entre los coros de los ángeles si sois la que debéis: haceos ahora tan baja que beséis la tierra que huellan los más bajos de vuestra casa. No tengáis miedo de despreciaros, que á vuestro amor despreciaron; y permitiólo Él, porque con sus desprecios sois vos preciada, y con sus deshonras muy mucho honrada. No queráis cumplir con regalos de carne, que la carne de vuestro Esposo atormentada fué con azotes, y rompida con clavos: no debemos nada á la carne, que ya por Cristo se deshizo el mal concierto que teníamos con ella cuando Cristo no vivía en nosotros; mas cuando vino el concierto espiritual, con él deshízose el carnal de la carne: no tenéis que ver con el mundo; por eso romped con él, que vuestro amor dice (Joann., XVI): *Confiad, que yo vencí al mundo:* no miréis á honra ni deshonra; mas abajad vuestra cabeza como al ruido que pasa por el tejado, y meteos en las llagas de Jesucristo, que allí dice Él *que mora su paloma*, que es el ánima que con simpleza le busca. Finalmente, pues suya quisisteis ser, no tenéis ya que cumplir con vos ni con nadie: Él os recibió, y no os dejará, si no le queréis vos dejar á Él, y cumplirá con vos lo que por mi boca os prometió. Por tanto (Apoc., II), *sedle fiel hasta la muerte, y daros ha la corona de la vida,* que nunca se acaba, en compañía de tanta bienaventuranza, cual ni ojo vió, ni oreja oyó, ni lengua de hombre puede decir; la cual os dé Él por quien Él es, como yo se lo suplico. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

ENSEÑÁNDOLE LO QUE DEBE HACER PARA PROSEGUIR EN SERVIR Á DIOS

Devota sierva de Jesucristo: Perdonadme que no os he escrito, esforzándoos en el propósito santo que Nuestro Señor os ha dado, y en la guerra que contra los demonios tenéis por el nuevo camino que habéis comenzado: y conozco en esto mi descuido; porque así como el padre, que, según la carne engendra, es obligado á mantener lo que engendró, así á quien Dios da una ánima para que mediante su santa palabra la engendre para el servicio de Dios, es obligado á la recrear, regalar, enseñar y esforzar en lo comenzado. Placerá á su misericordia, y me dará gracia para hacer lo que hasta aquí he faltado, porque vos seáis consolada y yo salga de culpa.

Lo primero, doncella, que me parece que debéis de hacer es conocer el gran beneficio que de la mano de Dios habéis recibido en haberos dado corazón que desprecie lo presente, y haceros amadora de lo que no se ve con estos ojos, ni oye con estas orejas, ni se toca con estas manos; mas gústase con la limpieza del ánima, y es cosa que más que todas éstas juntas vale sin comparación. San Pablo ruega á Dios que dé á entender á los de Éfeso el grande bien para que son llamados; y yo suplico lo mismo para vos, para que conociendo el gran valor de vuestra esperanza, seáis más agradecida á quien os llamó, y holléis de mejor gana estas poquedades de acá, como á quien le diesen oro, de buena gana dejaría el lodo y estiércol.

¿Sabéis, Hermana, para qué os llamó Dios? ¿Sabéis cuál es el fin del camino que habéis comenzado? ¿Sabéis cuál es la joya de vuestra pelea y la corona de vuestra victoria? Dios mismo es: no puede vuestro bien subir en el precio, ni tenéis por qué desear lo que las reinas poseen, pues en comparación de vuestro amado todo lo otro es como nada, y más da pesadumbre que contentamiento. ¡Oh, cuán dichosa habéis sido en haberos puesto Dios en el camino para Él! ¡Y con qué alegría es razón que corráis, aunque sea metiéndoos por lanzas, á gozar de los dulces abrazos de vuestro Padre y Esposo, con que os está esperando, para en compañía de otras doncellas, que dejaron lo que vos dejáis y amaron lo que vos amáis,

haceros para siempre gozosa y bienaventurada en Él! ¡Oh si viésedes las coronas de las que hollaron la carne, despreciaron el mundo, escogieron aquí el más despreciado lugar, y con entrañas encendidas amaron á Nuestro Señor! ¡Cuán buen trueco hicieron, lo terreno por lo celestial, el gozo que presto se pasa por el que no tiene fin; y finalmente, trocaron lo criado, y alcanzaron al Criador, con el cual reinan, no arrepentidas por lo que dejaron, mas muy gozosas con lo que hallaron, y para siempre poseen! ¡Bendito sea Dios, que en el número de estas dichosas os hizo dichosa, y os alzó vuestros ojos para que mirásedes á Él, y quitándolos de la vanidad, los empleásedes en la verdad!

Amadle mucho, doncella, pues Él os ha amado mucho, y primero que vos á Él; que si lo miráis, dormida estaríades en el sueño del olvido, mas vuestro fiel amador no dormía, olvidándoos á vos; mas veló sobre vuestro remedio, y acordóse de vos atrayéndoos á sí. Mucho le amad, que mucho le debéis, pues os perdonó en lo que caisteis, y os libró de lo que pudiérades caer. Todo aquello contad por perdonado que hiciérades si no os guardara su mano; y por eso todos le deben, ahora caigan y los perdone, ahora no caigan y los preserve. Pues ¿en quién vos mejor os podéis emplear que en servicio de tan buen Señor, que así tan piadosamente os sufrió, esperó y para sí llamó, para daros nombre de esposa y teneros guardado tálamo limpio y corona de Reina, como conviene á esposa de Rey celestial? Alegraos otra vez, otra vez os digo alegraos, y sabed estimar vuestro bien que en Jesucristo tenéis, pues es vuestro Esposo el que es mayor que los ángeles, y al que ellos llaman Señor, podéis vos llamar Esposo, porque lo quiso Él así. ¿Qué le daréis vos por estas mercedes? ¿Qué haréis vos por Él? Conoced que este bien no se puede pagar ni servir; merced es y gracia, no galardón de merecimiento; porque antes que una persona conozca á Dios, ¿qué tiene sino desmerecimientos muchos, y ninguna cosa buena delante el acatamiento de Dios? Amada fuisteis, y de balde lo fuisteis; y conocedlo así, para que más sabroso os sea el bien, cuanto sin merecerlo vos os fué dado; y eso poco que sois ofreceos en perpetuo sacrificio á Nuestro Señor y decidle: *Señor, por Vos vivo, para Vos quiero vivir, vuestro amor me guardó y me llamó: para amaros quiero vivir.* ¡Oh Señor, y quién tuviera muchas fuerzas para con

todas amaros y deciros (Cant. II): *Mi amado á mí, y yo á ÉL!* Vos me amasteis con Vos, entregándoos todo por mí en manos de crueles sayones: yo me ofrezco en manos no crueles, sino piadosas, que son las vuestras, para que hagáis Vos de mí á vuestro querer, y viva yo para Vos y no para mí; que con el amor y agradecimiento le tendréis contento en lo que toca á Él. Conviene más que miréis cuán amigo fué Él de obedecer y de humillarse, pues fué sujeto á criaturas, siendo Él su Criador: y andaba á la voluntad de ellas el que, por su querer se rige el cielo y la tierra, y quiere de vos que seáis mansa y humilde, á semejanza de Él, blanda y callada, obediente y sosegada como una paloma; porque pues Él es Cordero, vos debéis ser paloma, para que seáis semejables para ser Esposo y esposa.

Preciaos mucho de ser obediente, aunque sea en cosas muy duras, pues vuestro Esposo lo fué hasta la muerte de cruz: porque obedecer en lo que no da pena, no es mucho de agradecer, mas en lo que no hemos gana, es contado por muy gran sacrificio, que huele muy bien delante de Dios: y con estas dos cosas estaréis armada contra las astucias del diablo, para que si os quisiere traer al pensamiento lo placentero que hay en el mundo, le respondáis: Mejor es mi Jesucristo; y si os quisiere desmayar, que no habéis de salir con lo comenzado, decidle: *Quien lo comenzó lo acabará,* que es Jesucristo: Él me amó antes que yo le amase: ahora que lo quiero no me desamparará. Si os dijere que habéis pecado mucho, y que no habéis de ser perdonada, decidle que vuestro Esposo á todos los que le piden perdón perdona, aunque fuese al mismo demonio. Y si os trajere vanagloria de que habéis pecado poco y hacéis mucho bien, decidle que ninguno hay que pueda decir tener pocos pecados, ni que hace todo lo que puede en servicio de Dios: y si algo os dijere que hagáis, decidle que no sois vuestra, sino que tenéis á quien obedecer; y con la señal de la cruz y nombre de Jesús, y firme y perfecta fe en el corazón, no os podrá nada empecer; no le hayáis miedo, antes le despreciad: á sólo Cristo temed, y á Él reverenciad y amad, el cual os haga muy suya como yo se lo suplico y deseo. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA:

DÍCELE LA IMPORTANCIA DEL NEGOCIO COMENZADO EN SERVIR Á DIOS, Y LA DILIGENCIA QUE CONVIENE TENER PARA SALIR CON ÉL.

El cuidado, devota Esposa de Jesucristo, que de vuestra ánima Nuestro Señor en el corazón me pone, me hace sospechar qne tenéis alguna necesidad de su ayuda; por lo cual me moví á os escribir esta carta, suplicando á Nuestro Señor Jesucristo obre en vos, mediante ella, lo que sabe que habéis menester. Deseo, amada Hermana, que os dé Nuestro Señor á entender de cuánta importancia es el negocio que habéis comenzado, para que la grandeza de él os ponga grande cuidado, y el cuidado os haga ser diligente en agradar á aquel Señor cuya esposa sois, y tras la diligencia os venga el divino favor, que está muy presto á los que de verdad lo buscan, con el cual andaréis segura entre todos los peligros y alcanzaréis el fin de vuestro camino y deseo.

La primera puerta de la perdición de muchos que comienzan y no perseveran, suele ser el descuido de sus conciencias, entendiendo en ellas como en cosa que poco va; y estando la guerra cierta y la victoria dudosa, viven así como si todo estuviese seguro y hubiese ya venido el tiempo de gozar de la victoria, que con muchos trabajos ha de ser ganada. De lo cual viene que como los peligros que nos fuerzan de fuera, y la flaqueza que tenemos de dentro, sean mayores que podemos pensar, y las raíces de los corazones que muchos años hemos dejado plantar hayan menester para ser arrancadas mucho trabajo, quédanse en nosotros, porque ponemos poco: y aunque por un poco de tiempo parecían estar arrancadas, en pasando aquel fervor que á los principios Dios les daba, tornan las raíces que parecían muertas á brotar, y vienen á dar frutos tan malos y aun peores que los pasados; y así aprenden muy á su costa, que no debe nadie dejar las armas y el cuidado de aprovechar mientras esta vida durare, que se llama, y de verdad lo es, cruda guerra.

¡Oh, si oyésedes que algunos después de haber algún tiempo gozado de la dulcedumbre de Dios la perdieron, y vinieron á comer manjar de puercos; y como Jeremías dice llorando (Tren., IV): *Los que fueron criados en carmesíes vinieron á*

abrazar el estiércol! ¡Qué cosa hay más lastimera que ver una alma que hallaba deleites en Dios, y dejados aquéllos deleitarse en pecados; la boca que hablaba del cielo, hablar de la tierra; y las orejas, por las cuales entraba al alma la palabra de Dios, andar hambrientas por oir consejuelas; y el corazón, que primero con fervor despreció todos los mundanos placeres, pareciéndole amargos en comparación de la divina dulzura, venga á tanta enfermedad que no halla sabor en lo que de verdad era sabroso, y, como dice Job, tenga por deleite estar debajo de espinas! Estos son semejantes á los hijos de Israel, que después de sacados de la cautividad de Faraón por la poderosa mano de Dios, y habiéndoles Dios prometido que los metería en una tierra que manaba leche y miel, fueron tan flojos en sufrir trabajos en el desierto por do caminaban, que con miserable consejo deseaban más tornar atrás y quedar en Egipto, que pasar adelante y gozar de tantas promesas; y dándoles Dios á comer el maná, que la Escritura llama pan celestial, y tan sabroso que para los buenos contenía en sí todo deleite, tenían los estómagos de sus ánimas tan estragados que querían más comer de las ollas carnales y cebollas y puerros de Egipto, que del maná celestial, el cual les era tan desabrido que les revolvía el estómago.

De esta manera, cuando una alma sale de sus pecados, sacándola Cristo, y ahogando la muchedumbre de ellos en las aguas del Bautismo ó de la Penitencia, si con cuidado sigue su Dios, deléitase en los trabajos por Él, y halla frescores en este desierto, por seco que sea; porque á este tal mantiene el Señor con escondida y celestial dulcedumbre, según lo tiene prometido diciendo (Apoc., II): *Al que venciere daré maná escondido y celestial:* y como la dulcedumbre de Dios sea mayor que la amargura de acá, anda la tal ánima en los trabajos descansada, y en los peligros segura y confiada de la promesa de Dios, en que le promete de llevarla á la hartura del cielo. Anda y vuela y corre, teniendo en poco de ganar el mundo, ni de perder la vida, por ir á gozar de Dios para siempre.

En la boca de ésta no suenan quejas: en el corazón de ésta nunca hay flaqueza; mas hacimiento de gracias por los bienes que ha recibido, y cierta y confiada por lo que espera de Dios recibir: mas si comienza la tal ánima á darse á la flojería, luego todo le parece mal: no hay trabajo, por pequeño que sea,

que no le penetre hasta el corazón y la derribe: siente mucho la herida liviana, cánsase con la poca carga, y á cada paso dice no puedo: quéjase de cada cosita que no le da Dios á su voluntad, y dice en su corazón, y algunas veces con la boca: ¿Y para qué comencé este camino? No hallo en él sino orar, leer y cosas delicadas y contrarias á sangre y carne: tómame deseo de tornar á comer de los manjares de Egipto, y deléitame lo que ya vomité. ¿Qué pensáis, doncella, que fué la causa de mudanza tan miserable? Por cierto no otra sino el descuido del corazón, que es madre de la tibieza, y la tibieza del descontento, y el descontento de la disolución, y ésta de todos los males. Si estos tales comenzaran á remediar su descuido cuando comenzaron á nacer, no comieran tan amargos frutos; si mataran la madre, no naciera la hija; si cayendo un terrón de la casa luego la remediaran, no los tomara debajo. Creed que así como ninguno se hace súbitamente muy bueno, ni tampoco se hace muy malo. Escalones hay en medio para subir á mucha bondad ó para descender hasta la maldad; porque así como el que está en el primer escalón se debe alegrar para subir, y debe tener confianza que poco á poco subirá á lo alto, así quien está en lo alto y comienza á descender, aunque sea muy poco, debe entristecerse y temer mucho la caída: y para que os remediéis, si en este peligro estuviéredes, oid en qué lo veréis.

Si á vuestro corazón sintiéredes liviano, si os deleitáis en hablar palabras ociosas, si deseáredes oir nuevas, si fuéredes tarda al ir á orar, y presta para acabar, y sintiéredes vuestro corazón seco, que no llueve Dios sobre él devoción, y si alguna vez llueve es como agua que no harta la tierra, y que presto se pasa. Si os viéredes los ojos abiertos á las faltas ajenas, y á las vuestras cerrados; si os sabe mal el ser abatida, y os enojáis con quien os reprende; si las condiciones de vuestros prójimos os parecieren pesadas para sufrir, y siempre echáis achaques en el comulgar y confesar, ó ya que lo hacéis, más es por vergüenza ó costumbre que por amor, y si después de comulgar, habiendo en vos entrado el fuego, no os encendéis, y puesta la miel en la boca no sentís dulzura. Cuando estas cosas y otras semejantes viéredes en vos, entended que vuestro corazón no está entero con Dios, ni lleno del licor celestial, pues anda hambreando la vanidad de las criaturas; porque así como el gusto de Dios hace mortificar los sentidos, da abundancia de lá-

grimas, entrañable hartura, deseo de silencio y de soledad, desprecio de cuanto florece en el mundo, cuidado de la propia conciencia, paciencia en sufrir á los prójimos, con otros mil cuentos de bienes, así el gusto de la vanidad hace no hallar gusto en la verdad. Como el gusto de Dios echa fuera el gusto del mundo, así el del mundo al de Dios. Y si viéredes que el mundo os comienza á saber bien, remediaos presto, antes que del todo vengáis á perder el sabor de las cosas de Dios; mirad no hagáis cosa que no sea digna de esposa de Jesucristo. Acordaos que habéis ofrecido vuestro cuerpo en sacrificio limpio á Jesucristo Nuestro Señor; y el sacrificio mandaba Dios que fuese muy examinado, porque si tenía falta en los ojos, ó manos, ó pies ó en otra parte, no consentía Dios que le ofreciesen. Y aun en muchas partes más podía este solo defecto para ser desechado el tal sacrificio, que los muchos bienes para ser aceptado; en lo cual se da á entender, como dice Orígenes, que las doncellas que ofrecen su cuerpo á Dios en sacrificio, no cumplen con ser en una cosa limpias.

La lengua ha de ser ajena de hablar vanidades, las orejas de las oir, los ojos puestos en tierra: el atavío ni precioso, ni curioso ni sucio, y desde los pies hasta la cabeza ha de ser vestida de honestidad: en la alma ha de ser paloma, pues que es esposa del Cordero, para que así sean para en uno; y pues en tan alta empresa Dios os ha puesto, no tengáis la vida baja.

Quien á tan alto Rey quiso amar y de tan alto Rey es amada, no es razón que duerma. Ninguna cosa os parezca trabajosa de hacer ni pesada de sufrir por agradar al que una vez ya os disteis. Y si os parece que pasáis trabajos ó desconsuelos, no os espantéis; acordaos que así suele el Señor tratar á sus hijos; que estas cosas no son señales de ira, mas de bienquerencia. Mientras más os viéredes trabajada, teneos por más amada; mientras más desconsolada, más confiada; y la gran tentación viene por víspera de muy gran corona. Ninguna cosa os derribe, pues tenéis por ayudador al brazo del muy Alto y Omnipotente. No huyáis, que sin falta veréis venir sobre vos el socorro del cielo. No os espanten los muchos enemigos que tenéis, mas consuéleos un sólo amigo que os ama más que todos los enemigos os desaman, y Él solo puede más que todos ellos juntos. No le hagáis vos traición; no huyáis vos de su campo; llamadle en vuestras necesidades, que de su parte yo os prometo que Él

os dará vuestros enemigos vencidos y puestos debajos los pies.

Por un camino vinieron contra vos, y por siete huirán de vos; si tienen licencia para tentaros, no la tienen para venceros; no es cosa acostumbrada á los maridos fieles desamparar á sus esposas; y si en la tierra donde tan poco amor hay, esto hay, ¿qué hará donde Jesucristo, Esposo vuestro, está, sino muy mejor defenderos? Quien por amaros perdió su vida, ¿dejaros ha perder tan ligero? Ninguno aborreció su propia carne, mas antes la cría y regala. Y nosotros, como dice San Pablo (Ephes., V), *carne somos de la carne de Jesucristo, y hueso de los huesos de Jesucristo;* á semejanza de Eva, que fué sacada de Adán, y Él y nosotros no somos dos, sino uno, como marido y mujer, ó cabeza y cuerpo, ó vid y sarmiento, ó árbol y ramos. Pues si mirar Cristo por nosotros es mirar por sí mismo, ¿qué razón hay para dudar en lo que tanta certidumbre tenemos? Y si esta unidad y casamiento la tiene con sus cristianos, ¿cuánto más con las personas que dejaron de ser esposas de hombres por ser esposas de Dios? Alegraos y cobrad confianza en el arrimo de tal Señor: gozaos de las mercedes que habéis recibido: vivid con tal diligencia, que no perdáis las que os ha prometido: acá habéis celebrado desposorio con Él, y allá os tiene aparejado el tálamo en que poneros; y va tanto del gozo que allá os dará del que acá os ha dado, como del cielo á la tierra, como de fin á principio, como de cumplimiento á promesa; porque allí os enseñará Él cuán bienaventurada fuisteis en renunciar el mundo y sus pompas por hacer homenaje á Cristo.

Allí veréis cómo el matrimonio es bueno, la virginidad mejor: y aunque Marta escogió bien, la parte de María es mejor: allí cantaréis cantar nuevo, y tal, que no pueden cantar sino vírgenes: allí andaréis en compañía de innumerable compañía de vírgenes, que viviendo acá despreciaron lo que vos despreciasteis, y tienen allá lo que vos deseáis: allí veréis y seguiréis á la Bienaventurada María, Virgen y Madre y Esposa; la cual, como la otra María, hermana de Moisés, pasado el trabajo del mar Bermejo, tomó su *adufe* en la mano y comenzó á cantar en alabanza de Dios, y tras ella las otras mujeres. Así nuestra María, pasada de este mundo, y después tomando su cuerpo, está cantando en el cielo alabanzas á Dios con cuerpo y con ánima, y tras ella cantan todas las ánimas buenas, y por particular gloria cantan las vírgenes, siguiendo

el Cordero, que es Cristo, adondequiera que Él va, dándoles su compañía en pago de la soledad que acá pasaron por Él. ¿Paréceos que es bien galardonado servir á quien tan bien galardona? ¿Paréceos cuán alegres deben estar los que este día esperan? Trabajad, pues, vos por ser una de éstas, que pues el Señor lo ha en vos comenzado, Él lo hará: y pues se desposó con vos, Él se casará, y dará á sí mismo en galardón para siempre. Orad y leed y comulgad. Vuestro siervo por Cristo.

CARTA Á UNA DONCELLA ATRIBULADA,

ADMIRABLE PARA CONSOLAR AFLIGIDOS EN EL ESPÍRITU

Muy amada Hermana en Jesucristo: el cuidado que me pone Dios de vuestra ánima tengo por seña de merced; porque allende de ser obligado á ello por la ley de la caridad, espero ser participante en el gozo que de su mano os ha de venir, pues me da alguna compasión el desconsuelo que ahora tenéis: Dios sea en todo bendito, sus juicios adorados, que por donde á nosotros parece pérdida, por allí con su alto saber nos gana: y esto para darnos á entender nuestro poco saber é insuficiencia, y para que de corazón nos ofrezcamos llenos de fe en sus manos, esperando remedio, sin saber el modo por donde ha de venir. Grandes combates tendréis, con los cuales recibirá alguna turbación vuestra ánima; porque mirando la vida pasada, pareceros ha que merece castigo, y los consuelos que habéis tenido también os desmayarán, temiendo el regalo pasado no se os torne en ocasión de castigo viendo que lo perdisteis, y no os faltará escrúpulo que os haga entender que por vuestra culpa, y juntarse ha con esto la tristeza que de presente sentís y las angustias que de todas partes os cercan, y lo que adelante teméis que os vendrá: todo esto junto os pondrá en tan grande aprieto, que os parezca estar en el angustia que el pueblo de Israel estuvo cuando, saliendo de Egipto, se vió cercado por los lados de altísimos montes, y por delante con la mar, y los enemigos que por las espaldas venían; y sentiréis muchas veces lo que dijo David, y sintió en sí mismo (Psalmo XXX): *Yo dije en el ajenamiento de mi ánima: desechado soy delante la faz de tus ojos:* y no faltarán demonios que os digan lo que á él: que no tenéis salud en vuestro Dios: veros habéis tal, que gustéis muchas veces angustias de muerte, y

aun que aquéllas tenéis en poco, atemorizada de la obscura sospecha de pensar que Dios os desama : y tras esto suele venir dureza y apretura tan grande de corazón, que le parece á la persona participar ya de la obstinación y muerte que en el infierno tienen los que allá están : y acaeceros ha llamar y no ser oída : y en lo que buscábades y esperábades remedio, allí sucederos mayor desconsuelo, no hallando prenda de amor, mas desvíos, al parecer, desamorados; y con estas y otras cosas que se suelen sentir en aquesta enfermedad, estaréis tan descontenta de vos, que tomaríades por ganancia la muerte.

Mas entre estas cosas, ¿qué os parece que se debe hacer? ¿Perderemos quizá la confianza de nuestro remedio, que tan muchas veces nos mandó tener Cristo? ¿Seguiremos los desmayos que el demonio y nuestra carne nos traen? ¿O la esperanza que podemos cobrar de la benignidad de Aquel, que cuando estuviere airado se acuerde de su misericordia? No hay, Hermana, en esto mucho que deliberar, mas que ejecutar : no hay por qué desmayar, mas por qué esforzar : no os llaméis desdichada por lo que de presente sentís, mas bienaventurada por el amor que Dios os tiene, el cual no sentís. ¿Para qué queréis vivir en arrimo de vuestro sentido, pues es cosa que tan presto es engañado y engaña? No es justificado quien piensa que lo está, ni está fuera de serlo quien sospecha que no lo está. *No me juzgo yo á mí*—dijo San Pablo (I Cor., IV);—*mas Dios es el que me juzga.* Y estános bien muchas veces el pensar que no somos amados, ó no tan amados, porque es tan grande nuestra locura, que está mejor aprisionada con desabrimientos y tristeza, desmayos y angustias, que nos parezcan semejanza de infierno, que no andar sueltos con la libertad y regocijos que suelen traer los regalados de Dios; el cual, como buen padre, esconde el amor que tiene á sus hijos, porque no se hagan flojos y falsamente seguros, mas tengan siempre un poco de recelo, con que no se descuiden y pierdan el regalo y herencia que en el cielo les tiene guardado.

Y aunque Él sabe cuán gran trabajo es para ellos sentir del que no está sabroso, y cuántas tentaciones se les levantan cuando Él parece que vuelve la cara, con todo esto quiere que pasen por estas angustias, y viéndolos y amándolos, disimula el amor que les tiene, y enséñales lo que, aunque les duele, los tiene seguros: y lo que más es de maravillar, que no sólo los

deja padecer persecuciones levantadas por el demonio y otras personas; mas el mismo Padre de las misericordias y verdadero amador de sus hijos sobre cuantos padres hay, el cual sólo sabe ser padre, en cuya comparación los padres no saben amar ni amparar, y por eso nos mandó que no llamásemos padres sobre la tierra sino á Él, único amparo nuestro, y tan rico en amor y tan vigilante en cuidado de lo que nos cumple, que hinche de lleno en lleno, y aún sobra, todo aquel regalo que el nombre del padre significa, esté tan cuidadoso de lo que nos cumple: no sólo ve lo que padecemos de nuestros enemigos y calla, mas Él mismo nos levanta los trabajos y nos mete en la guerra.

Él es el que nos suele dar gozo después de mucha tristeza, como dió á Abraham y á Isaac el deseado, que quiere decir *risa*. Y así como mandó al padre que matase al hijo que el mismo Dios le había dado, y puso en tristeza al que Él primero había consolado, así suele quitar el gozo á los suyos y decir que se lo maten, y que ellos vivan en continua tristeza. Y de esta manera, yendo los Apóstoles muy contentos y asegurados, aunque entraban en mar con la compañía de Cristo, volvióseles en gran temor, porque vieron alborotada la mar, y ellos que ya estaban para se hundir, y al que los aseguraba tan dormido, que les parecía á ellos estar olvidados; y no estaba, porque Él mismo mandó que se levantase la tempestad: y si para esto no estaba dormido, menos estaba para los librar. ¿Por qué, pues, estaréis angustiada de aquello que Nuestro Señor envía? ¿Por qué os sabe mal la medicina que por mano de vuestro Padre piadoso ha pasado? ¿Pensáis quizá que tiene rigor para os atribular, y no poder para os librar dondequiera que estéis caída, y misericordia para os perdonar y hacer mayores misericordias que antes? Sentid de Dios con sentido de fe en bondad, aunque por vuestro sentido le sintáis riguroso; porque tanto más acertaréis en lo primero que en lo segundo, cuanta ventaja lleva la certidumbre de la fe á la ignorancia del humano sentido.

Guardada os tiene Dios entre esas espinas, por excusáros las que nunca se han de acabar, según Él lo dice hablando de su viña (Isa., XXVII): *De noche y de día la guardo:* no tengo enojo con ella; y Él hace que ni el sol la empezca de día, ni la luna de noche: porque ahora consuele, ahora atribule, su sa-

grada vela está sobre nosotros, y entonces más cerca, cuando nosotros por más apartada la tenemos.

No en vuestro parecer, Hermana, sino en el de Dios os arrojad; y pues Él sabe lo que os cumple, y cómo os va, y cómo os irá; no andéis vos muerta del cuidado de ello: *no podréis,* con todo vuestro pensar y reventar, *añadir,* como dice el Evangelio (Matth., VI), *á vuestra estatura un solo codo.* ¿Para qué andáis tan en vos, pues os está mandado que os arrojéis en Dios? ¿Qué andáis tanteando vuestra salud por lo que á vos os parece, pues Dios ha de ser vuestro juez, delante cuyo acatamiento vale más su copiosa misericordia que nuestra pensada justicia? Cerrad vuestros ojos á todo aquello que os causa desmayo, y arrojaos en las llagas de Aquel que por vuestro bien las recibió, y hallaréis descanso; porque mientras la bestia trajere sus ojos abiertos, nunca sacará agua de la noria, temiendo de caer en ella: y cuanto más os parece á vos no hallar vado para vuestros males, ni por dónde ni cómo se han de remediar, tanto más hay esperanza de remedio; pues donde falta el consejo y fuerza humana, allí acostumbra Dios de poner su mano: y aquella es la hora propia que esperaba para hacer misericordia, para que sepan los hombres que no con espada ni arco de ellos, mas en la agradable y amorosa voluntad de Dios está su remedio; y por eso, mientras más llena de miserias os viéredes, más os tened por aparejada y dispuesta para que Dios obre en vos su misericordia, porque la compasión de nuestras angustias le mueven á poner en nosotros sus ojos: donde más abundan las miserias, allí más abundan sus misericordias; levantando de la tierra al menesteroso, y del estiércol al pobre, para que desnudándole el sayal de su tristeza, le vista y cerque con ropa de alegría, y sea conocido por benigno y lleno de misericordias, y alabado por tal por boca de los que primero vivían en lloro, la cual alabanza le es agradable, según Él lo dijo.

Llámame en el día de la tribulación, y librarte he y honrarme has: y si tan presto como vos deseáis este día no viene, no por eso os turbéis, que el dilatar no es quitar, mayormente cuando el dador es verdadero; y oirán vuestras orejas (Cant., II): *Levántate, y date priesa á venir, amiga mía, que ya se ha pasado el invierno, y han huído las alborotadas lluvias: ya aparecen flores en lugar de las espinas, y podando desconsuelos dará tu ánima fruto de amor.* Acordaos que nunca tanto el pue-

blo de Dios fué afligido, echándoles carga sobre carga, y dándoles crueles azotes, que como cuando estuvo en víspera de libertad; y así como después de noche y lluvia suele venir día y sol muy claro, y después de la tempestad vino bonanza, y tras los dolores del parto el gozo del hijo nacido, así pensad que vuestros grandes trabajos son mensajeros de grande alegría; porque no es digno de la paz espiritual y del dulce amor quien no ha sido fatigado con enojosas guerras, y no ha gustado la amargura de ajenjos de la espiritual desconsolación.

En prueba os tiene Dios; sedle fiel en obedecer á todo lo que os enviare; amadle, aunque os azote; seguidle, aunque os vuelva el rostro; importunadle, aunque no os responda; y sabed, *que no trabajaréis en balde, porque fiel es, y no se puede negar, y no despreciará hasta el fin la oración del pobre* (II Tim., II). Él se levantará, y mandará que se sosiegue la mar; Él os dará vivo vuestro Isaac, y tornará vuestro lloro en canto, y os dará abundancia de paz por las guerras que habéis sufrido: y si vos este bien no merecéis, Él tiene bondad para hacerlo. Lo que á vos se os pide es que aprendáis á vivir entre las espinas, sin tener donde reclinar la cabeza: y si poco podéis obrar, suplirse ha con padecer, y que estéis firme en el camino de Dios, pues sólo aquél pierde la corona que huye y lo deja; que en lo que toca á vuestro remedio, el Señor os lo dará cuando y como vos no sabéis, y por el presente trabajo os dará abundancia de gozo con que le alabéis aquí y en el cielo á perpetua honra de su Majestad.

CARTA Á UNA DONCELLA,

ANIMÁNDOLA AL SERVICIO DE DIOS CON FERVOR

Visite Cristo á vuestra merced por la visitación que me ha hecho: tenga de ella cuidado Cristo por el que ella tiene de mí: ámela Cristo por el amor que me tiene; que no sé yo quién otro baste á satisfacer esta caridad, si Él sólo no. Deseo saber cómo le va, y que le fuese bien; porque siendo el Esposo que escogió tan bueno, no hay razón por qué le vaya á ella sino bien: y no teniendo otra cosa en que entender sino en agradar á los ojos de Él, razón es que ande delante de su presencia muy limpia y muy agradecida, pues en todas las partes la mira y la oye ¡Oh señora, si una vez alzásemos los ojos que por la tierra trae-

mos, y los empleásemos en mirar á este espejo lleno de tanta hermosura, que es Jesucristo Nuestro Señor, luz que procede del Padre! ¡Oh, si una vez penetrásemos una centellica del amor con que anduvo trabajando por nuestra salud hasta perder la vida por nosotros! Cierto nos afrentaríamos de vernos tan tibios, y de airados contra nos mudaríamos nuestra vida, siguiendo en algo la suya. ¿Qué haremos, señora, que somos amados y no amamos? ¿Qué se digna Dios de rogarnos con su amistad, y á nosotros no se nos da de ello nada? Y mejor nos sabe un cohombro ó una cebolla de Egipto, que la excelencia del manjar celestial: aquéllos buscamos con grande ansia; y éste, aunque nos lo ponen en la boca, no curamos de lo comer, por no trabajar siquiera en mascallo. Hémonos parado tan flojos en el servicio del trabajado y diligente Señor, que parece que nosotros somos los señores y Él es el esclavo.

Luego nos cansamos de pensar de amar al único descanso nuestro. Y porque no somos para de una vez poner cuero y correas, quedamos siempre desconsolados: porque, según dicen, *cabra coja no tiene siesta:* huímos del trabajo, y caemos en él; porque no hay otro igual que los latidos de la conciencia, que acusa de no hacer lo que debemos. Comencemos ya nuestro partido por Jesucristo, no hagamos guerra contra nosotros, y estemos siempre en vela, pues nuestros enemigos así lo están: y amansemos á Dios por los enojos pasados, pues es grande vergüenza haber afrentado á su Padre y no traer herido el corazón con dolor y la faz afligida con vergüenza. Tiempo es de hacer penitencia, y orar mucho al Señor cada uno por sí y por la Iglesia: porque si no hay quien al Señor vaya á la mano, creo que quiere hacerse temer, pues que nosotros no le queremos amar, y estar aparejados para, si menester fuere, perder la cabeza y vida por Cristo. Plega á su misericordia que no nos deje El por nuestros pecados; mas nos haga dignos de estar firmes en su fe y amor, que ni el error nos engañe el corazón, ni la espada nos ate la lengua, sino que suene Jesucristo en nuestra boca delante del perseguidor, aunque sea con perder la vida. Cristo sea amor de vuestra merced. Amén.

CARTA A UNA DONCELLA

ANIMÁNDOLA EN LA PERSEVERANCIA DEL SERVICIO DE DIOS

La bendición que vuestra merced me pide, suplico yo al Padre de las bendiciones la dé á vuestra merced para que sus santos trabajos fructifiquen, y quitada toda ignorancia delante de sus espirituales ojos, vea á sí, y vea á Él, para que ni atribuya á sí misma bien alguno, ni á Él mal alguno, sino que se quede Él con su divinidad y nosotros con nuestra animalidad: y si esto no viene luego, ya le he avisado que este camino, como San Bernardo dice, *se ha de pasar y no volar*. Llegarnos tenemos á Dios, como quien ara y siembra, que no pide luego el fruto, sino después de muchos días, y pierde de presente con esperanza del bien por venir. No conviene, señora, desmayar, aunque muchas veces seamos heridos; sino andar y gemir, hasta que Nuestro Señor nos mire y haga limosna: y no la hace ahora pequeña en sufrir delante de sí á cosa que merecía estar en los infiernos: y pues ésta da, Él dará las demás; y si no fuere tan presto, así conviene que sean ásperamente tratados hasta que vean con vista de ojos que no es suyo el bien, sino de Dios; que si algo les dan, no se han de engreir, sino temer y avergonzarse como á cosa tan indigna le es dado el bien que merecen.

Y porque los hijos de Eva somos locos, y heredamos aquella soberbia que ella tuvo, cuando deseó saber á semejanza de Dios, no nos espantemos que nos trate el Señor de arte que veamos que somos necios, flacos y malos. Y hasta que este conocimiento haya, estaremos tentados y desconsolados y afligidos: y así estamos menos mal que si algo nos diesen; porque al soberbio peor le va mientras más tiene, porque mientras mejor, es peor, pues es ingrato y desconocido á mayores bienes, y robador de mayor gloria. Por tanto, conviene caminar con esfuerzo y largueza de corazón, esperando que el Señor hará como quien es. Y que no nos hace pequeña merced en darnos gracia que le busquemos, aunque sea con trabajos y sequedad, y del todo ponernos en sus manos, y el tiempo y el cómo: que por despeñaderos y riscos suele Él llevar al descanso, aunque piense el que va que camina para perderse. Jesucristo sea con vuestra merced. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA

DESMAYADA EN EL CAMINO DE DIOS, ANIMÁNDOLA

Señora: estotro día escribí á vuestra merced, y temo que no fué la carta á sus manos: si es así, procúrela y léala, que según me parece todo será menester para su consuelo: como á la niña que la ausentaron de su madre, y luego enflaquece, así no pudo velar una hora, ni tenerse en pie, sino luego dar consigo en desmayos y enfermedades de una parte y otra. Y lo peor de todo es la desconfianza que toma de no sucederle con Dios como desea. Mucho me parece al criado del otro que dicen que andaba todo el año sin capa, etc. Señora, ensanche ese corazón, y alárguelo primero para sufrir muchos trabajos de dentro, y lo segundo para esperar el remedio de la mano de Dios, aunque sea hasta el fin de la vida. ¿No ha oído que la vida del cristiano es un continuo martirio y una molesta guerra? ¿Qué quiere ella alcanzar luego lo que otros después de muchos años, trabajos y angustias á duras penas alcanzan? Probada ha de ser muchas veces con darle Dios con la puerta en los ojos; y mientras ella va más ansiosa, le ha de enseñar menos favor, para que así satisfaga algo de lo que ella hizo pasar al Señor, que viniendo á convidar consigo mismo, y llamando á la puerta de su corazón, le cerró la entrada, ó si le abrió, echó presto al huésped una vez recibido. Y pues somos fuertes en el huir de Dios, ¿por qué tan flacos cuando Él un poco huye de nos? Quien mucho ha hecho sufrir á otro, ¿no sufrirá él un poco? Quien ciento debe, ¿no pagará uno? ¿Por qué no quiere pasar por la ley que hicimos á Nuestro Señor que pasase? Y con falta de conocimiento no sabemos humillarnos á sufrir un poco de disfavor, mereciendo justísimamente el infierno.

Despierte ya, señora, y tenga á sí por quien es, y á Dios por quien es; y si desechada se sintiere, súfralo con humildad, pues así lo merece; y si el Señor dice que es perra, diga con la Cananea que es verdad; mas por eso no desmaye, y peque dos veces, una en el poco conocimiento suyo, otra en no sentir bien de la suma bondad del Señor, pensando que no la quiere, ó no quiere que lo busque. ¿Y por qué osó decir tan gran falsedad y testimonio falsísimo? ¿Por qué pone mancha en la pureza de la misericordia divina y en el blanco Cordero, que

dijo (Joann., VI): *A todo aquel que viniere á mí no le echaré fuera?* ¿Por qué tiene por enemigo al que la castiga, y sospecha mal contra su Médico? Amor es todo lo que hace el Señor con ella; sino como no conoce por amor sino al regalo, parécele desamor, como esté escrito (Hebr., XII): *Que el Señor azota al que ama, y que quien ama á su hijo multiplica los azotes;* y tratándola el Señor así, aunque no se conoce, ni es vil en sus ojos, ¿qué sería si Él le enseñase amor? No es para locos el ser abiertamente favorecidos. Abaste á vuestra merced que el Señor se sirva de ella, sea por la vía que Él fuere contento, y sepa que hasta que de lo más profundo del corazón sienta quien ella es, no sentirá la faz del Señor del todo alegre, ni le cumple: mil vueltas le han de dar, y en mil trances se ha de ver que la saquen de seso, y en que no sepa qué ha de hacer, ni sepa atender, para que toque con sus propias manos, y vea con sus propios ojos que no es ella sino un pedazo de miseria y flaqueza, y se le quite muy quitada la vanidad de su estima: porque como decía un viejo en la vida de los Padres, que sería uno tentado en la carne hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor, y no fuerza propia; así conviene en otras cosas venir al abismo del propio conocimiento, para que de allí le levante el Señor al pobre y lo ponga con los Príncipes de su pueblo, sin resabio de vanidad, pues ya conoce su profunda flaqueza.

Por eso, póngase vuestra merced á padecer, y tener guerra consigo, y pase adelante, que el Señor la consolará, y le dirá (Isa., LI): *Pobrecita, yo quité de tu mano la copa del adormecimiento, y lo hondo de la copa de mi castigo, y no lo beberás más.* Él vendrá y satisfará la pena que dió su ausencia y castigo, y alegrará con cien tantos á la que entristeció con justicia, para darle á entender que no es inocente, sino culpada. Perseverancia no falte. Y aunque sea herida en la guerra, cobre ánimo de nuevo; porque no sabe la hora en que el Señor tendrá por bien de la visitar, y conciértese lo mejor que pudiere, según su pobreza: y súfrase con paciencia como á otro hiciera, y no deje sus ejercicios en cuanto fuere posible. Y si estuviere enferma, tómelo también por ejercicio, que no es mal tiempo para navegar hacia el cielo, aunque parezca contrario en esto. La gracia del Espíritu Santo sea siempre en esa ánima. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

QUE QUERÍA DEJAR EL MUNDO Y DEDICARSE Á DIOS

Devota sierva de Jesucristo: El placer que mi ánima sintió del nuevo propósito de querer tomar por Esposo al Rey celestial, la que también pudiera tomar esposo de la tierra, fué tan grande que no lo sabré explicar; y aunque cuando se me dijo me fué nuevo, porque no lo había sabido, mas no lo fué del todo, que ya yo la había ojeado para el Señor que la crió y le había pedido por merced que me la diese para Él; y sea su nombre por siempre bendito, que tan cumplidamente lo hizo, que yo no lo supiera tan bien desear; porque aquel gozo que su ánima tenía de haberse descabullido de las vilezas de la tierra, y quedar ya prendada del amor del celestial Rey, ¿qué era sino unas señales ciertas que esta mudanza no ha sido liviandad de propio pensamiento, mas obra de Dios, que ha puesto la mano en el corazón de ella y obrado el celestial deseo que tiene? Y también le dió aquel regocijo en señal y arras de los muchos y grandes y limpios gozos que, si ella le quisiere ser fiel, Él le dará; de los cuales el menor es más de estimar que todos los que el terrenal marido, hijos y hacienda y todo el mundo puede dar.

¡Oh señora, y si hubiese probado cuán dulce es Dios para aquella ánima que vuelve las espaldas al mundo por poner los ojos en su Criador! ¡Oh, si supiese qué es la suavidad del celestial Esposo para consolar aquellas ánimas que dejan los transitorios deleites, y como tórtolas castas no quieren consolarse en la tierra, mas suspiran con amor á su Señor, que en los cielos está; y como la paloma que se torna limpia, sin poner los pies en cuerpo muerto, mas tórnase á la mano de quien la envió! ¿Qué es lo que más en este mundo florece sino cuerpo muerto hediondo? Pues ¿para qué es juntarnos con cosa que nos enlode, y nos deje más desabridos treinta mil veces con su amargo dejo que nos dió sabor con su compañía? Á Cristo dé vuestra merced muchas gracias, que le dió luz para saber distinguir entre lo precioso y lo vil, entre lo eterno y temporal y entre Dios y el hombre mortal; y le dió pensamiento tan dichoso, en que Dios es aceptado, y el hombre tenido en poco, y por amor del celestial tálamo es despreciado el terrenal, por rico que fuese.

Sea, pues, fiel al que por Esposo quiere tomar, que Él lo será tanto para ella que probará que no de burla se llama Esposo limpio de vírgenes limpias, mas hallará en Él todos los bienes juntos: y no será como en los casamientos del cuerpo, que las más veces tras un poco de contentamiento sucede amargo arrepentimiento: mas nuestra obra al principio tiene consuelo; y mientras más tratare á este Señor, mas le conocerá, y mientras más le conociere, mas le amará; porque no es como los hombres, que mientras más tratados más tachas descubren: y el que parecía buen desposado, á cabo de poco no hay quien lo sufra: mas en Cristo no verá cosa que le descontente, ni tampoco en su bendita Madre, que es suegra de las esposas del Hijo. ¡Oh bienaventurada hora en que tal propósito en ese corazón se sembró! Y muy más lo será cuando se vea tan visitada de su Esposo que diga: Señor mío, ¿cuándo yo te merecí estas mercedes, y hallar este tesoro escondido, por el cual dar mil vidas era comprar muy barato? ¡Oh señora, y cuán abastado y dichoso ha de ser este casamiento, y cuánto regocijo para el cielo y para la tierra! Dios Padre se huelga en que haya personas en la tierra que así amen á su Hijo Unigénito, que por su amor dejen los amores de la carne, no sólo los que son vedados por su ley, mas aun los del matrimonio, que son concedidos; porque señal es de mayor amor que dejemos por uno lo que lícitamente pudiéremos hacer: el Hijo es el desposado, y por eso murió, por tener ánimas que con limpieza espiritual le amasen, y otras con limpieza espiritual y con entereza en la carne.

El Espíritu Santo es limpísimo, y muy ajeno de carne; y en viendo una ánima que desprecia de hecho los deleites de ella, allí pone sus ojos, é hinche de espirituales consuelos á los que desprecian los temporales; porque no permite que esté ayuna el ánima que de los manjares de acá no quisiere gustar. Nuestra Señora es Madre del desposado, traslado de Él, amorosa y benigna, principio de vírgenes, amparadora y abogada de ellas, y en gran manera se alegra que haya en la tierra virginidad, que es la flor que ella sembró. No faltan pajes en este casamiento, que los ángeles son criados del Rey del cielo, y aparejados á todo lo que la esposa hubiere menester. Ni aun faltan hijos, que es lo que acá se suele desear; y cierto no con dolores del parto, y cuidados que en criarlos se toman, y dolor que dan cuando no salen buenos ó se mueren antes de tiempo.

Los hijos, señora, de este casamiento las buenas obras son, que se llaman frutos del hombre. ¿Qué placer sentirá cuando por amor de Jesucristo concibiere un propósito de hacer una limosna ú otro bien? Y después cuando la ponga en obra, ¿qué placer le dará aquel parto? Estos hijos dan descanso y honra á su madre, y no ha menester dote, que ellos se la traerán antes para ganar y merecer el mismo cielo, y hacen que viva tan descansada su madre, que yo le prometo que cuando de noche se vaya á dormir, duerma con más quietud y paz que si tuviera todo este mundo y cuanto en él se puede desear.

Dígame, ¿qué pudiera alcanzar acá, que llegara, ni con muchos quilates, al menor de estos bienes? Y si algún placerillo hubiera, tuviera por contrapeso cada hora de placer más de ciento de dolor y zozobra: y si algo hubiera sin ella, en fin se había de acabar, ó morirse el esposo antes que ella, ó ella antes que él, y todo le fuera pena; y también morir los hijos le fuera otra pena, y dejarlos era otra pena; ni ellos á ella, ni ella á ellos se pudieran valer. Gócese, señora, en Cristo, que su Esposo nunca morirá; y cuando ella muera la cercarán sus hijos, que son las buenas obras que habrá hecho, y no le darán pena como los deja, que allá irán con ella acompañándola hasta el trono de Dios, y le pagarán muy bien cuanto en ellos gastó y trabajó; y por amor de los hijos será bienaventurada la madre, y la muerte no apartará este casamiento, antes pondrá juntos á él y á ella, y librarla ha, porque es Señor de la vida y de la muerte, y no osará ningún demonio arrebatar á la que Dios tomó debajo del amparo de su favor y la dotó con nombre de esposa.

Entonces vendrán los ángeles á la servir y presentar delante de Dios, cantando alabanza á Él, y echándole bendiciones á ella, y diciéndole: *Ven, esposa de Cristo, y recibe la corona que el Señor te tiene aparejada.* Y entre estas cosas no estará ausente la Virgen Madre, acompañada de muchas vírgenes, que en este mundo hicieron lo mismo que vuestra merced hace, y no están de ello arrepentidas. Y en compañía de sus semejables irá de este mundo adonde el Señor ya la tiene aparejado el celestial tálamo, para que eternalmente esté rica, harta y abastada en la casa y presencia de Dios, mirando de hito en hito aquella hermosura infinita, una hora de lo cual es tan gran galardón que excede, aunque uno hubiese pasado por Dios todo

los trabajos que todos los hombres han pasado y puedan pasar. Allí tendrá todo el bien, y habrá alcanzado aquellos para que fué criada, y estará tan harta en tener á Dios, cuanto ni se puede decir ni pensar; porque así tendrá llenos los senos de su ánima, que rebosen de gozo, como quien está en una muy grande mar de azúcar, que por todas partes está de él cercado; entonces verá, llamará, gozará y poseerá al Señor de todas las cosas, y dirá: al que amé he alcanzado, al que busqué he hallado, por quien dejé el mundo ha sido mi galardón y paga: á El alabaré y amaré en los siglos de los siglos. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

ENSEÑÁNDOLA Á SUFRIR LOS TRABAJOS POR DIOS

Deseo tengo que vuestra merced esté muy consolada entre sus trabajos, y sea muy agradecida al que se los envía, y los abrace muy de corazón como á verdaderas reliquias de Jesucristo Nuestro Señor y ciertas prendas de su amor, y diga como David (Psalm. XXII): *Tu vara y tu báculo ellos me han consolado:* porque aunque la carne sienta desconsuelo en ellos, el espíritu es razón que tome consuelo, viéndose tratado como lo son los amados de Dios, los cuales, probados con diversos géneros de tentaciones y tribulaciones, fueron hechos hábiles para ser en el reino de Dios galardonados; porque aquella paz y descanso de allá ganarse tienen con guerras de acá: así como las piedras y madera que se puso en el templo de Salomón primero fueron labradas fuera del templo, y después puestas, sin que en la casa de Dios se oyese golpe de martillo ni estruendo de sierra: y pues vuestra merced se ve martillada, entienda que la apura Dios, y le quita lo tosco que de Adán trae, para ser asentada entre aquellas preciosas piedras que hace la casa de Dios.

Confíe, señora, que es amada del Señor, y que los trabajos no son de enojos que tiene con ella; mas quiere que cante lo que está escrito: "Probaste mi corazón, y visitástelo en la noche: examinásteme con fuego, y no fué hallada en mí maldad." Grande alegría es el ánima al ser hallada fiel al Señor en el día de la prosperidad y en la noche de la tribulación, y ser examinada con cosas que le duelen, y mucho duelen, y responder (Psalm. XLIII): *Todas estas cosas vinieron sobre nosotros, y*

no te olvidamos, ni hicimos cosa mala en tu Testamento. Y á esto dice Jesucristo Nuestro Señor (Luc., XXII): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones: Yo os dispongo el reino, como mi Padre me lo dispuso á Mí.* Y aunque parece el Señor riguroso en estos azotes, y suele el ánima temer y temblar en ellos, el Señor la asegura diciendo: *De noche y de día la guardo: no tengo enojo con ella: á deshoras le daré una bebida, porque no se visite contra ella.* En lo cual parece bien la inefable misericordia de Nuestro Señor, que tanto cuidado tiene de su viña, que en un tiempo y en otro la guarda, y por eso la visita á deshoras con unos nuevos trabajos, porque no se visite contra ella con los trabajos del otro mundo, pues no es posible pasar al cielo sin ellos.

Grande es su misericordia en darlos aquí donde son menos y menores, y comienza á juzgar aquí á los de su casa, para no tener que juzgarlos allá, sino consolarlos, y emplear su enojo con los ajenos que aquí fueron malos y prosperados. Por tanto, señora, este consuelo envío á vuestra merced en sus trabajos, que son guarda para su ánima, y prendas del bien que le han de dar en el cielo, y guerra cuya corona es el mismo Dios, al cual tanto más crea ser agradable cuanto más se viere de su mano bendita trabajada: y si le dieren pena, respóndale á su ánima que se espere un poco; vendrá la mañana, pasarán las sombras, y vendrá la luz, y el Señor la hartará con su vista. Y en enjugándole las lágrimas le hinchará sus labios de risa y de gozo: bendiga al Señor que la ha hecho ser suya, y confíe en Él, que no la pondrá á mal recado, pues no suele amar y descuidarse de lo que ama.

Quien quiera ama á sus cosas; mas á Dios mucho más: y pues vuestra merced es de Él amada, duerma sobre seguro, y no dude de alegrarse en todo lo que le acaece, creyendo que son mercedes de Nuestro Señor, el cual quiso ser joya de los trabajos de vuestra merced, para que mirando en ella le parezcan todos pocos: porque ¿quién será aquel que se ose quejar que se le vende Dios caro, por mucho que le pidan, aunque sean mil vidas, pues Él es de valor infinito? Déle gracias muy de corazón, porque le dió gracia que á El sólo vuestra merced amase, que á El sólo mirasen sus ojos, que en El sólo pusiese su confianza, y que á El sólo quisiese por fin de sus trabajos y descansos; que pues Dios esto le ha dado, El dará lo que le falta,

El acabará su obra, El sanará y El salvará su enferma, y dará galardón á su trabajadora y pondrá en su reino á su redimida. Presto vendrá este día: esté vuestra merced en espera de Él, y diga como Jeremías (Tren., III): *El Señor es mi ración: yo le esperaré*. Y así como la esposa casta no quiere en ausencia de su esposo ver fiestas, ni tomar pasatiempos, ni otras cosas de consuelos presentes, guardando sus ojos y su corazón para gozar de su esposo, así vuestra merced, colgada de aquel Señor á quien dió su amor y de quien es esposa, téngase acá por extranjera, y allá esté su corazón á do está su tesoro; y á los placeres y trabajos que le vinieren diga: *El Señor es mi ración: yo le esperaré*. Convidada soy á comida tan bienaventurada; más quiero estar con hambre y en espera de tanto bien, que hartarme de las presentes vanidades y perder la gana de aquella comida.

Fiel es Dios, y bueno para los que en Él esperan y le buscan: yo le esperaré y le buscaré, pues á quien dió gracia para buscarle, da para hallarle. Y aunque algún día aflija, Él alegrará con su vista y para siempre, y dará el galardón de las buenas obras en el cielo, adonde vuestra merced dirá: ya tengo lo que busqué, gozo por lo que pené, poseo lo que deseé; y allí verá cómo el Señor ha tenido de ella cuidado desde que en el vientre de su madre fué criada, hasta llevarla á las sillas del cielo: y dará entrañables gracias á su bondad, y mayores por los mayores trabajos que por los mayores descansos, pues fueron méritos más ciertos para ganar el cielo que los consuelos. Y pues esto se ha de alcanzar, espérelo primero vuestra merced, para que el Señor reciba de ello servicio; y ensanchemos el corazón en medio de la tribulación, y con esperanza de tanto bien suframos el mal presente. Déle Cristo á vuestra merced tanta abundancia de su amor con que, como el óleo nada encima el agua, ande su gozo encima de los trabajos (Cant., VIII), *y las aguas muchas no le puedan apagar la caridad;* mas como viva llama más y más arda mientras mayores trabajos el Señor le enviare, el cual sea todo bien de vuestra merced.

CARTA PARA UNA DONCELLA RECOGIDA

No sé por qué palabras os dé á entender la culpa que me acusa y la pena que temo: miro el mucho tiempo que ha pasado sin escribiros, habiendo vos sido encomendada á mí para que, mediante mi cuidado, vuestra ánima fuese aprovechada en el servicio del celestial Rey, pues Él fué servido de recibiros por suya, mediante su palabra que os prediqué: y he hecho como mal siervo de Cristo, que negligentemente he tratado su negocio, que tan de verdad tenía por suyo, que le hizo á Él cuidadoso y aun dar la vida por él. Y no sólo he pecado contra Él, mas contra vos: á Él he sido mal siervo, y á vos he sido mal padre, pues ni he conservado la hacienda, ni mantenido á vos con el mantenimiento de su palabra, cuyo despensero me hizo, para que á su tiempo, prudente y fielmente, diese á cada uno lo que ha menester. Duéleme mucho tal negligencia, y témome, como culpado, el castigo de mi culpa: no tanto que el Señor me azote ó atribule ó castigue con fatigas y tormentos, como con permitir que á vuestra ánima no le vaya bien: porque á quien no sabe qué es cuidado de hijos ni criarlos, justicia es que los vea morir, y muertos delante sus ojos, porque el dolor le atormente y le haga abrir los ojos que su descuido cerró.

Señora (oso decir mía, pues sois esposa de mi Señor), ¿quién supiese cómo os va, para tener descanso con vuestro bien, ó recibir tormento de tristeza con vuestro mal? ¿Quién supiese que duran vuestras fervientes lágrimas, que lavaban vuestra ánima delante el acatamiento de vuestro Esposo, y la humedecían con devoción, para que diese fruto al Señor de ella; y si duran vuestras vigilias, en las cuales solíades hablar en secreto y soledad con Aquel que vuestra ánima ama, pensando en los dolores que por vuestro amor pasó, y deseando vos por el suyo pasar semejable á Él? Plega á su misericordia no hayáis perdido vuestro santo silencio, que era hablar con Dios; vuestra rica pobreza, que os hartaba más que todos los bienes del mundo; el desprecio de vos, que os daba valor delante el Señor, y la santa mudanza de vuestra vida, que tenía maravillados á quien os miraba, y alababan á Dios en vos. Plega á Él no oigan mis oídos que la sierva de Cristo está otra que solía, no sea tal que con otro viva, ni á otro mire, ni á otra cosa piense sino en

sólo Cristo, al cual se ofreció: no haga trueco en que sea engañado, que habiendo gustado el don celestial y habiendo comido de las migajas de la mesa de Dios, venga después á probar de la amargura de Egipto y los manjares que comían los hombres desechados de Dios, y hartando aquí su cuerpo de manjares de puercos, y después ardiendo en compañía de demonios.

Sierva de Jesucristo, ¿qué tal estáis? ¿qué tal estáis? Plega á Cristo estéis bien delante de Él; porque San Pablo decía estar su vida en ir bien á sus hijos: y aunque no con aquel fuego, mas con un poquito que Dios me da, os oso decir que la mía está en iros á vos bien delante de Dios: no me place vivir en cuerpo si mi hija está muerta en el ánima, ni entrará placer en mí hasta que sepa que el Esposo vuestro, que en vos aposenté, tiene morada en vuestro pecho; y si otra cosa hay, yo tengo la culpa, y yo haré la penitencia, y no estéis vos enojada de Él. No me lastiméis, Hermana, más que mi culpa y el amor que á vuestra ánima tengo me lastima: y si enojo tenéis de mi negligencia, amansaos con mi confesión llena de vergüenza y dolor; y creed que con el favor del Señor, vos me veréis muy enmendado: y por esto debéis olvidar como os fuí mal padre, pues Dios olvida con esto á los que fueron malos hijos y siervos: y si más satisfacción queréis, tomadla vos de mí la que os pluguiere, y tornad al camino, si de él os habéis apartado, ó hacedme saber que estáis en él, porque yo sepa que os va bien, y tenga fuerza para sufrir la penitencia que darme quisiéredes por mi descuido. Digo descuido en el escribir, mas no en acordarme de vos; porque en esto no ha permitido Nuestro Señor que haya sido descuidado; porque fué tan grande el amor que por veros sierva de Dios os cobré, y entrasteis tan dentro de mi corazón, mirando que obró Dios en vos sus misericordias, que nunca más de mi seno habéis salido, aunque no ha sido para os esforzar y consolar en este camino. Perdonadme, Hermana, por amor de Jesucristo; y no seáis cruel contra vos, y sedlo contra mí en todo lo que mandáredes.

Amad al Señor, que no merece Él mal ninguno por el descuido del siervo: y si le habéis olvidado, ya lo conocéis, que ha prometido recibir al que se le hubiere ido; y perdonando vos á mí, perdonará Él á vos, y os hará misericordias como al principio, y os mandará que cantéis los cantares de vuestra mocedad, cuando os llamó para sí, que fué el tiempo de vues-

tra juventud y nacimiento. No deis gozo á los demonios, pues ya una vez los hicisteis llorar: no entristezcáis á vuestro ángel, pues ya dió gracias á Dios alegre de vuestro llamamiento: no deshagáis la fiesta que en el cielo se hizo el día de vuestra conversión: y si por mis pecados algo de esto ha pasado, no desmayéis, que el Señor tenderá sus brazos y os recibirá, pues por vos se tendieron en cruz, y suele Él amar más al que huyó de la guerra y se torna con mayor esfuerzo, que al que nunca huyó y siempre fué tibio. Guerra es ésta, en la cual no por recibir heridas se pierde la victoria, sino por huir de la batalla y darse por vencido: cobrad ánimo, y comenzad de nuevo, que á Cristo hallaréis aparejado para os ayudar, y viendo Él vuestra humildad y vergüenza, no os confundirá viéndoos postrada á sus pies, no os alanzará ni dará de coces: y llamando vos á los que en el cielo están por intercesores, no se harán sordos á las voces que á ellos diéredes estando acá: y porque yo tengo la culpa del mal, si alguno hay, yo haré la penitencia, y suplicaré al Señor levante y restituya lo que mi negligencia derribó; y mire á que Él comenzó la obra, y no á que yo no lo supe conservar; y hacedlo así, porque es amador de las ánimas y disimula los pecados de los hombres por la penitencia: Él por quien es os tenga guardada debajo de sus alas, y graciosa delante de sí, y castígueme á mí en todo lo que fuere servido; por el cual os pido me escribáis, aunque me conozco ser indigno de la respuesta.

CARTA Á UNA DONCELLA:

ENSÉÑALE QUE LA CRUZ NO LA HA DE ESCOGER EL HOMBRE, SINO LLEVAR LA QUE DIOS LE DIERE

Si las penas nos viniesen las que nosotros queremos, no serían penas, y seríamos privados de la compañía de la cruz de Nuestro Redentor, que es el mayor mal que nos podría venir. Hanos de venir lo que más desabrido nos es, porque así ha de ser curada nuestra voluntad, hasta que ninguna cosa nos venga que nos sea desabrida, y entonces seremos siervos de Jesucristo, que dijo (Luc., XXII): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha:* y pues Él, por su gran misericordia, tiene cuidado de enviar á vuestra merced la salud de su ánima, no la reciba como herida que llaga, mas como medicina que sana. Haga

gracias á su Salvador, y cíñase con fortaleza á pasar cosas mayores, que aún no nos ha venido lo que á verdaderos siervos del Crucificado suele venir, ni lo que nosotros debemos de desear. Todo lo que de fuera nos viene, hemos de pensar que lo envía Dios desde lo alto con misericordia, y pensar de dentro que merecemos muy mucho más, y no huir nuestro purgatorio por mucho que duela. Cuando Dios ordenare que vuestra merced comience á padecer de verdad, y le enviare lo que ella más huye de padecer, entonces confíe que es amada de Él, y tenga esperanza de ver con alegría la faz del Señor. No es palabras el camino de Dios, y por eso no se desmaye en las pruebas; mas esfuércese en Dios que le envía la guerra para la coronar con victoria, y recójase á Él en la larga oración, hasta sudar gotas de sangre si es menester, poniendo delante sus ojos al dechado de nuestra vida, Jesucristo Nuestro Señor, que oró tres veces, y con tanto trabajo, sin ser luego oído hasta que corrió la sangre y regaba la tierra.

Sujétese del todo á la voluntad del Señor, y tórnese como un poco de lodo, y diga al Señor: *Yo soy lodo, y tú, Señor, el ollero: haz de mí á toda tu voluntad* (Luc., XXII). No la halle Dios vestida, mas del todo desnuda de la propia voluntad, porque por pequeña cosa que tenga, sin estar mortificada, le dará no pequeña pena y desasosiego. De Cristo es por justísima compra: no le pese de serlo, ni huya del tratamiento de Él; mas de todo corazón le pida que la lleve para sí, por donde El sabe y quiere, y no por donde ella quiere, aunque sea con tener extrema deshonra delante los ojos de todo el mundo: mire que dé buena cuenta de esta lección que el Señor la ha enviado; porque si no otro día no le enviará lo que á ella cumple, sino lo que ella quiere, y será por su mal. Cobre en Dios esperanza, y pelee varonilmente, que de esto y de más es digna el amistad de Nuestro Señor, y no se puede gloriar de amador quien no pasa mucho por el amado. Esfuerce Dios á vuestra merced, tanto que baste ella esforzar á los flacos y consolar á los tristes, y déle perfecta obediencia á su santa voluntad y perfecta fe en su bondad. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA AFLIGIDA:

ENSÉÑALE EL CAMINO DE LA CRUZ, Y CONSUELOS QUE EL SEÑOR DA PARA LLEVARLA

Yo no tengo por cosa nueva la que vuestra merced cuenta del trabajo en que está; porque cuando veo que Dios da alguna espiritual prosperidad á alguna persona, luego espero el contrapeso del trabajo que le ha de venir; porque así como después de la tempestad viene serenidad, y después de las lágrimas alegría, así también después de la alegría vienen lágrimas; que de otra manera, paraíso fuera esta tierra y no cruz. Y como el Señor del cielo, viniendo acá, escogió esta cruz para con ella vivir y en ella morir, diónos á entender que era su voluntad y nuestra salud que imitásemos su vida si la queríamos ganar para siempre. No aciertan los que piensan que da Dios aquí los consuelos y los regalos para que nos alcemos con ellos, no, sino para que esforzados con ellos suframos la carga que nos quiere echar: y por esto algunos amadores de sí mismos, y por eso flojos, no quieren tratar con Nuestro Señor, porque les parece que no los deja gozar á su placer de lo que ellos querrían, y fingen amar á Dios y ámanse á sí, y no entienden que el amor con sólo amor se contenta y no se busca á sí mismo; y con tener contento al Señor, lo están ellos mortificados á su propia voluntad por vivir á la de El; porque dos vivos en un corazón no pueden estar por ser la casa corta y el estado angosto, y no hay para dos, como dice Isaías. Así que, vuestra merced vaya adelante, y pase por agujero angosto de cruz, y cuanto más amare la cruz, tanto más gozo tendrá de resurrección, no por deseo de gozos, sino de virtudes con que agrade al Señor. Mas El no deja al ánima sin gozo cuando ve que no lo busca, ni sin galardón á quien no tiene mucha cuenta con lo que ha de recibir, sino con lo que ha de agradar: no sea menester comenzar cada día de nuevo, que esto suele ser causa que no se acabe un negocio, sino responder con lealtad al Señor, y estar muy fiada de la lealtad de El para los suyos, la cual ni se puede hablar ni pensar si por experiencia no se prueba.

Todo el saber del siervo de Dios es hacer la voluntad de Él, y á ojos cerrados esperar en Él; y con esto está tan fuerte que ninguna cosa teme, ni ninguna le vence, y con esto vive alegre

y confortado, no porque le falten ejercicios, sino porque no tiene angustia ni desmayo en el corazón, de los cuales era San Pablo cuando decía (Cor., VI): *Como tristes, mas siempre gozosos.* Y si alguna vez acaece ser dejado del Señor en manos de las tristezas, temores y desconfianza, no se turba, porque conoce la condición de Nuestro Señor que así trata á los suyos, y que muchas veces les encubre el amor, mas no se lo quita, y los deja andar en la guerra solos; y en la mar se les hace dormido, para así llevarlos poco á poco á que aprendan á esperar el buen día en el tiempo del malo, y á no vivir en lo que sienten, sino en lo que de Dios deben confiar, y para que no pasen por este mundo sin cruz: y como ellos tengan por pequeña la que toca en las cosas del mundo, hiéreles en el ánima, aunque no con pecados, con temores y desconsuelos que les nacen de no saber si agradan ó no, y de cosas semejantes; mas el fuerte amor que nos tiene le hace que en todo busque nuestro provecho: y dichosos nosotros que en manos de tal bondad caímos y á tal Señor conocimos: Él es con vuestra merced y será siempre; á Él gracias por ello y por todo. Amén. Dios sea amor de vuestra merced.

CARTA Á UNA DONCELLA:

ENSÉÑALE QUE DIOS NOS PIDE EL CORAZÓN DESOCUPADO, Y LO QUE IMPORTA TOMAR LA VOLUNTAD DE DIOS POR NUESTRA

Acreciénteos Dios las buenas Pascuas, pues en haberlas vos tenido las he recibido yo: gracias á su misericordia que os ha dado mayores prendas de ser vuestro, pues os ha dado mayor deseo de ser suya: pídeos como á tal el corazón desocupado, pues cada uno quiere morar en su casa; y así de aquí adelante os velaréis, no como á vos, sino como á cosa de Dios, y tendréis gran cuidado de morir á todas las cosas y echarlas de vuestro corazón, diciéndoles: *No impidáis el lugar del Señor;* pues aunque se lo dé todo desembarazado, aún es muy poco. Atreveos á morir un poco antes, y comenzaréis á vivir, y vuestra pelea sea contra vuestra voluntad, dándosela á Cristo las más veces que pudiéredes y lo más entrañablemente que pudiéredes; y decid á vuestro corazón: *¿Cuál es más razón, que sigas la voluntad del Señor ó la tuya?* Pues por seguir la tuya te has perdido, y por seguir la de Dios te has ganado: tu amarte ha sido aborre-

certe y echarte en los infiernos; mas el amarte Dios ha sido hacerte bienes: de manera, que con más razón te puedes fiar de la voluntad de Dios que de la tuya, pues lo has hallado más fuerte en querer tu bien que á ti mismo. Toma, pues, esta voluntad buena por tuya, y deléitate en la cumplir, y á ninguna cosa te muevas por la tuya, sabiendo que lo que de ella naciere es fruto de imperfección.

Decid muchas veces con el corazón y algunas con la boca: *Padre, no mi voluntad, sino la vuestra sea hecha;* y en todo lo que hiciéredes y pensáredes y habláredes buscad el sólo contentamiento de Dios, y hallarlo habéis en el comer, y en el dormir, y en el hablar, y en el callar, y viviréis consolada en todas las cosas; porque en todas las que no son malas hallaréis al Señor, y aprovecharos ha para esto la doctrina de Nuestro Señor, que dice (Matth., XVI) : *Quien quisiere venir tras Mí, niéguese á sí mismo;* y aprovecharos ha, que cada vez que comulgáredes hagáis renunciación de vuestra voluntad en la de Nuestro Señor, y el pedirle muchas veces por merced, que pues vos no se la podéis dar, la tome Él, y os dé la suya por vuestra. Y aunque sean pocas cosas, no dejéis salir á vuestra voluntad con lo que quiere, sino contradecidla; y amad á quien os la contradice, porque el ensayarse en las cosas pequeñas aprovecha para las mayores. Cristo os favorezca para que de Él todo seáis suya. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

TRABAJADA DE PELIGROSAS TENTACIONES: AVÍSALE QUE EL FRUTO SERÁ GRANDE SI LAS SABE LLEVAR

Consolaos, consolaos, pueblo mío,—dice el Señor Dios vuestro:—*hablad al corazón á Jerusalén, y llamadla, porque cumplida es ya su pena y perdonada su maldad.* (Isa., XL.) Confiad, Hermana, que estas palabras dicen á vos, y manda que os consoléis con su favor que os defiende, aunque los infernales poderes y adversarias maldades trabajen de os derribar; porque si muy cuidadosos andan en perseguiros, más lo está Cristo en abrigaros y defenderos, y sacaros de la guerra llena de muchas coronas, más alegres cierto y de estimar, que es la tribulación que tenéis para lastimar. ¿Qué habéis? ¿Qué os lastima? ¿Qué os espanta? Vuestro Dios es salud de estas llagas:

no miréis á ellas, y en el día que os las acabare de atar, resplandecerá á vos un sol más luciente siete veces que el que antes de este trabajo os lucía. Serán vuestras espirituales prosperidades muy aventajadas á las pasadas, pues lo que ahora padecéis es más amargo que lo pasado; porque estas tales avenidas de angustias, víspera suelen ser de abundancia de espirituales regocijos, como las tribulaciones de Job fueron mensajeros de doblada hacienda y descanso que Dios le dió. Amargólo, y después consolólo; probólo y coronólo; escondiósele un poco, mas después se le mostró mas dulce que primero airado. Esta es la condición del Señor con los suyos; mortifícalos aun hasta parecer que los mete en tormentos de infiernos; mas sácalos y alívialos sin que la ballena pueda retener ni empecer al que tragó. Mucha soberbia tienen los demonios, nuestros adversarios, y dicen que nos tragarán; mas digámosles (Joann., II): *Juntaos contra nosotros, que vencidos habéis de ser: entrad en consejo, que destruído será, porque Dios es con nosotros.*

No os pase, Hermana, por pensamiento temer estos infernales lobos, que el que una vez en la cruz los venció, los ha vencido y vencerá en vos, y los despojará con gran deshonra suya. Y aunque os parezca ser la guerra brava y el enemigo fuerte, que os haga temer, no desmayéis; porque el Señor dice (Isa., XLIX): *¿Por ventura será quitada la presa del fuerte? ¿Y lo tomado por el robusto podrá ser salvo?* Verdaderamente será quitado el cautivo de la mano del fuerte, y será hecho salvo lo que el fuerte había tomado; y esto porque la mano de Dios peleará por vos, y pasará sobre vos como aves que vuelan, defienden y abrigan con sus extendidas alas á los pollicos que mucho aman. ¡Oh, si viesen nuestros ojos el celo de Dios con que guarda á nuestras ánimas, y cuán en salvo las tiene cuando ellos piensan que están ya perdidas! Hacia arriba suelen arrojar el vidrio los que quieren enseñar, como saben recibir lo que arrojan en alto; y si el vidrio sintiese, temblaría de verse echado en alto, é ir á caer en las piedras duras, donde parece que se ha de hacer de doscientos pedazos; mas socorre la mano de quien lo arrojó, y tómalo en sí sin lesión. Y así vos, viéndoos sacada de vos y combatida de fuegos tan vivos y penas tan crudas, teméis y tembláis pensando que os habéis de hacer pedazos y caer en ofensa de Nuestro Señor; mas pensad que el Se-

ñor que en este trabajo os puso, Él mismo os sacará de él; ese que se os esconde porque padezcáis, está muy cerca de vos para defenderos, que de otra manera estuviéredes diez mil veces tragada de la crueldad de vuestros contrarios. Él os arroja, y Él os recibe; Él mueve el alboroto en la mar, mas Él os guarda porque no os ahoguéis; porque lo que sentís no lo hacéis vos, sino sufrísloy por eso quien lo hace, que es el demonio, ése lo pagará.

Bien ve Dios vuestro corazón, que es amador de sus mandamientos, y aborrecedor de sus ofensas; el cual os guarde, como lo ha hecho; que de lo que el demonio os trae no tengáis cuidado, pues aunque sea feo y os duela, no os vendrá por ello mal. Cosas son éstas que á muchos suelen acaecer, y no sólo las que vos tendréis, mas sin ninguna comparación otras mayores, y que parecen traslado al mismo infierno, y del fuego y lenguaje que allá hay.

Mas no por eso deja Dios á sus ánimas; antes cuando todo el humano consejo y fuerza ha faltado, entonces acorre con su poderosa mano, quitando la copa del amargor de la boca, da por ella diez mil consuelos, y conócese la persona por flaca, pues vió por experiencia su grande miseria, y conoce la fuerza y maldad de sus enemigos, y procura de huir más de ellos y arrimarse más á Dios, el cual sólo ve ser bastante á librarla de tales refriegas; y así saca de los males pasados luz para tenerse en menos, y mayor confianza en su Dios, y grande cautela para más recatadamente vivir por haber conocido las traiciones y maldades de los demonios. Lo cual no es de tener en poco; porque así como nuestra vida consiste en conocer y amar á Dios, así es gran parte de los espirituales avisos conocer al demonio, no para amarlo y honrarlo (que esto para Dios es), sino para huir y escapar de sus lazos, los cuales de pocos son conocidos, aunque les parezca que conocen á Dios. Y por eso es de estimar en mucho el provecho que de estas refriegas se saca, porque se hace el ánima experimentada en la guerra contra este astuto enemigo; y estas cosas y otras muchas saca el benigno Señor de estos males en que nuestro adversario nos quería hacer caer, y así le hace perder lo que pensaba ganar, y hace burla de El, purificando y aprovechando al ánima por el medio que El pensaba dañar.

Y pues os habéis ofrecido al servicio de Cristo, y no sois

vuestra desde el día de vuestro bien, no le tengáis por olvidadizo pastor; pues si olvidaros quisiera, no os llamara, ni halagara, ni os hiciera tan dulces promesas. Acordaos en el día del mal del día del bien, para que no os derribe lo presente, templándolo con lo favorable de entonces. Y pensad que si Cristo no os amara, no levantara ni diera la joya; y pues sabéis que por El comenzasteis este camino, y que le habéis deseado agradar, y según vuestra flaqueza lo habéis procurado, no deis tal mancha en vuestra honra que así perdáis la confianza en Aquel que estando vos apartada os llegó El á sí y os dió espíritu nuevo y blando en vuestras entrañas, y os señaló con su señal para que fuésedes suya, y por tal os tuviésedes. Y si el lobo infernal ha osado acometer á la que estaba herrada con la señal de Jesucristo, y que deseaba servir, no os espantéis, que pruebas son de nuestra fe y de nuestro amor á ver si desmayamos y tornamos atrás.

No hay virtud firme si no es probada, y la fe se prueba entre los peligros y disfavores de Dios; mas si fina es, no sólo no desmaya, mas cuando más acosada, más esfuerzo toma, y de la soledad saca compañía, porque sabe que esta es costumbre del Señor, poner á los suyos en los cuernos del toro, y esconderse Él para probar la fe de ellos; y como no está arrimada á la vista, sino á la bondad de su Señor, no cura de mirar lo que siente ni de qué parte sopla el viento, sino engendra una confianza que, como áncora fijada en el suelo de la mar, ásese firmemente con el Crucificado, y fija su pensamiento y dice: "Tú, Señor, moriste por mí antes que yo naciese, y me buscaste con dolores sin buscarte ni llamarte yo: ahora que te llamo y te quiero, no me desampares. Si abrigaste á quien te era enemiga, no desecharás á quien te desea servir, y á la que ya tomaste por tuya, y en esta fe vive, y está segura entre todas las olas y tempestades que en la mar se le ofrecen, aunque parezca que ya se le hunde la nao, y trabaja por no desmayar, porque no se levante el Señor y le riña como á los Apóstoles hizo, diciendo (Matth., VIII): *¿Qué estáis temerosos, hombres de poca fe?*„ En lo cual veréis que de verdad quiere el Señor que estemos esforzados, porque aun entrando las olas en la navecilla ya para sumilla, riñe con los que entonces tienen temor. Y esto porque los que con Él se embarcan no quiere que sean temerosos, pues van con el verdadero Señor de las almas y fiel

provisor en las oportunidades. Y pues vos salisteis de tierra, y os embarcasteis con Él entrando á servirle, ¿qué es lo que ahora teméis, pues habéis caminado y estáis en compañía de Jesucristo?

Acordaos que San Pedro andaba con los pies sobre las aguas de la mar cuando tuvo fe; y cuando vió los vientos recios y las olas altas, temió, y luego comenzó á hundirse, para dar á entender que con la fe andaba seguro, y por entibiarse ella se hundía, y oyó de la boca del Señor (Matth., XIV): *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Y de la misma manera lo dice á nosotros si temerosos nos ve, por grandes peligros que á los ojos veamos. Y si aquel cuidado tuvo el Señor en librar al discípulo de la muerte del cuerpo, mayor lo tendrá en libraros á vos de la muerte del ánima, y hacer que no os ahogue la gran tempestad que contra vos se ha levantado. Solamente, Hermana, no desmayéis ni huyáis de la guerra, que aquí no por ser tentados, sino por huir ó ser vencidos se pierde la corona. Ofreceos á padecer dolores y fuegos por honra de Aquel que por vos los sufrió; y cuanto mayores fueren, por más ciertas prendas las tened del amor entre Cristo y vos. Y pedidle que os esfuerce á padecer, y no que os lo quite, y será un purgatorio con que quedéis apurada delante de Dios, y seros ha compañía la cruz de vuestro amado Señor, que es la cosa que más sus amadores deben desear; y quedaréis como oro en crisol, tanto más resplandeciente cuanto más fuisteis atribulada. Mirad que cualquier amador ha de pasar algo que duela por amor de su amado.

Y pues habéis entrado en la guerra del amor, no os acobardéis; mas acordaos de lo mucho que muchas mujeres flacas padecieron por Cristo, unas en fuegos, otras en golpes, otras en ser carmenadas las carnes, y teníanse por bienaventuradas en padecer por amor de su Señor, pues por Él padecéis; que si á Él dejásedes, no os perseguirían los enemigos; mas porque os pasasteis al bando de Josué, por eso mueven guerra contra vos. Y si faltan sayones hombres, suceden en su lugar sayones diablos, que son más crueles y menos se cansan, y con peines de hierro y parrillas de fuego os atormentan, y más en el ánima que en lo exterior. Debéis pensar que estáis en un martirio por amor de Jesucristo, pues por servirlo sois martirizada. Haced vuestros ejercicios de confesión y comunión, aunque sea de mala gana; y aunque os lo estorbe el demonio, como lo suele hacer,

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCÍA

aun hasta enmudecer la lengua que no pueda confesar, y hace entender que han comido de noche para que no comulguen: holladle con todas sus astucias, y orad al Señor en la cruz, y traedla con vos, y armaos con ella, y ofreceos tan de verdad á padecer, que si el Señor quisiere que os dure toda la vida, que estéis contenta con ello; y cuanto vos más os pusiéredes en la voluntad de Él, tanto más presto os remediará, porque no desecha al que á Él va; y acordaos que no hay amor sin dolor, y que por muchas tribulaciones hemos de entrar en los reinos de los cielos, adonde una sola hora que veáis á Dios en su hermosura, daréis por bien empleados dos mil años que paséis lo que padecéis; y pues Dios allá os ha de llevar, según lo podéis esperar, no seáis cobarde en padecer, y tibia en amar, que no os dejará el que por vos murió y para sí os llamó: Él sea vuestro consuelo. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA

QUE SENTÍA MUCHA AUSENCIA DE NUESTRO SEÑOR: ANÍMALA Á CONFIAR, ENSEÑÁNDOLE SU MAJESTAD LAS CAUSAS POR QUÉ AFLIGE Á LOS SUYOS, Y LOS FRUTOS QUE DE ELLAS SACA.

No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y mejores son, dice la Escritura (Prov., XXVII), *las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece;* y grande agravio hacemos á quien con amorosas entrañas nos reprende ó castiga, en pensar ó decir que por querernos mal nos persigue.

No olvidéis que entre el Padre eterno y nosotros es medianero Nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo pueda soltar si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene en suficiente y sobrada paga, en cuanto de su parte es, de todos los pecados

del mundo y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe y penitencía y sacramentos de la santa Iglesia.

Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón, que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó á su cargo como si fuera suyo, y á nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo (Psalm. XXI): *Longe a salute mea;* y pidió perdón de ellos sin los haber cometido, y con entrañable amor pidió que los que á Él se quisiesen llegar fuesen amados como si para Él lo pidiera; y como lo pidió lo alcanzó, porque según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que ó hemos de ser Él y nosotros amados, ó Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en Él con la fe y amor, y antes por ser Él amado lo somos nosotros, y con justa causa. Pues que más pesa Él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que Él sea aborrecido Y más ama el Padre á su Hijo, que aborrece á los pecadores que se convierten á Él; y como el muy amado dijo á su Padre, ó quiere bien á éstos ó quiere mal á mí, porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados, y porque sean incorporados en mí, venció el mayor amor al menor aborrecimiento; y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor; y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la haolvidado, como la vuestra lo está, provee el Señor de consuelo, diciendo en el Profeta Isaías (XLIX) de esta manera: *¿Por ventura puédese olvidar la madre de no tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, yo no me olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escrita.* ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne! Y la sentencia de la letra dice: *Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje á mí.* Tal, pues, escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado.

Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosa de éstas

que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amores se enclavaron en cruz. Y si queréis entender lo que os viene al intento que Dios os lo envía, sabed que son prueba para que seáis examinada, y después como á persona fiel en la prueba seáis con corona de justicia de la mano del mismo Señor coronada. Y porque no penséis que esas cosas que pasáis son señales de reprobación, y que á solos los malos las envía Dios, oid qué dice David en su persona y de otros muchos que andan el camino de Dios (Psalm. XXX): *Yo dije en el exceso de mi ánima: alcanzado soy delante de la faz de tus ojos;* y aunque es cosa que mucho lastima este desmayo del corazón y disfavor sentido en lo de dentro de él, y no atinar el ánima cómo está con Dios, ni cómo estará, ni en qué parará; mas con todo esto, pocas cosas hay con que uno tanto purgue sus pecados, ni tantas cosas aprenda, como en aquella obscuridad tenebrosa y aflicción interior, que hace sudar del corazón gotas de sangre, lo cual envía Nuestro Señor á los suyos, porque no se vayan de este mundo sin sentir qué es cruz y tribulación: y así hiéreles en lo del espíritu, donde están vivos; porque si les hiriera en las cosas temporales, á las cuales están muertos, no lo sintieran. Conviéneos, pues, dar buena cuenta de este peligroso paso donde Dios es servido poneros, y adorando sus juicios, y confortada con la confianza de su bondad, abajar vuestra cabeza, y sin más escudriñar abrir la boca de vuestro corazón, tragar esta píldora de obscuridad y del sentimiento de la ausencia y disfavor de Dios con obediencia del mismo Dios.

Sabed, cierto, que si queréis no desdecir en la prueba que Dios os envía, que os conviene haceros robusta, como dijo el Angel á Josué, y vivir muriendo cada día, como San Pablo hacía (I Cor., XV): *Coceos en el fuego de la tribulación,* para que seáis fuerte como ladrillo, y seáis conveniente para sufrir lluvias y vientos de tentaciones y de trabajos; y no blanda como adobe de barro, que se deshace en el agua, y no es fuerte para edificio; que la gente que ha de ser puesta en el edificio del cielo, con golpes de diversos trabajos y tentaciones ha de ser probada en el suelo, según está escrito: *Probólos el Señor, y halló-los dignos de sí.*

Enseñáos, pues, á mantener con gruesos manjares, y esforzaos á convertir en pan las piedras de las tribulaciones, si que-

réis tener testimonio de que sois hija de Dios. Y si os da gana de pan blando y blanco de consolaciones, remitid eso á la voluntad del Señor, y contentaos con que tendréis tanto de eso en el siglo que está por venir, que lo dulce de allá excede sin comparación á lo amargo de acá; y en lugar de los duros huesos de acá que daban á comer á los dientes del ánima, será allá el mismo Dios sabrosísimo pan de vida que nunca se acabe. Esperad esto y esforzaos con esto, porque este negocio ni es para regalados ni para hombres de flaca fe.

En trabajos os veréis muchas veces, que si con sentido humano los miráis, os parecerán ser señales de infierno y principio de él, y habéislos de sufrir con paciencia y sin consolación, y aun sin sentimiento de confianza, para que sepáis qué cosa es padecer de verdad: porque mientras la confianza está fuerte, no hay cosa que mucho lastime; mas cuando Dios esconde su faz y no enseña favor al ánima, sino disfavor, y siendo perseguida de sus enemigos no siente favor en su buen ánimo, entonces es el padecer puro y sabe á tormentos de infierno. No sentiréis entonces esperanza de escapar; mas contentaos con no desesperar, y séaos aquel desconsuelo penitencia por vuestros pecados, con los cuales algún día os consolásteis, y sírvaos de ver á la clara qué es lo que podéis vos de vos. Justo es que quien peca amándose y pareciéndose bien, que lo pague descontentándose entrañablemente de sí; y quien en sí confía, que le demuestren tan á su costa qué es lo que puede. Por este fuego os conviene pasar, si queréis gozar del descanso. Esta guerra habéis de vencer para merecer la corona del cielo. Mirad que dice la divina Escritura (Jacob, I, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida,* la cual prometió Dios á los que le aman. Si os agrada la corona, no os sea pesada la prueba; y no puede haber prueba sin tentación; y no os vendrá tentación que no pase por la mano de vuestro Padre Dios, midiéndola que sea convenible para vuestro provecho y para vuestra flaqueza. No temáis de beber con paciencia lo que Dios os da con amor. Él mismo dice (Prov., III): *Hijo, no te angusties cuando eres de Dios castigado; porque al que el Señor ama castiga, y como padre en hijo se agrada.* Y en otra parte dice: *Hijo, en tu flaqueza no te desprecies, mas ora al Señor, y curarte ha.* Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa des-

mayemos, vamos á Él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará.

¡Oh Hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios! ¡Oh, si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón, y cuando á nosotros nos parece que estamos alcanzados, cuán cercanos estamos á Él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es á boca llena de nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar cuanto Él asegurar; múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo á obscuridad de abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno, y pongan diez mil peligros delante, que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio á Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí. ¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que acosados de las ondas tempestuosas de su corazón huyen á Ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados!

Tú eres descanso entrañal, fiucia que á ninguno de su parte faltó. *Amparo de huérfanos y defendedor de las viudas* (Psalmo CIII). Firme casa de piedra para los erizos llenos de espinas de pecados, que con gemidos y deseo de perdon huyen á Ti. Tú defiendes de la ira de Dios á quién á Ti se sujeta. Tú, aunque mandas algunas veces á tus discípulos que entren en la mar sin Ti, y que se desteten de tu dulce conversación, y estando Tú ausente se levantan en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima, mas no los olvidas. Dícesles que se aparten de Ti, y vas Tú ahora al monte por ellos: piensan que los tienes olvidados, y que duermes: estás las rodillas hincadas rogando por ellos; y cuando son ya pasadas las tres partes de la noche, cuando á tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como Señor de las ondas mudables andas sobre ellas, que para Ti todo es firme, y acércaste á los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de Ti, y dícesles palabras de confianza, que son: *Yo soy, no queráis temer.* ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso Pastor, cuán engañado está

quien en Ti y de Ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, si quiere enmendarse y servirte! ¡Oh, si dijeses Tú á los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar á servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien Tú eres basta para los consolar!

Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese; y por esto dices: *Yo soy, no queráis temer. Yo soy aquel que mato, y doy vida, meto á los infiernos, y saco* (I Reg., II): quiero decir, que atribulo al hombre hasta que le parece que muere, y después le alivio y recreo y doy vida. Meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido; mas sácolos, y por eso los mortifico para vivificarlos; para eso los meto, para que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella sombra de infierno sea medio para que después de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy Omnipotente, y os querré librar; porque soy todo bueno y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro Abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo vuestro fiador, que salí á pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros, si á mí quisiésedes servir, porque fuisteis con grande precio comprados. Yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible: el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros á innumerables tormentos de cuerpo, y mayores de ánima, para que vosotros os esforcéis á pasar algunos por mí, y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en mí tal librador. Yo vuestro Padre por ser Dios, y vuestro primogénito Hermano por ser Hombre. Yo vuestra paga y rescate: ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta de ellas? Yo vuestra reconciliación: ¿qué teméis ira? Yo el lazo de vuestra amistad: ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro defendedor: ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo: ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo?

Si vosotros no os apartáis de mí, vuestro es mi cuerpo y mi sangre: ¿qué teméis hambre? Vuestro mi corazón: ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad: ¿qué teméis miseria? Y por accesorio son vuestros mis ángeles para defenderos: vuestros

mis santos para rogar por vosotros: vuestra mi Madre bendita para seros Madre cuidadosa y piadosa: vuestra la tierra para que en ella me sirváis. vuestro el cielo para que á él viniereis: vuestros los demonios é infiernos porque los holláreis como á esclavos y cárcel: vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca se acaba: vuestros los buenos placeres, porque á mí los refiráis: vuestras las penas, porque por mi amor y vuestro provecho las sufráis: vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra eterna corona: vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida; y todo esto tenéis en mí y por mí, porque ni lo gané para mí solo, ni lo quiero gozar yo solo; pues que cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, comiese, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda.

No sois pobres los que tanta riqueza tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no la queréis perder á sabiendas: no desmayéis, que no os desampararé aunque os pruebe: vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parecer más fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi bondad y de mi misericordia: no hay cosa que os pueda dañar si me amáis, y de mí os fiáis: no sintáis de mí humanamente, según vuestro parecer; mas en viva fe con amor, no por las señales de fuera, mas por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuanto es de mi parte. Pues veis tales obras de amor de fuera, y corazón tan herido con lanza, y más herido de vuestro amor por de dentro, ¿cómo os negaré á los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino á los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme á sogas y cadenas que me lastimaban, ¿y negarme he á los brazos y corazón de cristianos donde descanso? Dime á azotes y columna dura, ¿y negarme he al ánima que me está sujeta? No volví la faz á quien me la hería, ¿y volverla he á quien se tiene por bienaventurado en la mirar para la adorar?

¡Qué poca confianza es aquesta, que viéndome de mi voluntad despedazado en mano de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿Á quién desprecié que me quisiese? ¿Á quién desamparé que me llamase? ¿De quién huí que

me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué á los apartados y sucios; importuno yo á los que no me quieren, ruego yo á todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo; mas encúbrolo por amor de mi criatura, á la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí, sino remitirse á mí: en aquella ignorancia está su saber, en aquel estar colgada su firmeza, en aquella sujeción su reinar; y bastarle debe que no está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, pues por ella las di á clavos de cruz, y más son que suyas, pues hicieron por el provecho de ella más que las propias suyas. Y por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas y que no sepa de sí; mas si se fía y no se aparta de mi servicio, librarla he y glorificarla he, y cumpliré lo que dije: sed fiel hasta la muerte, y darte he corona de vida. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA ATRIBULADA:

ENSÉÑALA CÓMO LOS TRABAJOS SUELEN VENIR Ó POR CULPAS Ó POR PRUEBA DEL SEÑOR

La paz y gracia de Nuestro Señor sea siempre con vos. Amén. El amor verdadero con que os amo en Jesucristo ha causado en mí tanta compasión de lo que padecéis, que me movió á escribiros esta letra, deseando ayudaros en algo. No sé, Hermana, si os alegre, ó si antes os ayude á llorar; ni sé si os diga que es bueno lo que tenéis, y que lo debéis llevar con alegría; ni si conceda con lo que á vos parece que es malo, y que como tal se debe huir. Veo que si lo pasan muchos buenos, no lo dejan de pasar también muchos malos; y que si en unos es señal de amor, en otros es sospecha de ira. A unos castiga el Señor con esas cosas, á otros que no han menester castigo prueba con ellas mismas, y les da en qué merecer; y aunque eso que vos pasáis pueda proceder de cualquiera de estas dos causas, no me pesa que os persuadáis vos que debe ser azote de alguna culpa liviana (si liviana se debe llamar la que tan grave castigo merece), y no prueba de vuestra bondad; porque si los santos no conocen en sí bondad alguna, antes muchas faltas y maldades, cuánto más vos, que tan lejos os conocéis de santidad y tan metida en pecados.

Pues si tenéis por más probable que esos frutos nacen de esta raíz, el remedio es que examinéis bien si habéis hecho alguna cosa por donde merezcáis esa corrección. Y sabed que las más veces suele ser algún polvillo de vanagloria; y si no veáis por qué, eso tened por peor, pues habiendo tantas culpas, no veis ninguna; y cuando os sacudieren el golpe, humillaos debajo de la poderosa mano de Dios, conociéndoos por digna de mayor tormento; y suplicad á Nuestro Señor haya misericordia de vos, y que no os alance de sí. Decid: *Señor, pequé: cualquier castigo es liviano para la gravedad de mis pecados: si sois servido de castigarme, heme aquí: alza, Señor, la mano; descarga el golpe, corta, quema y mata; mas no me vea yo apartada ni desechada de Vos: si pequé, no sea el castigo dejarme á que peque más; pues el castigo de la culpa es la pena, y no otra culpa.* No querría tampoco que por pensar que vuestras culpas han causado eso que tenéis, os desconsoléis y entristezcáis tanto que caigáis en algun despeñadero de desesperación.

Quiero que por una parte os humilléis creyendo que vuestros pecados lo merecen, y que por otra os consoléis acordándoos que sois hija de Dios, y no de las olvidadas; pues se acuerda vuestro Padre de castigaros como á hija, porque no os hagáis más mala. Y creedme una cosa (aunque no sea adivino): que si el Señor con su misericordia no os hubiera humillado así, quizá hubiérades caído en alguna soberbia luciferina, que fuera en infinitas partes peor; y con eso os tiene tan humilde, que no osáis ni aun podéis alzar cabeza. Agradeced, pues, al Señor esa merced, y básteos su gracia. Pero ya sé que me diréis: si yo supiese que soy hija, y no enemiga, y que es castigo de padre y no pena de juez; si yo acabase de persuadirme que estoy en su gracia, ¿qué me faltaba? Pero creo que si no es en el infierno, no hay en la tierra hombre tan malo que tal tenga: no es vida de hijos de Dios esta mía, sino vida, ó, por mejor decir, muerte de dañados. ¡Oh Hermana, y si supiésedes el don de Dios, y quién son los que estas cosas padecen por la mayor parte, quizá os alegraríades! Si yo viese que solamente los enemigos de Dios pasan tales cosas, cierto me afligiría; mas veo los mayores amigos en eso tentados, ¿por qué no me consolaré con ellos? El bienaventurado Job se vió un día tal, que dijo (Job., VII): *Desesperado he.* Tales cosas había pasado en su pecho, que le pareció haber caído en desesperación: mas porque

veáis que no, luego torna á pedir misericordia; pues quien misericordia pide, no desespera. David, siendo quien sabéis, dijo que ya Dios lo había alanzado delante sus ojos, y que se vió cubierto de tinieblas y obscuridades, cercado de dolores de muerte y de peligros de infierno; y tales cosas dice que le acaecieron, que no las entenderá sino quien las hubiere pasado.

Cállense las tribulaciones de San Pablo causadas por Satanás, que le hicieran abajar el cuello, pues tantas veces las habéis oído. En las vidas de los Padres he leído cosas que no las creyera si el autor no fuera de tanta autoridad; y hoy día vemos y oímos cosas extrañas, que vienen á personas devotas y siervas de Nuestro Señor; y á los unos y á los otros sacó y saca Nuestro Señor de ellas con mucha ganancia. De donde colegimos que es menester creer el hombre en semejantes casos lo que no ve, y esperar contra la esperanza como Abraham. Decidme, Hermana, ¿habéis visto á los cantareros encender algún horno? ¿Habéis visto aquel humo tan espeso y tan prieto, aquel encendimiento de fuego y aquella semejanza de infierno que allí pasa? ¿Quién creyera que los vasos que allí dentro están no habían de salir hechos ceniza del fuego, ó á lo menos negro como la pez del humo? Y pasada aquella furia, apagado el fuego, al tiempo que deshornan, veréis sacar los vasos blandos de barro duros como piedras; y los que primero estaban morenos, salir más blancos que la nieve, y tan lindos, que se pueden poner en la mesa del Rey.

Vasos de barro nos llama San Pablo, y con mucha razón por cierto, pues tan blandos somos y delicados para sufrir los golpes de los trabajos. Una jarrilla sois, y por cocer habéis estado, y por eso érades tan tierna, y no podíades retener ni conservar bien el licor que Dios os infundía. Coceros quieren, Hermana: tened paciencia: metida estáis en el horno de la tribulación: sufrid ahora esos fuegos, y esas humaredas y obscuridades, y confiando en la sabiduría y bondad de nuestro buen ollero, ni saldréis hecha ceniza que lleve el viento, ni tiznada con algún mal que se os haya pegado; antes dura para padecer, para que aunque caigáis no os quebréis; blanqueada del descolorido color que primero teníades, y, finalmente, hábil y dispuesta para ser vaso de honra y para ser puesta sobre la mesa de Dios. Procurad no salgáis del horno quebrada, porque no os den por ahí de balde: solamente se quiebran los que en el horno de la

tribulación pierden la paciencia. Confío en Nuestro Señor y en vos que saldréis sin lesión: sufríos ahora un poco, que presto se apagará todo: no desmayéis por más que atice el demonio: persiga cuanto quisiere: confiad en Dios. Señal es que no tiene Lucifer parte en vos, pues va tras vos; que si os tuviera, no os siguiera: señal es que os habéis ido de su reino, pues tantos escuadrones de gente armada van en pos de vos. Salísteos de las tinieblas de Egipto para ir á la tierra que Dios os ha prometido: sale Faraón tras vos con todo su ejército, halláisos ahora atajada, delante de vos el mar Bermejo, detrás los enemigos: no halláis por qué vía huir. No temáis, esperad, y veréis las maravillas que ha de hacer el Señor: el Señor peleará por vos, y vos callaréis: el Señor abrirá camino por medio de las aguas: las aguas os serán en lugar de muro á la diestra y á la siniestra, y pasaréis á pie enjuto por medio de las tribulaciones y tentaciones, y vuestros enemigos se ahogarán en ellas.

Pensad qué gozo será aquél cuando habiendo pasado todo el pueblo de Dios este mar peligroso del mundo, tomará María Virgen, figurada en María la hermana de Moisés, *el adufe* de su cuerpo, y comience á cantar, y vos en compañía de las otras vírgenes á responder aquel cantar de tanta alegría. Y porque más os consoléis, sabed que no hay de qué tener escrúpulo, porque más es eso tormento padecido que pecado cometido. Entretanto que vos no consentís libremente, ni os deleitáis en el pensamiento que el demonio ofrece, ni lo queréis vos pensar, ¿de qué tenéis escrúpulo? Pues creedme como á hombre que conoce vuestra conciencia, que aunque os parezca que habéis alguna vez consentido, el temor os hace parecer lo que no es, como acaece á los que tienen fiebre ó alguna otra fuerte pasión. Y esto sea para excusaros en lo pasado, y no para descuidaros en lo por venir; y aunque alguna cosilla se os hubiese pegado, aunque alguna heridilla hubiésedes recibido, como vos no os rindáis ni deis por vencida, hermosas y gloriosas son las heridas del caballero en los ojos del Rey cuando son recibidas en su servicio. Mayor es el bien y merecimiento que sacáis de la victoria, que el daño que padecéis en la lucha: por eso ninguna cosa os turbe.

No os engañéis en pensar que las imaginaciones y tentaciones son cosa vuestra, obrada por vos: obras son de Lucifer, palabras son que él habla é imágenes que representa: miradlo

todo como cosa ajena, y haced como cuando oís á un hombre blasfemar y decir otras palabras feas, que aunque os da grave pena el ver que se ofende Dios, al fin os es algún consuelo ver que no sois vos la que le ofendéis. Péseos que el demonio hable, y haga como quien él es, y consolaos que no sois vos, sino él, y que al fin ha de llevar su pago. San Pablo decía (II Cor., XII) *que se gloriaba en sus flaquezas y tribulaciones, porque en ellas resplandecía más la virtud y fortaleza de Cristo.* Hermana, si á Cristo amáis, gozaros debéis de la gloria que saca Él de vuestras flaquezas. ¿No os parece que muestra Dios en vos su fortaleza, pues con las flaquezas de una mujercilla, muchacha y enferma, y nada, vence las fuerzas y poderíos de las huestes infernales? Pues porque Jesucristo sea glorificado, ¿no seréis vos de buena gana combatida? Sí por cierto, y de muy buena gana, que eso creo yo de vuestra caridad que vos pretendéis, eso creo yo que deseáis, que se sirva el Señor de vos, y sea en cosas prósperas ó en adversas, en dulces ó en amargas, en amores ó en dolores, en guerra ó en paz. Ahora quiere que le sirváis en la guerra con frío y con sol, las armas acuestas de día y de noche, durmiendo con sobresaltos en pie sobre una pica, y lo que más os duele, lejos de la presencia del Rey. Tras este tiempo vendrá otro, y os mandará que le sirváis en la sala, donde gozaréis de cuanto deseáis. Entretanto, gozaos que servís al Rey. El fortalezca vuestra ánima para pelear las peleas del Señor, y os saque vencedora, para que merezcáis la corona de gloria que tiene prometida á los que vencieren. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA ENFERMA,

CONSOLÁNDOLA EN SUS TRABAJOS

Señora, sabido he que vuestra merced está mala; y no me pesa de ello, porque si es de alguna demasía de penitencia que ha hecho, bien se le emplea el castigo; y si no es sino que Nuestro Señor lo envía, sea muy en buena hora la parte que de la cruz le da: y aunque por una parte me dé pena su pena, cuanto sabe Nuestro Señor, por otra me alegro, porque veo clara la ganancia de quien yo deseo ver muy ganada. No quiero yo para mis hijos consuelo, sino azotes, que después será tiempo de los consuelos. Ahora, señora, no se quiten sus ojos de la cruz, ni

su corazón de quien en ella se puso: no descanse hasta que le sepa bien el padecer, que en ello se parece el amor: no haya piedad de sí misma, que en el cielo y en la tierra tiene quien de ella la tenga muy de corazón, y lo que le viene muy mirado viene, y pasado por mano de quien la ama muy de verdad: no se entibie la fe en los peligros y necesidades, ni el amor entre los trabajos.

Cuando el fuego es grande no se apaga con el viento, antes crece: y así, cuando uno ama á Dios de burla, con un sopilillo que le soplan se apaga su fuego como candelilla. Mas el verdadero amor crece en los trabajos; porque más fuerza pone á sufrir, mientras más viene que sufrir; y como sea de Dios, vence á los trabajos, y ninguna agua basta para apagar este fuego que del cielo descendió. Para amar la llamó Dios, y no es cosa el amor para regalaros: conviénele aborrecerse para amar á Cristo, y negarse para confesarle, y ser cruel para sí misma, para ser suave y blanda al Señor. Si le quiere y desea gozar, pierda á sí misma. Si le quiere ver, por lanzas se ha de meter: si le desea aposentar en su corazón, eche de Él á sí misma y á toda cosa criada: sola la quiere Dios, y atribulada, no por malquerencia, sino después que su Hijo bendito fué atribulado, no quiere ver á sus hijos vestidos de otra librea. Esto es lo que delante sus ojos parece hermoso, ver en nosotros la imagen de su Unigénito Hijo; y así como no hay cosa que de tan buena gana mire una ánima como á Jesucristo atormentado en la cruz, y mientras más atribulado y afeado está, más hermoso le parece, así mientras más padeciéremos, mejor pareceremos á Dios. Y no es mucho que el ánima que á Dios desea bien parecer se ponga este afeite con que á Dios enamore, pues que las mujeres del mundo hacen muchas cosas y muy á su costa para contentar á hijos de hombres. Señora, mudarse tienen los cueros para parecer bien á Dios.

Con agua fuerte se apura el oro, y quitada la tierra sale resplandeciente del crisol. Hayamos vergüenza de ser tan flojos en empresa tan grande como es agradar á Dios; que si lo sintiésemos cobraríamos ánimo para derramar la sangre por Él, porque más hermoso le pareciésemos. Y considerando esto un ermitaño santo, y viendo una mujer del mundo ir muy compuesta y galana, comienza él á llorar y decir: "Perdóname, Señor, perdóname, que el atavío de esta mujer que en un día ha

tenido para agradar á los ojos del mundo, sobrepuja al que yo he tenido en muchos años para agradar á los tuyos.„ Así que, señora, la empresa del amor no es palabra, sino dolor, crudos tormentos, deshonra del mundo, desamparo de criaturas y ausencia del amparo del Criador; y con todo esto ha de haber buen rostro, no quejas, no caimiento de corazón; mas á semejanza del mártir que le sacaban las entrañas y peinaban con peines de hierro, y no sonaba en su boca sino Jesús, y en su corazón: "bendito sea Dios„, y propósito de pasar más si Dios era servido. Don y merced es padecer por Cristo, y no la da sino á quien Él mucho ama.

Gran misericordia es dar á uno papirotes, y soltarle los azotes; y si con lo que aquí se pasa se quita lo que allá debemos, trabajemos aquí, y paguemos todo lo que Dios quisiere, porque salidos de aquí, luego veamos la faz de Dios. Baste el destierro de aquí; trabajemos, que en acabándose luego nos metan en nuestra tierra. San Agustín dice *que hace injuria al mártir el que ruega por el mártir, porque el martirio le hace volar al cielo derecho:* pues trabajemos nosotros de ser mártires con la paciencia, que aunque no es tan grande nuestro trabajo como el de aquéllos, es más largo. Y debemos desear que esta vida no sea apacible, mas un puro martirio, que ésta fué la vida de Nuestro Señor, y ésta quiere que sea la nuestra. Muchos mártires hubo por la fe, mas en fin muchos han ido al cielo sin serlo; mas mártires de amor todos lo hemos de ser si queremos ir allá. Este nos ha de atormentar haciéndonos tomar pena porque ofendimos á Dios y porque otros le ofenden: éste nos ha de quitar todos los consuelos de acá, y ponernos la cruz encima los hombros: éste nos ha de hacer abrazar los trabajos, y pasar por encima de ellos con la llama del amor de Dios encendida: éste hace sufrir deshonras, sin las sentir, y saca á uno de sí, como el vino al borracho. Que en esto se parece al amor, que el que lo tiene no busca á sí mismo, sino á sólo Dios y su voluntad: mas este amor tan cruel, ¿qué piadoso será después á quien le abajó su cuello para recibir su martirio? No puede uno sentir las fuerzas del amor con que aquí atormenta, ni las con que después consuela.

Creámoslo, señora, pues Dios lo ha dicho, y en fe de su palabra caminemos, que gran camino nos queda : escoja cual quiere, mas largos trabajos y no muy grandes, ó breves y

grandes, que de pasar mucho no puede escapar. De esto no se entristezca, que si le da Dios muchos trabajos es porque así lo merecen sus muchos pecados; y así los pagará aquí; y así lo pido yo al Señor que se los dé; porque si yo muriere primero que vuestra merced, no querría que ella fuese á purgatorio: quizá no tendrá á quien le duela su ánima, ni tenga mucho cuidado de la sacar: y si ella muere primero, harto me basta la pena que de ella tendré. Perdóneme, que no es razón que ella mire á su provecho ni yo, sino que aunque sepamos que después de esta vida hemos de ir á tormentos, debemos aquí esforzarnos á los pasar por amor, y el amor con sólo amar se contenta.

Cristo padeció por nuestro amor, padezcamos por el suyo: Cristo llevó la cruz, ayudémosela á llevar: Cristo deshonrado, no quiero honra: Cristo padeció dolores, vénganme á mí: Él tuvo necesidades, ésas quiero yo tener: Él por mí fué aquí extranjero, no tenga yo cosa en que repose mi corazón: Él murió por mí, sea mi vida por su amor una muerte continua (Galat., II). *Viva yo, ya no yo; mas viva en mí Cristo,* y Cristo crucificado, apasionado, desamparado, y en sólo Dios recibido. Este Cristo quiero, aquí lo busco, y fuera de aquí no lo quiero: haga Él lo que mandare de mí, que yo trabajos quiero por Él: deme galardón ó no, que sólo el padecer por Él es muy sobrado galardón. Y si mercedes me quisiese dar, no le pediré otras sino trabajos; porque en esto conoceré que le amo y que me ama, si Él me pone á mí en la cruz, donde Él aquí estuvo, que aunque no busque mi provecho, bien sé que si persevero en su cruz que me llevará á su reino. A Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

ANIMÁNDOLA Á PELEAR LAS BATALLAS DEL SEÑOR, Y ENSÉÑALE LOS ARDIDES DEL DEMONIO, PARA QUE SE DEFIENDA DE ELLOS

Señora, porque creo que vuestra merced pelea las peleas del Señor y se ofrece á todo trabajo, porque en ella reina Jesucristo sólo, le es debida con mucha razón el ayuda y esfuerzo por parte de los ministros de Dios, á los cuales está mandado que avisen al malo del mal que le ha de venir, para que se enmiende y lo huya, y al bueno esfuerce, y vaya tañendo

una trompeta delante cuando viere que entra en la guerra; quiere decir, que ha de esforzar con palabra de Dios á los que viere pelear por su honra: porque de otra manera, así como le será pedida cuenta del malo, á quien no avisó, así también del bueno, porque no le esforzó; y será castigado por el mal que uno hizo, y por el bien que el otro dejó de hacer. Esfuércese, pues, vuestra merced en la pelea que con el antigua serpiente tiene, queriendo apartarla de Dios, y queriendo ella llegarse á su Dios: y esté muy sobre el aviso que los principales tiros son al corazón; porque no se le da á él mucho que uno sirva á Dios con recoger sus ojos y con guardar silencio, ó con rezar y cantar y con semejantes cosas, sino en el corazón pone él su ponzoña, que es propio complacimiento ó propia estima y amor.

Las doncellas locas doncellas eran, mas por no tener óleo en sus vasos oyeron de la boca del Señor aquella terrible palabra: *En verdad os digo que no os conozco.* ¿Y qué es el vaso sino el corazón? ¿Y qué el óleo sino el espíritu de la verdad, que mantiene y ceba las buenas obras, si buenas han de ser delante de Dios? ¿Y qué es el espíritu de verdad sino el que hace que el hombre se despliegue y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y esta es la verdad en que hemos de vivir, y sin esto en mentira vivimos: y algunas veces cuanto más bien parece que tenemos y más sanos, estamos peores faltándonos esto; porque confiando en esto y otras cosas, parécenos que somos algo, y no así delante los ojos de Aquel que mira los corazones y dice (Apoc., III): *Nombre tienes de vivo y estás muerto.* Nombre tiene de vivo quien no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el justo Juez condenare? No sabe el mundo tener por malo ni castiga á uno que se parece bien á sí mismo, y se contenta de sí con soberbia ó no se descontenta. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede á sí mismo, como si trajese un perro muerto á sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante de los ojos de su Criador, como quien tuviese delante un juez de acá habiendo hecho un feo delito. Y si esto llega á ser pecado mortal, cuádrale de todo en todo lo que Dios dice; y si es venial tocále algo. Frente de ramera tienes, y no

has sabido haber vergüenza. Y es una mala tacha en el ánima que no sea vergonzosa, como lo es en las mujeres aun en lo exterior.

No condena el mundo una fiucia propia, no una estima propia, no una voluntad viva á buscar su contentamiento. Mas en los ojos de Dios son estas cosas y otras semejantes muy grandes males y que impiden su santa gracia y amistad, si son mortales; y si veniales, impiden el aprovechamiento de la gracia y la comunicación del Señor. Y sabiendo esto el demonio, dásele poco porque en lo más grueso esté una ánima viva, si en lo interior está muerta. Y muchas veces no procura él que aquella persona caiga en muy feos pecados, que si los hiciese se confundiría mucho, porque viéndose así caída en cosas que aun á los ojos del mundo son muy malas, tomaría muy á pechos la penitencia, y se desplacería muy de corazón y se remediaría; y quiere más tenerla asida con la ceguedad interior, y tenerla segura con que no caiga en otros pecados, que quizá si en ellos cayese saldría de unos y otros y se le iría de entre las manos.

Por tanto, señora, los ojos sobre el corazón: y cuando no sintiere un entrañable desprecio y confusión delante el acatamiento de Dios, sepa que no se conoce perfectamente y que no tiene sino ojos de mundo, y no luz celestial, porque ésta descubre los rincones y hace avergonzar al ánima: de los ojos mundanos alguna vez dirían que es cosa muy buena, y tras ésta vienen lágrimas y verdadera humildad, que de todo en todo sujeta el ánima á Dios y á toda criatura. Y cuando esto no hay, está de otra manera, y no sana de raíz, sino sobresana. Y debe entonces llamar al celestial Médico, y no descansar hasta que poco á poco le dé una poquita de luz para entrar á mirar sus senos y escondrijos, y hallar sus faltas aun en lo que parece bien hecho. No da el Señor luego este don hasta que Él es servido; mas entre tanto sepamos no fiarnos de otras buenas obras si esto nos falta, y esperemos en el Señor que nos lo dará cuando sea servido; porque Él prometió que no daría piedra á quien le pidiese pan, y que el Padre del cielo daría buen espíritu al que se lo pidiere. Él sea luz de vuestra merced para que conozca á Él para honrarle, y á sí misma para despreciarse, y salga toda de sí, y se sujete toda á Él, y esté vuestra merced avisada que tiene en la tierra quien le pida cuenta: por eso tenga ganada mucha santidad para cuando allá vaya, y no tenga cosa

por la cual me convenga á mí reñir, y ella sea avergonzada con pena de ambos. Cristo la guarde en su seno rompido con lanza. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA

AFLIGIDA PORQUE LA ENFERMEDAD LA IMPEDÍA LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES: ENSÉÑALE CÓMO SE HALLA LA PAZ

El mejor consuelo en los trabajos que nos vienen contra nuestra voluntad es no haber nosotros cometido alguna culpa para que nos vengan; porque á la conciencia limpia fácil cosa le es llevar cualquiera cargo que le echen, y á la no tal la pequeña le es insoportable. Si así supiesen los hombres buscar los medios para su descanso como saben desearlo, gozarían de Él y no se quedarían con sólo desearlo. Ley es de Dios que los que tienen deseos fuera de Él sean atormentados, ó no se cumpliendo ó se cumpliendo; porque ya que venga lo que desearon, no pueden gozar de ello por el remordimiento que la conciencia les da; y si no vienen están colgados con la dilación de lo que desean. Muy al contrario de esto es el deseo puro de Dios; porque si David dice (Psalm. CIV): *Alégrese el corazón de los que buscan á Dios*, ¿qué será el hallar á Dios? Si la hambre del buscar les da alegría, la hartura de la mesa ¿qué será?

Por tanto, quien quisiere paz y verdadero descanso, entienda en quitar deseos, y osada y fielmente ponerse en la voluntad del Señor, y no se verá hollado de tinieblas, ni afligido con acaecimientos. Mas ¿quien hará á los hijos de los hombres que entiendan lo que Dios les manda decir (Psalm. IV): *¿Hasta cuándo seréis de pesado corazón, y amáis la vanidad, y buscáis la mentira?* ¿Quién los desengañará de su ceguedad, que andando buscando paz hallan guerra? Y por la misma vía que la buscan, por allí la pierden. Entiendan todos que como no hay más de un Dios, no hay más de un verdadero descanso: y que como fuera del verdadero Dios no hay Dios, fuera de su descanso no hay descanso. Verdaderamente mentirosos eran los montes y muchedumbre de los valles, y solamente en el Señor Dios Nuestro hay verdadera salud, dicen los que después de cansados con la experiencia de sus vanos deseos vienen á conocer quién es Dios y quién los que á Él se allegan.

No tenemos, señora, no tenemos pan ni panes en nuestra

casa con que dar de comer á nuestro amigo que viene de fuera, si no lo vamos á pedir á nuestro vecino, que es Dios humanado, tan cercano á nos, que es nuestra cabeza, Padre y Hermano. Quien á Él alzare sus ojos y le mirare á las manos; quien fuere mendigo de su puerta; quien le deseare y se fatigare de hambre de Él, será recreado con su hartura, que tanto excede á la de las criaturas cuanto excede Él á ellas: mas fuera de Él no se atreva nadie á hambrear, porque *dondequiera que la carne buscare abastanza*— dice San Agustín,—*hallará falta*, para que por experiencia entienda qué diferencia va del Criador á la criatura, y desarrimado de ella, pues ya probó no haber en ella lo que buscaba, vaya con lleno corazón al que sólo es bastante á le dar más de lo que el ánima puede recibir.

Así que, ilustrísima señora, no se vaya vuestra señoría tras el engaño grande de muchos grandes del mundo, que son muy amigos de su voluntad y están llenos de sus deseos, pareciéndoles que tienen para ser más abundantes en deseos de cosas, cuanto más lo son en estado de acá, y no veo que saquen de aquí sino mayores tormentos, porque á la medida del desear es el penar, y como San Bernardo dice: *Cese la propia voluntad, y no habrá infierno*. Así podremos decir: cese, y no habrá acá ni pecado ni trabajo; porque no es lo que nos da la pena lo que nos viene, sino el venirnos lo que queremos que venga. Y por esto nos pide Dios nuestro corazón, para quitárnoslo de tantos males, y á trueco de darnos el suyo, que es pacífico y reposado y alegre en los trabajos; y necio de aquel que quiere más vivir en su angostura que en el anchura de Dios, y morir en sí que vivir en la vida. Y si en algún tiempo ó en alguna cosa hemos cometido este mal de haber dado la rienda suelta á nuestro deseo, humillémonos delante el Padre de las misericordias conociendo nuestras faltas, y esperemos perdón de Él, tomando en descuento de nuestro yerro la pena que por nuestro deseo nos vino; con lo cual suele Dios quitar el pecado, como quien toma los ramos de un árbol y con ellos pone fuego al mismo árbol, y lo quema de raíz.

Muy mejor es al pecador que le suceda pena de su pecado que no descanso; porque, como San Agustín dice: *No hay cosa más desdichada que la buena dicha temporal del pecador*. Y aprendamos de aquí adelante á dar nuestros deseos á Dios: y como una piedra va hacia lo bajo y un fuego á lo alto, y cada

cosa á su lugar, así nuestro corazón vaya á su centro con gran ligereza, que es Dios. ¿Quién no se espantaría de ver una gran peña colgada en el aire sin que fuese á su centro? ¿Y quién no se espanta de ver un corazón criado para descansar en Dios, detenido en el aire, y menos que aire? Sea, pues, ó porque no podemos descansar sino en Dios, ó porque merece Él ser Señor de todo nuestro amor, pues es piedra imán de todo espíritu. No hagamos tan gran necedad, no demos tal mancha en nuestra honra, no tal traición contra Nuestro Señor, que de aquí adelante otro deseo en nosotros éntre sino el de Él ó por amor de Él. Y así huirán de nuestro corazón las nieblas tristes, las congojas desaprovechadas, las esperanzas y temores vanos. Y en lugar de esto amanecernos ha luz nueva, con ella alegría, porque ver lumbre del cielo causa es de ella, y el ciego no pueda verla. Y por esto decía Tobías (cap. V): *¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo lumbre del cielo?*

Gran verdad es, cierto, que ninguno que no está desengañado no puede tener verdadera alegría; porque aunque le parece que ve, es vista de tierra y no lumbre del cielo. Tras esto es la cura de raíz: conviene que V. S. no quiera que con disposición desigual haya ejercicios iguales, porque muchos se afligieron ignorantemente por no alcanzar lo que ni su fuerza ni estado les permitía.

Está claro que con esa disposición no ha de querer la orden que antes tenía, ni Nuestro Señor tal pide; pues su voluntad es muy igual, y templada con misericordia, que no pide sino lo que Él da de aparejo; y no sólo no quiere coger donde no siembra, mas aun conténtase con coger mucho menos de lo que sembró. No se desconsuele V. S. por lo que no puede alcanzar, que eso ¿qué sería sino estar penada porque no tiene alas para volar por el aire? No ponga los ojos en consuelo ni en oración, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor. Y pues Él quiere que el tiempo que se gastaba en orar se gaste ahora en vomitar, sea muy enhorabuena, y Él contento, todos contentos los que tienen en más el contento del que posee cielos y tierra. Y si el escrúpulo diere pena con pensar que vino esto por alguna culpa, ó que es castigo de dar Dios lo que deseamos, ¿qué hay más que hacer sino echarnos á sus pies y pedir azote y perdón? Y el Señor dará entrambas cosas, ó el perdón sin azote; mas nunca azote sin perdón, si por nuestra culpa no que-

da. Y por esto debemos tomar el trabajo por prenda de la paz; y porque ésta haya entre Dios y nos, vénganos todo lo que Él mandare.

No hay sino una cosa que temer, y es no se solape nuestra pereza debajo la ocasión del no puedo más. Aquí es menester vivir con siete ojos, porque esta Eva que dentro de nosotros está, es tan amiga de regalo y de pasarse por el huerto y comer del árbol vedado, que tiene mil mañas para hacer entender á la razón que lo que pide no es demasía, sino necesidad; y enójase mucho si no se lo dan y si no se lo creen. Menester, señora, son dos cosas: una, que cuando claramente viere que puede tener sus ejercicios, en ninguna manera los deje. Ose trabajar por el amor del Señor, pues el amor no sabe ser flojo, y cuanto es piadoso para su amado, tanto cruel y no nada regalado para sí mismo. Acuérdese V. S. de las hazañas que en este mundo ha hecho el amor de Cristo en los corazones donde ha morado; cárceles, tormentos, deshonras ha hecho pasar, y con grande alegría, poniendo delante los ojos del amador el gran valor del amado: y pues tanto ha acabado con otros, no sea tan flaco en V. S. que no tenga fuerza para pasar un poco de trabajo por agradar á tan alto Señor, al cual tanto más será acepta cuanto con mayor trabajo á Él se llegare; y el Señor no es amigo de nuestras penas, sino sólo de nuestros amores; y éstos no se pueden conocer ser verdaderos sino en cosa que duela, porque el amigo fijo en el tiempo de la tribulación aquel es el verdadero.

Aunque Dios conozca sin prueba quién somos, quiere probarnos para que nosotros nos alegremos viéndonos fieles en el amor, y vivamos con esperanza *de ir á ver á quien amamos, pues la prueba obra esperanza*, como dice San Pablo (Rom., V). Así que, esta sea la orden mientras no hubiere salud para tomar otra, que en estando libre de vómito ó dolor tenga su ejercicio; y haciendo esto pida á Nuestro Señor le dé su lumbre para conocer cuándo es engaño de la carne el estorbo que pone, ó cuándo es necesidad justa; porque quien bien usa de lo que conoce, alcanzará lumbre para lo que no conoce, que el otro no tiene boca para pedirlo, pues le pueden responder: ¿Para qué quieres saber mi voluntad y agradamiento, pues en lo que lo sabes no lo cumples? Y cuando hay algún alivio, aunque no sea mucho, haya ejercicio, aunque no sea mucho ni

con mucha atención, sino con un conocimiento de nuestro deseo y un presentarnos delante el Señor. Y con esto y con no dejar caer el corazón, porque va en esto la vida, pasará vuestra señoría hasta que provea Dios de otro tiempo. La Samaritana preguntaba que dónde había de orar; y el Señor responde (Joann., IV) *que en todo lugar, y en espíritu;* y así ha de hacer el cristiano, que en todas sus obras ha de orar al Señor, no en monte ni en templo sólo, sino en comer y beber, dormir, salud y enfermedad, refiriéndolo todo á Dios y gozándose en todo por recibirlo de la mano de Dios.

Mire mucho V. S. no ensangoste á Dios, pues es inmenso: no piense que no le ha de buscar ni hallar sino en tal lugar ó tal obra. En todo está, si ella está con Él; y si en todo le busca, en todo lo hallará. *Alegréme* (dice el Sabio, Sap., VII) *en todas las cosas, porque iba delante de mí esta sabiduría;* y así lo hace en quien todo mira á Dios, haciéndolo como Él lo manda, y teniendo atención á Él: y de otra cosa síguese tristeza y descontento, y caimiento en el corazón, que es cosa que en gran manera se debe huir, porque según está escrito (Eclesiastés, XXX), *No hay provecho en la tal tristeza, antes mucho daño para cuerpo y ánima y prójimos.* Mas el alegría da fuerzas, da perseverancia y hace entristecer á nuestros enemigos, y alegra al espíritu de Dios que en los suyos mora, porque Él es alegre: y sobre esto use V. S. recibir á Nuestro Señor algunas veces; y pues en el corazón hace Él su morada, no hay que tomar pena por andar el cuerpo como anda, que aunque algún impedimento sea para trabajar, no para dejar de amar; mayormente que el Señor es todo poderoso y muy amigo de dar fuerzas al corazón que le desea amar, pues es para cumplimiento de la cosa que en el cielo y en la tierra más bien le parece, que es el amor, del cual esté V. S. tan abundante en la tierra, que merezca estar más cerca del Señor en el cielo. Amén.

CARTA A UNA DONCELLA,

EN QUE LE TRATA DE LAS TRES VENIDAS DE CRISTO EN CARNE, Á JUICIO Y AL ÁNIMA, Y CÓMO NOS HABEMOS DE DISPONER PARA RECIBIRLE.

No dan licencia los muy grandes negocios ni las maravillosas nuevas que se hable en otra cosa, si en ellas no; y así me parece que el tiempo del advenimiento de Cristo Nuestro Señor no permite, como cosa muy grande, que en otra cosa se entienda, sino en cómo nos sepamos aprovechar de él. Nuevas son que mucho importan venir Dios, porque si hablamos de su advenimiento en carne, ¿qué cosa mayor puede haber, pues dice San Agustín *que ésta no tiene igualdad en cuantas Dios en tiempo ha hecho?* Si hablamos de su venida á juzgar, ¿quién llamará pequeño al negocio de aquel día, pues se han de juzgar en él todos los días que han vivido todos los hombres, y darse á unos vida que siempre viva, é inefable descanso, reinando con Dios, y á otros muerte que siempre estén muriendo en compañía de Lucifer y los suyos? No es pequeño día aquel sino para quien no lo piensa; aunque hablando verdad, para aquél será más terrible día y más pesado negocio que ahora menos caso hace de él. Pues estos dos advenimientos son muy grandes, no se tenga el tercero por pequeño; pues siendo de venir Dios al ánima, es razón que nos ponga grande admiración. ¿Quién, á quién y á qué viene? ¿Quién vió venir los Reyes á las casas de los muy bajos y viles y traidores vasallos? Y esto no por cosa que á los Reyes cumpla, sino puramente por provecho de los que muy mal le han servido, que cuidado es razón que ponga esta voz: el Señor quiere venir á vuestra casa, al ánima que lo cree, y quiere gozar de tal huésped.

¡Oh gran confusión de nuestra mayor desvergüenza! ¡Ponemos cuidado y muévenos todo el corazón saber que viene á nuestra casa una pequeña criatura, y oímos con orejas sordas y con corazón más que muerto: ¡El Altísimo quiere venir á ti! ¡Abrimos luego á quien llama á nuestra puerta, y veces hay que por nuestro mal, y dejamos estar á Nuestro Señor llamando á la puerta de nuestro corazón para entrar cargado de bienes, y hacémonos sordos, y no le queremos abrir! Justicia tendrá el día postrero en cerrar Él la puerta de su misericordia, y

decir (Matth., XXV.): *No os conozco*, á los que llamaren: *Señor, Señor, ábrenos*. Pues no es mucho que desprecie entonces al que ahora le desprecia á Él. ¡Oh, quién un rato hablase á solas y en seso con su ánima propia, y le preguntase: ¿qué es aquello por lo cual no abre á su Señor, y cuál es el estorbo que tiene para servirle? ¿Quién puede hacer contrapeso á estar Dios llamando á la puerta, convidándonos con *que si le abrimos cenará con nos, y nos con Él?* (Apoc., III.) Él come nuestro arrepentimiento, bebe de nuestras lágrimas, y gózase de cómo le pedimos lo que nos falta y agradecemos lo que nos ha dado; y nosotros comemos del perdón de los pecados que nos da, del esfuerzo en los trabajos y de otras mil mercedes que consigo trae, que dejan al ánima tan harta y tan otra que le parece haber resucitado de muerte á vida.

¿Qué es aquello, ánima mía, qué es aquello que tienes en tu corazón? ¿Por qué no abres luego, luego y de priesa al Señor que á tu puerta llama? (Cant. V): *Su cabeza tiene llena de rocío, y sus cabellos llenos de gotas de la noche*, que son los muchos golpes y remesones que le dieron en ella por ti, cuando dijo: *Esta es vuestra hora y poder de las tinieblas*. ¿Por qué eres desagradecida á tanto amor y mal criada á tal Majestad? Abre ya, y echa de tu corazón cualquier cosa que te estorbe el puro y fuerte amor que le debes; porque cualquier cosa que sea, adúltero es, y no tu varón, pues éste es sólo Dios tuyo. ¿Qué esperas á mañana, que no sabes si lo verás ni cómo en él estarás? Ya es hora de levantar, que alto va el sol, y basta lo dormido y perdido de tu vida, pues no has vivido más de cuanto has vivido á él. No te entristezcas por dejar los estorbos, ni te fatigues al tiempo del levantar, que el Señor hará que te alegres después de levantada mucho más que es la pena que te da el levantar.

Ofrécele al Señor tu dolor y trabajo que pasas por Él. Ofrécele lo que en tus ojos más luce, y el contentamiento que podrías tener; y cuanto este fuere más y mayor, tanto más te alegra en lo dejar; porque por el grande mucho se ha de pasar, y mucho se ha de dejar, que al fin no será tanto cuanto el grande pasó por ti y cuanto Él te quiere pagar. Sea por amor, sea por vergüenza, sea por codicia, sea por temor, no te cumple otra cosa que ser sierva del Señor y trabajar por tenerle contento; porque Él es el que con su bondad y hermosura merece

todo tu amor, aunque mucha más fuerza tuvieras. Cuanto más, que compró justísimamente tu amor con amarte Él primero: y de aquí nace, que es mucha desvergüenza tuya no reamar á quien primero te amó. Si vergüenza tienes, mira que fuiste primero amada; y paga deuda tan justa, porque no seas llamada mala y desvergonzada. Y mira más, que amándole á Él te ganas á ti y ganas á Él; porque no hay medio para ser tú salva si no es por amarle; ni para alcanzarle á Él, si con amor no le hieres. No aprovecha que lo quieras comprar con todo cuanto quieras por Él dar en cielo ni en tierra, aunque todo sea tuyo y lo des; y con sólo tu corazón que le des lo has comprado sin falta ninguna, no porque des el precio que Él merece, mas porque Él se quiere cautivar y prender de quien ve preso de amor por Él.

¡Oh codiciosos, qué hacéis entendiendo en tratos inciertos, trabajos y quizá perdidosos! Andad acá á las ferias de Dios; amadle, y es vuestro Dios. ¿Qué hacen los de corazón magnánimo que esta joya tan grande no buscan, pues con sólo corazón contrito y despreciador de las poquedades y apreciador de esta grandeza alcanzan á Dios? Venid todas las gentes pequeñas y grandes al convite del Señor, el cual se da por posesión tan propia de quien lo quiere, que es más nuestro que el pan que comemos y ropa que vestimos. ¿Estaremos, pues, sordos á esta voz? ¿Quedarnos hemos atollados en nuestro cieno, experimentando cada día el poco satisfecho que nos dan las cosas de acá? Comencemos ya, pues, vida nueva y partido nuevo por Dios y para Dios: seamos enemigos de sus enemigos, que son nuestros propios afectos, y aparejémosle posada en nosotros abriéndole el seno de nuestro deseo. Él se llama *el deseado de todas las gentes* (Ageo, II), y no quiere venir sino donde es deseado; y no sólo deseado, mas llamado y rogado: con que miremos que no le convidemos y después no tengamos qué darle. Aparejemos nuestro corazón, y de ése comerá; abundemos en buenas obras, y éstas serán atavío de casa; amemos el reposo y silencio, porque más podamos tratar nuestros negocios con Él, y á tiempos salgamos á nuestros prójimos por la caridad, para que así cumplamos con Él y con ellas; y de tal manera nos hayamos como si presto hubiésemos de pasar de este destierro á la tierra de los bienaventurados: allá lleve Cristo á V. I. S. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA

ANIMÁNDOLA MUCHO AL AMOR DE DIOS Y AL EJERCICIO DE LA ORACIÓN

No he recibido tantas cartas como, señora, decís que habéis enviado; mas aunque muchas hubiesen venido á mis manos, y yo no respondiese, tengo tanta fiucia en Nuestro Señor, que el que me pone á mí verdadero amor de vuestra ánima, Él os dará á entender en lo secreto de vuestro corazón que no queda el no escribir por falta de memoria y amor, y con esto estoy consolado mucho, aunque os vea quejar.

Hermana mía en la sangre de Jesucristo, no os descuidéis, porque no lloréis: mirad el amor con que habéis sido tratada de este Niño que nace, y no endurezcáis vuestro corazón á tan grande fuego, que basta para derretir las piedras durísimas. ¿Qué hacéis si no le amáis con todas vuestras entrañas? ¿Cuya sois, si suya no sois? ¿Adónde miráis sino á Él? ¿De qué habláis? ¿En qué pensáis? ¿Qué os traba el corazón sino este Señor, que así le trabasteis vos de su corazón, que os trajo en Él treinta y dos años y tres meses, pensando en vuestro remedio y llorando vuestra perdición, y al cabo fué por vuestro bien puesto en cruz, y abriéronle su corazón para que veáis vos el lugar amoroso donde vos andábades?

Hermana, amad á quien os amó cuando Niño, habiendo frío por vos y llorando en el pesebre por vos. Amad á quien os amó: de ocho días nacido derramó sangre por vos, y no sabe hablar, y sabe amar; y como crecen los días, crece el amor, demostrándose las obras con los hombres. Quien, siendo Niño, tiene amor, ¿qué os parece que hará cuando mayor? Crece el cuerpo, y crecen los trabajos; crecen los dolores y tormentos y cruz. Amad, pues, á quien primero os amó, y ahora os ama desde los cielos: no os contentéis en servirle como quiera, que Él no se contentó con buscar vuestro bien con tibieza; mas todo Él se empleó por vos: no conozcáis á nadie por conocer mucho á Él: no tengáis en el corazón á criatura alguna aposentada, por darle corazón y posada desembarazada á Él. Sabed que cuanto más miráredes criaturas, os será quitada la vista del Criador; y dándoos toda á Dios, aún faltaréis en muchas cosas. ¿Qué hará si os repartís? Ya dejasteis el mundo, y os disteis á

Dios: no tornéis á tomar lo dejado, que perderéis lo prometido. San Pablo dice (I Cor., VII) *que la doncella que á Dios se ofrece, ha de ser santa en cuerpo y en espíritu, y no ha de tener más de un cuidado, que es agradar á Nuestro Señor;* y así vos no entendáis en otra cosa, porque hagáis ésta bien hecha; que pues Dios con vos se contenta, débeos bastar á vos, pues basta á los ángeles y á cuantas cosas Él crió. No sé cómo os va de oración, y no querría que os fuese mal; porque si en ella aflojáis, sentirá vuestra ánima una hambre que tanto os enflaquezca, que os veréis caída en lo que antes muy ligeramente vencíades.

Toda vuestra fuerza está en Dios: que de vos, ¿qué tenéis sino caídas? Y Dios comunica su favor á quien en la oración es vigilante; que á quien duerme agriamente le reprende, diciendo como á San Pedro: *No pudiste velar una hora conmigo.*

Hermana, desocupaos de las hablas de las criaturas, para que gocéis de la comunicación del Criador; que tenerlas entrambas, ya vos sabéis que no puede ser: vivid siempre en vuestro corazón sola y desterrada, para que podáis pedir á Nuestro Señor que os visite como á huérfana y extranjera; y para esta soledad de corazón mucho os aprovechará la comunicación poca de fuera; que bien sabéis vos que otro rato tan alegre no hay como cuando estamos solos con Dios; y que si por acá nos consolamos, que después cuando vamos á hablar con el Señor, ó se nos esconde, ó nos riñe hasta que decimos que otra vez no derramaremos el corazón: y el que ama al Señor no ha de ser tan mal criado que espere que el Señor le diga una cosa muchas veces; mas debe vivir con entrañable cuidado para conocer la voluntad del Señor, y ésta sabida, cumplirla. Y si alguna vez por flaqueza la traspasó, llorarlo mucho y guardarse con doblado cuidado de tornar á dar enojo á Él, que es lumbre de sus ojos y entrañas de su corazón; y así vos, Hermana, pues amáis, amad mucho; pues servís, servid bien; pues á Dios habéis escogido, dejad todo lo que no es Él. Si la casa eterna de Dios os ha contentado, no busquéis acá cosa en las cosillas de barro, que presto se han de acabar.

Ensalzada habéis de ser en el cielo entre los coros de los ángeles: haceos ahora tan baja que beséis el suelo y tierra que huellan los más bajos de vuestra casa. No tengáis miedo de despreciaros, que á vuestro amor despreciaron, y permitiólo Él,

porque con sus desprecios sois vos preciada, y con sus deshonras muy mucho honrada: no queráis luego cumplir con regalos de carne, que la de vuestro Esposo atormentada fué con azotes y rompida con clavos. No debemos nada á la carne, que ya por Cristo se deshizo el mal concierto que teníamos con ella cuando Cristo no vivía en nosotros; mas cuando vino el concierto espiritual con Cristo, deshizo el carnal de la carne. No tenéis que ver con el mundo; por eso romped con Él, que vuestro amor dice (Joann., XVI): *Confiad, que yo vencí al mundo.* No miréis honra ni deshonra; mas bajad vuestra cabeza como al ruido que pasa por el tejado, y meteos en las llagas de Cristo, que allí dice Él que mora su paloma, que es el ánima que en simpleza le busca. Finalmente, después que quisisteis ser, no tenéis ya que cumplir con vos ni con nadie. El os recibió, y no os dejará si vos no le queréis dejar á Él, y cumplirá con vos lo que por mi boca os prometió; por tanto, *sedle fiel hasta la muerte, y daros ha la corona de vida* (Apoc., II) que nunca se acabe, en compañía de tanta bienaventuranza cual ni ojo vió, ni oído oyó, ni lengua de hombre puede decir; la cual os dé Él por quien Él es, como yo lo suplico porque Él me lo manda: y ésta hayan por suya las que estuvieren presentes á vuestra carta. Cristo con todos. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

PORQUE NO SENTÍA PAZ EN SU ÁNIMA: ESFUÉRZALA Á LA CONFIANZA EN EL SEÑOR

Escrito está *que el hermano que es ayudado de su hermano es como ciudad firmísima;* y aunque yo haya más menester el ayuda de vuestra oración que vos la mía, el cuidado que Nuestro Señor me pone en mi ánima de la vuestra, junto con el oficio que tengo, me hacen olvidar mi insuficiencia y esforzar por esforzar á vuestra ánima en el camino del Señor, en que Él os ha puesto por su sola bondad. Hermana mía, criada y redimida por Dios, no penséis que os llamó Nuestro Señor para daros luego el descanso que quizá deseáis: primero habéis de trillar, ó por mejor decir, ser trillada, que os den á comer el pan del consuelo. No penséis que aquella perfecta paz, de la cual dice Dios por Isaías (cap. XLVIII): *Ojalá hubieras mirado á mis mandamientos: paz te hubiera venido así como río*, que

luego se ha de hallar tras la puerta: ni penséis que aquel gozo continuo, del cual dice San Pablo (Cor., VI): *Andamos como tristes, mas siempre gozosos;* y en otra parte amonesta diciendo: *Gozaos en el Señor siempre. Otra vez digo: Gozaos*, que á la primera jornada se halla. Muchos han recibido escándalo en el camino del Señor por no entender el tiempo de sus promesas, pensando ser engañados por ellas, pues no venían al tiempo que ellos pensaban, y pusieron duda en la verdad divinal por la mucha codicia de anticiparse á gozar de sus bienes. *Abominable hombre*—dice la Escritura (Eccl., XX)—*es aquel que hoy presta y mañana viene á pedir lo prestado;* y así es la persona que á Dios se ofreció, y por Dios renunció sus placeres, y luego quiere que Dios le dé el consuelo por lo poco que dejó.

Catorce años sirvió Jacob por Raquel, no con livianos trabajos; y cuarenta años gastaron de camino los hijos de Israel desde que de Egipto salieron, que significa el pecado, hasta la tierra de promisión, que significa el gozo de las divinas promesas que en el cielo se darán, y algunas veces algo de ello acá. No os congojéis antes de tiempo, porque no perdáis lo que Dios os tiene prometido en su tiempo. Mirad que dice la Escritura (Prov., XX): *La herencia que al principio se apresura, carecerá de bendición en el fin.* Quiere el Señor que estemos entre mil trabajos; que todos nos convidan á impaciencia y desesperación, y entre todas aquellas marañas que esté firme nuestra esperanza y asosegada nuestra voluntad. Mirad que la virtud si no es combatida no es probada, y la no probada no es mucho de estimar; y así como tiene la castidad sus combates, y la paciencia y otras semejantes virtudes, así los tiene nuestra fe y esperanza; y así como la mejor castidad es la más combatida, así cuando no sintiéredes en vos cosas que os combatan vuestra confianza, no penséis que es mucho de estimar.

Por eso la fe de Abraham fué alabada del Apóstol San Pablo, porque creyó y esperó en la esperanza que le daba la palabra de Dios contra la esperanza que le daban las razones que él veía. No es de alabar la mujer que por eso es casta, porque no hay quien la siga, ni el hombre que es paciente, porque no hay quien lo persiga, ni tampoco el ánima que está muy confiada, porque no siente cosas que le conviden á perder la confianza. La fe que agrada á Dios es la que cree sin tener prendas de milagros ni razones, y el amor que le hiere su corazón es el que

le tenemos cuando Él nos maltrata, y la buena esperanza cuando nos parece dar cosas contrarias á las que esperamos, y á la buena paciencia cuando sin ningún consuelo interior ni exterior padecemos, y la buena confianza cuando asidos de su bondad y palabra estamos firmes entre muchas ondas de desconfianza, que de lo que sentimos en estos combates quiere el Señor que aprendamos á tenerlo por verdadero y por bueno: y esto en ninguna parte se hace mejor que en aquestos trances, en los cuales lo que sentimos de Él nos tiene que no caigamos: y este sentimiento es no dulzura, mas antes una gran amargura de no tener en nosotros sentimiento de Dios con aquella firmeza que querríamos, y con esto es un arrojarnos á obscuras en su verdad, que prometió favor á los que pelean por Él y en su bondad, que es una misma, aunque no lo gustemos. Y cuando el ánima está enseñada de esta firmeza en ausencia de la firmeza, dale Nuestro Señor muchas veces la firmeza que desea, porque ya no pierde en la recibir, como acaece muchas veces hacer Dios por milagro que vea uno lo que cree; y esto porque ve Dios que es tan grande la fe de aquel que no cree más por ver que antes no veía.

Así, Hermana, acostumbraos á tener á Dios por quien es, aunque no le gustéis; comed pan de dolor, que Él os dirá algún día (Jerem., XXXI): *Cese tu voz de llorar y tus ojos de lágrimas, que galardón tiene tu obra.* Contentaos ahora con su cruz, aunque os la dé seca, que Él os dará algún día la suave unción suya; no os espanten los adversarios, que el Señor quiere mostrar su grandeza en vencer con langostas gigantes: no derribéis vuestro corazón, porque os veáis ser otra de la que debéis ser y deseáis; que ninguno hay que con tanta paciencia os sufra como el Señor benigno, que conoce muy bien vuestra flaqueza; y aunque pueda el ánima, que no está del todo sana, tener gozo entrañable, sabed que así como agrada al Señor la perfecta justicia del justo, así le agrada la vergüenza humilde del imperfecto. Así que, si os pena lo que faltáis, que os consoléis en lo mucho que os sobra en Jesucristo. En éste holgad, cuando no viéredes en vos sino trabajos; aquí os esforzad; de aquí pagad lo que debéis, que la fe y amor y la devoción en Él, y el pesar y conocimiento de vuestros pecados y miserias, hacen vuestro á Jesucristo, según la cantidad que de esto lleváredes. Adoradlo y tomadlo; confiad y gozad; conoced vuestra enfermedad, y también vuestro Médico, y más os consolad en Él que os des-

consoléis en vos. El papel faltó, aunque sobra la gana. Cristo os guarde, que por vos murió, y para vos vive. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA

QUE PADECÍA TRABAJOS: ANÍMALA Á LLEVARLOS, Y QUE LOS CONFIRIESE CON LOS QUE EL SEÑOR PADECIÓ

La paz de Jesucristo sea siempre con vuestra merced. Si vuestra merced pensaba que había de ir á gozar de Dios sin primero pasar por las amarguras de este mundo, muy engañada estaba. Y si ya que se las da Nuestro Señor á beber le amargan según la carne, flaqueza humana es; porque, según dijo el Salvador (Matth., XXVI): *La carne flaca es;* mas si con el espíritu no acepta y con hacimiento de gracias la purga que el celestial Padre le envía para su salud, muy grande desacato comete contra la Majestad que se la da, y muy grande infidelidad contra su amor, y muy grande injuria contra su ánima, perdiendo por impaciencia lo que tanto provecho podía traer.

Señora, no piense vuestra merced que este reino de Dios que esperamos es cosa tan poca que no merezca pasar por él estos y otros muyores trabajos; que si otra cosa fuera, nunca Cristo, que todo lo sabe, tan recios tormentos y deshonras pasara por entrar allá y llevarnos consigo: mas así como este reino tiene bienes mayores, *que ningún ojo vió, ni oreja oyó, ni lengua puede decir, ni corazón pensar*, así pasó Cristo por él penas cuales no se puede hablar ni pensar: y esto para esforzar á nosotros que con osado corazón llevemos lo que á nos se nos ofreciere en este camino, teniendo por cierto que así como el trabajo de Cristo no le salió en balde, mas tuvo fin y descanso, así de estos nuestros tormentos saldrá tanto descanso, que los daremos por bien empleados; y si nos parecieren grandes, no es porque lo son, mas porque nosotros somos pequeños y tenemos poco amor á Cristo crucificado; y, por tanto, nos parece pesado pasar algo de lo que Él pasó; que si amásemos, el amor lo haría todo liviano, y aun delectable. Pues que Cristo recibió nuestras deshonras, y por juntarse con nosotros fué infamado, y le llamaban amigo de pecadores, ¿por qué el cristiano se tendrá por deshonrado en la injuria que se le ofrezca? Si á Cristo amamos, en la deshonra hallaremos honra, y en

los trabajos descanso, y en lo que el mundo aborrece y escupe hallaremos tesoro.

El reino de Dios es semejable al tesoro abscondido; porque si tanteamos las cosas según lo que de fuera parecen, en la carne nos quedaremos; y estando en la carne, dice el Apóstol que no podemos agradar á Dios. Entremos, pues, en todas las cosas á lo interior de nosotros, y presentémoslas ante el juicio de Cristo puesto en la cruz; y juzgando, según El, no recibiremos engaño; y allí veremos que no se debe sentir por deshonra, ni por trabajo, ni por pérdida sino el ofender á Nuestro Señor: y cuanto más se siente la herida en algo de esto temporal que en lo del ánima, muy mala señal es no sentirlo; y aquello es digno de ser llorado y remediado: y por remediar este mal envía muchas veces Nuestro Señor trabajos en lo temporal, porque hiriéndonos en lo que sentimos, pongamos remedio en lo que no sentimos: estábamos muertos en las ánimas, y no veíamos nuestro mal, y por eso no buscamos el remedio. Azotónos nuestro piadoso Padre con los cabos de las agujetas donde estábamos muy vivos, para que experimentado un poco de su rigor, huyamos de experimentar su castigo, que nunca tiene fin: y esto es gran señal de amor para quien desea no ser para siempre perdido y muy barato compra su salvación, por recio que le parezca el azote.

¡Oh locura miserable de los mortales, que tan presto tienen los ojos en lo presente, y tan de mal se les hace en lo que les toca, y cuán en poco tienen lo que está por venir; y aunque saben que en las presentes pérdidas ganan en lo venidero, no lo quieren haber por bueno, más aventuran y quieren que les vaya allá mal, con tanto que les venga acá bien! ¡Oh locura tan para llorar si se sintiese! Quieren pasar de bien en bien: quieren pecar y salvarse: quieren ofender á Dios, y no ser castigados por ello. Y toda su felicidad es no ser buenos, mas una mala libertad sin castigo. Nosotros, señora, no vamos por este camino, cuyo fin es perdición eternal, mas por el que va derecho al cielo, aunque tenga algunas espinas.

Bajemos nuestro cuello á la vara amorosa de Dios: hagámosle gracias en lo uno y en lo otro. Cuando nos envía bienes, conozcamos que nos trata según Él es; y cuando trabajos, como nos merecemos, y que todo lo tengamos por señal de merced: mas por mayor lo postrero, porque aunque no sea tan sabroso,

es más provechoso; y el cristiano más ha de mirar á lo que cumple que á lo que deleita, y á lo que le hace aquí purgar sus pecados que á lo que le pone ocasión de hacer otros, y más á lo que le hace semejable á Cristo que desemejable: y más quiero ir por donde fueron los que están en el cielo, que por otros sospechosos caminos.

Y aunque de haber ofendido recibe pena, mas de ser castigado recibe gozo, porque aunque fuera mejor no haber menester este cauterio, ya que lo es, gran merced es de Dios salvarnos con él. Vamos al cielo, y siquiera sea dándonos cien azotes por las calles, que más le dieron al inocente Cordero sin merecerlos. No merece entrar allá, si no tiene por muy barato todo lo que por Él le pueden pedir. Ahora atrevámonos á perder todo lo que acá florece, que después no nos hallaremos engañados, mas muy acertados. Cristo verdad es, y Él dijo (Matth., V): *Bienaventurados aquellos que lloran, que ellos serán consolados*. Lloremos, señora, quiero decir, pasemos adversidades, que el consuelo prometido por Cristo no nos faltará. Fiemos á Dios nuestras penas, que Él las tornará en placeres. Destetémonos ya de esta leche que parece sabrosa, y comamos pan de varones, que son trabajos. Este pan comieron los amigos de Dios; pues ¿por qué á nosotros tan mal nos sabe? Y si todavía nos parece duro, vamos al que nos lo da, y pidámosle alguna cosa en que mojemos el pan para poderlo llevar.

¡Oh señora, y si pidiese vuestra merced á Cristo que le mostrase esta tribulación en sus llagas, cuán blanda le parecería, si la mojase en cuando le iban pregonando por las calles á voz de pregonero, diciendo de Él lo que en nosotros cabía! ¡Oh, si pensase más en las penas de Él que en las propias suyas, cómo habría vergüenza en quejarse de sus chicas mirando las grandes de Él! Entonces vería que lo que le parece pérdida es ganancia, y que es grande honra seguir el hombre á su Señor. Diga, pues, vuestra merced al Señor (Matth., IV): *Pues eres Hijo de Dios, di á estas piedras que se tornen pan; di á este mar que se sosiegue; di á esta peña que no me parezca dura.* Ella en sí no lo es, mas yo soy la niña y la flaca; pon fuerza de amor en mí, para que me alegre yo en ella por Ti, y la reciba por empresa de amor.

La empresa que Tú, Señor, por mi amor trajiste, mayores tormentos y deshonras fueron, porque tu amor no tuvo seme-

jante ni tal dolor; mas á mí, como flaca y de poco amor, otórgame que esta tan chica no me parezca grande. Si las tuyas tan grandes te parecieron tan pequeñas por mi amor, ¿por qué seré yo tan desamorada que sobrepujen mis penas á mi amor? No lo consientas, Señor, por quien Tú eres: mas haz, pues puedes, que aunque yo mucho padezca, más te ame, y todo lo que padeciere me parezca poco por Ti, y cuanto otro tiempo aborrecía yo el padecer, porque no te sabía amar, ahora, Señor, te ame, y el padecer por Ti me sea agradable. Otórgame que yo halle gracia en tus ojos; y si Tú quieres, halle desgracia en los del mundo. Goce yo de Ti para siempre, y siquiera padezca aquí toda la vida, que ninguna cosa me podrá empecer, si fuere tan dichosa que tenga á Ti por mío en tu reino para siempre; y á todo esto responde: pedid, y daros han. Yo suplico á Nuestro Señor Jesucristo dé á vuestra merced gracia para que halle en la hiel miel, y en la miel hiel, todo por amor de Aquel que bebió por nuestro amor hiel como si fuera miel. Amén.

CARTA Á UNAS DONCELLAS DEVOTAS

QUE PADECÍAN TRABAJOS: ANÍMALAS CONOCIENDO QUE SON MERCEDES DE DIOS, Y DECLÁRALES SU AMOR PARA CON LOS HOMBRES

Vuestra carta recibí con tanto amor con cuanto me fué enviada; porque de verdad podéis creer que si Nuestro Señor Jesucristo ha mandado y obrado en vuestros corazones que me améis por Él y en Él, lo mismo ha hecho en mí para con vosotras: y cuanto á lo que decís de vuestros trabajos, pláceme que los tengáis, y pésame que los sintáis; porque creed por muy cierto que otro camino no hay para alcanzar los gozos del cielo, que pasar acá trabajos por Cristo; que si otro hubiera, Nuestro Redentor y Maestro Jesucristo nos lo hubiera enseñado por palabra y por obra. Mas, pues, su bendita boca llama *bienaventurados á los que lloran, á los que padecen hambre y sed, á los que padecen persecuciones*, y toda su vida no fué sino un continuo martirio, ¿qué duda nos queda á los que somos discípulos suyos sino que firmemente creamos que éste es el camino de la salud?

No dudéis, Hermanas muy amadas, de seguir la luz, que es Cristo, que sin falta, si vais por donde Él fué, iréis adonde Él fué; porque palabra suya tenemos, que adonde Él estuviere es-

tará su sirviente. No miréis de quién ó por quién vienen los trabajos, como hacen los que dicen: si Dios me los enviase, sufriríalos; mas vienen de Fulano y Fulano, ¿por qué los he de sufrir? Estos, teniendo ojos no ven, porque los tienen puestos en tierra, y por eso se ciegan; mas si á Dios los alzasen, verían la luz de la doctrina de Dios, que nos enseña que por mano de los malos limpia Dios á los suyos, y por mano de esclavos enseña á sus hijos, y que todo lo ordena Él para provecho de quien le ama.

Nunca tengáis cuenta con muchos, que es cosa de grande trabajo: tenedla con Dios, y en sus benditas manos os arrojad; y venga el trabajo de donde viniere, recibidlo de su mano, y dadle gracias por los trabajos y por el descanso, que todo viene de una mano y de un amor, y el fin de todo es para nuestra santificación: y si Dios os diese viva fiucia de que sois amadas de Él, y que todo lo que os viene os lo envía Él por vuestro bien y para en testimonio que os ama, no os hallarían esas tinieblas; antes, aunque muy incrédulas fuésedes, creeríades á amor probado con tantos testigos. ¡Oh fuego de amor perpetuo, y cuántos son tus testimonios del amor que nos tienes! Para esto criaste el cielo y la tierra, para esto nos sirven tus criaturas altas y bajas, para esto nos criaste y conservas después de criados, para que, pues es cierto que todo esto Tú nos lo das, y no por temor que nos tengas, ni por esperanza de lo que te hemos de pagar, veamos claro tu amor, que está secreto, pues tantas señales públicas de él nos manifiestas.

¿Quién será aquel tan descreído qne no habiendo pasado ni un sólo momento de todos los años que ha vivido en el cual, no haya recibido bienes de Dios, no crea de corazón que Dios le ama, pues otra cosa sino el amor no le compele á hacernos mercedes? Cobran fama los hombres de dadivosos por diez ó doce mercedes que hacen, son creídos los hombres por dos ó tres testigos que traen en prueba de lo que dicen; ¿y por qué, Hermanas, no cobrará el Señor en nuestro corazón fama y crédito de amador, pues cuantas criaturas hay, y cuanto tenemos y somos, dicen á voces que nos quiere bien Dios; y porque no pusiesen los hombres tacha en estos testigos, por ser cosas bajas para dar testimonio de tan alta cosa como es el amor que nos tiene Dios, quiso Él, por su infinito y eterno é incomprensible amor, darnos por amor á su amado Hijo, para que tenien-

do una prenda y testigo de amor tan excelente como el mismo Dios, creyésemos esta verdad: que nos ama Dios?

¡Oh abismo de infinita bondad, del cual tal dádiva sale al mundo, que así lo ames que des á tu Unigénito Hijo para que todo hombre que cree en Él y le ama no perezca, mas tenga la vida eterna! Alábente los cielos con todo lo que en ellos está, y la tierra y la mar con todo su arreo, porque Tú, tan grande, has amado tan grandemente á los que eran dignos de desamor. ¿Y quién será aquel que dude en tu amor viendo dar á tu Hijo? ¿Quién será aquel que no te ame viéndose tan amado? ¿Quién será aquel que no esperará verte en el cielo, pues por nos fué visto Dios en la tierra, y tan abajado, que podamos bien creer que seremos ensalzados por Él? Porque más fué abajarse Dios á ser hombre, que los hombres ser ensalzados á ser participantes de Dios. Gran cosa es los hombres ser hechos hijos de Dios; mas cosa mayor es Dios ser llamado y hecho Hijo de Virgen. Gran cosa esperamos en ser compañeros de ángeles, mas mayor fué ser Dios acompañado de ladrones en el día de su Pasión. Y si os parece mucho unos tales como nosotros haber de ir delante el acatamiento de Dios á gozarnos con Él y para siempre, mayor cosa fué el Hijo de Dios estar colgado en la cruz ante tanto acatamiento de gente y con tanto propósito de padecer por los hombres, que si conviniera al provecho de ellos estar en la cruz padeciendo hasta la fin del mundo, allí lo estuviera; porque determinado tenía de rescatar á los hombres, costase lo que costase; mas porque bastó y sobró lo que dió, no pasó más, aunque nosotros le debemos dar gracias por lo que pasó, y por el amor con que determinó de pasar por nos mil tanto si menester nos fuera.

Considerad, pues, esta muerte tan penosa y tan larga en la intención de Cristo Nuestro Señor, y veréis que no es mucho que den vida sin fin y con gozo á los hombres que tuvieren fe y amor á este Señor, pues Él por ellos ofreció una vida tan valerosa. Asentad, señoras, en vuestro corazón lo que dice San Pablo (Rom., VIII), y nunca de vuestra memoria se parta: *Que cuando Dios á su Hijo nos dió, todas las cosas nos dió con Él.* Claro es que quien dió el Hijo dará la casa y la hacienda y todo lo demás; porque todo es menos que el Hijo y tal Hijo. Pues si todo esto habéis escuchado con aquellas orejas con que se oyen las cosas de Dios, yo sé que en todas las cosas que os

acaecieren sintáis el vivo amor con que Dios os las envía, y os sean todas unas luces que os declaren la benevolencia y bienquerencia que Dios os tiene, y hallaros habéis tan cercadas de saetas de amor, que no podáis (si piedras no sois) dejar de amar á quien tanto os ama. No esperaréis horas ni lugares ni obras para recogeros á amar á Dios; mas todos los acaecimientos serán despertadores de amor. Todas las cosas que antes os distraían, ahora os regirán; y las que derribaban vuestra confianza, ahora os la esforzarán. Porque, decidme, ¿quién no confiará de quien ve ser tan amado, que á cada momento le hace mercedes? Bienaventurado aquel á quien Dios dió sentimiento de su bondad en todas las cosas, y que de todas usa en viva fe; y miserable de aquel que hace de las armas de la confianza instrumento para desconfiar, y se le tornan carbones apagados y apagadores los encendidos carbones que Dios le envía para le encender.

Mirad, Hermanas, todo lo que os viniere con estos ojos, y daréis al Señor alegría; porque gran descanso es para un señor tener un criado que le entienda bien lo que dice. No seáis como los edificadores de Babilonia, que pidiéndoles instrumentos para edificar, derriban: no seáis maliciosas y sospechosas, que si os saludan pensáis que os maldicen: no seáis víboras, que la dulzura de las flores que la abeja torna en miel, torna ella en ponzoña. Sabed contratar con Dios, pues ya una vez os abrió los ojos; y no le seáis tan desabridas, que lo que Él os envía para señal que os ama lo toméis por señal que no os ama. Él lo envía para que más y más confiéis en Él: no lo toméis para entristeceros, y derribar vuestro corazón con desconfianza: señales son de paz, no de guerra, si vosotras mismas no estáis al revés.

Maldito sea este parecer propio, que tanto trabajo da á quien lo tiene, y tanto desacato es contra Dios. Este es el que no os deja reposar, y el que mil cuentos de veces os turba y angustia, y os hace que no halléis anchura donde reposar, la cual veríades tan ancha y más ancha que lo es la anchura del cielo, si dejado vuestro corto parecer, os encomendásedes en la infinita bondad del Señor, de la cual veis que tantas veces ha con vosotros usado. Gran mal es, por cierto, no confiar que os ama después de traídas el que os trajo á sí estando apartadas. Amóos estando afeadas por vuestros pecados, ¿cómo no os amará ahora que os ha limpiado y emblanquecido con su san-

gre hermosa? No seáis de tan poca fe para con quien es razón que tanta tengáis. Poco hacéis en fiaros de quien tantas prendas tenéis: vivid en fe de quien nunca desamparó á los que con humilde corazón de Él se fiaron. Tened cuidado, no de regiros, mas de contentaros como Dios os rigiere. Vuestra voluntad es tuerta, y vuestro parecer ciego: no queráis tales guiadores: guíeos aquella voluntad sumamente buena, y que no puede querer sino lo bueno. Ríjaos aquel saber que ni engaña ni es engañado: echad vuestro cuidado en aquel que tan bien cuida y vela sobre los que á Él se le encomiendan. Arrimaos á aquel que os miró antes que vosotras naciésedes: dad gracias á aquel que os trajo al conocimiento de su santo nombre, y que os tiene aparejado un reino sin fin; y porque si esto creyésedes y sintiésedes, los trabajos os serían rosas, por eso dije que me pesa que lo sintáis; y si lo sentís, no os derriben, mas sea vuestra fortaleza aquel que por nosotros se hizo flaco. No hay más papel, y por eso no escribo más: ésta hayan por suya todos los que vosotras mandáredes, y rogad por mí.

CARTA Á UNA DONCELLA

EN TIEMPO DE ADVIENTO: LE PERSUADE Á RECIBIR EL NIÑO JESÚS

¡Cuán ocupada estará vuestra merced en este santo tiempo en aparejar posada al huésped que le ha de venir! Paréceme que la veo solícita como Marta, sosegada como Magdalena, para con los servicios exteriores é interiores servir al que viene, pues de uno y de otro es digno el Señor. ¡Oh bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios en carne á morar entre nosotros para enseñar nuestras tinieblas, y encaminar nuestros pies en la carrera de la paz, y haciéndonos hermanos suyos gozar de una herencia con Él! No sin causa vuestra merced desea su venida y le apareja su corazón por morada; porque este Señor deseado fué antes que viniese, y el Profeta le llama *el Deseado de todas las gentes*; y á ninguno se da si primero no le desea. Muy mal empleado es el buen manjar en el gusto que no toma sabor en él; y así es Dios en quien no lo desea: el deseo de los pobres oye Dios, porque tiene sus orejas puestas en el suspiro del corazón que otra cosa no desea

sino á Él; y á este tal viene, y no se le niega, según lo dice en los Cantares (IV): *Heriste mi corazón, hermana mía; esposa, heriste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cabeza.* ¿Puede ser cosa más tierna que la que es herida con la mirada de sólo un ojo? ¿Puede ser cosa más flaca que la que es atada con un sólo cabello? ¿Dónde están los que dicen que Dios es difícil de alcanzar, y riguroso para tratar, é incomportable para sufrir? Querellémonos, señora, de nosotros, que por querer mirar á muchas partes, no ponemos la vista en Dios, y no queremos cerrar el ojo que mira á las criaturas, para con todo nuestro pensamiento mirar á sólo el Señor.

Cierra el ballestero el un ojo para mejor ver con el otro, por acertar en el blanco; ¿y no cerraremos nosotros toda vista de lo que nos daña, para mejor acertar á cazar y herir al Señor? Coja y recoja su amor, y asiéntelo en Dios quien quisiere alcanzar á Dios, que como Dios sea amor, de sólo amor se deja cazar, y no tienen que ver con los que no le aman: y si dicen que le conocen como lo deben conocer, no dicen verdad, como dice San Juan: y este que con amor es herido, con un cabello es atado; porque lo que amor prende, el pensamiento recogido y atento lo conserva que no se pierda. Y para que se diese más confianza á los hombres que podrían alcanzar á Dios, y que no huye de ellos, se hace uno de ellos, y se pone en los brazos de una doncella, teniendo Él fajados los suyos, sin poder huir del hombre que buscarle quisiere. ¡Oh celestial pan salido del seno del Padre y puesto en la plaza de este mundo, convidando contigo mismo á cuantos te quisieren comer y gozar! ¿Y quién es aquel que puede sufrirse de no ir á Ti y tomarte, pues por la sola hambre te das? ¿Y pides más sino que suspire el ánima por Ti, y confesando sus pecados te quieran á Ti y te reciban?

Grande miseria es la de aquellos que viniéndoseles el pan á su casa, ellos se quieren más morir de hambre que no abajarse y tomarlo. ¡Oh pereza, y cuán mal haces! ¡Oh ceguedad, y qué bienes pierdes! ¡Oh sueño, y cuántos bienes nos quitas! Pues estando prometido que todo el que busca halla, y el que pide que le darán, y al que llama que le abrirán, está claro que si mal nos va, por nuestra negligencia es. Pues ¿cómo, señora, ha de pasar esto así? Habiendo Dios venido á curarnos, ¿hémonos de quedar enfermos? Estando á la puerta de nuestro corazón llamando y diciendo: *Abreme, amiga mía, esposa mía*

(Cant., IV), ¿dejarle hemos estar llamando envueltos en nuestras vanidades y no salirle á abrir?

Anima mía, ven acá, y dime, de parte de Dios te lo pido, ¿qué es aquello que te detiene de no ir toda y con todas tus fuerzas tras Dios? ¿Qué amas, si á este tu Esposo no amas? ¿Y por qué no amas mucho á quien mucho te amó? No tuvo El otros negocios en la tierra sino entender en amarte, y buscar tu provecho aun con su daño. ¿Qué tienes tú que ver en la tierra sino tratar amores con el Rey del cielo? ¿No ves que se ha de acabar todo esto? ¿Qué ves? ¿Qué oyes? ¿Qué tocas? ¿Qué gustas y tratas? ¿No ves que es todo esto tela de arañas, que no te puede vestir ni defender del frío? ¿Adónde estás cuando en Jesucristo no estás? ¿Qué piensas? ¿Qué estimas? ¿Qué buscas fuera del único y cumplido bien? Levantémonos, señora, ya, y rompamos este mal sueño: despertemos, que es de día, pues que Jesucristo, que es luz, ya ha venido, y hagamos obras de día, pues algún tiempo hicimos obras de noche. ¡Oh, si tanto nos amargase el tiempo que á Dios no conocimos, que nos fuese grandes espuelas para ahora con grande ansia correr tras de El! ¡Oh, si corriésemos! ¡Oh, si volásemos! ¡Oh, si ardiésemos y nos transformásemos! ¿Qué hace, señora, la criatura, pues ve á su Criador hecho hombre solamente por amor? ¿Quién nunca oyó amor como éste, que amando uno á otro se tornase El? Amónos Dios cuando nos hizo á su semejanza; mas mucho mayor obra es hacerse El á imagen del hombre. Abájase á nos para llevarnos consigo; hácese hombre para hacernos dioses, y desciende del cielo para llevarnos allá; y, en fin, murió para darnos vida. ¡Que entre estas cosas esté yo durmiendo y sin agradecimiento á tan grande amor! Alumbra, Señor, mis ojos para que no duerman en tal muerte, y tú que hiciste la merced, danos el sentimiento de ella, que de otra manera el mayor bien se me tornará mayor mal.

Abre, Señor, mis ojos para que te consideren descender del seno del Padre, y entrar en el de la Virgen Madre; y agradeciéndotelo mucho, humílleme yo por Ti: véate yo en un pesebre por cama, llorando con frío, y fatigado con pobreza, y aprenda yo á desechar el regalo por Ti: suenen tus lágrimas en mis orejas para que se ablande mi ánima, y se te dé como cera á todo lo que Tú quisieres; y no permitas Tú que llore Dios y no lo sienta el hombre, que no sé de cuál de estas dos cosas me

maravillaría más. Sella, Señor, en mi ánima tus palabras, para que yo no peque contra Ti. Recójase en mi corazón la sangre que por mí derramaste, y todo Tú seas mi amor, porque quedes contento de cuantos trabajos pasaste por mí. A mí buscaste, por mí lo has, por mí son todas tus justas, libreas y gastos; no me vea yo ser de otro, pues tan bien me mereces Tú.

Ea, señora, aparéjense esas entrañas, que viene Dios á nacer, y no tiene casa ni cama; téngalas muy encendidas de amor, porque el Niño ha mucho frío; y si las tiene tibias, con el frío del Niño las calentará; porque mientras más frío padece por nos, más amor enseña tenernos; y donde más amado me veo, allí debo más amor. De fuera frío padece, mas del mucho amor que tiene: no sufre ropa, que desnudo nace, y desnudo lo ponen en la cruz; porque al nacer y al morir nos enseñó mayor exceso de amor. Apareje, señora, cuna para dormirlo, que es sosiego de contemplación; y mire que lo trate y cure bien, que es Hijo de alto Rey; Hijo es de Virgen, y en virginales corazones reposa de buena gana. Porque la carne que Él come, carne muerta y crucificada es; y porque tiene muchos parientes pobres, y quien á Él quiere, también ha de querer á ellos. Tienda vuestra merced la mano para les dar, porque son hermanos del Criador; y después de nacido en ella, guárdelo bien. El la guarde y la salve por su misericordia. Amén.

CARTA Á UNA DONCELLA,

EN TIEMPO DE ADVIENTO, ROGÁNDOLE APAREJE POSADA AL SEÑOR

El cuidado de aparejar posada á Nuestro Señor y de saberlo tratar no se debe pasar por alto en el tiempo que el Señor viene á convidarse consigo mismo, deseando aposentarse en nuestras entrañas: y si esta merced entendiésemos, bastaríanos para engrandecerle á Él, y estimarnos á nos y desestimar todo lo que acá hay. ¿Qué mayor grandeza de Dios que no tomar asco de nuestras llagas, y bajarse á morar en nosotros, siendo los cielos chicos é impuros para ser casa de Él? ¿Qué cosa es ver á Dios á la puerta de una ánima llamando y rogando que le dé posada para bien de ella? ¿De qué me maravillaré más, de pedir Dios, ó de negarle su criatura lo que le pide su Criador? ¿De convidarse Dios, ó desconvidarle la criatura? ¡Oh hijos de Adán ciegos! ¿Á quién decís no? ¿Á quién cerráis la puer-

ta de vuestro corazón, pues éste es el que lo hizo, y el sólo que lo puede contentar y hacer bienaventurado? Dios os quiere, y no le queréis; míraos Dios, y volvéis las espaldas vosotros; y siendo amados, desamáis.

No seamos, señora, de aquéstos: agradezcámosle que nos quiere por casa, pues Salomón le agradeció que le dió licencia para hacerle una casa fuera de sí. Oigamos este mensaje de Dios, que quiere venir á nos, como lo oyó la bienaventurada María, que toda se ofreció por esclava de Dios, y conozcamos esta merced, y tengámonos por indignos de ella, diciendo con San Juan (Luc., I, Matth., III): *Yo tengo de ir á Ti, y Tú vienes á mí;* y pónganos cuidado la grandeza del huésped para ataviarle la casa, aunque no como su alta dignidad pide, mas á lo menos cuanto nuestra flaqueza pudiere, pues que en ninguna cosa nos podemos y debemos mejor emplear que en dar posada apacible al que nos crió, y á quien la ha de ser nuestra en su reino. Volvamos las espaldas á todo, por volver á este Señor los ojos, y tratemos con Él, de manera que comencemos aquí los negocios de su amor, que duren para siempre en el cielo, pues esta vida no nos fué dada sino para ganar lo que no tiene fin en compañía de Dios y de sus cortesanos. La humildad le pone el cimiento á la casa, las paredes las cuatro virtudes, el alto de ella es la caridad, porque es cumplimiento de todo. Déla Cristo á vuestra merced tanta gracia, que dé á Él todo su corazón y Él á ella á sí mismo.

CARTA Á UNA SEÑORA DONCELLA,

EN QUE LE DICE QUE JESUCRISTO DESCUBRIÓ SU BONDAD INMENSA NACIENDO NIÑO, PARA HACERNOS NIÑOS EN SU CONFIANZA

San Pablo se hizo todo á todos para ganar á todos; y si él lo hizo, por virtud de Cristo lo hizo, que él así lo confiesa, que moraba y obraba en él Cristo; y pues el siervo esto hizo, y con espíritu del Señor, el Señor ¿cuánto más lo hizo y hace? ¿No ve vuestra señoría cuán propio viene á nacer para conformarse con los pequeños? ¿No ve cuán chiquito, cuán niño, cuán sin dar muestra sino de que hace frío, y que es Él delicado? Escondida está la grandeza y manifiéstase la flaqueza, y cuán á su costa, y pasa cochura por hermosura: pues mientras más descubre lo flaco, más descubre lo hermoso. ¿Qué cosa hay más fla-

ca que llorar, y después morir, y en un palo de malhechores? ¿Mas qué cosa más hermosa que amar Dios á sus criaturas hasta hacerse niño pobre, y crucificado por ellas? Aparece la humanidad y benignidad, porque apareció la flaqueza, y se escondió la fortaleza y grandeza; y cuanto parece descrecer en lo grande, parece crecer en lo bueno y amoroso. Y digo parece, pues en Él no hay crecer ni menguar, sino para nuestra consideración. Y pues tan chico y tan grande está, tan sin rigor de grande y tan acompañado de blandura de niño, no sé qué se hace vuestra señoría, por qué no pasa de sí á Belén á ver este Verbo de Dios hecho niño, pues ve cuán propio está para ella, que siempre, desde que de Él es, le ha sido niña ella á Él, y el padre y ayo que de la mano la ha traído, y por ella ha hablado y ha obrado lo que ella ni sabía, ni podía, ni quería.

Mire bien en el pesebre, y verse ha á sí misma, y verle ha hecho ella para ganar á ella, para que pues ella es tan sin saber, fuerza y virtud como niña, sea del todo niña en la malicia y en todo mal: porque será grande en la malicia y niña en la bondad, habiendo de ser, como dice San Pablo (I Cor., XIV), *niños en la malicia y grandes en el sentir*. ¿No ve cuán arrimado está un niño á su padre? ¿Cuán asegurado de él? ¿Cuán colgado de él? ¿Cuán esforzado con él? Que su único refugio en todo lo que le viene su padre es, con corazón y con boca, y ni por pensamiento le pasan malicias de desconfianzas con su padre ni otra cosa más de mi padre. Bastarnos debería, señora, esta palabra mi padre, si nosotros fuésemos niños é hijos. No más que mi padre, señora, no más, no más: todo lo otro es mi enemigo, mi perdición, mi flaqueza, mi engaño. No haya yo en arrimo, no yo en amor, no yo en nada, sino mi padre en todo y en mí. Y entonces entenderá V. S. cuánta parte de sí ha sido ella, y cuánto ha tomado para sí, y quitado á Dios; y cuanto le ha quitado tanto ha perdido, porque no hay salud ni bienandanza sino en Dios.

Cuanto ha tomado de sí ha perdido de Dios, y por eso restitúyale lo que le ha tomado, y restituírsele ha Dios. Sea niña pequeña, para que le diga su Señor (Cant., VIII): *Nuestra hermana es pequeñuela, ¿qué le haremos para el día que le han de hablar?* Toma Dios á su cargo á los pequeños, para los guardar en el día que los hablan las tribulaciones y en el día que les habla Él, ó de parte de Él. Y si flaquezas hay en estos tiem-

pos, por no ser el hombre niño, y tener tan gran ceguedad, que siendo pequeño se tenga por grande y por alto, flaqueza es ser flaco; mas insufrible cosa es no tenerse por tal. Esta luz pida vuestra señoría siempre, porque no sea hallada ingrata y desconocida á su bienhechor, y ser demonio debajo de vestidura de oveja. Guárdese de hurtar á Dios su honra, y de levantar ídolo contra Él; mas en verdadera niñez se dé á El: y lo que no fuere niñez, séale verdadero demonio, ayudándose de la niñez de Jesús, y ayudándola El con su gracia; y no haya miedo á trabajos, que es vergüenza con tal padre; y holguéme mucho de que desee estar tan firme en la verdad del propio conocimiento.

CARTA Á LA MISMA SEÑORA,

EN TIEMPO DE PASCUA DE REYES: LE DICE CÓMO HA DE IR Á ADORAR AL NIÑO, Y LE HA DE OFRECER ORO DE AMOR DIVINO

El adviento escribí á V. S. la gran merced que Nuestro Señor nos hacía en querer venir á nosotros, y la bienaventuranza del ánima que lo recibe. Espero de su misericordia que habrá venido á la casa de V. S., y que lo ha recibido con fe y amor: y por esto no resta sino que toda se ofrezca en perpetuo sacrificio al mismo que ha querido ofrecerse á ella por huésped amoroso, y que imite la fe y ofrendas de los Magos después que al Niño hallaron, pues les ha imitado en el trabajo de lo buscar. Bien será que contemple V. S. al gran Señor tan humillado en un portal y pesebre, donde la razón humana de los Reyes no lo pensó de hallar. Mas la estrella, que es la fe, no quiere pasar adelante, mas con rayos más resplandecientes declara como con lenguas que en aquello escondido á la razón está aposentado el que es sobre toda ciencia y razón; porque así aprendamos á creer más firmemente donde menos señales de ello hallaremos: porque si como estrella los guió los guiara su razón, fueran á buscar al Rey nacido en algún gran palacio real, pues el lugar y lo que en él está han de ser proporcionados.

Gran merced hizo el Señor á quien le provee de su estrella, que es la fe, para que busque á Dios escondido, así en los pañales y pobreza de su nacimiento, como en el desprecio y muerte de cruz. En una parte le hallan los Reyes, y en otra el Ladrón; porque ellos y él tuvieron ojos de fe, y ésta les hizo ado-

rarle echados en tierra, protestando ser nada delante su acatamiento: porque si lo conocieran por Rey terrenal, aunque grande, bastara hacerle reverencia de hombre á hombre; mas postrarse unos grandes delante un Niño, señal fué de la interior fe con que conocieron la Majestad escondida en la niñez. Y mire vuestra señoría que no parezca vacía delante el Señor, ni piense que da algo si su amor no le da. Ninguna cosa sin Dios puede á vuestra señoría hacer bienaventurada, y ninguna que ella le dé fuera de sí, puede á Él hacer contento. No es este amor de interés, que mira las dádivas, sino muy verdadero, que es unión de corazones. Y este es el lenguaje, como San Bernardo dice, en que Dios y el ánima se comunican y se hablan á un tono: porque si el Señor me castiga ó amenaza, no tengo yo de hacer lo mismo; antes humillarme, mientras Él mas se ensalza. Mas si me ama, helo de amar, diciendo como la esposa: *Mi amado á mí, y yo á Él.*

¡Oh gran dignidad de la criatura poder traer con su Señor el dulce yugo del amor, y responderle como de igual á igual, pues el amor baja los montes y alza los valles! Ofrezca su amor al que por amar de grande es hecho Niño, y de Dios Hombre, y derrama su sangre á cabo de ocho días, que no se contentó con lágrimas cuando nació. No se hurte á este Señor, pues tan verdaderamente es suya, porque no sea de aquellos de quien dice Jeremías (VII): *Fuese consigo misma como quien se alza consigo.* ¿Dónde con más razón se debe? ¿Dónde con más provecho se puede emplear? ¿Dónde más alto puede subir que en amar á Jesucristo, que la amó y lavó con su sangre, y se da á sí mismo al que le ama, y de hombre la torna Dios? Sea en esto recatada, y ofrezca oro al Niño Jesús: porque así como poco de oro vale más que mucho de otros metales, así poco de amor verdadero es más precioso que mucho cobre y otros metales de temor y de interés, ó de obras que de estos efectos nacen. Muchos se miden por hacer muchas obras buenas, y no entienden que no mira Dios allí, sino al corazón de que nacen; y que le puede á Él ser mas agradable uno con menos que otro con más, si el de menos obras tiene mayor amor: persona habrá que en un ayuno ó pequeña limosna agrade más al Señor, como la viuda, que otras con muchas; porque lo hace con más amor que no el otro. Y en esto parece la grandeza de Nuestro Dios, que ningún servicio, por grande que sea, es grande de-

lante de Él, si no es grande amor; porque quien no ha menester cosa alguna, ni puede crecer en riqueza ni en otro bien. ¿Para qué quiere todo lo que le pueden dar, sino el ser amado, que es dádiva tan agradable que ninguno la debe desechar, y así la pide Dios tan de verdad, que quien no se la diere le castigará con eterna muerte?

¿Qué cosa tan sin codicia como el que ningún servicio ha menester? ¿Y quién con tanta como Él, que castiga con infierno á quien no le da su amor, y muy de verdad y sobre todos los amores? Y así decía San Agustín: *Señor, en posesión me tienes, ¡que me mandas que te ame, y si no lo hiciere me amenazas con gran miseria!* Este, pues, sea el principal cuidado de vuestra señoría, entender en amar al Señor; y por eso se ha hecho chiquito, porque cuanto disimula de la Majestad, tanto demuestra más su bondad; y ésta nos atrae al amor, que mira más la pequeñez que tomó que á la grandeza que le es natural. Su saber se esconde hecho Niño sin saber hablar: su poder también, estando ligado con unos pañales y ceñido con fajas: padece del frío y todo, porque mientras más cosas de estas esconde, más se manifieste su amor, para que así le amemos á Él cuanto más le viéremos padecer por nosotros. Cierto es que verle temblar de frío más nos enciende que si le viéramos muy bien arropado y que no llegara trabajo á Él: y por tanto es muy malo quien le niega su amor, pues tan á su costa lo merece este Niño, y tan á costa del que no lo da será su castigo. Y quien esto da, *ofrece al Señor holocaustos con medulas* (como dice David); porque como el fuego quema todo el animal, así el amor todo el hombre de dentro y de fuera.

No consiente pajas de vanidades en lo exterior el fuego del verdadero amor. ¿Cómo podrá acabar consigo de ser amador de pompas el que de verdad ama al Niño Jesús, puesto en un pobre pesebre, pues el amor hace ser semejables? Gran luz nos es ver Dios acá bajo, para saber por dónde hemos de caminar para le agradar; y pues camina al revés del mundo, escojamos de qué guía más nos fiamos, que á entrambas no podemos seguir, y la del mundo pára en error, pues Cristo es verdad que salva á los que la creen y siguen; y tenga medula el animal, porque es cosa blanda y que presto se derrite. Y así tiene el corazón el que al Señor ama, porque ahora sea para las cosas de Él, como para lo que toca á los prójimos, no

tiene sequedad ni dureza, sino blanda ternura: y tiene guardado muy bien su amor, como está la medula dentro del hueso; porque antes que llegue al amor, tiene puesto en guarda la piel y la carne y la dureza del hueso. Todo lo que tiene y desea pone delante quien ama, para que antes se pierda aquello, que no tocarle en el amor, y tiene un propósito firme y duro, así como de hueso, de no perder el amor del Señor aunque arriesgue todo lo que es y ser puede: tal ha de ser el oro que vuestra señoría ofrezca al Niño nacido en pobreza, para que ofrezca abriendo su tesoro, como los Reyes hicieron: porque si este corazón no abre, que es su tesoro, todo lo otro diremos que de fuera le cae, y es oropel y no oro, y tomarse para sí lo mejor y dar al Señor lo peor.

Abra, pues, su corazón, y meta en él al Niño nacido, pues aquel corazón sólo vive en quien El está; y pues es poco pesado, no lo quite de su seno, como el manojico de mirra que dice la Esposa: trátele con reverencia, porque es Dios: ose comunicarse con El, pues que es Niño, y tan suave tiene el corazón, cual parece en lo de fuera. Guárdelo bien no se le caiga, porque pide mucho cuidado para guardarlo. Y si no hay mucho amor, luego se le olvidará ó le parecerá muy pesado: y de tal manera negocie con El, que no descanse hasta que sienta por conjeturas ser amada y amar; que hasta que una ánima esto siente, siempre vive en temor, tristeza y carga de ley; y cuando á esto ha llegado, no hay cosa que la pueda fácilmente turbar por pensar que está Dios con ella, y ella en Dios; y así acaezca á V. S. Amén.

CARTA Á UNA SEÑORA,

EN QUE LE ENSEÑA LO MUCHO QUE OBRÓ LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO EN LOS APÓSTOLES, Y CÓMO SE HA DE DISPONER

Dios dé á vuestra merced buenas Pascuas, no de oídas, sino de experiencia; que sienta su corazón en esta fiesta lo que los creyentes en Jesucristo, juntos en el cenáculo, sintieron, infundiéndose en ellos. El que les quitó las flaquezas, y enseñó sus ignorancias, é hinchó sus senos de tanto gozo, que se dió bien á entender que la sangre de Jesucristo no fué derramada en balde, ni las voces que el Padre dió fueron vanas, pues por El fué comunicado á ellos la participación de la divinidad. ¡Oh,

cuántas veces, viéndose tan deificados y enriquecidos amadores y amados de Dios, daban mil alabanzas á Jesucristo, maestro suyo, conociendo que Él les había enviado este don en cuanto Dios, y merecido en cuanto hombre! Porque, según el mismo Señor lo prometió, que venido el Espíritu Santo había de clarificar á Jesucristo y había de dar testimonio de Él para que los díscípulos y el mundo lo conociesen, y conociéndolo entendiesen que todo el bien les vendría por Él, y le diesen servicio como á verdadero, y agradecimiento como á copioso bienhechor, y así quedasen más ligados con cuerda de amor con El en ausencia que primero lo estaban en presencia, y probasen cuán fuerte amor es el Espíritu Santo y cuán de verdad hace amar al bendito Verbo de Dios, del cual procede y en el cual descansa; y no dudasen de pregonar aunque les costase la vida.

Si tuviésemos parte de esta fiesta acá dentro en los corazones, celebraríamosla bien en lo de fuera. Y si fuese nuestra ánima rociada con alguna gota de agua de este río, caudal que procede de la Silla de Dios y del Cordero, sería apagada en nos la sed de todo lo de este mundo, y con el celestial rocío seríamos refrescados de nuestra sequedad y dureza en que estamos tibios, malditos y estériles. ¡Oh, cuán obligados nos sentiríamos á Nuestro Redentor, sintiéndonos de verdad redimidos, y ahogados nuestros pecados, y consumidas nuestras tristezas con abundancia del gozo! No nos aquejarían dolores, no destierros, no ausencia de lo que amamos, no falta de las cosas que parecen necesarias, no, en fin, cosa ninguna; porque así es poderoso este Espíritu y su fuego que hacia arriba sube, haciendo amar y confiar de Dios que ninguna agua de tristeza y tribulación lo puede apagar, mas siempre vivo y metido en las entrañas abrasadas tan de verdad, que mata todo lo que mal vive, y hace que ni aun la misma muerte no venza al que Él ha mortificado con aquesta venida.

Este es el huésped dulce que sana la llaga que la ausencia de Jesucristo hizo en los corazones de los que le amaban, hinchó el hoyo que la ida de Él había hecho. Y si pudo consolar tristeza causada por ausencia de Jesucristo, mejor podrá hacerlo en ausencia de criaturas, cuando de no verlas tuviéremos pena. Este es el Padre cuidadoso de huérfanos, que los viste con virtud de lo alto y los abriga debajo de su manto, y les hace entender que tienen Padre en el cielo, y que lo llaman osada y

no soberbiamente Padre, renueva lo caído, alumbra lo obscuro, calienta lo frío, endereza lo tuerto, alienta lo cansado, y dando cada día nuevas fuerzas, hace volar hasta el monte de Dios.

Razón será, señora, que nos ponga apetito tan excelente don, y vendamos todas nuestras afecciones para comprar esta joya, con la cual sola seremos dichosos. Por nuestra puerta pasa, en nuestras orejas suenan las voces de cómo viene á los hombres y se huelga de morar en ellos: no le dejemos pasar sin que le constriñamos á que nos visite y consuele para más servirle; y según la parte de donde fuere rogado, no se hará mucho de rogar para quedar con nos, porque el Padre le envíe por Jesucristo su Hijo Señor Nuestro. Él lo ganó para nos, que de otra manera, ¿qué tenía que ver el Espíritu altísimo con los que somos carne tan inmunda, flaca é inclinada á todo mal? Más nos excede este Espíritu que el cielo á la tierra, si no fuera porque el celestial engendrado del Padre se abajó haciéndose hombre, que quiere decir terreno: y así Dios humanado y contemperado con nuestra flaqueza, trabajó y sudó, y á trueco de su vida nos ganó, que se abaje este Espíritu que crió los cielos á morar en los vasos de barro.

Demos gracias á Jesucristo, y gocemos de sus trabajos. Y pues el Espíritu Santo mirando los merecimientos de Jesucristo viene de muy buena gana á morar con nosotros, no seamos nosotros, á la una y á la otra merced, tan ingratos que las perdamos entrambas. El Alto quiere abajarse con los bajos, y ser ayo y padre de ellos; ¿por qué seremos tan locos que le digamos de no? Salgamos á recibir con amor al que viene con amor, y deseemos recibirle, pues Él de buena gana se aposenta donde es deseado. Seamos como aquel que dijo: *Mi ánima te deseó en la noche, y en mi espíritu, y en mis entrañas: de mañana velaré á ti.* De noche desea al Espíritu Santo quien se ve atribulado y no pone su fiucia en su brazo, y suspira á este Espíritu como á consuelo de tristes y alivio de trabajados; y de mañana vela á Él quien no pone por postrero de sus cuidados lo que conviene aderezar para la posada; mas en la cabeza de ellos pone éste cómo alcanzará el favor de este Señor; y siendo deseado y llamado, cierto vendrá, porque así lo hizo Jesucristo, que se llama *deseado de todas las gentes* (Agg., II) y es el amador de los que le desean. Llamemos al Espíritu Santo con voces de lengua y de entrañas; mas miremos no tengamos

la casa tan mal aparejada, tan sucia y tan sin atavío, que después de convidado y sentado á nuestra mesa no tengamos qué darle de comer.

Mortifiquemos nuestra carne, que ésta es la que Él come y le sabe bien; que de esa viva huye cielos y tierra, y hiédele peor que perros muertos. Mortifiquemos nuestro parecer, porque seamos enseñados por el suyo; que dos cabezas mal rigen una casa, si no sigue la que menos sabe á la que más: y nuestros quereres renunciémoslos todos, porque éstos son los enemigos capitales de este celestial Espíritu, el cual enseña á decir (Luc. XXII): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha.* Seamos diligentes en limpiar nuestra conciencia con la penitencia y confesión de toda la inmundicia y de todo polvo, por pequeño que sea; porque es huésped limpísimo, y no es bien darle casa que lo descontente. Tengamos paz de dentro y de fuera, porque por honra del huésped los rencillosos suelen disimular sus rencillas. Y metido Él en nuestra casa, guardémosle palacio, que es el Rey muy alto, y no es razón que lo dejemos dentro de nos, y nos vamos nosotros á ver vanidades.

Cerremos nuestras puertas, y echémonos á sus pies: digámosle que no tenemos cosa que nos estorbe, que á todo hemos dicho que nos deje solos con Él; y gocemos de Él, que es bastante á hacernos bienaventurados, y que todo el mundo no nos lo pueda quitar. Y si esto así se hace, vuestra merced será consolada en todo lo que desconsolada está, y beberá del río del deleite de Dios hasta embriagarse; y yo lo seré viéndola en manos de quien tan bien la guardará, enseñará y salvará en la eternidad: Él sea favor de vuestra merced, etc.

CARTA Á UNA SEÑORA PENADA,

ANIMÁNDOLA Á PADECER POR CRISTO

Señora, sospecha tengo que vuestra merced está trabajada; y aunque yo mucho desee su consuelo, más deseo su provecho, y por eso más la querría ver con penas y con paciencia, que con descanso y con devoción; porque más agrada á Dios la obediencia en los trabajos, que las gracias que le damos en la prosperidad. Acuérdese de los trabajos de la Virgen Nuestra Señora, que en el sólo trago de la Pasión de su Hijo, y en aquella tan penosa vista cuando le vió llevar á justiciar con tan pesado

madero acuestas, tan desemejado que apenas le conocía, pasó más pena que todas las madres con no ver á sus hijos. Mire cuántos tormentos sentiría la que vió delante sus ojos pasar al que más que á sí misma amaba. ¿Qué sentiría cuando en sus brazos tuvo muerto y tan maltratado al que conocía ser Hijo de Dios y suyo? Y después de resucitado y subido á los cielos, estuvo muchos años ausente de Él, con mucha más pena que las otras madres, porque más que todas amaba á su Hijo bendito. Pues si nos preciamos de ser servidores de Nuestra Señora, ¿por qué no la acompañaremos en sus trabajos? Si alzamos nuestros ojos á la mirar cómo estaba al lado de la cruz de Nuestro Señor, miré-mosla con corazones atribulados, conforme al que Ella tenía; porque no se huelga un desconsolado que lo vayan á hablar con corazones muy alegres. Y así, quien quisiere la comunicación de Nuestra Señora y de su Hijo bendito, quiera también parte en sus penas. ¿Cuándo á tal Hijo y tal Madre faltaron en este mundo trabajos? ¿Cuándo vino placer, que no fuese luego mezclado con gran desconsuelo? Toda la vida no fué sino un penoso destierro y una muy grave cruz, y hasta que de aquí salieron no supieron sino tormentos: y ya que descansan, no quieren que sus servidores tengan ojo á lo que ahora tienen, mas á lo que cuando aquí vivían pasaron.

Señora, el descanso guardado está, y muy grande es: echemos mano aquí del trabajo. Muchos hay que son amigos de mesa de Nuestro Señor, mas pocos de tribulación: y de estos pocos conviene que seamos, si queremos ser sus amigos. Ayudémosle á beber su purga, y en aquello se verá que le queremos bien. No es pequeño negocio ser amigos de Jesucristo, y sólo el padecer declara quién es amigo fingido ó verdadero; y aunque amargue este trago, bébalo, que si mira por quién se bebe, cuán presto se pasará y cuán grande será el galardón, sabrá muy bien por el gran dulzor que en él hallará, y se quejará porque le da tan poquito de él. Enséñese á amar, pues que es amada; y sepa que aquel ama de verdad á Dios que del todo se da á Él y ninguna cosa deja de sí para sí. No haya miedo de ponerse y perderse en las manos de Dios, que todo lo que en ellas se pone queda salvo, y lo que no, será perdido sin falta. Sentencia es del Salvador (Joann., XII): *Que quien se ama, se perderá, y quien se pierde, se ganará.* No mire á lo presente, que cuantos á ello han mirado han sido engañados: alce sus ojos al cie-

lo, para donde fué criada, y pida que la lleven allá, y cueste lo que costare.

Ninguno de cuantos allá están pasó aquí sin mayores trabajos que vuestra merced tiene; y si algunos los pasaron menores, en purgatorio los pasaron más recios sin comparación; porque ha ordenado Nuestro Señor que ninguno goce de sus gozos si no tuviere aquí parte en sus penas; y pues con sus amados, que allá ahora tiene, esta ley ha guardado, no nos llamemos nosotros agraviados, ni queramos, aunque en nuestra mano estuviese, pasar por aquí sin acompañar á Cristo y á su Madre en sus penas. Este es el camino del cielo, andemos por él: este es purgatorio de nuestros pecados, no nos parezca mal. Esta es la empresa de que los amigos de Dios se han de arrear, que el pasar placeres quien quiera lo hace. Acuérdese de lo que Nuestro Señor nos ha dicho (Joann., XVI), como quien bien sabía lo que había de acaecer: *En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y plañiréis vosotros, y el mundo se regocijará: vosotros os entristeceréis, mas vuestra tristeza será en alegría tornada. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque ha venido su hora; mas cuando ha parido niño, ya no se acuerda de la apretura por el gozo de que ha nacido hombre en el mundo. Y así vosotros ahora tenéis tristeza; mas otra vez os veré, y gozarse ha vuestro corazón, y vuestro gozo ninguno os lo quitará.* Esto dice Nuestro Señor; y, por tanto, hasta que nazca este hijo olvide estotros; y hasta que el Señor la vea, sufra con paciencia su destierro, que más presto vendrá que piensa.

PARTE TERCERA

CARTA PARA UNA SEÑORA DE TÍTULO,

CASADA, QUE SENTÍA VARIOS ESPÍRITUS DE AMOR, TEMOR, RIGOR Y BLANDURA

Aumentada.



Leído he con atención, y más de una vez, las dos cartas de V. S. [1], y después de haber pedido á Nuestro Señor lumbre para responder á ellas, me parece que veo á Rebeca preñada de dos hijos, y que el uno pelea contra el otro, y á las veces prevalece el malo contra el bueno. Y paréceme ver un Abel justo, y un mal Caín envidioso, hasta desear y procurar la muerte á su buen hermano. Y paréceme que veo un Faraón, que no quiere que viva varón del pueblo de Dios, y un dragón acechando á una mujer, para en pariendo tragarle su hijo. Y para que más claro parezca lo que digo, que anda el tirano Herodes por matar á Dios Niño, nacido en el portal de Belén. Mas acuérdese V. S. que siendo Dios consultado sobre la guerra que sentía Rebeca en su vientre, por la cual estaba tan penada, que llegó á arrepentirse por haber deseado los hijos y por haber concebido, responde Dios: *Dos gentes están en tu vientre, y dos pueblos saldrán de ti; y el uno vencerá al otro, y el mayor servirá al menor.* En el angustia que esta preñada tenía por la guerra que dentro de sí sentía, podrá ver vuestra

1 En un libro manuscrito de aquel siglo, con diferentes cartas del autor, resulta que ésta se escribió para la Excma. Sra. Duquesa de Arcos, Doña María, hija de la Marquesa de Priego, en respuesta de otras suyas.

señoría lo que tiene dentro de sí. No hay paz entre los dos espíritus que dentro de sí siente V. S., como no la había *entre Jacob y Esaú* dentro del vientre de su madre Rebeca; y no querría que hubiese llegado la pena hasta hacerle decir lo que Rebeca dijo: *Si así había de ser, ¿para qué era menester concebir?* Palabra es de persona amiga de descansar en esta vida, y por no pelear quiere quedarse sin merecer la corona que excede todo ser y valor: la cual no es otra cosa sino el riquísimo y abundantísimo Dios.

No sea V. S. como los flojos de Israel (Exodo, XVI), que á cada cosita trabajosa que se les ofrecía en el desierto, luego se quejaban y se arrepentían de la salida de Egipto: mas ponga sus ojos en quien la sacó, que Él la defenderá del calor del sol que no la queme, y de la luna y frío y tinieblas de la noche, para que no encuentre con malos encuentros, pues que Dios ha tomado á su cargo este negocio y mandado que confíe de Él. Viniendo más en particular á la respuesta de sus cartas, digo que casi cuanto hay que responderle todo le está ya respondido de parte de Nuestro Señor; sino que ella no asienta en ello, ni sabe valerse con el adversario, aunque le han dado armas con que lo vencer. Entienda V. S. que el espíritu que está dentro de ella, y la convida con amor y confianza y anchura de corazón y blandura, es espíritu de Dios y de verdad; y el que la estrecha y hace dudar y desmayar y enojar contra Dios y contra los prójimos y contra sí misma, y parecerle todo mal, es espíritu del demonio y de mentira. Y esta diferencia nota la Santa Escritura que había entre Jacob y Esaú, *que Jacob era blando, y Esaú lleno de vello blanco y áspero.* Y en esto está engañada, pensando que esos males que siente en el corazón son de su propia cosecha, no lo siendo. Porque cierto es que el espíritu sólo de V. S. no sería tan desacatado contra Nuestro Señor, ni tan malicioso, ni tan ignorante como parece en las cosas que en ella pasan. Porque hacerle entender que en todo cuanto hace peca, y aun mortalmente muchas veces, es cierto ser mentira y del demonio, pues ella misma entiende y ve que no hay tal.

En conclusión, entienda V. S. que aunque en su corazón hay algunas raíces del mal, como en corazón que viene de Adán, lo edificado sobre ellas demonio es, y los alborotos levantados del demonio son por matar á Jesús, que en su ánima ha nacido

por su sola bondad. Y esta es cosa tan usada en este camino, que casi no hay quien por esta ley no pase, porque en contrapeso de gozar de Dios le han de dar que sufra al demonio. Y pues es ley tan general de que Dios usa con sus amigos, pase vuestra señoría por ella, pues es uno de ellos, y asiente en su corazón que esto ha de ser así, y que por aquí van al cielo. Y conociendo quién es cada uno de los que hablan dentro en ella, será cosa fácil alcanzar victoria; pues descubierta la verdad, la creemos, y descubierto el engaño, lo descreemos y lo aborrecemos. La muerte de las afecciones á toda criatura que Dios le pide es muy justa: y así está dicho por boca de San Pablo (I Cor., VII): *Los que tienen mujeres, como si no las tuviesen; y los que usan de las cosas de este mundo, como si no las usasen.* Y esta muerte no quita el amor de los prójimos, ni quita el amor de las cosas de Dios; porque como después de la muerte del Señor vino su Resurrección, así después de esta muerte de todas las cosas viene una resurrección, que es una nueva vida, en la cual el ánima se alegra con todas las criaturas de Dios, y las ama y abraza, gozando de ellas en el mismo Dios. Y esto es lo que le han dicho, que puede amar al Señor en sí mismo, y lo puede amar con todas las criaturas, y gozar de Él en ellas. Y pues lo dejan en su elección, haga lo que más paz diere á su corazón, pues es señal que aquello es lo que más á Dios agrada: con condición, que viva con cuidado no se pegue el corazón tanto queriendo amar en ellas á Nuestro Señor, que sienta que se le aparta el corazón del amor de Dios.

Mas mientras no hubiere este peligro, sino un amoroso talante para con Dios en las criaturas, goce enhorabuena de Él en ellas: aunque más veces debe usar el amar y gozar del Señor en sí á solas, porque es cosa más lejos de los peligros que de la memoria de las criaturas suelen venir. Así que no le pese de morir tal muerte, pues es medio para alcanzar mejor vida, que es vivir á Dios, y no sin gran gozo de V. S. La confianza que ha mandado el Señor que tenga en Él, es justo que la tenga, pues le enseñó el abundantísimo mar de su amor, que no tiene término. Y no le engañe el maligno espíritu, diciéndole que el amor que Dios le tiene mostró tenerlo á todos; y con ser así, se pierden muchos por no se aprovechar de él; porque una cosa es amar á Dios cuanto es de su parte, á todos y ayudarles para que se salven, y otra cosa es amar con afecto más particular,

que es hacer que una ánima le ame á Él, que esto es señal que Dios la ama con particular amor y que es uno de sus escogidos, que el *ab aeterno* predestinó, no por merecimiento de ellos, sino por mostrar Él su bondad en ellos, porque no pareciese sola la justicia en castigar á los reprobados por sus pecados, sino también la gloria de su misericordia en querer guiar sus escogidos al cielo.

Cierre V. S. las orejas á las muchas pláticas que el demonio y su propio corazón le trajeren, diciendo: ¿Para qué me quiere á mí Dios llena de tanta inhabilidad para el bien, tan sin provecho para él, y, en fin, con tantas faltas que yo misma me aborrezco á mí, y que juzgo ser cosa muy justa que Dios no me ame? Porque todo esto es de no conocer los tesoros de la bondad de Dios, ni el secreto de su voluntad con que escoge vasos indignos en que enseñe las riquezas de su misericordia. Y esto suele nacer de una secreta raíz de soberbia, con la cual querríamos ó no haber menester á Dios, ó si lo hubiésemos menester, que no nos diese de gracia lo que nos da, ó á lo menos que ya que no lo merecemos, no lo desmereciésemos tanto.

Este es el mal consejo de nuestro corazón, y la herencia del hurto de la divinidad de Dios, que nuestra madre Eva quiso hurtar. Y por esto no nos consolamos de ser amados de Dios, ó no lo creemos, porque no querríamos que fuese verdad ser amados siendo tan dignos de ser aborrecidos: y como en nosotros no hay quilates de bondad para sufrir tachas ajenas sin desgracia, ni tenemos amor para amar cosas que son tan menguadas, no podemos creer que Dios lo tenga, por pensar que es como nosotros. Y no mirando que ha dicho Él (Isa., LV): *Como son ensalzados los cielos de la tierra, así lo son mis caminos de los vuestros:* y si en todos los caminos que Él anda es maravilloso y alto, mucho más en los caminos de su misericordia para con sus escogidos, los cuales son de Él tan amados que es para sacar de juicio á quien lo conoce: y si en cosa es maravilloso Dios, en ésta lo es más que en criar los cielos y la tierra y cuanto en ellos hay; porque si esto crió, no hubo quien le contradijese, pues no hubo quien le hiciese resistencia.

Mas amar donde tanto desmerecimiento y desagradecimiento y pecados hay (ó habría de nuestra propia cosecha), esto sobrepuja á todo juicio, tanto, que no hay ninguno que no quede ahogado en la admiración de tanta bondad. Y porque esta

bondad más parezca, anda buscando Dios persona á quien amar, que son más indignas de ser amadas: y como San Pablo dice (I Cor., I): *Escoge las cosas flacas, necias, bajas y para menos, y allí pone sus ojos, para enseñar Él la grandeza de su bondad en amar Él á los tales; y las de su poder y saber defendiéndolas y rigiéndolas para su gloria,* como Él lo dijo (Isa., XLIII): *Este pueblo escogí yo para Mí, éste cantará mi alabanza.* De manera que este negocio en gracia se funda, no en propio merecimiento ni habilidad. Y quiere Dios que sepa quién es Él en bondad, y le gloriflque; y si no puede alcanzar quién es Él en bondad y cuán grande es en sí mismo, á lo menos sepa cuán grande es en bondad para con ella, y que le alabe y le ame, y se fie de Él. Y cuanto ella es menos para esto, más parecerá quien Él es.

No se desmaye en ninguna manera por verse tal, ni pare su vista en sí misma, sino luego pase á Dios, y diga: ¡Oh bondad admirable, que á cosa tan indigna amáis! ¡Oh bendita paciencia, que tales faltas sufrís! Señor, no he menester mirar los cielos ni la tierra, ni todas las otras hermosuras que en ellos criasteis, para rastrear y conocer algo de vuestra hermosura y bondad, sino mirar mis maldades y mi fealdad que de mí misma tengo, y allí veo vuestra bondad mejor que en todas las otras cosas. Señor, ¡que con todo esto me amáis! ¡Que no me echáis de delante de vuestros ojos, siendo yo cosa tan fea y leprosa de mi propia cosecha! Señor, ¡que á tales criaturas dais la hermosura de vuestra gracia y amor! Verdaderamente más me amáis que nadie, y más que yo misma, pues lo que nadie me sufriera, y aun lo que yo no me sufriera, vos me lo sufrís, y desámome y desgráciome yo conmigo, y Vos no, Señor.

Este, señora, es Dios: Este, que es mayor en bondad que todos: Este, que tengo harto que hacer en creer cuán bueno es, Este es Dios: Este, tan rico en bondad y amor, que arde como fuego en seco. Este es Dios; y así como su ser es infinito é incomprensible, así lo es su amor. Pues si Dios, como San Juan dice, es amor, y Dios es infinito, ¿qué se espanta que la ame el Señor siendo ella quien es? ¿Dios no es mayor que no ella? Cierto sí, pues lo mayor vence á lo menor, y la mayor bondad vence á toda maldad; y así Dios es bueno para con ella, y la limpia, justifica y hace agradable, aunque ella sea quien es, hija de ira y de perdición de su propia cosecha.

Esto asiente así en su corazón, y por esto dé gracias á Nuestro Señor, que quiso que fuese una de sus escogidas y de las que hallen gracia delante de sus ojos, y que es amada de Él: y donde este amor hay, todo lo encubre, según que está escrito: *La malquerencia despierta rencillas y el amor apaga las levantadas. Todo esto encubre el amor: todos los pecados encubre la caridad,* como lo dijo San Pedro (cap. IV), y este principalmente es el amor que Dios tiene á sus ovejas, de las cuales dice (Joann., X): *Que ninguno se las quitará de sus manos, ni ellas tampoco se le irán, porque Él las tendrá; y si las dejare caer, levantarlas ha.* Si quiere gozar de esto, crea que cabe esto en la bondad de Dios, y alégrese en que tal Dios la ha tomado por suya. Y si su corazón le dijere que ¿cómo es posible?, dígale que Dios todo lo que quiere puede, y que quiso Él darle su amor; y lo que Él da, ella lo puede muy bien poseer, no por título de merecimiento, sino de merced; y diga: no soy digna de ser amada; mas sin serlo, Él es digno de ser amado; y para esto ama, para dar su amor. Y pues Nuestro Señor le da gracia para no caer en culpas mortales, que no lo son las que comete, esté confiada que está en su gracia; porque si Dios tiene bondad para de enemigos hacer amigos, por la sangre de su Hijo tenerla ha para amar á sus hijos aunque en esas faltas pequeñas caigan. Y esto respondo á lo que V. S. me pregunta, que ¿en qué confiará que está en gracia? Digo que en tener propósito de no ofender á Dios mortalmente, y pesarle de le haber ofendido; y pues esto le ha dado, no sospeche enemistad habiendo paz.

Vengamos á lo que más pena le da á V. S., que es verse presto despojada de lo bueno y llena de lo contrario, lo cual nace de la poca experiencia que tiene en este camino. Esto, señora, hace el demonio, y permítelo Dios para que saquemos de ello muy grandes bienes. Conviene que pruebe nuestra locura una y muchas veces cómo el bien que tenemos no es nuestro; porque apenas hay cosa en que tan presto queramos pecar como asir en la honra y complacimiento de lo que somos. Es menester que lo que teníamos muy asentado y fijo lo veamos á cabo de un credo tan lejos de nos, que ni aun el rastro no nos quede, y que nos veamos tan sin arrimo, que en ninguna cosa hagamos pie, para que así veamos que no estamos en nuestros pies, sino en las manos de Dios, y que es pura limosna la que

nos hace en darnos lo que nos da. Y si le parece que es recia prueba ésta, y que menor bastaba, digo que plega á Dios que ésta baste; porque según es nuestra locura, veces acaece haber estado en punto de perdernos, y en visitándonos Dios luego pensamos que algo habemos hecho y merecido por aquello que nos viene. Y no sin causa dijeron aquellos Padres del Yermo, que la postrera batalla y la más importuna es la de la soberbia, y por esto ha menester más continua y más recia cura; y esta es, como digo, verse el ánima tan desamparada y toda llena de infierno, y que pierda los bríos de puedo, valgo y sé valerme por mí.

Mas en estos trances no se desbaratan los experimentados; mas entienden el negocio, y aunque afligidos, no desesperados; mas sufren su cauterio como pueden, esperando que se les pase aquella tormenta, y venga bonanza, mayormente cuando piensan: otras veces me he visto en esto, y me ha librado Dios; lo cual no entienda V. S. que basta para quitar la pena, mas basta para que no se desbaraten con ella. Y aunque sienten sentimientos de odio con Dios y desesperaciones muy inferiores, y verdaderamente sentimientos del espíritu del demonio, no se derriban, sino como quien sufre un frío recio de ción [1], están debajo de aquel azote, no consintiendo en nada de aquello, sino sudando por no irse tras de ello, y esperando que se les pase; y si hablan, entonces disimulan lo que tienen; y si rezan, otro tanto. Y al fin hacen lo que han de hacer, aunque vayan sin corazón y contra corazón, y buscan cómo se les pase aquel rato, hasta que torne Nuestro Señor con su luz; y tornada, no desmayan por lo pasado, que bien saben que ha sido obra del diablo, sino entienden en humillarse á Nuestro Señor y en agradecerle lo amargo que les dió y la visitación que les visita, y creen que una es medio para la otra, porque así lo enseña la experiencia, que tras gran batalla, gran consuelo, y tras gran consuelo, gran guerra.

Así que, señora, lo que V. S. ha de hacer en esto es no turbarse dentro del corazón, aunque lo de encima se turbe. Diga á Nuestro Señor: aunque yo estoy mudada, Vos el de ayer sois; y aunque os escondéis, conmigo estáis, según vuestra promesa, que decís (Psalm. XC): *Con Él estoy en la tribulación;* y pues

[1] *Ción*, igual á calentura ó terciana intermitente: es palabra castiza y usada en muchas partes del reino de Toledo, en que el Beato Avila había nacido.

conmigo estáis, sea enhorabuena: estemos juntos, y sea en cruz: mirad por mí, pues que yo no soy para ello. Y refrene la ira cuanto pudiere, y el desabrimiento; y aunque esté á su parecer en el corazón, crea que no está en el corazón interior, sino en el exterior: y no se turbe, porque no tiene Dios la principal cuenta con aquello que se siente, sino con lo interior, como acaeció á Santa Catalina de Sena, que siendo molestada muy reciamente de imaginaciones deshonestas, dijo al Señor: *¿Y dónde estábades Vos, Señor, cuando yo tal padecía?* Respondióle el Señor: *En ti estaba;* y en esto lo verás, *pues te desplacían esas imaginaciones, que si yo no estuviera dentro, aplaciérante.* Así que halla el ánima dentro de sí aplacimiento; mas con lo de más adentro desplácele y aborrécelo; y esto es lo que mira Dios.

Hable V. S. con paz, y hágase lo que se hubiere de hacer con paz, sufriéndose con paciencia como sufriera á otro que aquello tuviese; y no hay de qué tomar pena entonces por estar así con esto, porque no es cosa que es en su mano, ni en que tiene culpa; y si alguna hay, es muy poca: y aunque le parezca que está sin amor, y que no puede llamar á Dios, no se fatigue, que la misma tribulación llama á Dios, el cual tiene cuenta con el trabajo y dolor, como dice David (Psalm. XLI): y si se acostumbra á no tomar pena, irále en gran manera mejor; y mientras más pena tomare, peor le irá: que esto quiere el diablo, como á uno que ven que se corre, más lo persiguen los pajes. Disimule con ello, no haga caso de ello, no ponga allí el corazón, mírelo como á una obra del demonio, y con todo el sosiego que pudiere dejarlo pasar, é irle ha mejor. Otra vez le aviso que no se amargue por ello, é irle ha bien; y créame, que entonces con cuán fea ve que está, agrada al Señor tanto y más que cuando está muy devota; porque si cuando está muy devoto está de placer, cuando está tentada está de provecho; y este es el que quiere Dios; mas no para Él, sino para ella.

Las ocasiones que para esto da conviene que quite en todo caso, que son pensar que cada cosita es pecado; y que ya que caiga, se levante luego y se vuelva á Dios. Esto se ha de curar muy de raíz. De pecado mortal esté muy confiada por la bondad de Dios que no la dejará caer en él; y si cayere, verá muy claro lo que es; porque en los que aman á Dios y lo temen no suele así acaecer que los deje caer Dios, sino es queriendo ellos á sa-

biendas derribarse. En los veniales crea que por mucho que se mire ha de caer alguna vez; y asiente en su corazón que por estas faltas no se va Nuestro Señor, ni se enoja del todo, sino que le agrada mucho la humildad del propio conocimiento y la libertad del corazón con que van sus hijos á Él á pedirle perdón con buena gracia; y con esto se lo da sin más alborotos, que son más dañosos que las mismas caídas. Y si á ella le parece que es cosa recia recibir con amor á gente que así cae, digo que por eso es Él, y no ella; y si ella no tiene bondad para hacerlo así, no quiera quitalla al que la tiene para lo hacer; porque aunque se la quiera quitar, no podrá.

Entienda en las cosas de casa sin pusilanimidad, con alegría, pensando que Dios se contenta de ello, y que Él se lo manda, que así es la verdad; y no piense que le anda Dios poniendo lazos en todas las cosas, sino con corazón esforzado y alegre (llevando á Dios delante) riña y mande, y haga lo que conviene, en fe que agrada á Dios en ello; y aquel dejar de hacer las cosas, porque le parece mejor no hacellas, por lo quitar la propia voluntad, es engaño del diablo, y huya de él; sino haga lo que ve que conviene según buena razón, y lo que es menester hacer y cumplir, y no tener el corazón caído y sin nervios, sino un corazón que tenga dentro de sí otro corazón y esfuerzo: que una cosa es dejamiento de corazón, y otra recogimiento de corazón. Los dejados son flojos, y están caídos como un corazón descoyuntado y sin fuerza. Los recogidos traen el corazón esforzado y unido, y no caído, sino alzado á Dios y á lo que es menester: no mortecinos, sino avivados y diligentes en lo que conviene; y aunque ocupados en Dios, no faltan á lo que son obligados, sino como pueden se esfuerzan á cumplir con ambas cosas.

Verdad es que el recogimiento quita mucho la memoria; mas para esto hay remedio de escribir lo que se ha de hacer, y mirarlo muchas veces: y así remediase con el papel en la mano, y la persona que tiene casa que regir es bien que salga algún poco más de su corazón para cumplir con lo que debe, que si no tuviese casa á su cargo; y esto se ha de hacer con fe creyendo que agrada á Dios en ello, y no pensando que nos quiere hacer reventar; *porque sus Mandamientos suaves son para quien lo ama:* y las horas del recogimiento puede V. S. mudar á tiempo más desocupado; y no ha de pensar que teniendo tan

buen Padre en el cielo, como tiene, no ha menester á nadie; porque este Padre es amigo de caridad y humildad, y quiere aprovechar á unos por medio de otros, y quiere salvar á unos por medio de otros; y por esto ha de esperar en Dios, y que todo su remedio viene de Él; mas si quiere Él, por manos de quien Él quisiere, le hará bien.

Dirá V. S., pues: Señor, yo quiero buscar vuestro favor por medio de cuantos pudiere, pues no sé por medio de quién me habéis de salvar. Y con esto se humille á todos; porque es posible que haya Dios elegido para medio de su salvación la oración de una persona de muy poca virtud. De manera que su esperanza, que por sí y por medio de otros la haga buscar cuantos pudiere; y el no querer ser de las más altas en santidad se remedia con ofrecerse tal cual es á Nuestro Señor, y no querer ella nada para sí, sino que Él la ponga donde Él quisiere, y que allí estará contenta: y suplíquele que sea en el más chiquito lugar del cielo, con que esté muy contento Él; y sepa estimar cuán gran bien es hallar gracia delante de Dios, y verá que no hay gracia pequeña; y cuando este pensamiento combatiere, diga: *No mi voluntad, Señor, sino la tuya sea hecha.* El pensamiento que le viene cuando ha confesado que no queda bien confesada, es tentación del diablo: no torne á confesar, sino comulgue, y diga lo que se le olvidó á Nuestro Señor, pues que no son pecados mortales. El servir á Dios es para ser regalada de Él unas veces, y otras para que ella le regale á Él; y cuantas más veces hiciere lo segundo, será mejor sierva: que los regalos Él los guardará para el otro mundo, donde mientras Él fuere Dios no dejará de regalar á los suyos. Espere un poco, y contentarla ha Nuestro Señor en esto.

Entretanto pásese con lo menos que pudiere, no porque no tiene Jesucristo amor para ello, sino porque á ella es más provechoso; y trabaje de no le ser incrédula; mas crea y confíe ser amada de Él, aunque no le muestre regalo ninguno. Y si dice que sobre qué prenda, digo que sobre muchas que Dios le ha dado. A lo que dice que no tiene condición para servir á Dios, digo que la mayor parte de esa condición, ó, por mejor decir, imaginación, es causada por el demonio, y tentación suya es. Dios se contenta con ella; no tiene con quien más cumplir; para eso la tomó, y la llamó para hacerla de mala, buena. Poco á poco se mudan las condiciones: súfrase, pues Dios la sufre;

y procure de ir ganando algo de mejoría, aunque sea poca.

¿Desea tener vida con buena esperanza y amor sin contradicción? Deseo es de carne por holgar y vivir á su placer. Quien á servir entra, á voluntad de su Señor ha de andar; y de tal Señor, que nos lleva por do más nos cumple. Ofrézcase á la voluntad de Dios, y no elija por dónde ha de ser salva, que Él tiene cuidado de ella. El ser inconstancia que pide, él vendrá, que temprano es: y no crea V. S. que á los que sirven á Dios nunca les falta sentimiento del amor que á Nuestro Señor tienen, y de la esperanza: más veces les falta que tienen cabellos, más que por ello. Pruebas son para ver si saben llevar cruz y navegar con vientos contrarios; y aunque no sienten siempre que Dios los ama, créenlo aunque sin gusto; y si este crédito les quitan, no se fatigan con pensar Dios lo proveerá; y como les ha acontecido esto muchas veces, no se turban; y cuando muchos le acosan diciendo: Dios no te quiere bien, dicen ellos: si Dios no me quiere bien, yo lo quiero querer á Él, y seguirle hasta la muerte; y aunque no tengo claro conocimiento del amor, esto tengo que por ninguna cosa le quiero ofender mortalmente; y en esto veo que lo amo y quiero más que á mí.

Holguéme cuando leí que me tenía cansado más que cuantos he tratado; porque diciéndole yo que se engaña, y creyéndolo, entenderá V. S. que si á mi poca caridad no cansa, menos cansará al fuego de ella, que es Dios; y otras mayores barajas he visto, y en mayores guerras me he hallado, y con la gracia del Señor he estado contento en ellas. No tengo lugar para más escribir, que es víspera de Ramos, y ayer fué día de sermón. Dios sea luz de V. S., y acabe en ella lo que ha comenzado. *Tenga esta confianza, no para que la haga descuidada, sino agradecida y esforzada.*

CARTA Á UNA SEÑORA DE TÍTULO

QUE DESEABA SERVIR Á DIOS, Y NO SE ATREVÍA Á LO COMENZAR: ANÍMALA Á QUE COMIENCE FIADA DE DIOS, QUE LE PUSO EL DESEO.

De vuestros santos deseos de agradar al Señor huelgo mucho, y de vuestra pusilanimidad en ponerlos por obra tengo pena; porque tengo por mal caso osar quedarse uno en la vanidad de su vida, y no osar comenzar partido nuevo por Dios, confiando del mismo Dios. Hermana, ¿y quién hubo desde que hubo

hombres que esperase en Dios, y tuviese cuenta con sus Mandamientos, y fuese de Él desamparado? ¿Quién le llamó con entero y perservante corazón que de Él no fuese oído? El nos anda buscando é incitando á que le sirvamos. ¿Cómo es posible, pues Él es bueno y verdadero, que no salga al encuentro y nos eche sus brazos encima, y nos favorezca cuando vamos á Él? Sí hará, cierto, sí hará, y muy más cumplidamente que nosotros podemos entender, según dice San Pablo (Hebr., IX): *Comenzad, sierva de Dios, y comenzad arrimada á Dios, fiada de Dios, confiando que quien el deseo os dió, os dará el obrar y el acabar, pues no despierta al dormido sino para hacerle muchas mercedes después de recordado.*

Comenzad con denuedo, con diligencia y fervor; porque no hay peor cosa que principiante flojo, y que tiene mucha cuenta con su cuerpo de regalarlo y con el mundo de contentarlo. Cerrad los ojos á las alabanzas humanas y á los vituperios también, que presto veréis tornado polvo y ceniza al que alaba y al alabado, y al que deshonra y al deshonrado, y seremos todos presentados delante el juicio de Nuestro Señor, donde tapará su boca la maldad, y será la virtud muy honrada. Entretanto asíos de la cruz, y seguid al que en ella fué deshonrado y perdió la vida por vos, y escondeos en aquellas llagas, para que cuando venga el Señor por vos, os halle dentro de Él, y os hermosee con sus dones, y os dé á sí mismo en pago que dejasteis todas las cosas por Él y á vos con ellas. Mas ¡oh, cuán poco deja quien todo lo deja, pues no deja sino lo que presto ha de dejar, quiera ó no quiera! Y aun el gozar de ello es una grave miseria, pues todo lo que Dios no es, es grave carga y dolor para el ánima. Abástaos Dios, abridle las entrañas, y gozad de Él, que blando lo hallaréis y lleno de amor, mucho más de lo que pensar podéis.

Algunas veces me paro yo á pensar cómo una persona quiere ó puede querer mal á otra estando en medio de entrambas Jesucristo Nuestro Señor, cómo puede tener desabrimiento con el cuerpo quien tiene ó debe tener amor con la cabeza. ¿No sabéis, Hermana, que cuando el Señor resucitó y apareció á sus discípulos se puso en medio de ellos (Luc., XXIV), y no á la cabecera ni en otra parte? Y esto ¿para qué sino para que entendiésemos que está en medio de nosotros, y que no podemos querer ni hacer mal á nadie sin que primero lo hagamos á Él?

Quien al prójimo quiere mal, á Cristo, que es su cabeza, quiere mal; y quien á Cristo quiere mal, mejor le fuera no haber nacido, pues no sabe conocer aquello para que fué criado, que es para amar á este Señor. Pensad, Hermana, que vuestros prójimos son cosa que á Jesucristo toca, que son imágenes suyas, que son cosa por la cual dió su sangre, y decid: *¿Cómo querré yo mal á quien mi Señor quiere bien?* ¿Cómo desearé muerte á quien Él quiere dar la vida? Murió mi Señor por estas personas, y tornaría otra vez á morir por ellas si menester fuese; ¿y dejaré yo de amar á quien Él tanto ama?

¿Qué se me da á mí que me hagan malas obras, pues no las amo yo por quien ellas son ni por lo que á mí hacen? Por Cristo las quiero. ¿Qué parte son sus obras para quitarme el amor que por Cristo les tengo? Plega á Dios que sean muy grandes delante su acatamiento, y que gocen ellas de Él, y Él de ellas, para que haya más templos donde mi Señor more, más ánimas que le alaben y sirvan, más corazones que le amen, pues Él lo merece; y cada vez que las viéredes, decid: *Señor, gozad Vos de estas ánimas, y no sean de otro sino vuestras.* Señor, gocen ellas de Vos, pues Vos queréis daros á todos; Señor, vuestras imágenes son: estén tales que representen á Vos, y á ellas y á mí y á todos dadnos perdón, gracia y gloria. Y si la carne no quisiere decir esto, dígalo el espíritu, y alzad el corazón al Señor pidiéndole socorro, y diciendo: Señor, por tu amor, y no por ellas: poco á poco os hallaréis en paz; y si guerra hubiere, no seáis en ella vencida, ni digáis ni hagáis cosa que no sea buena para con ellas, ni consintáis cosa en vuestro corazón que sea perjuicio contra ellas.

Los escrúpulos de las confesiones son tentaciones del demonio para atormentaros y quitaros la dulcedumbre del corazón, y dejaros sin gusto de las cosas de Dios; porque el corazón escrupuloso no está bueno para amar ni para confiar, ni le parece bien el camino de Dios; y luego se va á buscar otros caminos donde más se deleite, por no hallar en el de Dios lo que le contentaba; y tiene la culpa el escrupuloso que levanta tranquillas donde hay paz, y no el camino de Dios, que es muy suave y muy llano. Haced burla de ellos, y sujetaos á lo que os dicen vuestros confesores, y no os dejéis llevar del escrúpulo ni de vuestro parecer, sino decid: *Mi Señor Dios no es escrupuloso:* yo hago lo que me mandan de su parte: no tengo más que dar

cuenta. Daos, Hermana, priesa á amar, y quitárseos han los escrúpulos que nacen del corazón temeroso, y el amor perfecto echa fuera el temor. Orad al Señor, y decidle: *Deus meus, illumina tenebras meas.* (I Joann., IV; Psalm. XVII.) Y confiad de su misericordia, que sirviéndole vos, Él la hará con vos, y os dará á entender cada día qué os falta, para que lo remediéis. También os reid de la vanagloria, y decidle: ni por ti lo hago, ni dejaré de hacer: Señor, á ti ofrezco cuanto hiciere, dijere y pensare. Y cuando venga la vanagloria, decidle: tarde venís, que ya está dado á Dios

Buen consejo es que los principiantes no hagan cosas que parezcan de mucha santidad; porque como son ternecitos, y su negocio todo está en flor, suele el viento hacerles daño; y esles mejor esconder sus bienes que no demostrarlos. Y así lo haced en cuanto fuere posible, y lo que no, hacedlo sin miedo; y alzad luego el corazón al Señor, y decid: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* O decid: *Gloria Patri, et Filio, etc.* Y por conclusión os encomiendo que echéis de vuestro corazón todo aquello que Dios no es, y améis en este mundo el lloro, soledad, y humildad y trabajo; y vuestros ojos siempre al Señor, porque librará vuestros pies de los lazos. Poned en obra la ley de Dios, y veréis cómo os allana el camino y os pone vuestros enemigos debajo de los pies, y entenderéis obrando lo que no podéis hablando ni oyendo; porque en este camino aprenden poco los flojos y habladores, y mucho los diligentes obradores. *Jesucristo va delante de vos; seguidle con vuestra cruz, y con Él os veréis en el cielo.*

CARTA Á UNA SEÑORA DE TÍTULO:

ENSÉÑALA QUE LA HAMBRE DE NUESTRO CORAZÓN NO LA PUEDE HARTAR, SINO EL ESPÍRITU DEL SEÑOR: QUE LA FIESTA DE ESPÍRITU SANTO ES DISPOSICIÓN PARA LA DE CORPUS CHRISTI.

Señora, deseo tengo de saber de qué parte se mantiene ahora el corazón de V. S.; porque si miramos á la semana en que estamos, es del Espíritu Santo, el cual da lumbre al entendimiento, infunde amor en la voluntad y fortaleza en el cuerpo con los cuales tres panes tenemos que poner delante de nuestro amigo, que viene del camino hambriento y cansado; porque la hambre que nuestro corazón siente andando fuera de sí, y ocu-

pado en las criaturas, suele el Espíritu Santo quitar dándonos pan de hartura. Y ¡ay de nos si no sentimos la falta que en las cosas criadas hay, y no nos tornamos ya á nuestro corazón, siquiera cansados de haber hallado falta y mengua donde pensábamos que había algún sosiego! ¡Oh, válame Dios! ¿Y cuándo hemos de tener ánima casta y leal á su esposo Cristo, dándole nuestro amor puro desnudo de la bajeza de las criaturas? ¿Cuándo hemos de entender de verdad que el varón de nuestra ánima es Cristo, y que nos crió Él para sí, y que Él es muy propio para nosotros? ¿No basta lo que muchas veces hemos probado cuando mal nos va en la tierra, y que nunca nuestra ánima ha tenido descanso, paz ni sosiego sino cuando, conociendo su propia mengua y poquedad, se va á Dios y es de Él recibida y amparada? ¿No vale más un rato de aquéllos, que toda la vida de los que á la vanidad y ruido de las cosas del mundo ignorante viven? ¿No será ya tiempo de decir á todo lo criado: *no os conozco*, por aparejar morada limpia y desocupada al que os crió é hizo de nada?

Pláceme mucho que lo hemos con un Espíritu Santo, y tan Santo, que no quiso venir á los discípulos del Señor hasta que el cuerpo de Él se les quitase delante, para que conozcamos su condición qué tal es, y le aparejemos templo donde otro no more si Él no; y huelgo mucho que V. S. con gracia de Él se habrá aparejado y le habrá recibido, y estarán Él y ella contentos. Huélguese V. S. con Él, porque Él gozo es; y mire que dice el Apóstol San Pablo (Ephes., IV): *Que no entristezcamos al Espíritu Santo de Dios, con el cual estamos señalados para el día de la redención, que es el juicio final.* Aquel entristece á este Espíritu que con pereza y caimiento de corazón anda flojo, tibio y perezoso en su santo servicio, y hace cosas que no agradan á este altísimo huésped: el cual, como es fuego, quiere que su siervo sea ferviente y ande muy vivo, echando siempre leña de buenas obras, y soplando con santos pensamientos para que este celestial fuego no se apague en nosotros, pues nuestra vida está en tenerle vivo; y así, manteniendo nosotros este fuego, mantiénenos Él, y aun lo que le damos, Él nos lo da: de manera, señora, que de esta parte buen manjar tiene V. S. en esta semana, pues la habrá celebrado no en carne, como los que se contentan con el sólo estruendo de las festividades; mas habrá celebrado fiesta de Espíritu en el espíri-

tu, según el Señor dice : *Que quiere adoradores espirituales.*

Ahora veamos cómo le va con el olor de la fiesta del Cuerpo del Señor, que tan presto viene; porque para los corazones cristianos, grande afrenta será no oler este santo pan antes que venga su fiesta, pues le olieron los Magos desde tan lejos, y aun los Profetas y Patriarcas mucho antes que encarnase. ¿Qué mejor nueva que la de ver andar á Cristo por las calles entre nosotros, andar entre nuestras manos comunicando y tratando con hombres, y tenerle delante de nuestros ojos, y al que no cabe en cielo ni en tierra, ver encerrado en una pequeña cortina de accidentes de pan, y después entrar en nuestro tan pobre é indigno pecho? Señora, no oiga V. S. estas nuevas con orejas sordas, despierte á su corazón, y dígale que se halle muy atento á tan gran merced y obra de Dios; y que vomite todo otro manjar que tenga, para que hambriento se harte de este celestial pan de que comen los ángeles. Dígale que vele estos días, porque entonces no se duerma. Y pues es semana de Espíritu Santo, pídale gracia para saber sentir la fiesta del Cuerpo que fué concebido por Espíritu Santo; y cuando venga la fiesta del santísimo Cuerpo, vendrá con él el Espíritu Santo, porque por merecimiento de Cristo descendió este Espíritu.

Cuando el cuerpo de Cristo se nos da, con Él se nos dan sus merecimientos, según la medida de la disposición que llevamos; de manera, que una fiesta ayuda á otra, y es aparejo para otra, y pone gana de comer para la otra; que no hay aquí lo que en los carnales convites, que los muy hartos en la comida no han gana de comer á la noche. De fiesta en fiesta anda el ánima comiendo con nuevo sabor, cumpliéndose lo que Dios prometió (Lev., XXVI): *El trillar de los panes alcanzará á la vendimia y hasta la sementera, y comeréis vuestro pan en hartura.* Bendita su bondad, que tan largamente nos provee, no como quiera, sino dándose Él mismo á nosotros. El Hijo nos es dado, y por Él el Espíritu Santo; y dándosenos estas dos personas, no se queda el Padre sin dársenos. Nuestro es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ya comenzamos acá la contratación que en el cielo hemos de tener: agradezcámosle sus misericordias, aparejémonos para recibir las que quedan, y con corazones levantados de la tierra celebremos las fiestas del cielo, para que de regocijos temporales pasemos á los eternos, en los cuales vuestra señoría se vea. Amén.

CARTA A UNA SEÑORA DE TÍTULO

AFLIGIDA, EXHORTÁNDOLA Á SUFRIR CON CONFIANZA EN EL SEÑOR

Aunque los temores aflijan mucho, este consuelo puede vuestra señoría tener, que son temores vanos, y que no tiene por qué tenerlos: y en esto verá quién somos; pues cuando andábamos sin respeto ni temor de Dios, no temíamos; y cuando tenemos algún respeto á Él, no nos podemos valer de temores, habiendo de ser al revés; pues al que no teme á Dios le están hechas amenazas graves, que son para hacer temblar á los muy altos; y al que teme á Dios le está mandado que se consuele y confíe en la misericordia de Él, que está prometida á los que le temen. En prueba está V. S., y por ese fuego ha de pasar, para que vea y entienda y toque con sus manos quién es y quién sería, y se torne polvo y ceniza en sus ojos, y desconfíe de toda su habilidad y fuerza; y así, pobre y llagada ha de aprender á ser mendiga, importunando las orejas de Cristo pidiéndole alguna limosna. No puede la vanidad de nuestra soberbia y propio aplacimiento ser curada sino con dejarnos Dios en nuestras manos, para que así veamos quién es aquel de quien nos hemos enamorado y de quien nos hemos contentado. Y cuando hubiéremos bien entendido quién somos, y huyéremos de nosotros como de pestilencia, y nos fuéremos á Jesucristo pidiéndole nos favorezca contra nosotros, seremos de Él remediados.

Espere V. S. la cura, y cura con fuego, que por ella vendrá la salud. No se desmaye, no se canse: sea ella su cruz, quizá algún día fué ella su ídolo: no se dé tanta priesa á sentir sus temores, que escrito está (Isa., XXVIII): *Quien creyere no se dé priesa;* porque Nuestro Señor quiere que del todo nos sujetemos á su voluntad y la esperemos. Y como algunos no han andado camino de voluntad ajena, háceles de mal cuando dan algún paso fuera de la propia. La suma es que Nuestro Señor quiere dejar á V. S. se vea y conozca, para que las mercedes que después le hiciere no se alce con la honra de ellas; mas tenga muy visto quién es, y quién sería si por Él no fuese. No se haga pusilánime, pues quiere servir á Dios, porque á los tales manda Él que tengan un león de esfuerzo en el corazón, y hacen afrenta á Nuestro Señor los que le quieren servir y no se confían de Él; y pues Él ha traído á V. S. estando ella lejos, no

la dejará estando ya cerca. Quien á la ajena tomó por hija, no dejará á la que ya lo es; y esta sea su prenda de lo que hará, el mirar lo que ya ha hecho, y no me falta deseo de ir por allá; mas si V. S. quiere mirar esto que aquí digo, creo sentirá alivio: *y sirva á Nuestro Señor con buen corazón, y sentirá el remedio, que en Él está.*

CARTA Á UNA SEÑORA DE TÍTULO:

TRATA CÓMO ES GRAN MERCED DE DIOS SENTIRSE AMADA DE SU MAJESTAD

Como cuando los padres oyen comenzar á hablar á sus hijos pequeños se alegran mucho, aunque la palabra no vaya muy bien pronunciada, porque aquélla les da esperanza que el niño hablará perfectamente adelante, así me ha acaecido á mí con la carta, oyéndole decir á V. S. que en no tener habilidad para hacer un examen no se desconsolaba, sino entendía que Nuestro Señor le quería mostrar la inhabilidad que ella tiene de sí, y que era para bien de ella y se consolaba con ello. Á Dios gracias, señora, que hablan los niños, que hablan los mudos, que entienden los tontos, y cuantos más V. S. quisiere. Otra vez gracias á Dios, del cual sólo viene esta merced, que uno se sienta amado cuando en lo exterior parece desfavorecido.

Siga esta vena que Dios le ha mostrado, y cave hasta que llegue al cabo: y en todo lo que no hallare lo que desea, entienda que le quiere Dios enseñar cuán poco puede V. S. de sí, ni aun sabe lo que le cumple; y esté toda puesta en las manos de la misericordia de Él, tomando lo que le diere con hacimiento de gracias, ahora sea pan, ahora sea piedra, entendiendo que todo es para bien de ella; y con esta receta podrá oir los sermones, y podrá hacer todo lo demás con contento de Nuestro Señor. Ponga ella su pobre caudal, y espere de Nuestro Señor lo que le cumple; y aquello piense que le cumple que Él le envía. Plega á su inmensa bondad abrir con gracia sus ojos para que vea cuánto tiene por qué desconfiar de sí propia, y cuánto para confiar en el Padre de las misericordias, que por remedio de los viles esclavos dió el propio Hijo. En aquellas entrañas que tal hazaña hicieron encomiendo á V. S., y en ellas procure morir y acudir en todas sus cosas.

CARTA Á UNA SEÑORA DE TÍTULO:

QUE NUESTRO SEÑOR ENVÍA TRABAJOS PARA ACIBARAR EN LOS DELEITES, COMO PURGA RECETADA POR NUESTRO PADRE CELESTIAL

En todo caso querría que V. S. persuadiese á su corazón que el lugar de su descanso es el cielo, y que acá no hay sino pena y miseria; y mirar que ningún amigo tuvo Cristo que no viviese acosado de mil maneras de trabajos hasta entristecerse, penarse y llorar, suspirando por su tierra, que es la vista de Dios; y de esta manera fueron bien recibidos allá, porque ninguno lo es sino quien primero mucho lo desea; y para mucho desearlo, es menester que nos pongan acá acíbar en nuestra boca, para que destetados de lo que bien nos sabe, busquemos nuestro propio manjar, que es el espiritual y advenidero.

¡Oh señora, y cuánta es la corrupción de nuestro apetito! ¡Y cuán tarde nos sabe bien al corazón lo que nos trae provecho! ¡Y cuánto nos saboreamos en lo dañoso y liviano! ¡Cuántas sofrenadas son menester contra nuestro corazón para que no tome gusto en lo transitorio! ¡Y cuán de buena gana corre á ello sin que le pongamos espuelas! Grande es nuestra enfermedad, y gran remedio ha menester, y éste procura el Señor por mil artes; y no son de las menores amargarnos y penarnos, para que como locos seamos con la pena cuerdos, y heridos vamos á buscar remedio en Él, y Él de muy buena gana nos lo dé. Conviene, señora, hacer el corazón á trabajos, y como á medicinas de nuestra ánima amarlos, ó á lo menos sufrirlos con igual corazón; porque más razón es que queramos nuestra salud eterna con alguna costa, que nuestra muerte por huir de trabajos. Trate V. S. con Nuestro Señor muy á menudo; trate con profundo conocimiento de su propia necesidad; trate con un corazón sujeto á la ordenación de su providencia, y que sobre todo desee tener contento á este tan inmenso Señor: no quiera que Él le diga á ella lo que ella quiere oir, sino que le tome la voluntad y la ponga en la de Él.

Esta sea, señora, su oración, este su pensamiento, cómo se dará del todo y con amor muy sujeta á la santa voluntad y ley del Señor, y ésta le sepa más dulce que la miel y el panal: no se hace esto así tan fácilmente si no se despega el ánima de lo que se lo puede impedir, ni se alcanza sino con importuna ora-

ción. Mas ¡dichosa hora en que se da, aunque mucho haya costado! Y si viniere V. S. á recibir de la mano del Señor alguna centella de su amor, entonces será su corazón ensanchado en mitad de las tribulaciones, y huirán las congojas, nieblas y desconfianzas, y pondrá de muy buena gana sus cosas en las manos del Señor, y esperará de ellas buen suceso, pues de tales manos no sale sino lo mejor. Acuérdese V. S. que el Señor mete en peligros, y saca y envía recios dolores, para que sea con grandes voces llamado, y muy glorificado cuando hubiere librado de ellos; y por esto no se desmaye, no se desconfíe: traiga su cruz con alegría, que en algo que duela se ha de experimentar el amor, y con ello se ha de servir al Señor y ganar el eterno reino. El dé á V. S. mucha copia de su santo Espíritu, para que, fortalecida con él, la sirva en grande alegría. Amén.

CARTA Á UNA SEÑORA DE TÍTULO:

ENSÉÑALA QUE LOS TRABAJOS ESFUERZAN SI ESPERAMOS EN EL FAVOR DE DIOS

Quien tiene pico para pedir cruz, tenga hombros para llevarla; y quien se precia de amores, ha de tenerse por muy honrada en los dolores; y á quien Dios le pareció bien, ninguna cosa que por Él le pidan le ha de parecer mal; y quien le quiere, á sí misma se ha de aborrecer; porque como ninguna cosa, si Dios no, basta al ánima, ninguna, si el hombre no se le da á Él, le contenta á El. Así que menester es salir de flojo quien á Dios ama, y para esto envía el Señor la espuela del trabajo; y si le parece á V. S. que ha menester más paciencia y esfuerzo, pídala á quien la pone en el ejercicio; y pídala sin tasa, y sin cotejarla con la que otro tiene ó tuvo, que quizá quiere Nuestro Señor dar más; porque no hay tasa en sus misericordias: y espérela de Él, que para eso envía el trabajo, para dar el esfuerzo, que bien conoce Él la flaqueza de nuestra carne, y especialmente la de algunos como yo; y para ser Él glorificado suele en el vaso de mayor flaqueza poner los tesoros de su fortaleza: de manera, que lo que sirve para desmayar mirando á sí mismos, sirve para esforzar mirando á Dios: solamente haya en nosotros lealtad de conocer quién somos y de agradecerle lo que de Él recibimos; de arte, que no atribuyamos á su divinidad nuestras culpas, ni á nuestra animalidad sus gracias; y pidién-

dole con vergüenza y con fe, y esforzándonos en la guerra sin huir, sin duda veremos el socorro de Dios sobre nos, hasta que nos alegremos con la cruz por la grandeza del amor, como el Señor lo hizo por nos, y digamos (Galat., VI): *No plega á Dios yo me gloríe en otra cosa sino en la cruz de mi Señor Jesucristo.*

Comience V. S. la guerra del amor padeciendo dolores, y diga como San Ignacio cuando fué llevado preso: *Ahora comienzo á ser discípulo de Cristo;* porque como San Agustín dice: *Si no has comenzado á padecer, mira que no debes haber comenzado á ser perfecto cristiano.* Razón es, pues, que no vivamos más tiempo en balde, sino que comencemos á entrar en la escuela de la cruz, en la cual quien más padece es mejor discípulo y más amador del Maestro, y más amado de Él; y á trueque de esto, quien más pudiere padecer, más padezca y por más privado se tenga y conforme á su Señor; y si del primer boleo no pudiere la nueva discípula tomar la presa, no desmaye, que primero son ruines lectores los que después salen buenos. El ejercicio y el esfuerzo y la gracia sacarán maestra á V. S., si ella no rompe el libro, ni quita los ojos de las letras, ni se hace sorda á la lección que le diere el Maestro: El sea su luz y fortaleza. Amén.

CARTA Á UNA SEÑORA DE TÍTULO,

EN QUE LE ENSEÑA QUE EL CÁLIZ DEL SEÑOR ES DULCE

¿Qué hace V. S. de callar? Si es de muy ocupada con Nuestro Señor, callaré yo: si de muy triste, quejarme he yo, porque el cáliz que el Señor envía con amor, se recibe con desagradecimiento y desamor. No es razón, señora, no es razón que entristezca cosa á la criatura viniendo dispensada por la mano de su Criador; porque nos ha de ser cosa tan preciada el contentamiento de Él, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere; porque si no, ¿dónde está el amor, si la voluntad no es una en lo uno y en lo otro? Á Dios gracias, que como por amor atribula á los suyos, por amor les da consuelos; porque la pena que sienten es en ver á quien ama ser ofendido ó poco servido, doliéndose de culpas ajenas como si fueran suyas, y su consuelo en las penas es ver que Dios las envía y se sirve que ellos las pasen. Todo es poco y muy poco, sino el contentamiento del Señor de todo. No plega á su Majestad que tal

mancha demos en nuestra honra, que á otra parte miremos que á Él. Sople el viento de nuestra inconstancia de donde soplare, perseveremos en mirar á Dios, que Él sacará nuestros pies del lazo, y después de los vientos contrarios vendrá á nos sobre la mar, y entrando en nuestra nao hará bonanza.

No viene esto todas veces tan presto como querríamos, *porque á la cuarta vigilia de la noche vino el Señor á sus discípulos;* mas bástenos esperar que ha de venir á remediarnos, aunque no sepamos el cuándo; y si tarda, quiere probar nuestra fiucia, y quiere probar nuestra paciencia, y dar ocasión á nuestro amor en que se ejercite; porque cuando es verdadero, más crece con el soplo de la tribulación; y trabajando por no ser desleal, hácese mucho más leal por cumplir lo que está escrito (Prov., XVII): *En todo tiempo ama el que es amigo.* A Nuestro Señor plega fortalecer á V. S. con la fuerza de su santo amor, para que ni aguas ni vientos lo apaguen; mas como viva llama queme todo lo que le contradijere, y con los vientos crezcamos á gloria del que la ama, y se le tiene guardado por galardón en el cielo.

CARTA Á UNA SEÑORA DE TÍTULO,

EN QUE LA ENSEÑA QUE EN LO PRÓSPERO Y ADVERSO SE HA DE ECHAR EL ÁNCORA EN LAS MANOS DE DIOS

Á Dios gracias por todo lo próspero y adverso, pues todo lo envía Él, y con amor de aquellos á quien lo envía. No hay cosa desabrida en el gusto del amador de Dios, pues halla la semejanza de su corazón: en lo que le envía Dios halla su amor, y con esto se satisface, sin tener cuenta qué color ó sabor tiene el ramo, pues ve que la raíz es tan de estimar. Y pues vuestra señoría quiere tratar con Nuestro Señor, ó, por mejor decir, Dios quiso que tratase con Él, no le parezcan mal las leyes de esta amistad, pues el amigo es rectísimo y sin maldad, y todas sus carreras son igualdad, peso y medida. No le parezca á vuestra señoría fuera de ley de amor darle un tiempo gusto de la miel, y en otro de hiel; porque entre estas mudanzas en los efectos uno es el corazón de su amado, que por una vía y por otra procura el bien de ella, y cuando le parece que no le envía bien, hácelo Él por no enviárselo pequeño: pequeño es el amor que no padece algo por el amado; y sin amor no hay bien, y el

amor sólo es el bien; y por esto quiere Dios dar á sus amados su amor; y amor no para descansar, sino para trabajar, porque ricos en el amor trabajado, tenga el Señor ocasión de llevarlos adonde sean muy más ricos en amor y muy lejos de trabajos, y amen y gocen, y no como acá, que aman y desean, aman y trabajan, y al mayor amor sucede mayor trabajo, ó de pena de la ausencia del amado, ó de le ver ofendido, ó de verse tan probado que se siente flaco en la prueba, y quizá dudoso en si de Dios es amado.

La áncora que entre estas tempestades ha de tener á V. S. en pie y firme, será una libre y verdadera renunciación de sí y de todas sus cosas en las manos de su amantísimo Padre, con la cual quede desapropiada de todo, y el Señor de ello, sin más osar entremeterse ella en lo que de ello ha de querer Él hacer. Sea en mudanzas que al ánima acaecen, sea en trabajos del cuerpo, haga ella lo que siente que Dios le manda con cristiano cuidado y diligente prudencia, y tenga confianza que el suceso será muy bienaventurado como guiado de mano de Padre sapientísimo, poderosísimo y amorosísimo, cuyo intento es pedir que le pongan los negocios en las manos, no para olvidarlos, sino para que no lo echemos á perder con nuestra necedad, ó no los podamos acabar con nuestra flaqueza, ó no busquemos nuestro mal á sabiendas. ¡Oh dicha tan grande, querer Dios, y pedirlo Él! Encargarse de nuestros negocios, y que estemos ciertos, que pues con ellos se convida, es así como dice, pues es muy lejos de su verdad el engañar á nadie: y ya que no se quisiera encargar, dijéralo claro; mas su bondad le mueve á que lo haga, y su amor á que lo diga, y á nosotros nos asegura su grande verdad, por lo cual dijo (Psalm. LXXXVIII): *Lo que sale de mis labios, no lo dejaré salir en vano.* Y pues la ley de los que se aman es que se ayuden en los cuidados, esté V. S. descuidada con el cuidado de Dios; y cuando la tristeza ó tempestad le combatiere para que torne á tomar lo que había renunciado, diga lo que San Pablo decía (II Cor., I): *Bien sé á quién creí, y cierto estoy que es poderoso para guardarme lo que depositéparaaquel día.*

Poderoso le llama, y amoroso lo cree y verdadero: ser poderoso, de su ser le viene, y ser bueno y leal y verdadero; y por esto es causa de nuestra esperanza y de nuestro descanso en el cuidado que de nos tiene. Camine V. S. con su cruz en

compañía de su Señor, y entienda que el amor que le han dado no es para holgar, sino para trabajar; porque no quiere Dios que estén sus dones ociosos, y este menos, porque es el mayor de todos, y de tal condición que no puede estar ocioso si vivo está: su ser es hacer ó padecer; y como vivo fuego que del cielo vino, está en movimiento continuo subiendo hacia allá; y por dificultad de la empresa no se arrepiente de la haber comenzado, pues sabe que ella no se metió en ello: y quien desde el cielo se le dió á conocer, y tan lleno de amor, ese mismo dará fuerzas para andar y acabar el camino. V. S. no estime en poco la merced; no se haya flojamente con ella, no se desmaye si alguna vez faltare, que no es amigo este celestial Padre de ánimas desabridas que le turben el corazón que es aposento de Él. Bien conoce su alteza nuestra bajeza; y como David dice (Psalm. CII): *Nuestro figmento;* y se contenta mucho de nuestro humilde conocimiento, que confiese nuestra flaqueza con sosiego y confianza de perdón mirando á Él: porque así como le hace injuria quien no conoce sus propias faltas, así también quien conocidas no se consuela con la bondad de tal Padre; y de esta manera será su camino seguro, y el Señor le dará luz en las tinieblas: si ella la espera sin desbaratarse de lo comenzado, poco á poco la irá enseñando y doctrinando de cosas que ella no sabe.

CARTA Á UNA SEÑORA DE TÍTULO,

EN QUE LA ENSEÑA LA TIERRA DONDE DIOS FUÉ AHELEADO PARA IR ADONDE HAY TODA DULCEDUMBRE Y DESCANSO

Bien va así, ilustrísima señora, bien va así: más vale hiel que miel en la tierra donde Dios fué aheleado: así van á la tierra que mana leche y miel, donde Dios será visto faz á faz, y no habrá gemido ni dolor, porque el Señor omnipotente enjugará las lágrimas que acá hizo llorar; y como supo acá entristecer, nos sabrá allá alegrar. Pase V. S. con esfuerzo su carrera, no como quien corre de burla, sino los ojos puestos en la joya enamorada de la hermosura de ella, diga que no son dignas las pasiones de esta vida para la gloria que se descubrirá en nosotros. Y pues ya está avisada que conviene morir á todas las cosas, no quiera ella vivir á lo que Dios quiere que muera, sino viva á Aquel que por comprarle su vida y su amor per-

dió Él la suya por amor. ¿Qué hay que pensar en esto? Dios se dió por ella, y se ha dado á ella, ¿quedarse ha ella consigo misma, alzándose con su corazón y hurtando su amor á quien tan justo se le debe? San Pablo dice (II Cor., V): *Que para esto murió Jesucristo, para ser Señor de vivos y muertos; para que los que viven no vivan para sí mismos, sino para Aquel que por ellos murió;* y pues el título de nuestra compra es tan justo, seamos por amor de Aquel que nos compró, y no cierto para matarnos ni maltratarnos, sino para hacernos participantes de Él.

¿Dónde mejor podremos estar que en Él? ¿Cuyos mejor podremos ser que de Él? Él es la bondad y todos los bienes; y si de otro somos, ni aun mantenernos podremos, cuanto más ser bienaventurados; mas quien de Él fuere, alégrese, que escrito está (Psalm. XXXII): *Bienaventurada la gente de la cual el Señor es su Dios, y el pueblo que escogió para heredad suya.* Mire V. S. quién tendrá mejor labrada la heredad, Dios ó la criatura. Y aunque Él dé golpes y meta la reja del arado y rompa la tierra, tierra es, y para que acuda con mucho fruto lo hace; porque si le perdonan el hierro, quitarle han la bienaventuranza de la fertilidad. V. S. tenga los ojos en el Señor, esté colgada de su contentamiento, y pues en tan buenas manos está, descanse el corazón de ella, que el ánima que en Dios ha puesto su fe y amor, entre los peligros tiene su paz. Él sea esfuerzo de V. I. S. y todo su amor.

CARTA Á UNA SEÑORA,

EN QUE LA DICE QUE LA MISERIA DEL HOMBRE ES TAN GRANDE, QUE MUESTRA DIOS SU GRANDEZA EN LA REMEDIAR

Recibí la carta de V. S., y anteayer escribí á V. S.; mas todavía había que responder á esta presente respuesta: dé hacimiento de gracias á la fuente abundantísima de ellas, y respuesta de reprensión á nuestra maldad, que á tanta bondad no se deja, no la ama, no la sirve, no la conoce como debe. ¿Qué le parece á V. S. quién es Dios? ¿Qué le parece quién es la criatura? ¿Ha visto cosa tan buena? ¿Ha visto cosa tan mala? No veo para qué somos buenos, sino para que más se demuestre quién es Dios amando y librando á unos tales, y á Él gracias que le servimos de algo, siendo ocasión que su gloria

aparezca más clara en la obscuridad de nuestras tinieblas. *Si el Altísimo toma por su honra hacer mercedes á unos tales, ¿quién le irá á la mano?* (Rom., IX.) ¿Quién desmayará por sus faltas, si el Señor quiere enseñar sus riquezas en los vasos miserables para gloria de su misericordia? Alabada sea tal bondad, de donde tales obras proceden. ¡Qué razón es que deseemos ver corazón del cual tales frutos proceden!

¿Qué le parece á V. S. que será la admiración y el amor y el gozo que cuando á este inmenso mar de bondad veamos tendremos? Si parece que no cabe en nosotros cuando una centella de sus obras nos enseña acá, si sus manos son tan hermosas, ¿qué tal será su faz sino la misma hermosura infinita, que saque los corazones de sí mismos y los ponga en sí mismo, transformándolos en Él, y más contentos con ser de Él que con ser suyos propios, y nadando de gozo en las mismas entrañas de Él, hechos un espíritu con Él, tan unidos como está un hierro metido en una fragua con el fuego, poseído de Él, y tan lleno de Él, que parece ser fuego? Ya viniese aquel día cuando tuviésemos presente la hermosura del todo hermoso, para que viéndolo delante los ojos, no se nos fuese á otra parte, pues tan mal empleados fuera de Él son.

Entretanto, señora, trabajemos de alzarlos á Él, que según su palabra, que en David dice (Psalm. XXIV): *Mis ojos siempre al Señor, porque Él sacará mis pies del lazo;* y otro remedio igual no lo hay que en el tiempo de la necesidad acorrerse luego el niño al Padre; y Él es tal, que luego lo recibe en sus brazos, aunque el mismo niño no lo entienda. Y es tanta su largueza, que de mucha no puede la humana miseria creer con sus fuerzas que es esto verdad; porque nunca su corazón llegó á aquel quilate de bondad ni lo vió en otro. Y como unos flacos ojos, que mirando al sol, que no tienen fuerza para ver tanta luz, así acaece á nuestra flaca vista con las obras de Dios. Mas la fe ensancha el corazón á creer que aquello que nos parece tan sobre nuestro juicio, aquello tan sobre todo merecimiento y medida, aquello es Dios, y propio rastro y señal de Él; y cada vez que le falta el esfuerzo para comprender esto, adora aquello que así sobrepuja á todo su juicio, y poco á poco va oliendo y rastreando á Dios, conociéndole ser Él por el rastro de ser la cosa muy maravillosa.

Y pues esto es lo que el Señor de V. S. quiere, déselo ya, y

darle ha descanso, pues desea la salud de ella; y la voluntad de Él es la santificación de ella; y cuando fiucia le faltare, aprovéchese de la misericordia; pues ha días que le dije, que entre otras señales de ser amada de Dios, tomase ésta por una, decírselo yo: y hace muy mal en pasar liviano por sus mercedes; porque aquello es de ánima floja y no avivada, que no tiene peso para pesar cada cosa en lo que es. Y verse ha esto ser así cuando la luz del Señor viene, que hace conocer y estimar en lo que es razón lo que Él hace por nosotros: y sabe muy bien reprender la pesadumbre de nuestra desconfianza y la pereza de nuestra tibieza, que con tales prendas aún no se fía, y con tales espuelas no anda ligero; y de esta manera misma respondiera aquel Padre á V. S. si se le diera relación clara de la enfermedad, la cual Nuestro Señor curará en su tiempo, pues ha tomado á su cargo ser médico de su ánima, para que mucho resplandezca su gloria, cuando de tan enferma la parare muy sana, y diciéndole ella (Psalm. CXVIII): *Sáname, Señor, y seré sana; sálvame, seré salva; porque la honra mía Tú eres*, le responda Él (Psalm. XXXIV): *Yo soy tu salud, tu bien y tu paz.* ¿Quién te ha dado cuanto bien tienes, librado de muchos males? Quien te amó antes que fueses, y te hará bienaventurada con tenerme á Mí á toda tu voluntad, y sin temor de perderme. Esto esperemos que hará el que es poderoso, y cuyo nombre es santo, inmenso en misericordias, y potentísimo para cumplirlas.

CARTA Á UNA SEÑORA DE TÍTULO,

CONSOLÁNDOLA EN LA MUERTE DE UNA SU HERMANA

Pocos días ha que supe la merced que Nuestro Señor hizo á su esposa la señora Soror María en sacarla de este peligroso destierro y llevarla al puerto de la seguridad: y también entendí y supe la pena que con su ausencia V. S. ha tomado. Necesarios me fueron dos corazones, para con el uno gozarme con la que goza, y con el otro penarme con la que pena; pues que á entrambas soy deudor general y particularmente: mas pues ella ya está en salvo y no tiene necesidad de mi gozo, y acompañar á los penados es cosa que debemos elegir, determino de ocuparme y enderezar esta carta al desconsuelo de V. S. Parte de él tengo, y especialmente porque en ninguna manera querría que hubiese en V. S. lo que temo, y es no tome la pena

con algún exceso de la que sería razón tomar, porque esto sería doblada pérdida, con amargura de pena juntarse ofensa de Dios.

Suplico á V. S. mire con muy despiertos ojos, que como no tenemos licencia para los demasiados placeres, tampoco la hay para la demasiada tristeza; pues en lo uno y en lo otro debemos ser sujetos á la santa ley de Dios, que no menos cumplimos nuestra voluntad en llorar y penar hasta hartar, que vanamente reir y regocijarnos. No menor impedimento es para servicio de Dios la tristeza que consume y derriba el vigor del corazón, que la vana alegría que se hace absoluta y sin peso; porque ¿cómo podrá el corazón derribado decir con verdad á Nuestro Señor (Psalm. LVI y CCVII): *Aparejado está mi corazón, Dios: aparejado está mi corazón?* Y pues estando sumido en el abismo de la tristeza y enflaquecidas todas las fuerzas, no se pueden tener en pie para lo que cumple á los prójimos y á lo que cumple al Señor. Así confesó su flaqueza el sacerdote Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisés de no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: *¿Cómo podré yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso?*

Cierto, ilustrísima señora, quien á otro ha de servir, tan ajeno ha de estar de profunda tristeza como de otro cualquier impedimento; porque no podrá hacer servicio, ó irá lleno de hiel para sí y para quien lo recibe: y por estos y otros males que de la tristeza sobre los difuntos suelen venir, ya que la Escritura dé licencia para que tomemos el lloro, luego acude diciendo (Eccl., XXXVIII): *Consuélate de la tristeza, y no des tu corazón á la tristeza; mas alánzala de ti y acuérdate de tus postrimerías.* Y en otra parte dice: (Eccl., XXX): *Alanza la tristeza lejos de ti, porque á muchos mató la tristeza, y no hay provecho en ella.* Y no sólo no aprovecha, mas mucho daña, como en otra parte se escribe al mismo propósito de tristeza causada sobre difuntos. De la tristeza se sigue siempre la muerte, y derriba la virtud y abaja la cerviz.

Y esto, señora, á ser solamente en el cuerpo no fuera tan de temer; mas toca en el ánima, y por eso se ha mucho de huir; porque para andar un ánima en pie delante de Dios, y poderse defender de tantos enemigos como la combaten, y poder darse manos á negocios que de ella penden, ha menester un vigor in-

terior y un esfuerzo muy entero, ni más ni menos de como quien anda en la guerra, y durando en ella esté en pie y cumple por todo, y perdido éste, luego es caída; y sobre ella cargan los enemigos como cuervos sobre animal flaco y caído, al cual acaban de matar con picos y uñas: de manera, que mediante el desmayo y flaqueza le viene la muerte, como le acaece al ánima con la tristeza; pues no envió Dios estos trabajos á V. S. para perder, sino para ganar, ni la amargó sino para la curar y sanar. No vuelva el negocio al revés, enfermando con la medicina, y desagradando á Nuestro Señor en el tiempo que más le había de agradar.

Mire al pacientísimo Job, que viendo siete hijos muertos en un día y en una hora súbitamente, no se quejó ni desmayó, mas bendijo al Señor, que le quitó lo que primero le había dado; y aunque los tenía muy bien doctrinados, y gastaba muy santamente su hacienda, y empleaba muy bien su propia salud, quiso Nuestro Señor quitárselo todo, para que entendiésemos él y nosotros que le agrada más nuestra paciencia obediente que nos viene de la adversidad, que el uso, aunque bueno, de la prosperidad. Y para ejercitarnos en ésta pone Dios sus ojos para quitarnos delante los nuestros lo que más en ellos lucía, para que tanto más el sacrificio de nuestro corazón lastimado y obediente sea á Él agradable, cuanto á nosotros es más amargo por carecer de cosa muy amada. Y de esta manera mató Dios la mujer del Profeta Ezequiel, de él muy amada, y le dijo (capítulo XXIV): *Hijo de hombre, yo quito delante de ti lo deseado de tus ojos: no llores ni plañas, ni corran lágrimas de tus ojos: gime gustando, y no hagas planto de muertos.*

Bastantemente estaría el Profeta lastimado con haberlo herido en lo que más lucía en sus ojos, y acrecentarle más la tristeza con quitarle el consuelo que con llorar y plañir los así heridos suelen tomar; y hartándole su ánima de acíbar, no le dejan hartar de llorar, ni aun gustarlo.

Para que entendamos que el siervo de Dios, según he dicho, no ha de soltar la rienda á la tristeza ni lágrimas, mas ser también en eso obediente, como en tomar los placeres por tasa: y repítolo esto otra vez, porque no sea V. S. engañada como muchos, á quien finalmente se les persuade que deben huir de la demasía del gozo, porque no ofendan al Señor, y no hay quien los pueda sacar del pozo de la tristeza, pareciéndoles no correr

peligro ni hacer mal con estarse en ella; los cuales si supiesen que la cuenta que Dios con nosotros tiene, más es con las raíces de nuestro corazón que con las obras que tenemos de fuera ó dentro, verían claro que si toman la tristeza sin regla ó medida y sin obediencia de Dios, no lo hacen sino por cumplir en ello su propia voluntad. Y siendo esta la raíz, tan desagradable es al Señor como cuando toman los grandes placeres por la misma voluntad.

Por lo cual, ilustrísima señora, abra su corazón á la palabra de Dios, y entienda que no por ser atribulado uno es amigo de Dios, sino por pelear contra la tribulación; y llevarla á lo menos con paciencia, si no pudiere con alegría. Levante el corazón caído y esfuerce las manos enflaquecidas, y luche con el gigante, que es el dolor, para que quede probada en la tentación y gloriosa con la victoria, y pueda decir al Señor (Psalmo XVI): *Probaste mi corazón, y visitástelo en la noche: con fuego me examinaste, y no fué hallada maldad en mí.*

Despierte, señora, y abra sus ojos, y mire á la más Santa de las santas, y más atribulada que todas las santas y no santas, cómo estando su Hijo colgado en un palo y crucificado con duros clavos, Ella estaba al pie de la cruz: lo cual quiso el Espíritu Santo que supiésemos nosotros, porque en la manera del estar el cuerpo de fuera viésemos cuán en pie está en trance tan recio su corazón en lo de dentro; cuán de verdad y con cuánto dolor y con cuánto esfuerzo ofreció su querer y su Hijo en la voluntad del Padre, queriendo ser antes hecha millones de pedazos que perder un solo punto de la leal y esforzada obediencia que á Dios se debe tener. Mire también el Profeta Elías tan cargado de tristeza, que deseaba y pidió la muerte al Señor, y se cae dormido con el peso de ella; mas no le responden del cielo conforme á su voluntad, que no se pagan de tales corazones caídos. Despertólo el ángel del Señor, y dícele (II Reg., XIX): *Levántate y come, que mucho camino te queda de andar.* Y así me parece, ilustrísima señora, que veo á vuestra señoría muy apegada con la tristeza y adormecida con la amargura, y tan cansada de vivir que escogería de buena gana el morir. Mas oiga ahora V. S. por boca de un pecador lo que Elías por boca de un ángel; pues ella está como él, provecho le será oir lo que él, aunque el mensajero sea diverso.

Levántese, señora, que mucho camino le queda por andar:

deje ya las lágrimas llenas de infidelidad, como San Jerónimo lo dice, *sin medida y sin tasa;* conténtese ya con la afrenta que ha hecho á la carne, dejándola entristecer y llevar á su voluntad. Levántese de la muchedumbre de pensamientos, que como vientos bravos turban la mar de su corazón, y no la dejan reposar ni adorar con silencio al que este azote envió sobre ella. Tenga ya algún lugar la razón para poner tasa á la sensualidad: téngalo la fe para confiar que aquella por quien llora no es muerta, mas goza de muy mejor vida: téngalo la esperanza para consolar á V. S., y darle á entender que pues Dios con tales golpes aquí la labra, asentarla tiene en el cielo por piedra escogida: los golpes oímos y el estruendo de sierra y de la azuela también. Y pues el oficio de Dios es en este mundo hacer este ruido labrando á los suyos para asentarlos después en su templo de paz, y donde no se oye ningún sonido de aquestos, espere V. S. el asiento de la paz. Y pues ve en sí los ejercicios y prueba de la guerra, y pues es una de las desterradas y martilladas con muchedumbre de trabajos, espere que se verá ser una de las ciudadanas contentas del cielo, pues que dice San Pablo (Rom. V): *Que la tribulación obra paciencia, y la paciencia probación, y la probación esperanza, y la esperanza no nos saldrá en balde; porque la caridad de Dios es infundida en nuestros corazones.* A ésta haga V. S. lugar en la mitad de las muchas aguas de sus tribulaciones, no la deje apagar; porque si quiere nombre de amadora de Dios, no la ha de ganar entre los regocijos y acaecimientos conforme á su voluntad, mas entre estos azotes, espinas, hiel y vinagre, y en desierta cruz, á semejanza de Cristo, que metido entre estas cosas nos enseñó su amor, el cual, señora, fué verdadero porque fué probado y permaneció fijo en la tribulación; y así, si V. S. quiere responderle con amor, sepa que no lo hay sin dolor, y que aunque no hay espada que con mano de sayón la martirice, este amor infundido de la mano de Dios la martirizará, pues no la dejará andar á su propia voluntad; mas hacerla ha contradecir á su tristeza y á un gozo por andar á voluntad de su amado; y toda esta pena que por una parte sufriere, resistiendo á su voluntad, por otra parte se la quitarán, haciéndola tomar con dulcedumbre la voluntad del Señor más que por propia.

Amor es el que á V. S. ha entristecido, amor es el que la consuele: la ausencia de su querida la ha fatigado, la obedien-

cia y amor de Dios le quite su fatiga. El fué el que lo hizo, no le parezca á V. S. mal, pues le parece bien al Señor que lo hizo, y con el amor de Él venza el amor de la criatura: cuanto más, que si no tiene adormida la desconfianza con el mismo amor de su querida, recibirá consuelo de la llaga que con su ausencia le dió; porque si acá hizo falta, allá hizo presencia. Si esto dejó, cosas mejores le dieron. Á sus hermanas dejó; más allá halló otras hermanas, y otro padre, y madre y esposo. Á su Dios fué, á su dulce Esposo fué, al cual obedeció, sirvió y amó ¿Qué mal hizo su Esposo en llevar á su esposa consigo, ni ella en irse con Él? ¿No ve V. S. que ella era desposada, y que había de venir algún día el día de las velaciones, y salir de casas ajenas é irse con su marido? ¿Qué quiere? ¿Tener la desposada por muchos años, que estaba apartada de su marido? Pues que se da prisa á enviar de las cosas de la tierra á los hijos que engendró, ¿por qué se le hace tan de mal enviar á esta bienaventurada á la casa del cielo, pues como á propia hija la ama? Y que alguna pena se sienta en ver ausentar á quien mucho amamos, mas solémosla templar en ver ir en prosperidad al que nosotros hace falta. Pues coteje V. S. la prosperidad de los hijos que acá tiene con la que esta su amada posee, y verá que pues la ama, debe vencer el gozo de su bien á la pena de su ausencia, como un gigante á un enano, pues aquello es eterno y lo otro temporal.

¡Oh señora, si pudiésemos ver cuán bienaventurada está *nuestra Soror María!* En bodas está, ó ataviándola para el día de ellas. Ningún contento recibirá con ver á V. S. con ropas de tristeza en las fiestas de su alegría. Muy bien le ha pagado Nuestro Señor el mundo que dejó, el esposo de carne que renunció, la fe que le dió y le guardó, y por mil mundos no trocaría el menor bien de los que allá posee. Sacádola han del lugar de la miseria, y del lodo y de la hez y de los peligros, trasladándola á la región de la seguridad, donde luce perpetua luz y gozo, que sale de la vista de la Divinidad, que como río con grande avenida refresca, harta y embriaga á los ciudadanos del cielo. Su comida es del árbol de la vida perpetua, y su vestidura es lumbre y gloria, y su corazón está transformado y absorbido en el mar infinito de la dulcedumbre de Dios, y hecha un espíritu con Él, con atadura y abracijo tan fuerte, que mientras Dios durare, ninguna cosa será tan fuerte ni tan poderosa para la apartar á la bienaventurada *Soror María* de este abracijo

tan apretado y casamiento tan juntísimo que entre ella y Dios se ha celebrado, ó muy presto se celebrará.

Gozosa está ella con ello: esténlo los que la aman; y cuán delantera es en el amor, séalo en el gozar; pues el verdadero amor quiere el bien del amado aunque con pérdida propia; y cese ya el luto y tristeza, porque Nuestro Señor no se ofenda, y á ella no reprenda, como Santa Inés á su madre, el tiempo que ni á vivos ni muertos aprovechará, ni á sí, más á todos daña; y no sea impedimento para el aprovechamiento de las virtudes que ha menester alcanzar para lo que le queda de caminar y padecer hasta llegar al monte de Dios. Para lo cual es menester esforzarse y levantarse con propósitos nuevos, como quien ahora comienza á comer el pan *subcinericio*, que es confesar y comulgar, y beber el agua, que es oir la palabra de Dios; *porque para no faltar en el camino, todo esto es menester, y comenzar luego á caminar.*

CARTA Á UNA SEÑORA ILUSTRÍSIMA,

CONSOLÁNDOLA EN LA MUERTE DE UNA PERSONA, CUYA AUSENCIA HABÍA SENTIDO MUCHO

Dios mandaba en los tiempos pasados, cuando iban á castigar á la tierra de promisión, que convidasen primero con paz á la ciudad ó lugar donde fuesen, y si con esto no se rindiesen, la castigasen y tomasen por guerra: conforme al cual mandamiento pudiera yo tener licencia para reñir con V. S., pues por paz no se ha querido rendir en lo que tan blandamente le supliqué acerca de su consuelo en el trabajo que Nuestro Señor le envió: antes me dicen que la carta de paz sirvió no de quitar lágrimas ni tristeza, sino hacerlas salir de nuevo mientras se leía, tomando V. S. ocasión de más enfermar con la medicina. Mas con todo esto no podré acabar conmigo de reñir, porque la licencia que por una parte me daba la razón, me la quita por otra la compasión, la cual tanto más se debe á V. S., cuanto más sin cuenta y tasa se aflige; y por esto tornaré otra vez á curar la llaga con blandura, pues dice la Escritura (Proverbios, XVII): *Que aprovecha más la corrección al prudente, que cien azotes al necio.* Y plega al Señor sea servido obrar Él hablando yo, para que ni V. S. quede cansada de leer y sin consuelo, y yo de escribir y sin fruto.

Dígame, ilustrísima señora: ¿por qué, ya que los ojos del cuerpo se han ocupado con abundancia de lágrimas que impiden la vista del cuerpo, los ojos del ánima se han ido tras ellas y cegado con ellas, pues no han considerado al que envió este trabajo y el valor de él, y el fin para que fué enviado? ¿Qué de falta de esto ha nacido la mucha sobra del sentimiento que, como quien no tiene estorbo, se ha enseñoreado del todo en el corazón de V. S. como señora, y así se han de recibir las mercedes de Dios, que sólo por darlas Él deben ser estimadas aunque sean llagas? Pues de mano de tan alto Señor y amoroso Padre no viene cosa que por reverencia de Él no deba con humilde obediencia ser recibida y con hacimiento de gracias muy abrazada.

Así se ha olvidado que siendo el sacerdote Helí amenazado de parte de Dios con muerte de dos hijos en un día y con otras aflicciones, respondió con la reverencia debida: *Señor es: haga lo que en sus ojos fuere agradable*? De la misma manera dice David: *Que si el Señor no fuere servido sacarlo de la tribulación en que iba huyendo de su propio hijo y desterrado de su propio reino, que haga lo que en sus ojos bien visto fuere.* Los cuales entrambos tenían consideración de la humílima obediencia que á la soberana majestad de Dios se debe en todo lo que hace ó quisiere hacer de nosotros y de nuestras cosas. Y ésta se ha de conocer en la mansedumbre y en la igualdad del corazón con que su azote se recibe; porque decir la boca: bendito sea Dios que lo hizo, y exceder el modo de la tristeza y lágrimas, es confesar con la lengua al Señor y con las obras contradecirlo. Y aunque el Señor quitase aparte su majestad, con la cual puede hacer lo que de nosotros quisiere, sin que tengamos licencia para murmurar de Él ni para exceder en el sentimiento, puede con mucha justicia reprendernos mirando el mismo castigo.

Enjugue V. S. un poco sus lágrimas, sosiegue su corazón, y verá cuán bien dice la Escritura: *Hijo, no te fatigues cuando eres del Señor castigado; porque á los que Él ama castiga, y como el padre en su hijo, así se complace.* (Hebr., XII.) ¿Qué quiere V. S. tanto llorar lo que la Escritura dice que no se fatigue, y quiere entristecerse por ser tratada como hija, é hija amada? ¿No sabe que dice San Agustín: *Si estás fuera del número de los azotes, estás fuera del número de los hijos?* ¿Por

qué prevalece tanto el amargor del gusto, que hace al ánima que no halle dulzor en merced tan grande? Dígame V. S: ¿pequeño bien le parece ser amada de Dios como hija? Pues si este parentesco le contenta, no le desagrade ser tratada como tal. Téngase por indigna de ser ella vestida de la librea que el Hijo de Dios y su santa Madre fueron vestidos, el cual murió teniéndola á Ella delante sus ojos y sintiendo lo que Ella sentía; y Ella lo vió morir á Él delante los suyos con menos regalos que vemos morir á los que nosotros amamos. Pues ¿qué locura será la nuestra no querer imitar á aquellos á los cuales nos preciamos de adorar y honrar, ni querer ser compañeros de los que queremos por señores, y huir de seguir á los que deseamos conseguir?

Basta ya, señora, la fiesta hecha á la carne: baste el tiempo que se ha ocupado en roer lo amargo de la cáscara: éntre ya en lo secreto del corazón, y adore allí al Señor que esto hizo, y déle gracias porque la tuvo por digna de darle á beber de su misma copa. Llame, Hermana, la tribulación, y déle muchos abrazos, que ésta fué la esposa de Jesucristo, y tan amada de Él, que murió abrazado con ella, pues murió con brazos abiertos en cruz: no piense que esta honra que con ella le vino es sin provecho, pues antes se contarían las estrellas del cielo que los provechos de la tribulación.

No tenga V. S. á nuestro celestial Padre por tal que quite algo sin dar cosa mejor, ni que azote sin mucha ganancia del azotado. ¿Por qué piensa que la azotó? Por perdonarle en el otro mundo la pena que sus pecados merecen. ¿Por qué la azotó? Por darle ejercitación más alta que la que tenía, que aunque entendía en buenas obras y sea buen ejercicio, más alto es ser llamada para sufrir tribulaciones: y aunque mucho agradase al Señor en la compañía de su querida, más agradará en sufrir con paciencia su ausencia, *como el buen Job y Tobías* más agradaron con las gracias en la tribulación que con el gozo de lo que poseían y bien gastaban.

Estos son los triunfos de los cristianos, como San Jerónimo dice: *Que el no dejarse vencer de las angustias, es gloria.* Y si todavía pregunta por qué la azotó el Señor, diré: por amonestarle que anduviese más aprisa el camino de Dios; porque como San Hilario dice: *Siempre la paz fué peligrosa á la fe ociosa,* y cuando no tenemos cosa que nos punce, andamos tan tibios

que es asco vernos; y hiérenos el Señor como á perezosos, para que los ojos que la culpa cierra, la pena los abra; y lo que su amor no alcanza de nosotros, lo acabe el dolor. No para que vuestra señoría se esté llorando le envió Dios esto, sino para que más y más olvide cuál fué el sarmiento con que la hirieron, y entienda en lo que le quiso decir el Señor con el golpe. ¿No sabe cuán reciamente se enojó Dios contra los hijos de Israel porque se sentaron á llorar á la puerta de sus moradas en el desierto, y caídos sus corazones con poca fe, los tenían llenos de desaprovechada tristeza? Santa Paula lloró la muerte de su hija, y reprendióla mucho San Jerónimo, *llamando á sus lágrimas llenas de infidelidad, y sin tasa y medida;* porque, cierto, donde la fe está viva de ser Dios quien lo hace, y del buen lugar donde el espíritu está, y del provecho que Dios busca en el azote, será tanto el gozo causado de aquesta fe con obediencia, que quite ó temple la tristeza causada del golpe.

Los judíos tenían por grave mal la muerte del cuerpo, porque amában mucho los bienes de acá; y con todo esto lloraban sus muertos siete días, como hicieron al santo Jacob; y al más santo que entre ellos había, que era Moisés, lloraron por espacio de treinta días. Pues ¿que vergüenza será á una cristiana que está enseñada por Jesucristo temer y llorar la vida, y amar el día de la muerte como entrada en el reino, perseverar tanto tiempo en llorar, que excede á los que eran de este mundo vecinos? San Pablo dice (I Thesal., IV): *No os entristezcáis por los que duermen, como los que no tienen esperanza.* Pues V. S. la tiene de su querida, ¿por qué la llora como si no la tuviese? ¿Por qué no toma para sí lo que el Señor dice á las hijas de Jerusalén, que lloren sobre sí y dejen á Él? ¿Llora V. S. por quien está fuera de peligro, y descúidase de ponerse ella en cobro? ¿Llora por quien fué á su tierra y entró en el tálamo con su esposo, y olvídase de llorarse á sí por estar en el desierto y tan lejos de su Señor?

Levántese ya encima sus pies: no deje pasar el tiempo en balde: tome acuestas su cruz, y camine, y no esté tanto tiempo arrodillada con ella; y mire que esto le envió el Señor para provecho de su ánima, para tanto más acompañarla cuanto más sola quedó de quien la servía y agradaba. Hinque en el suelo sus rodillas, y bese el cabo de la vara del gran Rey Asuero, como hizo Esther, adorando al Señor y dándole gracias por

esto que ha hecho, no mirando al medio de la vara, sino al cabo de ella; porque aunque esto tenga cuerpo de tribulación, al fin es provecho de la difunta y de V. S., y gloria del mismo Dios. Y pues el paradero es tan bueno, súfrase el golpe de la vara que da Asuero, y cóbrese esperanza del mismo golpe teniéndose por amada, para que la misma vara le sea consuelo, como decía David, y diga (Psalm. LXXVI): *Ahora comienzo, y abro los ojos*. La hiel me ha tornado la vista como á Tobías, y camine adonde está la que este mundo amó; pues que los males que aquí nos fatigan, á Dios nos constriñen que vayamos. Y peleando con su corazón desechará la tristeza; pues habiendo celebrado pasión, es razón que celebre resurrección, y así goce de la ascensión y corona del cielo, que es de gozo, y se gana con muchos trabajos.

CARTA Á UNA SEÑORA:

ENSÉÑALE QUE PARA SERVIR Á DIOS, EL PADECER POR SU AMOR ES LO MÁS ALTO, SEGURO Y CIERTO

Señora: En tanta ligereza de vida como es la que vivimos, razón es de escoger lo mejor para el servicio de Cristo, y aquello ponerlo por obra con diligencia; porque después no nos arrepintamos de no haber sido siervos fieles al Señor, que tan fiel nos ha sido, y esperamos que nos será. Muchas cosas hay en esta vida en que podemos poner nuestros ojos, pues que tenemos de Dios el libre albedrío para echar la mano á lo uno ó lo otro; mas entre tantas, ¿qué escogeremos? ¿Por ventura placeres que como humo se pasan, y dejan diez tanto dolor que trajeron de alegría, ó el estiércol de las riquezas que suele cegar los ojos de quienes las posee y hacen ser dificultosa la entrada en el cielo?

No hay, señora, que mirar en cosa ninguna de acá, porque aunque uno las tenga todas, no tiene sino afligimiento de espíritu y embarazo para caminar, y vanidad de vanidades y todo vanidad. Por tanto, es bienaventurado quien aparta sus ojos de lo que tan presto ha de pasar y los pone en lo que nunca se acaba, adonde los placeres son verdaderos por ser tomados en la verdad, que es Dios; y la riqueza es muy cierta, pues consiste en tener al que Él sólo basta para hacer rico con bienaventuranza inestimable al que Él posee. Mas para mirar y ser-

vir á este Dios hay muchas cosas, y unos se aficionan más á unas, y otros á otras, según el sentido de cada uno: á los unos aplace la vida activa, á otros la contemplativa; unos se esmeran en la abstinencia, otros se hallan más esforzados para la castidad; y así vemos haber florecido diversos Santos en diversas virtudes de Dios.

Mas, señora, entre todo lo que acá hay para agradar al Señor, escojamos el padecer por su amor, que esto es lo más alto, seguro y cierto; y esto nos enseñó el Maestro de la verdad, que es Cristo; pues viniendo á este mundo, en esto principalmente se ejercitó, y á esto nos convida. Esto es cosa segura de polvo y de paja, pues no es conforme á la sensualidad, sino contra ella: y sólo el amor de Jesús nos hace que nos sepa bien, el cual es bastante para hacernos acometer y abrazar lo que de sí es desabrido y que hace huir. ¿Qué cosa significó que viendo Moisés una serpiente delante de sí se espantó y echó á huir, sino los que mirando lo que padecen ó han de padecer se espantan, y no lo querrían ni aun ver de los ojos? Más mandóle Dios que tornase á aquello de que huía; y no sólo tornase, mas la tomase en las manos; y obedeciendo á la palabra de Dios, halla en sus manos no serpiente que muerde, sino báculo que sustenta.

Así acaece cada día á los que obedeciendo en sus trabajos á la voluntad de Nuestro Señor que los envía, y tomándolos en sus manos, que es ponerlos en obra y aceptarlos con obediencia, hallan no desconsuelo ni alborotos, que con quejas fatigan el ánima, mas consuelo de sustentación y esfuerzo, confiando que pues Dios les envía tribulación, Él está cerca de ellos según su promesa, y que pone su amor en ellos, pues los trata como á hijos amados y como en este mundo trató á cuantos amigos en él ha tenido; y así la tribulación obró paciencia, y la paciencia fué prueba del amor y fe que en Cristo teníamos: y la prueba obra esperanza, porque Dios ha prometido de hacer participante en su gozo al que lo es de su cruz; y así se tornó la tribulación báculo y arrimo de nuestra flaqueza, pues que nos hizo confiar más y más en el Señor, y nos quitó las picaduras y quejas que la tribulación antes de esto nos daba como si fuera serpiente.

Sea, pues, señora, avisada en escoger lo que á Dios agrada, y no sea de aquellos que reprende el Apóstol San Pablo di-

ciendo: *Era razón que fuérades maestros, por el mucho tiempo que ha que servís á Dios; y estáis tan niños, que habéis menester ser de nuevo enseñados en los principios de las cosas de Dios, y estáis más para mamar leche que para comer pan con corteza, que es pan de grandes.*

Mire, señora, que no aplace á su maestro el discípulo que diciéndole la cosa muchas veces, se está tan rudo como á la primera vez; y que el médico toma fastidio cuando en una medicina que muchas veces pone no halla remedio por falta del enfermo; y así quiere Dios que no siempre nos estemos en la leche de los regalos, mas que con ligereza corramos á Él aunque sea por lanzas, y el fuego de nuestro amor queme todo aquello que delante se nos pusiere; pues no hay cosa que tanto nos convenga como amor, y el amor no se puede probar sino con el dolor ó tribulación. Y no debe quien á Cristo ama quererse estar sin probar si de verdad le ama ó no; porque aunque mucho le duela la prueba, más consuelo le da ver que le ha Dios examinado con fuego, y no se ha hallado maldad en él, ni ha tornado atrás de la empresa que había comenzado. Gran honra es estar firme en lo que mucho nos amarga, y otro igual placer no damos á Dios que cuando muy de corazón somos angustiados por Él y bebemos aquel cáliz en compañía del que Él por nosotros bebió.

En esto, señora, ponga sus ojos, pues que Dios quiso escogerla para que mirase á Él: no se acobarde de pelear las peleas del noble amor del Rey celestial: no tenga por tiempo bien empleado sino el que por su amado padece, que este sólo tiempo le puede dar alivio y conjetura que ama al Señor: que en lo demás, aunque sea ser llevada al tercero cielo, no sabe si se ama á sí ó ama á Él; porque quizá es su placer porque se cumpla lo que desea, y no puramente porque se cumpla lo que quiere Dios; y pues para amar á Él está dedicada y comprada, mire que se haga bien y á la continua su oficio, para que como mujer hacendosa aparezca el día del juicio rica en amor y despedazada en la guerra de él, á semejanza de Cristo, que murió en la pelea de aqueste amor, convidando á cuantos le aman á padecer de lo que El padeció y á responder con amor á su amor, y estando aparejada á darse en galardón eterno á los que estos amorosos trabajos pasaren por Él: una de las cuales será vuestra merced, por la gran misericordia de quien la escogió.

CARTA Á UNA SEÑORA,

QUE SENTÍA MUCHOS IMPEDIMENTOS EN EL SERVICIO DE DIOS, ENSEÑÁNDOLA LA CONFIANZA QUE DEBE TENER EN EL SEÑOR

La lumbre y fuerza del Espíritu Santo sea siempre en el ánima de vuestra merced. Los que por el profundo mar navegan con nuevas de alguna tierra lejos, y muy sana y muy rica, que van á buscar y esperan hallar, suelen pasar grandes trabajos, ya de tempestades de la mar, ya de falta de mantenimiento, ya de otros peligros que hay en la mar, especialmente cuando no se ha navegado por allí; y con la esperanza de la tierra rica sufren todo lo que les acaece, aunque pierdan la vida: y pues hay en tierra tanto esfuerzo para padecer mucho en busca de cosas pocas, no se desmaye vuestra merced, á quien Dios ha dado nueva del bien que en los cielos tiene aparejado para los que le aman; mas sufra mucho, pues anda en empresa tan grande, y no se maraville de quedar algunas veces como encallada y que no ve luz ni norte donde atine, sino que todo le parezca tinieblas, que Dios quiere meter á los suyos en tales trances que ellos, por necios que sean, ven muy claro que no les aprovecha su juicio ni fuerzas; mas no los desampara ni deja en aquel abismo de obscuridad y desmayo; mas sácalos ó luego ó al tiempo que á Él place, y salen humillados y más confiados de Dios. Verdad es que después vienen á otros trances, que tampoco se puede el hombre aprovechar de aquella merced que Dios le hizo en sacarle como si no hubiera pasado, y quedan del todo tan pobres como de antes; y así trae el Señor á los suyos tan colgados de sí, que tiemblan mirando en qué abismos caerían si de arriba no viniese socorro; y quiere Él tomar este negocio por suyo y estar más cerca de su siervo, cuando al siervo parece que está más lejos; y aunque el siervo no pueda confiar con aquella firmeza que querría, no deja Dios de le guardar, para que así vea el hombre que Dios es fiel, que no deja á los suyos, aunque ellos faltan en muchas cosas.

Como redoma de vidrio en manos de hombre que juega de manos, que la echa muchas veces en alto, que piensan los otros que se ha de caer y hacer cien mil pedazos, mas el diestro jugador tómala muy seguro en la mano, y tórnala á echar, hasta

que ya se les quita el miedo á los que lo ven, y tienen por tan diestro al jugador que se admiran de su destreza. No tema la pecadorcita; mas confíe que la mano poderosa de Dios la tiene en su mano, y la echa en alto y en el profundo, mas siempre le ha ido bien por la fidelidad de Dios que la ama; y aunque ella tiembla y no halla la fiucia y firmeza en su corazón que querría, que mudándose ella, no se muda Dios; mas allí en medio de los torbellinos y de los grandes despeñaderos, allí puede estar confiada, pues está escrito (Joann., X): *Las ovejas que tengo en mi mano, ninguno me las quitará.* Y por la bondad de Él puede pensar que ella es oveja de Dios.

Acuérdome que los tiempos pasados deseaba con grande agonía Rebeca, mujer de Isaac, tener hijos, y rogó su marido á Dios que se los diese, y luego concibió, y á cabo de ciertos días sintió dos hijuelos andar en su vientre, con tanta brega uno contra otro como si fuera un torneo ó batalla: espantada de esta novedad y fatiga con sentir guerra dentro de sí, vase á su márido y díjole: "Si así había de pasar este negocio de tener hijos, no sé para qué los deseé, ni para qué concebí: ruégote que me digas ¿qué es esto, ó qué significa?„ Pónese el marido en oración, y respóndele de parte de Dios: "Que aquellos dos hijos significaban dos pueblos que saldrían de ellos; y que el mayor de aquellos niños serviría al menor, aunque el mayor era guerrero y combatidor de sus hermanos„: y así sosegóse.

Señora, si desea vuestra merced saber qué es lo que tiene, oiga: dos hijos trae en su alma, y el uno pelea contra el otro, y dan pena á la madre: *el uno es instinto é inspiración de Dios;* el otro es *tentación del demonio;* y el uno es manso, lleno de paz; el otro es turbación y regaño: consuela el uno á su madre en los trabajos que pasa, y dícele que se pasarán presto, y que más merece Dios que sufra por Él; y el otro dice que vida tan larga y siempre trabajos, ¿quién los ha de llevar? El uno esfuerza diciendo que Dios acabará lo comenzado; el otro desmaya y trae desesperación, tanto, que fatigadas algunas madres con pelea tan cruda y continua, dicen: "Si estos puertos hay que subir en el camino de Dios, ¿para qué me metí en este cámino?„ Mas dice el varón por consejo de Dios, que no tema la buena mujer, que de estos dos hijos ha de prevalecer el menor, y mandar al mayor; y que con esta esperanza se consuele y sufra su trabajo. Primero, señora, tuvimos el mal pensamiento

y el mal corazón que el bueno, y por eso el mal hijo es el mayor; y después viene el bueno, y ve ahí la guerra entre ellos; mas como el bueno sea cosa de Dios y siempre vence, sepa toda criatura que siente esta guerra, que vencerá el menor al mayor, y le pondrá tan sujeto que no ose rebullirse él, ni pensamiento que venga de él.

Por eso, señora, pues Dios ha vencido en vuestra merced hasta aquí, espere que vencerá de aquí adelante, y aprovéchese del ruin hijo para ver cuán ruin es la madre que le engendró: ese hijo es propio suyo, y de ella sola, que el bueno infundido es por el Espíritu Santo; y suya es la gloria, no nuestra. En todo la sacará Dios victoriosa, porque toca así á su honra: con estos tormentos apurará esa ánima, y la hará vaso escogido suyo, y sacará mil provechos si está atenta á ella, y aprenderá á sufrir faltas ajenas, viendo cuán poco puede quitar las propias suyas hasta que las quita Dios; y acabarse ha de purgar de mil cosas, que sin tribulación ni prueba no se pueden quitar ni entender; porque escrito está (Ecclesiastés, XXXIV): *Que el varón que no es tentado, ¿qué sabe?* Y de pedir leche de niña vendrá á comer pan con corteza; y en lugar de lo que me envía á decir cerca de mi ida, me enviaría á decir palabras de grande, como Dios le ha enseñado que se han de decir. Esperando estoy este día para hacer fiesta en él, como lo hizo Abraham cuando destetó su madre á su hijo Isaac; mas si tan presto no viniere este día, no recibiré yo pesadumbre de hacerme flaco con el flaco para ganarlo para Cristo y servir así ó así; y todo el tiempo de mi vida lo tendré por muy grande merced de Dios, como hasta aquí lo he tenido. Cristo la guarde debajo de sus alas. Amén.

CARTA Á LA MISMA,

ENSEÑÁNDOLA CÓMO EL CAMINO DEL CIELO ES LA CRUZ, Y CÓMO SE LLEVARÁ CON ALIVIO

Señora, ya sabe que no ha de costar poco el cielo: ya sabe que unos de una manera y otros de otra, no se ha de salvar nadie sin cruz, y que no está en manos del hombre escogerla, sino que ha de tomar la que el Señor da; porque si el hombre la escogiese, ni le sería provechosa, ni se probaría la obediencia de la voluntad que á Dios se debe sujetándonos á Él en lo

que queremos y no queremos. Muy mejor sabe Él lo que nos envía, que nosotros lo sabemos pedir; y por esto hemos de pasar adelante aunque sea por puertos muy agrios y agujeros muy estrechos que nos hagan sudar; y saliendo de una guerra, entrar en otra, y decir cada día: ahora comienzo, porque esta santa porfía es la que vence al demonio y agrada al Señor; porque no es la arremetida, sino la larga perseverancia que cobija al hombre hasta su fin, como la vestidura que hizo Jacob á su hijo Josef, que llegaba hasta el calcañar, cubriéndolo todo. Adelante, señora, adelante, que por fuego y agua hemos de pasar al descanso; más merece el Señor que se pase por Él. Mucho más será el descanso que el trabajo, pues será mayor en calidad y mayor en el durar.

Todo lo de acá tiene fin; lo de allá no. Los que se cansaron en el desierto, y se desmayaron por ser el camino largo y duro, y los enemigos grandes como gigantes, desagradaron al Señor y fueron de Él desechados, porque se contentaban más de haber estado en Egipto en cautiverio que haber salido tras el Señor por camino áspero, y perdieron sus trabajos pasados por pereza de no sufrir los presentes. San Pablo cuenta de los trabajos de los Santos Patriarcas y Profetas, alabando en ellos mucho la longanimidad del corazón, que es una virtud que hace al hombre muy largo en esperar, y nunca ahitarse de la tardanza de las promesas de Dios. Y por esto dijo Dios por Isaías (XXVIII): *El que creyere no se dé prisa:* lo cual el Señor dijo porque mandando anunciar por boca del Profeta la venida de su Unigénito al mundo, quizá habría algunos que pensasen que había de ser á cabo de pocos años: mayormente, como el Señor decía, que de ahí á poquito vendría: avísales, pues, que no traten con Él ni con sus promesas como hombres de corto corazón, oyendo hoy y esperándolo mañana, sino que sea su creer sin mucho aguijar, esperando luego lo prometido.

Baste, señora, que el camino que vuestra merced ha caminado ha sido por desierto; y como dice Jeremías, por tierra de sed, y que tiene imagen de muerte. Y paréceme que el desierto no es acabado, mas queda que andar, y á las veces queda al cabo de la jornada una gran cuesta para subir á la ciudad adonde vamos; y al cabo de la copa de la purga suele estar lo que más amarga; y al cabo del cautiverio de Egipto fué la persecución mayor contra el pueblo de Dios, que nunca había sido: y

aunque por una parte dé esta desconsolación, porque parece agua caliente sobre quemadura y viene sobre tanto cansancio, por otra es cosa de consolar, pues tras la cuesta está la ciudad, y acabado de beber el suelo de la purga no hay más que beber; y tras la grande persecución de gitanos viene la liberación de la mano poderosa de Dios, y uno es víspera de otro.

No conviene, señora, desmayar por la grandeza de los enemigos, no por sus astucias; no por tormentos que den, que tanto será más acepta á su Señor cuanto más fuere perseverante en mayores tormentos por Él: en cruz conviene estar hasta que demos el espíritu al Padre; y vivos no hemos de abajar de ella, por mucho que letrados y fariseos nos digan que descendamos, y que se seguirá provecho de la descendida, como decían al Señor La cruz se tomó por Él, y Él la ha ayudado á llevar hasta ahora; y si alguna vez es tan pesada que hace arrodillar, así también hizo á Nuestro Señor: y no se maravillará Él que nuestra flaqueza arrodille, pues su gran fortaleza arrodilló; lo cual Él quiso hacer para que no desmayasen los flacos, cuando con el peso de los trabajos algunas veces les parece que, no pudiendo sufrir tanto, quedan atollados con tristeza y como con alguna desconfianza, y sin aquella alegría en el padecer que otras veces: bien sabe el Señor nuestra masa, bien sabe nuestra mancha que en la frente la traemos escrita para con Él: no se maravilla de nuestras flaquezas, y más ama nuestra humilde confesión de nuestra falta, que nuestro engreimiento con la justicia.

Padre nuestro es, guía es de nuestro camino, aunque alguna vez se esconde á los caminantes, como la estrella á los Reyes; y no por eso los dejó, que luego les tornó á enseñar su luz, con la cual se gozaron de gozo nuevo, como quien tenía tristeza por haberla dejado de ver. Por estas mudanzas pasaron los siervos de Dios que ahora reinan con Él, ya con lumbre, ya á obscuras, ya con esfuerzo para vencer todo el mundo y todos los trabajos, ya con tanta flaqueza que una paja les parecía un quintal, y no podían pasar adelante apesgados de su propia pesadumbre, y parecíales cosa recia andar en estas mudanzas; y como dice Job (cap. XIV): *Nunca permanecer en un estado mismo;* y David dice (Psalm. XXIX): *Que á la tarde hay lloro y á la mañana alegría; y otras veces hay tarde alegre y mañana triste.*

Queramos ó no, por esta mar hemos de navegar, que nunca está queda. Diferencia ha de haber de quien reina en la tierra firme del cielo á los que navegamos en la mudanza continua de la mar; y debemos contentarnos con que no huyamos de la guerra, aunque algunas veces nos hieran en ella; que, en fin, no desechará Dios á su pueblo, como dice David. Y se acordará del amor del desposorio cuando le siguió en el desierto. No tiene el Señor olvidado lo que por Él ha pasado: no la tiene olvidada en lo que ahora pasa. En tormentos está por su honra y amor; Él sacará á puerto su nao, y ojeará los cuervos que vienen á ensuciar su sacrificio. Así trató otros sus siervos acá, y así los libró y galardonó; y después cuentan con más alegría lo que acá más pena les dió. Pensemos qué placer será del demonio si en sus manos nos asiese, y qué burla haría de ver que goza él de nuestros trabajos; y por otra parte pensemos qué placer daremos al Señor y á sus ángeles en ser fieles en lo que nos puso, y con cuánto gozo cantaremos las misericordias del Señor para siempre en el cielo por habernos librado de las miserias y lazos de aqueste suelo. Él sea luz y esfuerzo de vuestra merced, amén, para que todo lo pueda confortada por Él.

CARTA Á LA MISMA SEÑORA,

ANIMÁNDOLA Á LO MISMO QUE EN LAS PASADAS

Mi ánima ama á la de vuestra merced, porque Dios la ama, y porque de su bien me ha de caber á mí no poca parte. San Pablo dice que aquellos á quien predicó eran su gozo y su honra y su corona; porque recibiendo por su boca la palabra de Dios, habían mudado su vida y entrado en el camino de Dios, y así daban muy grande gozo á San Pablo; porque allende que se alegraba del bien de ellos, esperaba también el galardón el día postrero por haber sido instrumento mediante el cual Dios había ganado aquellas ánimas: por eso les llama corona, porque así como una corona hermosea y honra la cabeza de quien se la pone, así los que fueren salvos por la predicación de uno, le honrarán y alegrarán como hermosa corona de ricas piedras; y siendo esto así, no es mucho de agradecerme que yo quiera el bien de su ánima; porque el bien de ella es mío, por haber Dios héchome esta merced de me la haber dado por hija, y me la ha de dar por una de las piedras de mi corona, que en aquel

día me dará si yo perseverare en serle fiel en el llamamiento que me ha llamado. Y porque, señora, es vuestra merced piedra que ha de poner en corona, quiere Nuestro Señor labrarla muy bien, que no es razón que ponga en corona piedras toscas y de ningún valor, que aquéllas han de ir á los infiernos, pues no recibieron la labor y esmalte del espíritu del Señor.

Mas las piedras vivas, de las cuales se edifica la celestial Jerusalén, son aquí labradas con tantos golpes que parece que las quiere Nuestro Señor quebrar y que sin compasión les da golpes nuevos, aun antes que se haya quitado el dolor de los dados; mas no las quiere quebrar, sino apurar; no destruir, sino hermosear; y para tales, que cuanto acá parecían más maltratadas, tanto más resplandezcan el día postrero delante el acatamiento de Dios: entonces parecerá misericordia lo que aquí parecía crueldad, y asentará Dios á sus piedras labradas cada una en su lugar, y en tan bienaventurado lugar, que el menor de ellos es de más estima que los reinos é imperios y que cuantas cosas se pueden pensar. ¡Oh bienaventurados golpes que en tal descanso han de parar, y bienaventurado trabajo que ha ser pagado con abrazos de Dios! Hiérenos, Señor, aquí cuanto mandares, porque allí nos halagues: haznos llorar, porque nos enjugues las lágrimas: desconsuélanos en todo, porque gocemos de ti, que eres el todo; y sénos aquí riguroso, porque nos guardes para allí tu misericordia: en este mundo desterrados estamos, y como en víspera de Pascua y arrinconados: el cielo es nuestra tierra, y nuestra fiesta, y nuestra anchura; y por eso como quiera nos pasaremos aquí, para que cuando aparezca la gloria de Dios aparezcamos nosotros en gloria y celebremos aquella alegre Pascua con tantos ciudadanos que aquí primero celebraron la vigilia.

Señora, dé gracias á Nuestro Señor, que la trata como trató y ha de tratar á sus muy queridos: que á su Unigénito Hijo, que es la principal piedra, mire qué de golpes le dieron, que le labraron de pies á cabeza; y aquellos golpes también le lastimaron á la segunda piedra del cielo, que es la Virgen Nuestra Señora: y así conforme al asiento que á cada uno han de dar, así aquí ha de ser labrado. Y si esto conviene aun en los justos, ¿qué diremos los pecadores, sino abajar la cabeza y decir: Señor, poco me castigas para según yo merezco? Poco es todo lo que yo puedo pasar, aunque todos los trabajos yo solo pasase;

porque quien el infierno merece, ¿qué pena de acá le debe parecer grande? Conozcamos, señora, que nos es Dios piadoso, aun cuando más riguroso parece: que cierto así es; pues á quien aquí castigare, allá no le castigará, mas consolará; porque escrito está, que no juzga Dios una cosa dos veces. Todo lo que pasamos merecémoslo; mas es Dios tan piadoso, que por los azotes que nos envía nos perdona los pecados, y nos los cuenta en servicio para darnos corona por ellos; y pues los trabajos de acá excusan el purgatorio y hacen ganar el cielo, ¿quién no los amará cuando vienen, y aun pedirá á Dios más y más de los que tiene, y estará triste cuando no los tiene? Quien á Cristo y á su reino conoce, no tiene en este mundo compasión de sí, porque tanto más cree ser apto á Él cuantos más trabajos pasa por Él. Y así decía aquel amoroso San Ignacio: *Fuego, cruz, fuerza de bestias, cortamiento, y apartamiento, y quebramiento, y destrucción de miembros, y destruimiento de todo el cuerpo, y los azotes del diablo;* todas estas cosas vengan sobre mí, porque yo merezca alcanzar á Jesucristo. Ninguna cosa me aprovecharán las cosas de este mundo ni el reino temporal; mejor me es morir en Cristo que reinar en los fines de la tierra. Estas cosas dice aquel Santo, como quien conocía y amaba á Jesucristo y veía cuán bien empleado es todo por le ganar.

De esta manera, señora, se esfuerce vuestra merced á padecer purgatorio de sus pecados; y aunque no hubiera pecado, se había de esforzar á pasar trabajos por el puro amor de Jesucristo, que por ella tantos pasó sin haber hecho por qué; y así se lo diga, que aunque ella lo debe, que lo quiere pasar por amor de Él, como si no lo debiera, y conforme á su corazón así lo recibirá el Señor, como empresa que vuestra merced trae por amor de Él: en los amores de acá otras empresas se dan: mas en los de Dios el padecer es la empresa: y quien no es fuerte á padecer mucho, no diga que ama á Cristo mucho, porque no hay amor sin dolor acá. Espero en Dios que así como acá le da dolores y trabajos, en el otro mundo le tiene guardado descanso, aunque harto galardón es padecer por tal Señor; y así como ninguna cosa hay tan para desear en la otra vida como gozar con Cristo, así no la hay en esta otra tal como padecer con Él y por Él. Sufra de buena gana, pues que ha de ser coronada, que los trabajos que pasa le vienen para ganar corona.

CARTA Á UNA SEÑORA

QUE SE HABÍA CONSAGRADO Á DIOS: AVÍSALE QUE SEA AGRADECIDA Á SU MAJESTAD

Ya habrá vuestra merced entendido cómo entre las cruces que Nuestro Señor quiere que llevemos, es una el no poder ayudarnos uno á otro á llevarla, aunque lo deseemos; y pues nos hemos ofrecido á su voluntad, conviene que en todo, sin sacar nada, la adoremos y abracemos en nuestro corazón, para que así con su gracia ganemos merecimientos de vida eterna y hagamos lo que debemos á la obediencia de tan gran Señor y piadoso Padre, lo cual he dicho por el no escribir tanto á vuestra merced. Mucho se alegró mi corazón en el nuevo deseo del espiritual matrimonio con el celestial Rey; y muchas gracias se deben dar á tal bondad, que así ha llevado á vuestra merced poco á poco hasta subir á la dignidad de esposa, que es la de mayor honra y amor que hay: y porque con tanta alteza no se desvanezca la cabeza, le avisan que sea humilde con Dios y con los hombres, y así yo se lo he avisado en las cartas días ha. Para con el Señor traiga vuestra merced en su memoria aquello de Abraham: "Hablaré yo al Señor Dios mío, aunque sea yo polvo y ceniza.„ Téngase por una pequeña hormiga que está sobre la tierra, y que la sacó la piadosa mano de Dios de los infiernos, do ella por sus pecados merecía estar, y ande cargada con el peso de los beneficios de Dios, dándole el tributo y alabanza y gracias que ella pudiere, por no caer en el mal vicio de la ingratitud; porque cuando Dios descarga á uno de sus pecados, cárgale con obligación de le dar gracias y de le servir como á Señor, de cuya mano tanto bien ha recibido: y también traiga en su memoria la palabra de Nuestra Señora: "He aquí la esclava del Señor„; y por tal se tenga, pues de su parte es esclava, y mala esclava, y toda su honra es Dios, y así se llame.

Conviénele, señora, ser rica en amor, pues que como el Señor dice (Malach., I): *Si Yo soy vuestro Señor, ¿qué es del temor que me tenéis? Y si Yo soy vuestro Padre, ¿qué es de la honra que me catáis?* Así dirá: Si soy vuestro Esposo, ¿qué es del amor que me tenéis? Esto, señora, le ha de pedir que le dé, para que ella se lo dé á Él, y con amor le parecerá bien,

y estará su ánima hermosa, y con amor será rica en merecimientos, y con amor se atará con Nuestro Señor, como se atan acá los que se casan. Procure mucho de apurar su ánima de toda cosa que no es Dios; y si algunas faltas hiciere, límpielas luego con la vergüenza y dolor y con la confesión, para que siendo del Señor perdonadas, vaya adelante la hermosura de su ánima, la cual, aunque los pecados veniales no la quitan, obscurecen la vivez del color del ánima, que es imagen de Dios; y por eso y otros daños que traen debe procurar de huirlos cuanto en sí fuere, y abundar en buenas obras, para que, como dice San Juan (Apoc., XXII): *El que es justo sea mas justificado.* Para con los prójimos tenga humildad, teniéndolos por más dignos de las mercedes de Dios que ella, y téngase por esclava de ellos: reverénciclos en su corazón y en lo de fuera según conviene al recogimiento de la casa. Acuérdese muchas veces de que el Señor lavó á sus discípulos los pies, y haga ella en su corazón lo mismo, y haga por ellos las buenas obras que pudiere con un amor entrañable como á miembros de Nuestro Señor, mirando lo que Él dijo (Joann., XIII): *¿No fuera razón que tuvieras misericordia de tu prójimo, como Yo la hube de ti?* El voto que vuestra merced desea hacer, cese ahora: conténtese con los dos que tiene hechos; y en lo demás, guarde lo que dice San Pablo (I Cor., VII): *Los que usan de este mundo, como si no usasen de él.* Sea Dios su hacienda y riqueza.

CARTA Á UNA SEÑORA TRABAJADA,

ANIMÁNDOLA Á LLEVAR LA CRUZ

La venida de vuestra merced sea muy en hora buena; y cuanto más trabajada, tanto venga más en hora buena; y cuanto menos refresco halle, tanto más en hora buena, que con estos tales golpes se fabrica la corona que vuestra merced busca, y se gana el amor del celestial Rey, del cual ella de su gana quiso ser cautiva. Ya sabe que no hay amor sin dolor, y mucho mayor en el de Dios, porque es más verdadero amor, el cual ha de ser probado con trabajos, como oro con fuego; y el que queda en pie aquél es el fino, y el que hace que el Señor diga (Luc., XI): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones: Yo os dispongo el reino como mi Padre lo*

dispuso á mí. Crea, señora, por cierto que si cuanto yo más trabajada la veo más me parece que la amo, ó á lo menos más tiernamente, ¿qué hará aquella divinal Bondad sino más y más querer á quien más ve padecer por su amor? Y esto entendía bien San Andrés cuando decía: *Tanto seré más acepto á mi Rey, cuanto por Él más padeciere:* y esto desean todos los que á Dios desean; porque no en gozar con Él, sino en padecer por Él consiste nuestro amor.

Y pues vuestra merced ha vendido á sí misma y cuanto tiene por comprar esta joya, no se desmaye si le piden mucho por ella, que más y más vale, y señal es que se la dan, pues tanto le hacen pasar, que si no le dieran, no le pidieran; si no la tuviera el Señor en su amor, no la metiera en trabajos: en guerra está, tenga esperanza de la corona. La cruz le dan, confíe que le dan al que se puso en ella, que Él y ella casados son; y por eso está fijado con clavos, porque sepan todos que quien á ella tiene, tiene á Él, y quien á Él quisiere llevar, ha también de llevar á ella; porque á los que Dios juntó, el hombre no los aparte. Consuélese, pues, vuestra merced en sus peregrinajes y trabajos, y hágales rostro de sierva de Cristo, que pues tiene la esposa, que es la cruz, no se le negará el Esposo, que es el Crucificado: y sea por donde Él quisiere, ó como Él quisiere, ¿qué se le da ella si Dios es así contento? Ya se dió á Él, no conviene tornarse á tomar: en el punto que deseó amor, se obligó á ser mártir de Él: no le pese por pasar mucho por el Señor, que no es pequeña honra del caballero ponerle su Rey en los pasos de mucha afrenta, y cuando los otros duermen, que él vele; y cuando está sin armas comiendo y holgando, que esté él armado y en pie, y si es menester derramando la sangre; mas esto tiénelo él por una grande merced, porque es señal que el Rey tiene de él mucha confianza, pues le pone en mayores trabajos que á otros.

Conviene, señora, que dé buena cuenta cada uno de lo que el Señor le ha encomendado, y que á quien le ha puesto en más peligrosos y trabajosos trances, no se tenga por más desdichado, mas por más amado: y si viere á otros estar en paz, y á sí mismo en guerra, no se aflija ni desee trocar su suerte por la ajena; mas que sea agradecido á quien le tuvo por fiel para le encomendar mayores trabajos; y espere de la mano de quien le trabaja corona copiosa de todos ellos; que si el hombrecillo es

fiel á Dios en llevar con fuerza de amor la carga pesada, ¿cuánto más será Dios fidelísimo en galardonar á su caballero? Este galar dón le está, señora, guardado, que es el mismo por quien trabaja. Aparéjese á pasar más por Él, que mucho más y más merece que se pase por Él; y sepa que á ninguno engañó que de Él se fiase. Los Profetas andaban por los montes y cuevas necesitados, angustiados, afligidos, y muchas veces mofados de los hombres, y abofeteados y muertos: los Apóstoles y mártires desterrados de sus casas, tierras y parientes, desconocidos de sus amigos y perseguidos de todos, encarcelados, en frío, desnudez y hambre y peso de las cadenas; azotados, apedreados, deshonrados y hechos como un poco de estiércol en los ojos del mundo, y así fueron preciosos en los de Dios, y fueron tenidos por amigos de Él, y gozan ahora de Él: y pues que á Dios le va por juramento que no tendrá parte en Él quien no toma su cruz y le sigue, más razón hay de haber compasión de los que viven sin trabajos, pues no gozarán del descanso, que tomar pena de los que no vienen: no es posible descansar aquí, y allá poseer á Dios, y vivir á nuestro querer.

A pospelo hemos de ir de todo lo presente, para alcanzar lo que está por venir. Y más me alegro de ver el camino tan cierto por donde el Señor la ha llevado y lleva, que si la viera llena de consolaciones. Señora, no es quien quiera el Señor á quien ama; no haga cobarde la recuesta de su amor, por el cual hombres y mujeres, viejos y mozos tantas cosas pasaron. A Dios creyó, de Dios se fió, á Dios amó, á Dios busca, y por su amor pasa lo que pasa: si le duele, mire la causa del padecer, y hallarse ha dichosa en el padecer por tal Señor. Gózanse los Apóstoles de ser azotados por el nombre de Cristo: gócese vuestra merced en lo que pasa por Él, que si bien agradece estas mercedes, Dios le dará otras mayores. ¿Qué, piensa que es ya la guerra acabada? Esfuércese, que mientras más creciere en amor, más carga le han de echar; y pues no la quiere el Señor para pequeños bienes, no le han de costar pequeños trabajos.

Abaje su cuello al yugo del Señor, y á ojos cerrados vaya tras Él: no quiera comer del árbol de la ciencia de bien y de mal, parándose á mirar lo mucho que padece, y que fuera mejor ir por otro camino; que si á esto abre sus ojos, todo irá perdido, y luego desmayará, y se le andará la cabeza alrededor, como acaeció á nuestros padres primeros, que por comer del

árbol de la ciencia perdieron de comer del árbol de la vida. Señora, no use de su propio juicio, sino viva en fe: no escudriñe, sino á ojos cerrados fíese de Dios: cate que en la hora que quisiere ella aquesto ó aquello, sale de la obediencia del Señor, el cual quiere que con perfecta sujeción nos sujetemos á Él sin preguntarle por qué nos lleva por tal ó tal camino, sin murmurar de Él; por qué nos sacó de Egipto y trajo á desierto de tanta aspereza y amargura. Conviene al hombre tornarse ciego y más que ciego por seguir á Dios, tornarse necio para seguir al que todo lo sabe. Y la sabiduría de los Santos consiste en negar su parecer y su voluntad, y seguir á ojos cerrados la de Nuestro Señor; y si alguna vez les venía su propio juicio á decir: recio camino es éste, errado va, mejor fuera por aquí ó por allí, desechaban este pensamiento como habla de la serpiente que preguntó á Eva (Genes., III): *¿Por qué os mandó el Señor que no comiésedes de este árbol?* Á lo cual si ella respondiera: yo no soy juez para juzgar los caminos de Dios, sino sierva que ha de obedecer su voluntad con santa simplicidad, no cayera en lo que cayó.

Señora, no consienta á su juicio que pregunte nada de lo que en ella el Señor hace. No le diga que la lleva por desierto espantable; mas con entera fe adore lo que Dios quiere, y sin entender por dónde la llevan, que el que está en los cielos y la ama sabe el cómo y por dónde, y lo que Él envía, eso conviene; y le dice desde allá: ese es el camino, camina por Él. Ya sabe de cuánto tiempo está avisada: no se le haga de nuevo lo que conoce de Dios que quiere que pase. Él lo quiere, Él sea bendito, que en todas las cosas la quiere probar: no deja acíbar que no le da para hacerla muy agradable delante sus ojos; y cuanto más martillada, más reluciente; y mientras más extranjera, ciudadana; y por el desconsuelo presente le ha de dar muy grandes consuelos. Cristo sea luz y esfuerzo, y consuelo de su ánima. Amén.

CARTA Á UNA SEÑORA,

ENSEÑÁNDOLA EN QUÉ CONSISTE LA SANTIDAD

Las cartas de vuestra merced he recibido, y aunque no respondo á todas, no deje vuestra merced de preguntarme lo que quisiere, si quiere ser muy santa como dice; porque lo otro

ni es de humildes ni obedientes, y, por tanto, no es de santos. Lo que vuestra merced ha de hacer para ser muy santa es lo primero tenerse por muy mala, y tener á Dios por muy bueno, del cual sólo es hacer á los malos buenos, y á los buenos mejores, ayudándose ellos de sus favores que da. Conviene, señora, ser muy leal á Nuestro Señor Jesucristo para darle toda la gloria del bien que tenemos; porque si en ésta le tocamos, en la niña de los ojos le tocamos, y quedarnos hemos sin honra y sin bien. *Item*, conviene amarle mucho para tener mucha santidad; porque el amor hace la santidad; y quien más ama, más santo es; y pruébase este amor ser verdadero en guardar las palabras de Dios y en padecer cruz por Él; y mientras más dura y seca, tanto más se parece el amor de quien la lleva. *Item*, se prueba el amor en el propio desprecio y propia abnegación, como el Señor dice: *Que quien quiere ir tras Él, se niegue á sí mismo*. Gran enemigo de su propio parecer y de su propia voluntad es el que á Dios ama mucho, y agradece mucho á quien le ayuda á vencer estos enemigos con contradecirle y darle muchos enojos.

Y hasta que uno tiene este celo de Dios contra sí mismo, vengándose de sí con la penitencia que puede, y holgándose que otros venguen á Nuestro Señor de Él, poco ha caminado en el camino del perfecto amor de Nuestro Señor, el cual hace santamente aborrecerse á sí mismo, para de verdad amar al Señor y á sí mismo. *Item*, la prueba del perfecto amor de Nuestro Señor es el perfecto amor del prójimo, el cual crece como crece el de Nuestro Señor, y hace al que lo tiene tan uno con todos los prójimos, como son los miembros de un cuerpo; y de aquí nace la oración cuidadosa por todos, y el hacer penitencia por ellos si puede. Sea Cristo su amor para siempre.

CARTA Á UNA SEÑORA AFLIGIDA

Dilatado he la respuesta de la carta de vuestra merced esperando tener alguna mejor disposición para con mejor aparejo pedir á Nuestro Señor la respuesta que vuestra merced ha de responder á Él; y como todavía dura mi indisposición, parecióme no esperar más, porque no es justo dilatar la respuesta mucho tiempo á tan gran Señor, pues en sabiendo su voluntad, es razón que le demos la nuestra. Ya vuestra merced ha

oído de mí muchas veces que el mayor favor que en este mundo Dios hace á los suyos es padecer por amor de Él; y esta merced es tan grande, que por tal la concedió el eterno Padre á su amantísimo Hijo, y el Hijo la concedió á los muy amados de Él, honrándolos con hacerlos semejables á Él; y dándoles prenda, que pues los hace semejables en el padecer, los hará también en el reino. Y así, señora, vuestra merced se debe tener por indigna de tal misericordia, y agradecerla de todo corazón al Señor que la hace, y acordarse de aquella palabra que la Sacratísima Virgen María dijo (Luc., I): *He aquí la sierva del Señor: sea hecho en mí según tu palabra.* Y cuando David envió á decir á aquella buena y prudente mujer Abigail que la quería tomar por mujer, ella, conociéndose por indigna de tal dignidad, respondió (I Reg., XXV): *He aquí tu sierva para lavar los pies de tus criados.*

Téngase vuestra merced por esclava, que de su voluntad se ofrece á servir á su Señor y sus siervos en cualquier cosa que Él mandare honrosa ó deshonrosa, de descanso ó de pena, de vida ó de muerte; y un día, cuando quiera comulgar, diga al Señor con reverencia y amor: Señor, yo no soy digna de padecer por vuestro amor; mas pues vuestra bondad esta merced me ofrece, yo la recibo y la consiento con que Vos, Señor, con la misma bondad me deis la fuerza para llevar vuestra cruz para gloria vuestra, pues conocéis mi flaqueza; y luego diga: En vuestras manos, Señor, encomiendo el espíritu mío. Y reciba á su Señor con mucha confianza, que le dará esfuerzo para padecer lo que le enviare; y vuestra merced procurará pedir oraciones para lo mismo. Nuestro Señor la haga mártir de su amor.

CARTA Á UNA SEÑORA MUY AFLIGIDA:

ALIÉNTALA Á LA FIDELIDAD DEL SEÑOR PARA CONFIAR EN ÉL

La gracia y consuelo del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre. Alguna pena tengo de no haber recibido carta ó encomiendas de vuestra merced; porque temo que lo impide, no el olvido, mas alguna grande tribulación, procurada por el demonio para hacerle mal, y permitida por Nuestro Señor para hacerle bien. Y tanto más creo que es esta la causa, cuanto más creo que ha de poner ahora todas sus saetas el adversario para

turbar la paz y salir con alguna ganancia; por lo cual conviene, señora, que á la mayor guerra pongan mayor resistencia, y la persecución no le sea causa de desmayo, mas espuelas para más encomendarse á Nuestro Señor, y freno para más regidamente vivir, que ya sabe que no hay otro mejor camino para agradar á Dios sino aqueste de los trabajos. Y ya sabe que quiere que los suyos no piensen que están de Él olvidados, aunque estas cosas les vengan; mas que contra esperanza esperen, y puestos los ojos en Él lo traspasen todo: y aunque sientan dentro de sí disfavor y respuesta de muerte, la confianza les esfuerce y profetice que les ha de librar el Señor con mucha ganancia. El Apóstol dice (II Cor., I): *Hágoos saber, hermanos, la tribulación que pasé en Asia, que fué sobremanera, y fué sobre mis fuerzas, tanto que me daba fastidio el vivir, y dentro de mí tenía ya respuesta de muerte;* mas esto fué para que no confiemos en nosotros, mas en Dios, que resucita á los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros, y en el cual esperamos que nos librará, ayudándonos vosotros en la oración.

Señora, pues, mire si es razón que nos quejemos los pecadores de ser tratados como lo fueron los grandes amigos de Dios, y que huyamos de lo que purga nuestros pecados y nos hace hábiles para recibir la corona del reino de Dios. Sepa, señora, que le conviene tener guerras grandísimas y vida que le parezca muerte, y un puro traslado del purgatorio, para que así entienda cómo trata Dios en esta vida á sus escogidos, uno de los cuales vuestra merced pueda confiar que es á gloria de Dios. El Apóstol dice (II Cor., IV): *Cada día somos traídos á muerte por amor de Jesucristo;* y en otra parte suplicó al Señor *que le quitase la tentación del demonio que le atormentaba mucho;* y oye que le responde Cristo: *Que bien está así, y se contente con que está en su gracia.*

Por tanto, señora, no se derribe con flaqueza, ni desmaye por las grandes guerras; que este Señor que las permite la sacará victoriosa. No suelen los marineros dejar perder las naos ya que las tienen en el puerto ó cerca y con buen tiempo, habiendo pasado primero muchos trabajos con ellas en el tiempo de la tempestad y en medio del golfo. Y tampoco dejará Nuestro Señor perder la ánima que estando en golfos tan peligrosos la guardó, y no permitió que se sumiese en los infernales tormentos; mas sacóla con tanta muchedumbre de maravillas, que

dan esperanza que no desamparará hasta el fin á la que tanto amor ha mostrado en los principios y medios. ¿Adónde está, sierva de Cristo, vuestra confianza, si después de tantas prendas de amor aún desconfiáis ser amada? ¿Es, por ventura, el Señor semejable á los que enseñan amor y no lo tienen? Antes cierto es tan amador, que aun cuando de fuera parece que castiga y desama, entonces ama y más ama. No sospeche vuestra merced enemistades, que en verdad no las hay. El Cordero bendito pagó nuestros pecados, y nos ganó la bienquerencia del Padre.

¿Qué causa hay de desconfianza donde tal Redentor y Medianero tenemos? Si mi dicho valiese diría que creo muy creído de la bondad de aqueste Señor, que así como por sí mismo sin nuestros merecimientos sacó esta ánima de sus ofensas, así por sí mismo la ha de guardar entre todas las guerras y llevarla hasta su presencia en el cielo, no obstante sus faltas y ruindades, pues son veniales, y le da dolor de ellas: Él hará como quien es, y mirará á sus llagas que en las manos tiene; y no sólo á las obras de nuestras manos y á los pensamientos de nuestro corazón, porque Él guiará como estemos en pie, ó nos levantará después de caídos; mas á gloria suya coronará á la que pelea, y alegrará á los que la aman. Humíllese mucho á Dios y á los hombres, que no hay otra arte para escapar de los lazos del demonio sino ser chiquito, porque David dice (Psalmo CXIV): *El Señor guarda los chiquitos: humilléme yo, y libróme Él.*

Armese mucho de paciencia, pues lo que sufre lo sufre por Dios, y no se enoje por mucho que dure la guerra, porque suele el demonio ser importuno por vencer con sola importunidad; y si no sintiere el ánima cual desea, preséntela á este Señor, que es Médico de ellas, y espere con largueza de corazón su medicina: Él vendrá, cierto, y entrará en su ánima, y mandará á la mar que sosiegue, y le reprenderá de poca confianza, y la abrazará con mayor suavidad que antes ha sido la amargura. Acá no hay olvido ni descuido en la encomendar á Nuestro Señor: espero de Él que oirá las oraciones de los pobres. Él sea alegría de vuestra merced en el cielo, y aquí esfuerzo para mucho padecer por Él, como yo lo deseo.

CARTA Á UNA PERSONA ESCRUPULOSA

Bien parece, Hermana, que no sois para prueba, ni habéis salido de la niñez, pues en dejándose de reir el celestial Esposo con vos, luego ponéis sospecha que está con vos enojado. ¿Adónde están las particulares misericordias que de su mano bendita habéis recibido en testimonio que particularmente os ama? ¿Así habéis de olvidar cuánto os ha regalado? ¿Y tan presto habéis de pensar que quita Dios su amor de quien una vez tan de verdad lo ha puesto? ¿Para qué os ha dado tantas prendas, sino para que le fiéis algo sobre ellas? Fiadle este crédito, que os ama, aunque ahora no os lo muestra. Y pensad que no seréis en ello engañada, pues que ya os he dicho otras veces que el amor que al Señor tenemos no ha de ser tal que nos derribe con demasiada tristeza, si en alguna culpa liviana caemos; que de esa manera, ¿quién de los hombres tendrá descanso ni paz, pues todos pecamos? Quiere el Señor que os arriméis á Él y os gocéis en Él, y que pongáis vuestras llagas en las suyas, para que quedéis sana y consolada, por recias y sensibles que sean las vuestras.

¿Hasta cuándo habéis de andar escarbando tanto como escarbáis en vuestro muladar, que no sacaréis sino cieno, y de mal olor? Acabad ya de creer que no por vos, sino por Jesús crucificado, habéis de ser sana y amada; y no os desmayéis tanto por vuestras faltas, pues por los frutos que de ello sacáis podéis ver que no agradáis al Señor en ello. Mejor será tener un corazón varonil y esforzado, mirando el bien que por Jesucristo habéis recibido y tenéis: y así lo mirad, que os doláis de vuestros pecados y viváis con cuidado de no le ofender; mas no que perdáis vuestra paz y paciencia si os viéredes caída, pues os he dicho muchas veces que tal cual sois os ama el Señor. Contentaos con ser amada por su bondad, aunque por vos no merezcáis ser amada. Si una esposa parece muy hermosa á su esposo porque él la mira con ojos de mucho amor, ¿qué va en ello que ella no sea tan hermosa, pues lo es en los ojos de su esposo? Si á vos sola miráis, daros ha asco de vos, y desmayaréis viendo tanta miseria.

Mas ¿qué os falta, pues tenéis en el cielo quien os ama, y á cuyos ojos parecéis bien, porque os mira por los agujeros de

sus llagas que por vos padeció, por las cuales os dió su gracia, y suple vuestras faltas, y os sana y hermosea? Descansad, pues ya sois sierva del Crucificado, y olvidad las turbaciones pasadas como si pasado no hubieran; que de parte del mismo Señor os digo, como otras veces os he dicho, que Él lo quiere así. Corred de aquí adelante vuestra carrera con ligereza, como quien ha echado de sí una carga pesada que le impedía; que aunque luego no venga la serenidad deseada, no os fatiguéis, que á las veces se camina más con tempestad que con buen tiempo, y se merece más con la guerra que con la paz: el que os redimió os regirá como os cumple para ser salva. Fiaos de Él, pues tantas razones tenéis para ello: y lo que escarbáis en vuestra miseria, escarbadlo en su misericordia, y sacaréis de ello más provecho que de lo primero. Esta os cobije con su dulcedumbre eterna, como yo lo deseo, y suplico y espero, pues para eso os llamo: encomendadme al mismo Señor por amor de Él.

CARTA Á UNA PERSONA,

QUE TRATA DEL AMOR DE DIOS PARA CON EL HOMBRE

El Niño nacido por nuestro bien dé á vuestra merced parte de los bienes que trae, pues tomó Él los males que nosotros teníamos: Él le dé fuego vivo de amor, en que á vivas llamas arda; pues por encender éste en nosotros viene tan pobre y arrecido de frío. Mientras este Niño más padece, más nos roba el corazón para le amar; y mientras más le amamos, más deseamos padecer por Él; porque el amor huye del descanso como de una cosa contraria á su intento; y buscando los otros libertad y placer, el que ama aborrece esto, y desea ser siempre esclavo, y trabajar por quien ama. Señora, ¿quién constriñó á Dios á hacerse hombre? No otro sino el amor. ¿Quién le constriñó que ya que era hombre fuese nacido en tiempo tan recio, en lugar extranjero, en casa de establo, en tanta pobreza y bajeza, que se ha de haber de Él compasión? Cierto otro no lo hizo que el amor que desde el cielo le trajo preso al vientre virginal de Nuestra Señora; y del vientre lo llevó al duro pesebre, y de allí á otros trabajos, y después á la cruz, adonde amándonos verdaderamente, nos hizo que de verdad le amemos, según Él mismo lo dijo antes: "Si me ensalzáredes de la

tierra, todas las cosas traeré á Mí.„ Ensalzar de la tierra quiere decir morir en cruz, como murió, y entonces trajo todas las cosas á sí mediante el grande amor que encendió en los corazones.

Porque mirando á este verdadero amador, unos han olvidado sus tierras, viviendo en peregrinajes; otros dejado sus haciendas, viviendo en pobreza; otros se han ofrecido á trabajos y muerte, deseando más padecer por Cristo que holgar sin Él. Y sea su clemencia por siempre bendita, que entre los que por este noble amor del Crucificado han olvidado sus cosas, y á sí con ellas, es una vuestra merced: no de ella, mas de Aquel que en ella obra para gloria de Él; y así no lo dejará en las flacas manos de ella sola, pues Él y no ella de sí lo comenzó.

Alégrese, señora, en Dios su alegría, pues es cobijada con manto tan fuerte y tan blando: fuerte para le defender de sus enemigos y de sí propia, que es el mayor enemigo, y blando para la consolar entre sus trabajos, y para sentirlos como si de Él fuesen, y para darle parte de su corazón, y muy herido de amor por ella. ¿Cómo el Señor pudiera haberla esperado, traído, guardado y sustentado, si muy de verdad no la hubiera amado? ¿Cómo no le provocaran á ira las faltas de ella, si no hubiera en Él tanto amor que cerrara los ojos á ellas, y los abrió á lo que le cumple? Y diráme: ¿de dónde á mí tanto bien, que el Rey eterno me ame, y por eso sufra, y me dé bienes en lugar de males? Respondo, señora, que me diga ella: ¿por qué el fuego quema, y el sol alumbra, y el agua refresca, y cada cosa hace según su naturaleza? Y si dice que porque el fuego es fuego por eso quema, así le digo que porque Dios es Dios por eso nos ama libremente y hace misericordias á quien no las merece. No tiene nada, no, nuestra soberbia de qué gloriarse; mas la vergüenza y deshonra es nuestra, y la honra es de Él. De los bienes nosotros gozamos; mas la gloria suya es, que así lo cantaron los ángeles nacido el Niño (Luc., II): *Gloria sea á Dios en los cielos, y paz á los hombres de buena voluntad.*

Gloria demos, señora, al Señor de todos por las misericordias que de su mano hemos recibido: gloria sea á Él, porque con tanto poder nos libró de las manos de aquellos á los cuales nosotros, con miserable consejo, nos habíamos entregado: gloria sea al que pareciendo tan desgraciado trajo á su gracia, y nos sustenta y corona con grán misericordia y misericordias, y

nos da á entender que acabará lo que ha comenzado; porque de aquél suele ser el cuidado y carga de un negocio de quien ha de ser la honra; y quien lleva la honra ha de tener el cuidado; y pues aqueste bendito Señor quiere ser en nosotros glorificado y llevarse la honra de nuestra victoria, Él quiere tomar el cuidado de nuestra pelea y Él hará que caminemos á Él por Él, y nos atará con nudo de amor tan fuerte que ni muerte ni vida de Él no nos apartará: Él hará que le miremos con ojos abiertos, y que á todas las cosas los tengamos cerrados; y tanto se nos imprimirá en el corazón, que por su amor y memoria olvidemos todas las cosas y á nosotros también.

Esto hará el que es piadoso y poderoso, y es santo su nombre, y el que más nos ama que nosotros sabemos decir ni pensar; porque sus obras son sobre todo sentido. Á Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén. Á lo que me pregunta de mi salud, mal me va, pues soy flaco, que si no lo fuese, no me quitaría tan presto Dios los dolores como me los quita: y á lo demás, respondo que el fuego grande, mientras más encerrado y callado, más arde. Cristo la haga discípula verdadera y fiel del enseñamiento de su amor, para que en algo sepa responder á su inefable y divino amor, como yo se lo suplico.

CARTA Á UNA SEÑORA

QUE PADECÍA TRABAJOS, ANIMÁNDOLA Á LLEVAR SU CRUZ CON LA ESPERANZA DEL PREMIO

Sí, señora, sí sé que vuestra merced está en cruz, y no á solas, que no pienso yo que Nuestro Señor la ama tan poco que la quiera tener lejos de sí. Su cama, señora, y su mesa la cruz fué: en ellas ha de poner á sus amados, si lo quieren ser; y no se turbe vuestra merced porque no hay cosa que le consuele, pues ha oído que el Señor dijo puesto en la cruz: *Busqué quien me consolase, y no lo hallé.* Desamparado de su Padre dijo que estaba; y esto excede á todo nuestro desamparo, por mucho que sea, como también sus dolores exceden á los nuestros. Téngase, señora, firme en la cruz: no quiera descender de ella por descansar. Ofrézcase á la voluntad de Dios para que haga de ella su voluntad, sin que le resista. Déjese llevar de tan buen Padre adonde Él mandare, y diga como dijo Santo Tomás: *Vamos, y muramos con Él.* (Joann., XI.) Mire que este negocio

no es palabras, sino obras, y finos dolores y desamparos; y no tiene uno más amor del que parece en el tiempo de la tribulación; y cada cosa tiene su tiempo. Aquí hemos de padecer con el amor, y hacer que abracemos la cruz: en el otro mundo nos hará gozar del mismo Dios.

Sufra, señora, al amor su carga, que Él se lo pagará doblado en el cielo; y acuérdese que se le ha ofrecido por sierva tantos años ha, y que no desdiga en el tiempo de la prueba, sino que le sea leal, para que por tal sea coronada en el cielo. No espere acá otra fruta sino hiel y vinagre y lo demás de la cruz; y mientras más se le acercare la libertad eterna, más recios trabajos ha de pasar. ¡Mas dichosa avenida de tormentos, que sacarán el ánima de tan penosa cárcel y la presentarán delante su Criador limpia, hermosa y pasada por fuego resplandeciente! No es esto cosa de carne y sangre; mas virtud del Señor, que da á los que se le sujetan, para que así como con flaquezas y tormentos Él venció y entró en su reino, así Él en ellos haga lo mismo y los lleve consigo victoriosos y para siempre bienaventurados. Dígale, señora, á su cuerpo y ánima: descansad en esta esperanza, y aquí no esperéis sino cruz, y es esto lo que os conviene. Hágase en buen hora la voluntad del Señor en nosotros, que nadie nos quiere tanto como Él, y Él por su bondad nos pondrá en cobro. Esfuércese vuestra merced, y corramos nuestra carrera juntos, y llevemos nuestra cruz acá en la tierra, para que allá en el cielo nos gocemos juntos. Dios sea con vuestra merced, como yo se lo suplico y deseo.

CARTA Á UNA SEÑORA ENFERMA,

ENSEÑÁNDOLA CÓMO SE HABRÁ CON LA PAZ DEL CORAZÓN

A Nuestro Señor gracias, porque con el crecimiento de enfermedades del cuerpo hace que crezcan mercedes en el ánima; y si así ha de pasar, supliquémosle que corte y queme, como San Agustín decía, porque en lo interior y que ha de durar nos enriquezca; pues todo lo que por tal joya como es Dios se diere y padeciere es muy poco y de ningún valor, si no es por su gracia. Lo que vuestra merced debe procurar es recogerse toda y ser como vaso entero sin agujeros, para que el licor que Nuestro Señor en ella echare no se salga por aquí

ó por allí: los agujeros del corazón las afecciones son, cuando en otra cosa se ponen que no sea Dios ó por Dios, y así conviene renunciarlas todas y trocarlas por el amor de Dios: que así como antes amábamos las criaturas por parentesco ú otro respeto, ya no se amen sino por Dios y en Dios. Es esto un morir y un resucitar muerte á todo amor, mirando la criatura en sí, y resurrección mirando á la criatura en el Criador, ó á Él en ella, que es lo que mejor suele armar á los que siguen el recogimiento; y he dicho esto porque no piense vuestra merced que quiere Dios ser Él sólo amado en sí y no en las criaturas; pues es cierto que dió dos mandamientos del amor, y entrambos se han de cumplir, aunque el amor no es más que una virtud por la cual amamos á Dios por Dios, y al prójimo por Dios y en Dios.

Conviene que vuestra merced traiga muy gran cuenta de guardar la paz y sosiego del corazón por reverencia de aquel Señor que en Él mora, que es tan amigo de paz que se llama *Príncipe de paz* (Isa., IX), y pacífico, y aun la misma paz; y así ha de huir de toda congoja, temor, ira, desabrimiento, deseo con ahinco, tristeza demasiada, y alegría también, y vivir en una paz en cuanto le fuere posible: que á cualquier rato que el Señor quiera visitarla, no la halle turbada ni inquieta; y primero que hable ó reprenda algo, encomiéndese mucho á Nuestro Señor para no turbarse, y no reprenda hasta que esté en paz; y por eso se debe acostumbrar á mortificar cuando algún enojo ó falta hicieren, y humillarse á recibirlo en venganza y satisfacción de lo que ha ofendido á Nuestro Señor: y después de aprovechada ella, podrá aprovechar á otros, que este es el fin de la corrección.

Esta paz se alcanza con estar confiada de Nuestro Señor como de verdadero Padre, y con no tener voluntad ninguna más de la de Él, y ésta abrazarla con todas sus fuerzas y gozarse y regocijarse en ella; y hasta que halle un entrañable gusto en que se cumpla en ella la voluntad de Nuestro Señor, aunque sea con trabajos, menosprecios, dolores y todo lo demás, por adverso que sea, no descanse ni piense que ha aprovechado en el camino de Dios y en sus mismos dones que le diere: su principal gozo sea porque Él se contente, y por tener conque más contentarle á Él. Para el trato familiar con Nuestro Señor, para el cual Él la llama, conviene mucho el

recogimiento del pensamiento y vivir dentro de sí. Y esto ha de ser con la mayor suavidad que pudiere; porque la humana flaqueza siente mucho que la encierren y no la dejen callejear; y por eso conviene poco á poco acostumbrarse á esto, unas veces entrando muy dentro de sí, y otras estando como ni dentro ni fuera : y si alguna vez salen de sí á mirar las criaturas, es para mirar á Dios en ellas, y nunca alejarse de sí misma, sino traerlo luego al corazón, y allí, como abeja solícita, hacer su morada y su miel. Dejar del todo el cuidado de la casa, no entiendo que lo quiere Nuestro Señor, mayormente no habiendo en ella á quien se pueda encomendar que tenga habilidad para ello. Mas mire vuestra merced á qué cosa se extiende la habilidad de N., y aquélla le puede encomendar; y lo demás provéalo vuestra merced con todo el sosiego posible, y rogando á Nuestro Señor que con poco cuidado de vuestra merced lo guíe Él, pues obra sin congoja y sin trabajos.

Esto es lo que se me ofrece que decir para prosecución del camino por donde Nuestro Señor la quiere llevar. Su misericordia suplirá lo que aquí falta con que vuestra merced sienta siempre de sí como de gran pecadora, y diga como San Pablo (I Corintios, XV): *Yo no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios.* Acuérdese un hombre de quién era él cuando vivía por sí, para que agradezca á Dios, cuando le da gracia para vivir en Él; y porque me parece muy bien un hecho que hizo un hombre sabio, á este propósito se lo contaré, y fué que siendo rico y sabio y de linaje, se casó con una labradora de una aldea, no por afección torpe, sino con juicio de razón, por tener mujer que le fuese humilde, agradecida y obediente viéndose casada con quien á duras penas merecía servir; y porque las ropas y joyas y todo el más aparato que le dió como á mujer de hombre tan calificado no la ensalzase, tomó la ropilla vil y pobre que ella traía vestida cuando la recibió, y colgóla en su palacio donde ella muchas veces la viese, y con esta memoria de la pobreza pasada nunca se ensoberbeciese con la honra presente. Así que, señora, mire vuestra merced la pobreza en que vivió en tiempos pasados, y nunca de ella se aparte profunda humildad, agradecimiento y amor á quien tantas mercedes le ha hecho y le ha de hacer. Él sea por siempre bendito. Amén.

CARTA Á UNA SEÑORA

QUE LE PREGUNTÓ QUÉ SERÍA ESTAR DESCONSOLADA Y ALEGRE DE LO ESTAR: RESPÓNDELE Á LA PREGUNTA

Una carta de vuestra merced recibí, y bien veo la razón que tiene en desear que yo la ayudase siquiera con cartas á llevar la cruz que por amor de Nuestro Señor ha tomado sobre sus hombros; aunque, como vuestra merced dice, mi poca salud es causa de faltarle, más que falta de voluntad. Lo que vuestra merced desea saber de qué es que por una parte esté atribulada de dentro y de fuera, y por otra contenta de estar donde está, digo que como Rebeca traía en su vientre dos hijos que entre sí peleaban, así en nosotros tenemos deseos, unos que proceden de nuestro hombre exterior, y otros del interior. *El primero* huye de la cruz y busca el temporal descanso: *el segundo*, como ama á Dios y las cosas eternas, ama la cruz y trabajos como medio para se salvar; y debe dar vuestra merced gracias á Nuestro Señor porque le da fuerzas para no irse tras lo que su sensualidad quiere, porque eso es una señal que Cristo mora en ella, pues vence en ella como Él venció, tomando la cruz por obediencia del Padre, aunque su carne no deseaba no padecer.

Esfuércese vuestra merced á llevar la cruz que ha tomado sobre sí, pensando en la que Cristo tomó por amor de ella. Y cuando se viere muy fatigada y cargada, acuérdese de aquella agonía en que Cristo estuvo, hasta sudar gotas de sangre que regaba la tierra; y con todo esto prevaleció tanto el amor que vuestra merced tuvo para hacerle decir que quería más la salvación de ella que escapar Él de tormento de cruz. Y si esto pasó el que es nuestro Criador y Señor, y ni nos debe nada ni espera provecho de nosotros, ¿cuánto más es razón que vuestra merced diga en sus trabajos: Señor, por vuestro amor quiero pasar esto, pues Vos pasasteis por mí muy mayores cosas? Hágase vuestra voluntad en mí, y no la mía; pues Vos, Señor, buscáis mi bien y yo mi mal; Vos me buscáis el cielo, yo huyo de él y me querría quedar con los deseos de la tierra? Y tenga, señora, por cierto que si se atreviere á seguir á Nuestro Señor por el camino de la cruz, que es dolores, pobreza, desprecio y desamparo de criaturas, que Él se lo pague tan bien pagado aun

acá, que le pese por no haber sido agradecida á los trabajos que le ha enviado: y así, señora, le encomiendo que cada día le dé particulares gracias por todos los trabajos exteriores é interiores que en toda su vida le haya enviado, y le pida gracia y fuerzas para los de aquí adelante los agradecer como muy particulares mercedes, y tenerlos por señales de su salvación.

Tenga esto como cosa asentada y determinada en su corazón, que el camino por donde ha de ir es cruz; y que mientras más se acercare al fin de la vida, mayor ha de ser su cruz: que así acaeció á Jesucristo Nuestro Señor, al cual nosotros hemos de imitar; y procure de entender en cómo ha de sufrir condiciones ajenas con aquella blandura que Dios la ha sufrido y sufre; y si es menester reprender á alguno, sea, como San Pablo dice, *en espíritu de blandura,* considerando á ti mismo no seas tentado. Para sí sola sea cruel, y para todos blanda: sus faltas le parezcan grandes, y ríñase y castíguese mucho por ellas; mas de los otros haya compasión y alivie sus faltas, y temple con misericordia la reprensión y castigo. Y de esta manera le será Nuestro Señor blando y piadoso, según Él lo ha dicho, *que con la medida que midiéremos, seremos medidos;* el cual sea esfuerzo y consuelo de vuestra merced para le servir y aprovechar á otros por su amor.

CARTA Á UNA DEVOTA SUYA,

EN QUE LE PIDE AME MUCHO Á NUESTRO SEÑOR

Esperando he estado ver alguna carta vuestra para saber de la salud de vuestra ánima, y para alegrarme si está cual deseo, ó penarme si no. Yo suplico á Aquel que por vos vivió y murió, para daros con su vida ejemplo y con su muerte fuerza, que desde que no sé de vos hayáis ido en crecimiento del divino amor, pues por amor fuisteis criada, redimida, llamada y ganada, y que no deis tal mancha en vuestra honra que siendo amada de un tan alto Rey, dejéis vos de le responder al mismo tono, diciendo lo de la Esposa (Cant., II): *Mi amado á mí, y yo á Él.* ¡Oh Hermana, y qué merced nos hizo Dios en darnos licencia para le amar y de convidarnos á ello, haciéndolo primero Él, guardando con nosotros la ley del verdadero amador, que es hacerse uno con lo que ama! ¿Quién hizo á Dios hombre, y, como San Pablo dice (Philip., II), *ser hallado en há-*

bito y manera de hombre, sino el amor que tuvo á los hombres, para que tomando Él nuestra pobre compañía tomásemos nosotros la rica de Él? Hízose semejable á nosotros para hacernos semejables á Él; desciende Él para que subamos, y murió para que vivamos, y toma nuestras cargas para que libres y desembarazados corramos á Él con el ímpetu del amor, estimulados con las agudas espuelas de sus beneficios.

Amad, Hermana, á tan fuerte amador; y porque de vos no tenéis el amor que Él os pide, pedídselo vos á Él, para que tengáis qué le dar, y con obras piadosas, y con santos trabajos y ferviente oración, *no déis silencio al Señor*, como dice Isaías (cap. LXII), hasta que envíe en vos el fuego de su amor, con el cual dulcemente os queméis, y sabrosamente ardáis, y santamente viváis: y si no os lo da luego, no dejéis de le importunar, porque suele Él probar á sus deseosos con dilación del deseo, para que cuando les diere el deseo de su corazón, tanto mejor les sepa la merced, y mejor la guarden cuanto con más trabajo alcanzada y más tiempo deseada: y también lo dilata porque quiere ser amado de verdad, y para esto es menester ser deseado de verdad y con perseverancia; porque quien se cansa de andar buscándolo, también se cansará de pasar otros trabajos que vienen con el amor; y así conviene que en esperar sus mercedes y en todo andemos sujetos á su voluntad, aunque Él no ande á la nuestra; y andan contentos con la hambre, pues son llamados *bienaventurados los que han hambre y sed de justicia* (Matth., V). ¿Y cuál justicia más justa que amar una ánima á su Criador? ¿Y cómo dejará de dar este amor á Aquel que tan justamente lo pide?

No perdáis, pues, vuestra hambre de las ansias del amor; mas pasad vuestra hambre con esperanza de la hartura, que acá ó allá os veréis junta con el que desea vuestra ánima, y los senos de ella tan llenos del bálsamo de la vida que aviva los celestiales y cuanto vive, que todos vuestros huesos digan: bendice, ánima mía, al Señor: y acordaos de lo que os encomendé, que vais paso á paso en este camino; porque queriendo andar muy apriesa, no tropecéis y caigáis; porque escrito está (Proverbios, XVI): *El que es apresurado en andar, tropieza;* y también dice (Prov., XXVIII): *Que es más segura la hacienda que se gana poco á poco, que la que de golpe;* y por esto así tened diligencia en buscar esta merced, que vaya acompañada de en-

trañable sosiego, fundado en que ninguno puede tener más de lo que Nuestro Señor le diere: y mirad mucho vuestra vida, no haya en ella algo que desagrade á los ojos de Dios y os sea estorbo para que no os dé lo que pedís; porque quien pretende tener trato de amor con el Rey celestial, conviene que viva con mucho aviso de dentro y de fuera; porque estando en la tierra, y querer comer aunque sea de las migajas de los del cielo, no se puede hacer sin gran mortificación de lo de la tierra y mucha limpieza de vida.

Sed, pues, agradecida á la merced que el Señor os ha hecho en poneros en esa poca de buena vida que podáis conjeturar que estáis en su gracia, y ya que no os acrecentase más virtud, bastaría ésta para salvaros por su misericordia y para vivir consolada; pues no es poco tener esperanza de ir al cielo, aunque sea pasando por purgatorio, y aunque sea con los menorés, pues allá ninguno es pequeño: y no os digo esto para que viváis en tibieza, hartándoos con el poco amor que tenéis; mas para que se os quiten los desabrimientos y desmayos que por no alcanzar luego todo el amor que deseáis, podríades tener. Pedid mucho amor, porfiad por él, y la perfección de él os ponga cuidado de trabajar; y ese poco que el Señor os ha dado, tomad en prenda de que Él os dará más. Decid con los Apóstoles (Luc., XVII): *Acreciéntame, Señor, la fe:* pedid mucho amor, como la Magdalena, para que vuestra esperanza sea muy firme de gozar en el cielo del Señor que acá deseáis. Él sea vuestro favor, lumbre y amor ahora y siempre.

CARTA Á UNA SEÑORA,

ANIMÁNDOLA Á QUE PELEE CONTRA EL DEMONIO Y RESISTA SUS TENTACIONES

Plega á Nuestro Señor esté vuestra merced como yo deseo, que no en balde se dijo ser el amor cosa llena de temor cuidadoso. Mas, en fin, tengo en el Señor confianza que mirará, como en Jeremías dice, el amor con que se desposó con Él en el tiempo de sus principios, y de cómo le siguió por el desierto en la tierra sin camino y llena de trabajos, y que tiene semejanza de muerte. Él es muy agradecido á quien con amor le sirve; y en el tiempo de nuestras flaquezas, cuando está nuestra virtud para faltar, entonces mira Él al tiempo que fuimos fuertes y á la

intención amorosa que le tuvimos, y socorre nuestra miseria con la abundancia de su misericordia; por eso esté vuestra merced con el corazón esforzado, y como dice San Pablo (Hebr., X): *No queráis perder vuestra confianza, porque tiene galardón.* Y ésta es la que el demonio querría quitar ó enflaquecer para derribar al que él derriba, cuanto más siendo mujer, de cuyas manos él se tiene por más despreciado de ser vencido, como dijo Abimelech á su escudero (Judicum., IX): *Mátame tú, porque no se diga que una mujer me mató; y había la mujer arrojado un pedazo de un terrón desde la fortaleza.* Y así haga vuestra merced cuando el demonio le diere combate; arrójele á Jesucristo, y déle con Él en la cabeza, que por ser hombre se llama tierra, y así morirá el enemigo : y si le parece que todavía se queda viva, sepa que le es grande dolor, y de muerte, el verse vencido y ser ocasión que vuestra merced gane corona, pensando él que le había de hacer caer en cadenas. ¡Qué mayor mal para su enemigo que ayudarla á ser ella muy grande en los ojos de Dios! Que, cierto, si los ojos de vuestra merced viesen el tesoro que tienen ganado con resistir tantas veces al demonio, no hay duda sino que templaría bien lo amargo de sus trabajos con lo hermoso y rico de sus coronas: tantas piedras preciosas tiene para su corona, cuantas veces ha resistido á los consejos del demonio; y tanto ganado de descanso, cuantas veces sufrido con paciencia sus pesados trabajos que le trae: por eso no se canse de ganar piedras preciosas, aunque al tirárselas le hieran un poquito con ellas, porque en tirándole, luego son suyas; y mire que resista á la desaprovechada tristeza, *que es principio de muchos males;* sino confiada en el Señor, y alegre con su amor, huéllelo todo, y parézcale poco, como dice San Bernardo: *Mi trabajo á duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento.* Huelle al dragón y al león, y téngale él miedo á ella, y no ella á él; y dígase á sí misma: *El Señor es mi ayudador, ¿á quién temeré?* (Psalm. XXVI.) El Señor tiene cuidado de mí, ¿por qué me dará descontento cosa que me viene? El Señor me rige, muy bueno va: el Señor se sirva de mí; no quiero otro bien, aunque sea muy á mi costa; porque hallándola el demonio esforzada y apercibida, no la pueda derribar, y tema de la acometer. El Señor que la llamó la conserve, y haga tal cual yo se lo suplico. Amén.

CARTA Á UNA SEÑORA:

ENSÉÑALA LA MISERIA EN QUE CAE EL ÁNIMA QUE HACE PECADO MORTAL Y TRAICIÓN EN DEJAR Á DIOS POR EL DEMONIO

La gracia y paz del Espíritu Santo sea en el ánima de vuestra merced, y le ayude en este santo tiempo á aparejar su ánima para el Niño que ha de nacer, sin tener casa propia en las ánimas que lo quieren recibir: extranjero viene y en mucha pobreza: déle vuestra merced su ánima, porque le diga el día postrero: *Huésped era, y acogísteme.* Mas mire que así como no hay cosa tan para desear como aposentar este Niño en el ánima, así no hay cosa que más cuidado y diligencia pida que tenerle aparejada casa á su voluntad: en humildad y pobreza viene, humildes y pobres le han de recibir: á trabajos viene, con trabajos se le ha de ataviar la casa en que ha de morar: casto es, y á castos ama; y aunque es niño y chiquito, es Dios y muy grande, y por eso no es pequeña cosa aparejar posada al gran Dios. Delicado es Nuestro Señor, y por un pecado mortal, que muchos fácilmente cometen, no entra en el ánima, y también por otro se va, y después de ido, no viene tan presto como se va; mas da bien á sentir en la dificultad del tornar con cuánta diligencia debe ser guardado cuando le tenemos.

¡Oh señora, y qué rico está quien á Dios tiene, y cuán muchas veces al día había de mirarse su seno, preguntando al Señor si estaba ahí! ¡Qué cadenas le había de echar de rogativas y lágrimas, suplicándole lo que dice David (Psalm. XXI): *Señor, no te apartes de mí!* ¡Cuán enfrenado ha de andar el hombre porque no haga cosa en que dé enojo al Señor, y de enojado se vaya! Porque si Él es todos los bienes, ¿qué será perderlo sino caer en todos los males? Cosas dolorosas siente el ánima que á Dios ha perdido, que en ninguna manera las pudiera creer aunque todo el mundo se las dijera; lo cual parece bien en nuestros padres Adán y Eva, que mirando Eva la fruta del árbol vedado, parecióle muy hermoso, y que si ella comiese de él le sería muy dulce y le sería gran bien; mas después de comido se le abrieron los ojos para ver tantos males que por ello le vinieron, que experimentó á su costa que fué mayor el amargor de haber quebrantado el mandamiento de Dios, que había sido el placer de haber comido del árbol; y entonces vió que lo

que le parecía que el fruto vedado era hermoso y sabroso, era engaño del diablo, que le hacía trampantojos y le ponía fastidio de los frutos que Dios le mandaba comer, pareciéndole desabridos; y le parecía que en aquello que Dios le vedaba estaba el sabor y bien escondido.

¡Oh, cuántos han sido por falsas imaginaciones engañados del diablo, prometiéndoles contento y sabor, que después han llorado amargamente, porque dieron crédito al que sabían ser mentiroso y padre de mentira! Y unos, á cabo de muchos trabajos y lágrimas, á duras penas tornaron á cobrar la amistad de Dios, aunque todavía vivieron con aquel puñal en el corazón: ¿cómo ofendí á Dios habiéndome Él hecho tantos bienes? Y paréceles que no gozan del alegría del perdón con el continuo dolor y vergüenza que tienen por la ofensa. Otros hay que idos una vez, nunca más tornan, como gavilanes que idos de la mano de su señor, hallan carne que comer, y de encarnizados no tornan; y después de haber gustado manjares de ángeles, vienen á deleitarse en manjares de puercos. *Y de estos* —dice San Pedro,—*que les fuera mejor no haber conocido el camino del Señor, que después de conocido dejarlo;* y que les acaece como al perro, que come lo que una vez vomitó, y como á puerco, que se revuelca en el cieno de una parte y de otra. Y el Señor dijo, que quien pone la mano en el arado y mira atrás, no es bueno para el reino de Dios; antes queda hecho mundano y propio para ser escarnecido de los demonios, y puesto en escarmiento para que otros no ofendan á Dios.

De esta manera se perdió la mujer de Lot, que habiéndole Dios hecho tan gran merced de librarla del fuego que vino del cielo sobre Sodoma y Gomorra, donde ella moraba, y mandándole que no mirase atrás, no obedeció; y en tornando la cabeza atrás, quedóse hecha estatua de sal, *en que lamen las bestias.* Y es de mirar que si tan reciamente castigó Dios á la que no había sido pecadora en su ciudad, solamente porque no obedeció el mandamiento de no tornar atrás, ¿qué espera el pecador librado de los castigos de Dios por su grande misericordia, si despreciando tan grande bondad vuelve su corazón á los fuegos pasados y á las ollas podridas de carne de Egipto? Guarde Dios por quien es Dios á toda ánima de caer en males tan grandes; porque, como dice San Pablo (Hebr., X): *Espantable cosa es caer en manos de Dios vivo.*

¿Quién es el hombre para que pueda sufrir á Dios enojado y airado? Porque así como un grandísimo fuego se traga una pequeña pajita, así la fuerte ira de Dios traga á las ánimas y cuerpos de los que de Él se apartan. Y así como cuando la mujer muy querida ha hecho adulterio, se enoja el marido más mientras más querida había sido de él, así el enojo de Dios, muy incomportable contra el ánima que Él había sacado de cautiverio de pecados, y de esclava hecho libre, y de desnuda de gracia muy rica y vestida, y de mala esclava muy honrada y amada mujer, ¿qué merece la que ingrata á tantas mercedes, no digo hace adulterio á su tan piadoso y honrado marido, mas aun le pasa por pensamiento con muchas leguas? ¿Quién así piensa dar bofetada á quien tantas por ella pasó, y tornar á crucificar y deshonrar de nuevo á quien fuera razón de antes untarle las heridas recibidas que darle otras de nuevo? ¡Qué maldad para asombrar dejar á Dios por el demonio, y estando en camino del cielo meterse de pies en el infierno, y querer más tratar con Dios enojado que con Él apacible y manso!

No he escrito, señora, estas cosas para que yo piense que este mal ha de venir por vuestra merced; porque mi confianza no está en ella, mas en Aquel que tan piadosamente la rescató del cautiverio en que estaba, y le ha enseñado tanto su amor que da bien á entender que no ha tomado el negocio de burla, ni quiere que ella ni yo lo tomemos. En este Señor, que tan fielmente ama, tengo mi confianza, que no en vuestra merced, que tan mal responde al amor fiel: mas he escrito esto para que barrunte algo del peligro en que está y más y más se encomiende á Nuestro Señor, y siquiera no se pierda el tiempo en admitir pensamientos desaprovechados. El Señor ha de sacar esto á luz y ha de acabar lo que ha comenzado, y no me ha de quitar á mí esta corona: por eso tenga paciencia, que lo que Dios me ha dado, ella no me lo ha de quitar: acá tiene vuestra merced muchos siervos y siervas de Dios, que con muy gran cuidado la encomienden á su misericordia: Él la haga muy cumplida con vuestra merced. Amén.

CARTA Á UNA SEÑORA AFLIGIDA

Y TENTADA DEL DEMONIO

Señora, ¿qué tiene? ¿qué la duele? No haya miedo, que el Fuerte es su defendedor, y la Madre del Fuerte su patrona; no piense que la han olvidado, que no es sino que se huelgan de verla en pruebas, para que los demonios queden confundidos en tornarse sin ganancia, y Dios sea glorificado, que hace victoria en las cosas flacas, y su ánima quede hermoseada; y mientras más martillada, más aparejada para ser candelero de oro en el templo de Dios. Ea, señora, levántese del polvo de la tristeza y sacúdase de lo que nuestro enemigo le trae, y no dé mancha en su honra, pues la suya es de Dios: no me entristezca á mí con verla caída, sino alégreme con su victoria, y véala yo tener en pie la bandera de Cristo, aunque le cueste la sangre: muerta sí, vencida no, y la corona que tiene resplandeciente no la obscurezca; y si el demonio porfía, porfíe ella; si él la quiere derribar, levántese ella por dar contento á Nuestro Señor y por no perder lo servido. Acuérdese qué gozo es haber sido fiel á Cristo, para que oiga de la boca de Él (Lucas, XXII): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; Yo os dispongo el reino como mi Padre lo dispuso á Mí.* Sea compañera de Nuestro Señor, y diga como San Ignacio: *Tormentos, cruces, quebrantamiento de huesos y todos los tormentos por arte del demonio inventados, todos vengan sobre mí, sólo con que yo merezca ver á mi Señor Jesucristo en su gloria.* Y pues tiene esperanza que lo ha de ver, tenga esfuerzo para padecer, y mire que no le tomen de sobresalto; pues tanto antes que le viniesen estos trabajos le han sido dichos: escogióla el Señor para mártir de amor y para que beba su cáliz con Él. No se escandalice en lo que le envía, que Él dijo (Matth., XI): *Bienaventurado el que no se escandalizare en Mí.*

Bueno va, señora, bueno va, pues el que es todo bueno así lo quiere. Persuadido estoy que la ama, que la cuida y que no da licencia á nuestros enemigos para fatigarla, sino para bien de ella: Él la ha de sacar de esta angustia, como de otras ha hecho: por eso cobre esfuerzo, que ángeles la cercarán, que no demonios, y el mismo Dios está presente, sino que calla cuando están apaleando á su sierva, como hacía á San Antón. Ahí está

el Señor viendo su pelea: por eso hágalo varonilmente; que así como á los elefantes les ponen delante sangre para que se esfuercen á pelear, así para que la sierva de Cristo sea esforzada, es bien que esté presente su Señor y su amado, para que á ella le crezca el esfuerzo mirando á Él, y antes muera que sea cobarde. Haga hazañas, señora, y sean de amor, y como llama viva salga la fe y el amor diciendo: De Cristo soy; no conozco á otro: á Él me encomiendo; no temo á nadie: mi ánima le he dado, ¿cómo se la podré quitar? Padecer quiero por Él, y esta sea mi parte en este mundo; y aún no he comenzado, que mi trabajo liviano es; y si es pesado, con el amor me parece liviano: Aquel es mi confianza que á nadie faltó; más creo la verdad de Él, que las mentiras del demonio; más quiero morir en el camino de la verdad, que vivir fuera de él. Señora, ya sabe que las obras del demonio son tinieblas, y sus palabras mentiras: dígales un no, y cierre su puerta; y si viniere á llamar, disimule con él, y como pudiere llame ó desee llamar á Nuestro Señor, y no se derribe ni se desmaye; mas sea aprobada y hallada fiel, y examinada con fuego, y no se halle en ella maldad, que el Señor proveerá de socorro (Marc., XIV), *y vendrá sobre la mar á la cuarta vigilia de la noche, y la mandará sosegar*. El que la ha guardado, Ése la guarde y defienda de todo mal para honra de su santo nombre. Amén.

CARTA A UNA SEÑORA ENFERMA:

ENSÉÑALA QUE CON LA TRIBULACIÓN SE PURGAN LOS PECADOS

Dicen que está vuestra merced mejor del cuerpo: creo lo estará en el ánima; que aunque vuestra merced siempre la tenga buena, á lo que yo creo, mas lo bueno en la tribulación se hace mejor; porque la paciencia, como dice Santiago, tiene obra perfecta; y es la causa, porque quien bien lleva la tribulación da testimonio que el amor que tiene á Dios no es palabrero, sino obrador; pues no falta en el tiempo de la tribulación, que es el tiempo donde se prueban los amigos ser verdaderos, y donde se descubren los fingidos. Acuérdese vuestra merced de los dolores de Nuestro Señor, y tenga por merced suya tener parte en ellos, y como tal se la agradezca cuan de corazón pudiere; porque así como no es propia señal de cristiano amar á quien nos ama, sino también á quien nos aborrece, ni tampoco lo es

dar gracias á Dios cuando nos sucede lo próspero, porque aquello aun los malos lo suelen hacer.

Dé vuestra merced gracias por lo que su Esposo le envía, como preciosas joyas, de las cuales nadie es digno, según lo mucho que valen; y como crecieren los trabajos, crezca la confianza en el Señor que los envía; porque pues son testigos del amor que nos tiene, razón es que á más testigos, más creamos. No se deleita, señora, Nuestro Señor en vernos trabajados, no, sino porque nos desea ver enriquecidos en nuestras ánimas, y que en este mundo purguemos nuestros pecados, y con trabajos ganemos y merezcamos el cielo. Por esto nos envía estas joyas, que son medio para alcanzar estos bienes. Ofrézcase vuestra merced de corazón en sus manos, pues son de Padre, y más que de Padre, y confíe en su pasión, que por ella será vuestra merced favorecida de Él, y alcanzará lo que más le cumple; y mire que salga de la cama con más amor y más confianza en Nuestro Señor, el cual sea salud entera de vuestra merced, que así se lo suplicamos acá.

CARTA Á UNA SEÑORA:

ENSÉÑALE QUE JESUCRISTO EN LA CRUZ ES MEDICINA CON QUE SE CURAN NUESTRAS ENFERMEDADES

Si en la noche del nacimiento del Señor llevaron á vuestra merced al monte Calvario, y le dieron compasión del Crucificado y lágrimas con que lavar sus pies, de creer es que ahora, en Cuaresma, y cerca del tiempo en que se representa su pasión, la tendrá el Señor por tan moradora de aquel monte, que de allí no la deje salir. Bien está allí, señora: dígale al Señor como San Pedro (Matth., XVII): *Bien es que nos estemos aquí;* y será mejor petición, porque él deseaba el monte donde había el descanso; en estotro hay trabajo: y por esto lo postrero es señal de mayor amor; pues no en el descansar, mas en el penar se demuestra y emplea el amor del Señor. Estése, señora, en las llagas de su Señor, pues por sanar las de ella pasó Él aquéllas; y si no es para pasar ella por Él otras tales, sea para agradecérselo á Él, y para compadecerse con Él y llorar, porque sus pecados le pusieron en aprieto tan grande. More allí, señora, no dé paso, como por venta, como los que pasaban por el camino y movían sus cabezas blasfemando del Señor, sino esté

de reposo muy fijada par de la cruz, como la Virgen y Madre, y el amado discípulo y las otras santas mujeres; porque los que de paso se pasan por este beneficio tan grande, ni lo conocen ni agradecen, ni les queda más que el sonido; y algunos, como son los infieles, con blasfemar de Él, porque no se paran á mirar despacio esta gran maravilla de amor; mas el cristiano que mora aquí, dice de corazón (Psalm. CXXXI): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí.* Y si la esposa no está enclavada en el corazón donde su Esposo está enclavado en el cuerpo, ¿cómo escapará de nombre de desamorada y desagradecida? Allí, señora, habrá remedio para la ponzoña de las falsas alabanzas, y avergonzarse ha de verse ella honrada y pregonada por buena, viendo al que de verdad es bueno y santo de éstos ser pregonado por malo y engañador: allí verá cuán poca razón hay para pensar que es digno de estima, en cuanto es de su parte lo que ella hace; pues tan falto es, cotejado con lo que el Señor hace allí, y con lo que ella debía hacer.

Mírese, señora, en este espejo, y verá bien las manchas de su rostro; pues aun cuando más mansa ha estado, si se coteja con la mansedumbre de Él, será su mansedumbre como ira; y su obediencia cotejada con la de Él, será muy suelta, y su humildad muy soberbia; mas el mundo ciego piensa que no hay otros pecados sino los que él conoce por malos. Otros son los ojos de Dios, otra la regla con que nos mide, en la cual muchas veces se halló falto lo que en los ojos de los hombres parecía muy justo y cabal. Por tanto, cuando esas lisonjas ponzoñosas le dijeren, diga dentro de su corazón lo que dijo San Pablo (I Cor., IV): *El que me juzga, el Señor es;* y acuérdese luego de cómo el Señor fué pregonado por malo, y suplíquele que no permita Él que ella lo sea por buena; y calle su boca, que el Señor lo verá; y mire bien que cuando sea despreciada, que se goce de ello, que quizá no permite el Señor que le digan mala palabra, porque no tiene ella fuerza para la sufrir. Quien quiere algo de la cruz del Señor ha de recibirla como á una preciosa reliquia con mucha reverencia y agradecimiento, y estimarla en más que otro estimara todo el tesoro del mundo. Y porque hay pocos que estimen como deben las reliquias de la cruz, por eso el Señor no se las da; porque quiere que su cruz sea honrada y muy amada, y llevada con gozo; y así déjanos en

nuestra niñez sin enviarnos ejercicios de varones, cuanto más si nos derribamos con impaciencia ó demasiada tristeza en alguna cosa de éstas que nos envía.

Así que, señora, si tiene mucho amor del Crucificado, Él le dará parte de su cruz: mire bien que la reciba como empresa de grande honra, como dice á la Esposa (Cant., VIII): *Ponme como sello en tu corazón y sobre tu brazo, porque fuerte es el amor como muerte;* y en la pena que tiene por no poder recibir al Señor las veces que quiere, no se turbe, que ya le he dicho que quiere el Señor que le cueste algo: y es mucha razón, pues las ánimas costaron tanto á Él. ¿Piensa ella que en diciendo Nuestro Señor: sean mías las ánimas, luego se le rindieron? ¿Piensa que el amor que vuestra merced tiene á Nuestro Señor y el señorío que Él tiene sobre ella costó poco á Él? No por cierto: que su sangre derramó como un esclavo en trueque de que su ánima sirviese á Él y fuese de Él; pues así conviene hacer al ánima que lo quiere alcanzar, que lo sude primero, que lo llore, que lo importune, que sufra malas palabras y aun malas obras, y todo le parecerá poco por recibirlo una vez; y si no se lo dieren, ya habrá ganado mucho en haber sufrido algo por Él.

Así no sale en balde el buscar á Dios: negócielo con Él; y si Él dice sí, no habrá quien lo estorbe; y si se le pusieren á estorbar, no saldrán con ello; y si salen, entienda que ella no ha bien negociado con Nuestro Señor, que le quiere decir: Da voces más altas; y tome este consejo: y cuando le diere gana de comulgar, piense como si estuviese comulgando, y suplique á Nuestro Señor, pues es todo poderoso, que le dé allí comulgando espiritualmente lo que le diera si comulgara sacramentalmente; y placerá á su bondad, y no la dejará tornar ayuna, si ella va bien aparejada y de dos ó tres días antes; y por esto no piense que ha de dejar de confesar sus pecados al confesor después, sino haga que tenga lugar para decirlos al confesor, digo que los diga á Nuestro Señor; y en todo caso tenga su corazón en paz, y conserve la obediencia y humildad con sus mayores y Prelados, que este es el camino de Nuestro Señor, y no conviene salir de Él; y esfuerce á pasar adelante en sus ejercicios, que aun cuando se hace parece que no se saca provecho, sí se saca, y después se siente; y el Señor mirará algún día á los que han andado mucho tras Él; y vale más un día que

Él mira, que los tres de trabajo que anduvieron tras Él. La corona le está aparejada en el cielo: Dios será su ayudador, y no la olvidará : persevere en la obediencia hasta ver al Señor de los señores en Sión. Él cual la haga muy suya, santa y salva.

CARTA A UNA SEÑORA:

ENSÉÑALE QUE PARA VENCER AL DEMONIO, EL REMEDIO ES CONFIAR MUCHO EN DIOS

Bueno llegué acá, gracias á Nuestro Señor; y aunque di acá con mi venida mucho gozo, bien creo que di allá con mi partida más pena, por ser el amor mayor: plega á nuestro buen Jesús que el gozo de acá y pena de allá sea todo para servicio suyo, como espero que lo será; pues acá se entiende en algunas cosas de que es servido, y allá recibe en sacrificio la pena que se pasa: y no piense vuestra merced que es al Señor cosa desgraciada ó de poco valor ofrecerle sacrificio de penas; pues habiendo Él gozado tanto de ellas, no podrá sino amarlas en nosotros como en Él, y darnos á beber del cáliz que su Padre le dió, y pedirnos testimonio si le amamos, como el Padre pidió á Él, y Él lo dió cuando dijo (Joann., XIV): *Para que sepa el mundo que amo al Padre, levantaos, y vamos de aquí;* y el negocio á que iba era á padecer muerte de cruz, porque las injurias á la majestad del Padre hechas fuesen satisfechas con pagarlas Él, siendo humillado y acoceado, porque la honra del Padre fuese estimada. Así, señora, hemos nosotros de responder á Nuestro Señor diciendo: para que Él vea cómo le amo, esforcémonos á padecer, no tengamos el corazón caído con la carga; mas levantémonos á padecer; y en esto enseñemos el amor que al Señor tenemos, pues no hay mayor prueba de amor que padecer por el amado; y por esto dice el Apóstol Santiago (Jacob., XIV): *Que la paciencia tiene obra perfecta:* y como los que tienen sentido de carne juzgan una cosa por mala por serles amarga, así los que tienen el del espíritu la han de oler por buena por ver en ella trabajos, porque éstos alegaba el Apóstol San Pablo en prueba de que era Apóstol enviado de Jesucristo, y de éstos se gloriaba como suelen contar por honra las hazañas que han hecho.

Eche, pues, vuestra merced su cuenta, y mire si su obra tiene sello, y hallará que desde el primer día hasta ahora está

lleno de sellos, porque está llena de tribulaciones de dentro y de fuera, de hombres y demonios, de su sangre y de extraños, para que vea en su obra una semejanza de cruz de Nuestro Señor, y tanto más la conozca por Dios cuanto más la viere arreada de estas señales. No sea ella como los judíos, que se escandalizaron en Nuestro Señor porque no trajo descansos y prosperidades temporales, antes trajo lo contrario; y por esto, así como monas royendo la cáscara amarga, pensaron que todo era así, y así arrojáronlo lejos de sí, y perdiéronlo, y fueron ellos perdidos; mas la Iglesia cristiana tanto más lo conoce por su verdadero Esposo y Ungido, cuanto más pobreza y desprecio y trabajos trae: así como hizo la hija del Rey Faraón, que viendo ir por el río abajo una cestica de mimbres, y en ella iba un niño, que ella sacó, dijo: *De los niños de los hebreos es este infante;* ¿y en qué lo conoció?, en la pobreza y en ir á tanto peligro: así el verdadero cristiano conoce á su Cristo por verle ir sobre aguas de tribulaciones, y todo al contrario de la carne y sangre; y así como Él conocido por esta señal, así sus obras lo son, que no han de ir reguladas con el humano juicio, sino con fe; y que acaecen cosas en ellas, que sola la fe basta á dar satisfacción, y toda razón se turba y deja á obscuras á quien á ella se arrima.

¿Quién dijera que habían de hallar los Reyes Magos al Rey del cielo en un tan pobre portal y pesebre? Y por esto ellos iban adelante á lo buscar en alguna casa grande y rica, conforme al que nació, pues esto parecía conforme á razón; mas la estrella no quiso pasar de allí, mas echaba nuevos rayos como haciéndose toda lenguas, y diciendo: *Aquí está, donde no pensáis:* hasta que creyendo á la estrella más que á su propia razón, encontraron y hallaron y adoraron al que buscaban, y gozaron del fruto de su fe, y escaparon del peligro de su razón, que los quería engañar. Sea Nuestro Señor bendito, que aunque en vuestra merced ha habido peleas, y muy grandes, entre razón y fe, que en fin ha vencido la estrella, y ha quedado hollada la razón, por muchos colores y afeites que traía, los cuales con la luz de la fe son descubiertos y conocidos por puros engaños. Pase adelante, señora, pase, y hágase fuerte en fe, y no en razones, y parézcale muy bien Jesucristo en todo lo que hace, hará y ha hecho con ella, acordándose de la palabra que dijo á los discípulos de San Juan (Matth., XI): *Bienaventurado es el*

que no se escandalizare en Mí. Esté muy asentada, que ése á quien siguió es Jesucristo, éste por quien todo lo dejó es Jesucristo; y contenta con haberlo perdido todo por Él, esté muy rica, porque quien más pierde por Él, más gloriosa es en el reino de Dios; y para esto es bueno tener mucho, para poder perder mucho por Él, y tener grande honra delante su acatamiento y delante los justos, donde cada uno contará lo que por su Dios dejó; y mire bien no deje hollar su corazón de lo que una vez ella holló, ni lo deje vencer de lo que una vez venció, porque no se diga de ella que tomó lo que dejó, y que después de se haber desnudado la ropa mala, se la tornó á vestir.

Esté firme, libre, esforzada como el día que comenzó la guerra: y las marañas que el demonio le trajere, huéllelas, diciendo como David (Psalm., XVII): *En favor de mi Dios pasaré el muro;* porque muchas veces representa el demonio unos muros tan altos, que hace decir á los flacos lo que dijeron los hijos de Israel, que las ciudades de la tierra de promisión eran cercadas con muros que llegaban hasta el cielo, y que tenían moradores tan grandes, que comparados los hijos de Israel con ellos, parecían langostas con gigantes; y así desmayaron y perdieron la tierra que ya tenían en las manos. ¿Qué hemos de responder entonces nosotros sino decir: en mi Dios pasaré el muro, por alto que sea: en mi Dios hollaré dragones y leones, y Él vencerá los gigantes con las langostas; pues mientras más flaqueza hay en mí, más honra gana su brazo en vencer conmigo á los fuertes? Y viéndola sus enemigos fuerte y alegre, enflaquecerán ellos y entristecerse han; porque como sean envidiosos, nuestra alegría los mata, y nuestra tristeza los aviva. Y mire bien que no esté un momento ociosa; porque no hay persona tan santa que se pueda valer si tiene plaza al demonio, escuchándole sus marañas y pensamientos que trae; y hace muy mucho al caso para quien tiene pelea con él, tener alguna ocupación que le haga tener atención, para que olvide algo de lo que el demonio trae; porque de otra manera, aunque se trabaje por desechar, no podrá: y mil veces acaece dar el combatiente consigo en el suelo, derribado con el peso de la tristeza; y entonces se huelga el demonio de verle caído como á bestia debajo de carga, y lleno de tristeza y amargura y caimiento de corazón; y de allí llévalo á otros pensamientos peores, como se llegan moscas á la olla que no hierve; y este es su tiro para con-

tra los que están solos derribarlos con esta tristeza y pereza.

Por esto decían los viejos santos, que cuando el solitario hace la celda, se ríe el espíritu de la pereza, y asienta par de la celda sus reales; y por esto no hay cosa de que tanto los solitarios huyan como de estar sin alguna ocupación que les ayudase á cerrar la puerta contra los pensamientos del demonio, y ya mudaban una, ya otra, trayendo el corazón con fervor, sin dejarlo caer: y con esto andaban siempre fuertes, y no hallaba el diablo por dónde les entrar: y este es muy mejor modo para pelear que no otro, aunque no consientan en los pensamientos; porque á bien librar aflacan la fe, entibian el amor, y hacen perder el tiempo mirando esto, y esto me trae, y esto viene de aquí, y estotro de allí; porque aunque esto no sea consentir, es andar el ánima angustiada y ocupada solamente en defenderse de los golpes que le dan; mas de la manera que he dicho anda más guardada, y los enemigos más lejos, y con un fuerte vigor, que pone espanto á los demonios; y así decían los Padres, que era imposible tener los pensamientos quedos sin estar el cuerpo ocupado en alguna cosa, y no poder llegar uno á la perfección si por aquí no pasaba.

He dicho esto porque creo que grande alivio sería para vuestra merced no estar siempre á las manos con sus enemigos, sino hurtarles el cuerpo, como cuando uno anda por hablar al otro, y el otro nunca se desocupa para ello, ni le da lugar. Bien sé que aunque todo se haga, que ha de haber combates, y lanzarse los pensamientos del demonio; sino digo esto para que no tuviese tanto poder, y no diese con ella en el suelo, cargándola de amarguras y flaqueza de corazón. El Señor que la llamó y la ha guardado la tenga siempre de su mano, y la haga muy agradable siempre en sus ojos, como yo se lo suplico y deseo. Amén.

CARTA Á LA MISMA SEÑORA:

ENSÉÑALE QUE LAS ENFERMEDADES SON AGUAS CON QUE SE HERMOSEA EL ÁNIMA

Apriesa, señora, apriesa, que es tarde, y hemos andado poco, y queda mucho por andar para llegar al lugar de la eterna holganza. Dicen que está bien cargada de enfermedades: sea enbuenahora, que así estará hermosa delante los ojos de

Dios, como esposa ataviada con preciosas joyas; y aunque sean costosas, todavía se han de amar, que por mucho que á vuestra merced cueste el estar hermosa y agradable á los ojos de Dios, más le costó á Él, pues á poder de tormentos pagó nuestros pecados que nos afeaban, y con el lavatorio de su preciosísima sangre nos emblanqueció más que la nieve; y no es razón que trabajando Él tanto por nos, le dejemos solo en su cruz; sino que con mucho amor y alegría le acompañemos, no sólo mirando lo que padece, mas padeciendo juntamente con Él; porque no sé cómo se compadezca su amor viéndole pasar tanto y no querer tomar parte de sus penas, pues Él tomó las nuestras con tan excesivo amor. Y pues que el descansar era suyo, y el padecer nuestro, derecho tenemos para le pedir penas, pues le pedimos lo que es nuestro; sino que donde no hay amor no hay querer padecer; y donde poco amor, ni se desea; y si algo viene, parécenos mucho; y luego pedimos que nos quiten de la cruz, como gente que tiene poca fuerza de amor.

Priesa, pues, señora, á padecer, que hasta aquí regalo ha sido nuestra vida: y si otra cosa nos parece es por nuestra tibieza, que con poco se contenta. Priesa á nos humillar, á nos despreciar, y querer ser por su amor despreciados, que la cruz tres brazos tiene, y todos amables y deseables para los que aman al Señor, que en ella se puso: tormentos, desprecio y pobreza son, y algunos no quieren ser abrazados con ninguno, otros no con todos; mas el amor verdadero, por juntarse con quien más ama, todos tres los quiere, y hace un *ramal de tres cuerdas, que se ata con su Señor, y difícilmente se rompe.* Con tanto se ha de juntar amar al prójimo, pues nosotros fuimos la verdadera y pesada cruz que el Señor llevó, y nosotros le apretamos como viga de lagar, y le hicimos derramar su santísima sangre; y así hemos de amar y sufrir á los prójimos, y darnos por esclavos de ellos, mirando en aquel Señor que el Jueves Santo se arrodilló delante sus discípulos y les lavó los pies con agua, y el viernes siguiente lavó las ánimas con sangre de sus sacratísimas venas. No sea nadie suyo alzándose consigo mismo, pues nos compró Cristo por precio muy justo, y nos mandó que por su amor amásemos con corazón, palabras y obras y verdadera paciencia á los prójimos, haciéndonos esclavos por amor, á semejanza de Cristo, que se hizo nuestro hasta morir por nosotros con amor.

Esta es, señora, la prisa que nos hemos de dar para que el Señor nos halle aparejados para las bodas eternas, y nos haga compañeros de su gloria, que tiene aparejada para los que aquí le aman y por su amor cumplen sus palabras y llevan cruz, y sirven á prójimos por Él. Yo he predicado unos días: ya he caído: debe ser como no soy para hacer penitencia ni llevar cruz, tomándola yo: échala el Señor, y pónemela de su mano: ruéguele vuestra merced, ya que no soy para tomarla, sea con su gracia para llevarla, como es digna cruz de tal mano dada; y el mismo Señor crucificado sea amor único de vuestra merced para siempre.

CARTA Á UNA SEÑORA:

ESFUÉRZALE Á PADECER TRABAJOS POR AMOR DE JESUCRISTO

Dios dé á vuestra merced muy buena Semana Santa: quiero decir, muy gran sentimiento del vivo amor que nuestro Cordero Jesús tuvo en ella, y de los puros dolores que le acompañaron hasta que su ánima del cuerpo salió: muchos fueron, más que la mar; mas muy más fué lo que amó que lo que padeció; y si fuera menester padecer más, nunca se cansara, porque no tiene tasa su amor.

¿Entiende, señora? No se contente con lo que padece, aunque sea mucho; porque si en el padecer ponemos tasa, en aquel punto la ponemos en el amor; y en este no es razón que la haya, pues la tasa de él es amar sin tasa. Ame, señora, á Nuestro Señor, y salten centellas vivas de su amor, que son fervientes deseos de padecer por Él; que la Esposa dice (Cant., VII): *Salgámonos al campo, mi amado, y veamos si nuestra viña ha florecido, y si las flores se han tornado en fruto, y si han florecido las granadas.* El salir al campo es un desembarazar el pensamiento y una libertad que Dios da, con que el ánima no es ocupada ni impedida por cosa de acá. Y allí se pára á mirar qué deseos buenos tienen, y si de ellos salen buenas obras, porque no sean deseos vanos; y aunque tenga deseos y obras, no se contenta si no han florecido las granadas, que quiere decir, si tienen deseos de derramar la sangre por Jesucristo; porque aquello es darle verdaderamente el amor, pues ninguno lo tiene mayor que dar su vida por quien ama; y aunque demos la vida por Cristo, aún es poco: debemos desear

tener muchas para darlas todas por Él, pues una sola que Él por nos dió vale más que todas las de los hombres y ángeles.

Por tanto, señora, pues nuestra vida es poca, esforcémonos á dársela á Nuestro Señor; y como el amador de sí mismo tiene todo su deseo y pensamiento en cómo descansaré y huiré del padecer, sea el nuestro cómo más padeceré por Nuestro Señor; y no nos contentemos con padecer lo que Él nos envía, sino salgamos al camino, deseando lo primero que venga, que si nosotros hubiésemos hambre de cruz, el Señor nos daría mucho de ella; porque escrito está (Prov., X): *Que no afligirá Dios con hambre el ánima del justo;* mas como luego nos hartamos y damos de arcadas, no nos da sino poquito, porque no lo vomitemos todo, hasta que se nos va ensanchando poco á poco el estómago y nos va sabiendo el padecer dulce; y entonces está nuestra ánima sana, pues le sabe bien su manjar, que es el Crucificado. Y mucho huelgo de las comuniones de vuestra merced, porque para llevar cruz, menester es recibir al que la llevó en sus hombros, pues Él es el que la lleva en nosotros; y así lo haga vuestra merced, aunque el demonio no quiera; y mire bien no se haga escrupulosa á cabo de rato con las confesiones, que son artes de nuestro enemigo para quitarle la paz. Bien confesada está, y á lo que podemos conjeturar también perdonada: entienda más en amar que en temblar, y en confiar que en escrupulear, que esto es lo que el Señor más quiere de ella.

CARTA A UNA SEÑORA CASADA,

ESFORZÁNDOLA Á QUE LLEVE CON PACIENCIA DEL SEÑOR LOS TRABAJOS

Señora, deseo tengo de preguntar á vuestra merced á qué saben los frutos de la cruz, pues tanto come de ellos. El Señor dijo (Cant., VII): *Subiré á la palma, y tomaré los frutos de ella:* y parece que ha tomado á vuestra merced de la mano, y subídola consigo á lo mismo, para que si antes solía subirla para que mirase y contemplase cómo Él comía, ahora no se contenta con que ella lo acompañe con haber compasión de las penas de Él, sino que coma con Él en la cruz y sea testigo de prueba de lo que Él padecía cuando comía. Bienaventurada oso llamar al ánima que con la Madre de Dios está al pie de la cruz

del Hijo, como ella estaba penando con Él, comiendo á una mesa, crucificada con Él; que no hay cosa tan agradable á los ojos del Padre como ver á sú Hijo, y á los que á su Hijo acompañan con imitación de sus trabajos y cruz.

No se engañe nadie pensando que se enamora Dios de donaires y niñerías, ó que han de reinar con Él cualesquiera. El favor de Dios es para los amadores de los trabajos. No ha de reinar sino el Crucificado, para que los hombres sepan que pues acá les pide tanto, aquel reino no es como quiera, sino muy abundante en riqueza y descanso, pues es Dios su joya, y se esfuercen con nuevos alientos á despreciar todo descanso presente y sufrir todo trabajo. ¿Qué quiere vuestra merced que haga Nuestro Señor sino lo que con sus amados hijos hace y hará? ¿Qué quiere que haga sino tratarla como el Padre suyo lo trató á Él? *Como el Padre me amó, os amo Yo á vosotros,* dijo Él (Joann., XXV); pues quien se parare á mirar el tratamiento de tal Padre á tal Hijo, sufrirá con paciencia el suyo, por áspero que parezca.

Espere un poquito, señora, que pasarse ha esta tempestad, y gozarse ha de haberla pasado. Abaje su cerviz á la voluntad de su celestial Padre, que así hizo Jesucristo cuando le pusieron al cuello una soga que le desollaba la cerviz, y Él callaba de dentro y de fuera por la obediencia del Padre. ¿Qué nos dice esta dura soga en cerviz tan delicada, y aquella pesada cruz en hombros tan cansados, sino que seamos obedientes en sufrir los trabajos, aunque nos desuellen y arranquen el mismo corazón? No es razón que sea ya vuestra merced parte en sí misma para ordenar su vida, y escoger esto quiero y esto no, pues se ha ofrecido muchas veces por esclava verdadera del Señor á toda la voluntad de Él; porque no es razón que quiera ahora desdecir en el trabajo lo que antes afirmó en la paz, ni querrá ser como amigo fingido, que en el tiempo del placer hace muchas ofertas, y cuando le dicen que pase algo, desdice lo dicho. *¡Ay de aquellos* – dice la Escritura (Eccl., II)—*que perdieron el sufrimiento!* Quiere decir, que como cansados de trabajar y esperar, dieron con su corazón en el suelo, como quien no puede llevar la carga.

El justo, señora, de la fe vive, y el Señor le manda que espere, aunque haga tardanza, y promete que vendrá; mas si el justo tiene reloj que da muy aprisa las horas, y le parece pa-

sarse el tiempo sin que Dios le remedie, decirle han lo que está en Isaías (I, 28): *El que creyere no se dé prisa, sino ponga su salud en la longanimidad*, como dice San Pedro. El Señor vendrá, señora, y la consolará. Alborotada está la mar, y las olas quieren anegar la navecilla, y el Señor duerme de buen reposo, como quien tiró la piedra y escondió la mano, y picó y huyó. Él hizo levantar la tempestad, y luego echóse á dormir. Él ha puesto á vuestra merced en los trabajos que tiene, que no otra mano: Él atribula y hiere, que sin Él no se puede nada hacer: y el que tan bien ha sabido herir y tan vivo ha estado para atribular, duerme ahora cuando le piden remedio, y mientras más le piden consuelo, suele acrecentar desconsuelo; y con todo esto quiere que tengamos una fe viva, que en todos estos trances no desconfíe; y si lo hacemos, con lo que recuerda es venir y decir (Matth., VIII): *Hombres de poca fe, ¿por qué estáis temerosos?* Ve reñir cuán esmerada, probada y pasada por fuego quiere esta fe para confiar. Que así como una castidad es probada con cosas contrarias, una humildad con deshonras, una paciencia con trabajos, una caridad con hacer bien á quien nos hace mal, así es la fe y confianza probada enviar Dios trabajos que parezcan sacar de juicio, y esconderse Él, y parecer que añade mientras más es rogado. Conviene pasar esto si queremos oir: *Mujer, grande es tu fe.* Esta lucha hemos de vencer si queremos nombre y corona de verdaderos y perfectos fieles: y conviene recibir azotes, y que escuezan hasta el ánima, y creer que son abracijos de grande amor. En esto, que de fuera parece ira, hemos de creer el corazón de Dios muy pacífico, y sus entrañas muy paternales, para que no vivamos en sentido de carne, sino en fe, que es muerte de sentido de carne.

Esta, señora, es la sabiduría de la cruz, que á ojos cerrados se sujeta á la santa ordenación de Dios, y con este no juzgar, sino confiar en Él, es más sabia que todo el saber del mundo; porque quien á Dios quisiere conocer y agradar, no alce, sino abaje los ojos con humildad, y no escudriñar, y alcanzará el verdadero saber, y hallará al Señor de las virtudes, que en todas las cosas es suave para los suyos, y entonces les hace mayores bienes cuando á los ojos de carne parece que los desampara.

Mas días ha que vuestra merced cantó este cantar (Cant. II): *Mi amado á mí, y yo á Él.* Cántelo ahora, que para el tiempo

de los trabajos son los requiebros: su amado la mira y tiene de ella cuidado; mírelo ella, y fíese de este cuidador. Él á ella es padre, aunque la azote: sea ella hija en recibir con obediencia y hacimiento de gracias su azote; y si duele mucho mirando el azote, témplelo mirando la mano que envía el azote. Su amado es, y más amador que amado; con amor la azota, con amor lo reciba, para que responda al tono que el Señor le habla. Apurarla quiere con fuego; no huya del crisol, aunque le duela, que más vale quedar limpia de la inmundicia de la tierra, que es la propia voluntad, aunque quede hecha pedazos, que no sana y suya. Cante al Señor (Psalm. XVI): *Probaste mi corazón y visitástelo en la noche: examinásteme con fuego, y no fué hallada en mí maldad.*

Así, así, señora, apura Dios á sus escogidos; y quien así no es probado y apurado, no es hijo, ni será heredero. Y pues ha días que vuestra merced tiene prendas de heredar, sufra con paciencia la carga aneja á la herencia. Muy rica y gozosa es ella; mas los herederos han de ser muy atribulados acá; y de la cruz los han de quitar acá cuando entren á reinar allá, que no de placer á placer. Agarrochados salen los buenos toros del coso, que los flojos sanos se van. Y es así el buen cristiano, que de todas partes ha de tener garrochas. Y cuando faltan tiranos y sayones, bastan la casa, hijos, marido y amigos, que por otras vías más blandas atormentan más que los otros. Cierto es que ver padecer á quien amamos, cuchillo nos es, y el amor es nuestro sayón, y mientras mayor amor, mayor sayón; mas no le volvamos el rostro, que este amor fué el sayón de Jesucristo, que más le penó que los de fuera; y este fué el sayón de su Madre y de cuantos escogidos hay de Dios. Apareje vuestra merced la cabeza para ser de Él cortada, su corazón para ser atormentado; y en la presencia de Dios y de su corte, que le están mirando, pelee varonilmente, pues le está aparejada excelente corona. El Señor que envía el trabajo, sabe el tiempo del consuelo, y Él lo proveerá en su tiempo, y entre tanto dé paciencia, y sea con vuestra merced siempre. Amén.

CARTA Á UNA SEÑORA CASADA,

AFLIGIDA CON TRABAJOS CORPORALES Y TRISTEZAS ESPIRITUALES: ENSÉÑALE EL REMEDIO CONTRA LOS ESCRÚPULOS

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced. Dos cosas creo que son las que atribulan á vuestra merced: una el cuerpo que pasa trabajos, y otra el ánima llena de desconsuelos, los cuales le nacen de parecerle que está contraria á Dios por no servirle como desea: y aunque padece, como dicen, *por mar y por tierra*, creo que cuanto excede el ánima al cuerpo, exceden las desconsolaciones de ella á los trabajos de él; porque quien tiene deseo de agradar á Dios, fácilmente ofrece su cuerpo á cualesquier trabajos; mas no fácilmente sufre en su ánima las culpas que comete, ó le parece que comete contra el Señor, y de buena gana acrecentaría en trabajos de cuerpo por quitar de su ánima culpas; porque, cierto, dientes muy agudos tiene el gusano de la conciencia para roer las entrañas de quien comete pecado.

Mas si Dios encaminase á vuestra merced quien le supiese distintamente declarar qué bien es Jesucristo Nuestro Señor, luego huirían de su ánima esas desconsolaciones que tanto desmayo le causan, como huía del Rey Saúl el espíritu malo al sonido de la música dulce del Profeta David: no hay ánima que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quién es Jesucristo no baste á levantarla de la tristeza y desconfianza y henchirla de gozo, si de ella se quiere aprovechar. Y como á tal dijo el ángel á los pastores (Luc., I): *Anúncioos un gozo grande que tendrá todo el pueblo, porque os es nacido hoy el Salvador:* y el mismo Señor dió testimonio de esto diciendo (Isa., LXI): *El espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió, y me envió á dar buenas nuevas á los pobres, y á sanar los quebrantados de corazón, y á predicar libertad á los cautivos, y dar vista á los ciegos, y á dar suelta á los quebrantados con deudas, y á predicar el año agradable del Señor.* Y por no saberse vuestra merced aprovechar de la consolación que trae esta nueva, viene á ser hollada de la desconsolación que tan demasiadamente le aflige, quitando los ojos de este Señor puesto en cruz, para que todo hombre que con ojos de fe y de amor le mirare, no perezca, y poniéndolos en sí misma y en sus obras, que es una

vereda tan sin consuelo que ningún hombre que por ella caminó á solas, puede tener paz ni consuelo; porque como cada cosa dé tal fruto cual ella es, no puede tener más paz ni contento quien mira á sus obras solas de cuanto ellas tienen de bondad; y aunque no todas sean pecado, como muchas de ellas, especialmente en hombres imperfectos en el servicio de Dios, sean llenas de faltas, *y semejables* (Isa., LXIV) *á paños de mujer menstruada,* que es grande asco mirarlos.

De ahí viene que den crueles bocados de remordimiento al ánima que las obró, y son más causa de lloro que no desconsuelo; lo cual dice San Bernardo haberle acaecido á sí mismo diciendo á su ánima: *¡Oh viña mía, cuántas cosas nos fueron hurtadas por malas astucias, aun en aquel mismo tiempo que comenzamos con más vigilancia á entender en el cuidado de nuestra guarda! ¡Cuántos y cuáles racimos de buenas obras nos los ahogó la ira, ó se los llevó la jactancia, ó los ensució la gloria vana! ¡Cuántas cosas padecimos del regalo de la gula! ¡Cuántas del espíritu de la acidia! ¡Cuántas de la desconfianza y tempestad del espíritu!* De esto que San Bernardo dice, y de lo que cada uno en sí experimenta, se ve claro que quien se arrima á cosa tan llena de menguas no puede tener en pie la alegría de la confianza; mas por fuerza ha de ser apretado con angustias y desordenado temor, cotejándose con la ley de Dios y viéndose falto en ella, sin saber adónde arrimarse. Gran temor dió la ley cuando fué dada en el monte Sinaí, y tanto que dijeron los que allí estaban (Exodo, XX): *No nos hable el Señor, porque no muramos.*

De esta manera, cuando un ánima considera los mandamientos de Dios y las terribles amenazas que están puestas, y que de cierto vendrán contra quien los quebranta, y ve que ella es una de aquéstos, síguesele muy grande tristeza, sintiendo tanto mal de presente y temiendo otro mayor en lo por venir, y anda con tal remordimiento y acusación y tormentos dentro de sí, que le parece ser Él para sí un intolerable infierno. De lo cual le nacen bravísimas desesperaciones, porque es cosa recia sufrir luenga vida con remordimiento continuo de la conciencia: y no sólo este mal, mas muchos suceden de aqueste desmayo y desconfianza, que nace de mirar el hombre á sí mismo á solas. ¿Pues qué remedio tendremos, pues que no nos podemos dejar de mirar, y mirarnos causa desesperación? Por

cierto el que suelen dar á los que pasan por algún río y les avisan diciendo: no miréis al agua que corre, porque se os desvanecerá la cabeza y caeréis y os ahogaréis; mas mirad hacia arriba fuera del agua, é iréis por las aguas seguro.

Estas aguas, señora, que corren hacia abajo, nuestras obras son, á las cuales solas ningún hombre miró que no le diese desmayo, por justo que fuese; porque delante el acatamiento de Dios todos se conocen faltos, y le suplican (Psalm. CXLII): *No entres, Señor, en juicio con tu siervo.* Y aunque muchas obras hagan justas con que agradan á Dios, mas mirando todo el discurso de su vida, dice San Agustín: *Que aunque sean santos, tienen de qué llorar.* Conviene, pues, no mirarnos á solas; mas con mirarnos y llorarnos, alzar los ojos arriba considerando á Jesucristo Nuestro Señor, el cual es tan lleno de misericordia y remedio, y de merecimientos para nosotros, que basta y rebasta para consolar y enriquecer á los muy tristes y pobres. Sépalo, señora, si no lo sabe, que la confianza y consuelo de los cristianos que se desean salvar, no ha de estar puesta en sus propias fuerzas ni obras solas, mas en la gracia que nos es dada en las de Jesucristo, que por su infinita bondad las quiso comunicar con todos los que con fe y penitencia se sujetaren á Él, según dice San Pablo: *Que fué hecho causa de salud á todos los que le obedecen.*

Teniendo tal arrimo en Él como tenemos, estamos tan confiados y sosegados cuanto es razón que lo estén los que participan de merecientos de Dios humanado; porque el negocio de salvarse los hombres, más es gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor, que fuerza y valor de nuestros trabajos propios; y más quiere Dios ser glorificado de salvar por gracia, que de pagar lo que debe: porque pagar quienquiera lo hace, mas darnos su Hijo y por Él tomarnos por hijos, y darnos el don de su gracia, y como á tales darnos fuerza para servirle como buenos hijos, y como á tales prometernos la herencia, esta es merced inestimable de Dios, y por tal quiere Él que sea conocida y agradecida. Y por esto dijo San Pablo *que la vida eterna es gracia de Dios;* porque aunque se requieren merecimientos del hombre para entrar en ella, mas éstos no tienen su valor principal de parte del hombre, mas de la gracia del Señor y de ser incorporados en su Unigénito Hijo, lo cual resulta no en alabanza del hombre, mas en la de Dios y su gracia; por-

que una cosa es herencia que se da á hijos que obedecen y sirven con amor á su padre, y otra es jornal que se da al extranjero, teniendo cuenta con el valor sólo de sus trabajos; y lo que nosotros esperamos, herencia es: y aunque se ha de ganar con buenas obras, y por eso se puede llamar jornal, mas no se han de hacer con ánimo de jornalero interesal y extraño, mas de hijo, que con amor sirve á su padre, cuyos servicios más son galardonados por ser servicios de hijo que sudores de jornalero.

Y pues este negocio es entre padre é hijos, no piensen los desconfiados que por cada cosa que un hijo haga ó deje de hacer no conforme á la voluntad de su padre, luego le han de desheredar; porque, según hemos dicho, esta herencia y este consuelo y confianza para la alcanzar no está fundada principalmente sobre nuestro arrimo, ni fuerzas ni obras; porque si así fuera, ¿qué cosa hubiera de mayor desconsuelo que en cosa tan importante estar arrimados á cosa tan flaca; y que si nuestra fuerza ú obras faltaran, ya no tuviera más remedio para cobrar la gracia perdida, ni esperar herencia de padre, como se suele hacer con los jornaleros, que si no trabajaron ó mal trabajaron, se les niega el jornal por justicia, sin remedio de lo cobrar por misericordia? Acá nuestro fundamento y arrimo es la misericordia de Dios, que por los merecimientos de Jesucristo su Hijo nos quiere salvar, dándonos remedio para que aunque nuestras obras falten, aunque sea quebrantando los Mandamientos de Dios, podamos, si queremos, y Él nos ayuda á querer, alcanzar perdón, y recobrar la gracia perdida y ser salvos por Jesucristo Nuestro Señor, cuyos merecimientos nos alcanzan la misericordia que nosotros no merecíamos.

Y si vuestra merced dice, como suele decir, que allende de estos merecimientos de Cristo son menester los nuestros de buenas obras, y que la sola fe no basta, digo que es verdad; mas que tantas han de ser estas buenas obras para esperar ó el perdón del pecado, ó la herencia del cielo, en esto, señora, gravemente se engaña; porque todo aquel que tiene fe, esperanza y amor, que le causa propósito de obedecer á los Mandamientos de Dios y de su Iglesia, en gracia de Dios está: y si con esto muere, salvo será para siempre, aunque tenga madera, heno en que pagar en el purgatorio; y porque aquí hablo para ella, cuya vida tengo conocida, le digo de parte de

Nuestro Señor *(en todo cuanto á mí se me entiende)*, que con esa vida que tiene, tal cual ella ve que es, se contenta la infinita bondad de Nuestro Señor; y que mientras Él le diere en ella perseverancia, puede esperar de su misericordia que la salvará. Mas si siente de la bondad divinal y de los merecimientos inmensos de Jesucristo Nuestro Señor tan estrecha y bajamente, que piense que si uno no es tan perfecto cual ella lo tiene pintado y desea ser, que este tal no será salvo, no es así, porque Cristo tiene en su cuerpo místico miembros perfectos é imperfectos. Sospecho que le ha de decir Nuestro Señor: como lo crees; ó por mejor decir: pues no crees así, no te salves.

Deje ya, señora, de medir á Dios con tan chico palmo, y alabe la gracia que en su Hijo le hizo, que es tomarla por hija y prometerle la herencia cuando le dió gracia de que con dolor de sus pecados se confesase y propusiese de ahí adelante de servir á Dios. Y sobre estas prendas, no dadas por nuestros merecimientos, mas por la muerte de Jesucristo, prosiga los ejercicios de su buena vida con alegría y esfuerzo; y si cayere, procure de se levantar con el socorro de los Sacramentos; y no piense que aunque sea hija imperfecta le han de negar la herencia del cielo; porque aunque entre los hijos haya uno enfermizo y cuan ruin le quisiere pintar, en fin, porque es hijo también hereda, aunque no tanto como los otros. Los pecados veniales, señora, no impiden la herencia de hijos: acá ó en purgatorio se pagan; y si fuere mortal y le socorriere el remedio de la penitencia, tampoco nos quitará el cielo; porque el grande amor que Dios nos tiene por Jesucristo su Hijo, le movió á darnos remedios para que cuando nuestra virtud faltare, seamos con la suya remediados y fortalecidos.

Y paréceme cierto que uno de los mayores pecados que vuestra merced tiene es sentir tasadamente de la bondad del Señor, que es sin medida, y por una parte tiene á Dios por altísimo, y al pecado por muy malo por ser contra Él; y por otra parte siente de Dios bajamente, pues no confía que por la inefable gracia que hizo al mundo en darnos su Hijo usa de misericordia con los desamados, para que sean traídos por la penitencia á ser amados, y reciban mercedes los que no merecían el pan que comían y aun eran dignos de azotes; y por el mismo Señor son sufridos y amparados los que mirando á sí

mismos merecían ser castigados. Esta, señora, es la verdad, cuya confesión redunda en gloria de Jesucristo; y si nosotros de nuestra parte no lo merecemos, mereciólo Él para nosotros. Quien esto cree, alaba á Dios, y de la cosa que Él más quiere ser alabado, que es de ser bueno y bienhechor de los hombres, aunque ellos no lo merezcan; *porque si la gracia que se da por Jesucristo á los penitentes fuera por merecimientos de ellos, no fuera gracia, sino deuda,* como dice San Pablo (Rom., XI); y si dar Dios el cielo fuera por las obras de los hombres, como cosa á ellas debida, sin tener cuenta con la gracia, tampoco fuera gracia. Y por eso no se da por ella á solas, si no se junta con ellos la gracia que se da por Jesucristo Nuestro Señor, de la cual y del cual las obras del hombre tienen valor de merecimiento para tan grande bien como es el eterno reino.

En los tiempos pasados pretendía Dios ser estimado por justo, castigador sabio y fuerte, y ser reverenciado y temido por tal; mas como ya escogió obras nuevas, quiere también que se le den alabanzas nuevas. ¡Qué mayor novedad pudo ser que hacerse Dios hombre, y ser pobre, y cansarse el que es riqueza y descanso del cielo y de la tierra! ¡Qué mayor novedad que morir el que es vida! De las cuales obras nuevas y amor nunca visto ni oído salen para con los hombres tales efectos de misericordia, que es mucha justicia que alabemos ya al Señor con todas nuestras fuerzas con nombres de amador y de lleno de misericordia, con más frecuencia que con nombre de sabio, ni fuerte ni justo. Y no es pequeño consuelo para los que son flacos en su servicio pensar que Él es tan rico en amor y misericordia, que nos sufre y ama aunque nosotros no le respondamos tan por entero como era razón. Y si vuestra merced sintiese la palabra que me escribió, diciendo que Dios la ama, no sería menester escribir yo tantas, no para otro fin sino para persuadir á vuestra merced lo que ella misma me escribe.

Pregunto, señora: si Dios la ama, ¿de qué está congojada, entristecida y desconfiada? ¿Por ventura no ha oído lo que dijo San Agustín, *que Dios no ama y desampara?* ¡Oh divina Bondad, que amaste á los que estaban lejos de Ti, y por amor les inspiras la penitencia, y los traes á Ti, no habiendo en ellos cosa digna para ser amados, mas muchas para ser aborrecidos! ¿Y por qué no confiarán los que Tú trajiste que tendrás bondad para sufrirlos siendo ya hijos, pues tuviste bondad para los

traer siendo enemigos? Olvidaste, Señor, y perdonaste por la penitencia tantas abominaciones como Tú sabes que contra Ti se hicieron, y ¿pensaré yo que me tienes guardados mis pecados menores que ahora hago? Que aunque por vía de conocerte más y de haber recibido mayores mercedes, sean en alguna manera mayores; mas, en fin, ellos en sí son muy menores, y me dañarán menos, porque conociendo tu misericordia mejor que antes, y el remedio medicinal de tus Sacramentos que para los penitentes has ordenado por el merecimiento de Jesucristo Nuestro Señor, tengo más ocasiones y alientos para pedir el perdón y para esperarlo. Y si Tú, Señor, quieres sacar de mis caídas esta alabanza, que digan que eres tan bueno que salvaste un tan malo como yo, sea tu gloria para siempre ensalzada, y plega á Ti que mis males y bienes sirvan, Señor, á que Tú seas glorificado. Á unos salvas guardándolos de caídas, y á otros perdonándoles las que dan. Y aunque yo quisiera ser más de los que no caen, no por eso dejaré de esperar de tu bondad que me salvarás aunque haya caído, y que me ayudarás á levantar en lo de adelante.

Bendito seas tú para siempre, que me enseñaste el remedio de todos mis males y me declaraste adónde me arrime para no caer, y á quien dé la mano después de caído, á quien dé gracias cuando estuviere en pie, y á quien pida perdón cuando hubiere pecado. ¡Oh Jesús benditísimo, Hijo de Dios Padre y de la bendita Madre Virgen María, Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, abogado y amansamiento delante del Padre por nosotros tus siervos, consuelo de tristes, riqueza de pobres, poderoso esfuerzo de los enflaquecidos! Por eso te llama San Pablo (II Cor., I) *esperanza nuestra*. ¿Qué diré, Señor, de Ti que digno sea de tus alabanzas? Amparo de nuestra orfandad, merecimiento de la justificación de nuestros pecados, esposo de nuestras ánimas, escudo fuerte que recibiste los golpes de la justicia divina que merecían nuestros pecados, muro y antemuro de nuestra ciudad, torre de nuestra fortaleza, vida que muriendo nos avivaste, justicia que siendo vituperada de los hombres nos hiciste justos delante del acatamiento de Dios, ganándonos la gracia que teníamos perdida, y siendo Tú condenado nos absolviste, y cayendo sobre Ti las maldiciones, la ley y deshonras de hombres, hiciste que cayesen sobre nosotros las bendiciones de Dios: abajaste, Señor, hasta ser acom-

pañado de los ladrones, para darnos á los ángeles por compañeros. Pregonado fuiste por malo en la ciudad de Jerusalén; y después en el monte Calvario, lugar de los malhechores, fuiste deshonrado y atormentado, desamparado y muerto con extrema pobreza, y allí nos ganaste la gracia con que merezcamos la compañía de Dios en el monte santo del cielo, adonde entremos á gozar de tus benditos sudores.

¡Oh Padre muy amador de tus pobres hijos! ¡Quién te viera velar, trasnochar, caminar y sudar, después morir, para con tu vida y tu muerte dejar á tus hijos ganado tanto favor y riquezas, que aunque ellos falten en tu servicio tengan remedios y favores y valor para ir á gozar de lo que por sí no merecieron, y alegres en el conocimiento de tus riquezas bendigan para siempre tu amor, que te constriño á vivir y morir por el bien de tus siervos! En este amor me gloriaré y confiaré, que es fortísimo; no en el flaco que yo á Ti tengo. Esta es mi gloria cuando bien me glorío; esta mi riqueza y mi esperanza, y en esto estoy confiada, y cantaré: *Bien sé á quién creí, y cierto estoy que es poderoso para guardar lo que le deposité para aquel día* (II Tim., I), como dice San Pablo; y si pregunta por qué, diré lo que dice San Agustín: que tuvo Dios amor para tomarme por hijo, y poder para hacer bien á quien ama, y verdad para cumplir lo que promete.

Este Señor es fundamento certísimo, en quien debemos estribar; que nuestras obras muchas de ellas son tales como caña flaca y quebrada, que quien á ella se arrima, antes se horada la mano que se pueda sustentar en ellas; y las que son buenas y de valor, por la gracia de Dios lo son, ganada por los merecimientos de Jesucristo, en los cuales me gloriaré, y en su gracia que me ganó; mas en mí mismo no, sino en mis flaquezas. Señor Jesucristo, yo confieso delante de Ti que soy pobre, desnudo, hombre flaco y pecador, lleno de muchas deudas antes que te comenzase á servir, y también después; mas yo te confieso por perdonador de los que con corazón quebrantado te piden perdón: mayor es tu misericordia que mi maldad, y por esto confío más por Ti, que desespero por mí. Tengo por gran merced tuya no confiar en justicia que yo tenga de mí; mas en la tuya, Señor, que por tus merecimientos infundiste en mí, dándome tu gracia con que te agrade, y que mis pequeños trabajos, que de sí son tan pequeños, reciban valor de vida eterna

y te sean agradables: y tengo, Señor, confianza que sufrirás con paciencia las faltas de aquel que trajiste á Ti con amor. Y mientras me durare contigo la fe y el amor que por tu misericordia me has dado, me durará la esperanza viva que me has de salvar y que me darás perdón de mis faltas cuando te lo pidiere, como dulcísimo Padre á su indigno hijo, que por ser hijo lo sufres y ligeramente perdonas.

Tengamos, pues, esta firme confianza en el Salvador del mundo, Jesucristo Nuestro Señor, y metamos en el seno la esperanza de la gloria que nos ganó; y así, pues ha dado conjeturas que tenemos su gracia, esforzados corramos con buen talante, con acrecentamiento de esta gracia y obediencia de los Mandamientos de Dios, y echemos fuera las desconfianzas que nuestras obras malas nos trajeren, poniendo luego la medicina de la penitencia sobre ellas, en confianza que por los merecimientos de Jesucristo y virtud de sus Sacramentos somos perdonados. No obremos con desconfianzas: mas adorando y agradeciendo al Eterno Padre que nos dió á su Hijo, por el cual y en el cual nos hizo agradables dándonos su gracia y favores, confiemos que agradamos á Él, no sólo en las obras altas, mas aun en las muy comunes, así como dice San Pablo (Ephes., I): *Ahora comáis, ahora bebáis, ó cualquiera otra cosa que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios.* Y de esta manera tengamos reposado nuestro corazón, pensando que pues el Señor nos tomó por hijos, le agradamos como á Padre en lo que conforme á su ley y razón hacemos.

Esta alteza y dignidad no la hubimos de nuestra cosecha: Nuestro Señor Jesucristo nos la ganó para que participásemos del agradamiento que Él tiene delante del Padre. Así como en lo que hiciéremos, yendo bien hecho, hemos de pensar que agradamos á Dios, así en lo que nos viniere debemos pensar que nos lo envia Él por nuestro bien, y esforzarnos á recibirlo con hacimiento de gracias. No envía Dios á los suyos lo que les envía para ponerles tropiezos ni lazos, mas con amor paternal, para que de todo saquemos bien y conozcamos el cuidado que de nosotros tiene. Y de esto no debemos sacar desconsuelo, como lo suelen hacer los hombres llenos de achaques, que de las mercedes que Dios les hace sacan más desconfianza, diciendo: lo próspero que Dios me envía, es por pagarme en este mundo y condenarme en el otro, y lo adverso es para principio de con-

denación infernal. No deben hacer así los que al Señor desean servir; mas en lo uno y en lo otro deben entender que Dios les quiere ayudar á salvar, y que su voluntad es que andemos alentados y consolados con las señales que tenemos en ser amados y muy amados de un Rey y tal Rey. Y así usaremos de lo que Dios envía conforme á su voluntad y á nuestro descanso; porque recibiéndolo con la desconfianza ya dicha, no es otra cosa la vida sino un continuo tormento.

De manera que debemos traer el corazón confortado y fiado de Dios, estribando en Él, y no en nuestra flaqueza, y con corazón amoroso hacer y sufrir lo que conviene según su ley. Y ese cuerpo, que Dios dió á vuestra merced para martirio, no sé en qué mejor lo pueda emplear que en ofrecérselo para que le sirva en ese estado que le dió pariendo y criando. Y pues el mismo Señor tomó carne delicadísima para tener en qué padecer por nosotros, piense vuestra merced que la que Dios dió á ella es sentible para que padezca por Él: confiado estoy de su misericordia, que Él está de ella contento. Deseo que vuestra merced esté sosegada, y que las cosas de su ánima y de su casa las haga con este corazón que le he dicho, confiando de su bondad; que pues Él le puso en esa atahona, que Él se sirve que ande alrededor de ella; y si lo que le he dicho no basta para sacarle de sus desconfianzas, que tanto le dañan, no resta sino que roguemos á Dios que Él de su mano le dé confianza y conforte de corazón, pues es dádiva suya; esperando con estas prendas y conjeturas ya dichas de estar en su gracia, que nos hará merced de nos guiar hasta nos meter en la celestial tierra prometida, donde veremos y poseeremos al mismo Dios. Sea Él en quien esperamos, y Él sea lo que esperamos, porque de nadie podemos alcanzar á Dios, si Él no se da, ni es razón esperar de Dios cosa menor que el mismo Dios.

CARTA Á UNA SEÑORA CASADA,

Á CUYO HIJO LE HABÍA SUCEDIDO UNA DESGRACIA, CONSOLÁNDOLA

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con vuestra merced. Como sabe Nuestro Señor Dios cuán mucho nos va en conocer nuestros males y los bienes que de Él tenemos, para que le pidamos remedio para lo uno y le demos gracias por lo otro, tiene cuidado de enviarnos algunas tribulaciones para que vea-

mos nuestra flaqueza, y nos desengañemos si por fuertes nos teníamos, y veamos la fortaleza que Dios nos da para alegremente sufrirlas, y conozcamos cuán poderosa es su mano, que en vasos tan flacos pone virtud, y cuán bueno es, pues nos hace ganar en los males.

Dícenme que ha acaecido no sé qué á un hijo de vuestra merced: sea por ello Nuestro Señor bendito, y por todo lo demás que nos acaece, al cual, sin duda, debemos más cuando nos envía de esta fruta que cuando de las consolaciones; pues mediante éstas limpia nuestras culpas y nos fabrica en el cielo coronas, y las gracias que en estas tribulaciones á Dios se dan es una música cristiana y suave en sus orejas. Digo cristiana, porque el dárselas en las consolaciones es de todos, mas en las tribulaciones de sólo los buenos cristianos, que son como trompetas hechas á golpes, que echan de sí este suavísimo son: *El Señor lo dió, el Señor lo llevó: como al Señor plugo, así fué hecho: sea su nombre bendito* (Job, I.) Cante, señora, este cantar, si quiere alegrar á sí, y que se le tornen las piedras en pan; porque vendrá á tornar tanto sabor en las tribulaciones, que se mantenga y haga fuerte con ellas, y las pida al Señor, como el niño pide pan á su madre: ligeramente hará esto si ha dado á sí y sus cosas á Dios; mas si en el hijo estaba algo que á Dios no lo había dado, compasión he de verdad de vuestra merced cuánto le habrá atormentado, como herida en la carne llagada, que ella es la que duele, que el fruto del espíritu gozo es. Si eso pasa, encomiéndese vuestra merced y dé sus hijos á Dios, pues Él dió su Hijo por amor de ella: y no tenga por acaecimiento lo que viere venir á su hijo; porque la verdad cristiana confiesa que ninguna cosa viene acaso, mas todas debajo de la providencia de Dios; y como cosa de su mano tome vuestra merced lo acaecido; y aunque lo tome de su mano, mírele al corazón, y hallará que envió esto con amor, aunque en la mano parezca rigor.

Ámanos Dios verdaderamente, aunque alguna vez disimula su amor y finge que se va lejos, no porque nos olvida, pues tiene jurado diciendo (Psalm. CXXXVI): *Si de ti me olvidare, mi mano derecha sea olvidada, y mi lengua se pegue al paladar si de ti no me acordare.* Pues cierto así lo cumple, como lo dice el que nos tiene escritos en sus manos y muy á su costa; mas apártase porque suspiremos por Él y agucemos la hambre, para que después mejor nos sepa el pan que mantiene á

cielo y tierra; y el querer ser llamado, no es porque Él haya menester nuestros ruegos, ó nos quiera vender su comunicación, pues muchas veces viene antes de ser llamado; mas porque ve Él con su inestimable sabiduría que cumple dejarnos desconsolados años y años, y á muchos por toda la vida presente; y la parte de éstos creo ser la mejor, si hay fe para no sentir mal y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Aunque, á la verdad, el que algo ve, hallará que otro gozo ni descanso no hay sino que se cumpla la voluntad de Dios en nosotros; y la consolación verdadera es gozarnos en la voluntad de Dios, aunque nos desconsuele: y si estas desconsolaciones nos parece que vienen por nuestra tibieza (que es lo que á muchos suele desconsolar), digo, después de haberlo mirado, que es muy mejor llevar su culpa con igualdad sosegada de corazón y buena confianza en la misericordia divina, que por matar la mosca (como dicen) que me pica en la frente, darme un golpe con que me mate.

No han de ser todos iguales los que al cielo han de ir, ni hemos de desesperar porque no somos de los mejores ni medianos; mas dar gracias á Nuestro Señor porque nos dió esperanza de salvación por su clemencia: y conviene alegrar en esto el corazón, y agradecerlo á Dios, porque no nos quite esto que nos ha dado como á desagradecidos, y así caigamos en el infierno, porque no nos hizo Dios de los mejores del cielo. Créame, que esta cosa de la paz del corazón que los perfectos tienen, no se da por descontentos ni puñadas; mas Dios la da á quién y cómo y al tiempo que es servido. No dejemos de hacer lo que pudiéremos y tener buena confianza en Dios, en el cual nos debemos de poner tan de corazón, que aun sobre nosotros mismos no osemos dar sentencia de cómo nos va; mas confiados en Él, correr con alegría la carrera de sus mandamientos y de sus pisadas, y esperar que nos galardonará nuestros bienes y perdonará nuestros males, para que por uno y otro le alabemos y bendigamos en los siglos de los siglos. Amén.

CARTA Á UNA PERSONA

QUE ESTABA MUY CONGOJADA POR SU POCO APROVECHAMIENTO EN LA VIRTUD: ENSÉÑALE CÓMO TODO SE HA DE HACER POR EL AMOR DE DIOS, Y NADA POR AMOR PROPIO.

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con vuestra merced. La raíz de todos los males es el amor propio, así como la de todos los bienes es el amor de Dios: y así como el que á Dios ama no halla que sufrir, porque no busca sino el querer de Él y en éste se deleita, así el que se ama halla todas las cosas ásperas y contrarias y es atormentado con fatigas y diversidades de acaecimientos. No está el descanso sino en desear poco ó nada por amor de Dios y contentar con ello por Él, al cual tanto ofrecemos y damos cuanto por Él dejamos de desear: y si Dios abre nuestros ojos para que consideremos con David las maravillas de su ley, hallaremos *que no sólo hay peligro acerca de este mal amor propio en lo exterior y visible*, mas aun en lo que á muchos parece que es santidad desear más y más; y si pregunta vuestra merced qué es aquesto, digo que las virtudes y paz del ánima, y el paraíso y el Señor de él, para que así veamos cuánto es nuestro peligro, pues en lo que es seguridad lo hay, y cuánta la maldad del propio y desordenado amor, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad: no porque las haga Él malas á ellas, que no puede, mas porque deseando las cosas buenas por nuestro fin y amor último, nos hacemos malos nosotros tornando al revés el orden que el amor de Dios da, que es querer todo lo bueno, y á nosotros con ello por Dios y para Dios, y de la manera y con la medida que quiere Dios.

No consiste el amor de Dios, por más que la boca lo diga, en desear muchas virtudes y al mismo Dios desenfrenadamente y con demasiada congoja y codicia, como otras cosas se suelen desear; porque si yo me muevo por Dios, no será mi principal deseo tener aquello; mas tenerlo, si Dios quiere que lo tenga, y cuando y como y cuanto quisiere, y no ser codiciosa de ello por mi bien, mas en que la voluntad de Dios sea cumplida, aunque fuese estar yo sin virtudes y ciego. Digo aunque fuese, porque no lo es; mas á lo menos ha de estar nuestra voluntad tan puesta en las manos de Dios, que esté aparejada á

BIBLIOTECA ANDALUCÍA Granada

querer todo lo que Dios quiere que queramos, sin sacar alguna excepción; porque si nuestro amor está vivo, tanto es más peor y encubierto su mal cuanto lo que deseamos parece mejor; porque en aquello, como en cosa segura, se suele Él más descuidadamente extender, y diciendo que deseamos amor de Dios, estamos llenos del nuestro, que nos hace desear á Dios para nosotros sin orden ni ley, habiendo de ser al contrario.

Acuérdome que me dicen algunos Doctores que esta maldad cayó primero en Lucifer, el cual deseó cosa buena, que era la bienaventuranza; mas no la deseó como ni cuando ni en quien ni por quien era razón desearla, mas con una desenfrenada codicia, que mira al bien propio, como puede un avariento codiciar tener mucha hacienda, ó un soberbio la honra. Por cierto, si la raíz y fin es uno, no hace la cosa deseada toda la diferencia; antes, como he dicho, es peor cuanto lo deseado es mejor; porque no hay peor mal que desear uno para sí como para último fin: el último fin es sumo bien de los bienes, que es Dios, el cual debe ser el fin y el paradero de todos nuestros deseos. Y si alguno dijere, por no entender bien lo que digo, que parezco decir que no debemos ser fervientes en desear ser más y más virtuosos, mas que lo dejemos á Dios, así lo del ánima como lo del cuerpo, digo que así como en las cosas exteriores hemos de ser más diligentes, y no congojosos ni codiciosos, mas ponerlo en manos de Dios y tomar con paciencia lo que nos viniere, así en lo del ánima debemos ser diligentes; mas con condición, que si con todo ello viéremos que no tenemos cuanto queremos, no hemos de dejarnos caer en una impaciencia que sea peor que la principal falta porque nos da la pena; mas conformarnos en todo con la voluntad de Dios, al cual agrada más la humildad y paciencia en las flaquezas que la soberbia, devoción y contentamiento en la fortaleza. Y si no alcanzamos á estar sin faltas, demos gracias á Dios porque nos dió conocimiento de nuestras faltas.

¿Por ventura echó á perder otra cosa al fariseo soberbio sino el contentamiento de sus buenas obras? ¿Y salvó al publicano sino el conocimiento y desplacer de sus malas, pidiendo á Dios misericordia? No todos son para conservar la humildad entre la alteza de las virtudes, y muy pocos hay á quien no descontenten sus faltas; y por eso, aunque el primer camino no es más alto, el segundo es más seguro: todo lo cual dispensa el

sapientísimo Dios guiándonos por diversos caminos para un mismo fin, que es Él; y por más codiciosos que seamos, esto nos debe consolar, que es esperar que iremos al paraíso, ora sea por la alteza de virtudes, como algunos van, ora por conocimiento de cómo nos faltan, y con penitencia de ello, como otros muchos van. Y aunque por esto no debemos dejar de imitar á los muy mejores que viéremos, pues Dios nos ha dado deseo de ello, y sernos ha tomada cuenta si no lo hacemos, empero así deseemos ser mejores como tengamos paz, si no llegaremos á lo que deseamos, que de otra manera no creo que ha habido hombre en este mundo (dejando aparte lo que todos entienden) que no desease ser mejor de lo que es; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban por su propia codicia, que nunca dice *harto hay,* mas por Dios, con cuyo repartimiento están contentos, aunque menos les diera, teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que Él le da, más que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio que es para más servicio de Dios: y no creo que hay paz en aqueste mundo sino en la paciencia, ni creo que es verdadera paciencia la que sufre á sus prójimos y no sufre á sí mismo, no para que deje de castigar y enmendar sus faltas, mas para que no se le derribe el corazón ni se entristezca demasiadamente, sino que ande en todo lo que le acaeciere contento de dentro y de fuera, haciendo sus diligencias, las cuales todas, si no las hiciere, vale más que le pese y se levante presto con alegría que dobla las fuerzas, que no que pensando que llora sus faltas por Dios, desagrade al mismo Dios con servirle mal con el corazón, caídas las alas y con otros ramos que de esto suelen nacer. La conclusión sea lo que dice San Pablo: *En todas las cosas haciendo gracias á Dios use la oración, é irle ha bien.* Jesús con vuestra merced sea y con todos. Amén.

CARTA Á UNA PERSONA CASADA

ANIMÁNDOLA Á SABER CONFIAR EN EL SEÑOR, Y ENCÁRGALE EL ÁNIMO EN EL CAMINO DE DIOS

Muy magnífica señora : la paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced. En dos cosas nos conviene mucho estudiar, si no queremos ofender á Nuestro Señor: una es en amar su bondad, otra en confiar de su misericordia.

Grandísima es la ceguedad del ánima que á tan buen Señor no ama, y grande es la flaqueza de quien en tanta muchedumbre de misericordia no confía; y así como las mercedes que nos ha hecho nos deben incitar á le amar (pues que son hechas con el amor que Dios nos tiene, el cual pide amor), así nos deben esforzar á confiar, pues que quien nos ha dado lo pasado y metido en su carrera, nos dará el acabar en ella; y lo mismo debemos sacar de la pasión de Nuestro Señor, al cual debemos amar, pues Él fué el que murió por nuestro amor, y tener confianza en sus merecimientos. Váyase, pues, á lejos toda duda, toda flaqueza de corazón y toda desconfianza; pues cuanta es la virtud de su pasión, tantos son nuestros merecimientos, pues que ella es nuestra, siendo nosotros de Jesucristo, que Él nos la dió. Allí confío yo y presumo, allí hago burla de mis enemigos, allí pido yo al Padre ofreciéndole á su Hijo, de allí pago lo que debo, y me sobra. Y aunque mis dolores son muchos, allí hallo mayor remedio y causa de alegría que en mí de tristeza.

¡Oh amoroso Dios y todo amor, y cuán grande bofetada te da quien de todo su corazón en Ti no confía! Si con habernos Tú hecho tantas mercedes, y lo que más es, con haber por nosotros muerto, aún no confiamos de Ti, ¡no sé qué diga, sino que somos peores que brutos! ¿Cómo y qué creeremos que nos darás, pues tanto nos has dado? ¿No creeremos que defenderás á los que sacaste del infierno? ¿No darás de comer á los que tomaste por hijos? ¿No enseñarás la carrera á los que siendo descaminados pusiste Tú en ella? ¿No darás lo que te pidieren para tu servicio á los que dabas muchas cosas andando fuera de tu servicio, y ofendiendo ellos, los defendiste Tú, y huyendo de Ti, los seguiste y trajiste á Ti, y los alimpiaste y diste tu espíritu, y henchiste sus ánimas de gozos, dándoles beso de paz? ¿Y para qué todo esto? Por cierto para que crean que pues por Cristo los reconciliaste contigo siendo enemigos, mejor los guardarás por Cristo siendo ya amigos.

¡Oh Dios mío y misericordia mía! ¡Plega á Ti que no permitas que después de tantos millares de beneficios ande nuestro corazón en dudas y preguntando si nos amas ó no, si nos has de salvar ó no! Más claros son tus testigos, los cuales son las cosas que has obrado, que el sol de mediodía, que dan testimonio que nos quieres bien y esperanza que nos has de salvar.

Asentemos, pues, nuestro corazón con esta fiucia de Dios, la cual tengamos aunque no sintamos en nos el dulzor de las consolaciones de Dios: porque así como la fe verdadera es la que cree sin milagros y razones, y el amor verdadero el que ama, aunque es azotado, y la verdadera paciencia que sufre más sin consolación, así la verdadera confianza es cuando estamos firmes y no sentimos los regalos de Dios. Confiemos un día de Dios sin que nos dé prendas, y osemos esperar que nos irá bien en Él, pues Él lo mandó que así lo esperemos. Sentímonos flacos: esperemos en Dios, y seremos fuertes; porque los que en Dios confían (Isa., IX) *mudarán fortaleza y tomarán alas; como palomas volarán, y no faltarán.* No sabemos lo que hemos de hacer: confiemos en Dios, y sernos ha dada luz, como dice Isaías (cap. L): *Si alguno anduvo en tinieblas y no tiene luz, espere en el nombre del Señor, y arrímese sobre su Dios:* y en otra parte está escrito (Sap., VIII): *Los que confían en el Señor entenderán la verdad.* Estamos en tribulaciones: esperemos en Dios, y seremos librados, como dice Dios por David (Psalm. XC): *Esperó en mí, y Yo le libraré.* En las cuales palabras habemos de mirar que no pide Dios otro merecimiento para librarnos, sino esperar; y con mucha razón, porque los que caen en tribulaciones, por poca fe caen. Como San Pedro, que mientras no tuvo temor anduvo por encima la mar como si fuera firme tierra, y cuando temió, luego comenzó á hundirse, y oyó de la boca de Jesucristo (Matth., XIV): *Hombre de poca fe, ¿por que dudaste?*

Temamos, pues, esta reprensión, y aunque la mar de las tentaciones ande muy brava, no caiga ni migaja de duda ó temor en nuestro corazón; mas confiados en quien tan de verdad nos ama, estemos seguros en medio de cualesquiera peligros. Todo esto he dicho, porque así como querría ver á vuestra merced creer la santa fe católica sin error y amar á Dios sin pizca de tibieza, así la querría ver confiar en Dios sin pizca de duda ó temor. Créame, que basta Dios para todas nuestras dudas y tentaciones. Pluguiese á Dios ya nos convirtiésemos del todo á Él y nos arrimásemos á Él, que cierto no es menester criaturas si bien supiésemos darnos al Criador, y si alguna vez dudáremos algo, no nos determinemos en ello, sino pasemos á entender en otras cosas, que pues Dios no nos da medio para saberlo, no debe de ir mucho en saberlo. Lo que en esta Cua-

resma encomiendo á vuestra merced y al Sr. D. Pedro (para el cual también escribo esta carta) es que tenga mucho tiento en los ayunos y cosas que tocan al cuerpo; y miren que no olviden esta palabra, y que trabajen mucho, que ayunen sus memorias de todo pensamiento de criaturas, y aunque sea de sí mismos; mas todo olvidado, nosotros también nos pasemos á Dios, y en Él moremos; y ayunen de toda consolación de cualquiera criatura, para que viviendo en soledad de pensamiento venga Dios á henchir las ánimas que estuvieren vacías de criaturas; y cuando delante de Dios se hallaren, trabajen más por escucharle que por hablarle, y más por amarle que por entenderle. El mismo Jesucristo, de quien hablamos, sea con vuestra merced y con todos. Amén.

CARTA Á UNA SEÑORA

QUE TENÍA MUY Á SU CARGO, ANIMÁNDOLA Á LA PERSEVERANCIA DE LA VIRTUD

Si vuestra merced supiese cuán gran gozo ha sentido mi ánima con sus cartas, creo que me escribiría muchas veces, aunque más el demonio lo estorbase: y si supiese cuán gran favor es para mí verla confiada en mi fe, y que se atreviese á probarme, creo que se le quitaría parte de las imaginaciones que el demonio le trae cerca de pensar que me da fastidio. Yo, señora, no he tomado tan de burla el habérmela puesto el Señor en mis manos que me fastidie de cosa, por grande que sea, cuanto más de cosa que no es penosa, sino alegre. Pídole yo, por amor de Nuestro Señor, que se lo pregunte ella á Nuestro Señor si la amo ó no, que yo espero de Él que le dirá que sí, pues es amigo de la verdad, y sabe que es así. ¿Ya no sabe que el arte del demonio para derribar á flacos es ésta? ¿No sabe cuánto daño hace en sus vecinas este pensamiento cuando le creen? Bien sabe ella reñir con los que no creen ser amados, y bien sabe volver por el ausente; ¿por qué no toma ella por sí lo que aconseja á los otros? ¿Por qué me quiere fatigar con su incredulidad como los otros? No pase esto así por amor del Crucificado, sino que esté confiada que el Señor la ama, y me da á mí amor verdadero para todo lo que necesario le fuere, hasta que gane esta corona para que el Señor la llamó, la cual no será pequeña, ni estoy yo poco gozoso de ser yo ayudador

para que se gane: y no diga ni piense que es ese estado para su condenación, que es tentación del mismo demonio, que querría que lo dejase para llevársela Él.

No la llamó Nuestro Señor sino para que se salve; y gracias á Él que la ha conservado y conservará en el bien que ha comenzado, aunque al demonio le pese: y si le parece que no tiene aquel recogimiento que debía, yo me huelgo que lo desee y suspire por Él, mas no de manera que no piense que no sirve á Dios en hacer lo que hace. Muchas veces sirven personas más á Dios con no tener recogimiento y desearlo, que con tenerlo; porque algunas y muchas veces quiere Dios que por entender en sus hijos, dejemos el dulzor de entender con Él sólo. Y el Patriarca Jacob estaba enamorado de Raquel, que era hermosa, y sirvió siete años porque se la diesen por mujer; y al cabo diéronle á Lia, hermana de Raquel, sin saberlo él; y como él se quejase, respondiéronle que en aquella tierra no se usaba casar primero las hijas menores, como él quería: dícenle que se case ahora con ésta, y que si mucho amaba á la otra, que trabajase otros siete años por ella, y que al cabo de ellos dársela habrían: y así lo hizo, y así lo alcanzó.

Quien se quiere casar con la vida hermosa del recogimiento y oración devota, bien desea; mas conviene primero que se case con la vida trabajosa, y que se ocupe primero con prójimos, y después perseverando, darle han otra cuando el Señor viere que cumple. Mas entretanto el Señor se contenta conque suspiremos por ella y entendamos en esta otra. No hace bien quien se huelga con las ocupaciones, ni hace bien quien se anda quejando en ellas: mas aquel cumple con lo que Dios quiere, que trae las manos y obras en servir al prójimo, y su deseo es servir al Señor en más quietud, no para que este deseo le haga quejar ó descontentar: mas tome en paciencia la ocupación y en amor la quietud, las manos en lo uno y los ojos en lo otro; obedece por lo uno, y suplica por lo otro; y según dije de algunos, se sirve más Dios en lo primero de trabajos, que en lo segundo de descanso, porque solemos solapar el deseo que tenemos de holgar y seguir nuestra voluntad, y el no sufrir pesadumbres ajenas, debajo del título de darnos á la contemplación; y por eso el Señor, que sabe más que nosotros lo que nos cumple, y los deseos de nuestro corazón qué tales son, tiene cuidado de guiar nuestra vida según sabe que nos cum-

ple, y el servidor suyo así le debe obedecer, y así lo debe tomar con hacimiento de gracias. Y si dice que la ocupación que tiene es buena, sino que ella es floja y no sirve á Dios como ella querría y debe, también quiero que así lo conozca y así lo diga, porque hay de aquel que pensare que puede valerse con Dios sin pedirle misericordia.

Conózcase, señora, por mala, y cobijarla ha Dios con su bondad y misericordia, y cada día le irá haciendo mayores mercedes; y piense que así, tal cual es, la ama Nuestro Señor y la quiere: con que persevere en la guerra sin volver las espaldas, lo tiene contento y á mí también. Y pues su Padre del cielo y de la tierra están contentos, estélo ella, no para dejar de pasar adelante en el servicio de Nuestro Señor, sino para no estar desmayada en la vida que tiene. Y tenga crédito, que el Señor se sirve de su estada ahí, y yo se lo digo de su parte; y que la ha de consolar mucho, y hacer muy grandes mercedes, y guarde bien esta palabra: sea fiel á Dios, y no le vuelva las espaldas: no crea consejos del demonio, ni de carne ni sangre. Ose fiarse, y ose ofrecerse por Dios á morir primero que deje lo que ha comenzado, que presto verá cuán bien lo hace Dios con los que están firmes en la pelea por Él. Y el Espíritu Santo guarde y conforte á vuestra merced.

CARTA Á UNA SEÑORA VIUDA,

CONSOLÁNDOLA EN LA MUERTE DE SU MARIDO

Dilatado he el escribir á vuestra merced, creyendo que mi carta será poca parte para aliviar la gran tristeza que me dicen que vuestra merced tiene; y tenía por mejor acuerdo hablar con el Señor del consuelo, encomendándole á vuestra merced, que hablar con ella por cartas: y como con tanta instancia se me han pedido, que me da testimonio del mucho deseo que de ellas se tiene, y porque el Señor es poderoso de hacer lo que quisiere mediante unas letras muertas, quise hacer lo mandado y lo debido, suplicando al Señor Nuestro sea Él servido obrar en el corazón de vuestra merced el consuelo que yo le deseo. Querido ha Nuestro Señor que vuestra merced pruebe á qué saben las angustias que en este valle de lágrimas se suelen coger, y no de cualesquiera, sino de las más principales: sea su nombre

bendito, sus juicios adorados, su voluntad cumplida; pues lo que debe criatura á Criador es toda reverencia y sujeción, no sólo en lo placentero, mas en lo que mucho duele; y por probar Dios esta obediencia nos suele herir en lo que más delante de nuestros ojos luce, para que entendamos que por el Señor grande, grandes cosas hemos de hacer y de padecer.

Gran amor tenía Abraham á su hijo Isaac, y en aquél le quiso Dios probar. Grande lo tenía Job á sus siete hijos, y en un día se los llevó Dios; y así suele hacer á todos los que ama, porque por esta vía ellos declaran el amor que tienen á Él, y Él tiene ocasión de hacerles grandes mercedes. Bien entiendo, señora, que la carne no entiende este lenguaje, y que solamente se ocupa en sentir su dolor y pérdida, sin tener cuenta con otras cosas. Mas si Dios en nosotros está, hemos de refrenar su sentimiento, y hacerla obedecer á la razón y voluntad del Señor; y aunque mucho duela, no la hemos de dejar salir con la suya: mas acordándonos de la angustia de Nuestro Señor, que le hizo sudar gotas de sangre, y dijo (Luc. XXII): *Padre, no mi voluntad, mas la tuya sea hecha*, hemos de decir nosotros lo mismo, si queremos ser conocidos por discípulos suyos; pues á ninguno conoce por vasallo en la tierra ni por compañero en el cielo si no llevare acuestas su cruz y le siguiere como oveja á pastor, aunque le cueste la vida.

Dígame, señora, ¿de qué nos podemos quejar en nuestros trabajos, pues en ellos son nuestros deshechos, y nosotros hechos semejables al Hijo de Dios? Porque ¿qué desacato tan grande será no querer pasar los esclavos por la ley que pasó su Señor, y los hijos adoptivos por la que pasó el natural? ¿Quién más amado que el mayorazgo de Dios Padre? ¿Y quién más penado de diversas penas que Él? Varón fué de dolores, y que supo trabajos; y si se pueden contar las gotas de la mar, podránse contar sus angustias. ¿Pues parécele que es razón que siendo el Hijo de Dios angustiado y entristecido hasta la muerte, pasemos nosotros sin beber con Él hiel y vinagre? ¿Adónde está la vergüenza si le queremos dejar padecer á solas y gozar con Él en su compañía? Desengáñese toda criatura, y sepa que si el Rey del cielo entró en su reino por tribulaciones, por aquel mismo camino hemos nosotros de entrar: no hay otro camino sino Jesucristo, y éste crucificado; y quien otro buscare, no lo hallará; y si por otro caminare, perderse ha, y verá

que aunque es cosa desabrida padecer aquí, que lo es más padecer en la otra vida.

¡Oh ceguedad de los hijos de Adán, que no tienen cuenta con lo advenidero, con que en lo presente les vaya bien; no miran lo que les aprovecha, sino lo sabroso; no á razón, sino á pasión, y por esto se lloran cuando se habían de llamar bienaventurados, y se gozan cuando se habían de llorar! ¿Qué es toda la presente prosperidad sino un humo que poco á poco se va deshaciendo hasta que no se ve cosa de él? ¿Y qué son los años de nuestra edad sino un breve sueño, que recordando de él nos hallamos burlados, y en teniendo un trabajo, por chico que sea, nos hace olvidar los placeres pasados, y aun danos pena de haberlos pasado? Pues si tanta instabilidad hay en esto, ¿por qué no buscamos lo otro? Y pues vemos faltarnos esto de entre las manos cada día, ¿por qué no buscamos aquello que de verdad dura y hará durable nuestra bienaventuranza?

Señora, si hasta aquí hemos tenido ceguedad en los ojos, abrámoslos ya; y si la prosperidad nos decía que en este mundo había algo de qué contentarnos, la hiel de la tribulación, puesta en nuestros ojos, dénos luz para ver que somos en este mundo verdaderamente miserables, y que no estamos en nuestra tierra, mas en muy penoso destierro; y alzando nuestro corazón al cielo, sea nuestra conversación allá. Este es el fin por que el Señor ha azotado á vuestra merced, para que más y más tenga cuenta con Él cuanto menos tiene sobre la tierra con quien tenerla. No piense que se deleita Dios en sus penas; y pues es misericordioso, duélese de sus lágrimas; mas quiere ponerle ese acíbar que tanto le amarga, para que despedido el corazón de todo humano consuelo, en sólo Dios ponga su arrimo. Quitádole ha Dios, mas es para darle, porque así lo suele hacer: viuda la ha hecho, mas es para ser Él marido de vuestra merced, pues su nombre este es, el Padre de huérfanos. Muchos trabajos se le ofrecerán en su viudez, y en muchas cosas echará menos al que las remediaba, y en muchos hallará poca ayuda y poca fidelidad, y menos agradecimiento; mas en todas estas cosas quiere Dios que recurra á Él y platique sus penas con Él, y como con verdadero Padre descanse con Él; y si de corazón le llamare y de sus manos se fiare, cierto hallará refugio en todas sus penas y guía en sus caminos; y muchas veces sin saber cómo ni por dónde hallará sus negocios hechos

muy mejor que ella pensó, y entenderá entonces cuán amigo es Dios de atribulados, y cuán de verdad mora con ellos y procura por ellos; y si alguna vez no diere á vuestra merced lo que ella desea, será por darle lo que le cumple, que este celestial Médico así lo suele hacer con los que con Él se quieren curar, que miran más con lo que han de sanar que con lo que les da sabor al paladar. Vuestra merced no se aparte de sus manos y cura, aunque mucho le duela. No le pida que se haga lo que ella quiere, mas lo que Él. Sus armas sean oraciones y lágrimas no perdidas, por lo que el Señor le quiso llevar; mas vivas, porque el Señor quiere á él perdonar, á ella salvar.

¿Qué aprovecha, señora, la demasiada pena que me dice que toma, sino tras la pena que tiene añadir también culpa? ¿Ahora sabe que como no tenemos licencia para vanamente reir, tampoco para demasiadamente llorar? Sino que en uno y en otro hemos de estar obedientes á la santa ley de Nuestro Señor. ¿Qué se queja, señora, qué se queja? O es pecadora, y es purgada con este trabajo, ó es justa, y es probada para ser coronada. Lo uno ó lo otro que sea, conviene hacer gracias al Señor muy de corazón, y entender en amar el fin del castigo, aunque la medicina sea desabrida, que esto nos quiso decir la Escritura (Esther, V), que cuenta *haber besado el cabo de la vara del Rey Asuero*. No se le pase, por amor de Dios, el tiempo en hartarse de llorar; mas entienda ya en alzar su corazón al Señor, y aparejarse ella para este paso por donde ve á otros pasar.

Basta ya, señora, basta ya la fiesta que á la carne se ha hecho; enjugue ya sus ojos, porque no se pase el tiempo en llorar muerte, pues le es dado para que gane la vida. Acuérdese que el Señor echó fuera de casa á los que lloraban una moza muerta, diciendo (Marc., IX): *Que no era muerta, sino que dormía;* porque entre cristianos el morir no es sino dormir, hasta el día del despertar á tomar nuestros cuerpos para reinar con Cristo en cuerpo y en ánima. Y piense vuestra merced que por quien llora no está muerto, sino duerme, y sueño de paz; pues vivió y murió como buen cristiano, ¿qué le pesa á vuestra merced tanto? Porque á quien amaba lo sacó el Señor de este lugar tan miserable, y lo llevó camino de salvación; y si le dejó trabajos, tómelos de buena gana, porque Él vaya á descansar; y si mucho siente su ausencia, consuélese, que

presto le irá á ver : pues nuestros días tan cortos son, y tan poca ventaja nos llevamos en el morir, entienda que el Señor se lo llevó porque estaba bien aparejado, y á vuestra merced dejó para que bien se aparejase.

Y pues en el estado de casada sirvió á Dios en alegría, sírvale en la viudez, en paciencia y en trabajos, que si allí ganaba treinta, aquí sesenta, y tendrá una vida, si no sabrosa, á lo menos provechosa para purgar sus pecados, para imitar al Crucificado y para ganar de verdad su reino. Y para esto debe pedir gracia al Señor con oraciones y lágrimas, y debe usar leer algunos libros devotos y recibir el celestial pan del Santísimo Sacramento, y levantar su corazón caído, y caminar, que para llegar al cielo largo camino le queda : y si allá ha de entrar, no será este el postrero trabajo que ha de pasar; porque es de tanto valor la joya que espera, que es Dios, que por mucho que cueste, nunca fué cara : y pues vuestra merced la ha de haber, gócese con la esperanza, y no se queje con el trabajo, mas diga : tanto es el bien que espero, que no siento los males que tengo: todo lo cual haga Jesucristo en vuestra merced, amén, como yo se lo suplico y deseo.

CARTA Á UNA SEÑORA

QUE SE LE HABÍA MUERTO SU MARIDO COMENDADOR : CONSUÉLALA, Y DÍCELE LO MUCHO QUE APROVECHAN LOS TRABAJOS Á QUIEN BIEN LOS SABE LLEVAR.

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced. Muchas gracias sean dadas á Jesucristo por todo lo que ha hecho é hiciere, pues que es justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras. No plega á su misericordia que otra cosa diga nuestra boca ni sienta nuestro corazón, sino confesar que es bien hecho todo lo que hace, aunque, según el parecer de los que poco saben, otra cosa parezca, del número de los cuales deseo que vuestra merced no sea, y confío en la misericordia de Dios que no será, mas que le dará gracia para que por muchas tempestades que combatan su ánima de las presentes, y de las que por venir se le representan, y la traerán turbada á una parte y á otra, no quite sus ojos de Dios y de su santa voluntad, que es el norte al cual hemos de mirar

en la noche y mar de aqueste mundo, para aportar al puerto de salud, que no tiene fin.

¡Oh señora, y si mirásemos las cosas como cristianos, que por ser discípulos de Cristo habemos de conocer la verdad, y no como hombres sin luz, que lloran de lo que han de gozar y ríen de lo que han de llorar, cuán claramente veríamos que hace Dios merced, y mucha, al que de este destierro lo saca, y con lo que decimos muerte da fin á nuestros trabajos y á sus ofensas! ¡Oh vida tan falsamente dicha vida, pues tantos trabajos y muertes engendras de cuerpo y ánima! ¿Y qué diré de tu engaño? Que si quien vive tiene trabajos, la misma vida le es muerte, y le es ocasión de impaciencia y de otros pecados; y si siente prosperidades, hácese vano y olvidadizo del dador de la vida; y esta es muerte, aunque tenga nombre de vivo. ¿Pues por qué había de ser amada una cosa que cuanto más próspera viene, tanto más debe de ser temida? Bienaventurado aquel que ha escapado de tus lazos que en todos lo momentos y negocios tienes armados, no para llevarnos oro ó plata, mas para cazar nuestras ánimas, más valerosas que oro ni plata; y son tales y tan sutiles, que ninguno por ti pasa sin ser enlodado, y tanto, que contar diez años de vida no es sino contar diez años de caídas y engaños y trabajos que hemos vivido. ¿Pues qué remedio para no caer en tus lazos? Por cierto Dios lo da cuando nos saca de tu jurisdicción tan trabajosa y cruel, y nos pone adonde no sintamos tus combates ni alteraciones; mas libres de tu yugo hagamos gracias al que quebrantó nuestras cadenas y nos dió libertad.

No llore, pues, vuestra merced la muerte á solas, llore la vida, y dé gracias á Dios que la ha ya medio librado de aqueste cieno, y la librará cuando Él sea servido del todo. Digo medio librado, porque el marido y la mujer una cosa es, y lo medio de vuestra merced, que está fuera de aqueste mundo, está bien y en libertad; y lo medio, que es vuestra merced, está acá en cautiverio y miseria. Y si bien siente cuán miserable cosa es vivir aquí, suplicará de corazón á Nuestro Señor que lleve presto la parte de acá con la de allá, donde juntas y enteras den gracias á Dios por haberlas librado de muerte y puéstolas en el abismo de la vida, que es Dios. No esto por impaciencia ó por desesperación, mas por deseo de no dar más enojos al que merece servicios, y por deseo de ver al que es toda luz y hermosura.

¡Oh luz que alegras á los que te ven, y así alegras, que ningún rincón dejas en ellos sin alegría! ¿Y cuándo gozaremos de tu hermosura? Que otra no sea nuestra comida, ni habla, ni riqueza, ni deleite, ni vida, sino ver á Ti y gozar de Ti, vida, manjar, tesoro, gozo y todo nuestro bien. ¿Qué nos detiene de ver esta deleitable visión? ¡Oh si pluguiese á Ti que por amor de Ti se nos tornasen amargos todos los placeres presentes, y nos fuesen dulces los trabajos de acá, porque son camino muy cierto para Ti, pues Tú fuiste aquí tan abundante en trabajos, y así entraste en tu gloria!

Señora, abramos los ojos y no queramos engañar á sabiendas á nosotros mismos, pues la verdad de Dios nos desengaña, que dice: *Que por tribulaciones hemos de ir al descanso.* Y no seamos como siervos mal criados, que cuando no se hace como ellos quieren, murmuran de su señor; mas fiemos del amor con que Dios nos ama, y diga la carne flaca lo que dijere, que la verdad es ésta: que lo que Dios ha hecho en llevar al señor comendador, que sea en gloria, ha sido muy bien hecho para él y para vuestra merced: para él, que pues él vivió y murió como cristiano, de creer es que Dios le dará galardón como á buen cristiano; y si no le da luego el galardón de cristiano perfecto, que es ver á Dios, á lo menos tendrá galardón de cristiano pecador y arrepentido, que es purgatorio, donde hay certidumbre de ver á Dios. Y verdaderamente creo que si oyésemos su ánima, nos diría: ¿Por qué me lloráis, pues yo estoy contento con lo que Dios de mí ha hecho? ¿Qué tenéis bueno en esa vida en la cual me queríades? ¿Hay otra cosa á que me podáis convidar sino á dolores, enfermedades, miserias de cuerpo y de ánima? Baste lo pasado, y sea bendito el que de ello me sacó: no lloréis á mí, mas temed vuestra vida, y hacedla tal que merezcáis ser presto sacados de ella, y gozar de la de acá.

Estas cosas, señora, aunque otros no las creyesen, es razón que vuestra merced las crea, pues fué testigo de su largo purgatorio que en su enfermedad tuvo, y con tanta paciencia, que no sólo yo, mas cuantos le veían, daban gracias á Nuestro Señor. *Y pues Dios no castiga una cosa dos veces* (Nahum, I, 9), razón es que esperemos que Dios será Padre de consolación en el otro mundo, á quien en este fué Padre castigador. Mas ya veo que vuestra merced dice que no duda en esto, sino que la pena que tiene es porque queda ella acá entre tantos trabajos;

á lo cual digo que el mayor consuelo de quien ama es saber que le va bien á quien ama, aunque á él vengan trabajos; y pues así es, vuestra merced debe tener esto por grande ganancia, pues fué para provecho de quien amaba: y si bien quiere mirar, hallará que aunque le dejó Nuestro Señor entre muchos trabajos, todo es para su provecho, pues á quien más trabajare, más galardonará; y si se siente flaca para ellos, sea su fiucia en aquel que tanto más favor de secreto da, cuanto más parece que quita en lo público. No está nuestro arrimo en carne ni sangre, que ya vive, ya muere; mas en Dios vivo, librador de los que en Él tienen esperanza, aunque todos los demás les falten; y si los fingidos amigos nos faltaren en las necesidades, no desmayemos; mas creamos que en lugar de todos y por todos basta y sobra este tan fiel, que mientras tuviéremos esperanza y amor en Él no nos dejará; y aunque otra ganancia no se saque de las tribulaciones sino ir más veces á Dios que íbamos de antes, no es pequeña merced, pues de la comunicación de Dios tanto bien nos viene.

Éstas sean las armas de vuestra merced en todas las guerras que le vendrán: éste es el consejero en todas sus dudas: éste su consuelo en todas sus angustias: éste su provisor en todas sus necesidades: su amigo, pariente, padre, marido y todo su bien. Y tenga una cosa por cierta, que no para otro fin le quita delante estas cosas sino para que tome á Él en lugar de ellas; y tanto mejor le irá á vuestra merced con Él que con ellas, cuanto va de Él á ellas. Solamente ella vaya á Él, y con esperanza de su misericordia, que antes faltará agua en la mar y luz en el sol, que misericordia en Él para el corazón quebrantado y humillado. Y si vuestra merced quiere aprovecharse de Dios y recibirle, pues Él se quiere dar, yo sé que antes le dará gracias por lo que le ha enviado, que quejas. Recoja su corazón á Dios, y encomiéndese á Él con todas sus cosas: hágase dura para los trabajos, pues el delicado Hijo de Dios tantos trabajos tomó por nosotros; y cuanto mejor rostro les hiciere, más ligeros le serán de sufrir; y cuando mucho fatigaren, váyase á Jesucristo, y piense en el agonía que tuvo en el huerto y en la palabra que dijo al Padre (Luc., XXII): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha;* y esta misma diga vuestra merced con el corazón y la boca lo mejor que pudiere.

Y si considerare que esos trabajos no se los dió otro sino

la bendita mano de Dios, creo que no le serán graves de sufrir, mas que le diría: Señor, pues Tú me los envías, yo los recibo, que no es razón que sea tan mal criada que torne yo la cara á cosa por Ti enviada. Y pues los trabajos que un ministro de Dios nos pone en penitencia los sufrimos de buena gana, ¿por qué no de mejor los que Dios nos envía, aunque sean mayores, pues Él es mayor? No durará para siempre, ni andaremos siempre debajo la vara del castigo de Dios: día vendrá en que arroje la vara y enojo, y nos abrace como á hijos queridos, y tanto más le seremos aceptos cuanto mejor rostro y paciencia mostráremos entre los castigos: poco es el trabajo que envía en comparación del galardón que á quien lo sufriere dará; y pues á los más trabajados más descanso se dará, merced hace mientras más envía, no mala obra.

Seamos varoniles en el sufrir, seamos hijos verdaderos en el obedecer, que Dios será abundante en el galardonar y hará verdaderas las promesas que en su nombre á los que sufren tribulaciones con paciencia promete. Aquel Señor que es Padre de consolación, y sabe y puede y quiere confortar y consolar los corazones de los que á Él se encomiendan, dé á vuestra merced su favor y consuelo; pues que la Escritura dice (Oseas, VI): *Que Dios hiere y sus manos dan salud; y el que da la llaga, da la medicina.* A Él se den gracias y alabanzas siempre y en todas las cosas, y en todos los lugares del cielo y de la tierra. Amén.

PARTE CUARTA

Para caballeros seglares y señores de título y unos discípulos suyos.

INSTRUCCIÓN PARA JUECES,

EN CARTA Á UN ASISTENTE DE SEVILLA

Muy ilustre Señor: Si no entendiera haber dado Dios á V. S. aquella caridad de la cual dice San Pablo (I Cor., XIII): *que patiens est,* mucha pena me diera la falta que he hecho en no haber respondido á la carta de V. S.; y si no temiese mi propio amor, que ciega á las hijos de Adán para escuchar sus culpas en lugar de acusarlas, procurara de aliviar mi culpa con mis ocupaciones forzosas y continua enfermedad, que no me dejan cumplir con lo que deseo y debo. Y también he sospechado que pues la gran misericordia de Dios, la vida y gobernación de V. S. tiene por qué ser imitada más que avisada, se ha dilatado mi respuesta por no ser menester. Y con todo esto me determino á obedecer á vuestra señoría, que manda que le dé algunos avisos, confiado en que por merecimiento de V. S. y por respeto del bien público, el Señor me dará algo de provecho que diga.

§ I. — *Trata del cuidado con que se ha de gobernar sin desear el gobierno.*

El dechado que el Padre Eterno ha dado á todo género de personas para que acierten á servir á Dios según su contento, es su benditísimo Hijo Jesucristo Nuestro Señor, cuya doctrina

y vida ha de ser el nivel de la nuestra, y ha de ser la que nos ha de juzgar en el día postrero. Y así en el monte Tábor sonó la voz (Matth., XVII): *Este es mi Hijo muy amado: á Él oid.* Y el mismo Señor, dado por maestro en la doctrina, amonestaba muchas veces á la imitación de su vida, así en obrar virtudes como en la mortificación de la cruz, aun hasta perder por su amor en ella la vida. Y como la grandeza de este Señor es muy grande, es dado por ejemplo á pequeños y grandes: á unos para que sepan vivir, teniendo cuenta consigo solos; á otros para que no olvidando sus propias obligaciones, tengan cuidado de la gobernación y provecho de otros; porque el ser bueno para sí solo, cosa imperfecta es; y el ser bueno para otros y no para sí, cosa es dañosa: y aquél será llamado grande en el reino de los cielos, que siendo él bueno, procure de hacer lo mismo á los otros, teniendo tanta vigilancia que cumpla con entrambas obligaciones, sin que la obligación de mirar por sí le haga estrecho para contentarse con ellas, ni el cuidado de mirar por los otros le haga aflojar el cuidado de sí. *Et ad haec quis idoneus?,* dice San Pablo (I Cor., II). Ninguno, por cierto, si mira sus fuerzas propias. Y por esto aun en lumbre natural halló Platón y otros filósofos que el hombre cuerdo no debe buscar, ni pedir, ni desear oficio de regir á otros; y que por muchas partes buenas que para ello tenga, por solamente ingerirse al oficio, es hecho indigno de él, y por el mismo caso se le debe negar.

Cosa recia es que siendo tan dificultoso negocio alcanzar un hombre las virtudes que ha menester para sí solo, cual experimentan los que las quieren alcanzar y lo tienen por fácil los que no ponen las manos en el arado para reformar su corazón, sea un hombre tan atrevido que piense cumplir con lo uno y con lo otro, ó sea tan malo que por ganar á los otros se pierda á sí mismo. Y si éstos se hubiesen hallado presentes á aquella cuenta estrecha que Dios tiene amenazado que ha de tomar á los que presiden á otros, como parece (Sap., VI) donde dice el Espíritu Santo: *Judicium durissimum in his, qui praesunt, fiet,* creo que temerían y huirían de este juicio durísimo, y procurarían de evitar tan gran peligro. Pues no hará poco quien en aquel día estuviere en pie, pues ha de ser estrecho y duro juicio aun para los que tienen cuidado de sí solos. Y esta misma sentencia de los filósofos naturales confirma el Espíritu Santo

diciendo (Eccl., VII): *Noli ab homine ducatum quaerere, neque a Rege cathedram honoris.* Y el mismo dechado nuestro, Jesucristo Nuestro Señor: *Non semetipsum clarificavit, ut Pontifex fieret.* Mas fuélo por la voluntad y obediencia del Eterno Padre, que acá le envió. Y tanto más libremente digo estas cosas, cuanto con mayor certidumbre sé que V. S. ha estado muy lejos de meterse en ese oficio y peligro, y que está en él por pura obediencia de quien no es lícito decirle de no.

Resta que pues Dios ha hecho merced que la entrada de vuestra señoría no sea por bardales, sino por la puerta legítima, que es Jesucristo Nuestro Señor, pida á su misericordia, que Él que ha guardado su entrada, ordene el proceso de ella de manera que también guarde la salida de todo pecado y condenación. Y porque es menester con la oración hacer un hombre lo que es de su parte, debe V. S. poner sus ojos en el dechado, que es Jesucristo, y de Él aprenderá el buen uso de su oficio; de manera que no sólo evite condenación, mas alcance galardón en el cielo: y no cualquiera, sino el que el mismo Señor ha prometido á los que bien ejercitan los oficios públicos, y que dan á sus consiervos la justa medida de trigo en el tiempo conveniente, diciendo que el tal siervo es bienaventurado (Luc. XII): *Et super omnia bona sua constituet eum.*

§ II. — *Trata del buen celo y amor que el Juez ha de tener, y fortaleza para juzgar.*

Mire V. S. á este Señor de dentro y de fuera, porque todo Él es digno de ser mirado é imitado; y principalmente mírele su corazón, pues que de allí, segun Él dijo, procede lo exterior. Acuérdese muchas veces de aquellas palabras que con tanta razón se dicen de Él (Psalm. LXVIII): *Zelus domus tuae comedit me: et opprobria exprobrantium tibi, ceciderunt super me.* Considere cuánto más lastimado y espinado andaba aquel sacratísimo Corazón con ver á su Padre tan ofendido, que su sacratísima cabeza lo fué con la corona de espinas que en el día de su pasión en su cabeza pusieron. Este celo fué tan grande que se dice haber comido al mismo Señor; porque de tal manera se enseñoreó de Él, que le hizo poner su honra y su vida porque se efectuase el deseo del celo, que era que Dios no fuese ofendido, sino honrado, y las ánimas no condenadas, sino

salvas. Lo cual no fué concedido á este Señor de balde, sino muy á su costa; pues las deshonras de los que deshonraban á Dios vinieron sobre Él, porque pagó los pecados del mundo por pura caridad, sin tener culpa de uno chico ni grande.

Este celo, muy ilustre señor, debe de procurar V. S. que se encienda en su corazón si quiere bien ejercitar su oficio, porque sin éste, *un Gobernador de república será un brasero sin ascuas, una apariencia sin existencia, cuerpo sin ánima, y altar de sacrificios sin tener fuego para ofrecerlos á Dios.* Este celo ha de comer las entrañas; porque así como uno que come una cosa la convierte en sí mismo, así este celo ha de tragar, comer y convertir en sí mismo al que tiene persona pública; de manera, que como Aristóteles le llama ley animada, que quiere decir *ley viva*, así ha de ser un fuego vivo que todo lo abrase. Este ha de hacer que por el amor de la honra de Dios y el bien público no se tenga cuenta con hacienda, salud, honra y vida cuando fuere menester ofrecerlo todo por la buena ejecución de su oficio. No es pequeño negocio ser una persona pública, si lo ha de ser de verdad, y henchir con las obras lo mucho que pide este nombre.

Corazón real y divino ha de tener, porque si lo tiene particular y encorvado hacia sí mismo, no tiene parte en este negocio, pues con particular corazón no se puede ejercitar oficio de persona pública. Profesión es de hacer bien á muchos aun con pérdida propia; y quien no es rico en amor, vuélvase de esta guerra, que no es para él: y he pasado del celo al amor, porque, á la verdad, el celo hijo es del amor, pues aquello procuramos bien y de aquello queremos quitar el mal á lo cual verdaderamente amamos, y cual es el amor, tal es el celo; pues de cosa flaca nace flaco efecto, y de padre enfermo hijo enfermo; mas el amor que se requiere para engendrar el celo que es menester para cumplir la obligación de este oficio, no es de los de por ahí (como dicen), pues según leyes de filosofía moral y de cristiandad, llega esta obligación hasta poner la vida por el bien público: y para esto requiere ser un amor fuerte, cual está pintado en la Escritura (Cant., VIII), que dice: *Fortis est, ut mors dilectio. Dura sicut infernus aemulatio.* No halló la Escritura divina cosas más fuertes que muerte y sepultura, ó muerte é infierno; pues la una á todos vence, y la otra á todos recibe, y los tiene encerrados; y á la primera compara al amor,

y á la segunda el celo, para dar á entender que han de ser tan fuertes que todo lo que les fuere contrario lo venzan, y por todo pasen, aunque sea por lanzas, por llegar á lo que desea, que es el bien del amado.

No es este pequeño negocio, que las aguas muchas de persecuciones que de fuera vengan, ó de afecciones y de intereses que dentro del corazón estén, no puedan apagar este fuego del amor celoso, aunque sean aguas muchas, y que corran con torrente como río; porque todo esto se ha de poner debajo de los pies, por poner encima de nuestra cabeza el contentamiento de Dios y el bien público. Mire y remire el que gobierna república si tiene esta fortaleza de amor, que como fuerte vino le embriague, y saque de sí y de sus intereses, y pase á ser padre de muchos con el amor y esclavo de ellos con el trabajo. Y á todo aquello que á esto le contradijere, desconocerlo, por muy conocido y amado que sea, y decirle lo que el Señor dijo á su benditísima Madre: *Mujer, ¿qué á mí contigo?* ¿Qué parentesco, qué conjunción puede haber más íntima que el Hijo de Dios tenía con su benditísima Madre? Y cuando se ofreció que convenía á honra del Padre, que eternalmente lo engendró, que el milagro se hiciese, no cuando era pedido, desconoce tal Hijo á tal Madre, para darnos ejemplo de tener cuenta con lo que Dios quiere, sin tenerla poco ni mucho con lo que á esto contradijere.

Desnudo fué puesto el Hijo de Dios en la cruz cuando ejercitó oficio público, ofreciéndose en ella por el bien público del género humano; y el oficio público cruz es, y desnudo de todos los afectos propios, y vestido del amor de los muchos ha de estar el que en esta cruz hubiere de subir para imitar al Hijo de Dios, y que su cruz sea provechosa para sí y para los otros. Dícese que el monje que tiene un cornado, no vale un cornado. Y también podemos decir lo mismo de la persona pública, porque ya pueda tener y poseer honra, hacienda y cosas semejables, mas ninguna chica ni grande ha de tener que no la tenga ofrecida al provecho común, como cosa menor á mayor. Y si un cornadito, una cosa poca la tiene con amor propio, sin tenerla ofrecida en su corazón al bien común, como es dicho, aquélla le estorbará la ligereza de la corrida, que en el oficio de tener y de aquello poquito vendrá á ser mayor el impedimiento, porque la hierba mala crece presto. Y lo que primero por ser poco le estorbaba la ligereza, después le atará los pies para que no

pueda dar paso con que cumpla su obligación. Y porque el hombre no venga á tanto mal que el oficio de hacer bien á muchos se le torne en daño propio, y daño de eterna condenación, avisa Dios con sus entrañas de misericordia al que tal oficio toma, que no se atreva á tomar carga sobre sí sin que se examine primero si tiene fuerzas para llevarla.

Cosa por cierto muy justa; pues uno que gana de comer á llevar cargas, hace lo mismo, tanteando una y otra vez si hay proporción entre la carga y las fuerzas; y si no la hay, no quiere aventurar el daño que le puede venir con caer debajo de la carga, por el interés que le ofrecieron por la llevar. Las palabras del Espíritu Santo son éstas (Eccl., VII): *Noli velle fieri judex, nisi virtute valeas irrumpere iniquitates: ne forte extimescas faciem potentis, et ponas scandalum agilitate tua.* No puede tener fortaleza para castigar las maldades el que no ha vencido en su corazón con fortaleza las propias afecciones que le pueden hacer temer la faz del poderoso y ponerle tropiezo en la ligereza que pide su oficio, que es tanta cual el Señor significó á sus Apóstoles cuando los envió á entender en el provecho de otros, y como también lo avisó Elías á su discípulo Eliseo cuando lo envió á dar vida al muerto, diciendo: *Á ninguno saludes en el camino; y si alguno te saludare, no le respondas;* porque el enviado al bien público ha de ir tan ligero á hacer este oficio, que ninguna cosa contraria le impida de él, ni le aparte de él, ni buscándola él, que eso es saludar, ni recibiéndola aunque se la den, que eso es ser saludado; mas matar todo aquello por el cumplimiento de la ley de Dios para ser uno de aquellos en cuya alabanza se dice: "Dijo á su padre y á su madre (Deut., XX, 33) no os conozco, y á sus hermanos lo mismo. Estos guardaron tu palabra, y tus juicios y ley; y así será participante en las bendiciones que se siguen: echa, Señor, tu bendición á la fortaleza de él, y recibe las obras de las manos de él." Sentencia del Señor es, y muy justa, que á la fortaleza del que fuertemente busca el bien público le eche Dios su bendición con se la acrecentar y galardonar, y al que en esto es flaco le quiten lo bueno, si algo tenía: *Cui enim habet, dabitur, et abundabit: qui autem non, et quod habet auferetur ab eo.* (Matth., XIII.)

He sido tan largo en hablar del amor y celo que se requieren, porque importa mucho asentarse en nuestros corazones

esta verdad, que como esta virtud es la más principal de todas para la salvación del cristiano, así también lo es para el buen uso del oficio público, con la cual verdad se deben desengañar los que piensan que lo principal de la buena gobernación consiste en restaurar los muros de la ciudad, en empedrar las calles, proveer de mantenimientos, y á lo más castigar bien los delitos y dar á cada uno lo suyo cuando traen pleito. Buenas son estas cosas y necesarias, mas ni son bastantes ni las principales. El fin que debe pretender el que gobierna república es hacer virtuosos á los ciudadanos, según afirman todos los filósofos que de esta materia hablaron. Y como la virtud esté en el ánima, que es la principal parte del hombre, así se han de ordenar las cosas de la república, de manera que el principal cuidado se ponga en lo que es principal y fin y paradero de todo lo otro, sin que se deje de proveer lo que es menos, aunque necesario para alcanzar lo que es más: y para esto sirve el amor de la honra de Dios y del bien público, para hacer que no se contente el hombre con hacer estas cosas pocas, sino que pretenda con todo su corazón que Dios sea servido y no ofendido, y que los ciudadanos alcancen el bien más excelente, que es la virtud, y virtud cristiana; porque ya que en lumbre natural es cosa muy clara que lo que debe pretender el que gobierna república es la virtud humana y conversación pacífica de los ciudadanos: mas en la lumbre cristiana también es cosa cierta, que como el fin que nos demuestra la fe es más excelente que el que demuestra la lumbre natural, así el poder y gobernación temporal ha de servir para la edificación de las ánimas y ser sujeto á la regla del poder espiritual: que no en balde se dice en la Escritura *el reino de los fieles reino sacerdotal*, sino porque no sólo ha de ser regido por humana razón para alcanzar su fin y ser llamado humano, mas también por la ley divina para ser llamado santo y cristiano, pasando de lo humano á lo divino, como cuando á uno bautizan y le ponen nombre de nuevo. Y cumplir con esta obligación no se puede hacer si no arde en el corazón del Gobernador este celestial fuego que le queme el corazón, procurando que Dios sea honrado, y sus ciudadanos alcancen virtud.

Tampoco basta para buena gobernación ser uno buen castigador de pecados, porque esto una parte es del oficio que se encomienda al Alcalde de la justicia, y aunque necesaria, cierto

muy costosa y dolorosa, y que no se debe amar ella por sí, ni comenzar por ella poniéndola en ejecución, sino que ha de venir á la postre de otros muchos remedios, como un cauterio de fuego que se da á más no poder. Mata un hombre á otro, pongo por caso; ya perdió aquel hombre la vida, y la república perdió un miembro suyo, y los parientes un pariente, y muchas veces se pierde en él padre y marido: y con esta pérdida se junta, que el matador ha de huir, y lo pierden la república y sus parientes, y queda su casa tan perdida como la del muerto quedó; y esto á buen librar, como dicen, porque se escapó de las manos de la justicia: mas ya que la justicia le tome y haga en él su operación, ¿qué será sino matarlo como él mató, y seguirse las pérdidas que del primer muerto se seguieron, de manera que del delito y del remedio de él se siguió igual pérdida? Verdad es que este castigo es justo, y si justo, bueno, así para que satisfaga el culpado su culpa, como para ejemplos de otros, y que pueda vivir el bueno entre los malos con seguridad.

Mas este remedio tan necesario ha de ser el postrero de los otros remedios, porque le han de preceder muchos avisos y muchos buenos medios que ayuden al hombre para no hacer cosa que haya menester castigo. Jenofón, filósofo, dijo esto muy bien, y todos los que tratan de república convienen en ello, que es muy mejor gobernación prevenir los delitos que castigarlos después de hechos, y vivir por buenas costumbres mejor que por buenas leyes. Y por esto concuerdan todos en que, puesto caso que el castigar sea parte necesaria de la buena gobernación, mas que la principal es acostumbrar á los ciudadanos á que con buenas y frecuentes operaciones sean virtuosos, y tales, que con facilidad y deleite puedan cumplir las buenas leyes que les son puestas; porque de otra manera, ¿qué son las buenas leyes dadas á hombres malos, sino carga pesada en flacos hombros? ¿Tropiezos con que más caigan y ocasiones de derramar sangre, no por culpa de ellas, sino por flaqueza de ellos? La cual flaqueza debían procurar de esforzar los que gobiernan con todos los medios posibles, aunque muy costosos les fuesen.

§. III. — *Trata del castigo amoroso, y cómo ha de gemir el Juez y hacer oración.*

Desengáñense todos los que piensan cumplir con oficio de reinar ó gobernar con sólo hacer buenas leyes y castigar á los que las quebrantan; porque pues la ley que el mismo Dios dió justa, y con amenaza de castigos y ejecución de ellos, no bastó á hacer buenos á aquellos á quien se dió, grande ignorancia será pensar que ley de hombres alcanzará lo que no alcanzó la ley del Señor de los hombres, el cual con gran amor que tuvo á los hombres, y gran compasión de ver que se perdían por no guardar su santa ley, descendió de los cielos, y el mismo que dió la ley con los trabajos y muerte que pasó en la tierra, ganó fuerzas para que los hombres pudiesen cumplir lo que Él mandaba en su ley. Y si tenemos ojos para saber mirar aquesta obra tan llena de humildad y de amor, hallaremos que no sólo da materia para alabar y para la agradecer al Señor que la hizo, mas que también es dechado al cual deben imitar los que gobiernan y reinan, para que no se contenten con sólo mandar que aquello sin amar se puede hacer; mas desciendan de su majestad por subir en la bondad, y dejen el ocio y regalo, y tomen el azadón en la mano, y caven con sudor de su cara la dura tierra de los corazones de sus súbditos si quieren gozar del fruto y del nombre de gobernadores cristianos, imitadores de Jesucristo.

Y porque hay pocos que entiendan esta carga aneja al oficio público de procurar de hacer buenos á los que le son encomendados, no sólo con mandar como señores, mas con poner buenos medios como buenos padres para que sus hijos sean virtuosos, hay tantos que desean estos oficios cuando no los tienen, y están muy contentos cuando los han alcanzado; y sin conocer ni hacer lo que deben á lo principal de ellos, están asegurados, y por ventura esperan alcanzar de Dios el galardón prometido á los buenos gobernadores. Mas cuando sean presentados en el juicio de Dios, y ellos presenten los muchos castigos que han hecho á los que han quebrantado las buenas leyes, y se les replique de parte del justo Juez: El castigo ha de ser prevenido con buenos medios, para que no sea necesaria medicina tan costosa. ¿Qué es de los buenos ejemplos que habéis dado á vues-

tros súbditos? ¿Las paternales amonestaciones? ¿Los maestros para que les enseñen virtud y para que los críen en ella? Si no habéis sembrado aquesta buena semilla, ¿cómo esperábades coger el fruto de la virtud? El corazón del hombre es como una fuente, que si está clara, claros arroyos salen de ella, y si sucia, sucios. Os contentábades vosotros con limpiar la tierra que había ensuciado el agua sucia, y como no limpiábades la fuente, luego tornaba á echar de sí lo mismo que antes; y así se gastó la vida de los súbditos haciendo maldades, y la vuestra en las castigar. Mas si trabajáredes en limpiar el hondo de la fuente para que diera agua clara, gozárades del fruto de los buenos árboles regados con el riego de la virtud.

Esta cuenta, y más estrecha y con más espantables palabras, será tomada á los que pensaban que sin poner trabajo en hacer á sus súbditos buenos, porque les faltaba el amor, cumplían con castigar sus delitos, no se les dando mucho porque no cayesen en ellos, ejercitando oficio más de rigurosos señores que de amorosos padres. Y no sólo es el amor necesario para esta parte tan principal, que es hacer á los súbditos buenos, mas aun también lo es para usar bien de la menos principal, que es el castigo; porque castigar sin amor, cerca está de venganza ó de crueldad ó dureza de corazón; y por esto muy lejos del castigo humano, y muy más lejos del castigo cristiano. El hombre debe compasión á otro hombre; y aunque la justicia le compela á lo mal tratar, no tiene licencia para desnudar sus entrañas de compasión y misericordia para el que es hombre como él, y que como aquel cayó, pudiera caer quien lo juzga en aquel delito ó en otros, y por ventura ha caído. Y el cristiano, cuya virtud muy principal es la misericordia, y tan embebida en su corazón que se diga tener entrañas de misericordia, en todo debe mezclar esta virtud, conociendo que por misericordia fué él criado de nada, fué hecho cristiano, no fué condenado cuando pecó, fué perdonado cuando se convirtió, es tenido en pie para no tornar á caer, y, en fin, esperar ser salvo por la misericordia de Dios: y no es razón que quien tan copiosamente la ha recibido, la niegue al prójimo en la manera que se la puede dar.

Si es persona particular, perdone su injuria; si pública, sea cuan moderado pudiere ser en dar el castigo; y el que diere, siéntalo primero en su corazón, y duélale, porque no puede dejar de dar el cauterio de fuego á un hijo suyo ó hermano, de lo

cual puede y debe tomar ejemplo del soberano Dios, supremo Juéz, que dice por Isaías (cap. I): *Heu! vindicabor de inimicis meis;* dando á entender que precede el ¡ay! de la compasión al castigo de los malos. Y esto mismo declara el Hijo de Dios encarnado, que primero llora á Jerusalén, y á cabo de muchos años la castigó. Y pues el Criador, que con tanta justicia puede castigar al culpado que le ofendió, se inclina á compadecerse primero que castigue, ¿cuánto más lo debe hacer el hombre Juez con otro hombre semejable á él, y por ventura menos malo que él? Poco es razón que duerma la noche antes que hubiere de dar sentencia de condenación; y débese pasar en gemidos y oraciones, suplicando al Señor consuele y esfuerce y haga misoricordia á aquel su hermano, al cual es él forzado á dar el trabajo de la condenación. Esto conviene hacerse así por cumplir con lo que debe á su prójimo, y también para que con esta misericordia provoque á la de Nuestro Señor que le sea favorable cuando el mismo que ahora juzga sea presentado como reo en el juicio de Dios. Y pues tanto importa hacerse así este negocio, y esto no se puede hacer sin amor, claramente se ve que necesario es el amor, así para evitar los delitos, como para bien castigar á los que en ellos hubieren caído.

Aún hay más cosas para que sirva el amor á la persona pública que lo quisiere ser como debe ser: y es una de ellas no estar atado á la estrechura de las leyes particulares, mas vivir en la anchura del amor, que comprende obligación de justicia y obligación de caridad: digo esto porque algunos que gobiernan repúblicas tienen tan limitado su celo, que no se extienden sino á quitar aquellos delitos que por leyes particulares están vedados, y no entienden la obligación en que les pone la ley del amor de la honra de Dios y del bien público, aun de la persona particular. Cierto es que un prójimo no es obligado por obligación de justicia á prestar dineros á otro, aunque esté en gran necesidad, ni á evitarle un daño, ni á corregirle de un pecado, si no hubiese alguna particular obligación por ser su padre, ó cura, etc. Mas la ley de la caridad obliga á más que la ley de la justicia, y condena, y con pena eterna, al que la quebranta, aunque la ley de la justicia le absuelva; porque la misma ley del amor ella sola por sí tiene fuerzas para obligar á evitar el daño notable temporal del prójimo, y *a fortiori* el espiritual; y á semejanza de esto, como á la persona pública le esté enco-

mendada la honra de Dios y el provecho público, tiene obligación de remediar unas cosas limitadas por leyes particulares, y otras por esta general obligación que tiene de evitar deshonras de Dios y daños notables públicos.

¿Quién duda sino que si se ofreciese una particular irreverencia á un templo ó á una casa de Dios, sería obligado el Gobernador de la república á la impedir ó á la castigar? Y si los ciudadanos hiciesen notables excesos en vestir, comer, atavíos de sus personas y casas, y otros excesivos gastos, debería el Gobernador irles á la mano por esta ley general, que es daño de la república empobrecerse los ciudadanos por estos medios tan fuera de razón. Y si un súbdito suyo fuese murmurador ó se embriagase, ó cosas semejantes á éstas, aunque ley particular no le obligase al remedio de esto, oblígale la ley de Dios por el precepto de la caridad, el cual no cesó, antes más se fortificó por ser persona pública el que lo ha de ejercitar. Y digo fortificó, porque como el precepto de hacer bien al prójimo, ó evitarle el mal, obligue más á quien más tiene, ó más sabe ó más puede, pues conforme á la posibilidad es la obligación de ponerla en obra, claro es que pues la persona pública puede más, siéndolo, que podrá siendo particular, correrá más en la obligación del aprovechar que cuando era persona particular; y esto es lo que San Gregorio decía, *que crece la cuenta cuanto crecen los dones*. Y el Señor, que mentir no puede, lo afirma diciendo (Luc., XII): *Al que mucho le es dado, mucha cuenta le será pedida;* y Él galardona á quien bien granjea, y trae ganancia de los talentos recibidos, y castiga con infierno á los que no emplean bien el talento que Él dió. Y no se contenta con que se lo tornen entero, si no se lo dan con ganancia; y talento, como San Gregorio declara, se entiende ser todo aquello con que el hombre puede aprovechar á su prójimo ó evitarle el mal.

Terrible cosa y muy nueva para los que piensan que no hay que temer en las riquezas ó poder que les es dado, y por eso no piensan tener obligación sino cuando por vía de estrecha justicia son compelidos á ella. Adviértase bien cómo los que tienen mandos públicos, mediante su autoridad y la necesidad que los súbditos tienen de ellos, hallan casamientos muy buenos para sus hijos; pueden mucho sus ruegos con chicos y grandes, y, en fin, por medio de sus personas públicas alcanzan muchas cosas para sí y para sus amigos, que no alcanzaran si fueran

personas particulares. Por lo cual claramente se ve cómo su talento es más crecido, y por eso más obligatorio. Y será la razón de su condenación muy clara; pues empleándolo en cosas propias ganaban mucho, y no lo quisieron emplear en provecho de otros, donde también fuera la ganancia muy cierta.

Y si esto, que tan claro es, las personas públicas quisiesen considerar de propósito y tantear el bien que pueden hacer y males que evitar por sí ó echando terceras personas, y, en fin, por los medios que acostumbran negociar lo que á ellos cumple, sería tanto el provecho que hiciesen en sus repúblicas que en breve tiempo las tuviesen todas reformadas, ó á lo menos muy mejoradas, y tendrían cuenta de siervos fieles para el día de su juicio, ofreciendo al Señor ganancia de cinco por ciento, y de dos por dos. Y oyendo aquella alegre y dichosa palabra que se dice en San Mateo (cap. XXV): *Gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor,* evitarían el temeroso tronido de la otra contraria dicha al que no empleó bien el talento: "Atadlo de pies y de manos, y echadlo en las tinieblas de fuera." Cuán valerosa cosa es el amor, y necesario para bien usar del oficio público, pues él es el que hace emplear bien los talentos, y ser galardonado por ello; y la falta de él hace al hombre descuidado y flojo, y lo echa en penas eternas; pues según dicen los santos, lo que es el ojo en el cuerpo del hombre es el que gobierna á la república.

Notoria cosa es para cumplir bien con este oficio ser necesaria la lumbre de la prudencia, con la cual disponga bien los medios con que alcance su fin, que es la paz y virtud de los ciudadanos; y de este tal dice el Espíritu Santo (Eccl., X): *Judex sapiens judicabit populum suum, et principatus sensati, stabilis erit.* Y de aquel á quien falta esta prudencia se dice (Matth., XV): *Si caecus caecum ducit, ambo in foveam cadunt.* Echándose á perder á sí y á su ciudad, según está escrito (Eccl., X): *Rex insipiens perdet populum suum: et civitates inhabitabuntur per sensum potentium.* La ciudad semejanza tiene de nao, y el que la rige se llama Gobernador, de donde parece cuán necesaria es la prudencia para bien gobernar, como es el arte en el piloto para dar buena cuenta del gobernalle donde va puesto. Y acreciéntase la dificultad de llevar bien la nao si la navegación es por mares donde hay corrientes contrarias ó frecuentes, y grandes tempestades ó peligrosos

bajíos; y sobre todo esto si la navegación es por donde ha mucho que no ha ido nao, y no hay de quien aprender la altura del norte, y los peligros que hay en la navegación.

Acrecienta el temor saber que ha habido muchos pilotos, que juntamente con sus pasajeros han caído en el profundo del mar; y con todas estas dificultades que esta tal navegación tendría, no llega á la que tiene la gobernación de la república, en la cual nunca faltan vientos contrarios; porque ya que de fuera no haya quien los levante, los mismos pasajeros que en la nao van mueven unos contra otros guerra civil, y por esto más peligrosa. *Difícilmente es domado el hombre*, como dice Platón; y domar tantos, unos altos y otros bajos, y ricos y pobres, sabios é ignorantes, soberbios y humildes, y en fin, malos y buenos, cosas que requiere aquella prudencia, con la cual dice San Pablo (I Cor., IX): *Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos*. Y como por nuestros pecados estén las repúblicas tan mal gobernadas y de muchos años atrás, y las cosas tan fuera de sus principios, y los ciudadanos tan duros para ser corregidos, que el serlo toman por menoscabo de honra, es cosa dificultosa el abrir camino que tan cerrado ha estado con las malas costumbres, y ser condenado de novedad lo que es tornar los negocios á las buenas costumbres antiguas.

Séneca comparó al que se encargó de regir la república á un médico que entrase en una enfermería donde hubiese muchos enfermos de diversas enfermedades: y tiene razón, pues no hay otra tan dañosa y peligrosa enfermedad como el vicio del ánima. Muy sabio médico ha de ser aquel que sepa proveer á tanta diferencia de enfermedades y muchedumbre de enfermos; mas para curar las malas costumbres de la república mayor maña se requiere, pues los enfermos son más, las enfermedades más peligrosas, y los enfermos más desganados de tomar medicinas, y algunos las aborrecen, y al médico que los quiere curar: y con esto se junta que en un cuerpo enfermo ordinariamente hay una enfermedad ó pocas más, y acá hallarán en un ciudadano tres y cuatro y cinco y más vicios, y algunas veces unos contrarios á otros. Y para medicinar tantos y tales enfermos, *quis idoneus?* Muchas cosas dijeron los sabios ser provechosas para alcanzar la prudencia necesaria que tal cura requiere. Una es que el tal Gobernador sea de su misma naturaleza prudente é inclinado al amor de la sabiduría; y esta

misma es la primera que el Concilio Cartaginense dice que debe tener el Obispo: condición por cierto muy necesaria, porque como sea cosa muy dificultosa pelear un hombre contra su naturaleza, queriendo alcanzar lo que ella le negó, pocas veces sucede bien el arte que no se funda sobre habilidad natural junta con afición: y en tanto estimaba esto Platón, que no duraría más el bien de la república de cuanto durare en ella seguir cada uno aquel arte ó ministerio á que es inclinado y aficionado; porque de esta manera salen los hombres señalados y excelentes en sus oficios, y los llevan con suavidad y deleite, y con provecho de aquellos que los han menester.

Y hablando como cristianos, podemos decir que estas tales son señales de querer Dios que el hombre siga aquel camino y tener vocación para él. El que esta prudencia natural tiene, haga cuenta que le ha dado Dios fundamento sobre que edifique la casa de la sabiduría. Mas si se contenta con esto sólo, no será hábil para gobernar, como tampoco la tierra, por fértil que sea, ni el árbol, ni la vid, ni cosas semejantes, darán buen fruto si no se junta con la virtud natural que ellos tienen el cuidado y trabajo de quien los cultiva. Y Platón tiene por cosa casi imposible haber ingenio que por sí sólo sea suficiente á bien gobernar, pues que es cosa difícil hacerlo bien aun á quien tiene muchas partes para ello. Que cierto si aquel filósofo que era esclavo sacado á la plaza á ser vendido, y preguntado qué oficio sabía, respondió que mandar á hombres libres, si dijo verdad, mucho sabía; porque *arte de artes es el regimiento de ánimas*, como San Gregorio dice; y el fin del legislador es hacer en su manera á los ciudadanos virtuosos, lo cual es regimiento de ánimas.

§. IV.—*Trata de las ayudas para saber gobernar, y la elección de Jueces, y advertencias para ellos.*

Ayuda para alcanzar la prudencia del bien gobernar la lección de los filósofos que trataron de la buena orden que ha de tener la república; porque aunque no todas las cosas que dicen convengan para nuestra religión ni para nuestros tiempos, mas muchas hay que sí, y á lo menos se aprende de ellos cuán caídas están nuestras repúblicas y cuán pocos hay, aun de los que las gobiernan, que sepan regirlas ni aun entender lo que son. Tam-

bién se conoce la perdición de los ciudadanos y pueblo, y cuán fuera de quicio van sus costumbres aun cotejadas con la lumbre y razón natural, y cuán dignos son de condenación, pues son hallados peores y muy más desordenados que aquellos hombres que no tenían más lumbre que la natural. También se requiere lección de las leyes del reino, y de otras, si para ello tuviere habilidad; porque la lección da lumbre á quien no la tiene, y acrecentamiento de ella á quien tiene alguna. También notaron los filósofos que no se debe encomendar regimiento á mancebos, porque como para bien ejercitarlo se requiere prudencia, según se ha dicho, y ésta pide experiencia, y de muchas cosas y tiempo, faltando á la mocedad, no puede ser hábil para su oficio. Confírmase lo que estos filósofos dicen por la Escritura divina, en la cual se cuenta que fué dicho á Moisés *que eligiese para Jueces, viejos*. Y el Juez que el Profeta Daniel vió, dice que era tan antiguo de días y tenía la cabeza blanca.

Ser el Gobernador de su parecer es cosa muy peligrosa y contraria á la prudencia, como en otra cualquiera persona; y antes se ha de escoger un hombre que sepa menos, si conoce su falta y la remedia con el consejo de los más sabios, que otro que sepa más y está confiado que es el que acierta, y los otros no. Verdad es ésta de Dios, el cual dice (Prov., XXVI, 12): *Vidisti hominem sapientem sibi videri? Magis illo spem habebit insipiens.* Las historias divinas y humanas están llenas de ejemplos de los que han acertado por vía de tomar consejo, y han echado á perder á sí y á otros por seguir el propio. Si un hombre no sabe toda razón, pide que pida consejo; y si es sabio, el Espíritu Santo dice, *que oyendo el sabio, será más sabio*. Lo que conviene advertirse, es que tome consejo con el sabio y bueno, pues sabemos haber perdido el Rey Roboán de doce partes del reino las diez por haber seguido el consejo de mozos, y desechado el que le daban los viejos. Un filósofo dijo, y con mucha razón, que la ira y la aceleración en los negocios son enemigos del buen consejo; y así conviene mucho mirar que el que ha de ser lumbre de los otros no tenga él su ojo ciego con la ira, pues el oficio de ella es impedir el conocimiento de la verdad; y esto es así verdad, aunque al airado le parezca que tiene mucha razón en lo que hace.

Porque pues la ira es breve furor, no hay por qué creer que el que está loco acierte á juzgar, y pues también emborra-

cha la ira al ánimo como el vino al cuerpo, y Platón manda: "Que el que rige á la república no beba vino." Claro está que hasta que se pase la ira, de ninguna cosa se debe fiar el airado, como tampoco el embriagado hasta que haya dormido el vino y tornado á su juicio, que con la embriaguez había perdido. Y á esto atendió el bienaventurado San Ambrosio cuando dió por penitencia preservativa al Emperador Teodosio que ninguna sentencia de sangre que se diese se ejecutase hasta pasados treinta días, en castigo de una cruel sentencia que el Emperador había dado arrebatadamente contra los de la ciudad de Tesalónica. Sócrates dijo á un su criado: "Castigárate si no fuera porque estoy enojado."

¿Cuánto más debe mirar y temer su propia ira quien tiene cargo de castigar, no esclavos, sino libres, y no cualesquiera, sino gente principal? Perniciosísimos hierros, y algunas veces irremediables, se siguen de ser los Gobernadores airados. Y por eso deben de procurar con todas sus fuerzas, y principalmente pidiéndolo á Dios, tener muy desarraigada de su corazón esta ponzoñosa víbora, y vestirse de mansedumbre, para que sean imitadores del soberano Juez, que no con ira: *Sed cum tranquilitate omnia judicat*: y particularmente debe huir de palabras injuriosas y mal criadas, porque éstas antes suelen dañar que enmendar; y que cuando son blandas, hacen que aunque uno vaya castigado, vaya consolado.

Justo ha de ser el Gobernador, y si fuere menester, riguroso en sus obras, mas en las palabras blando y muy comedido. Y alcanzar esta virtud de mansedumbre los que gobiernan los pueblos es cosa dificultosa; porque las desobediencias y malas crianzas de los súbditos, la muchedumbre y diversidad de sus negocios y pasiones, los delitos y sinrazones y agravios que hacen, y el no querer ser castigados ni reprendidos por ellos; las malicias y calumnias con que á otros ofenden y á ellos se ofenden, todas estas cosas y otras muchas son ocasiones tan vehementes para mover á ira el ánimo del superior, que si no trae siempre el freno en la mano contra su ira, recelando la caída, como quien va cabalgando en una bestia rijosa por un monte y senda muy estrecha, que en saliendo de ella dará el hombre consigo en grandes despeñaderos, no podrá el tal superior dejar de caer en la ira. Y tanto más debe temer esto, y procurar por no dormirse ni descuidarse, cuanto más se viere

inclinado á esta pasión, especialmente si algunas veces ha sido vencido de ella; porque grave culpa es no hacerse el hombre avisado para no errar cuando primero ha errado, y no sanar con tan costosa medicina.

Procure, pues, de no hacer cosa con ira ni con poca deliberación, y arrepentirse á pocas veces de lo que así hubiere hecho, y tendrá el ojo de la razón claro para usar de la prudencia que con los dichos medios hubiere alcanzado: y después de la larga deliberación, sea breve la ejecución; porque tanto defecto es tardanza en la ejecución, cuanto á la presteza en la deliberación. Son tantos, tan graves y tan diferentes los negocios á que ha de atender el que gobierna república, que por mucho que se ha dicho de los medios para alcanzar la prudencía que ha menester, aún queda por decir lo más necesario; y alguno se maravillará de aquesto si considerare la dificultad que hay en regir á personas tan diferentes, que cada una ha menester medicina y freno por sí; uno ha menester blandura, otro rigor. Una pena merece quien peca por ignorancia ó flaqueza, y otra quien peca por malicia. Una cosa es cuando una comunidad toda entera ó la mayor parte delinque, otra cuando un particular. Algunas veces conviene disimular el castigo porque no se siga mayor mal, y otras esperar tiempo más conveniente para lo hacer.

Conviene entender las malicias de los malos sin haber sido malo, para se las impedir por vías secretas, que no las entiendan: prevenir los alborotos, y sosegarlos después de venidos; y, finalmente, siendo uno hacerse muchos, cual cada uno lo ha menester. Y como es negocio de actos particulares, en los cuales concurre diversidad y muchedumbre de circunstancias, no unas siempre, mas muy diferentes, y una sola que falte, ó que venga de nuevo, hace variar la determinación. Resulta de aquí tanta incertidumbre en la prudente determinación, que aun los muy sabios muchas veces tienen diferentes pareceres, como por experiencia se ve, así en lo escrito como en los consejos se practica, que más parece el acertar, cuando se acierta, ser acaso que no por reglas de arte cierta. Y así los filósofos dijeron que las particulares circunstancias no caen debajo de arte por su gran variedad, y déjanse al arbitrio del prudente varón; y tan dificultoso es el negocio, que ninguna humana prudencia es bastante para no errar: y por esto es necesaria al Goberna-

dor la lumbre del cielo que fortifique la prudencia adquisita, y supla cuando ella faltare.

Esta verdad alcanzó Platón, y se afirma en ella una y muchas veces, y con tanta certidumbre, que se determina á decir que nunca la república será bien regida, ni se pondrá fin á sus males, hasta que el regidor de ella, con la potencia espiritual de su ánima, se junte con Dios, y de aquel conocimiento viva su ánima, y se mantenga y traiga lumbre para regir á los hombres por las leyes y regla que conoció en Aquel que es verdad y bondad de sí mismo, y no por ajena participación. A este tal Gobernador llama hombre divino, por ser más que hombre, y dice que ha de exceder á los regidos por él, como excede un hombre á un niño. Y que así como para guardar ó apacentar ovejas y bueyes ninguno pone animal que tenga este cargo, sino á hombre que tiene razón, así quien á hombres ha de regir, más que hombre ha de ser, y éste se llama hombre divino. Cosa de maravillar es cómo éste varón alcanzase aquesta verdad; mas no debemos dudar en ella, porque la tenemos confirmada y aun dicha por Dios muchos años antes que Platón la dijese, y aun que naciese.

Léese en el libro de los Números que quejándose Moisés á Dios de la grande carga que le había echado acuestas mandándole llevar sobre sus hombros todos los negocios de la gobernación de aquel innumeroso ejército del pueblo de Israel que salió de Egipto, y diciendo que él no podía sufrir á solas carga tan pesada, le respondió el Señor: "Elige setenta varones de los que tú has conocido„ (Núm., XI): *Quod senes populi sint ac magistri: et duces eos ad ostium tabernaculi foederis, faciesque ibi stare tecum, ut descendam et loquar tibi: et auferam de spiritu tuo, tradamque eis, ut sustentent tecum onus populi, et non tu solus graveris.* Trajo Moisés los varones, y el Señor les dió del espíritu que tenía Moisés sin quitarle nada del que él tenía; y los varones con el espíritu del cielo que en ellos vino profetizaron, y con perseverancia y con este espíritu rigieron el pueblo. Y es de advertir que este recogimiento no era espiritual, sino secular, y para hacerlo como se debía hacer fué dado espíritu sobrenatural: y lo mismo parece en Moisés, pues también regía al pueblo, y juzgaba entre ellos de las cosas temporales, y consultaba con Dios qué pena daría al que traspasaba la ley, por qué tierra iría, qué capitanes enviaría á la gue-

rra, y todas las demás controversias que en aquel pueblo acaecían, no obstante que él fuese docto en la sapiencia humana en que abundaban los sabios de Egipto.

Tanta es la flaqueza de nuestra prudencia, que aun para gobernación de cosas temporales no basta; y esto se declara bien por cierta experiencia en el capitán Josué, elegido por Dios, el cual con los principales de Israel fué engañado de los gabaonitas, y la causa de ello no quiso la Escritura divina callarla, por no quitarnos un ejemplo que nos amonestase de nuestra flaqueza y nos hiciese recurrir á pedir lumbre á Dios en los negocios que nos acaecierón. La causa, pues, del engaño fué porque fiaron de las conjeturas, que á su parecer eran tan claras para determinación del negocio, y no preguntaron á la boca del Señor, pidiendo que los enseñase lo que habían de hacer.

Estos dichos ejemplos ú otros semejantes movieron al Rey Salomón, que habiendo recibido el señorío de todo Israel, temió peso de tan grande carga, cotejado con la flaqueza de su entendimiento; y como el temor sea causa de buscar remedio y consejo, estimulado de él, fuése á Dios, y pidióle de todas sus entrañas (como él lo testifica), *que le diese lumbre de sabiduría para regir el reino* para el cual el mismo Dios lo había elegido. Alega para esto muchas razones, y una es confesarse por insuficiente para el entendimiento del juicio de las leyes, humano y divino, según las cuales había de juzgar. También alega que pues Dios le eligió para el reino y para edificarle templo, le diese lumbre para bien lo hacer, pues es su costumbre dar lo necesario para bien administrar la dignidad que Él mismo es servido de dar. Alega también el impedimento que para pensar bien los negocios y alcanzar la humana prudencia da el cuerpo corruptible que traemos acuestas, y la dificultad y, por mejor decir, la imposibilidad que en nosotros hay para alcanzar la ciencia y consejo de Dios, así en las cosas especulativas de los misterios de su alta deidad, como en el consejo de su santa voluntad en las cosas particulares que hemos de hacer; porque de éstas se entiende, según lo declara la Glosa, lo que el dicho Rey Salomón dice (Sap., IX): *Cogitationes mortalium timidae, et incertae providentiae nostrae.*

No hay certidumbre de evidencia que dé entera seguridad en el juicio de las cosas particulares, sino mezcla de temor,

aunque haya inclinación mayor á creer uno que otro. Incierto es lo que juzgamos de presente; incierto lo que proveemos para adelante, y el errar eso es cosa cierta, y el acertar muy dudoso. Y porque ninguno piense que está fuera de esta necesidad por muchos dones naturales que tenga, y le comprenda la sentencia de la divina Escritura, que dice: *Qui confidit in corde suo stultus est;* y con esta confianza se descuide de pedir á Dios la sabiduría que pidió Salomón, diciendo que por ventura aquél era mozo ó no de muy buen entendimiento; proveyó el Espíritu Santo para el remedio de tan dañosa confianza y ciega soberbia, que no sólo el Rey Salomón confesase la necesidad que tenía su propia persona de la lumbre de Dios para la buena gobernación de su reino, mas tendiendo los ojos de su entendimiento por todo el género humano, dió esta sentencia de todo él por lumbre de Dios, diciendo (Sap., IX): *Et si quis erit consummatus inter filios hominum, si ab illo abfuerit sapientia tua, in nihilum computabitur:* y lo mismo cuando en el mismo capítulo dice: *Poterit scire consilium Dei? Aut quis poterit cogitare quid velit Deus?*

Bien parece que había leído el mismo testimonio de la gran necesidad que la humana flaqueza tiene de la lumbre de Dios que había dado su padre David cuando dijo (Psalm. XCIII): *Dominus scit cogitationes hominum, quoniam vanae sunt.* Y porque no pensasen los que se tienen por sabios que no les toca á ellos este reproche, infamia de poco saber, declara San Pablo con espíritu de Dios que estos hombres, cuyos pensamientos son vanos, son los sabios, diciendo (I Cor., III): *Novit Dominus cogitationes sapientium, quoniam vanae sunt:* dando á entender que no habla David de la vanidad de pensamientos tocante al deseo de cosas bajas, sino de los engaños del entendimiento en que caen los sabios; y no sólo en uno ó dos, mas en pueblos enteros; y no sólo en personas bajas, mas también en las muy principales, como parece claro en otro testimonio que da el mismo David diciendo (Psalm. XXXII): *Dominus dissipat consilia gentium: reprobat autem cogitationes populorum, et reprobat consilia principum.* Y esto es porque estos consejos son planta que no ha plantado el Padre celestial, que los que Él inspira de éstos, se dice (Psalm. XXXII): *Consilium autem Domini in aeternum manet*, etc. Y al no entender los que gobiernan reinos y repúblicas esta profunda insuficiencia de la

humana sabiduría para la buena gobernación de los súbditos, y el descuidarse de no hacer lo que Salomón hizo, por lo cual se quedan sin recibir la lumbre que él recibió, es la causa de la mala gobernación de las repúblicas, y, por consiguiente, de la perdición de ellas, según lo testifica el Espíritu Santo diciendo (Prov., XXIX): *Cum propheta defecerit, dissipabitur populus.* Y llámase aquí profecía la divina Escritura y la lumbre celestial de que hemos hablado.

De estos tales se queja Dios, y á éstos amenaza diciendo (Isa., XXX): *Vae filii desertores ut faceretis consilium, et non ex me, et ordiremini telam, et non per spiritum meum.* Mal irá á las repúblicas hasta que sean regidas por hombres regidos por Dios, según lo ha dicho el Espíritu Santo en la dicha autoridad. ¿Qué se concluye de aquí sino que pues de lo dicho consta, según dice una Glosa, que para la buena gobernación es necesaria esta sabiduría del cielo, que el que tiene este oficio no esté sin esta lumbre si quiere acertar á hacerlo, como él se salve y su república sea bien gobernada? Y así como arriba hemos dicho que para alcanzar la humana prudencia sirve mucho la naturaleza del ingenio inclinado á ella, así para alcanzar la divina hace mucho al caso tener un hombre inclinación á no presumir de su saber, y á pedir á Dios lumbre de todo lo que ha de hacer. Y tras esto conviene que tenga alguna noticia de la ciencia y palabra de Dios que está en la Escritura divina; pues allí están los principios y avisos para gobernar un hombre á sí mismo, que no es pequeña parte para gobernar bien á otros; y también hay doctrina particular para los que rigen á otros.

Hay ejemplos de buenos Reyes á quien seguir, y castigos de malos que pongan temor; y no sin causa mandaba Dios que el libro de su ley fuese dado á los Reyes por mano de los sacerdotes, sino para que leyendo en él conociesen de cuya mano tenía el reino, y cómo lo había de gobernar, según las leyes que en la Escritura divina están. Especialmente servirá para esto la lección de Proverbios, Eclesiástico y Sabiduría y libro de Reyes, y algunos lugares de los Profetas que tienen particular cuenta con los que rigen á otro; y el Testamento Nuevo, cuya doctrina es más excelente que otra ninguna. Y convendrá tener una Glosa ordinaria para declaración de algunos lugares que tengan alguna dificultad. También les aprovechará leer

algunos lugares de los Santos Concilios de la Iglesia, y el Pastoral de San Gregorio; porque como se tratan en estos libros cosas de gobierno eclesiástico, puédese de allí tomar aviso para el temporal, y también de lo que á los Obispos se manda; pues sacada la administración de los sacramentos y cosas espirituales y de la palabra de Dios, en muy muchas cosas conviene el oficio de Obispo con el del señor ó Gobernador temporal. Y si otros más libros de Santos quisiere leer, no por curiosidad de saber, sino para remedio de su ignorancia ó flaqueza, y escogiendo lo más provechoso, no perderá, antes ganará mucho con tal lección para sí, y para gobernar cuán conveniente cosa sea el tomar consejo en negocios importantes; y cuánto lo sean los de la gobernación de la república, la Escritura divina y humana y razón natural y experiencia nos lo demuestra.

Y así como para alcanzar lo que debemos hacer según humana prudencia, se ha dicho arriba que se debe tomar consejo con los que la tienen, así para regir según la divina conviene también consultar á los que la tienen; porque aunque, según se ha dicho arriba, el mismo que rige debe tener esta lumbre para no estar del todo colgado de la sabiduría de otro, mas no por eso ha de pensar que de tal manera la tiene que le baste para todos sus negocios sin haber menester pedir lumbre á los que la tienen; porque no hay cosa más contraria á esta sabiduría que desciende del cielo, que la soberbia y confianza de sí, ni tan cierta señal que uno la tiene como tener humildad; porque escrito está (Prov., XI): *Ubi humilitas, ibi et sapientia.* Debe, pues, el tal Gobernador, alto ó bajo, sabio ó no sabio, ser amigo de pedir consejo, y blando para recibirlo; porque una de las condiciones que Santiago Apóstol (III) pone de la sabiduría que del cielo desciende, es *no ser porfiada ni tiesa, sino pacífica y que se deja persuadir;* de lo cual tenemos ejemplo en David, que teniendo el espíritu del Señor, y muy familiar, traía consigo al Profeta Gad, y después al Profeta Natán, por el parecer de los cuales regía su persona y negocios.

San Agustín dice que aunque viejo y Obispo estaba aparejado á ser enseñado por el que era Obispo de un año. Todo lo cual se entiende cuando el hombre acierta con personas espirituales, que tengan ciencia espiritual y don de consejo; y acertar con éstos es don de Dios muy particular, y darles crédito también lo es; porque aunque la buena vida á solas alguna vez

sea tanta parte con Dios para alcanzar lumbre de lo que se debe hacer, según dice la Escritura (Eccl., XXXVII): *Ánima viri sancti enuntiat aliquando vera, cuam septem circunspectores sedentes in excelso, ad speculandum;* mas esto no es cosa ordinaria, aunque se debe tener en poco: mas lo que se debe en mucho estimar es cuando se junta ciencia divina con vida espiritual y perfecta y don particular de consejo. Y de esto se entiende: *Multitudo sapientium sanitas est orbis terrarum* (Sapientia, VI); porque ni la Filosofía ni la Escritura divina llaman sabios á los que tienen cualquiera ciencia que sea, aunque sea la divina, si con ella no se junta la vida ya dicha; porque á quien ésta falta, está sujeto á muchos errores; y tanto más peligrosos, cuanto más se fía de ellos, porque los tiene por acertamientos: engáñase con la apariencia de su sabiduría, y engáñanse muchos viéndola en él, porque hay pocos que sepan conocer los verdaderos sabios, y arrimándose á lo que no tiene existencia y firmeza, por fuerza han de dar muchas caídas.

En el Concilio Cabilonense se dice *que los que rigen los pueblos tomen consejo con los Obispos en las cosas de importancia y que fueren dudosas;* y lo mismo manda el Emperador Justiniano con espíritu muy cristiano: y los Reyes de Castilla pasados usaron esto mucho: uno de los cuales pidió á los Obispos congregados en un Concilio Toletano, que le diesen leyes con que el reino viviese, y diéronlas; y también los reyes presentes tienen por de su Consejo á los sagrados Obispos. Semejanza tiene esto con lo que Dios mandó en tiempos pasados, que si los Jueces de los pueblos del reino de Israel tuviesen varias opiniones en algún negocio, que subiesen á Jerusalén y lo consultasen con el Sumo Sacerdote, y siguiesen el parecer de él. Y es de mirar que este recurso, que en las cosas dudosas se manda tener á los Obispos, no estando por la mayor noticia de leyes humanas que ellos tengan, sino por la mayor lumbre celestial que de la contemplación de Dios resulta, y mora en ellos como en otro Moisés, con la cual declaran lo que la humana prudencia no podía alcanzar: mas si la dicha lumbre les falta, faltarles ha lo principal. Y cosa es muy importante que el tal Gobernador elija confesor que tenga las dichas dos partes de ciencia y de espiritual vida, y que sea desinteresado de toda vida humana, pretendencia, y desocupado de todo otro negocio; porque si ha de usar bien su oficio, tendrá tanta ocupación en guardar

de peligros la conciencia de quien tantos negocios dependen, que no se vagará á entender en otros.

§ V. — *Trata de los juramentos, arancel, oficiales, y su remedio, y el de los niños.*

Tras esto se sigue imitar al Rey Salomón en la oración que al Señor hizo pidiéndole esta sabiduría tan necesaria; y digo imitar, no sólo al pedir, sino con las circunstancias que él lo pidió; conviene á saber, de todas sus entrañas, con profundo conocimiento y temor de su propia insuficiencia, y con corazón no aficionado á riquezas: aunque por este mismo hecho el Señor se las dió, y en gran abundancia, por añadidura, de la sabiduría á que se aficionó y pidió según el Señor lo acostumbra hacer y ha prometido hacer, cuando dice (Matth., VI): *Quaerite primun regnum Dei*, etc. También alegó que pues el Señor le había elegido por Rey, le diese sabiduría para que bien supiese ejercitar oficio de Rey; y comenzando por esta última circunstancia, parece claro que los que se ingieren y procuran los medios que ellos saben de alcanzar estos tales oficios, no tendrán lengua para decir al Señor: "Pues que Tú me elegiste para esta dignidad, dame prudencia para el buen ejercicio de ella„; ni el Señor tendrá ocasión de la dar, pues ellos sin Él se metieron en ella. De los cuales Él se queja, diciendo: *Ipsi regnaverunt, et non ex me, Principes steterunt, et non cognovi*; quiere decir, no lo aprobé. Andarán estos miserables entronizados en lo de fuera, y honrados en los ojos de los hombres, mas tenidos por viles en el acatamiento de Dios, gente que no entró por la puerta á regir las ovejas de Dios, caminando por peñas y resbaladeros, tinieblas de noche, en donde se siguen muchas caídas de pecados, y después en las tinieblas de la noche eterna.

Lo primero y que más pena da, es ver á Nuestro Señor tan ofendido con juramentos falsos, ó diciendo mentira en lo de presente, ó no cumpliendo lo que se jura; y donde más se usa esta desventura es donde más lejos había de estar; conviene á saber, en el ejercicio de la justicia y cosas tocantes á ella. Los que en este caso más desenfrenados están son los escribanos, que jurando todos de guardar el arancel de estos reinos, casi ninguno lo guarda; y aunque es verdad que era cosa muy justa

acrecentarles los derechos, pues los tiempos son diferentes, mas no por eso dejan ellos de pecar quebrantando lo jurado; pues *juramentum debet impleri in specifica forma*, ni Dios deja de ser ofendido. ¿Y quién dirá las veces que en esto lo es? Cuéntense los contratos, testamentos, actos judiciales y, en fin, todas las escrituras que hacen y todas las veces que las hacen, y súmense cuántos perjuros habrá cada día en esa ciudad, y cuéntense todos los demás que se hacen en el reino, y parecerán ser tantos que no haya corazón cristiano donde éntre esta consideración que sea capaz de recibirlos sin reventar de dolor ni sin temor del castigo que tantas y tales ofensas merece.

No es de creer que Dios deja sin castigo tantos perjuros, pues un solo juramento que hizo Josué á los gabaonitas, aunque engañado de ellos, el cual el Rey Saúl después quebrantó, se ofendió tanto Nuestro Señor que en castigo de él estuvo tres años sin llover en el reino, y hasta que fueron satisfechos los gabaonitas con la muerte, y muerte de cruz, de siete personas descendientes de Saúl, no se amansó la ira de Dios ni envió su pluvia sobre la tierra. Y para mí tengo, que una de las causas por que el Señor nos azota en cosas temporales y espirituales, con esterilidad de unas y otras, es por este pecado, como San Jerónimo dice; y la razón está clara, pues que la divina Escritura dice (Eccl., XXIII): *Vir multum jurans implebitur iniquitate, et de domo ejus non discedet plaga*, cuánto más vendrá este castigo sobre el varón que *multum perjuratur*. Lo mismo se dice (Zach., V), y en otras partes de la divina Escritura. Y aunque algunos dicen que el remedio de esto se ha pedido á la Real Majestad, y que se responde que aunque se acrecentasen los derechos todavía los llevarían demasiados, parece que á lo menos se les quitaría la ocasión de alegar que por no se les pagar lo justo lo toman ellos.

Mas entretanto que la Real Majestad no provee esto, ellos verdaderamente quebrantan el juramento y tienen propósito de lo quebrantar, y por eso están en pecado mortal y no pueden ser absueltos en el sacramento de la Penitencia; y así ha parecido á muchas personas doctas, que por mandado del reverendísimo Obispo de Córdoba se juntaron á conferir sobre este negocio: y no sólo corren peligro por quebrantar el juramento, mas por ser tan excesivos los derechos que llevan, que por mucho que el Rey se los tasase no serían tanto, ni con

mucho, como lo que ellos llevan, ó pidiéndolo, ó recibiéndolo; y lo uno y lo otro les está vedado por leyes de aquestos reinos, aunque pocas personas hay que quieran dar de su voluntad más de lo que deben; y si lo dan es por entender que el escribano no le despachará con diligencia su negocio si no es á peso de dinero; y como los escribanos hagan demostraciones suficientes para que esta voluntad suya se entienda, en buen romance, tanto es como pedirlo y constreñir que se le dé.

Los Jueces tienen obligación á remediar esto, así por vía del perjuicio, pues es cosa pública, como por vía del excesivo precio que llevan, y así está mandado por leyes del reino que sean castigados por ello; ni los tales Jueces se pueden excusar en el juicio de Dios con decir no hay quien los acuse ni pidan nada en residencia, porque ya se sabe que si no hay pasión que mueva á pedir estas cosas, no haya quien se le dé nada por ellas, y por temor de los mismos escribamos, pues es gente que puede dañar, ó por lo que acá uno se le antoja, quiere más callar que meterse en estos pleitos. Y, por tanto, pues esto consta á vuestra señoría, tiene obligación de lo castigar y remediar, y no es cosa difícil al celo y prudencia que Dios á V. S. ha dado, tomar á esta gente con el hurto en las manos; porque como es cosa ordinaria y continua exceder en los derechos en todas las escrituras que hacen, quienquiera podrá dar testimonio de lo que á él han llevado, y así habrá tantos testigos cuantos hubieren hecho escrituras con ellos; y si por ser cada uno singular no fuere bastante para condenación, fácil cosa es de hacer que vaya con él al tiempo de pagar al escribano un par de amigos suyos disimuladamente, ó con achaque de hacer ellos alguna escritura, ó de ser testigos de la que el amigo hace, ó con otra disimulación, y así habrá probanza suficiente para el delito, y no faltará sino que suceda el castigo y remedio para que Dios no sea ofendido, ni el prójimo damnificado. Y aunque entrambas cosas dan causa de justo dolor, la primera más. Y cierto si hubiese remedio para no tomarles juramento de guardar el arancel como él lo manda, sino como se usa, y aunque del todo se dejase de tomar, yo lo tendría por menor inconveniente que lo que ahora pasa, pues no había entonces más de un pecado contra el prójimo, y ahora hay otro mayor, y estotro no cesa.

En este Estado del Sr. Marqués de Priego se hace muy bien, porque hay tasadores para todo lo que hacen los escriba-

nos, y éstos, y otras veces el Juez, tasan lo justo, y así está este barranco allanado. Dios alumbre á V. S. para quitar de esa ciudad y su tierra tan graves pecados; y si se diese gracia para que de la Majestad Real alcanzase remedio para todo el reino, sería doblada merced. Los alguaciles del campo y guardas de montes, los cuales guardan sus juramentos tan mal ó poco menos que los escribanos, dáseles ocasión con no darles salario con que se mantengan, y han menester hacer lo que hacen para sólo comer. Yo si pudiera no recibiera juramento de personas de tan baja suerte y conciencia, por la poca esperanza que da de los cumplir.

También hay otra cosa que en esto da pena, y es que cuando denuncian de uno, jura ser verdadera la denunciación, y también toman juramento al denunciado, y todo este negocio se funda muchas veces sobre un ramo de árbol, que á duras penas puede valer siete ó ocho maravedís; y aunque el denunciador jure que no tiene culpa, se juzga por el juramento del denunciador; de manera que no sirve aquel juramento sino de ponerle lazo en que caiga su ánima. Averiguar los malos conciertos que hacen, tomando dádivas por disimular con los que entran en lo vedado, es fácil cosa, habiendo personas que disimuladamente lo pregunten á los que tratan con ellos: el secreto de los Cabildos de las ciudades, aunque jurado, se guarda muy mal: sería bien avisarles de ello; y para esto y para el buen ejemplo de ellos sería cosa conveniente que alguna persona religiosa les hiciese plática una vez en la semana, ó á lo menos en el mes, y en la Cuaresma más á menudo. Pida V. S. por merced á Nuestro Señor le dé gracia para dejar introducida esta buena costumbre en este su Cabildo, cerca de lo cual no digo más, porque la materia es larga, y V. S. que la trata de más cerca la entenderá mejor.

Bien será V. S. encargue mucho á sus oficiales la guarda de sus juramentos, así en lo que toca á llevar derechos como en hacer bien y fielmente sus oficios, porque la negligencia en esto sería culpa doblada, y todavía se puede temer que excedan y falten en algo. Rastree V. S. los pasos que dan, pues aun, según el juicio de las leyes humanas, se imputa al Corregidor la culpa de sus ministros; y no se espere á que se remedie con la residencia, porque si V. S. no se la toma, y cada día, por la ajena poco se remedia; y también les encargue que todo lo que

pudieren excusar lícitamente tomar juramentos, los excusen, y especialmente cuando se tema razonablemente que se ha de jurar falso, ó á lo menos hay más licencia para esto cuando se toma de oficio, y no á petición de parte. Igualmente tenga vuestra señoría cuidado de examinar cómo se guardan los juramentos que se toman á fieles ejecutores, y á los que tienen cargo de mirar los oficios mecánicos, que se hagan bien hechos, porque es tanta la facilidad con que se toman y hacen, cuanta se tiene en no los cumplir.

También hay costumbre de que la primera cosa que hace un Juez con un delincuente es tomarle la confesión con juramento; y pues hay tan poco temor de Dios, que por interés de un real se comete un perjuro, por aquí se puede entender cuán poco crédito se debe dar, siendo en causa criminal y en personas de ruin vida. San Pablo dice (Hebr., VI): *Que el fin de toda controversia es juramento*. Y estos juicios hacen al principio lo que habían de ser al fin; y aunque juran, no por eso se acaba la controversia, ni sirve de otra cosa que de cometerse aquel pecado mortal. Tienen el pedir juramento en tan poco, que aunque para condenar á tormento dan traslado de los indicios á la parte, para pedirle juramento no se curan de ello: no sé otra cosa, sino porque se tiene el daño del cuerpo en más que el pecado del ánima. He dicho esto, no ignorando que la práctica está en contrario, mas para que V. S. haga en ello todo lo que pudiere, porque el nombre de Dios no sea despreciado, pues hay tantas causas para creer que en estos juramentos lo es. Y téngase mucho cuidado con inquirir juramentos falsos de testigos, y hallados, castíguense con ejemplares castigos, porque la gravedad del delito y frecuencia lo piden así.

Oído he decir á personas fidedignas que algunos Corregidores y Jueces tienen por costumbre de reprender á los que sin necesidad juran delante de ellos, y con buena crianza y risa les hacen pagar un cuarto por cada vez. Paréceme buena costumbre; y si no se pudiere sacar el dinero, désele reprensión. El mal recaudo que hay en las escuelas de niños, y lo que importa haberlo bueno, por ser aquella edad el fundamento de toda vida, notorio es á V. S. Téngase mucho cuidado de buscar maestros de buenas costumbres, aunque sea á costa de dineros de la ciudad, y procúrese alguna persona religiosa que haga pláticas á los dichos maestros, juntándolos en uno, declarándoles

lo que importa á la ciudad hacer bien el oficio, pues de aquellos chicos que él enseña ha de salir el cuerpo de la ciudad, y el galardón ó castigo que, según lo hiciere, recibirá de Nuestro Señor: y creo haría V. S. particular servicio á Nuestro Señor en llamar algunas veces á los dichos maestros, y enseñarles regalo y favor si bien hicieren su oficio. No parecerá esto cosa indigna á quien considerare que la Majestad de Dios descendió á hacerse nuestro ayo y maestro y á lavar los pies á unos pobres hombres, no sólo dándonos materia para decir: bendito sea Dios que tanto se humilló, mas mandándonos que le imitásemos en esta humildad á bajos y altos. Téngase también cuidado que en las dichas escuelas se diga la doctrina cristiana, y que una ó dos veces en la semana fuese algún Padre á hacer alguna plática conforme á la capacidad de los oyentes; y se ordenase que el niño que oyese jurar á otro, ú ofrecer al demonio, ó palabra deshonesta ó cosa semejante, avise de ello al maestro para que lo castigue.

Una cosa he deseado; no sé si por ser esa ciudad tan grande se podría hacer, mas no se pierde nada en decirlo. Muchos mancebicos de diez y más años se quedan ordinariamente sin oir Misa los domingos y fiestas, y se están jugando ó haciendo otros peores recaudos; y como tengan edad para ser obligados al precepto de la Iglesia que manda oir Misa, es cosa de lástima verse cometer tantos pecados mortales, y públicamente. Y de allí quedan con indevoción de oir Misa cuando grandes, y dispuestos para hacer otros muchos pecados. Decir á sus padres que los lleven á Misa es por demás; y ya que lo quieran hacer, hay mal aparejo en las iglesias, porque están llenas de gente de más edad, y serles ya molesta la inquietud que tienen los muchachos cuando están juntos. Sería cosa conveniente que se deputase para esta gentecilla iglesias ú hospitales donde no fuese otra gente, donde los domingos y fiestas los llevasen los maestros de las escuelas á oir Misa de algún sacerdote diputado para ello, el cual les hiciese una plática de buenas costumbres con algún buen ejemplo, y cómo se ha de oir Misa y lo que han de rezar.

Y para esto era menester que anduviesen alguaciles por las calles cogiendo los muchachos para llevarlos al lugar de la Misa, y encomendar á los padres de los hijos que aprenden en la escuela que los enviasen á la dicha escuela para cumplir el

Mandamiento de Dios, pues los envían el día de entre semana para que sepan leer y escribir.

Grande ayuda sería para esto la ayuda y favor del Prelado. Procúrese de cobrar, y quien advirtiere lo mucho que va en la buena crianza de la primera edad, lo cual aun conoció Aristóteles sin lumbre de fe, cualquier trabajo tendrá por pequeño por salir bien con esta empresa: y lo mismo se entiende de la casa de la doctrina de los niños perdidos que se recogen; y aunque esta materia era más larga, lo refiero al celo y prudencia de vuestra señoría. Las casas públicas de ruines mujeres, desgraciadamente se permiten para remedio de la concupiscencia carnal, que pone en aprieto al hombre flaco para hacer mayor mal, si no se apaga, dicen, con aquel menor; y está este negocio tan fuera de quicio como otros muchos. Convendría que no dejasen parar á hombre en la dicha casa, porque de estar allí irritan á la misma concupiscencia con las muchas ocasiones que para ello hay, y toman por ocasión de avivar lo que se permite por triste remedio para apagar lo avivado, si la concupiscencia le vence: si va allí, sálgase luego, que no es menester avivar lo ya muerto, pues aquello es tornarse en gula lo que se ordenó para mísera necesidad: conviene cierto no dejarlos parar.

Item, no se debe consentir que estas tales mujeres se pongan á las puertas donde irriten la concupiscencia de los que las ven, como se escribe en los Proverbios (IX): *Quae vocat transeuntes itinere suo*. Y algunas veces hacen esta persuasión no sólo con palabras, mas con obras: basta y sobra que los hombres miserables sepan que hay tales casas de Satanás: no es menester que ellas estén donde sean vistas ni oídas. El que se llama padre de ellas es muy perjudicial, porque éste las trae cuando no las hay, y otras veces las recibe en empeño, y otras les empresta él más cantidad de lo que la Pragmática Real manda, y de aquí viene impedir él la conversión de ellas, y también lo mucho que deben.

La excusa que para esto dan los dichos padres de ellas es lo mucho que les cuesta el arrendamiento de la casa pública, como hacen los escribanos que tienen arrendadas escribanías de los señores por tales precios, que si ellos no roban, no pueden pagar la renta y comer. Y de esta manera están los señores debajo de aquella grave reprensión del Profeta Isaías, que dice

(capítulo I): *Principes tui infideles, socii furum.* Y está claro, pues ellos y el escribano reparten entre sí lo que el uno hurta y el otro dió ocasión de hurtar. Y así parece acá, que llevándoles tal cantidad cual no puedan pagar sin hacer estos pecados, son participantes en ellos, como si ellos los hiciesen. Convendría que se buscase un hombre temeroso de Dios, y fuese puesto en aquel oficio, y le pagasen suficiente salario, sin que pudiese llevar más, ora hubiese muchas mujeres, ora pocas: y no interesando éste nada, cesarían los inconvenientes ya dichos, y también daría noticia de los rufianes, que no es pequeño provecho. Y mírese que no se les preste más á las dichas mujeres de lo que manda la Pragmática.

§ VI. — *Trata de las mujeres públicas, padres de la casa, ornato de cantoneras, pobres presos, órdenes para ganar los jubileos, fiestas de toros y trajes de los oficiales.*

El cuidado de las cárceles, y que no sea largo el tiempo de ellas, y Abogado y Procurador para pobres: que en mesones y ventas no haya ruines mujeres, ya V. S. lo tendrá advertido y obrado. Algunos Veinticuatro son tan largos en decir su voto, que son causa de dilatarse muchos negocios; sería bueno que lo abreviasen en siete ú ocho renglones. Las mujeres cantoneras es razón que no estén mezcladas con las buenas, y no se debía consentir que saliesen acompañadas ni ataviadas; porque es grave escándalo la prosperidad de éstas para hacer titubear la castidad de las buenas mujeres que padecen necesidad: y si es verdad lo que he oído decir, que á las de la corte les mandan traer una cierta señal, sería bien hacer lo mismo en esta ciudad.

Muchos males se hacen por ocasión de los jubileos, yendo juntos hombres y mujeres: cosa conveniente sería que pues se pueden ganar por la tarde y otro día, fuesen un día los varones y otro las mujeres. Correr toros es cosa peligrosísima para la conciencia de quien los manda ó da licencia para los correr, y á muchas personas doctas parece ser pecado mortal, si no fuese de manera que no se siguiesen los inconvenientes que se siguen muchas veces. Haga V. S. lo que de su parte fuere, y si no pudiere más, habrá librado su ánima del peligro. En los pueblos sujetos á esa ciudad, si es como en otras partes,

habrá un grande mal y digno de mucho remedio; conviene á saber, que algunos escribanos del pueblo tienen por trato con algún otro de la ciudad de enviarle todas las informaciones, aunque sean de rencillas muy livianas entre vecinos, y aunque se hayan ellas perdonado : va un alguacil allá, y hace tal riza en ellos que llega á venderles sus bestezuelas y alhajas, de tal manera, que sé yo de algún pueblo del cual por sola esta causa se desavecindaban muchos vecinos. El hecho es éste : vuestra señoría procure de se informar muy particularmente de estas mañas tan perjudiciales, y de los agravios que de parte de la Justicia de esa ciudad reciben los pueblos.

En la visita sería bueno mirar las ordenanzas que tienen los pueblos, porque habrá algunas que convenga quitar, ó alterar ó añadir otras; y es buen aviso, que quien hace ordenanzas que tenga intención de no obligar á más culpa de lo que la ley de Dios ó la humana obligan por aquel caso, sino á sola la pena. Muy muchas cosas hay dignas de remedio, que no pueden ser sabidas inmediatamente de los jueces, por muy vigilantes que sean, y por esto es cosa importantísima buscar personas, así en la ciudad como en los pueblos de ella, que temen á Dios, y mandar y encargarles mucho la conciencia, que den aviso de las cosas que han menester remedio, si no fuere de las ocultas; y aun si V. S. podría remediar éstas guardándose el orden del Evangelio, declarado por los teólogos, no como juez, sino como padre, por sí ó por tercera persona les podrá decir vuestra señoría que aun estas tales cosas se le pueden por este orden descubrir, y tendría por cosa más acertada que estos tales avisos de lo uno y de lo otro, de la ciudad y de fuera, viniesen al confesor de V. S., porque el aviso sería más secreto, y menos cargoso y más fácil de dar : y en ponerse en efecto esta advertencia, cierto va mucho.

Del grande exceso que en los vestidos hay en esa ciudad, no hablo; porque aunque sea una de las cosas que tienen echada á perder la república, no sé si V. S. tiene mano en lo remediar más de lo que la Pragmática manda; y aunque aquélla se guarde, no deja de haber cerrajero en esa ciudad, ó lo ha habido, que haciendo su oficio está con jubón y musclos de calzas de carmesí; y ahora hay plateros que también hacen su oficio con jubones de raso y calzas de terciopelo, y he oído decir que bodegoneras se sientan en cojines de carmesí: pocos años ha que

los señores ó el Rey no usaban más que esto. No encargo el buen ejemplo que es menester que V. S. y sus oficiales den al pueblo, así en la frecuencia de las confesiones y comuniones como en todo lo demás, porque creo que se hace mejor que yo puedo decir. La reverencia de la Iglesia y eclesiásticos encomiendo á V. S., no mirando que somos indignos de ser bien tratados mirando á nosotros, sino á Jesucristo Nuestro Señor, que merece que todo lo que á Él toca sea muy estimado y bien tratado.

CARTA Á UN SEÑOR DE ESTOS REINOS:

TRATA DEL CONOCIMIENTO DE DIOS Y DE SÍ MISMO, Y GOBIERNO CON SUS VASALLOS

La paz de Nuestro Redentor Jesucristo sea con V. M. I. S. Dos cosas pedía en el tiempo pasado el bienaventurado San Agustín á Nuestro Señor, diciendo: *Dame, Señor, que me conozca y te conozca.* Cosas son dignas que todos las pidamos, y que ninguno esté sin ellas, si no quiere estar sin salud. Dos partes tenía el templo de Salomón, y ambas eran santas; aunque la una era más santa, la menos santa era camino para la más santa. La primera es el conocimiento de sí mismo, que es cosa por cierto santa, y camino para el *Sancta Sanctorum,* que es el conocimiento de Dios, donde el Señor responde á nuestras preguntas, y remedia nuestras necesidades y hallamos una fuente de vida; porque esta es la vida eterna, dice el Señor, que conozcan á ti y al que enviaste, Jesucristo. Y esta cosa tan alta, que es conocimiento de Dios, no se alcanza sin esta otra que parece baja, que es conocerse á sí mismo. Ninguno, seguramente, miró á Dios si no se mira á sí mismo, ni es cosa segura volar alto sin tener hecho este contrapeso de propio conocimiento, que nos hace sentir bajamente de nosotros.

Entre las grandes mercedes de Dios, sabrosamente estarían mirando los discípulos al Señor cómo se subía á los cielos el día de su Ascensión, ya que les quitaba su conversación Aquel cuya conversación no tiene amargura: hallaban consuelo con estar mirando el camino por do iba, y el lugar do iba. Mas ¿qué les mandó hacer el Señor? Por cierto no que se estuviesen siempre mirando los ojos al cielo, aunque parecía cosa justa; mas fuéles dicho: *Varones de Galilea, ¿qué miráis al cielo?* Dándonos á

entender que aunque mirar á Dios es cosa sabrosa, conviene también volver los ojos á mirar á nosotros: lo uno para la reverencia que á Dios debemos, al cual hemos de mirar con vergüenza, teniéndonos por indignos de ello; lo otro porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engríe, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor santo y hácese liviano, como nao sin lastre, que pierde las áncoras en tiempo de tempestad, cuyo fin es ser llevada acá y acullá hasta ser perdida.

Nunca vi seguridad de ánima sino en el conocimiento de sí mismo. No hay edificio seguro si no es hecho sobre hondo cimiento. Y es tiempo muy bien empleado el que se gasta en reprenderse á sí mismo. Cosa muy provechosa para nuestra enmienda, examinar nuestros yerros. ¿Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina, sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado se hace malo? Medida sin medida y sin regla, y por eso es falsa; y, finalmente, hombre sin hombre, pues quien no se conoce, ni se puede regir como hombre, ni se sabe ni se posee á sí mismo: y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo no sabe parte ni arte. Estos son los que olvidados de sí tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, y teniendo los ojos cerrados á sus defectos, tienen más que cien ojos abiertos y velando por saber los ajenos. Estos son los que agravan y reagravan las faltas ajenas y olvidan las suyas; porque como las ajenas sean de ellos más de continuo y más de cerca miradas, parecen mayores que las suyas, que las miran de lejos; y así, aunque grandes, parécenles pequeñas; de lo cual vienen á ser rigurosos y mal sufridos, porque como no miran su propia flaqueza, no han compasión de la ajena.

Nunca vi persona que se mirase que no le fuese ligero sufrir cualquier falta ajena; y quien maltrata al que cae, testimonio da que no mira sus propias caídas; de manera, que si queremos huir de esta ceguedad tan dañosa, conviénenos mirar y remirar lo que somos, para que viéndonos tan miserables clamemos por el remedio al misericordioso Jesús, porque Él se dice Jesús, que es Salvador, no de otros, por cierto, sino de los que conocen sus propias miserias y las gimen, y reciben, ó no pudiendo, desean recibir los santos Sacramentos, y así son curados y salvos; y aunque para conocer á nosotros mismos hayan hablado muchas y muchas cosas Dios y los Santos, mas quien qui-

siere mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas para desestimarse, que de espanto de su abismo diga: no tienen cabo mis males.

¿Quién hay que no haya errado en lo que más quisiera acertar? ¿Quién no ha pedido cosas, y aun buscádolas, pensando serle provechosas, que después no haya visto que le han traído daño? ¿Quién podrá presumir de saber, pues innumerables veces ha sido engañado? ¿Qué cosa más ciega que quien aún no sabe lo que ha de pedir á Dios, como dice San Pablo? Y esto es porque no sabemos lo que nos cumple, como acaeció al mismo San Pablo, que pidiendo á Dios le quitase un trabajo, pensando que pedía bien, le fué dado á entender que no sabía lo que pedía ni lo que le cumplía. ¿Quién se fiará de su deseo y parecer, pues aquel en quien moraba el Espíritu Santo pide lo que no le cumple alcanzar? Grande, por cierto, es nuestra ignorancia, pues innumerables veces erramos en lo que más nos conviene acertar: y ya que una vez Dios nos enseñe lo bueno, ¿quién no verá cuán flaca es nuestra flaqueza, y cómo damos de rostro en lo que vemos que era razón que no cayéramos? ¿Á quién no ha acaecido proponer muchas veces el bien, y no haberse caído y vencido en lo que pensó, mas verse en pie?

Hoy lloramos nuestros pecados con intención de los evitar; y si estando las lágrimas en las mejillas se nos ofrece alguna ocasión, llorando porque caímos, hacemos de nuevo por qué llorar, recibiendo el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo con mucha vergüenza de los desacatos que le hemos hecho; y aun habiendo poco que lo tuvimos en nuestro pecho, nos acaece algunas veces por algún pecado echar su gracia de nos. ¡Qué caña tan vana, que á tantos vientos se muda! Ya alegre, ya triste, ya devoto, ya tibio, ya tiene deseo del cielo, ya del mundo é infierno, y ya aborrece, y luego ama lo aborrecido, vomita lo que comió porque le hacía mal estómago, y luego tórnalo á comer como si nunca lo hubiera vomitado. ¿Qué cosa puede haber más de variedad de colores que un hombre de esta manera? ¿Qué imagen pueden pintar con tantas haces, con tantas lenguas, como este hombre? Cuán de verdad dijo Job (XIV, 7): *Que nunca el hombre está en un estado;* y la causa es porque al hombre le llaman ceniza, y á su vida viento.

Muy necio sería el que buscase reposo entre viento y ceniza: no pienso que habrá cosa más espantable de mirar, si mirar lo

pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre en lo de dentro de sí en un solo día: toda su vida es mudanza y flaqueza, y conviénele bien lo que la Escritura dice (Eccl., XXVII): *El necio, mudable es como luna.* ¿Qué remedio tenemos? Por cierto conocernos por lunáticos. Y como en tiempos pasados llevaron un lunático á Nuestro Señor Jesucristo para que lo curase, ir nosotros al mismo Jesús para que nos cure como á aquél curó. Aquél dice la Escritura que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba en el fuego, ya en el agua; y lo mismo acaece á nosotros; unas veces caemos en el fuego de avaricia, de ira, de concupiscencia; otras en agua de carnalidad, de tibieza y de malicia. Y si miramos cuántas deudas debemos á Dios de la vida pasada, cuán poca enmienda hay en la presente, diremos, y con verdad: rodeádome han dolores de muerte, y peligros de infierno me han cercado.

¡Oh peligro de infierno tan para temer! ¿Y quién es aquel que no mira con cien mil ojos no resbale en aquel hondo lago donde para siempre llore lo que aquí temporalmente rió? ¿Quién no endereza su camino, porque no le tomen por descaminado de todo el bien? ¿Dónde están los ojos de quien esto no mira, las orejas de quien esto no oye, el paladar de quien esto no gusta? Verdaderamente señal es de muerte no tener obras de vida. Nuestros pecados son muchos, nuestra flaqueza grande, nuestros enemigos fuertes, astutos y muchos y que mal nos quieren; lo que en ello nos va es perder ó ganar á Dios para siempre, porque entre tantos peligros estamos seguros, y entre tantas llagas sin dolor de ellas, porque no buscamos remedio antes que nos anochezca y se cierren las puertas de nuestro remedio, cuando las doncellas locas den voces y les sea dicho: *No os conozco.*

Conozcámonos, pues, y seremos conocidos de Dios; juzguémonos y condenémonos, y seremos absueltos por Dios; pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrará; consideremos nuestras miserias, y aprenderemos á ser piadosos en las ajenas; porque, según la Escritura divina dice: *De lo que hay en ti aprenderás lo que hay en tu prójimo.* Si yo me veo caer algunas veces por flaqueza, pensaré también que así puede acaecer á mi prójimo; y como quiero que me sean piadosos en mi yerro, helo de ser en el ajeno. Cuando me enseñan mis mayores un disfavor, y me da pena, he de pensar que así lo

sienten los sujetos á mí conmigo. Si tengo tristeza, quiero ser consolado, así lo quiere el prójimo. Siento una mala palabra que me dicen, porque digo que soy carne, y no de hierro; eso me prueba que mi prójimo es de carne también, y se siente; pésanme las condiciones ajenas, y túrbanme, y querría que las enmendasen, porque no me fuesen ocasión de pecar.

Esto mismo quieren mis prójimos: de un metal somos todos, y no hay regla mejor para mi prójimo que mirar bien lo que pasa en mí, pues él y yo somos uno. Quien esta misericordia tiene con su prójimo, seguramente se puede llegar al conocimiento de Cristo, y será de Él remediado, porque los misericordiosos alcanzarán misericordia; mas de otra manera oirá lo que la Escritura divina dice (Prov., XXI): *Quien cerrare la oreja á la voz del pobre, llamará él, y no será oído.* Pobre es todo hombre, y no hay quien no tenga alguna necesidad; miremos bien si nos hacemos sordos á ella, que así se hará Dios á las nuestras; ni piense nadie que la medirá Cristo con otra medida que con la que él á su prójimo mide. No piense alcanzar perdón quien no da perdón; desgracia hallará el desgraciado, y pesadumbre el pesado, é injuria el injuriador, y caridad el caritativo; porque sembrar espinas en el prójimo y querer coger de Dios higos, no es posible.

Y porque muchos no miran esto, hay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quejosos que Dios se olvida en remediar sus penas; y maravíllanse cómo Dios les envía trabajos de dentro y de fuera, mayormente llamándose misericordioso y hacedor de misericordias, y convidándose á los hombres á que vayan á pedir á Él socorro en sus fatigas: llaman, piden y buscan, y no hallan remedio, y de ahí les viene la queja; mas si no fuesen sordos á la ley santa que Dios Nuestro Señor en su Evangelio tiene publicada diciendo: *Con la misma medida que midiéredes seréis medidos*, verían claro que ellos son los que faltan á sus prójimos, y faltan á Dios en ellos, y por eso les parece que falta á ellos. Quéjanse de sí, que no tienen caridad con su prójimo, que Dios muy mucha tiene, y no es razón, ni quiere hacerla con quien con su prójimo no la hiciere. Y si alguna vez Él da bienes temporales al que es malo contra sus prójimos, ¿qué aprovecha al malo tener otros bienes, si á él se tiene perdido? Mas cosa, como dicen, que le éntre en provecho, no le darán sino con condición que él sea el que debe con su prójimo.

Conozcámonos, pues, y seamos con otros cuales queremos que con nosotros sean, y pasemos de nos á Dios; del Sancta al *Sancta Sanctorum*, y alcemos los ojos al Señor puesto en cruz por nuestra salud, y en Él veremos tantos y más bienes que en nos vivos males. Y si mirando á nosotros nos entristecemos considerando nuestros grandes pecados pasados y peligros venideros, mirando á Él nos alegraremos considerando cuán de verdad y con cuánta sobra pagó lo que debíamos, y nos ganó fuerzas para ser más fuertes que nuestros enemigos: Él nos asegurará de nuestros peligros, con condición que nos arrimemos á Él. ¿Qué temerá, Señor, quien te sigue? ¿De qué se espantará quien te ama? ¿Quién podrá empecer á quien te tomare por defendedor? ¿O cómo podrá el demonio llevar á quien está en Ti incorporado? ¿O cómo dejará de amar el Padre Eterno al que ve estar en su Hijo como sarmiento en la vid? ¿O cómo no amará el Hijo al que ve que lo ama á Él? ¿Y cómo desamparará el Espíritu Santo al que es templo suyo?

Mayores bienes tenemos en Cristo, que en nosotros males; más hay por qué esperar mirando á Él, que por qué desconfiar mirando á nosotros: ni hay otro consuelo ni arrimo para quien de sí está desconsolado, sino mirar á este Jesús en la cruz, al cual puso Dios por remedio de todos los heridos de bocados de serpientes espirituales. Y como en otro tiempo mandó poner una serpiente de metal, para que todo hombre que mirase en ella fuese sano de la mordedura de las víboras corporales, quien á Él mirare con fe y amor, vive; quien no lo mirare, de verdad morirá. Quien se siente llagado y entristecido, mire aquí, y alegrarse ha, como hacía David cuando dice (Psalm. XLI): *En mí mismo mi ánima fué conturbada; por tanto, me acordaré de ti, de la tierra de Jordán y Hermón y del monte Pequeño.*

Quien á sí se mira y ve tantas abominaciones, túrbase muy de verdad; y no hallando hora bien gastada en toda su vida, ve sus males muchos y grandes, y sus bienes pocos y flacos; ¿qué hará sino turbarse quien delante de Juez tan estrecho tiene mala cuenta, que acordándose de Cristo, mirando lo que obró en la tierra de Jordán y monte Pequeño, y gimiendo sus males, y recibiendo los santos Sacramentos, viviendo en obediencia de los Mandamientos de Dios y de su Iglesia, ose esperar como hijo la herencia del cielo; y también se acuerda de lo que obró el Señor en los montes de *Hermón,* que son muchos,

y en el monte Pequeño, el cual ahora sea *Oreb,* donde Dios dió la ley, ahora otro monte? Poco nos va á los cristianos, á los cuales Jesucristo nos abrió el sentido para entender las Escrituras: y aquél las entiende que en ellas entiende á Cristo, el cual está en ellas encerrado como grano en espiga y como el vino en la uva; y, por tanto, el fin de la ley es Cristo, porque toda ella va á parar á Él.

Los montes de Hermón, así fuera de tierra de promisión como en ella y en el monte Pequeño, aun monte significan, que se puede decir con razón de Hermón y Pequeño, este es el monte Calvario, donde nuestra redención fué obrada por el derramamiento de la sangre del Hijo de Dios. Y para que sepamos cuán bien le conviene el nombre, es de saber que Hermón quiere decir maldición, pues que mejor se puede decir Calvario, que por nombre de maldición, pues era el lugar do llevaban á justiciar á los malos, que llama la Escritura malditos por ser castigados. Y porque Cristo vió que nosotros estábamos malditos por nuestros pecados y condenados á maldiciones eternas, quiso por su inmensa caridad tomar Él nuestras maldiciones sobre sí, quiero decir, el castigo de nuestros pecados, para que viniese su bendición sobre nosotros; y esto dice San Pablo de esta manera: *Cristo fué hecho por nosotros maldición, para que la bendición viniese sobre las gentes.* Él era bendito, nosotros malditos: trocamos personas, tomó Él el lugar de maldito, que era el tormento de cruz que se debía á nosotros, y tomamos nosotros la amistad de Dios y el ser hijos suyos y herederos del cielo, con otras mil bendiciones que eran de Jesucristo bendito, y en el cual siempre moran. ¡Oh maravilloso trueque, que la vida muera, para que la muerte viva! La bendición es maldita, para que la maldición sea bendita: es herido el sano, para que sane el enfermo: el Hijo como esclavo tratado, y el mal esclavo es adoptado por hijo: tratan cruelmente al que merece misericordia, y cae el buen tratamiento y regalo sobre quien merece el infierno.

¿Qué diremos? Prenden al que no hizo por qué, y sueltan al culpado: paga el justo por los pecadores, y la inocencia es condenada, y el culpado justificado: que escogió Cristo los trabajos nuestros, y danos de sus descansos. ¿Qué diremos á tal caridad, sino de día y de noche bendecir á este Señor, que tanto á su costa obró nuestra salud y remedio? Este es verdadera-

mente el monte de Hermón y monte Pequeño, y tan de verdad, *que fué estimado* (Isa., LIII) *por el más bajo de los hombres.* Por lo cual el mismo Señor dice (Psalm. XXI): *Gusano soy, y no hombre; deshonra de hombre y abatimiento del pueblo.* ¡Oh honra de hombres y ángeles, y como eres de hombres, ensalzamiento del pueblo, del cielo y del suelo! ¿Quién te hizo abatimiento del pueblo sino tu gran caridad, que por honrarnos sufriste tantas deshonras? Que como dicen á uno muy inhabilitado que deshonra á su linaje, así decían de Ti que deshonrabas al linaje humano.

Bendito seas sin fin, que toda la honra que todo el linaje de los hombres tiene es de Ti y por Ti, la cual le diste juntándote con ellos, haciéndote hombre y muriendo por el hombre, y ensalzarlos tanto á ser iguales ángeles y aun serafines si quieren serlo: y que de hijos del pecador Adán sean hechos hijos de Dios y herederos del Padre, juntamente herederos contigo y hermanos tuyos; y eres, Señor, llamado deshonra y abatimiento del pueblo. Abatístete, Señor, para ensalzarnos, y abatístete más que todos los hombres juntos, para que fuésemos ensalzados sobre los ángeles. ¿Qué te daremos, Señor, por tantas mercedes sino conocer entrañablemente que por Ti tenemos y valemos y somos agradables á Dios, y darte gracias y alabanzas porque un tal como Tú por unos tales como nosotros te ofreciste á padecer tantos trabajos? Apocástete en el monte Pequeño, para ensalzarnos en el monte Grande. Moriste en el monte, para que viviésemos en el monte del cielo. Y por la maldición que allí cayó sobre Ti, nos ganaste y darás aquella bienaventurada bendición tuya. *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado.* Á Ti, Señor, maldijeron, y Tú nos has de bendecir. Tú ser muerto por darnos vida: tu trabajo nos ha de dar descanso. Pues que fuiste juzgado, es razón que seas Juez.

Alegrémonos, pues muy ilustre señor, que quien tanto nos ama ha de ser nuestro Juez, y seguramente iremos á juicio, siendo el Juez nuestra carne y sangre. Si no sabemos lo que habemos de hacer para agradar á Dios, miremos á Cristo, y Él nos enseñará la cruz, la mansedumbre, que aun con los males no maldice á quien le maldice, no se venga, aunque puede, de quien mal le hace, desprecia la honra, la riqueza, el regalo. Él, por obedecer la voluntad del Padre, se pone á riesgo de cruz. Quien no sabe ciencia, venga á oir este Maestro sen-

tado en su cátedra. Quien quiera oir buen sermón, oiga á Cristo en el púlpito de la cruz, y será libre de errores, porque la verdad, que es Él, lo librará. Y si somos mudables y flacos en el obrar, miremos al Autor de nuestra fe cuán clavado está en la cruz de pies y de manos, y tan sin se mover, para hacernos á nosotros por su gracia firmes en el bien y perseverantes.

Quien á Cristo va á que le cure del mal de la mudanza, darle ha Él una firmeza como á Ana, madre de Samuel, de la cual se dice que su rostro no se mudó más en cosas diversas. Quien en Cristo, está no se anda acá ni acullá, mas está firme en el bien, según dice la Escritura, que está firme como el sol, cuya luz no se mengua; porque quien en Cristo está, participa de Cristo. Y así como Cristo es justo, así él es justo, aunque no tanto. Cristo firme, él también; porque así como en un cuerpo no hay más de un espíritu que se derrama por todos los miembros, y todos viven una vida humana, y no una vida de hombre y otra vida de león ó de otro animal, así todos los que están en Cristo viven del espíritu de Cristo, como el sarmiento de la vid y los miembros de la cabeza. Y quien este espíritu tiene, es semejable á Cristo y de las condiciones de Cristo, aunque, como he dicho, no en tanto grado como Cristo. Y quien no tiene espíritu de Cristo, oiga á San Pablo, que dice (Rom., VIII): *Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, éste no es de Cristo.* Mírese, pues, y remírese el hombre si tiene dentro de sí conformidad con Cristo, y así ligero le será guardar las palabras de Cristo, pues tiene dentro su condición; y si no váyase á Cristo y pídale su espíritu, con el cual sea hecho firme, como lo pedía David (Psalm. L): *Con el espíritu principal confírmame.* Porque poco me aprovechará haber venido Cristo al mundo, si no ha venido á mi corazón. Cristo trajo consigo bondad, paz, gozo en el Espíritu Santo, con otros muchos bienes. Si yo vivo en maldad, guerra, y tristeza y malos deleites, no mora Cristo en mi ánima, y tanto será para mí como no haber venido al mundo, salvo para mi mal, porque seré más castigado por no haber querido recibir la salud que tan de buena gana me ofrecían. Cristo por todos murió, y á todos quiere recibir; vamos á Él siquiera por darle placer, y no dejemos que tantos trabajos y tan preciosos vayan sin fruto. El precio de ellos nuestras ánimas son, si las llevamos á Cristo: derribémonos á sus pies, condenando nuestras malda-

des y mala vida pasada, desconfiando de nuestro poder, y saber y valer, y perseverando en pedir, buscar y llamar: henchirnos de fuerzas para obrar, y de saber para acertar y de perseverancia para no faltar, según está escrito (Isa., XL): *Los que confían en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas, como águilas volarán, y no faltarán.* Y pues en Cristo hay más bienes que en nosotros males, vamos á Él, conociéndole por nuestro remedio, porque así no desesperemos por nuestros males, mas nos gocemos en sus muchos bienes.

Esto me parece, muy ilustre señor, que bastaba para comienzo de una persona que se quiere llegar á Dios. Mas porque en V. S. hay dos personas, tiene necesidad de dos reglas. En cuanto es persona particular, basta lo dicho. *En cuanto es persona que tiene cargo de tantos,* es necesario que más y más mire por sí; porque muchos hay que cuanto toca á su conciencia particularmente, son buenos, y faltan en ser buenos señores, porque lo segundo es más dificultoso y obra como de persona acabada. Y fúndase sobre la primera bondad, y pasa más adelante. Quien para sí mismo no es justo, no lo será para cuanto toca á los otros. Mas no basta ser justo para cuanto toca á su sola persona quien tiene cargo de otros. Bueno era Helí en cuanto á su persona, mas no era bueno en cuanto á sus hijos, pues los dejó de castigar, y fué él gravemente castigado de Dios; de manera, que bondad doblada han menester los señores, pues tienen la persona doblada: en cuanto á esto segundo, que es ser persona de todos, parece que otro espejo no hay mejor en que el señor de otros se mire, que es en el Señor de hombres y ángeles, cuya persona representa. El que en lugar de otro está, razón es que tenga las condiciones de aquel cuyo lugar tiene.

El señor de vasallos, lugarteniente es de Dios, el cual ordena que haya en la tierra buenos que rijan y manden, y otros que obedezcan. *Y quien á éstos resiste*, dice San Pablo (Romanos, XIII, 8), á *la ordenación de Dios resiste,* el cual dejó todas las cosas debajo de orden. Pues mire el hombre qué es el oficio de Dios para con el hombre, y sabrá ser él señor para con sus hombres. Dios castiga á quien yerra, sin exceptuar persona alguna, y tan de verdad, que ninguno tiene Él tan privado que si hace por qué no se lo pague muy bien pagado; y aun á su propio Hijo no perdonó, no debiendo cosa alguna más por-

que se obligó á pagar pecados ajenos. Muy lejos está, por cierto, de aceptar personas quien á su Hijo unigénito, y tal Hijo y tan amado castiga, y tan recio y por pecados ajenos. Ninguna cosa ha de inclinar al que rige para dejar de hacer lo que debe; mas estar derecho como la lengua del peso, que ni acá ni acullá se acuesta, para que lleve cada uno lo suyo. Toda la república iría perdida y errada si las cosas públicas se torciesen por afecciones particulares; y en aquel punto una persona deja de ser pública cuando se acuesta á la particular. Y pues que el propio provecho no ha de torcer al que rige, cuánto menos por el ajeno, pues á ninguno debe tanto como á sí. Cristo, dechado es de todos, no sólo cuanto toca á la conciencia particular, mas aun cuanto toca á ser persona pública; porque Él fué Rey y es, aunque no á la hechura de este mundo, mas estando en la silla de la cruz dijo á su Madre: *Mujer, ve ahí á tu hijo;* para dar á entender que quien está en silla de persona pública ha de renunciar todo particular amor, aunque de su propia madre sea. Y este ejemplo nos dió Él cuando algunas veces respondía ásperamente á su Madre bendita, para decirnos cuánto nos debemos guardar de nuestras particulares afecciones, aunque otros se enojen, y nosotros suframos alguna pena, antes que siguiéndolas descontentar á Dios.

No hay cosa en que tanto los señores deban mirar para estar bien con Dios y con los hombres, cuanto de verdad y delante de Dios, y que salga de corazón, estar siempre en el fiel sin acostar acá ni acullá; y esto hará ligeramente el señor que pensare que no es sino ministro de Dios y como un mero ejecutor, que no puede hacer más de la comisión que le dieron: no para hacer ni deshacer pone Dios á los señores, más para ejecutar las leyes de Dios y de su santa voluntad. Y si se dicen señores, son debajo de universal Señor, en cuya comparación son tan vasallos como sus vasallos, y tienen tan limitado el poder como ellos, cuanto toca á torcer de lo que debe hacer. Aquel será, pues, más favorecido y querido que más justicia tuviere, y más castigado á quien más lo mereciere. Y en esto parecerá el señor al verdadero Señor, que sin aceptar personas da á cada uno según sus obras, y algunas veces castiga más á los más privados, porque era razón que menos le ofendiesen, y porque no piensen que por ser amados han de tomar ocasión de hacer lo que quisieren y lo que no es razón. Tanto debe du-

rar la amistad cuanto la bondad, y la enemistad cuanto la maldad; porque de otra manera, ¡ay de los que dicen al bien mal, y al mal bien!

Debe también V. S. mirar cómo le puso Dios con ojos de muchos, que aquéllos tienen por regla lo que ven á él hacer: haga cuenta que está puesto en alto, y que habla y vestidos son de todos mirados, de los más son seguidos. Si un traje se trae en palacio, si una habla se usa, aquello procuran todos de usar. Y si se usase entre señores á quien les da una bofetada parar el otro carrillo, y aborrecer los pecados, y tener por grandeza el obedecer las leyes de Cristo, sin duda los bajos tendrían por honra hacer lo que ven hacer á los altos; y, por tanto, creo que de las más ánimas que se pierden son causa Prelados de Iglesia y señores del mundo. Mírese V. S. con cien ojos en cuanto persona particular, y con cien mil por ser persona á la cual miran muchos y se han de ir tras de ella, y tenga su persona y casa tan concertada como la ley de Cristo quiere; porque quien quisiere imitarla, imite á Cristo, y que no halle cosa en que tropezar. El pueblo, sin falta, es como mona: miren los mayores lo que hacen, que aquello ha de ser seguido, ó para la salvación de ellos, si buen ejemplo dan, ó para su condenación, si malo. Y esto sólo debería bastar para que los señores viviesen como unos santos, aunque les fuese trabajo, mirando cómo el Hijo de Dios, Señor Nuestro, no quiso ser Rey, sino con sus trabajos dar descanso á sus súbditos, y huyó de prosperidades y honras por no dar ocasión de pecar á los suyos, los cuales pensarían que pues Él las seguía, ellos las debían buscar. Todo es barato por hacer que Dios sea servido. Y sea la final conclusión, que cuanto uno más mirare é imitare á Jesucristo, tanto será mejor hombre y mejor señor, porque en Él comencemos y acabemos.

CARTA Á UN SEÑOR DE ESTOS REINOS:

CÓMO SE HA DE APROVECHAR DE LA CUARESMA PARA SENTIR LA SEMANA SANTA Y REMEDIO DE LA PENITENCIA

Muy ilustre señor: V. S. sea venido enhorabuena á su casa, que así lo creo yo que será; porque lo menos bien del propio rincón, es más bien que lo mejor de la corte. No quisiera que tiempo tan santo como entre manos tenemos se celebrara donde

tan mal se podía celebrar. Y por eso Nuestro Señor le trajo á su reposo, para que con Él piense despacio los grandes misterios que en estos días acaecieron. Límpiese V. S., para con limpio corazón comer del Cordero, no ya en figura, mas en verdad; no ya temporal, mas eterno; no hijo de oveja, mas Hijo de Dios en el cielo, y de Virgen en la tierra. Razón es que este Cordero, aunque es dulce, se coma con lechugas amargas; porque nuestra es la culpa del sinsabor que tenemos, que no de Él. Nosotros hicimos cosas para que sea menester arrepentir y llorar: que Dios todo es dulce, y fuente de agua muy sabrosa. Mas ya que no tuvimos seso para mirar que no nos ha hecho Dios obras para le enojar, tengámoslo para tener enojo nosotros de lo que dimos á Él.

¡Oh Señor, y qué amarga cosa es haber pecado, y cuán presto se hace llaga en el ánima, y cuánto tarda en ella el arrepentimiento! ¡Cuántas lágrimas hace derramar! ¡Cuánto quebrantamiento del corazón! ¡Cuán terribles tormentos, viendo que el ofendido es omnipotente para castigar, y que todo se hace delante de sus ojos para no ignorar cosa, y que aborrece tanto el pecado que ninguna amistad hay tan firme con Dios, que si el pecado entra en medio, no basta á la deshacer! Gran dolor es, señor, haber pecado, y espina es que nunca sale mientras en esta vida un hombre viviere; porque si no sabe que le está perdonado, ¿qué lugar tendrá el corazón de alegría, que sabe estar sentenciado para el infierno por los pecados que ha hecho, y no sabe estarle revocada la sentencia? ¿Cómo se alegrará quien no sabe si la misericordia que ha pedido se le ha concedido por falta de él, no sabiendo pedir como Dios quiere, y no por falta de Dios, que á los que verdaderamente se convierten á Él muy de verdad los perdona?

En pecando Adán y Eva, luego se escondieron y temieron la voz de Dios. Y en pecando un hombre, luego viene en temor, que quiera ó no. Y si alguna vez quiere la bondad de Dios quitar este temor, y con secretas inspiraciones y con caricias alegrar al hombre dándole á entender por algunas señales que está perdonado, diciéndole: tus pecados te son perdonados, vete en paz, que es lo que más deseaba, diciendo (Psalm. L): *A mi oído dará gozo y alegría, y gozarse han los huesos humillados*, quitarse ha entonces el temor, mas no el dolor; y no sólo no se quita, mas acreciéntase. Porque viendo la bondad del Señor

que con él usa en le perdonar, mereciendo castigo eterno, enciéndese todo en amor el que tanto conoce deber. Y de este mayor amor nace mayor dolor; porque así como la sombra sigue al cuerpo, así el dolor de la ofensa viene del amor del ofendido, y crece con él y decrece con él; porque viéndose uno más amado, más ama; y mientras más ama, más le desplace haber ofendido á quien ama. De ahí es que aunque sepamos ser perdonados, no debemos dejar de tener dolor, si del todo no queremos ser tan muertos al amor que Dios nos tiene que con ninguna cosa le respondamos.

Comamos, pues, señor, lechugas amargas ahora, para que en la semana del Cordero por nos amargado podamos tomar parte de sus amarguras, y recibiéndole en nuestras entrañas, sentir alguna cosita de sus dolores; porque quien no llora sus propias amarguras que á Dios dió pecando, ¿cómo llorará las que los otros le dieron cuando le crucificaron? Y por eso la santa Iglesia nos da esta Cuaresma de término para deshacer con penitencia los malos tratos que entre año hemos hecho, llorando de lo que nos reímos, contradiciendo lo que abrazamos, pareciéndonos mal lo que antes nos agradó, para que así, quitados los pecados de en medio, vengamos á tomar parte de las penas que Nuestro Señor pasó, lo cual es de amigos y no de enemigos. Y si V. S. pregunta: ¿Qué pensaré para que me dé gana de llorar mis pecados?, dígole yo que lo principal sea que por lo que él hizo mataron á su Padre, que es Cristo. No sé yo qué hijo habría que por una cosa que hubiese hecho viniese tanto mal á su padre que le quitasen la hacienda y casa y la ropa, dejándole desnudo en camisa, después le deshonrasen, difamasen con extremo abatimiento, y no parase en esto el negocio, mas le azotasen y atormentasen, y después matasen, y todo esto por lo que el hijo hizo; no sería el hijo tan malo, por malo que fuese, que no le penase en el corazón lo que había hecho, pues pudiera ligeramente excusar donde tanto mal le vino á su padre.

Dígame, señor, ¿quién empobrecio á Cristo? ¿Quién lo cansó? ¿Quién lo deshonró? ¿Quién lo azotó? ¿Quién lo corrió y crucificó? ¿Por ventura hízolo otro que nuestro pecado? Yo le afligí y entristecí con mis malos placeres; yo le deshonré por ensalzarme malamente; los deleites que yo en mi cuerpo tomé le pararon tal á Él su cuerpo atado á una dura columna, y por-

que yo quise vivir vida mala, perdió Él su vida buena. Pues ¿cómo tendremos alegría habiéndose hecho tan mala obra á quien tantas buenas nos hizo? ¿Por qué toda criatura no había de vengar los males que contra el Criador hicimos? No se puede echar, señor, más carga ni mayor sobre nuestros hombros para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció. No hay cosa que así nos humille y nos haga estimarnos en poco como saber que fuimos causa de la muerte de Nuestro Señor. ¡Oh, quién lo supiera antes que hubiera pecado para morir antes que pecar! Pensaba el hijuelo que no hizo nada en lo que hacía. Después vino á pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la cruz por el contrapeso que el pecado hacía: ¿cómo podemos mirar al Padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos? ¿Y cómo este Padre nos quiere mirar y no nos aborrece, deshonradores de Él y verdaderos parricidas, y que merecen no cualesquier tormentos, mas muy crueles?

¡Oh divina bondad, y hasta dónde llegas! Espantámonos que estando en la cruz rogaste por quien en ella te puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacía. Yo digo que no sólo con aquéllos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo hiciste lo que con aquéllos. Porque si por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos; y aquellos pocos y todos te debemos aquella oración, y quizá algunos más que los ignorantes sayones que presentes allí estaban crucificándote. Todos, Señor, conspiramos en tu muerte, y á todos conviene lo que dices, *que no saben lo que hacen*. ¿Quién, Señor, tan mal te quisiera, que si supiera que el fruto de sus malos placeres tan caro habían de costar á tu Real Majestad, no reventara antes que ponerte en aprieto tan grande? Perdona, Señor, perdona, que no supimos lo que hicimos; y ahora que nos lo has declarado, enseñándonos en tu santa Iglesia que por pecados moriste, y que lo que burlando yo hice, tú lo pagas tan de veras, ¿qué será si á sabiendas reiteramos la causa de tu muerte penosa? No es razón, Señor, que queramos bien á quien á nuestro Padre mató; y pues los pecados le mataron, aborrecerlo tenemos si te amamos á Ti. David dice (Psalm. VI): *Los que amáis al Señor, aborreced la maldad;* y tiene razón, porque pecado y Dios, bandos son contrarios, que es imposible contentar á entrambos.

Escoja el hombre de cualquier ser, que es imposible al hom-

bre ser de entrambos, porque cualquiera de ellos quiere servidores leales y que mueran por ellos. (Hier., II.) *¿Qué escogeremos, Señor? ¿El cieno de los algibes rotos, ó la vena de las aguas vivas?* Señor, ¿qué escogeremos de buscar privanzas de criaturas ó de Criador? ¿Qué, en fin, arder con los demonios en el infierno, ó reinar con Dios en el cielo? (Psalm. IV.) *¡Oh hijos de Adán, hasta cuándo seréis de corazón pesado!* Y convidándonos con la verdad que para siempre ha de durar, y hace durar á los de su bando, ¿queréis seguir la vanidad, que hace parar en nada á los de su bando? ¿Hasta cuándo cosquearéis á una parte y á otra, ya siendo de un bando, ya siendo de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios, porque Él sólo basta á hacer dichosos á los que le sirven. Ya Cristo ha muerto al pecado: ¿por qué seguís bando de muerto, y queréis dar vida á vuestro capital enemigo?

No améis al pecado, y no vivirá; mas trabajad de lo deshacer con dolor y penitencia, para que se deshaga el que hicisteis amándolo. Sacadlo afuera para que sea juzgado, reprendido y condenado, lo cual se hace cuando lo confesamos; y de ahí adelante tenedlo por capital enemigo, trabajando por lo contradecir, estorbándolo doquiera que pudiéredes, que no ose parecer delante vosotros; porque el amador de Dios, si tiene entrañable aborrecimiento al pecado, trabaja por lo alanzar de sí y de los otros, deseando que la honra de Dios vaya siempre delante, y que en todos reinase Él, pues á todos crió y por todos murió.

Esto, muy ilustre señor, he acordado á V. S. para cumplir con la fidelidad que le debo, y por eso le aviso se guarde de este traidor enemigo de Dios, haciéndole saber que si con Dios quiere privar, otro medio ni remedio no hay sino hacerse muy entrañable enemigo de todo pecado: y porque este aborrecimiento es dádiva de Nuestro Señor, hásele de pedir muy de corazón y con mucha humildad y fe; y hase de buscar con buenas obras, y ayunando y rezando, y dando limosnas, y satisficiendo lo que debemos, porque quitemos los estorbos al Espíritu Santo, mirando por la justicia de sus vasallos, sin inclinarse á una parte ni á otra; mas así como es lugarteniente de Dios para con ellos, así sea semejable á Dios en el tratamiento, en aparejarse á sufrir más que á ser sufrido y no torcer por pasión alguna, como Dios no tuerce.

Que razón es que quien está á la silla de uno sea semejable á él; y pues en la honra tiene lugar de Nuestro Señor, téngalo en la carga, téngalo en el celo del bien común. Ninguno hay, por chico que sea, que no sienta provecho y consuelo de tener tal señor, como ninguno hay en el mundo que no sienta provecho de Dios. Es el señor con el pueblo como el ánima con el cuerpo: halo de consolar, avivar, calentar, sustentar y entrañablemente amar, y sentir mucho lo que al pueblo acaece, como siente el ánima lo que al cuerpo se hace, para que siendo semejable al Señor Jesucristo, que buscó el bien de los suyos, aunque con trabajo y pérdida propia, vaya á reinar con Él para siempre adonde dé por bien empleados los trabajos que acá hubiere pasado.

CARTA Á UN SEÑOR DE ESTOS REINOS,

CONSOLÁNDOLE EN SU ENFERMEDAD, Y CÓMO ES MERCED DE DIOS

Sabido he que está V. S. mal dispuesto, y no sé si me pene ó si me goce, porque me parece haber causa para lo uno y para lo otro. Si á su cuerpo miro, compasión le tengo; porque es grave género de padecer el estar enfermo: si á su ánima, no puedo sino gozarme; porque confío de Nuestro Señor que esta corporal molestia es para mucho bien de ella. Resta por una parte me pene su pena, y por otra me alegro de su ganancia; y cuanto más vale ánima que cuerpo, tanto es mayor el gozo de su bien que la pena de la enfermedad del cuerpo. Trabájese V. S. de entender á Dios, cuyas obras son palabras; porque la Escritura dice (Prov., XIV): *Que es acepto á su señor el siervo que entiende;* y la experiencia declara que cosa es molesta al señor la torpeza del criado que entiende uno por otro, cuánto más si entiende lo contrario de lo que le dicen. Jesucristo quiere salvar esa su ánima muy de verdad. Y esto no es mucho que se crea, pues que las llagas y muerte que por ella pasó dicen á voces que la ama; y no ama y desampara, sino quiere hacer mucho bien á quien ama; porque su amor cosa fecunda es, y no estéril. Y queriéndola salvar, le solicita por muchas maneras esta salvación; muchas de las cuales serán á V. S. notas, pues sabe las inspiraciones, las ocasiones que para su bien Dios le ha procurado, y otras no entenderá por ser encubiertas ó por no mirar Él en ellas.

¡Es posible que todavía V. S. se haga sordo, y sea la dureza tal que con tanta blandura no se ablande, y que haya hecho olvidar los buenos propósitos que Cristo le ha dado! Y como, según la palabra del Apóstol (Ephes., II): *Dios sea rico en misericordia,* añade Él bondad y mercedes, aunque hayamos destrozado las que nos ha hecho: y ponemos casa y caudal de nuevo, aunque jugamos y perdimos lo que primero nos dió; é inmenso es Dios, y de su propia naturaleza dadivoso, sufridor y de mucha misericordia, y nunca el hacer bien le pudo ahitar. Muy grande es la sed que tiene de nuestro bien (porque es Él bueno), mayor mucho que la que el más codicioso hombre pudo tener de su bien é interés propio; y por esto torna de nuevo á acordar á V. S. lo que muchas veces le ha dicho, que le quiera tomar por padre, y Él le tomará por hijo; que quiere tratar con Él, y que Él se holgará de ello, y que todo el provecho será de vuestra señoría; porque Dios no quiere más de gozarse de nuestro bien, porque nos ama y porque hay algunos hombres pesados para ir á Dios á gozar de Él; y Él en todo caso quiere que vayan tras de Él por diversos medios, hasta que los cansa y experimenten que fuera de Él no hay sino angustias, desmayos y perdición Dales amarguras muy vivas, que con ningún dinero, estado, favor y miedo se pueden quitar, para que probando lo amargo de todo lo criado y la falta y poquedad de ello, resurtan de ello y vayan á gozar del Señor, que es todo suave; como niño herido corre á los pechos de su madre, y cuando no lo era andaba lejos de ella, y quizá con peligro.

Tenga V. S. por cierto que esto que le envía es mensaje de amor y de paz, aunque parece cruel guerra y azote, y que como á pez grande le trae río abajo y río arriba hasta cansarle; que su padre es, y no se deleita con verle padecer, sino para que viéndose cansado, se vaya á Jesucristo á descansar, y sea de Él recibido con brazos abiertos; y entonces dirá Cristo: porque gozases de este abracijo te envié aquel azote, y por sanarte en lo más, te herí en lo que es menos, y por medio de lo que parece ira te he hecho participante en mi misericordia.

Este es el fin de la vara del castigo de Dios; y mirando este fin tan rico y suave suframos lo amargo del medio, que Esther besó el cabo de la vara que el Rey Asuero tenía en la mano. Agradezca V. S. á Jesucristo Nuestro Señor este trabajo, y sepa aprovecharse de él, mirando lo que la Escritura dice: *Hijo,*

no te desmayes ni desprecies en tu enfermedad; mas ora al Señor, y curarte ha. Ya sabe que dicen: si no sabes orar, entra en la mar; porque somos tales, que si no es en el tiempo de los trabajos, no oramos atentamente al Señor; y llama á orar al gemido que sale del corazón por las ofensas de nuestra vida pasada, y el firme propósito de renovar nuestra vida. Esto se hace más fácilmente en la enfermedad que en la salud; porque viéndonos en peligro de vida, esnos ayuda para tener en poco la vida, y para enmendar la que nos queda. Y pues Cristo con amor le visita, V. S. con amor le salga al camino, y le ofrezca de buen corazón los trabajos de la enfermedad, los cuales Él recibirá como un muy precioso don, así por ser cosa que mucho duele, como por ser ofrecidos con humilde obediencia: y cuanto más padeciere su cuerpo, tanto más se goce su ánima; porque tanto queda ella más rica, cuanto el cuerpo afligido. El mal del cuerpo se pasará, el bien del ánima no.

Esfuércese ahora V. S. un poco, y haga cuenta que entra en guerra, que aun Séneca dijo que el varon fuerte también tiene en qué ejercitar su fortaleza en la cama padeciendo enfermedades, como en el campo ejercitando la guerra; porque la principal parte de la fortaleza es sufrir más que acometer; y la Escritura dice (Prov., XVI): *Que es mejor el varón paciente que el fuerte;* y pues V. S. es amigo de sonido de tambor y de guerra, ejercite ahora su deseo en pelear con unas tercianas, y pelee contra la poca gana del comer, y coma sin gana cuando es menester: otro tiro, no comiendo lo que le daña, aunque lo haya gana, y otros mil ardides hay, que V. S. bien entenderá. Y piense que se saca de esta pelea mayor honra y riqueza que de otro cualquier vencimiento.

La joya de aquello es una ciudad ó reino ó reinos; mas en fin, son de tierra y polvo: la de acá es el perdón de los pecados, los cuales por la penitencia perdona Dios. Es el tener domada la carne, que es un muy peligroso enemigo cuando está fuerte. Es la amistad de Cristo, el cual particularmente ama á los trabajados, porque Él lo fué, y ve en ellos imagen de Él. Es, en fin, la joya Dios, el cual se da á trueco de trabajos; y por eso se debe V. S. animar á salir victorioso de aquesta pelea; y cuando flaco se viere, mire á Jesucristo sudando y angustiado en la suya; y viendo á su Rey tan fatigado, haya vergüenza el caballero de tornar atrás por más trabajos que vengan; y pida

esfuerzo al mismo Cristo, que si Él no esfuerza, no hay fuerza. Y según fué dicho á un Rey por boca de un Profeta: "Si piensas que la victoria consiste en fuerzas humanas, hará el Señor que seas de tus enemigos vencido; porque de Dios es dar victoria, y de Dios es hacer huir."

Pida V. S. la medicina al que envió la herida; que para sanar hirió, no para herir. Llámele, que cierto le oirá, y muy mejor que cuando estaba sano. Use el sacramento de la Confesión y Comunión, con que tenga fuerzas para llevar su trabajo; haga dar las limosnas, porque su mal sea alivio de males ajenos, y pida ofrezcan al Padre Eterno su Hijo en sacrificio en el altar, para que su misericordia esfuerce la flaqueza de vuestra señoría y le perdone lo errado, le encomiende lo que va tuerto, consuele lo que está triste, descargue lo que da pesadumbre, asegure lo que le da temor; y cuando su voluntad sea, le levante de esa cama sano del cuerpo y del ánima, y con tanta gracia que le sea un leal servidor, y por tal reine en el cielo con Él. Larga carta es esta para enfermo: mándela V. S. leer á pedazos, cuando la terciana diere lugar; y sea Jesucristo su salud. Amén.

CARTA Á UN SEÑOR DE ESTOS REINOS,

ANIMÁNDOLE Á BUSCAR SOBRE TODA COSA LA GRACIA DEL SEÑOR

Pues que la vida cristiana hace poco caso del cuerpo, y su principal trato es en el espíritu, no es mucho que sin haber visto á V. S. sea muy dado á su servicio con desearle mucha gracia delante los ojos de Dios, y con suplicarlo al mismo Señor en mis oraciones y sacrificios, y con muy verdadero corazón para en todo lo que más pudiese ayudar á V. S., para que gane esta corona en el cielo prometida; porque á mi ver, el cristiano, ó no tiene más de un negocio, ó éste es el principal, conviene á saber: hallar gracia delante de Dios; pues tenerlo contento es la mayor parte de las buenas dichas que nos pueden venir, porque sin esto, ¿qué es todo sino pesadumbre y pobreza? Y teniendo este negocio bien hecho no hay cosa que dañe; pues teniendo á Dios no se debe nadie tener en menos, aunque todos los trabajos vengan sobre él; y creo que una de las causas por que muchos se quedan sin tener á este Señor, y se contentan con las poquedades del mundo, es por no conocer el valor de

Él, ó por no conocer la gana que tiene de darse; porque quien en un bien solo halla juntos todos los bienes, y que le están rogando con él, más querría tener aquél que andarse cansando y mendigando de las criaturas de cada una alguna parte, y después de muchos trabajos quedarse tan vacío como si ninguna cosa hubiera alcanzado.

Dénos Cristo su luz para que alcemos á Él nuestros ojos, y nos parezca tan digno de ser querido que sin miedo ninguno demos por le haber cuanto por Él nos pidiere; porque quien por Dios quiere dar algo, no bajamente siente de Él; y por esto merece quedarse sin Él, pues tan mal responde al precio con que Dios nos apreció cuando todo se dió en la cruz por nuestro amor. Mucho se ha de dar por el que es, mucho se ha de estimar la gloria de todo lo criado, y cuanto más nos doliere lo que nos pide por sí, tanto más alegrarnos por tener en qué honrarlo y enseñarle el amor. Y si esto está bien á todos, ¿cuánto mejor á las personas de estado, á las cuales el Señor dió más aparejo para le servir y les dotó de mayores mercedes? Yo he dado gracias á Nuestro Señor por la buena parte que del servicio de Dios á V. S. cabe; á su misericordia plega darle cada día mayor y mayor gracia, para que vaya ganando más gloria delante de Dios, y dándole perseverancia en su amor, pues al que persevera está prometida aquella celestial corona.

CARTA Á UN SEÑOR DE TÍTULO,

ANIMÁNDOLE Á CONFIAR DE DIOS, Y ENSEÑÁNDOLE CÓMO HA DE VIVIR PARA ALCANZAR ESTA ALEGRE CONFIANZA

Ayer supe que V. S. había escrito, y que andaba con sus acostumbrados achaques cerca de su salud. Es cierto que aunque la compasión no se puede negar á los males corporales de vuestra señoría, que es más mi placer cuando oigo que anda así, que no mi pena. Tengo á Nuestro Señor por Padre muy verdadero y por Médico muy cuidadoso para el bien de vuestra señoría; y miro estas cosas como particulares remedios que de su providencia vienen, para que la soltura del corazón de vuestra señoría se restrinja debajo la santa ley, y entienda más en aparejarse para morir que no en vivir largos días ó vanos días; y así como esto es grande merced suya mirar más á nuestro eterno provecho que á nuestro breve pasatiempo, así será

grande nuestra locura si no aceptamos esta gracia y nos aprovechamos de tales remedios. Temer debemos no se diga de nosotros: *Que curaron á Babilonia, y no sanó* (Jerem., LI), y por eso la dejaron; y en todo caso conviene tener los ojos puestos en lo que más nos va, que es lo del ánima.

Si las temporales ocupaciones de la vida, casamiento y estado no dan lugar á que con entrambos ojos y corazón muy entero miremos esto, á lo menos lo miremos con el ojo derecho, y lo estimemos por lo principal en nuestro corazón, y en lo del ánima entendamos con amor: en estotras cosas por más no poder, y entonces conozcamos las cosas que menos son, cuando no contradijeren á las que más son, ni nos apartaren de ellos: y si no puede V. S. amar á sólo Dios sin que ame algunas cosillas otras con Él, á lo menos ámele más que á todas las cosas, y caigan debajo los pies cuando quisieren levantarse á ser preciadas más que un mandamiento de Dios. Ya que no puede tener la limpieza de la conciencia que Él querría, tenga aquella que es necesaria, sin la cual ninguno puede ser llamado hijo adoptivo de Dios ni ver su faz. Campo hay donde la gente común oye al Señor, y monte donde los más fuertes suben á le oir; y he visto algunos dejar de ser medianamente buenos porque no son perfectamente tales. ¿Qué mayor locura que ésta, meterme en el infierno porque no me hicieron de los mayores santos del cielo? ¿Qué mayor desatino que porque no ando sin tropezar alguna vez, darme tanto desagrado de mi mal andar, que por aquello me quedo caído ó me corto los pies? *Hijo*—dijo la Escritura,—*en tu flaqueza no te desprecies; mas ora al Señor, y curarte ha.*

De alabar es en el flaco que se mida y se estime conforme á su poquedad; mas muy de reprender que se desmaye y dé con todo en el suelo porque se ve sano: porque de aquesta manera viene á caer en mayor enfermedad, aborreciendo la misma enfermedad. Digo esto porque deseo que tuviese vuestra señoría asiento cierto en su ánima y una concertada vida, de manera que pueda con ella esperar de la bondad de Nuestro Señor que está en su amistad y que tiene parte en su reino, y que sea muy cuidadoso y porfiado en guardar esta tal vida y tener en pie el alegría del corazón que de la guarda de los Mandamientos de Dios nace. Y aunque las malas disposiciones del ánima suelen dar pena, aunque no sean males de muerte, como

se ve en las del cuerpo, no se ha de dar tanto lugar á esta pena que derribe mucho el corazón, mas irle á la mano diciendo: bendito sea Dios, por cuya misericordia estoy vivo, aunque enfermo; y el placer del vivir delante los ojos de Dios temple la pena de la poca salud, y téngase por muy dichoso en tener esperanza de ser salvo, aunque pasando primero por fuego.

Mucho querría ver á V. S. alegre y consolado en la gracia de Jesucristo, y el corazón persuadido que por Él ha de ser salvo mediante la guarda de su santa ley; y que llevase unos pasos ciertos y sosegados, una cuenta clara y de buena esperanza, con que tuviese conjetura que le ha de decir el Señor (Mateo, XXV): *Gózate, siervo bueno y fiel;* y que en todo caso para esto no hay pereza, no se alegue pobreza, no respete á cosa ninguna, sino que se cumpla con el ánima. De donde diere, que si Dios ve en un corazón verdadero deseo de agradarle á Él, no dejará por su bondad de abrir caminos como se efectúen los buenos deseos, con tal que entendamos que algunas veces es menester derramar la sangre en estos caminos; y esa es cierta señal que son de Dios, pues Él dijo ser estrechos. Cierto, si un hombre espera que se le ofrezcan los medios para su salud sin trabajo y sin pérdida de lo temporal, muchas veces se quedará sin la salud de su ánima, porque tan barato la quiso comprar y tan sin trabajo alcanzar; pues aun en la del cuerpo, que muy menor es, no se sufre esto. Bien entiendo que no se hace esto tan presto como se dice; mas ¿qué hemos de hacer donde vemos estar en balanzas, ganar ó perder á Dios, y para siempre? ¿Qué cosa puede haber que haga contrapeso á cosa en que tanto va?

Por tanto, Señor, entremeta V. S. este cuidado entre los otros, ó, por mejor decir, sea éste el principal, y los otros los entretejidos, y duela ó no, corte aunque sea de su carne, hasta qnedar con salud, que después se alegrará. Ose acometer la entrada en el cielo, que á Dios hallará por ayudador en el camino; y no sólo no se desmaye en los trabajos, mas gloríese que le pone Dios en ellos para mayor gloria de Él. Á su misericordia plega dar á V. M. I. S. su santo espíritu, con que le sea dulce cumplimiento de su palabra y alcance aquel reino para que fué criado. Amén.

CARTA Á UN SEÑOR DE TÍTULO,

ENFERMO, ANIMÁNDOLE Á PADECER, POR EL GRANDE FRUTO QUE DE ESTO VIENE

He sabido que después que de allí me partí ha ido vuestra señoría aún más trabajosamente que cuando yo allá estaba, y debe ser por hacerle Nuestro Señor más merced, pues lo son los trabajos para quien los sabe entender. Y bien es, que para tener parte en la venida de Jesucristo Nuestro Señor esté vuestra señoría en ellos, pues dijo Él (Isa., LXI): *Que había venido para dar á los pobres buenas nuevas, y medicinar los quebrantados de corazón, y consolar los llorosos, y darles corona por la ceniza y alegría por el lloro.* Y pues el consejo del Altísimo es no dar parte de sí sino á quien de estas cosas tuviere parte, témplese el sinsabor de ellas con venir Dios con ellas ó tras ellas; lo cual no sólo las hace sufribles, mas deseables, porque muy mayor es la ganancia que traen que la pérdida; y siendo Dios el que se da á trueco de la hiel que ellos tienen, en ninguna manera deben dejar de ser amadas, y así bien recibidas cuando vienen, y aun deseadas y llamadas cuando se tardan.

Fortísima cosa es un corazón determinado en querer á Dios; porque como entiende que puede alcanzar á éste que desea, no teme meterse por lanzas, teniéndose por cumplidamente dichoso con sólo este bien que alcance, aunque sea á trueco de todo lo que le pueden pedir. Estima á Dios en mucho, y de ahí le viene estimar los trabajos en poco, pues leemos de Jacob haberlo hecho con su amada Raquel, y aunque le echasen carga de nuevos trabajos, toda la llevó por gozar de su deseo: y pues á V. S. ha cabido suerte, por la misericordia de Dios, estar apalabrado con Dios, sobre que será Él su galardón y descanso de sus trabajos, no dé esta mancha en su honra que le parezcan grandes, siendo Dios la paga de ellos y el mismo que los envía.

Sufra V. S. la carga y la sobrecarga los siete años primeros y los siete siguientes, que si persevera en el amor de Raquel, su galardón será el eterno descanso, y cantará delante el acatamiento de Dios: *Laetati sumus pro diebus quibus nos humiliasti, annis quibus vidimus mala* (Psalm. LXXXIX); y entenderá entonces el valor de la enfermedad y dolores que Nuestro

Señor ahora le envía, y mirarlas ha como á simiente de su gozo, y á camino de su descanso y á cosas que le acarrearon á Dios; y pues el cristiano acá ha de tener parte de aquella luz que allá ha de poseer perfectamente, mire V. S. sus trabajos con ojos de fe, cotejándolos con lo que de ellos saldrá, y serle han consuelo de ellos mismos, y verá que aunque son cargosos, ellos mismos traen fuerza con que sean llevados, porque lo que afligen con lo presente consuelan con la esperanza; y como ésta sea muy cierta, pues lleva la orden que Dios tiene puesta, que es que venga después de ser uno probado en la tribulación, ningún lugar queda para no ser bien recibidos los anunciadores de nueva tan buena como es de llevarnos al cielo. Tenga vuestra señoría cuidado de les dar compañía cual ellos desean, que es paciencia en ellos, y diligencia en hacer las buenas obras que pudiere; que pues Dios da á entender que le quiere salvar, no es razón ser flojo en efectuar lo que conviene para tan grande bien y que tan presto vendrá: y esté con mucha confianza en las piadosísimas manos de Dios, el cual sea guarda de vuestra ilustrísima señoría, y todo su bien y su eterna corona. Amén.

CARTA Á UN SEÑOR DE TÍTULO,

ENFERMO, Y DE LA MUERTE TEMEROSO, ENSEÑÁNDOLE Á CRECER EN EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Recibí la carta de V. S., leíla y entendíla, y espero de Nuestro Señor Jesucristo misericordia para V. S., pues para la grandeza de Él no es mucho hacer bien á quien lo merece, habiéndolo hecho á los que lo desmerecen. No me pesa que V. S. tenga temor de la muerte; porque aunque es cosa penosa, no es peligrosa, y muchas veces enviada por Nuestro Señor para que con esta espuela hagamos lo que con la del amor no hacemos. Y Él, como es Padre de misericordia, suele guiar estos negocios de arte, como temor y esperanza nos ayuden á andar el camino, el cual será bien allanar y aparejar, pues para todo suceso aprovecha y para ninguno daña.

Querría que V. S. mandase hacer la casa del aposento de los pajes. *Item*, que se pagase aquello de las armas y caballos que se echaron en aquellos pueblos. *Item*, que por ahora no se compre cosa costosa de vestidos y cosas semejables. *Item*, si

vuestra señoría ha malganado algo á juego, que no esté restituído ó tornado á perder con la misma parte, que se restituyese. *Item*, si dijo á algunas personas que jugasen, y por respeto de V. S., cuyo ruego es como mando, jugaron, y alguna perdió, que se le restituya. *Item*, porque las personas que tienen Estado, como V. S., no alcanzan muchos cargos y agravios que se hacen á otras ó sus criados por descuido de ellos, que vuestra señoría mandase decir en las iglesias de su Estado que cualquiera persona que tenga algún agravio, que lo venga diciendo y se le satisfará. Y poner V. S. al Prior de Santo Domingo, y un Letrado de Derechos, que sepa los negocios del Estado, y al cura, para que oigan y vean lo que se debe hacer: y algunos casos oirá V. S. aunque le sea trabajoso, porque no se le digan en otra parte que más pena le dé. Y en todo caso querría que se hiciese esto, porque me parece ser remedio de cualquier mal que á prójimo toque, y fácil de hacer bien, cuanto difícil si se guarda para después de la vida. No sea impedimento para esto lo que al mundo puede parecer de hacerlo, pues quien tiene cuenta con Dios, fácilmente la perderá con el mundo.

Á la persona que V. S. manda que hable, no he hablado, porque ha diez ó doce días que estoy en la cama: ayer me levanté: yo tendré cuidado cierto de lo hacer con brevedad, y avisaré á V. S. de lo que hay. Desde que V. S. se partió de acá, ha querido Nuestro Señor de me poner cuidado más vivo de lo encomendar en las manos de su misericordia. No había entendido la causa, y debe ser la mayor necesidad: sea lo que fuere, V. S. se esfuerce mucho con aliento nuevo á ofrecerse á la voluntad del Señor, como quien hace servicio á un padre de algo que mucho ama. No nació V. S. para sí, sino para Dios; y antes que naciese ya estaba comprado por Jesucristo, el cual consigo, á precio de tanta ventaja, nos compró, para que los que vivimos, como dice San Pablo (II Cor., V): *No vivamos para nos, sino para Él.* ¿Quién querrá quedarse por propio, viéndose comprado por Dios, y por precio de Dios? Hay hombres que se ofrecen en una guerra por causas ligeras á perder la vida; ¿y seremos tan cobardes que no queramos darnos á Dios? Dióse Él por nos á manos de sayones, ¿y no nos daremos nosotros en las suyas á Él para vivir, habiéndose dado Él para morir?

No sea V. S. avariento en esto: haga esta cuenta: Dios hay: por quien es, y por lo que por mí pasó, y por lo que me ha soltado, y por lo que me ha hecho, me le debo tres mil veces: si hasta aquí no le he dado el señorío de mí, pésame de ello: ahora se lo doy libre y desembarazado, para que me trate á su voluntad, y que yo haga la suya, así en lo que me tiene mandado que yo haga en su santa ley, como en cualquier trabajo que me quisiere enviar, quitar ó poner: ¿dónde estaré mejor guardado que en las manos de Dios?: á las cuales yo me doy, pues Él no deja perder sus cosas, y porque yo hiciese esto perdió Él la vida: no lo pidiera si no lo quisiera, y no se gozara si no lo deseara; porque no es de Dios mandar que le den y no querer recibir, como tampoco es mandar que le pidan y dejar de dar. Y pues nos ha notificado su dulce voluntad, con la cual quiere nuestro bien, y por esto quiere que seamos suyos, sin duda creamos que quien tan cuidadoso es en pedir, y quien pide con amenaza de infierno y con promesa de reino, no será descuidado en el recibimiento de lo mismo que Él pidió.

No le parezca á V. S. que pecados pasados son parte para estorbar este amoroso abracijo de Dios, pues con brazos abiertos está llamando al mismo pecador, primero que el pecador llamase á Él, y le dice (Jerem., III): *Fornicata es cum amatoribus multis, revertere ad me, et ego suscipiam te.* No se cansa el pastor en buscar la oveja perdida, ni el cazador su azor, y cuando lo halla, tómalo y tráelo consigo con mucha alegría. Digo esto, porque á lo que de V. S. entiendo, tiene más de propio conocimiento que no de conocimiento de Dios, y por eso tendrá más de temor que de esperanza y de amor. No se desdiga V. S. de la mala posesión en que se tiene: confiéselo así, créalo así, y no quiera remediar su temor con falsa esperanza y mentira, alivianando sus males: no así, que será mal sobre mal, y el postrero peor que el primero, y estorbo para remedio, pues no da Dios su perdón ni misericordia sino á quien conoce su propia miseria. Mas crea que como nosotros somos más malos de lo que alcanzamos, así es Dios más bueno de lo que entendemos. Otro corazón tiene Él que nos, y especial en el perdonar, lo cual saben los hombres muy mal hacer, porque saben muy mal amar. Y de aquí nace no alcanzar aquella alteza de misericordia que Dios con los pecadores tiene; porque como no han experimentado sino ira con quien les

ofende, y si perdonan les quedan mil reliquias y resfriamiento de amor, juzgan de Dios lo que de sí; y aunque su boca diga que hay diferencia de Dios al hombre, no lo siente así su corazón.

Cuando sean más grandes los hijos de V. S. y le den algunos enojos, quizá lo entenderá algún rastro de aquesto. No desama el padre al hijo aunque le enoje, sino castígalo y tiénele corazón de padre; y así hace Nuestro Señor, al cual, siempre que el pecador quiere tornar á Él, no se le niega el corazón paternal; y cuando no volvemos, está deseando que volvamos, sin ser parte para estorbar este deseo todos nuestros pecados, porque es mayor su amor : y este amor y cabida en su corazón ganamos por el medianero de Dios y los hombres, Jesucristo Señor Nuestro, que siendo Él Hijo natural, nos ganó adopción de hijos y corazón en Dios de padre con hijos, cada y cuando que de Él quisiéremos gozar por la penitencia y sacramentos. Este amor es la raíz de donde sale el esperarnos Dios, el llamarnos, el recibirnos, y perdonarnos y salvarnos; que si bien se mira, el corazón y amor con que esto hace nos enamora más y obliga más que lo que hace. ¿Qué cosa es querer tanto Dios al hombre que, por amarle tanto, por mucho que le enoje no le quite este amor, y hacerle decir: no quiero á Fulano bien aunque se torne á mí, no le quiero buscar, ni enviarle á rogar que se torne á mi casa? No, nada de esto, sino aquel perseverante amor que como vivas llamas arde, y tan encendidas, que así como las muchas aguas de las penas no se lo pudieron apagar para que dejase de morir por nos (Cantares, VIII): *Así las mayores aguas de nuestros pecados no pueden apagar esta encendida caridad de Dios con nosotros;* mas siempre vencedora en las penas y en las culpas, y allí padeciendo, aquí perdonando. Y todo nace de una misma raíz de amor, y tan fuerte, que no hay maldad que le venza.

Quien de esto se maravillare tendrá razón, porque de igual á igual, de menor á mayor, fuera cosa maravillosa; y este amor de Dios al hombre es más que maravilloso. Mas quien por parecerle cosa muy grande no lo creyere, afrenta hace á Dios, pues por su corazón maravilloso por eso no lo cree, siendo rastro propio para conocer las obras de Dios el ser tales que hagan maravillar á los que las conocen; porque si Él es maravilloso, hanlo de ser sus obras; y si otras sí, éstas del amor más,

pues nacen de bondad, de cuya manifestación Dios más se precia y Dios más usa que de los otros atributos suyos (Psalmo CXLIV): *Miserationes ejus, ait David, super omnia opera ejus.* ¡Pues cuán mal lo mira quien por ser mucho lo que Dios hace no lo cree, por ser mucho lo que promete no lo espera, cotejando las cosas de Dios con la medida tan chica de su entender! No alcanza la Samaritana dónde ó de dónde tenga Cristo agua, y gana de dar la que quien la bebiere no tenga más sed. Mas dice el Señor que no sabe la mujer el don de Dios, ni quién es el que pide á ella fe y penitencia y quiere darle el Espíritu Santo. Y no faltan ahora hombres tan acobardados y flacos en la fe que no puedan creer de Dios sino conforme á su propia pequeñez, puestos los ojos en su poco poder, poco merecer, y como animales de tierra andan por ella, y así se quedan en ella. Mas quien á Dios mira, y dándonos su Hijo, que es su amor y amansamiento, contentamiento y donde sus ojos se recrean, ¿qué dudará de este corazón, sino que le será propicio cuando le llama con penitencia, y piadoso cuando le hubiere menester? Pues quien esto conoce, y lo pide como lo debe pedir, puede esperar que lo tendrá, y con tenerlo tiene todo bien, y no por qué temer, como esclavo sin amor.

Dése, pues, V. S. priesa á amar á este Señor que tanto le ama y tanto bien le tiene guardado, y mire que si algún tiempo tuvo deseo de se enmendar y seguir al Señor, ahora lo renueve y acreciente; porque dos veces mandó el Señor que circuncidasen á su pueblo: una cuando lo mandó Abraham, y otra cuando lo metiese Josué en tierra de promisión. La primera significa cuando uno sale de la vida mala y mundana y sigue el camino de la ley de Dios, que es el camino estrecho, mayormente en los ojos del mundo. Y la segunda es cuando Dios quiere llevar á uno á su reino, mándale que con nuevo fervor se mire, se enmiende y cercene todo lo superfluo que es menester, para que con alegría y limpieza espere la corona de Rey que la bondad de Dios tiene aparejada á los suyos. Use vuestra señoría el confesar y comulgar, porque es la cosa que más consuelo y esfuerzo da oir la sentencia de nuestra absolución y recibir en nos á Jesucristo. Rezar algo, y leer, y limosnas, y todo lo demás que Nuestro Señor le inspirare. Y hágame sabedor de cómo le va; y si le fuere á V. S. mejor de salud, quedarnos hemos con el buen estilo del ánima, y habremos sa-

cado esfuerzo del miedo. El espíritu consolador que por Jesucristo se da á los hombres que se aparejan, more en vuestra señoría, y le enseñe á agradar á Dios, y lo guíe por camino derecho. Amén.

CARTA Á UN SU AMIGO,

CONSOLÁNDOLE EN LA MUERTE DE UN HIJO ÚNICO

Sea Nuestro Señor bendito por todo lo que ha hecho, pues allende de haberse cumplido su santa voluntad, lo cual debe ser al cristiano grande alegría, ha hecho muy grande merced á nuestro hermano é hijo vuestro en alzarle el destierro que en este mundo padecía, y llevarlo ha á su propia tierra, que es la vista del mismo Dios. No conviene, y por ninguna vía conviene que los que le amábamos estemos de esto penados, pues el amor verdadero, bienes verdaderos ha de desear á quien ama, y gozarse cuando le vienen. Y estos tales no los hay en este mundo, aunque todos juntos á uno se den. Gocémonos, pues, en el Señor, que multiplicó su misericordia con nuestro amado, y por medio de quitarle una vida transitoria y que no tiene más de vida que el nombre, lo llevó á la que de verdad lo es y eternalmente.

¿Qué pudiérades vos, hermano, con ser su padre, desearle ni buscarle que tan bien le estuviera como lo que el celestial Padre ha hecho con él? Hale sacado de la peligrosa guerra de este mundo y llevádole á la tierra de paz, donde goce de las victorias que aquí ganó contra los pecados, que son los enemigos de Dios. Y pues quien tiene corazón del mundo se suele gozar cuando su hijo es prosperado en los bienes del mundo, el padre cristiano que ha de tener corazón de cristiano, que es celestial, gócese con más razón con haber venido á su hijo un reino, que aunque no se vea acá, no por eso deja de ser verdadero, antes por eso más cierto y verdadero, porque no es á estos ojos visible. No penséis que se os ha muerto, pues no es muerto quien con Dios vive. No lloréis, pues él goza de la fuente perpetua de la alegría. Y si á vos os hace falta con su ausencia, acordaos que los padres por el bien de los hijos suelen enviar á otras tierras, y con saber que están bien sufren con paciencia y alegría la pena que la ausencia suele dar.

Dad al Señor gracias que quiso tomar por siervo é hijo al

que de vos salió, y lo quiso hacer su ciudadano en el cielo y que vea su faz á cosa tan vuestra. Alegraos, que no estaréis ya congojoso qué será de mi hijo, qué le acaecerá, si ha de ofender á Dios, si ha de llevar hasta el fin el bien comenzado; pues ya han visto vuestros ojos que ha acabado su vida en servicio de Dios Nuestro Señor y le fué fiel hasta la muerte, y por eso le ha dado corona de vida según su promesa. Bien acabado está este negocio; entended ahora cómo se acabe bien el que os queda, que es el vuestro, procurando de imitar en él al que en edad era menor: si verlo deseáis, trabajad de ir al cielo, que allá lo hallaréis, y cierto sin ningún deseo de tornar acá; y pues los mozos tan presto se mueren, no tardarán los viejos de ir; y por esto es bien darnos prisa á servir al Señor, como quien muy presto ha de ir á verlo.

El Señor quiso que vuestro hijo fuese delante para que vuestro corazón no tuviese acá que amar, pues no tenía sino á él, y allá se fuese vuestro pensamiento do va vuestro amor: para que muriendo en este mundo viváis á las cosas del servicio de Dios, y os sea grande ayuda para eso vuestro hijo muriendo como lo era viviendo: lo uno llevándoos el corazón consigo, lo otro rogando al Señor por vos. Y pues tales favores tenéis, esforzaos á ello, para que allá os gocéis con él en el Señor y del Señor en sí mismo, viendo su faz, adorando su Majestad y poseyéndole eternalmente para su gloria y vuestro descanso. Y entretanto será bien hacer algunas buenas obras por el difunto, porque si alguna cosa le detiene en el purgatorio, el Señor se la suelte. Sea Cristo vuestro consuelo. Amén.

CARTA A UNOS SUS AMIGOS ATRIBULADOS,

CONSOLÁNDOLOS Y ENSEÑÁNDOLES LOS TESOROS EN PADECER, COMO EL SEÑOR LOS FUERZA PARA LOS LLEVAR

Bendito sea Jesucristo Nuestro Redentor, Señor, Padre y Maestro, que por tantas vías busca nuestro bien, enseñándonos su amor, aunque de los que poco saben y aman no sean sus obras entendidas ni recibidas con la reverencia y agradecimiento que sería razón; del número de los cuales suplico al mismo Señor saque á vuestras mercedes, y les dé lumbre con que vean la lumbre de aquesta verdad, de lo cual vendrá la obediencia y agradecimiento; porque ninguno habrá, si extremamente

malo no fuere, que no reciba de buena gana lo que es su provecho, y que no agradezca á quien se lo envía, mayormente siendo enviado con mucho amor. ¡Oh amador! ¡Oh amor de nosotros muy verdadero y probado, Jesucristo bendito! ¡Y quién dudará de tu amor habiendo sido de él testigos el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos está! Tú, Señor, lo diste, y porque nos amas lo diste, que ni esperas provecho de nuestros servicios, ni nos lo debes, pues todo lo que tenemos es tuyo. Ni hay otro motivo en Ti para hacernos mercedes, sí tu sola bondad, en la cual nos amas verdaderameute.

Señor, desde que oídos tenemos, otra cosa en nuestras orejas no suena sino bien os quiero; porque si sordos no somos, ¿qué otra cosa es la vida, salud, el pan, el vino, la tierra y el cielo, y todo aquello con que vivimos y nos movemos y somos, sino voces que pregonan el amor que nos tienes y pides? Lo cual sentía bien San Agustín cuando decía: *Todas las cosas me dicen á voces que te ame*. Y esto es por lo que hemos dicho, porque nos dicen que Dios nos ama. Mas porque estos testigos son bajos por ser criaturas, el mismo Criador nos vino á testificar su amor con el testimonio más cierto que hay; el cual es no sólo dar, porque aquello poco duele, mas darse y padecer por nosotros; lo cual es tanto mayor señal de amor, cuanto va de su persona á los dones; y este testimonio, porque sin duda fuese de nos recibido, firmólo con su muerte, habiéndolo escrito con su sangre; que pues no se puede más por uno pasar, por muy amado que sea, que morir por él, sepan los hombres que son amados de Cristo, pues puso por nosotros lo último que se pudo poner. ¿A qué propósito esto? Para acordar á vuestras mercedes que confíen que los quiere bien Cristo.

¡Oh palabra alegre en las orejas de los pobrecicos, la cual tienen los ángeles en gran reverencia! ¡Oh palabra, que nos dice la causa de cuánto bien tenemos y esperamos tener! Porque no de otra parte ni principio nos viene, sino porque somos amados de Cristo. ¡Oh si en otra cosa no hablásemos ni escribiesemos sino que nos quiere bien Cristo! Y este amor, aunque sólo basta para hacernos ricos y en hora buena nacidos, porque grande bien es hallar gracia en los ojos de tan alto Rey; mas su amor no es estéril, antes su amar es hacer bienes. Y como San Agustín dice: *No amas, Señor, y desamparas*. Por lo cual reverenciemos, agradezcamos, y con fe y amor participemos

de los merecimientos que Cristo nos ganó; y confiando en lo mucho que nos amó, dejemos todo pecado, y desterrada toda tristeza que suele venir en las tribulaciones, desterrada toda cobardía que suele combatir á los flacos, alanzando todo descontento que suele venir con lo adverso, hinquemos las rodillas de nuestro corazón á este Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos amó y amará, y agradezcámosle la merced que nos hace en enviarnos señales de amor; porque verdad dijo el que dijo (Hebr., XII): *Fili mi, noli negligere disciplinam Domini: nec fatigeris dum ab eo corriperis, quem enim Dominus diligit, castigat: flagellat autem omnen filium quem recipit.* Y puesto que duela, hemos de mirar el principio de donde sale y el fin donde va á parar, y con esto confirmar nuestra voluntad.

Los que miran no más de las manos de Dios engáñanse muchas veces, juzgando su corazón por sus obras; mas los que le miran á su corazón no son engañados, antes tienen el verdadero conocimiento de las obras, pues conocen de dónde nacen y dónde van á parar. No se engañe nadie pensando que la prosperidad que Dios envía es siempre señal de amistad; porque algunas veces suele ser señal de recísima ira: ni huyamos de lo adverso pensando que es ira de Dios, porque casi siempre suele ser señal de su amor: y pues con amor, y lo que más es, por amor nos atribula, debemos agradecérselo, pues no se debe menos al padre cuando castiga á su hijo que no se pierda, que cuando le halaga amorosamente. Y si miramos que la intención del Señor es nuestro provecho y su gloria, adoraremos á su Majestad, que tanta merced nos hace, aunque el medio nos parezca amargo.

Esto se nos dió á entender en la Reina Esther, que besó el cabo de la vara dorada del Rey Asuero; porque aunque la vara de nuestra corrección nos espante, mas mirando el fin ó cabo de ella, que es nuestro provecho y gloria de Dios, debemos besar este fin, aceptando lo que el Señor nos envía. Y esto no será muy dificultoso de creer á quien cada día manda purgar con acíbar y otras cosas más amargas á los que bien quiere, haciendo en ellos justicias y amándoles mucho. No es mucho que un cristiano tome la purga que Dios le da para sanarle su ánima, pues que el hombre toma la purga que el hombre médico le da para sanarle el cuerpo, y en la purga de Dios está cierta la

salud, en las otras no; y del celestial Médico estamos ciertos que no errará en dar más ó menos, porque todo va dispensado por un saber infinito, que no se le puede disminuir ni crecer, mas en el del suelo podemos dudar. ¿Pues qué sinrazón sería quien pide licencia y confianza á sus enfermos cuando los cura, que no la tenga en Dios cuando le cura?

Esforcémonos en Jesucristo Nuestro Señor, que de cierto no nos dará más purga de la que podemos beber. Y aun porque de buena gana la bebamos, bebe Él con nosotros; lo cual sintió San Pablo cuando decía de Jesucristo (Hebr., II): *Que por la gracia de Dios gustó la muerte por nosotros*. Sobre lo cual dice Crisóstomo, que así como el médico gusta primero la purga amarga por hacerla salva y quitar el espanto al enfermo, así Cristo, por quitarnos el temor de los trabajos y muerte, lo quiso primero gustar por nosotros. ¡Oh, si mirásemos cómo bebió Él toda la purga sin estar enfermo porque nosotros lo estábamos, y cuanto acíbar hallaba en ella cuando decía (Matth., XXVI): *Padre, si es posible, pase este cáliz de Mí!* Mas mirando nuestro remedio y salud que de su trabajo venía, mirando la voluntad del Padre que así lo había ordenado, dice: *Mas no como Yo quiero, sino como Tú*. ¡Oh palabra, que hace al que de verdad la piensa y ama ser invencible de carne, mundo y demonio é infierno! ¿Quién puede dañar á quien dice de corazón: no como yo quiero, sino como tú?

Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejan su voluntad propia y hacen la de Él; y esto no en las prosperidades (que aquello poco es), mas en las adversidades, adonde vale más un gracias á Dios, un bendito sea Dios, que tres mil gracias y bendiciones de prosperidades. Estas son las trompetas en las cuales nos está mandado que alabemos á Dios, porque son hechas á golpes; y esta es la música á las orejas de Dios más acepta que le podemos cantar. Bien veo yo que estas cosas más presto se dicen que se hacen, y que es más ligero consolar que sufrir, y que no se conoce el cristiano en saber consolar á los otros, mas en saber consolar á sí en la tribulación. Mas en todo esto fiel es el Señor, cuyas manos hieren y consuelan, y en cuya fortaleza ha de ser nuestra confianza.

No debemos derribar nuestro corazón por más que las penas crezcan, porque tanto más aparejo hay para que parezca la fortaleza de Cristo en nosotros, cuanto nuestras flaquezas fueren

mayores. Y esto es lo que Nuestro Señor dijo á San Pablo (II Cor., XII): *La virtud* (quiere decir *la fortaleza*) *en la flaqueza es más perfecta.* La fortaleza: no la tuya, que no la tienes, como lo pruebas; mas la mía más fuerte parece mientras tu flaqueza fuere mayor; porque cuando Dios defiende una cosa muy perseguida y muy enflaquecida parece ser fuerte, pues á cosa tan flaca sustenta contra tantas flaquezas. Y pues la intención del Señor es demostrar su gloria, mientras nosotros más atribulados y con menos fuerzas, más aparejo hay para que Dios gane honra; y fortaleciéndonos con su fortaleza, no debemos desmayar, por mucho que crezca la tempestad; mas mientras ella más crece, más confiar, y decir al Señor: esta es tu hora. Esto rogaba David al Señor cuando decía (Psalm. LXX): *Cuando faltare mi fortaleza, no me desampares, Señor.* Y pues que esto es así, digamos con San Pablo (II Cor., XII): *De buena gana me gloriaré en mis flaquezas, porque more en mí la virtud de Cristo.* Flaquezas llama á las tribulaciones. Si en sustentar Cristo á San Pablo en ellas moraba la virtud, que es la fortaleza de Cristo, en San Pablo parecía la honra de la fortaleza de Cristo. Y, por tanto, San Pablo antes rogó tres veces al Señor que le quitase la tribulación porque le dolía, la cual no creo, ni es de creer, que era tentación de la carne, mas otro trabajo, que ya no pide que le sea quitado, porque ve que teniéndolo, y no siendo derribado, parece la fortaleza de Cristo en la flaqueza de él. Y porque nuestros ojos no deben mirar á nuestro descanso, sino á la gloria de Cristo, dice San Pablo que está contento con ellas, pues sucede en gloria de Cristo aunque sea con trabajo.

Así que, hermanos, no pensemos que la victoria de esta pelea ha de ser por nuestras fuerzas á solas: Cristo nos pone en ella, y Él quiere la gloria de la victoria: Él peleará por nosotros y con nosotros: no desmayemos, y veremos el favor del cielo ser con nosotros. Aprovechémonos de esta medicina para conocer cuán flacos somos; lo cual es principio de salud, y cuán miserable cosa es vivir sobre la tierra, y cuán colgados estamos de Dios, y cuánto nos ama, pasando, no á más no poder, por nosotros, mas de su gana, lo que á nosotros tan recio nos parece de sufrir. Porque, á la verdad, nunca hombre, por contemplativo que sea, tanto conoció los dolores y amores de Cristo como quien pasa algo de ellos. Sepamos también cuán ne-

cios somos en pecar, pues nos obligamos á otros mayores dolores, y cuán bueno es Dios, que mereciendo nosotros estar en continuos dolores acá y allá, nos hace merced del infierno de allá y nos ayuda para pasar lo de acá, satisficiendo por nuestros pecados y ganando en el cielo coronas.

Estas y otras doctrinas aprenderéis en la tribulación mejor que en cuantas escuelas y púlpitos hay, y más de verdad; porque en estos lugares se suelen oir con las orejas, estando quizá el corazón en otra parte: en la tribulación óyese que Dios enseña con obras. No piense vuestra caridad que solamente es menester fortaleza para pelear en el campo por Cristo: en la cama y casa hay aparejo para ganar coronas; y no cualesquiera, porque la pelea de la enfermedad y dolor no es cualquiera. Cierto es que cuanto la cosa que nos viene es más contraria á nuestro querer, tanto es más recia la pelea, y más agradable á Dios la victoria. Pues por cierto (á lo que yo alcanzo y experimento), cosa es muy desabrida la enfermedad, mayormente si trae dolor. Y cuando uno con el favor de Cristo y por Cristo viene á hacer tan buen rostro al dolor y desabrimiento de ella como á la salud, paréceme que tiene gran victoria de su sensualidad, y será su corona grande.

Á esto nos debemos esforzar, como Séneca decía; porque si el dolor es poco, no es mucho que se sufra; y si es mucho, no es poca, mas mucha la gloria que de sufrirlo se sigue. Y por esto no hay excusa para no sufrir, cuanto más si miramos á la alta amenaza de Dios, que, como dice San Pablo (Rom., VIII): *Predestinó á sus escogidos á ser semejables á la imagen de su Hijo*. Pues si hemos de ser semejables en la gloria, también en los dolores; porque no es razón heredar con Cristo los gozos del cielo, y no querer parte con Él en los dolores del suelo. Oigamos lo que dijo á sus discípulos y á nosotros con ellos (Luc., XXII): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones, y yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso á Mí, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi Reino*. De estas palabras parece claro que los que quisieren sentarse á la mesa á gozos eternos con Cristo, primero les conviene sentarse con Él á sus trabajos que tuvo en el suelo; porque á éstos dispone el reino, como su Padre á Él. ¡Oh, si tuviésemos ojos para ver cuán gran soberbia es no contentarnos con pasar por la ley que Jesucristo pasó, y no aceptar el reino con la condición que su

Padre se lo dió á Él! Notorio es que el Eterno Padre únicamente ama á su Unigénito Hijo; mas por eso no dejó de disponerle el reino con tantos dolores y deshonras como pasó. Pues ¿por qué yo pensaré que el Señor no me ama aunque me envíe trabajos? ¿Por qué no me gloriaré que me trata como á su Hijo? ¿Por qué no le daré gracias, pues que me viste de la librea de su amado Hijo? ¿Por qué no tendré esperanza que me hará participante en su gloria, pues me veo serlo en sus trabajos?

¡Oh, bendito seas, Dios y Señor y Padre nuestro, que quisiste que tu amado Hijo fuese el primogénito de todos sus hermanos, dándole más gloria que á otro alguno, y quisiste que fuese también el principal, y que no tuviese igual ni segundo en el padecer dolores y otros trabajos! Hicístelo metro y mensura de nuestra perfección y gloria, para que uno mientras más llegado á su vida en este mundo, más perfecto sea; y mientras más llegado á Él en el otro, más gloria tenga. Pues si bien miramos, ¿qué tuvo Cristo en esta vida sino trabajos? Mientras más fuéremos trabajados, más conformes, más cercanos á Cristo; y por eso más ciertos de serlo en el cielo, adonde limpiará Dios las lágrimas de nuestros ojos, adonde nos recibirá como Padre amador de sus hijos, adonde nos coronará la pelea de acá, adonde parecerá mejor el cristiano que va herido y ensangrentado de la guerra de este mundo, que el otro que saliere sin herida.

CARTA Á UN DEVOTO:

TRATA DE LA HUMILDAD Y SOBERBIA, Y PERFECCIÓN DEL DIVINO AMOR

Dios dé á vuestra merced buenas Cuaresmas, y que así tome la ceniza de fuera al principio de este santo tiempo, que permanezca siempre en el ánima la santa humildad significada por ella: porque á quien Dios le da conocimiento y dolor de quién ha sido el tiempo que anduvo apartado de Dios, librádole ha de la peligrosa ceguedad de la soberbia, y hácele capaz de todos los bienes espirituales que les conviene tener; porque, como la Escritura dice (Eccl., X): *El principio de todos los males es la soberbia; y quien la tuviere será lleno de maldiciones;* quiere decir, de vicios; porque así como no suele andar un rey solo, así acompañan á la soberbia muchos pecados; y, por el contra-

rio, nunca la humildad está sola, pues, como Santiago dice (capítulo IV): *A los humildes da Dios su gracia*, la cual es madre de las virtudes. El soberbio busca su honra, y aflígese con la deshonra: el humilde avergüénzase de que le traten bien, y huélgase con su desprecio, porque entiende que en aquello se hace justicia, la cual él ama, como verdadero justo que es. Todo le falta al soberbio, porque por mucho que tenga y le den, se tiene por digno de más; y todo sobra al humilde, porque aun de la tierra que huella se conoce por indigno, y los mismos infiernos tiene por pequeño castigo para sus pecados. El soberbio con nadie cabe, ni aun consigo sólo; mas el humilde, con todos, porque á todos se abaja y á todos sufre, teniéndolos por mayores en su corazón. Parece al soberbio cosa muy recia ir tras la voluntad ajena, ó del hombre ó de Dios; mas el humilde sujétase y apócase, y así cabe por la puerta angosta de hacer la voluntad ajena, ó de la criatura ó del Criador.

Grandes son los bienes que vienen en la ceniza de humildad; y no conviene á nadie estar sin ella, si no quiere estar sin Dios; porque, como dijo San Agustín: *¡Cuán alto eres, Señor, y los humildes de corazón son casa tuya!* Y la divina Escritura dice: *¿A quién miraré, ó sobre quién descansará mi espíritu sino sobre el pobrecillo que tiembla de mis palabras?* Esta humildad, que hace al hombre sentir de sí bajamente, no es cosa baja ni fruta que nace en la tierra: en el cielo está, y Dios la da á cuantos escarban en su estiércol, revolviendo con mucha diligencia sus propias faltas y su propia flaqueza; porque entre aquellas poquedades y vilezas se suele hallar esta joya preciosa, y por nuestros pecados hay tanta materia de nuestras faltas que examinar y llorar, que si no es quien quiere quitar los ojos de sí mismo, otro no hay á quien no sobren causas para humillarse y avergonzarse. Y ¡ay de nosotros si somos de aquellos de los cuales dice Dios (Jerem., III): *Frente de ramera se te ha hecho, no quisiste haber vergüenza!* Y en otra parte se queja de otros diciendo (Jerem., VI): *Con la confusión no se confundieron.* Porque ¿qué cosa puede haber más fea que la desvergüenza en la persona que tiene razón para avergonzarse? ¿Y quién hay que ose alzar los ojos á Dios ni á sus criaturas, si considera cómo ofende á Él y se hace indigno de ellas?

¿Quién hay de nosotros que no falte al perfecto amor de Dios, pues ni le amamos con todo el entendimiento, creyendo

su verdad con tanta firmeza como convenía, y teniendo aquellas consideraciones, y pensamientos y avisos de como mejor le servir? ¿Quién le ama con todo su corazón, no dando parte del amor á sí ni á otro sino en Dios ó por Dios, y renunciando el propio interés ha pasado á amar á Dios por el mismo Dios? Y quien mirare cuán poco mortificadas tenemos nuestras pasiones, y cuánta guerra hace al reino del amor de Dios, verá cómo nos ama Dios con toda su ánima; y mandando el Señor que le amemos con todas las fuerzas, hacémoslo nosotros con tanta tibieza cuanta Él nos perdone; porque las fuerzas que empleamos en cumplir con nuestro amor, y lo mucho que de nuestra codicia está vivo, nos hace faltar á Dios en la diligencia de le servir y en el fervor de su amor. San Agustín dice: *El crecimiento de la caridad es diminución de la codicia; y entonces será perfecta la caridad cuando no haya codicia ninguna.* Y llama codicia al propio desordenado amor que cada uno tiene á sí mismo. Y como no hay nadie de los que de Adán vienen, sacando á Jesucristo Nuestro Señor y á su Sacratísima Madre, que no haya tenido algún exceso de este propio amor, no hay quien no haya faltado en algo á la perfección del divino amor; porque cuando mi amor está muerto al de Dios, entonces está el hombre en pecado mortal; y cuando vive, reina en mí el amor de Dios, con el cual tengo propósito de no le ofender mortalmente, entonces estoy en gracia, aunque falte algo al perfecto amor de Dios, porque quiero cumplir algo con mi amor ó de las criaturas. Y de esta falta de amor nos viene la falta en las otras obras, porque Él es como vida de ellas.

De aquí viene faltar en el amor del prójimo, no habiendo compasión de sus males, ni gozándonos con sus bienes, como de cosa muy conjunta á Dios, y adoptados en el sacramento del Bautismo por hijos de Él. Y también les faltamos en las obras, porque faltamos en el amor de aquel que dijo: "Lo que á uno de estos chiquitos míos hicistes, á mí me lo hicistes." Y de falta de estos dos amores, que son las raíces de las buenas obras, nacen otras muchas faltas en lo que obramos, aunque no todas veces sean tales que sean pecados; antes muchas, haciéndose en gracia, son meritorias de la vida eterna. Mas de estas tales, si en verdad y humildad vivimos, hemos de dar la gloria á Dios, y agradecerle que nos ayudó á querer el bien con nuestro libre albedrío, y á que fuese meritorio por la gracia que por su mi-

sericordia nos dió. Y no por esto dejar de escudriñar las faltas que en otras obras hacemos; porque más segura cosa es pensar á menudo en lo que nos falta, que en lo que tenemos de la virtud. Y tened por cierto que por mucho que penséis y escudriñéis, aún se os quedará mucho escondido, por lo cual os convenga decir con gemido al Señor (Psalm. XVIII): *Límpiame de mis cosas ocultas.* De aquí viene no amar al prójimo como Dios quiere, ó no tanto como Él quiere: de aquí no sufrirle, ni huir de le dar enojos: de aquí, finalmente, todas las otras faltas que mancillan nuestra ánima, como pudre que siempre mana de una llaga. Mayores son nuestras faltas, que pensamiento humano puede alcanzar; y sólo aquel que crió nuestro corazón, y lo ve claro, puede comprender nuestra flaqueza cuán grande sea: y muchas veces parece sucio delante su juicio lo que al nuestro parece ser muy perfecto.

Por tanto, debemos, como Job decía (cap. IX): *Temer todas nuestras obras,* aunque parezcan buenas, no pareciéndonos bien ellas, ni contentándonos en lo secreto de nuestro corazón. Porque aquel sólo agrada á Dios que á sí mismo desagrada. Aquel es delante de Dios justo, que conoce venirle la gracia y la justicia de la misericordia de Dios. No hay á Dios más contraria cosa que el corazón que bien se parece, porque no tiene vaso en que Dios eche las riquezas de su misericordia, y quédase en su propia pobreza, y se quedará, por no querer abajarse, para que corran á él las aguas de la gracia con que viviese contento en Dios, y llevase fruto como el huerto adonde abundan las aguas. Todo nuestro bien de Dios viene; y quien creyere que puede de sí mismo poder menear la lengua para decir á Jesús Señor, él mismo se hace Dios, pues se atribuye lo que es de sólo Dios. Y quiere Dios dársenos con condición que conozcamos esta verdad, que en Él y de Él, y no de nosotros, viene nuestro bien; y mientras más bien tenemos, más deudores somos, y más tenemos de qué nos acusar, pues no respondemos á mayores mercedes con mayores servicios, y á mayores gracias con mayores agradecimientos.

El que es enseñado por la verdad divinal, ninguna cosa atribuye á sí mismo sino el no ser y el pecar. Porque quitado todo lo que Dios le dió cuando lo crió, y cada día le conserva, no hallará ser sino nada, y en nada se tornaría, como de nada fué hecho. Y quitado el favor de Dios, que por Jesucristo nos

es comunicado, ¿qué sería del más santo sino ser lo que fué Pedro cuando lo negó, ó Pablo cuando andaba persiguiendo al que lo había redimido, y lo que cada uno prueba en sí que era antes que el Señor pusiese su mano sobre él, quitándole aquel corazón viejo y dándole uno nuevo? La justificación no es sino una resurrección del ánima que estaba muerta en pecados, y ahora vive por el espíritu de la vida que Dios le infundió por la muerte de su Hijo bendito: y así como sería muy loco un cuerpo que atribuyese á sí el vivir y el moverse, y no al ánima que en él está y le da vida, así es muy ciega el ánima que la vida de las buenas obras que siente tener piensa que es de sí misma y no del espíritu de la vida que Dios le infundió; y algunas veces castiga Dios á estas almas quitándoles lo que les había dado, porque viéndose no poder ver, ni oir, ni gustar, ni obrar lo que antes podían, sientan que otro era el que en ellas obraba la vida, y ellas lo recibían, y que otra cosa no son, sin la gracia de Jesucristo, sino lo que es el cuerpo cuando el ánima se va de Él.

Por tanto, Hermano, no veáis otra cosa en vos sino faltas, que no tenéis otra cosa de vuestra cosecha. Si el Señor os desconsuela mirad cuán flaco y flojo os paráis, cuán con poca conformidad recibís lo que tan bien merecéis. Si os consuela, mirad con cuán poca humildad lo recibís, siendo razón de tanto más abajaros, cuanto más Dios os honra; y tanto más avergonzaros de quien vos sois, cuanto Dios más bien os trata, como si fuérades bueno. Pensad cuán poco sabéis aprovecharos de las inspiraciones y hablas del Señor; y cuántas veces os dice el Señor una cosa, y cuán presto lá olvidáis sin la poner en efecto, siendo razón que cada palabra de Él os durase para toda la vida, sin ser menester decíroslo otra vez. Pensad cuántas veces pone Dios en vos buen licor, y vos con tener vuestro corazón lleno de agujeros se derrama muy presto lo que fuera razón que mucho tiempo guardáredes: y algunas veces siendo razón que cuanto Dios más consuela, tanto más nos olvidemos de los consuelos de acá, y se pare nuestra ánima más cerrada y entera, y dentro de sí para otra vez recibir á Dios, acaece consolándonos Él hacernos livianos por nuestra propia liviandad y derramar más nuestro corazón que estaba antes.

¿Qué diremos de nuestras flaquezas sino que bien examinado no hay cosa que á derechas hagamos, y que antes era razón

que de cualquier cosa que nos acaezca nos corramos de cuán defectuosamente va hecha, que pasarnos por pensamiento que hemos hecho cosa que sea de mirar? Claro es que si un paje sirve al Rey, y no le hace bien la reverencia, que le castigan si respondió, y no tan presto; castíganlo si se tardó en el recado también; y, en fin, no se contentan aquellos á quien servimos con que hagamos lo que dicen, sino que ha de ser bien hecho, para no avergonzarnos y reprendernos. Pues decidme, Hermano: ¿quién de nosotros tiene á Nuestro Señor la reverencia tan profunda como es razón? ¿Dónde está el adorar á tan altísima Majestad con un entrañable temblor como lo hacen los del cielo, de los cuales se canta en la Misa tiemblan los poderes? ¿Dónde está la vergüenza que de aquel saber infinito tenemos, que sabe muy bien quién nosotros somos, y nos ve muy claramente? ¿Dónde la obediencia tan presta, que no esperamos que nos digan la cosa dos veces? ¿Dónde la discreción para saber servir y agradar? ¿Dónde el agradecimiento á sus inefables é innumerables beneficios? ¿Dónde, finalmente, el servicio del cuerpo y de ánima que á tan gran Dios y Señor se debe?

Cierto, quien ojos tiene para ver, no ve en sí sino una profundidad de miserias y faltas; y cuando á la noche se toma cuenta qué tal ha sido aquel día, otra cosa no halla sino males que ha hecho en hablar, obrar ó pensar, ó bienes que ha dejado de hacer por no haber amado á Dios y á los prójimos como debía, no haber sido agradecido á Dios, no haber sufrido á sus prójimos, con otra innumerable carga de cosas que había de tener y no tiene; y si algo de bien ha hecho con el favor de Nuestro Señor, halla ó que lo ha maculado con la soberbia ó vanagloria, ó con pereza, ó con no responder como debía, ó con otras dos mil faltas que Dios le da á conocer, y con otras dos mil que aún no las ve, mas cree que las hay, y por tal se tiene, y la menor parte de sus males cree que es la que conoce.

Porque así como cree que Dios es más bueno de lo que él conoce, así también que él es más malo de lo que él alcanza; y aunque Dios le hace mercedes, no se atribuye á sí cosa de ellas, sino las faltas que hizo en no responder ni aprovecharse de ellas como debía; y esto es andar, en verdad, dando á Dios lo que es suyo, que es todo el bien sin ninguna mezcla de mal. Y con esta consideración arraigada en las entrañas, como verdad dicha por la boca de Dios, desarrímase de sí como de caña que-

brada, y anda siempre arrimado á aquel que todas las cosas sustenta. Mírase á sí mismo, y no ve sino qué llorar, y mirando á Dios, en cuya bondad confía, sin temor de verse desamparado. Y como Él sea tan fiel que no deja á los que á Él van, y tiene tanto cuidado de ellos, que antes faltará agua en la mar y luz en el sol que la misericordia de Dios, por esto corren y vuelan, porque Dios los lleva; y no caen, porque Dios los tiene; no yerran, porque Él los rige; ni serán condenados, porque el Señor da su reino á los que son como niños.

Hermano, pues, entended á vos, pues el Señor tanto lo quiere, y de todo lo que en vos pasare apartad la gloria para Dios, y la deshonra y vergüenza para vos, y poned vuestra esperanza de salir con lo comenzado en aquel Señor que os puso en el camino, no cierto para dejaros en el medio de él, mas para llevaros á la compañía de sus esposas que en el cielo tiene. Mucho os quiere honrar allá, no procuréis la honra de acá: con el olor de tan excelente convite no es razón que os hartéis con la vileza de acá, que no hay en la tierra cosa que saber bien á quien un poquito gusta de sabor celestial. Volved las espaldas á todo, que presto lo habéis de dejar, y no pongáis vuestro corazón en lo que tan presto se pasa. Muy poco es lo que por Dios podéis pasar, aunque vos solo pasásedes todo lo que se puede pasar; porque mirando al infierno que habéis merecido, y al paraíso que os ha de dar, pues os ha puesto en el camino, y á lo que Él por vos pasó, no es de poner en cuenta ni mirar lo que vos pasáis ó pasaréis. Tened á Dios por tan precioso que todo lo que os costare penséis ser muy poco, y que aunque os cueste la vida, que lo compráis muy barato.

Allá veréis cómo no fuisteis engañado en el trueque que habéis hecho; mas viendo llamar de locos y malaventurados á los que pusieron aquí su corazón, y embaucados con esto presente olvidaron lo que Dios prometió, daréis alabanzas á Nuestro Señor, que yendo vos engañado, os desengañó; y mirando á la tierra, os alzó los ojos al cielo; y siendo esclavo de la vanidad, os hizo hijo de Él; y viviendo sin la esperanza de las promesas divinas, os ha puesto en camino para que podáis esperar que Él os ayudará á bien vivir, y después á bien morir; y acabado este destierro, os lleve á la tierra de los vivos, que es la presencia clara de Dios, adonde tengáis tanto bien que á sólo Dios pertenezca conocerlo, así como á Él solo pertenece darlo

y poderlo dar. Y esto hará el Señor, no por vos, sino por Él, porque es bueno y para siempre su misericordia; al cual por todo y de todo y en todo sea gloria y alabanza por todos los siglos de los siglos. Amén.

CARTA Á UN SU AMIGO:

PÓNELE DELANTE LAS MISERIAS DE LA TIERRA, Y LO MUCHO QUE HAY EN EL SERVIR Á DIOS

Así como quien está esperando una cosa nueva, que mucho desea, se alegra cuando ve alguna señal de su deseo, y aunque sea pequeña, le da no pequeño gozo por la muchedumbre de su deseo, así mi ánima se hinche de regocijo con la carta de vuestra merced, porque no sé qué barrunté de las palabras que en ella venían; lo cual si fuese de hecho, sería un gozo para mí tan grande que pocos me vendrían que se le igualasen. Mi señor, yo deseo de ver esta vuestra ánima desengañada de las muchas vanidades que se usan y tratan, y que pensase con verdadero corazón que en ninguna cosa está su descanso sino en poseer al mismo que la crió, y anduviese tan cuidadosa de buscar este bien y tan herida del amor de su Dios, que todo este mundo con su flor le pareciese un humo que falta y una sombra sin tomo, y un engaño de necios, que á sus amadores hace enemigos de Dios, y por lo temporal les hace perder lo que nunca se acaba. ¡Vióse nunca tan grande mal como este! ¡Vióse trueco tan pernicioso! ¿Adónde están los ojos de quien esto no ve, y el corazón de quien esto no siente? Y con todo esto, es tan grande nuestra flaqueza, que si Cristo no nos despierta y da á entender esto, no hay más remedio para salir de este engaño, que le tiene un ciego para ver, ó un muerto para vivir.

¡Oh humana miseria, digna de ser con lágrimas vivas llorada, que eres inclinada á lo que te daña, pensando que eso es lo que te cumple! Tienes por ganancia y piensas que te ha ido bien cuando de esto presente eres abastada, y á duras penas sientes ni lloras de estar en desgracia de Dios. Sabes mirar y estimar la honra del mundo, que tan presto se pasa (y cuando dura, aun no es para hacer á su poseedor un cabello mejor delante del acatamiento de Dios), y no curas si eres honrado ó deshonrado en la corte de Dios. Temes una pequeña afrenta que te amenaza, y no provees remedio para la que está guarda-

da y amenazada para el día postrero á todos los que no hubieren con fe viva y obediencia verdadera honrado al Señor. Estímaste en mucho, y á Dios en poco, pues haces tu voluntad contra la suya, y duélete mucho una pequeña cosa que á ti toque, y no sientes aun lo mucho que toca á la honra de Dios. Vives contigo para ser miserable del todo, y no vives al contento de Dios, que es suma felicidad: una será de dos, sin falta ninguna, ó que la lumbre del Espíritu Santo ha de dar á entender esta gran ceguedad, ó el gran tormento que está aparejado abrirá los ojos del engañado cuando ya no tenga remedio, que, como San Gregorio dice: *Los ojos que la culpa cierra, la pena los abre.* Pues, señor, si á vuestra ánima amáis, si á Dios teméis, si vuestro corazón no es de piedra, mirad la brevedad de la vida, y cuántos habéis conocido que estando muy asentados y avecindados acá, los ha mandado Dios salir, no con tanta alegría ni contentamiento como fuera razón, diciendo cómo les había el mundo engañado y que por él se habían descuidado de servir á Dios: lo que aquéllos fueron, somos; y en lo que pararon, pararemos; porque una tierra nos ha de recibir y tornar en ella. ¿Pues qué esperamos? ¿Qué nos detiene? ¿Qué nos engaña y hace descuidados en negocio que tanto nos va? ¿Por qué pensamos que va en esto poco, pues otro negocio no hay mayor? Y si decimos que por tal lo tenemos, ¿por qué tan poco trabajamos? ¿Tan pocas horas gastamos en él? ¿Tan poco lo removemos? ¿Tan pocos consejos pedimos? ¿Tan mucho nos parece un rato que en ello empleamos, no cansándonos ni pareciéndonos mucho todo lo que se emplea en los negocios de acá? Si es menester gastar mucho para la presente vanidad, cuán magníficos somos, mas cuán cortos en lo que conviene gastar por la honra de Dios y amor de los prójimos. Allí no miramos hijo ni necesidad ni gasto de casa; mas todo esto se pospone por una curiosidad; mas acá cargan tantas de cosas, que cierran bolsa y mano para la buena obra. Mas ¿qué digo de una sola prueba de nuestra flaqueza? Toda nuestra vida da voces que amamos más lo presente que lo venidero, y lo exterior que lo interior, y el dinero que la virtud; porque aquello amamos más que más deseamos alcanzar cuando nos falta, y por quien con más ansia trabajamos, y con que más nos gozamos cuando lo tenemos, y de que más nos duele cuando lo perdemos. Y si viene caso en que conviene perder lo uno y lo otro, aventuramos la buena

conciencia por poner en obra la honra, placer ó provecho de acá. Día vendrá en que estos tales terrenos se queden burlados, y dejando sus trabajos y frutos de ellos en la tierra, vayan desnudos, pobres, avergonzados delante de aquel que acá los envió, no para que en el camino se quedasen mirando las vanidades, mas para que pasasen por lo temporal sin parar; no pegando el corazón en ello, y trayendo el cuerpo en la tierra, trajesen el corazón en las cosas del cielo, viviendo en la carne, y no según la voluntad de la carne; y estando en el mundo, no teniendo condiciones del mundo, mas que como hijos que imitan á su padre, fuesen limpios, verdaderos, piadosos, humildes, mansos, y que buscasen la honra de Dios y cómo aprovechar á sus prójimos.

¿Qué hará aquel día el que no ha puesto en obra el negocio á que acá le enviaron? ¿Qué hará el que ni por pensamiento le ha pasado de comenzar á entender en él, mas olvidado de la pureza cristiana, que es imitadora de Dios, se ha ensuciado en el lodo de la tierra, y como á muchacho que le han enviado al mandado y se paró con otros muchachos á jugar ó mirar algo, ni fué al mandado, ni se le acordó á lo que iba, hasta que á la noche torna á su casa sin recaudo alguno de á lo que le habían enviado, y lleva azotes y reprensiones de quien le envió?

Despertemos, señor, ahora que tiempo tenemos: miremos por lo que más nos cumple y para siempre ha de durar, y dejemos la vanidad á los vanos, que ellos y ella perecerán. Alcemos los ojos al que nos dió la vida y ser que tenemos, y después dió su vida porque no se perdiese la nuestra, y con grandes trabajos nos enseñó el camino que habíamos de andar; y con muerte llena de tormentos y deshonras nos esforzó á toda virtud, y nos alcanzó gracia para servir y agradar á Dios. Escudriñemos los rincones de nuestra conciencia, y curemos lo que está llagado. Desatemos los lazos de nuestros pecados, pongamos remedio en lo que más nos hace temer, y aplaquemos los gritos que nuestra conciencia nos da, haciendo lo que nos manda, y Dios por ella; porque estando todo bien ordenado y puesto en concierto, estemos esperando como siervos fieles y despiertos á la venida de Nuestro Señor, y seamos hallados con candelas encendidas y los lomos ceñidos, y oigamos aquella dulce palabra: *Gózate, siervo bueno y fiel, que en pocas cosas fuiste fiel: yo te constituiré sobre muchas: entra en el gozo de*

tu Señor. Aquel es día que esperan los buenos cristianos por el cual pasan los penosos de acá con mucha paciencia, y aquella corona les hace que sufran acá los combates del mundo y la carne, escogiendo el presente abatimiento por el ensalzamiento eterno, y el lloro breve por la risa sin fin, y el perder aquí su voluntad por hallarla siempre unida con la de Dios en el cielo, adonde ninguna cosa tendrá que les descontente, y todo lo que les fuere agradable será porque poseerán á Dios por tesoro muy precioso, en el cual está todo el bien. Si el Señor ha comenzado á visitar esa ánima, entenderá estas palabras, y aprovecharse ha de ellas; y si no (lo que no sea), será oir una historia que luego se olvida. Cristo sea amor de vuestra merced y de la señora su mujer, cuyo deseo de verme le pague Dios; y la venida por acá cese hasta que Dios ordene mi ida allá, pues yo también la deseo.

CARTA Á UN SU AMIGO,

CONSOLÁNDOLE DE LA MUERTE DE SU MADRE Y HERMANO

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced. Si la caridad hace, como dice San Pablo (Romanos, XII), *llorar con los que lloran, y gozar con los que gozan*, mucha pena tendrá vuestra merced por las de las señoras sus hermanas que quedan desconsoladas, y mayor gozo tendrá por la gran merced que Nuestro Señor hizo á nuestro muy amado P. Gregorio Esteban llevándolo al verdadero gozo, cierto de nunca perderlo: y pues somos llamados cristianos, y llamados al celestial Rey Padre, no suene en nuestra boca otra cosa sino la que á hijos obedientes conviene y la que el Unigénito Hijo dijo: *Padre, no como yo quiero, mas como tú quieres sea hecho*. Y así como tenemos carne para sentir el trabajo de los que acá quedan, tengamos espiritual fuerza para gozarnos del bien de los que al cielo han ido; y consuele el gozo á la tristeza, mayormente habiendo Él hecho lo uno y lo otro, el cual entonces más provee á sus hijos cuando al sentido humano más parece desampararlos, y mejores ganancias les trae cuando más parece llevarles.

No quita Dios sino para dar; no hiere sino para medicinar; no derriba sino para levantar, y, en fin, no mata sino para dar

vida, y vida que nunca se acaba por trabajos que muy presto se pasan. Ya descansa nuestro Padre que acá trabajó: ya tiene lo que deseó y buscó: ya coge en gozo las lágrimas que acá sembró: ya tiene Dios aquesta ánima en seguro que nadie se la podrá llevar. Maduro estaba para cogerlo, y por eso (Sapientia, IV) *lo arrebató Dios antes que la malicia mudase su entendimiento y el fingimiento engañase el ánimo de él.* No tienen los que lo aman por qué llorarlo como á muerto, pues vive delante el acatamiento de Dios, al cual agrada en la tierra de los vivos. Ni por lo que á estas señoras toca debemos desmayar el corazón, porque aunque sin madre y hermano quedaron acá, mas no sin Dios, que es Dios de los atribulados y desamparados, cuyos ojos miran el trabajo y dolor; y donde menos humano favor hay, allí se precia Él más de enseñarlo. Padre se llama, y eslo de huérfanos; debajo de las alas de tal Padre no puede nadie llorarse por desamparado, mas por abrigado cuanto va de criatura á Criador. Y aun el favor de nuestro Padre no se ha perdido, que el justo más puede después de muerto que en vida; pues estando vivo delante el trono de Dios, puede con su oración aprovechar mucho más que acá con su cuerpo. Y pues ninguna razón consiente que de tal madre y de tal hijo otra cosa creamos (por el derramamiento de la sangre de Jesucristo, al cual ellos amaron), sino que viven para siempre con Dios, consuélense los que están en la tierra teniendo tales parientes en el cielo; y olvidando el sentido de la carne, obre en nosotros la fe y obediencia de Dios, ofreciendo á su divina Majestad esto que nos quiso llevar para sí.

Y cuanto más los amamos, tanto más nos agradecerá la conformidad con la santa voluntad de Dios, pues á tal Dios y Señor no nos hemos de contentar con ofrecerle que quiera más aquello que más en nuestros ojos luce, según Él dijo á Abraham, *que le ofreciese á su hijo unigénito y muy amado:* dándonos á entender que en esto prueba á sus escogidos, pidiéndoles lo que más aman en testimonio del amor que á Dios tienen. Y por eso dijo el Señor: *Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham;* porque así como aquél obedeció con sencillo corazón al mandamiento de Dios, y en cuanto fué de su parte ya mató á su hijo en sacrificio, así nosotros no hemos de matar los que amamos; mas si el Señor viene por ellos y se los lleva, ya que la carne algo sienta, ha de ser vencedor el amor divinal, no sólo en lo

que Dios lleva, mas diciéndole que se sirva de lo que lleva y de lo que queda, sin sacar nada.

Este es el ánimo que el cristiano debe tener para andar en paz con Dios, no tener rincón ninguno en su casa que no tenga ofrecido á Dios; y en esto no se hace mucho, pues Él todo se ofreció por nos, dando su honra, fama y su vida, dejando á su Madre bendita tan afligida y á sus amados discípulos tan desabrigados. Pues ¿por qué no ofrecemos nuestro todo pequeño al que por nosotros ofreció su todo muy grande? ¿Por qué no fiaremos lo que somos y lo que tenemos de las manos que por nos se enclavaron en el árbol de la cruz? ¿Por qué nos parecen las tales manos muy pesadas, pues en todo y por todo son suaves, aun cuando nos parecen amargas? Señor, lo que se ha hecho, Dios lo ha hecho, y por ello sea su nombre bendito, que quitó lo que Él mismo había dado; y si lo quitó fué para ponerlo en cobro y no se perdiese, dándole lo que todos deseamos que nos dé; y si hirió en algo á los que acá quedan, el que hiere dará la medicina. El que ha desconsolado de madre y hermano, él mismo será lo uno y lo otro. Y á ellos dió descanso, y á los que quedan da esto para que ganen aquel descanso; porque si el Señor de la gloria entró en ella por tragos amargos que acá pasó, no espere nadie gozar de aquella dulcedumbre más que de miel si no bebe acá de copa más amarga que los ajenjos.

Así lo ha ordenado Dios, así ha tratado á sus hijos; y el que no pasa por azote de hijos, bastardo es, no legítimo, y deputado para el eterno azote, y no para el descanso sin fin. Y por eso aflíjanos aquí Dios, para que tengamos señal que somos sus hijos; quémenos aquí, porque florezcamos allí; corte por donde Él mandare, porque allí hallemos refrigerio; pues lo que atribula es breve, y lo que está prometido es eterno: esforcémonos á caminar para allá, para donde fuimos criados, y cuanto más entristecidos y llorosos, tanto nos juntemos más con Dios; que los males que aquí nos vienen más nos ayudan á ir á Nuestro Señor. Y ordenemos nuestra vida, y pensemos en nuestra muerte, que no tardará mucho de venir. Y así vivamos, que cuando acabemos la jornada seamos hallados dignos de gozar lo que esta madre é hijo gozan allí, y nos veremos y conoceremos no con temor de perderlos como acá, mas seguros de compañía eterna; y allí parecerá ser merced lo que aquí pareció azote; y estaremos ellos y nos con el que nos crió y redimió, alabán-

dole con todas nuestras fuerzas, cantándole para siempre sus misericordias. Allí nos esperan nuestros dos difuntos, y de allí nos llaman. Tengamos el cuidado allí, y sentiremos poco el trabajo de aquí; y pensemos en nuestra muerte, y consolarnos hemos en la ajena: que esta no fué partida para muchos años, que el que hoy llora á otro, mañana llorarán por él; y por eso el fin de todos sea adorar á Dios en todo lo que hace, y aprovecharnos con la paciencia de los trabajos que Dios nos envía, y aderezar nuestra vida para que antes nos podamos alegrar cuando se acabare, que con remordimiento de conciencia temer. Cristo consuele á vuestra merced y sea siempre en su corazón, para que en todo se sujete á su santa voluntad y así gane la corona que á la obediencia se debe; y vuestra merced me tenga por su capellán y siervo, pues los difuntos me tenían por tal; y en lo que yo pudiere quedo obligado á servir á todos los que á ellos tocan.

CARTA Á UN HOMBRE DEVOTO:

PERSUÁDELE Á QUE SE DÉ TODO Á MORTIFICAR SUS PASIONES

Pax Christi, qui exuperat omnem sensum, semper tecum (Philip., IV). Recibí vuestra carta, y ruego á Nuestro Señor Jesucristo os dé á entender cómo para quien á Dios sabe buscar y tener, más le impiden las criaturas que le aprovechan. ¡Oh, si quisiésemos mortificar nuestras pasiones y dar nuestros corazones libres á Nuestro Señor, como barro en mano de ollero! ¡Oh, si no huyésemos de su presencia, mas estuviesemos en silencio escuchando, como dice David (Psalm. LXXXIV), *lo que el Señor Dios habla á su pueblo y á los que se convierten al corazón!* Sin duda le habla una paz y sosiego que harta á todo el hombre, y le hace decir (Psalm. LXXII): *Buena cosa me es á mí llegarme al Señor y poner en Él mi esperanza.* Recojamos, pues, nuestros derramamientos y cerremos las puertas de nuestros sentidos, que son ventanas por donde sube la muerte, y esperemos á Dios apartados de todo solaz y memoria de las criaturas; que, sin duda, echada toda gente de casa, hallaremos dentro al que en todas partes está y nuestros alborotos que tenemos no nos lo dejan gustar, por ser Él quietísimo y amador de reposo.

Cosa es ésta para espantar, que nos manda Dios tener sosie-

go y no queremos nosotros. Nuestra memoria está sosegada con la memoria de sólo Dios, cerrando las puertas á las criaturas, que son unas moscas que quitan el dulce sueño. Nuestra voluntad está muy quieta, habiendo recogido todo su amor y puéstolo en Dios. De las otras partes del hombre no es de curar, porque son semejables á bestias, y no está en nuestras manos sosegarlas del todo: aunque muchas veces de la paz y gusto del ánima desciende á la parte sensitiva, como dulce maná que viene del cielo á la tierra, para que todo el hombre diga cantando (Psalm. LXXXIII): *Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo.* Busquemos á Dios, y bástanos: Él nos enseñará, consolará y hartará, sin haber más menester; porque á ninguno va mal sino porque huye de Él. Leed, orad y comulgad, y tened caridad, y será Dios con vos, y rogadle por mí, que así lo hago yo por vos.

CARTA Á UNOS SUS DEVOTOS,

AFLIGIDOS POR UNA PERSECUCIÓN QUE SE HABÍA LEVANTADO, ANIMÁNDOLOS MUCHO AL AMOR DE LA CRUZ, Á IMITACIÓN DE CRISTO: LA CUAL IMITACIÓN HABLA ADMIRABLE Y REGALADAMENTE.

Bendito sea Dios y Padre Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, de manera que podamos nosotros consolar á los que en toda angustia están, y esto por la consolación con la cual Dios nos consuela; porque así como las tribulaciones de Cristo abundan en nosotros, así por Cristo es abundante nuestra consolación. (II Cor., I.) Palabras son éstas del Apóstol San Pablo. Tres veces fué azotado con varas, y cinco con azotes, y una vez apedreado hasta que fué dejado por muerto, y perseguido de todo linaje de hombres, y atormentado con todo género de trabajos y penas, y esto no pocas veces; mas como él en otra parte dice (II Cor., IV): *Nosotros siempre somos traídos á la muerte por amor de Jesucristo, porque la vida de Cristo sea manifiesta en vosotros.* Y con todas estas tribulaciones no sólo no murmura ni se queja de Dios, como los flacos suelen hacer; no se entristece, como los amadores de su honra ó regalo; no importuna á Dios que se las quite, como los que no las conocen, y por eso no las quieren por compañeras; no las tiene por pequeña merced, como los que las desean

poco: mas toda la ignorancia y flaqueza dejada atrás, bendice en ellas y da gracias por ellas al dador de ellas, como por una señalada merced, teniéndose por dichoso de padecer algo por la honra de aquel que sufrió tantas deshonras por sacarnos de la deshonra en que estábamos, sirviendo á la vileza de los pecados, y nos hermoseó y honró con su espíritu y adopción de hijos de Dios, y nos dió arra y prenda de gozar en el cielo de Él y por Él.

¡Oh hermanos míos muy mucho amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son disfavores, y cuán honrados somos en ser deshonrados por buscar la honra de Dios, y cuán alta honra nos está guardada por el abatimiento presente, y cuán blandos, amorosos y dulces brazos nos tiene Dios abiertos para recibir á los heridos en la guerra por Él, que sin duda exceden sin comparación en placer á toda la hiel que los trabajos aquí pueden dar. Y si algún seso hay en nosotros, mucho deseo tendremos de estos abrazos; porque ¿quién no desea al que todo es amable y deseable, sino quien no sabe qué cosa es desear? Pues tened por cierto que si aquéllas os agradan, y las deseáis ver y gozar, que no hay otro más seguro camino que el padecer : esta es la senda por donde fué Cristo y todos los suyos, que Él llama estrecha, y empero lleva á la vida, y nos dejó esta enseñanza: que si queríamos ir donde está Él, que fuésemos por el camino por donde fué Él; porque no es razón que yendo el Hijo de Dios por camino de deshonras, vayan los hijos de los hombres por camino de honras, pues que *no es mayor el discípulo que el maestro, ni el esclavo que el Señor* (Luc., VI); ni plega á Dios que nuestra ánima en otra parte descanse, ni otra vida en este mundo escoja, sino trabajar en la cruz del Señor : aunque no sé si digo bien en llamar trabajos á los de la cruz, porque á mí parecen que son descanso en cama florida y llena de rosas.

¡Oh Jesús Nazareno, que quiere decir florido, y cuán suave es el olor de ti, que despierta en nosotros deseos eternos y nos hace olvidar los trabajos mirando por quién se padecen, y con qué galardón se han de pagar! ¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz

te quiero buscar, y en ella te hallo, y hallándote me curas, y me libras de mí, que soy el que contradice á tu amor, y en quien está mi salud: y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza al excesivo amor que en la cruz me tuviste. Amándote yo y padeciendo por ti, como tú amándome moriste de amor de mí. ¡Mas, ay de mí, y cuánta vergüenza cubre á mi faz, y cuánto dolor á mi corazón! Porque siendo de ti tan amado, lo cual muestran tus tantos tormentos, yo te amo tan poco como parece en los pocos míos. Bien sé que no todos merecen esta joya tuya, de ser herrados por tuyos con el hierro de la cruz; empero mira cuánta pena es desear y no alcanzar, pedir y no recibir, cuanto más pidiendo, no descanso, más trabajos por ti.

Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo y alférez que lleva la seña de tu Evangelio, y no me vistes de pies á cabeza de tu librea? ¡Oh, cuán mal parece nombre de siervo tuyo y andar desnudo de lo que tú tan siempre y tan dentro de ti y tan abundantemente anduviste vestido! Dinos, ¡oh amado Jesús!, por tu dulce cruz, ¿hubo algún día que aquesta ropa te desnudases, tomando descanso? ¿O fuete algún día esta túnica blanca que tanto á raíz de tus carnes anduvo, hasta decir (Matth., XXVI): *Triste es mi ánima hasta la muerte?* ¡Oh, que no descansaste, porque nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía siempre padecer! Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga desde pies á cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en Ti cosa que no estuviese teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí, resplandeciente y precioso: la cabeza con espinas, la faz con bofetadas, las manos con un par de clavos, los pies con un muy cruel para Ti, y para nosotros dulce, y lo demás del cuerpo con tantos azotes, que no sea cosa ligera de los contar. Quien mirando á Ti amare á sí y no á Ti, grande injuria te hace. Quien viéndote tal huyere de lo que á Ti lo conforma, que es el padecer, no te debe perfectamente amar, pues no quiere ser á Ti semejable; y quien tiene poco deseo del padecer por Ti, no conoce á Ti con perfecto amor; que quien con este te conoce, de amor de Ti crucificado muere, y quiere más la deshonra por Ti que la honra ni todo lo que el engañado y engañador mundo puede dar.

Calle, calle, en comparación de tu cruz, todo lo que en el

mundo florece, y tan presto se seca, y hayan vergüenza los mundanos del mundo, habiendo Tú tan á tu costa combatido y vencido en tu cruz, y hayan vergüenza los que por tuyos son tenidos en no alegrarse con lo contrario del mundo, pues Tú tan reprobado y desechado y contradicho fuiste de este ciego mundo, que ni ve ni puede ver la verdad que eres Tú. Más quiero tener á Ti, aunque todo lo otro me falte, que ni es todo ni parte, sino miseria y pura nada, que estar yo de otro color que Tú, aunque todo el mundo sea mío; porque tener todas las cosas que no eres Tú, más es trabajo y carga que verdadera riqueza; empero ser Tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza, porque Tú eres el bien verdadero.

Olvidado me había, amados Hermanos, de lo que comenzado había á hablaros, rogándoos y amonestándoos de parte de Cristo que no os turbéis y no os maravilléis como de cosa no usada ó extraña de los siervos de Dios con las persecuciones ó sombra de ellas que nos han venido; porque esto no ha sido sino una prueba ó examen de la lección que cinco ó seis años ha que leemos diciendo: padecer, padecer por amor de Cristo. Véislo aquí á la puerta: no os pese, á semejanza de niños que no querrían dar lección de lo que han estudiado; mas confortaos en el Señor y en el poder de su fortaleza, que os ama para querer defenderos; y aunque es uno, puede más que todos, pues que es omnipotente; pues por falta de saber no temáis, pues no hay cosa que ignore; pues mirad si es razón que se mueva quien con estos tres nudos estuviere atado con Dios: ni os espanten las amenazas de quien os persigue; porque de mí os digo que no tengo en un cabello cuanto amenazan, porque no estoy sino en manos de Cristo. Y tengo gran compasión de su ceguedad; porque el Evangelio de Cristo, que yo en ese pueblo he predicado, está cubierto á los ojos de ellos, como San Pablo dice (II Cor., IV): *Que el Dios de este siglo, que es el demonio, cegó las ánimas de los infieles para que no les luzca la gloria del Evangelio de Cristo:* y deseo mucho, y lo pido á Nuestro Señor, que haya misericordia de ellos, y les dé bendiciones en lugar de las maldiciones, y gloria por la deshonra que me dan, ó, por mejor decir, dar quieren; porque, en la verdad, yo no pienso que otra honra hay en este mundo sino ser deshonrado por Cristo.

Haced, pues, así, amados míos, y sed discípulos de aquel que dió beso de paz, y llamó amigo al que le había vendido á

sus enemigos, y en la cruz dijo (Luc., XXIII): *Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen.* Mirad en todos los prójimos cómo son de Dios, y cómo Dios quiere su salvación, y veréis que no queráis mal á quien Dios desea bien. Acordaos cuántas veces habéis oído de mi boca que hemos de amar á nuestros enemigos, y con sosiego de corazón y sin decir mal de persona. Pasad este tiempo, que presto traerá Nuestro Señor otro; y estad sobre el aviso, porque no tornéis atrás ni en un solo punto del bien que habíades comenzado, porque eso sería extremo mal. Mas asentad en vuestro corazón que este á quien habéis seguido es el Señor de cielo y tierra y de muerte y de vida, y que, en fin (aunque todo el mundo no quiera), ha de prevalecer su verdad; la cual trabajad por seguir, que siguiéndola, no sólo á hombres, mas ni á demonios, ni aun á ángeles, si contra nosotros fuesen, no los temáis.

Usad mucho el callar con la boca hablando con los hombres, y hablad mucho en la oración en vuestro corazón con Dios, del cual nos ha de venir todo el bien; y quiere Él que venga por la oración, especialmente pensando la pasión de Jesucristo Nuestro Señor: y si algo padeciéredes de lenguas de malos (que otra cosa no hay que padezcáis), tomadlo en descuento de vuestras culpas, y por merced señalada de Cristo, que os quiere limpiar con lengua de malos, como estropajos, para que ella quede sucia, pues habla cosas sucias, y vosotros limpios con el sufrir, y vuestro bien esté cierto en el otro mundo. Mas no quiero que os tengáis por mejores que los que veis ahora andar errados; porque no sabéis cuánto duraréis en el bien, ni ellos en el mal. Mas obrad vuestra salud en temor y humildad, y de tal manera esperad vuestro bien en el cielo, que no juzguéis que vuestro prójimo no irá allá, y así conoced las mercedes que Dios os ha hecho, como no despertéis las faltas de vuestros prójimos; porque ya sabéis lo que acaeció entre el fariseo y el publicano, en lo cual debemos escarmentar.

No hay santidad segura sino en el temor santo de Dios, en el cual envejeced, como la sagrada Escritura dice, para dar á entender que no sólo conviene á los principios, mas aun al fin, temer á Nuestro Señor Dios. Este temor no da fatiga; mas en gran manera es sabroso, y quita toda la liviandad del corazón, y hace al hombre que aun de lo que bien hace no ose aprobarlo por bueno, mas deja á Dios el juicio de sí y de todos, como San

Pablo decía: *Yo no me juzgo á mí; mas quien me juzga el Señor es.* Este temed si queréis perseverar en el bien, y que vuestro edificio no se caiga, mas crezca firme hasta llegar al Altísimo Dios, lo cual se hace por el amor. El cual plega Jesucristo Nuestro Señor de os dar. Amén. Rogad á Dios por mí muy de corazón, como creo que lo hacéis, que yo espero en Él que os oirá, me os dará para que os sirva como de antes.

CARTA Á UN SU DEVOTO,

EN QUE LE DICE CUÁN FLACA COSA SEA UN HOMBRE SIN DIOS

La paz de Nuestro Señor sea siempre con vos. Es tanta nuestra flaqueza, y tan astutos y fuertes los que nos guerrean, que no es de maravillar si alguna vez somos vencidos; mas que si alguna vez vencemos, y á la verdad, nunca vencemos, mas vence en nosotros Jesucristo, Nuestro Redentor, que es fuerte León de Judá, el cual si nos dejase, luego seríamos sorbidos de nuestros enemigos, como dice David; mas nos deja porque nos ama, y mayormente á los que tienen su esperanza en Él, según dice David (Psalm. XVII): *Defendedor es de todos los que esperan en Él.* Y si alguna vez se nos esconde, no por eso se nos va; mas antes está mirando por los agujeros como esposo celoso qué hace la tal ánima en ausencia de sus abrazos, y especialmente mira si perdemos la fiucia; la cual quiere que esté tan arraigada en nosotros, que ningunos vientos de tentaciones la arranquen, mas antes la afirmen, creyendo que cuanto más tentados, tanto más amados de Dios, cuyo cuidado y vigilancia es mayor sin comparación para defendernos que la astucia de nuestros enemigos para engañarnos; y la causa es porque más nos ama Él que el demonio nos aborrece; y más fuerte es que nuestra carne es flaca, y tiene un escondrijo bienaventurado, adonde, como en puerto seguro y como en seno de madre, acoge á los que fatigados de las tormentas de tentaciones por él ocurren á Él. De aquéste dice David (Psalm. XXX): *Esconderlos ha en el escondrijo de su faz.*

Paréceos, amado Hermano, que estaréis bien escondido y seguro y alegre en la faz de Dios; mas diréis, ¿por qué la llama escondrijo? Por cierto con mucha razón; porque así como la faz divina no es escondrijo, sino cosa luciente, según la divinidad, así la faz de Cristo Dios y Hombre se llama escondrijo según la

humanidad: y esto no cuando en el monte Tábor resplandeció su faz como el sol, y sus vestiduras como luz; mas cuando se desfiguró en el monte Calvario, y parecieron sus vestiduras y carne bermejas con la sangre que de Él salía en precio de nuestro rescate. Si bien miráredes su faz amarilla con el largo ayuno y bermeja con las bofetadas, y los cardenales de los dedos en ella, y llena de lágrimas que de los ojos salían, y de sangre de la corona de espinas, verdaderamente diréis que estaba escondido aquel rostro, del cual dice David (Psalm. XLIV): *Hermoso más que los hijos de los hombres, derramada es gracia en tus labios, por tanto te bendijo el Señor para siempre.* Por cierto, escondido es el más hermoso de los hombres, y más atormentado que los hombres, y tan desfigurado, que dice Isaías (cap. LIII): *No tiene hermosura ni lindeza, y vímosle, y no tenía figura;* y después dice: *Y su rostro estaba casi escondido y despreciado, y por eso no le estimamos.* Verdaderamente Él sufrió nuestras enfermedades, y nuestros dolores Él los sufrió, y nosotros tuvímosle por leproso, herido del Señor y abajado.

Hermano, pues, en esta faz, al parecer afeada, mas muy hermosa á los que le miren con ojos de fe y amor, considerando el amor que lo paró feo por hermosear á los feos, allí esconde Dios á los que trabajan por no apartarse de Él, y dales luz como le puedan ver en la faz, y reciban de ella tanta fortaleza y consuelo que sientan que dijo verdad el que dijo: "Enséñanos tu faz y seremos salvos." Esta faz es mirada del Eterno Padre, y de la vista resultan á nos rayos de su luz y bondad; porque por ésta nos vienen todos los bienes que Dios nos envía: y conociendo esto David, suplicaba á Dios diciendo (Psalmo LXXXIII): *Mira en la faz de tu Cristo;* porque mirando en ella quitará el enojo que de las nuestras desvergonzadas recibe, y nos dará hermosura para ellas; y porque esta faz estuviese siempre delante del Padre, dice San Pablo (Hebr., IX): *Que entró Jesucristo en el cielo para parecer á la faz de Dios por nosotros;* y pues en este espejo mira el Padre Eterno para venir á nosotros, en éste miremos para no nos apartar de Él. Otro remedio, Hermano, no hay para nuestra flaqueza sino la flaqueza de Jesucristo Nuestro Señor, de la cual dice San Pablo (II Cor., XIII): *Que murió por la flaqueza, mas vive por la virtud de Dios.*

Considerad cuánto pasó porque nuestras ánimas tuviesen

con qué amar sus flaquezas y porque no se diesen á los ajenos, siendo tan penosa y preciosamente compradas de su propio Señor; y cuán mal seso es apartarnos del gozo que alegra á los ángeles, por el gozo del cual gozan las bestias; y cuán mal mirado es trocar la miel por la hiel, y á Dios por la criatura. Pobres de nosotros, ¿y dónde iremos, ó qué buscaremos fuera de Cristo? ¿Podremos quizá hallar otro tal Señor, otro tan dulce compañero y amigo para trabajos y placeres? ¿Dónde otro que tal sea tan manso para perdonar, tan hermoso para mirar, tan sabio para aconsejar, tan bueno para amar? ¿Adónde otro que muera por mí con tantos dolores y amores, y que esté ahora de voluntad de tornar á morir si yo hubiere menester otra muerte? ¡Oh, cuán gran verdad dijo San Pedro (Joann., VI): *¡Adónde iremos, Señor, que palabras de vida eterna tienes!* Hermano, bien estamos por Cristo adonde Él por su misericordia nos puso. No queramos probar á qué sabe estar sin Cristo, que es cosa amarga, y se paga con más que setenas. Miremos á sus trabajos que por nosotros sufrió, y con ellos consolemos los nuestros, y por ellos le pidamos gracia y favor, y sernos ha dada, con la cual venceremos mundo, carne y demonio, y nosotros viviremos en Dios, pues Él murió por matar nuestra muerte y darnos vida.

CARTA Á UNA PERSONA AFLIGIDA,

QUE LE DICE EL PROVECHO QUE HABEMOS DE SACAR DE LAS AFLICCIONES

Aunque las nuevas no sean alegres, huelgo de las saber, para que sean espuela á mi tibieza, para llamar al remediador con mayor ahinco; y por esto no se deben dejar de escribir, y quizá hubiera aprovechado haberse escrito antes, cuando he tenido más salud para escribir y orar. Creo que es tanta nuestra locura que ha menester curas contrarias á nuestra estima; pues á uno á quien Dios llamó é hizo vaso de escogimiento, le fué necesario que le fuese dado un ángel de Satanás que lo afrentase y diese de pescozadas, enseñándole cuán afrentosa cosa era de sí mismo, y cuánta necesidad tenía de la mano de Dios. Y pues esta medicina fué necesaria para aquel tan excelente vaso, ¿qué nos maravillamos que los que somos me-

nores en santidad y mayores en locura pasemos por esta ley, pues la necesidad es mayor?

En la Escritura está (Mich., IV): *Saldrás de la ciudad, y vendrás hasta Babilonia, y allí te librará el Señor de manos de tus enemigos.* Porque muchas veces permite Él que salgamos de nuestra secreta y pacífica morada, y vengamos á tal confusión (que eso quiere decir Babilonia), que ni nos entendamos ni podamos remediarnos, puestos en cosas tan diferentes de las que cuando estábamos en la ciudad teníamos, que nos espantemos y digamos: "¿Soy yo el que deseaba servir al Señor, y el que Él amaba?„ Somos allí afrentados viendo la vanidad y maldad tan señora de nosotros, para que así desagradados de nosotros llamemos á Dios y le confesemos ser Él nuestra salud, y entendamos estar nuestro bien en sus manos, y nuestro mal en dejarnos en las nuestras. Y así andemos temblando delante de Él con un santo recelo, temiendo no nos deje y nos hagamos pedazos, y así andamos más seguros que con una liviana alegría, que parece espiritual compañera de una falsa libertad, que no tome peligro ni ocasión de mal, lo cual es muy grande engaño, y que se suele muy bien pagar: y aprendemos que no hay en esta vida seguridad, sino pelea, y deseamos estar ya en la tierra de la paz. Esto es lo que Nuestro Señor pretende en dejarnos abofetear del mal ángel, y por esto debemos mucho mirar que le respondamos con un santo recelo y temor de la caída, y conocimiento de nuestra flaqueza, y confianza amorosa en aquellas manos, en las cuales estamos como barro en manos del ollero, confiando que Él mirará sus obras que en nosotros obra, y porque éstas no sean destruídas llevará adelante el negocio comenzado por honra de su nombre.

Lo que hacer debemos es huir con toda posibilidad de las ocasiones, pues que quien esto no hace merece ser dejado caer en ellas, y velar sobre nuestro mal corazón, para que ninguna cosa more en él sino quien lo crió y murió, para con su sangre comprarlo por morada, porque siquiera ninguno se lo pueda llevar por vía de mayor precio. Y pues ninguno en amarnos se le iguala, á ninguno tanto debemos, ninguno así nos merece, y ninguno puede ser descanso de nuestro corazón sino Él. ¡Qué locura es pudiendo plantar en mi huerto un árbol, que me sea árbol de vida, dejarlo, y plantar otro que desde chico me hace enfermar, y si crece me causa la muerte! Bien está Dios en

nuestro corazón, y bien está nuestro corazón en Él, pues verdaderamente son para en uno, lo cual no tiene con otra cosa sino con Dios: humillémonos á Dios nuestra cerviz, y orémosle con instancia y siempre, y velemos sobre nuestro corazón, no se nos vaya de él nuestra vida; y el Señor es tal, que librará sus ovejas, y sacará bien de sus caídas para gloria suya, pues por ella hace lo que hace.

CARTA Á UN DESCONSOLADO,

PORQUE NO HALLABA LA PAZ QUE QUERÍA

Leyendo la de vuestra merced, y viendo que dice que no sabe valerse en prosperidad ni adversidad, y de la sequedad de corazón y batalla de pensamientos que no le dejan reposar, se me acordó de un viejo de los Padres, que habiendo consolado muchas veces á un mozo y dádole reglas cómo se hubiese, y con todo esto el mozo decía que no hallaba descanso ni aquel aprovechamiento en su corazón que quería, preguntóle el viejo: "¿Qué tanto ha que estas sirviendo al Señor?„ Respondió el mozo: "Ocho años.„ Respóndele el viejo: "Yo ha que lo sirvo veintitantos, y no puedo hallar el reposo que tú buscas: ten paciencia, y espera en el Señor.„ Esto dice á vuestra merced, porque me parece que se desconsuela y turba mucho con sus faltas, lo cual tengo por muy peor que las mismas faltas. No conoce vuestra merced las entrañas de Nuestro Señor que con sus hijos tiene, y por eso no se sabe llevar y soportar á sí mismo, y hace consigo como haría con otro que hiciese con vuestra merced lo que Él hace con Dios. Mayor y mejor es Dios que el hombre, y préciase Él en este negocio de blandura de decir: "No soy yo como el hombre.„ Así lo dice en un Profeta (Oseas, XI): *Non faciam furorem irae meae: quia Deus ego, et non homo.* Los que á sí se miran, y no á Dios, viven desabridos y desmayados; y de aquí nace la flojura, madre de todo mal.

Un amor nos tiene el Padre en su Hijo, que no se le quitará por estas faltas, pues no son mortales; y el grande amor cobija la muchedumbre de los pecados, y ama, no obstante ellos. Porque los ríos de las maldades no pueden apagar aquella encendida llama de amor que en el pecho de Dios arde; pues vemos que estando tan llenos de pecados y tan húmedos con estas aguas, con repugnancia de ser encendidos en el amor del Señor

como leña verde y mojada, sopló tan fuerte el espíritu del Señor que echó fuego en nuestras entrañas, que apagó el agua de nuestra maldad haciendo bien á los malos. Quien este amor ha experimentado, ¿por qué anda dudoso del amor del Señor, pues se ve por su bondad libre de aquellas grandes humedades de primero? No bastaron las primeras para que el Señor no trabajase: así, á quien amó no bastarán éstas para que eche de sí al que recibió. Quiere Dios ser conocido por amoroso, pues lo es; y que la gloria de esto sea conocida ser suya, pues sin se lo merecer nos ama. Y si quiere hallar un gran libro para leer cuán bueno es Él, mire cuán malo es vuestra merced, y crea que Dios le ama, y verá un retablo de hermosura, de amor pintado en la vileza de sus propias maldades.

He dicho esto para que entienda que no se huelga Dios que sus hijos anden desabridos, aunque sea por sus propios defectos; mas quiere que luego miren á Él para temblar la tristeza que les viene de mirarse á sí mismos. Quiérelos esforzados, mirando que son amados, y no pusilánimes, viendo que deben ser aborrecidos. Y por esto conviene ir poco á poco y con buena esperanza en este camino, cantando al Señor, que es bueno, y para siempre su misericordia en traer, en sufrir, en amar, en glorificar. Y en esto respondo á lo que vuestra merced me pide, cómo conocerá á Dios y tratará con Él. Digo que lo que ha menester conocer de Dios es quién es para con vuestra merced; y esto conocerá entrando en cuenta con sus misericordias, desde que de nada le crió hasta el punto en que estuviere cuando lo pensare, y pidiéndole lumbre para conocer sus misericordias por no ser ingrato, dársela ha poco á poco, y conocerá quien es Dios, pues tanto ha hecho por un tan indigno, y cobrará un ánimo esforzado y amoroso para tratar con Dios. Y este es el modo como Él quiere que traten con Él los suyos. *Item*, con amor y confianza.

No conviene fatigar la cabeza con el recogimiento, porque este negocio es de pura gracia del Señor: paréceme que antes de la oración vuestra merced lea algún libro que trate de lo que quiere: después pensar, porque con esto se recoge un poco el corazón; y es mal hecho dejar la comunión, aunque falte la devoción, como quien no se quiere llegar al fuego si no está caliente: nunca pase de ocho días; y si hubiere alguna particular necesidad ó mucha hambre de Él, recíbale alguna vez

en la semana. El aparejo ha de ser la buena orden que tenga en toda la vida y semana (según uno decía), que nunca hacía particular preparación para comulgar, porque cada día hacía todo lo que podía. Más bien será que haya más templanza en la cena la noche antes, y particular pensamiento de esta palabra: *Ecce sponsus venit, ecce Rex tuus venit: tibi praepara in occursum Dei tui;* y Cristo sea su luz.

CARTA Á UN CABALLERO:

QUE SE EJERCITE EN PELEAR CONTRA LA PROPIA VOLUNTAD

Oído he las razones de vuestra merced para me persuadir que es más acertada cosa estar en esa ciudad que en esta villa; y cierto, aunque ellas son sutiles, no por eso me mueven; porque es más cierto lo que por ejemplo de Cristo se hace, y lo que por oración se alcanza, y lo que por experiencia se ve, que por humano parecer y fuerte aficionado se juzga. ¿Quién duda si no que vuestra merced como morador de esta ciudad, y como favorecedor de mi poquedad, deseando mi estada ahí, es juez y testigo en su propia causa? Y por eso lo que gasta en buscar razones, gástelo en devotas oraciones. Y acaecerá á vuestra merced con el predicador lo que San Bernardino dice que ha de hacer el predicador con los oyentes: *Si persuadere, inquit, vis, gemendo magis quam clamando id facies.* Y aunque en lo que he dicho vuestra merced me parece que excede, en otra cosa lo gana, y me edifica; conviene á saber, en la mucha paciencia que ha tenido en escribirme tres cartas sin ver respuesta mía: estimo esto en más que el vivo razonar, cuanto va de obrar á hablar, y es cosa que yo deseo mucho de quien me escribe, porque hallo tantos impacientes en esto, que querría más que no me escribiesen, que no tan presto se enojasen. *De his hactenus.*

¿Qué diré á vuestra merced, ó qué le pediré, pues lo tengo por mi Señor? Que pues es caballero, que pelee, y no tenga el nombre en falso, que es la cosa que un cristiano más debe huir, pues es amador de la sencillez; y de ser tal, sea cual se nombra y parece. Bien entiendo que la vigilancia que nuestro capital enemigo el demonio trae por nos hacer de su bando y para que no ganemos lo que Él perdió, traerá muchas veces en la memoria de vuestra merced que es pelea la vida del hombre sobre la

tierra, y le hará alguna vez gemir con el trabajo de su molesta importunación, y le hará clamar al Señor (Isa., XXXVIII): *A quo venit auxilium: Domine vim patior, responde pro me.* Y pues hay quien á vuestra merced haga acordar que vive en guerra, quiérole yo acordar que de tal manera se haya que venza en ella: porque de esta guerra no se puede esperar sino grande bien ó grande mal; pues la joya de la victoria es Dios poseído eternalmente, y la pérdida del ser vencido es perder á Dios para siempre. ¡Oh, quién pudiera dar una voz que á todos los hombres llegase, y los asombrase con este temor, y los animase con esta esperanza!

¡Oh hijos de Adán, hasta cuándo ciegos, que esto no veis; sordos, que esto no oís; insensibles, que esto no os penetra hasta lo más dentro del corazón! Decid, ¿por qué os habéis rendido debajo de los pies de vuestros enemigos, y sin temor ni vergüenza os vais las manos atadas tras de ellos? ¿No sabéis que quien se deja vencer del pecado es cautivo del diablo? ¿No sabéis que el sueldo que da el pecado es de muerte, y de cuerpo y de alma en los infiernos, y esto para siempre jamás? ¿Por qué os queréis tan mal que busquéis vuestro mal, y os andéis dando de puñaladas vosotros mismos, enojándoos tanto porque os hacen un breve y chico enojo? ¿Por qué no sentís la pérdida de Dios y de su amistad, pues tanto sentís la de una poca de hacienda ó de honra, que tenerla ni perderla no os hace menos ni más? ¿Qué responderéis en el día de la visitación y de la angustia que sobre vosotros viene, cuando pasadas estas sombras y desvanecido este humo salgáis de esta carne que tanto amasteis, y dejando esto presente que estimasteis, seáis presentados delante el riguroso Juez, que tanto más recio le hallaréis contra vosotros cuanto Él menos sujeto os halló para si? ¿Qué queréis, que os conozca por sus caballeros, pues anduvisteis peleando en el real de sus enemigos, y manteniéndoos Él de sus bienes, y dándoos la misma vida que vivís, obedecisteis á las leyes de su capital enemigo y aborrecisteis las suyas? ¿Qué queréis que os pague Dios lo que no le servisteis? ¿En qué razón cabe servir á uno y pedir la paga á otro? ¿Cómo ofender á uno é irle á pedir paga como leal servidor?

No nos engañemos, ¡oh hombres!, en esto, que no cogerá cada uno sino lo que sembró (Galat., VI): *Quien en carne siembra, corrupción cogerá; y quien vida quiere coger, siembre en espí-*

ritu, que no nacen de espinas uvas, ni de los abrojos higos. (II Cor., IX.) Olvidado me había, hablando con muertos como si fueran vivos. ¿Qué aprovecha tocar trompeta al que está sordísimo? ¿Qué aprovecha decir oid esto á los hombres que aún no les entra á la primera puerta del corazón? ¿Qué haremos, Señor, que está hoy cumplida aquella amenaza de Dios por el Profeta Isaías (cap. VI): *Oyendo, oiréis y no entenderéis; y viendo, veréis y no veréis,* etc.? Porque ni palabra, ni azotes, ni halago basta á despertar de este mortífero sueño, hasta que venga el fin de los miserables, y todos oigan la sentencia que los envía al infierno, y vean sus males sin remedio de ellos. Gran mal es éste, y bienaventurado aquel á quien el Señor de él libró, dándole conocimiento de sus malos caminos y voluntad de los buenos.

Acuérdese el hombre de aquel día en que Dios le llamó, y sepa que entonces le abrió las orejas y ojos para ver y oir, como si un sordo ó ciego sanara; y acordándose agradézcalo mucho, pues le fué dado un don, si él se dispuso, que le vale más que todas las cosas, pues le fué dada amistad con el Señor, á la cual no se puede comparar cosa alguna. Y esta sea la señal del verdadero agradecimiento, el verdadero cuidado de perseverar, de tener sus ojos abiertos y sus orejas también: porque muy más de culpar sería quien teniendo los ojos abiertos cayese, viendo que se cae, que el que no los tiene. Una cosa es hacer locuras un loco, y otra hacerlas el hombre que tiene juicio; y así desagrada más al Señor la caída del que Él levantó y puso en pie, y le dió su luz con que viese, que las que dió primero que á Dios conociese y amase. Por tanto, Señor, avise vuestra merced á esos caballeros nuevos del Rey celestial, que no tomen el negocio de burla, pues el castigo de la negligencia y el galardón del cuidado no se dan de burla.

Gran Señor es Dios, que quiere ser diligentemente servido, y al siervo perezoso no le dió menor castigo que echarlo, atados pies y manos, en las tinieblas de fuera, que quiere decir, excluirlo de los bienes de Dios y su casa. Y pues por privar con el Rey y para conquistar una poca de tierra son menester cuidados, vigilias, trabajos y derramamiento de sangre, no empecen ellos en esta pelea, pues Dios, cuya es, será su capitán, con cuyo brazo, cierto, saldrán victoriosos. El enemigo que han de vencer, la ciudad que han de conquistar, su propia voluntad es:

á ésta pongan delante de sí, y contra éste asesten sus tiros. Á éste digan: tú eres enemigo de Dios, pues quieres lo contrario de Él, y por tanto eres mi enemigo, porque soy de Dios, y amigo de sus amigos, y enemigo de sus enemigos: no he de tener paz contigo, por no tener guerra con Dios: reine Dios en mí, y no mi voluntad: regirme tengo con lo que Él manda, y no con lo que se me antoja.

Preguntaré á mi Dios que me enseñe su querer, y aquél será mi ley, aunque mi querer otra cosa quiera: duela ó no, determínome de atarme con Dios, pues allende de se lo deber, pues Él se ató con la cruz por mí, cúmpleme llegarme á Él; pues todo aquel que no se llegare acá por amor, será apartado allá de Él por desamor. Cuésteme mi sangre, y no pierda yo á Dios. Y por oir de su boca: gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor, todo lo que se puede pasar es muy poco, que al fin es temporal todo esto, y aquello eterno; esto liviano, y aquello de peso, y, por tanto, digamos de corazón con David (Psalmo XXVI): *Una cosa pedí al Señor, y ésta buscaré: que more yo en la casa del Señor en la longura de los días.* Y sea la conclusión que nunca el cielo costó caro. Nuestro Señor lo dé á vuestra merced y á todos por la sangre suya. Amén.

CARTA Á UNA PERSONA VIRTUOSA,

QUE TENÍA CRIADOS Y FAMILIA: ENSÉÑALE CÓMO HA DE LLEVAR SUS FALTAS Y LOS HA DE CORREGIR

Tengo por providencia de Nuestro Señor el haber caído á vuestra merced en suerte sufrir esa persona; porque ¿cómo se ha de cumplir lo que muchos años ha le fué mostrado, que había de padecer en todo sin sacar una pajica, si así no? Y también, ¿cómo había de aprender paciencia, y mortificación y humildad, sino en estas tales guerras con esa persona y con las demás de su casa? Porque aunque tenga vuestra merced muchos y buenos propósitos de padecer y de mortificarse, si no hay quien los ejercite, sueño son más que verdades: en la guerra se conoce la fortaleza, que fuera de ella todo es blasonar. Y parece ser esto así, pues que cuando algo de esto á vuestra merced acaece, se turba y se pone como la persona á quien corrige. En todo caso conviene ejercitar la paciencia, y no se puede ganar con quitar ocasiones; porque si dentro está la raíz, no

hay sanidad de fuera, aunque parezca haberla, por no haber quien la ejercite. Haga cuenta vuestra merced que le envió Dios esa gente para que mortificasen la mucha viveza de vuestra merced, y le parasen tal cual se lee haber sido aquel hijo del Rey, que siendo injuriado del viejo de Atenas, se rió diciendo que se reía porque él le daba de balde lo que le había costado muchos dineros que otros le dijesen.

Acuérdese vuestra merced de los desprecios que hicieron á Nuestro Señor, y no pare hasta holgarse de ser así tratado, y téngase por muy dichoso el día que tal le acaeciere por dar algún placer á Nuestro Señor. Santa Isabel, hija del Rey de Hungría, siendo muy injuriada de muchas personas, oró por ellas con lágrimas, suplicando á Nuestro Señor diese á cada una una merced por cada injuria que le habían hecho. Y respondióle Nuestro Señor, que nunca oración tan acepta le había hecho, y que por aquélla le perdonaba todos sus pecados. No es pequeño negocio vencerse un hombre, cuanto más en lo que es inclinado. Y no es de pequeña estima delante de Dios ser despreciado de los que le habían de servir. Y esto acaeció á Job entre otros trabajos, que su criado, llamado, no quería venir ni le estimaba. Y el Señor padeció traición de su mismo discípulo, y deshonras y muerte de quien había de servirlo. San Agustín dice: *No penséis que viven los malos de balde en este mundo, porque Dios los tiene y sufre aquí para que se conviertan ó para que ejerciten á los buenos.* No puede ser Abel á quien no ejercita la malicia de Caín, ni podría haber mártires si no hay crueldad de sayones, ni se prueba la castidad si no es perseguida, ni la paciencia sino con golpes. Así que, reciba vuestra merced eso de la mano de Dios como muy particular merced, y agradézcasela, y aprovéchese de ella hasta que no se halle sin ella, como decía el Santo Job: *Compañero fué de avestruces y hermano de dragones.* Y en cómo le va á vuestra merced en esto verá en qué grado está de santidad, mejor que en la dulcedumbre de la consolación y que en los trabajos de la enfermedad; porque como esto es tan áspero de sufrir, es á Dios muy agradable de que haya amor en nuestro corazón para pasarlo por Él.

Esto es en lo que vuestra merced ha de imponer su corazón. Y en lo que toca al castigar, esté avisado que no lo haga cuando el corazón está alterado, sino déjelo pasar, y después corregir por amor, más como quien ruega que no como quien riñe;

porque este medio es muy más eficaz para aprovechar al prójimo, que es lo que debemos pretender cuando ha errado, y no satisfacernos de nuestra injuría ó desacato que nos hicieron. Aprenda también á disimular cosas. Y aunque le parezca que no salen con tan buena crianza como vuestra merced querría, pase por ello; porque á veces se esconde nuestra ira y soberbia con decir que pretendemos que nuestro criado haga lo que debe. Cierto, es el corazón del hombre profundo; y muchas veces él mismo se engaña. Y por eso es mejor declinar á la parte de nuestra mortificación que á la contraria, y avezarnos á sufrir que nos hagan un sinsabor y otro, hasta que, como he dicho, nos holguemos y sintamos gran placer en ser así tratados.

Así que, convendrá disimular muchas veces; y como decía uno que está aquí, otra persona muy viva: "Señor, hágase vuestra merced tonto, y cuando sea menester reprender, sea con blandura, diciendo: catad que deseo vuestro bien, y me da pena ver que no sois el que deseo, ni el que Nuestro Señor quiere; y esto es lo que me da pena más que las faltas que me hacéis„: y así con blandura corregir. Y cuando esto no basta, por mejor tengo darles alguna penitencia de ayuno ó cosa semejante, que herir con palo ni mano. Mas si fuese mucha la perseverancia, sufrirse ha, darle con el bordón; y en todo esto ha de andar la oración por ellos, que sin ésta no hay nada hecho; y quien no entiende que tener criados es tener señores, y tener á quien sufrir y por quien rogar, no sabe qué es tenerlos, ni imita á Nuestro Señor ni al trato que tenía con sus discípulos. ¡Oh, qué blando, qué amoroso, qué sufrido, qué orar por ellos, qué morir por ellos! Esto ha de mirar el mayor con sus menores, pues el Señor les lavó los pies, y dijo: *Ejemplo os he dado*. Y sea la suma que trate vuestra merced más á los suyos con amor de padre, y padre amoroso, que no por rigor de señor: y que haya mucho de blandura y sufrimiento y de oración, y algo de rigor, poco.

CARTA Á UN SU AMIGO:

TRATA DE LOS TRES GRADOS DE LA VIRTUD DEL AGRADECIMIENTO, Y ANÍMALO Á LA ORACIÓN

Tres grados se suelen poner de la virtud del agradecimiento: el primero es conocer en el corazón el beneficio recibido; el segundo, alabarlo y contarlo con palabra; el tercero, satisfacerlo con la obra, según la posibilidad de quien lo recibió. Y mirando yo muchas veces en el agradecimiento que á vuestra merced debo, me parece que de poco me remuerde la conciencia que tendrá tercera de él; porque así como la principal parte del beneficio es el amor puro, liberal y sin interés con que se hace, así lo principal con que se debe agradecer es el mismo corazón grato y aparejado á hacer lo que pudiere con quien le benefició, para que así corresponda corazón á corazón, y haya igualdad. Que de otra manera, pagando con amor á quien no dió con amor, más le pagan de lo que deben. Y pagando con obras solas á quien dió amor, no se le paga lo que se le debe. Y porque Nuestro Señor me hace merced de poner en mi corazón tan presentes los beneficios amorosos que de vuestra merced he recibido, como si siempre los estuviese recibiendo, y me da conocimiento y agradecimiento de ellos, no me angustia mi pobreza en las obras viendo tanta riqueza en el corazón: y si me dijere que este agradecimiento es muy estéril, digo que pues yo no puedo más, y vuestra merced no me hace mercedes con esperanza de retorno, creo que no parecerá pequeño el servicio á quien ningún servicio buscaba.

Díceme que me acuerde de los hijos, que tanta necesidad tienen: digo que pongo á Dios por testigo que sí hago, y no como quiera, mas muy en particular; sino que en el no sentir allá el provecho, veo yo cuán flacas son mis oraciones; lo cual no es pequeño desconsuelo para quien no tiene otra cosa con qué pagar sino con ellas. Mas siempre ose confiar de Nuestro Señor (por quien Él es), mirando á la caridad que vuestra merced siempre conmigo ha usado, ha de satisfacer conforme á su verdad y bondad, pues ha dicho (Matth., X): *Qui recipit prophetam in nomine prophetae, mercedem prophetae accipiet.* Cartas no escribo tantas cuantas parece que sería razón; mas, cierto, lo que allí faltó en Misas lo pago; y creo que es trueco

que vuestra merced no se tendrá de él por engañado. Plega á Cristo me haga tanta gracia, que yo pueda antes que de esta vida salga enseñar á vuestra merced con obra cuán entrañablemente me tengo por deudor suyo en el corazón. De aquesto no más.

Pena siento de la ida del Padre Fray Vicente, por la falta que hará. Súplase su ausencia con añadir oración y lección: que por cierto tengo que á quien esto sobra, de ninguna cosa siente falta. Mire, señor, cuán peligrosa está la vida, y cuánto trabajo es menester para conservar esta centellica del celestial fuego, que no sea apagada entre tantos vientos de tentaciones, y entre tanta frialdad de ocupaciones como tenemos. Y si la candela se nos apaga, nos quedaremos á obscuras. Líbrenos Nuestro Señor de habiendo tomado el arado del camino de Dios en la mano, tornar atrás, dejando el buen camino que guía á la tierra de los vivos, y caminar á la de los siempre muertos. Líbrenos Él, que es luz verdadera, de parecernos mejor la vanidad que pasa, que la verdad que para siempre dura, y escoger un breve cumplimiento de voluntad y perder un eterno. Menester es, señor, en tiempo de tanta necesidad, suplicar á Nuestro Señor que nos quiera dar su verdad y su luz para que las tinieblas, que tan espesas andan como en tierra de Egipto, no nos cieguen el corazón, y hagamos obras vergonzosas, y que den temor para el día que todo ha de salir á luz.

Deseemos, señor, al Señor por amigo; que no hay quien sin amigo pueda vivir: que si no le deseamos, no le tendremos: que así como no vino al mundo hasta que fué muy deseado y rogado, así no viene al alma si no se ve muy deseado y rogado; y por cierto con mucha razón; porque no es razón que se dé tal manjar á quien tiene fastidio de él. Perdido parece el bien en poder de quien no le conoce. Mal empleado estaría Dios en el ánima, que aunque le tenga delante, no se le incita el apetito á le desear y amar. ¡Oh bien sobre todo bien, y sólo y suficientísimo bien! ¿Y qué le sabe bien á quien Tú no le sabes? ¿En qué se deleita quien en Ti no halla deleite? Por fuerza quien en Ti no halla tomo, lo ha de hallar en lo que no tiene tomo, ó, por mejor decir, se queda sin hallarlo en cosa; porque al apartado de Ti no le puede encontrar sino falta y pobreza.

¡Oh deseo de los ángeles! ¿Y quién no te desea, y se muere de hambre de Ti, cumplimiento de nuestras faltas, y sobrado

henchimiento de los más interiores senos y rincones de nuestras entrañas? Suspire á ti el extranjero, pues tú eres su tierra de tanto descanso. Búsquete quien algo busca, pues quien te halla pone fin en buscar otras cosas. Gócese de Ti y por Ti y contigo quien es amigo de gozo, pues Tú sólo haces el ánima tan de verdad gozosa, que así amaras las congojas y las tristezas como un fuego infinito abrasa y deshace unas muy pequeñitas pajas. Buscarte á Ti es virtud sobre toda virtud, y hallarte es bien sobre todo bien. No hay cosa que se le ofrezca á quien te busca, que le deba quitar de te buscar; porque no hay cosa que por Ti den, que no cueste, Señor, muy barato. Daban en otros tiempos de muy buena gana por Ti la salud que se perdía en las cárceles, la fama que se perdía en los pregones por las calles, la honra que se perdía en las deshonras ó desprecios que en presencia se hacían á quien te confesaba, y perdían por Ti hacienda, tierra, hijos, y mujeres y vida; y con sólo Tú, joya de valor infinito, se daban por bien pagados los que tantas cosas perdían; porque Tú solo eres en valor todas las cosas, y de todas pierde deseo quien á Ti solo tiene: y ahora, Señor, aunque no haya aquel aparejo para poder así perder todas las cosas por confesión de la fe, hailo y muy grande para servirte en confesión de amor.

Padecían de antes por no perder la fe: padecen ahora por no apartarse de tu voluntad; y no sé si es más dificultoso guardar entre tantos contrarios de dentro y de fuera, visibles é invisibles, prósperos y adversos, que nos quieren quitar de tu voluntad la firmeza de obediencia y caridad, que en otros tiempos lo era entre manos de sayones guardar sin desmayo tu fe: aparejémonos á ser mártires de la caridad, pues no lo somos de la fe; y poniendo nuestros ojos en aquel que en la cruz subió tan denodado para sufrir, corramos esta carrera con alegría, en cuyo fin está Dios puesto por joya, y quitando todo impedimento, alleguemos hasta el cumplimiento de la voluntad del Señor, que aquel es el centro donde ha de reposar nuestra ánima, si en algún lugar ha de estar: llamemos cuando mal nos fuere á aquel por quien peleamos, que no hallaremos descuidado para nuestro socorro al que nos convida á la guerra', y fué cuidadoso de nuestro bien con costa de su vida propia: vernos tenemos delante el acatamiento de Dios: hagamos vida que nuestra faz no sea confundida en aquel día y para siempre avergon-

zada, mas llena de gloria con los que fielmente sirvieron y gloriosamente han de ser coronados. Amén.

CARTA Á UN CABALLERO AMIGO SUYO:

LE ENSEÑA QUE LOS TRABAJOS PONEN ESPERANZA Á LOS JUSTOS Y TEMOR Á LOS PECADORES

Á Cristo gracias que ha hecho á vuestra merced participante en dolores, que es la prenda del cielo que más cierta hay en la tierra, pues es la más semejable al Señor, que del cielo descendió por darnos lumbre para que esto amásemos, y esfuerzo con su ejemplo, y gracia con su merecimiento. No le parezca á vuestra merced crueldad la dispensación de las obras de Dios; que como su galardón no es liviano, no quiere que el medio para lo alcanzar sea liviano: ni hay cosa más ajena de ser cosa de burla y de palabras, que lo que el Señor tiene aparejado para los que le aman. Para que esto se conozca y se estimē es bien que así sean tratados los que de ello han de gozar, para que el mundo se desengañe, pensando que viviendo de burla han de ir á gozar de galardón de verdad. Avisa el Señor á los suyos, y amenaza á los ajenos; porque á los unos dice que sientan de su galardón grandemente, pues con este rigor lo da; y á otros dice que cómo piensan escapar de las manos de su rigor siendo enemigos, si así son tratados los hijos é hijas escogidos para grande bien. Si miramos este rayo de rigor y justicia, que son dolores, hallaremos ser grande ocasión para esperar y para temer; y en lo uno es glorificada la misericordia de Dios y en lo otro la justicia.

Espere descanso el trabajo: tema trabajo quien acá no le tiene; porque como en cualquiera persona, por justa que sea, haya muchas cosas que merezcan castigo, aunque no de infierno, y éste hase de dar si no se purga con tan grande exceso de amor que la contrición valga por castigo, como en la Magdalena y otras, claro es que aquí ó en purgatorio será menester pasar por fuego: y aunque los que no tienen aquel grande amor de Dios, que causa grande dolor, que vale por la satisfacción, les parezca que se les hace agravio en ir ellos salvos por fuego, y los otros sin él, están muy engañados en esta cuenta; porque el amor grande de Dios en la tierra, donde Dios es ofendido, causa mayor dolor que los que vuestra merced tiene; y en esto se

ve ser así, cuando quien á sí ama tomaría de buena gana lo que vuestra merced tiene porque le quitasen su dolor. Y de esto no nos debemos espantar, pues hay personas que por no verlos pasar á vuestra merced, lo pasarían ellas, en señal que da más pena el amor que uno tiene que el dolor que pasa otro. Y si vuestra merced ama á una persona mucho, no querría que á él se le quitasen los dolores, si había de ser con condición que se le pasasen á ella, en señal que le dolerían más en ella que le dolerían en él.

Pues si esto puede el amor de la criatura, ¡cuánto más lo podrá el amor del Criador infundido por el Santísimo Espíritu del Señor, que excede á toda otra fuerza! Y así es grande verdad que así ó así no hay quien escape de padecer para ir á gozar: y quien de esta ley se quejase, quéjese de ser hombre y porque no le hicieron ángel; y quéjese de la justicia y razón, pues toda ella pide que la virtud ha de ser con trabajo, y á ésta corresponde el galardón. Mas, ¡oh Señor!, ¿y quién osará quejarse de Ti porque le tratas con rigor, pues luego le tapas la boca con que así amaste al mundo, que á tu Unigénito diste para que á poder de trabajos, dolores y muerte que de Él cargase el mundo, evitase los del infierno y gozase del cielo? ¿Quién, Señor, se osará quejar viendo reciamente tratados á tus más amados, y que andan á porfía en tu palacio los favores y los dolores, y que digan, mandándolo Tú, á uno de tus favorecidos: porque eres acepto á Dios fué necesario que la tentación te probase. Pues si con esta carga das tu gracia, amor y cielo, y á Ti mismo, no nos quejemos, no, del contrapeso, pues es Dios. No deje vuestra merced caer el corazón debajo de los trabajos; mas acuérdese que algún día deseó hacer y pasar algo por Dios.

No es Dios sordo á las hablas de nuestro corazón: Él dió á vuestra merced lo que Él por mejor estimaba; y si ahora le parece recio, confíe de quien lo envía, que dará fuerzas para lo llevar. Acabarse ha lo que duele: sucederá lo que dará descanso; y no será aquello como esto, sino sin comparación mayor. Y si vuestra merced dice que renunciaría aquello por no pasar esto, no es bien dicho ni de corazón generoso, el cual más quiere verse en peligros y trabajos por la virtud, que estarse ocioso sin ejercicio; y no es bien que teniendo vuestra merced el corazón tan esforzado para las guerras del Emperador, lo tenga flaco para las de Dios. No le piden acá que rija un ejército

entero como Capitán general, sino que lleve bien la carga de su pica y dé buena cuenta de su lugar: no sea cobarde vuestra merced en lo menos, pues tiene camino para lo más: métase todo en la Pasión del Señor, y aprenda en lo que pasa lo mucho que el Señor pasó y el grande amor que le tuvo; pues pudiéndolo redimir por otra vía, no quiso sino á costa de dolores, y muy recísimos: y así es que como Él en una hora amaba más á su Padre que todos los hombres juntos, así en una hora pasaba más dolores que todos los hombres, y en toda la vida de ellos no hubo amor igual al suyo ni dolor.

Esfuércese vuestra merced á querer pasar algo por Él: no sea esclavo, pues le quiere y trata por hijo: que el padre á su hijo azota, y vuestra merced lo está, y por esto se puede tener por hijo. Ame á su Padre: salga ya de sí, y dése á Dios: dígale: Señor, seguir os quiero, aunque por dolores: esta ofrenda os quiero ofrecer: no os quiero dar cosa de poco precio, sinò que me cueste mi sangre, porque me digáis como á Abraham (Génesis, XXII): *Quia fecisti hanc rem, et non pepercisti unigenito tuo propter me.* Mire: si Dios agradece á un hombre que da su hijo por Él, cuánta razón es que el hombre agradezca que Dios dió el suyo por Él: y aquel sólo lo agradece que en recompensa da á Dios su propio hijo, que es lo que más en su corazón le duele, para que se pase, porque Dios lo quiere. Mire vuestra merced este dechado del amor que Dios le tuvo; mas sea para sacar de Él; que como le dieron sangre y dolores, de Él lo mismo; que cierto si así responde á los dolores, Él responderá á los dolores de vuestra merced con tal galardón que se agrade mucho de haberlos pasado; y aunque la carne no crea esto, la fe supla la falta, que cantar tiene vuestra merced: *Laetati sumus pro diebus quibus, nos humiliasti: annis quibus vidimus mala.* Así sea. Amén.

CARTA Á UN SU DEVOTO,

QUE LE PIDIÓ CÓMO SERÍA BUENO: ENSÉÑALE SE APERCIBA PARA TRABAJOS Y EL FRUTO QUE TRAEN

Recibí vuestra carta, y dígoos verdad, que si no fuese porque yo tan pocas veces os escribo por mis ocupaciones, yo os rogaría muy mucho que muy á menudo me escribiésedes, porque recibo mucho gozo en saber de vos y de vuestra casa. Mas,

pues tanto yo os debo en otras cosas, no dejéis de echarme también en esto carga, que todo lo pagará Nuestro Señor. Huelgo que me pedís que os escriba con qué seáis bueno, porque mucho tiene andado el camino el que lleva buena gana de lo andar. Mas mirad no sea como á muchos acaece, que el saber la voluntad de Dios no les sirve de ponerla en obra, mas de obligarlos á mayor pena; porque, según dice el Señor (Lucas, XII): *El siervo que supiere la voluntad de su señor y no la hace, será azotado con muchos azotes.* Por eso no se obliga á poco quien pide ser enseñado en el camino de Dios, y creo yo que la intención con que vos lo pedís no es otra sino para poner en obra lo que se os dijere, y por eso es mucha razón que se os diga.

Hermano, las buenas obras son en dos maneras: unas son exteriores, así como rezar, ayunar, dar limosna, no jurar, no mentir, no murmurar, no hacer mal al prójimo, no le enojar, y otras semejantes obras. Otras hay que están en lo dentro de nosotros, que son un corazón encendido en amor de Dios y del prójimo, un profundo sentimiento de nuestra indignidad, un entrañable agradecimiento á las mercedes de Dios, una reverencia que á la divina Majestad tenemos, que nos tornamos delante de su grandeza como si fuésemos nada, con otros muchos sentimientos interiores que decir no se pueden. Las primeras buenas obras de fuera son más ligeras de hacer, y es muy de culpar el hombre que en ellas es flojo; porque el que en lo menos es perezoso, ¿cómo será cuidadoso en lo demás? No tiene razón para quejarse que no le da Dios cosas mayores quien no es para refrenar su lengua y tener á raya su cuerpo y ejercitarlo en buenas obras.

El templo de Dios tenía un portal, en el cual entraban los legos, y otro más interior, donde no entraban sino los sacerdotes, y así el oir Misa y honrar á los mayores, no hacer mal ni decir mal, con otras semejantes obras, comunes son á los cristianos que son amigos de Dios, y á los que no lo son. Mas el corazón lleno de fe y de caridad, este es el propio don de los amigos de Dios, y que distinguen entre los hijos de perdición y de salvación. Y así como por el primer portal entran al segundo, así por estas buenas obras primeras van á este santo corazón, no porque estas buenas obras engendran á este corazón, que sola la gracia de Dios lo da, mas porque á los que hacen,

según su propia flaqueza, lo que en sí es, corresponde Nuestro Señor conforme á su grande misericordia. El corazón nuevo, así como es la cosa que más nos cumple tener, así es la cosa que menos nos cumple pensar que la podemos tener de nosotros. No es fiel quien no cree que Dios le dió el ser que tiene; ni tampoco lo es quien piensa que otro que Dios le puede dar el ser bueno, pues que es mejor el buen ser que el solo ser. Y los que piensan que por su saber ó poder han de alcanzar este don á cabo de muchos trabajos pasados y muchos caminos andados y probados, hállanse estar más lejos cuanto más cerca pensaban estar.

Por abatirnos y despreciarnos alcanzaremos lo que deseamos, más que por otra porfía soberbia. Dios es muy alto; mas á las cosas bajas miran sus ojos en el cielo y en la tierra. Y en balde trabajó por le agradar quien por otra parte que por abajarse lo procura. Ya vino el Hijo de Dios á la tierra, y nos enseñó en su vida y palabras el camino para ir al cielo, y este camino es humildad, según Él lo dijo (Luc., XIV): *El que se abajare será ensalzado*. Hermano, pues, si queréis que Dios os dé corazón nuevo, enmendad primero vuestras obras, y después sentir vuestras faltas, reprender vuestras culpas, no alivianéis vuestras tachas, juzgaos en verdad, y no os ciegue vuestro amor; y sintiéndolas no las olvidéis, mas ponedlas delante los ojos, y presentaos á Jesucristo, Salvador y Médico nuestro, y lloraos delante de Él, que sin falta Él os acallará. No hay armas tan fuertes como lágrimas de niño para su padre; ni hay cosa que así nos haga victoriosos delante de Dios como llorarnos delante de Él y quejarnos de nosotros á Él, no para que haga justicia, más misericordia.

Llamad, que no lo habéis con sordo: presentadle todas las llagas que en vuestra alma sintiéredes, que no lo habéis con ciego: contadle vuestras miserias, que piadoso es para os remediar: confesad y comulgad, y llegándoos al Señor sentiréis derretirse vuestra ánima de suave dulzor, y diréis: ¡Cuán grande es la grandeza de tu dulcedumbre, Señor, que escondiste á los que te temen! Mas mirad que cual sintiéredes ser el Señor con vos, así tened cuidado de ser vos con vuestros prójimos; que de otra manera hallaréis á Dios desabrido si el prójimo os halla así á vos. Ya sabéis su firme sentencia, que con la medida que midiéredes os ha Él de medir. Pues no seáis vos corto, porque

Dios no lo sea con vos. Por una cosa que vos perdonáis, seréis de Él perdonado en muchas. Por poco que vos sufrís, os sufre Él muchas cosas. Dais poco, recibís mucho; por tanto, esforzaos de guardar con mucho cuidado la ley de la caridad, que en ella está vuestra vida. Veis aquí, Hermano, cómo habéis de vivir, en breves palabras dicho: tened cuidado de encomendar vuestras palabras y obras. Y usad la oración, pidiendo á Cristo corazón nuevo y derecho, y no haciendo contra vuestros prójimos cosa que les sea cargosa, antes todo el buen tratamiento de palabra y obra que vos pudiéredes. Y así haréis lo que debéis para con vos, y para con Dios y para con el prójimo.

Haced esto, y viviréis con que sepáis que si habéis de ser amigo de Dios, que os aparejéis á sufrir trabajos; que si esto no hay, ¿qué es el bien que uno tiene sino ciudad sin muros, que al primer combate es vencida? La paciencia es el escudo de las otras virtudes; y ella faltando en un rato, perdemos trabajos de muchos días. Y por eso nos amonesta nuestro Maestro y Redentor: en vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas, que ésta faltando no somos nuestros, porque así roba el juicio la ira como el beber vino. Haced el corazón fuerte para sufrir trabajos, que sin pelear no podéis gozar de victoria, y no se dará la corona sino á quien venciere: no os parezcan grandes vuestros trabajos, que para lo que merecemos, y para lo que Jesucristo Nuestro Señor pasó, y para el galardón que por ellos nos será dado, muy chicos son. Acordaos que presto saldremos de este mundo, y todo lo pasado nos parecerá una breve sombra, y estimaremos por mejor el trabajo que el descanso. Sabed vos aprovecharos de las penas, que gran tesoro traen al ánima (Sap., III). Apúranla de los pecados pasados; porque lo que es el fuego para el oro, es la tribulación para el justo, porque le dará muy apurado: mas los malos quedan más sucios, porque en lugar de ser agradecidos á Dios, quéjanse de Él; y en lugar de ser mejores con el azote, hacen pecados con los trabajos, y pierden lo que pudieran ganar, y ganan el infierno con mucho trabajo. Vos, Hermano, no así; mas estad más fuerte mientras más probado.

En las tribulaciones prueba Dios á los suyos: y quien no es probado, no será coronado; porque según dice Santiago (capítulo I): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación,*

porque cuando fuere probado recibirá corona de vida; la cual prometió Dios á los que le aman. ¡Oh, si entrase en nuestro corazón el valor de esta corona, y cuán de buena gana seríamos atribulados ahora! ¡Oh, si pensásemos de corazón cuán alegres están ahora y estarán para siempre los que un poco lloraron acá! Hasta la tierra nos abatiríamos con deseo de ser en el cielo ensalzados, y los placeres de acá desecharíamos, aunque nos los diesen, porque con la esperanza de aquéllos perderíamos éstos. Presto se descubrirá la vanidad de este mundo, y aparecerá el reino de Dios. Vivid ahora como extranjero; y teniendo acá vuestro cuerpo, tened vuestro corazón allá, para que cuando el Señor os llamare no os halle durmiendo, mas aparejado para ir con Él y para oir aquella dulce voz: *Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor.*

CARTA PARA UNOS AMIGOS SUYOS,

ENSEÑÁNDOLOS Á VENCER SUS ENEMIGOS, CARNE, MUNDO Y DEMONIO

Amados Hermanos en Jesucristo: la paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros. Después que de vuestra presencia me partí, siempre os he tenido en mi memoria presentes, porque el amor que os tengo no me consiente otra cosa. Amaos para Dios Nuestro Criador y Redentor, pues que ya una vez os disteis á Él, y yo fuí el testigo de ello; y, por tanto, querría que no os arrepintiésedes de haberos ofrecido á Dios, pues Él se ofreció á la muerte por vos. Combates tendréis, y no muy pequeños, porque nuestros enemigos muchos son y muy crueles; por tanto, no os descuidéis; si no, luego sois perdidos. Y si los que velan aún tienen trabajo en guardarse, ¿qué pensáis que será á los descuidados, sino ser del todo vencidos? Acordaos que el placer que el pecado nos ofrece es poco y sucio y breve, y el dolor que después queda es muy grande, y la pérdida que nos viene mayor. ¿Qué dolor, por grande que sea, puede ser igual con la pérdida, que es perder á Dios? ¡Oh cosa para temblar sólo en oirla, que si amamos al pecado no tendremos parte en Dios! Quien á esto no despierta, muerto está, no dormido.

Miremos, pues, cómo vivimos, que en breve pareceremos delante de Dios á dar cuenta de nuestra vida: no nos engañe la suciedad de la carne, la vanidad del mundo, la astucia del

demonio, mas miremos á Jesucristo puesto en la cruz, y veremos atormentada su carne y deshonrado del mundo y vencedor del demonio. ¿Y quién siguió á Cristo, que fuese engañado? Ninguno por cierto. No apartemos, pues, nuestros ojos de Él, si no queremos tornarnos ciegos: no parezca que le tenemos en tan poco, pues que muriendo por nos, no le queremos mirar; por eso murió, porque nosotros nos esforzásemos mirando á Él para morir á nuestros pecados. Muera ya, pues, en nosotros el viejo hombre, pues murió por nosotros en la cruz el nuevo hombre, que es Cristo. Lleguemos á Él nuestras llagas, que con las suyas serán sanas. Y si el apartarnos de nuestros pecados nos parece penoso, muy más le fué á Él apartársele el ánima de su cuerpo cuando murió, para que nosotros para siempre vivamos.

Ea, pues, cobremos ánimo para seguir á tal Capitán, pues que Él va delante, nosotros en el hacer, y Él en el padecer. Crucifiquemos nuestra carne con Él, para que ya no vivamos según sus deseos, mas según el espíritu que da vida. Si el mundo nos persiguiere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una acordada música que nos dan, y las piedras nos parecerán perlas preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh Jesús, y qué fuerte es tu amor, y cómo todas las cosas conviertes en bien! Cierto, quien de tu amor se mantiene no habrá hambre, no sentirá desnudez, no echará menos cuanto en el mundo hay; porque poseyendo á Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea. Tomemos, ¡oh muy amados hermanos!, deseo de ir y ver esta visión, cómo arde la zarza y no se quema; quiero decir, cómo los que aman á Dios, en las injurias no sienten las injurias, en la hambre están hartos, desechados del mundo no se afligen, tentados del fuego carnal no se queman, hollados están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos y muy familiares á Dios. Todo esto y más hace el noble amor de Jesús en el corazón donde se aposenta.

Ninguno puede venir á esto si no se descalza los zapatos, que son sus afecciones mortecinas, que nacen del amor propio, que es la raíz de la muerte, como el amor de Dios es causa de vida. La tierra santa no sufre zapatos, ni la vida espiritual los deseos del propio amor: quien á Cristo ama, á sí se ha de aborrecer:

quien á Cristo no quiere ser cruel, no sea á sí piadoso: los que son dulces á sí, amargos son á Cristo; y los que á sí miran, no pueden mirar á Cristo. Demos, pues, nuestro todo (que es chico todo) por el gran todo, que es Dios. Dejemos de seguir nuestra tuerta voluntad, y sigamos con diligencia la de Dios. Tengamos todas las cosas por estiércol, por ganar la perla preciosa, que es Cristo; y por verle en su gloria hermoso y gozoso, abracemos acá su deshonra y trabajo. Cierto, no va engañado quien tal trueque hace; porque cuando aparezca Dios con sus santos, y venga á dar á cada uno según sus obras, entonces parecerá locura lo que ahora es tenido en más precio, y llorarán los que ahora gastan su vida en deleites. Y sólo aquel será conocido de Cristo que siguiere su santa voluntad.

¡Oh, cuánto será el gozo de los buenos entonces, cuando honrados por Dios se asienten en las sillas aparejadas *ab aeterno*, y juntos con los coros angélicos alaben á Dios su Señor. ¡Oh, cuánto será el gozo de aquellos que han de ver al Rey en su hermosura, en el cual contemplando estarán tan contentos que ningún seno les quedará que no rebose de lleno de aquel licor y bálsamo que crió todos los buenos licores, al cual comparada toda hermosura es fealdad, y la luz del sol es tiniebla, y los grandes deleites son amargura; y por no decir cada cosa por sí, todas las cosas juntas en comparación de esta cosa no son cosa, ni por alguna se deben de contar! ¡Oh Dios, que eres todas las cosas y ninguna de ellas, porque eres sobre todas ellas! ¿Y cuándo ha de ser el día que te hemos de ver? ¿Cuándo se ha de quebrar este vaso de barro que tanto bien nos impide? ¿Y cuándo se romperán estas cadenas que no nos dejan volar á Ti, descanso verdadero de los que descansan?

No miremos, ¡oh hermanos!, á otra parte, si á Dios no: llamémosle á nuestro corazón, y tengámosle allí muy apretado con nos porque no se nos vaya. ¡Oh tristes de nosotros! ¿Qué haremos sin Él sino tornarnos en nada? Echemos ya atrás esto que tan adelante traemos, y comencemos ya á gustar algún día cuán suave es el Señor: corramos tras Aquel que corrió á nosotros desde los cielos para llevarnos allá. Vamos á quien nos llama, y con tanto amor desde lo alto de la cruz, despedazada su carne y quemada con fuego de amor, para que más sabrosa nos sea. ¡Oh, si comiésemos, ó si nos quemásemos, ó si nos transformásemos, ó si nos hiciésemos un espíritu con El! ¿Qué nos

detiene? ¿Qué nos estorba? ¿Qué nos engaña que no nos lleguemos á Dios? Si es nuestra carne, refrenémosla; si es nuestra honra, despreciémosla; y si es nuestra hacienda, echémosla si pudiéremos, si no, tengámosla como estiércol, entendiendo en ella con diligencia y sin amor de ella. Si es la mujer, dice San Pablo (I Cor., VII): *Los que tienen mujeres, sean como si no las tuviesen;* si los hijos, querámoslos para Dios; y si otra cualquier cosa, digámosle y con lágrimas: no me apartes de mi Dios. ¡Oh si tanto llorásemos por Dios que de aquella agua se encendiese fuego que quemase todo aquello que de Dios nos aparta! Las lágrimas nos lavarían, y el fuego nos quemaría, y seríamos animales santos todos ofrecidos á Dios.

¡Oh fuego de Dios, que consumes nuestra tibieza, y cuán suavemente ardes, cuán sabrosamente quemas y con cuánta dulcedumbre obras! ¡Oh, si todos y del todo ardiésemos por ti? Entonces dirán todos nuestros huesos: Señor, ¿quién es semeble á Ti? Porque del fuego del amor tuyo nacería conocimiento de ti, pues que quien dice que te conoce como te ha de conocer, y no te ama, es mentiroso. Amémoste, pues, y conozcámoste por el conocimiento que de amarte resulta, y tras esto venga el poseerte, pues tan ricos son los que te poseen, y poseyéndote á Ti seamos poseídos de Ti, y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios Trino y Uno, Rey infinito, sabio y poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que á ti se llegan, glorificador de los que te sirven, y Dios de cuya perfección no hay fin, porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de Ti sólo eres del todo conocido. Á Ti sólo sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

CARTA Á UN DEVOTO SIERVO DE DIOS:

ENCARÉCELE LO QUE IMPORTA LA HUMILDAD

De caetero frater confortare in Domino, et in potentia virtutis ejus. (Ephes., VI.) Que fiel es el que nos llamó, no para dejarnos en el medio camino, sino para llevarnos al fin de todas las cosas. Y aunque habrá enseñado á esos sus siervos cuán grande es la virtud de la humildad, para que Dios repose el ánimo, no me impute á mal que por mi indigna boca se lo encomiende y reencomiende. ¡Oh Señor, y cuántos que bien caminaban han sido descaminados por faltarles esta virtud, y lo que

peor es, que yendo fuera del camino piensen que van en él! ¿Qué remedio queda al miserable que tiene ciego el mismo ojo con que ha de ver sus defectos, y que tiene enfermedades en la parte que había de ser cura de todas las enfermedades? Tiemblo en pensar esto.

Que no sé por dónde ó cómo entra tan delicada soberbia, que sintiendo un hombre que todo el bien que tiene es de Dios, y que de sí no tiene sino pecados, con este sentido lleno de soberbia, que baste á desagradar á Dios. Verdaderamente debemos temblar *in conspectu Domini,* y no sentir maravillosas cosas de nosotros, ni tener en poco á quien camina por donde á nosotros nos parece: porque este negocio más consiste en hallar gracia delante los ojos de Dios, que en tener muchos dones, que á las veces pueden estar sin gracia, ó con menos gracia, y ser más cuerpo que espíritu, y riquezas humanas ó dones gratuitos dados á los hijos de las concubinas, que prenda de la heredad que se da á los hijos. Señor, humillemos *ex toto corde animas nostras;* escarmentemos en tantos que parecían altísimamente caminar, y el fin declaró que fué principio para mayor caída, y no alteza debida delante los ojos del Altísimo Dios. No es daño que nos tengamos á raya, aunque algo se excediese en sentir menos de nuestros dones que sería razón; mas es muy gran daño si un poco excedemos. Por eso nos está aconsejado (Luc., XIV): *Recumbe in novissimo loco.* San Agustín aconsejando: *Quae est via ad coelum,* dice: *humilitas.* Y si otra vez me preguntáredes, responderé lo mismo; y si otra vez y mil, no responderé sino *humilitas.* Y ésta, como digo, no es sentir solamente que todo el bien es Dios, y el mal nuestro, sino otro sentido allende de éste, el cual yo sé poco sentir, y de lo que siento sé menos hablar.

Ruego á Jesucristo que Él lo enseñe á todos, porque tengo por cierto que ninguna persona lo sabrá enseñar, ni el hombre que en esto está cerrado lo sabrá tomar, si por particular merced de Dios no se abren á esto los ojos, *expertus loquor.* Tanto los siervos de Dios duraban en lo comenzado, cuanto esta modesta y pacífica, y que de sí poco siente, humildad, los durare; porque por faltar ella se han ido todos los edificios que parecían ir buenos, y adonde ella está tiene puestos Dios sus ojos: *Gratiam tecum, et fratribus meis, tecum commorantibus.*

CARTA EN QUE EXHORTA Á UNA PERSONA

SER AGRADECIDA EN GUARDAR EL DON DE DIOS, Y NO SE EMBARACE EN LOS BIENES TEMPORALES, QUE SE PASAN COMO HUMO

Muchas veces me acuerdo de vuestra merced, y hácelo el amor que le tengo; y no hay vez que con su memoria no se cause en mi ánima un temor y temblor, considerando los muchos peligros en que esa ánima está, por la cual tanto Nuestro Señor ha hecho, que á poder cansarse, cierto Él lo estuviera muy mucho; mas ya se cansó cuando tuvo carne pasible, y de aquellos cansancios resulta el cuidado que sin cansancio ahora tiene de los que así trae. ¡Oh Señor, y con cuánta razón vuestra merced debe ser agradecido al bien recibido, y cuidadoso por la guarda de él á lo menos; y temeroso no se le vaya de entre las manos! Y dije á lo menos, porque el que tiene conjeturas que ha recibido de Dios el don de la justificación, debe obrar como diligente negociador, para que con cinco gane otros cinco, creciendo en el bien que Dios comenzó, y ganando cada día más parte del cielo, pues está la puerta abierta para más cada día ganar: que cierto es que si á uno dijesen que había un camino muy largo, por los pasos del cual diesen grandes bienes, y por un solo paso diesen valor de un reino, y que aunque en toda la vida quisiese un hombre andar por él nunca le quitarían su galardón, y tan copioso como el primer paso que dió, no habría en el mundo de los del mundo quien no fuese tan paseador que á duras penas descansase.

Pues si la codicia de lo visible esto obraría, ¿qué es razón que obre el amor de lo invisible y eterno, sino un vigilante cuidado de andar el camino de Dios con alientos tan nuevos, y más de lo que el primero día tuvimos? ¿Quién será tan mal mirado que no se tenga por muy deudor de Dios por tantos dones como de Él ha recibido en pago de tantos males nuestros, que no corra con diligencia á servir como pudiere á Señor tan benigno, que mirando de dónde el Señor le sacó no se atreverá á alejarse cada día más y más del lugar del infierno y de la maldad del pecado? No parece dolerse bien de la ofensa quien con diligencia no procura de ella muy lejos.

No agradece suficientemente al Señor este don á quien se le

va el pensamiento de Él, y se le envejece con el tiempo, ni se despierta á nuevas gracias y nuevos servicios, conociendo cada día más, como quien tiene más luz, esta tan grande merced, que llama David (Psalm. XX) *bendiciones de dulcedumbre;* pues es mucha razón que crezcamos en el ser nuevo de la gracia que el Señor nos dió, y no quedar contentos con quedarnos siempre chicos. Dije que á lo menos debemos ser cuidadosos por la guarda de aqueste don, porque á buena razón hemos de ser acrecentadores de mayores bienes cada día más. Y de aquí es que como yo vea estar la candelica de vuestra merced combatida con tantos vientos, y vea su flaqueza entre tantos y tan grandes y astutos enemigos, tiemblo sobre él, como una madre sobre un hijo, que no osa gozarse del bien que le ve, con el temor de que le puede perder.

Señor mío, ¿cómo le va? ¿Está vuestra merced en pie delante su Dios? ¿Vive delante la vida? ¿Tiene aposentado á Dios Nuestro Señor en su corazón? ¿Hay unión de amor entre Dios y su ánima? ¿Por ventura hay alguna rencilla ó desconveniencia que haya causado el cuidado del siglo, y el poco cuidado de agradar á su Señor? Temo de oir la respuesta, y no puedo estar sin oirla: si buenas nuevas me da, alegrarse ha mi ánima en el Señor, y darle ha gracias por haber guardado lo que ganó, y si otra cosa hay, dolerme ha: mas saberlo quiero; porque no me quiero estar yo sin dolor, estando vuestra merced en algún espiritual daño ó enfermedad.

Parte espero de su corona, parte quiero de su pena. Y si algo de esto hay, no deje añejar las llagas ni hacer nudos ciegos á las ataduras de los pecados. Quiebre presto lo mal atado, que no tiene licencia para estar apartado de Aquel que en cruz por él se ató con muy recios clavos: diga á todas las cosas: apartaos de mí, que no soy vuestro, ni debo ser mío. Sea lo que fuere, sea quien fuere, vaya lo que fuere, no tiene nadie razón ni justicia para llevar por suyo á vuestra merced, sino Jesucristo, que lo crió y tomó por hijo, y después de haber sido pródigo, lo recogió y honró, y dió nueva ropa y dulce abrazo de paz, y le tiene guardada silla de gran descanso en el cielo si guardare sus Mandamientos. De este Señor es este hombre: aunque aleguen de su derecho todos los hombres, no hay quien tan justamente lo comprase, siendo Él, por otro título, suyo; porque ¿qué es morir Dios por nos sino comprar con mucha costa

lo que ya era suyo por creación, y sacarnos de los infiernos y darnos de nuevo su amistad? ¿Qué es sino multiplicar títulos sobre una misma cosa, y tan grandes, que cada uno de ellos es muy justo para llevarse á todo el hombre tras sí?

¡Oh traición de los hijos de Adán! ¿Qué es lo que hacéis cuando prevalece en vuestro corazón otra cosa contra Jesucristo ó que no sea Jesucristo? ¿Cómo podéis decir no al que tan obligados sois á servir, aun con pérdida de vida? ¿Así os ciega un tan pequeño título, que cualquiera cosa puede tener para llevaros, y ponéis en olvido tantos y tales que tiene el Señor de los cielos? Váyase, Señor, el mundo de nuestros corazones, pues presto se ha de ir de nuestros ojos; y cuando viéremos que algo en Él florece, llevémoslo á soterrar y pisar con la sepultura, que allí nos darán verdadera relación de ello, y tal, que nos quite de ello, y cuidado de todo lo que acá es buscado con pestilencial codicia. ¿Qué mejor peso y medida quiere para no ser engañado y para no recibir uno por otro, que el llevarlo luego á la muerte de Jesucristo, que condenó lo que el mundo estima, y á la muerte nuestra, que nos hace ir desnudos, solos y abatidos, y ser pisados de los pies de nuestros criados? Y acuérdese vuestra merced de esto, pues allende del temor que todos debemos tener de aquel paso, tiene vuestra merced otro muy particular, porque tiene otro particular conocimiento del que casi no faltaba un dedo para pasar del todo por él á la parte de la eternidad.

Mire, mire no le engañen la falsa apariencia y pintadas máscaras, que no son sino máscaras con que convidan y engañan ánimas. Y si estas sombras le parecen bien, alce el corazón al cielo, donde están las verdades de esto que acá parece algo. Y así no tendrá envidia del que viere ir delante en estas cosas, ni tendrá aun de buena gana lo que por fuerza no puede dejar: no se embarace en la tierra, pues tiene prendas del Señor, que le quiere llevar al cielo, las cuales son su sacratísima muerte, el conocimiento y amor del Crucificado, y recibir los santos Sacramentos, por lo cual se da en la santa Iglesia perdón de los pecados y adopción de hijos de Dios, y por esto herederos. Busque las sombras el que no espera las cosas de tomo: tome la brevedad el que no ha gustado de los bienes espirituales, que duran para siempre, y regocíjese locamente en las prosperidades de acá quien no ha sentido en su corazón cuán dulce cosa

es echar lágrimas por haber ofendido al Señor, y cuán bienaventurado en arrimarse á Jesucristo, y vivir para Él.

Y pues el Señor nos ha llamado por su misericordia, y nos ha dado conocimiento de su Hijo Jesucristo, no vivamos según la carne, ni recibamos consejo contra este consejo, que en cosa tan manifiesta, con buscar y estimar el contento de Cristo, menospreciando el mundo y todas sus cosas, no es menester parecer de nadie; ni nos muevan las vanidades, por muchas y muy usadas y conocidas que estén en el mundo. *Pasa el mundo y su deleite,* como dice San Juan (cap. II). Mas el que hiciere la voluntad del Señor estará con Él para siempre; porque quien se arrimare á lo inestable, caerá con ello; quien adorare ídolo, semejable á él será hecho, y quien á Cristo amare (y aquel le ama que al mundo desama), éste será el sabio, el alto, el que ha de ser ensalzado para asentarse en el reino con el mismo Jesucristo, como Él se sentó en la diestra del Padre: más vale allí ser el menor, que acá el mayor: por tanto, si nos deleita el reinar, deseémoslo en el eterno: éste dé Cristo á vuestra merced. Amén.

CARTA Á UN DEVOTO

ANIMÁNDOLE Á BUSCAR Á DIOS, Y ENSEÑÁNDOLE CÓMO EL RECOGIMIENTO NO ESTÁ ATADO Á LUGAR

Vuestra carta recibí, y lo que á ella hay que responder es que os acordéis que no hay en esta vida persona que viva sin trabajos, y que quejarse de ellos es quejarse de ser hombre, pues para ellos nacimos. Y si os parece que con estar encerrado tendríades vuestra ánima más recogida, mirad que no es pequeño fruto del ánima la obediencia en cosas que nos desagradan y la humildad en los oficios bajos; y creed que el hombre cuidadoso del recogimiento, y que pone su confianza en Dios, muchas veces se halla recogido en las calles y plazas como si estuviese en su celda; y los que atan su devoción á lugar particular, luego la pierden perdido el lugar, y aun muchas veces les falta en su propio lugar; y la causa de ello es por quererla ellos allí, y no se esforzar á buscarla en todas las partes y obras en que por obediencia entienden. En la cual os debéis mucho fundar, sin escoger vos esto ó aquello, pues es cosa á Dios tan agradable, que excede á todo lo que el hombre hiciere

guiado por su propia voluntad, por bueno que os parezca ser. El P. Fray Luis de Granada irá por allá: haced con mucha confianza lo que él os aconsejare. Sea el Espíritu Santo con vos siempre.

QUE NO SE DEBEN HACER MUDANZAS SIN CONSULTARLO CON DIOS

Como soy enemigo de las mudanzas, y las tengo por tan sospechosas, soy tardo en dar respuesta en lo que toca á ellas, hasta que por las oraciones de vuestra merced haya más lumbre para el camino, porque no se anden á ciegas y se hallen más estorbos de los que se querrían huir. Suplico á vuestra merced lo solicite con Nuestro Señor, y en habiendo satisfecho en mi corazón, lo haré saber á vuestra merced, y entretanto le encomiendo mucho el sosiego del ánima, porque acaece á algunos perder el tiempo y aparejo que Dios les da, pensando en el que desean tener, y quédanse sin gozar de uno y de otro.

Haga vuestra merced cuenta que no hay más de un día de vida para vuestra merced, y que este es cuando amanece, y gástelo como si fuese el postrero con el cuidado que pudiere. Y cuando venga el deseo de otra cosa, respóndale (Matth., VI): *No queráis pensar en mañana;* y ejercítese en quebrantar su voluntad; porque cuando uno huye de donde hay aparejo de la quebrantar, es como huir de la guerra; y como huye siendo cobarde, y se lleva la flaqueza consigo, en viniendo la ocasión se hallará tan flaco como primero, porque mudó el lugar, y no el corazón. Dé vuestra merced buena cuenta de esa casa y aparejo que tiene, y entonces tendrá lengua para pedir á Nuestro Señor otro mejor; que de otra manera decirle han que quien destroza lo que le dan, ¿para qué le han de dar otra cosa mayor?

CARTA Á UN AMIGO:

ENSÉÑALE EL APAREJO PARA BIEN MORIR

Pídeme vuestra merced que le avise de algunas cosas que le sean provechosas á su salvación, petición por cierto justa, y digna de ser concedida si hubiese en mí facultad como hay voluntad. Señor mío, cuando un hombre comienza á usar de razón había de comenzar á ordenar su vida para cuando llegase el día de su muerte, de tal manera, que su vida fuese un

cuidado de cómo estaría aparejado para que la corona de gloria asentase bien sobre su cabeza: mas ya que en esto haya descuido, débese llorar y enmendar: y cuando viene ya la edad más madura y anunciadora de la muerte, debemos con nuevos alientos esforzarnos á remediar nuestras flaquezas pasadas, y de todo corazón entender en el aparejo para nuestra muerte, el cual, no sólo es no deber nada á nadie, no estar en pecado mortal, mas con frutos dignos de penitencia deshacer los males pasados, para que pesados en balanza justa nuestros males y bienes, y siendo de nuestra parte la misericordia de Dios, pese tanto nuestro cuidado en el servicio de Dios como algún día pesó el cuidado del mundo.

Conviene ser limosneros, caritativos, devotos, pacientes y humildes, para recompensar lo que de esto en otro tiempo nos faltó, y andar con un santo fervor, como abeja que hace miel, buscando cómo más y más nos llegaremos á Dios con el corazón, pues en la edad ya estamos más cerca de ser presentados delante de Él; porque de otra manera, ¿qué responderemos á nuestro soberano Juez si fuéremos descuidados en lo postrero de la vida, la cual Él por grande merced nos concedió para enmienda de la pasada y aparejo para ganar la eterna? Por tanto, señor, afloje en los cuidados temporales para estar vigilante á lo que más importa. Salga con su corazón del mundo antes que lo saque Dios en el cuerpo. Guarde gran reposo en su ánima, aunque pasen carretas por él; y como hombre que va corriendo una posta en que la vida le va, que no vuelve aun la cabeza á otras cosas, así haga él á lo de acá. Diga en su corazón: á la muerte me llevan, ¿qué se me da á mí de lo de acá? A Dios voy, no quiero enlazarme en otras cosas; porque si aun trabajándolo así muchas veces me veo ocupado y detenido, ¿qué será si no lo trabajo? Piense, señor, que comienza ahora á servir al Señor; y acuérdese de los propósitos que algún tiempo tuvo, y pídalos al Señor, y empléese ahora en ellos, pues está más experimentado que antes para mejor los guardar.

Su vida está en llegar su ánima á Dios, y para esto ha de trabajar por tener su corazón desasido de lo de acá; y mirando esto como cosa que mañana dejará, entender en su lección, oración, confesión y comunión, y pensar que no vive acá sino para hacer algo por Dios y para sufrir cosas que no quiera. Conviénele ser muy blando en lo uno, dando el corazón á Dios,

y haciendo lo que pudiere por sus prójimos, y ser duro como piedra en sufrir lo que Dios le enviare, que ni aprovecha bien obrar sin llevar cruz, ni trabajos sin buena vida. Y si esto parece recio, miremos á Nuestro Señor y Maestro cuán lleno de entrambas cosas fué; y tales quiere que sean, en su modo, sus servidores: que pues Él pidió á su Padre, y lo alcanzó, que donde Él ahora está, allá estén sus servidores, razón es que no huyamos en el destierro de estar con Él donde Él estuvo, pues deseamos estar adonde ahora está. Y aunque esto sea muy penoso, aquello es más sabroso, pues es más gozar de Dios que el padecer acá por Él. Y siendo avisados que si juntamente padecemos hemos de reinar juntamente, no seamos incrédulos á estas promesas, ni perezosos en las ganar, porque tras este breve trabajo gocemos de aquel descanso sin fin. Esta haya por suya la señora su mujer, y juntos se ayuden y esfuercen á ser compañeros en el provecho espiritual, para que se vean entrambos en el cielo con Dios, pues acá los juntó en la tierra.

CARTA Á UN SU AMIGO:

DÍCELE CUÁN TIRANA ES LA TIBIEZA, LA CUAL HACE INJURIA Á DIOS Y PONE AL ÁNIMA EN ABOMINABLES PECADOS

Vino la carta de vuestra merced mezclada de nuevas de alegría y de pena. Lo primero, por decir que le iba mejor de las antiguas enfermedades, y lo segundo, por haberse habido tibiamente en los ejercicios de la virtud. Demos á nuestro piadoso Señor gracias por la salud: démosle quejas de nosotros por lo malo que hemos hecho. ¡Oh tibieza en el bien! Y si este nombre de tibieza fuese entendido de lo que tan experimentado es, no tan de ligero nos dejaríamos vencer de él, porque temeríamos ser cautivos de un tirano tan cruel y tan cargoso; y tanto, que ninguna cosa hay que por Dios se haga ni se sufra, aunque sea la misma muerte, que sea pesada, si la tibieza está ausente; y una paja hace tanto peso al tibio, que lo derriba en el suelo, y le hace dejar lo comenzado, y aun arrepentirse de lo haber comenzado; y le hace entender ser amargo de sí lo que es más dulce que la misma miel. El estómago de los que por el desierto venían era el desabrido, que no el maná que Dios enviaba, pues contenía en sí todo deleite; y ellos eran tan ciegos, que no se quejaban de sí mismos ni de los malos humores que

tenían, sino del manjar, que de sí era sabrosísimo: y por esto pedían otros, con los cuales pensaban ser hartos y contentos: diéronselos, mas costóles la vida: para que entendamos si mal nos saben las cosas de Dios, que no hemos de desear las contrarias, aunque nos parezcan deleitables, porque cierto está en ellas la muerte; mas echar de nos el sinsabor que en nosotros está, y entonces con paladar sano tendremos verdadero y sabroso gusto en el manjar que Dios da á sus hijos.

Esto, señor, tenga por cierto, si con pereza y tibieza negocia el negocio de Dios, que allende de ser desleal al Señor, que con tanto ardor de amor negoció nuestro negocio tomando la cruz por nos con grande denuedo, sobrándole amor, y faltando qué padecer; mas aun vivirá una vida tan miserable, que de penada la haya de dejar; porque como el tibio no goza de placeres de mundo por haberlos dejado con un poco de buen deseo, y como por falta de diligencia no goce de los de Dios, está como puesto entre dos contrarios, que cada uno le atormenta por su parte, padeciendo desconsuelos gravísimos que le hacen, en fin, dejar el camino, y con miserable consejo buscar las cebollas de Egipto, que ya dejó, porque no puede sufrir la aspereza del desierto. Ponga vuestra merced en una balanza los trabajos que se pueden pasar siendo uno diligente y viviendo en fervor, y los que pasa el tibio porque no quiere pasar éstos, y verá que son de los tibios mil tantos mayores de los del que vive en fervor. Cosa es esta maravillosa, que halla más deleite el que sirve al Señor con diligencia en el velar, orar, ayunar y en todo lo que se ofrece de trabajo, que el tibio en regalos y en perlas y en todo lo demás. Riéndose está el tibio por defuera y carcomiéndose de dentro, y llora el justo y alégrase en el corazón.

Pues ¿por qué por huir unos pocos de trabajos caemos en otros mayores, y queremos más morir de hambre que trabajar un poco para comer? ¿Por qué no entendemos que Dios es joya de nuestros trabajos, y que tal joya no se debe ganar voceando y durmiendo y mano sobre mano? Hayamos vergüenza de tener la lengua tan larga, diciendo que queremos á Dios, y la bolsa tan cerrada, no queriendo dar por Él un poco de diligencia. ¿Así se honra á Dios? ¿Así se estima? Que se quede sin bien tan valeroso quien en tan poco le aprecia, esa es la justicia, y así lo ha sentido el mismo Señor cuando nos manda velar y estar aparejados, como siervos que esperan á

su señor para le abrir cuando llamare: y ha dicho que quien no toma su cruz y le sigue, no es digno de Él. Pues llevar cruz no es cosa de flojos, sino de amadores del Señor, que en ella se puso, é imitadores de su esfuerzo, y por eso compañeros de su victoria: que los otros hoy comienzan, y mañana lo dejan, y poco á poco vienen á del todo dejarlo, según el Señor lo ha amenazado, diciendo: *Porque eres tibio, vomitarte he;* que es dejar caer al hombre en mayores y más feos pecados. Y pues en este camino hay tantos ladrones para nos robar y matar, tantos lazos en que caer, tantos estorbos para pasar, no conviene irse durmiendo quien en tanto peligro va. Y si alguna vez hemos visto aún peligrar los que parecía que iban cuidadosos y recatados, ¿qué esperamos los descuidados sino á cada paso caer en manos de nuestros enemigos con miserable cautividad?

Seamos, señor, diligentes, ahora sea por frialdad de temor, ahora por calor de amor, y no permitamos reinar sobre nos tibieza, que como hiel hace amargo el camino de Dios al hombre, y á Dios el servicio del hombre. Desenvolvamos las manos, y comencemos á obrar con diligencia; porque, según dice la Escritura, si fueres diligente, venirte ha tu mies abundante, así como fuente, y hallaremos ser verdad lo que Dios promete á los suyos, que es una agua que quien la bebe nunca más tiene sed; y si esto aquí da, allá ¿qué dará? Si en el tiempo de la guerra hay tal refresco, en las fiestas de la victoria ¿qué habrá? Hagámonos fuerza, que aquel reino así se ha de buscar, y tanto aprovecharemos en el camino de él y en el agradecimiento de Dios, cuanto á nos mismos nos negáremos é hiciéremos fuerza á nuestras inclinaciones: paréceme que no se hable en estudio hasta haber á lo menos pasado un año de rozar las malas matas y raíces que en su ánima hay; y si fuere poco un año, gastará más; por eso dése prisa, pues hasta estar medianamente este negocio hecho, no se ha de entender en otro ninguno.

CARTA Á UN ESTUDIANTE:

ENSÉÑALE LA PERFECCIÓN Y SUS EJERCICIOS

Más consiste el aprovechamiento del ánima en negar la propia voluntad, y con corazón esforzado hacer aquello que el hombre siente ser agradable al Señor, que no en tener ternura

de corazón y dulcedumbre devota; porque en lo uno se muestra el verdadero amor que á Dios se tiene, en el cual consiste la perfección de la cristiandad, y en lo otro puede estar escondido el amor propio, que todo lo ensucia: por lo cual no debéis desmayar por la sequedad del corazón que decís que tenéis, mas caminar por el desierto donde no hay árbol fresco, ni sombra que refresque, ni agua que alegre. Y si en la oración no halláis aprovechamiento, leed un rato. *Et inter legendum,* meditad alguna cosa conforme á lo que leéis, mezclando la lección con la meditación, y rezad algunas oraciones vocales, teniendo delante alguna imagen de la Pasión del Señor ó su cruz; y perseverad en esto aunque sintáis mucha sequedad, ofreciendo al Señor el rato que allí estuviéredes, y Él lo recibirá, pues mandó que se hiciese, y recibid al mismo Señor de quince á quince días, ó si provecho sintiere vuestra ánima, de ocho á ocho.

Ya vivid confiado que agradáis á los ojos del Eterno Padre por estar incorporado en su bendito Hijo, pues tenéis señales que os ha dado su amor, según Él dijo (Joann., XVI): *Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis, et credidistis, quia a Deo exivi.* Y si vuestros padres no están en necesidad tan extrema que en ninguna manera puedan vivir sin que vos entendáis en negocios, entended en ellos por la obediencia de Dios, que manda honrar á los padres no sólo con palabras, mas con temporal subsidio, como el Señor lo declara en el capítulo XV de San Mateo. Y si esta necesidad tan grande no tienen, aunque alguna haya, dejad los lazos del mundo, y proseguid vuestro estudio, tomando para vuestro mantenimiento esa renta que decís que podéis hacer: y sea vuestro amor Jesucristo crucificado, pues tan verdaderamente os amó, que dió la vida por vos.

CARTA Á UN CABALLERO AMIGO SUYO:

DÍCELE QUE NO ESTÁ LA VIRTUD EN HUIR LA DIFICULTAD, MAS EN VENCERLA

Dos cosas se ofrecen sobre qué escribir á vuestra merced: una toca á él y otra á mí; y si le parece sea una, pues la caridad nos hace uno. Quería que estuviese contento vuestra merced y sosegado en ese asiento, y trabajase por avenirse bien con él, porque su pereza no fuese causa que se quejase del oficio, y huyendo de él se llevase á sí mismo, y dondequiera que fuese

hallase inquietud por llevar consigo la raíz de ella. Crea, señor, que hemos menester otras armas que huir; porque si á éstas nos acostumbramos, de toda parte huiremos, porque en toda parte hemos de hallar batalla que ejercite nuestras fuerzas; y si rostro no hacemos, seremos miserablemente vencidos. Más sana cosa es quejarse el hombre de sí mismo que de su oficio; y mejor siente quien se descontenta de sí mismo y echa la culpa á sí, que quien se descontenta de los otros y de lo que le acaece, echando la culpa á lo que es ejercicio, y no mirando que la tiene él ejercitado. Y es cierto que si estas cosas supiesen hablar, con mayor razón se quejarían de nosotros, que nosotros de ellas.

Por tanto, vuestra merced pida gracia á Nuestro Señor para saber valerse con su ocupación, y que le adapte á Él para su oficio, para que si conviniere dejarlo, no sea cobarde, que no es para defenderse sino como siervo de Cristo, que vence en lo que le ha puesto, y lo deja por poco, buscando lugar de mayor servicio del servicio del Señor. Esté sobre aviso de refrenar las cosas que más son conformes á su inclinación, y sea tardo en querer enmendar á los otros, porque no pruebe á costa suya que *perversi difficile corriguntur*. Y que más fruto se saca de examinar cada uno su conciencia callando y oyendo, que de querer remediar la ajena. Mucho hace, cierto, quien tiene bien labrada su conciencia y huye de descubrir su ganancia porque no se la lleven ladrones. Para muy pocos es el hablar y el demostrar su justicia; porque nunca se había de demostrar sino cuando fuese tan cumplida y firme que no recibiese alteración ni movimiento arundíneo. Y pues esta firmeza no tenemos, no nos tratemos como firmes, porque no caigamos como flacos y lloremos como imprudentes.

La segunda cosa es quejarme de vuestra merced porque me quiere llevar á parte para donde no soy; porque aunque su intención sea buena, creo que no va acertada; y estoy tan puesto en esto, que creo que no sólo no ministra á la voluntad del Señor en esto, mas que la contradice ó estorba; y digo estorba, porque ya que Él sea servido de la ida, no lo es que se negocie como se negocia; porque negociarlo vuestra merced es en mis ojos lo mismo que negociarlo yo; y alabarme vuestra merced es lo mismo que yo. Y ya le avisé de esto acá, y halo olvidado; y pues me pide que le diga si hace bien en ello, digo que

creo que no; y si no me creyere, á lo menos yo habré declarado mi corazón, y no se quejará con razón quien hubiese trabajado por alcanzar el sí de allá, y le respondieren acá con un no; porque, señor, otros pensamientos pienso ahora, que no ir á la corte; y plega á Cristo, cuyos son, no impidan mis pecados la ejecución de ellos, que ya tiempo sería de hacer más que de hablar y de entender en la residencia que de mi oficio se me ha de tomar; y por eso querría que vuestra merced hablase poco y muy templadamente de mí, no demostrando todo lo que me ama, porque á ninguna cosa aprovecha, y á muchas daña; mas antes, pues tan uno mismo es, se avergüence como yo haría cuando oyere hablar bien de mí, y les quite estimación, que *fortè* no es verdadera; y si me pregunta qué ha de responder si le dijeren si iré allá enviándome á llamar, diga que no sabe, pues es así la verdad; y si le preguntaren si cree que iré, diga que cree que no; y preguntado como lo cree, diga que yo le he escrito que ahora tengo determinado de no ir, y que si el efecto viniese, no sé qué haría; mas que ahora me parece que sería mejor no ir, y creo que así me parecería entonces; y digo esto porque mi flaqueza, y la poca certidumbre de mí, no me deja que osadamente diga esto haré.

Por tanto, vuestra merced se apacigüe, y con un no sé, se puede cumplir con quien en ello le hablare; porque no les dé algún crédito de mi ida, y les haga escribir, y quede vuestra merced y ellos afrentados, y yo notado por mal criado ó porfiado, y reciban algún escándalo. Y pues conoce de mí que hablo *in sinceritate*, lo siento: mire lo aquí dicho, y no exceda de ello. Deje á Nuestro Señor, que no es Él servido que vuestra merced sea medio de esto: *Nec in hoc operam tuam desiderat.* Antes digo que creo que ó le enoja ó le impide. No hay de acá que escribir á vuestra merced sino que me he estado este verano en una casa de campo, y por eso no he predicado á sus monjas: hacerse ha con ayuda de Dios Nuestro Señor: Él tenga á vuestra merced en su seno, porque no se le pierda.

CARTA CONSOLANDO Á UNA PERSONA

ENFERMA, QUE LOS TRABAJOS DE LA MANO DE DIOS TIENEN GRANDE PREMIO LLEVADOS CON PACIENCIA

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced. Oyendo las enfermedades corporales que vuestra merced pasa, tengo de él compasión; y oyendo la paciencia con que por la misericordia de Dios las pasa, me gozo considerando que si afligen el cuerpo, enriquecen el ánima; y que por el trabajo que de presente dan, dará Dios á vuestra merced eterno descanso. Bendita sea su misericordia, que ordenó que los trabajos se pasasen en esta presente vida, que por larga que parece es muy breve, y los galardones de ellos fuesen en la vida que nunca se acaba. Conozca vuestra merced esta misericordia, y agradézcala de corazón á Dios, y tómelo por prenda de ser hijo, pues Dios se ha con él como Padre, cuyo oficio es reprender y castigar con misericordia á sus hijos, para mediante el castigo perdonarles sus yerros y hacerlos avisados, para que de ahí adelante sean más avisados en le servir. Ofrézcale vuestra merced á Nuestro Señor la aflicción que pasa, que aunque mirada por sí sola, aún no basta para pagar uno de los menores pecados que ha hecho; mas con el valor de la gracia del Señor, y juntándolas con su sagrada Pasión, no sólo es purgatorio para nuestros pecados, mas servicio que será galardonado en el cielo.

Los jueces de acá, si castigan á un culpado, no tienen más que ver con él, porque no son más de jueces para dar á cada uno lo que merece: mas como Jesucristo Nuestro Señor no solamente es Juez, sino Padre nuestro, cuando castiga á un hijo suyo perdónale el yerro y galardónale la paciencia y obediencia con que recibió el castigo. Y por esto los que entienden las cosas con lumbre del cielo, tienen por una merced señalada de Dios que los castigue aquí, donde el castigo es menor y con más consuelos, y se purgan los pecados, y se ganan nuevos merecimientos, que no en el purgatorio, donde se padece mucho más. Y aunque se purga el pecado, no se gana gloria de nuevo. Y en este sentido decía San Bernardo: *Sea yo, Señor, azotado, porque se me cuenten los azotes en merecimientos.* Y así lo diga vuestra merced, pues el provecho es tan grande y eterno. Mas

aunque esto no hubiera, eslo Nuestro Señor padeciendo por nosotros sin culpa, tan atractivo de nuestro amor para con Él, que aunque no tuviéramos pecados por qué pagar su amor, nos había de hacer escoger antes los trabajos que los descansos, por evitar la vergüenza que es ir el esclavo en un caballo y con mucho regalo, y su Emperador y señor á pie, cansado y derramando sangre por él.

No plega á Jesucristo que tanto se enseñoree la tibieza en nosotros, que habiendo sido Él humillado y trabajado en la tierra, queramos nosotros grandezas y descansos en ella. Acompañémosle aquí en su cruz, y cierto le acompañaremos en la gloria en su reino, según la palabra que Él dijo (Joann., XII): *Donde estoy, estará mi sirviente:* y Él quiere servirse de vuestra merced en que esté en esa cama con las aflicciones que Él sabe; y si quiere ser siervo suyo, no ande pensando en esto ó en estotro servirá mejor al Señor, mas cerrados los ojos acepte lo que le envía, y déle muchas gracias por ello, y entienda que lo que Cristo le da con su paternal amor, le es muy más provechoso que lo que él con su humana prudencia pudiera pensar. Y si su parecer y carne no se contentare de ello, repréndale como el Señor á San Pedro diciéndole (Joann., XVIII): *El cáliz que mi Padre me dió, ¿no quieres tú que lo beba?* Sea cuan amargo fuere á la carne lo que nos viniere, que por enviarlo el celestial Padre es justo que nos sea muy sabroso al espíritu, y lo bebamos con mucha paciencia y hacimiento de gracias, repitiendo muchas veces aquella saludable palabra de obediencia que Cristo dijo sudando gotas de sangre (Luc., XXII): *Padre, no mi voluntad, sino la vuestra sea hecha.* Pídale vuestra merced que por aquella agonía en que entonces estaba sea servido darle fuerzas para decir la misma palabra con todo su corazón, y que aunque mucho crezcan los dolores, sea mayor el amor y la paciencia, de manera que las muchas aguas no la puedan apagar, porque la paciencia en los trabajos dádiva es de Dios, y á Él se debe pedir.

Procure vuestra merced también algunos ratos le lean libros de buena doctrina; y el confesar y comulgar á menudo le será muy eficaz medio para tener la obediencia de Dios en pie entre sus trabajos. Tenga alguna imagen de la Pasión del Señor en que mire, y verá cuán poco es lo que padece en comparación de lo que el Señor padeció, y haber vergüenza de quejarse en

su poco, viendo al Señor tan callado y sufrido en su mucho. Encomiéndese muy de corazón á Él y á su Madre sagrada, y tome por abogado algún Santo, y tenga esperanza en las misericordias de Dios, que pues le ha dado gracia de confesar sus pecados con dolor de ellos y propósito de enmienda, y le da aquí su purgatorio, y recibe el cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor, que sobre estas prendas quiere que confíe, que pues no juzga una cosa dos veces y no desprecia el corazón contrito y humillado, hará con vuestra merced según su gran misericordia, para que como aquí le ha hecho gemir y llorar, puesto en el cielo diga (Psalm. LXXXVIII): *Las misericordias del Señor cantaré para siempre.* Aparéjese para esta merced, que no tardará mucho en venir.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Págs.
El Beato Maestro Juan de Avila	v
Proemio á esta nueva edición	ix
Decreto del Papa Clemente XIII, de 8 de Febrero de 1759	xxxi
Breve de Beatificación del Venerable Maestro Juan de Ávila.	xxxiii
Al cristiano lector, el Venerable Padre Maestro Fray Luis de Granada	xxxix

Comienza la vida del Padre Maestro Juan de Ávila.

Capítulo primero.—De los principios de su vida	1
Cap. II.—De cómo nuestro predicador procuró imitar al Apóstol San Pablo en el oficio de la predicación	4
Cap. III.—Del amor que ha de tener el predicador, y el que tenía este Padre	5
Cap. IV.—Del fervor y espíritu con que se ha de predicar, y el que tuvo este Padre	7
Cap. V.—Del sentimiento que se debe tener de los que caen en pecado, y el que tuvo este Padre	11
Cap. VI.—Del amor que ha de tener y mostrar á los prójimos, y del que tenía este predicador	13
Cap. VII.—De la elocuencia y lenguaje de nuestro predicador.	16
Cap. VIII.—De la especial lumbre y conocimiento que á este siervo le fué dado	19
Cap. IX.—De la excelencia de sus cartas	20
Cap. X.—De la alteza de sus conceptos	23
Cap. XI.—Lo que sentía del oficio de la predicación	25
Cap. XII.—Lo que sentía de la dignidad del sacerdocio	26
Cap. XIII.—Lo que sentía de la preparación para celebrar	28
Cap. XIV.—De la caridad y amor para con los prójimos	32
Cap. XV.—De la virtud de la penitencia y dolor de los pecados	34

Capítulo XVI.—De la verdadera humildad y conocimiento de sí mismo..... 37
Cap. XVII.—De la virtud de la confianza y de la grandeza del beneficio de nuestra redención..... 43
Cap. XVIII.—Del singular conocimiento que el Padre Maestro Juan de Ávila tenía del misterio de Cristo..... 50
Cap. XIX.—Del don que tenía de consejo y de discreción de espíritus..... 52

Segunda parte de esta historia, en la cual se trata de las virtudes personales y particulares del Padre Maestro Juan de Ávila.

Capítulo primero.—De su oración..... 55
Cap. II.—De la modestia en su conversación..... 57
Cap. III.—De la virtud de su pobreza..... 60
Cap. IV.—De la virtud de su abstinencia..... 63
Cap. V.—De la paciencia en las enfermedades..... 64
Cap. VI.—De su paciencia en las injurias..... 67
Cap. VII.—De la devoción que tenía á Nuestra Señora..... 70
Cap. VIII.—De la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar..... 71

Tercera parte: de la predicación de este Siervo de Dios, el Maestro Juan de Ávila, y el fruto que con ella hizo.

Capítulo primero.—Principios de su predicación..... 77
Cap. II.—De cómo predicó en Granada..... 80
Cap. III.—Predicó en Baeza..... 82
Cap. IV.—Predicó también en Montilla..... 83
Cap. V.—De algunos señalados llamamientos de personas principales por la doctrina de este Padre..... 87
Cap. VI.—De la señora Doña Sancha..... 88
Cap. VII.—De Doña Leonor de Inestrosa..... 91
Cap. VIII.—De otra señora..... 92
Cap. IX.—De los medios con los cuales se consiguió el fruto y aprovechamiento de las ánimas, de que hasta aquí se ha tratado..... 98
Cap. X.—De la dichosa muerte del Venerable Maestro Juan de Ávila..... 103

COMIENZA EL TRATADO DEL «EPISTOLARIO ESPIRITUAL»

PARTE PRIMERA

Carta del Venerable á un predicador..... 109
Carta á D. Pedro Guerrero, electo Arzobispo de Granada, en que le da avisos para el gobierno..... 120

Carta sobre el mismo asunto... 123
Carta á un Prelado de Granada, sobre que envíe predicadores y confesores á los pueblos..... 125
Carta para el Sr. D. Pedro Guerrero, Arzobispo de Granada. 128
Carta al mismo acerca del Sínodo que hizo..... 130
Carta para un Obispo de Córdoba, que fué á presidir un Concilio provincial á Toledo..... 131
Carta á un amigo sacerdote, sobre la paciencia..... 135
Carta para un cura, sobre la vida espiritual..... 136
Carta á un discípulo sacerdote, sobre la mortificación..... 139
Carta á un sacerdote, sobre preparación para celebrar..... 141
Carta para un mancebo, sobre elección de estado sacerdotal. 146
Carta á un sacerdote, sobre el agradecimiento que debemos á Dios..... 148
Carta á un sacerdote enfermo, sobre la paz y fortaleza del cristiano..... 151
Carta á un sacerdote, sobre la oración..... 153
Carta á un sacerdote, sobre el agradecimiento á los favores de Dios..... 155
Carta para un discípulo suyo, de la Compañía de Jesús, estando cercano á la muerte, sobre la confianza en Jesucristo... 159
Carta á un Religioso, animándole al perfecto amor de Dios... 161
Carta á un señor, que había entrado en Religión, sobre el agradecimiento de este beneficio..... 165
Carta para Juan de Dios, hoy San Juan de Dios..... 167
Carta para el mismo Juan de Dios, el de Granada 169
Carta al mismo Juan de Dios..... 170
Cédula para Juan de Dios..... 172
Carta para unos canónigos de cierta iglesia de estos reinos, sobre la luz que se da con la gracia..... 172
Carta á un discípulo: que un Religioso no se debe descuidar, y el peligro que hay en la tibieza..... 176
Carta para un Religioso discípulo, predicador, del bien de las tribulaciones..... 184
Carta para un predicador, contra la vanagloria..... 185
Carta para el mismo, por qué permite Dios la tentación..... 188
Otra al mismo, animándole á predicar sobre la relajación de costumbres..... 189
Carta á un predicador, contra la tentación de la desconfianza. 190
Carta á un predicador, de la alteza á que son levantados..... 193
Carta á un Religioso predicador perseguido, consolándole á la confianza en Dios, y los medios para entender la Escritura..... 203
Carta á un predicador, sobre la frecuencia de Comunión..... 209
Carta á un predicador, sobre ser buen ministro de la palabra de Dios y frecuencia de comuniones..... 215
Carta admirable al Maestro García Arias, predicador: enséñale cómo se habrá consigo y con los prójimos..... 219

Carta á un predicador: enséñale de qué espíritu se ha de guardar y cómo debe seguir la Escritura Santa..... 225
Otra para un caballero de estos reinos que entró en Religión. 226
Carta del autor para un caballero que pretendía entrar en Religión, sobre llevar la cruz en las enfermedades con paciencia. (Nuevamente aumentada.)..... 229
Carta del autor á un caballero que fué á estudiar á Salamanca y le hicieron Rector: que en el servir á Nuestro Señor no bastan deseos sin obras. (Nuevamente aumentada.)..... 231
Carta del autor para un caballero, al cual pretendía llevar á la Religión. (Nuevamente aumentada.)..... 233

PARTE SEGUNDA

PARA RELIGIOSAS Y DONCELLAS

Carta para la Santa Madre Teresa de Jesús acerca de un libro que sacó á luz, y su aprobación..... 235
Carta para una Religiosa, contra la desconfianza..... 238
Carta á una monja, sobre la misericordia que hace Dios á los que llama á Religión..... 245
Carta á una Abadesa, consolándola en la muerte de su hermano..... 248
Carta á una señora monja atribulada..... 252
Carta á una monja que quería hacer profesión..... 257
Carta á una monja, en tiempo de Navidad, para recibir al Niño Jesús..... 263
Carta á uua Religiosa afligida y desconsolada: enséñale cómo se ha de haber en sus trabajos..... 266
Carta á una doncella que quería entrar en Religión..... 268
Carta á una monja animándola mucho en el camino de Dios: enséñala cómo se ha de haber en las cosas que le sucedieren..... 269
Carta á una monja cercana á la muerte: enséñale lo que ha de hacer..... 273
Carta á una Religiosa, donde la despierta al amor de Dios.... 275
Carta á una doncella, que le preguntó qué cosa era caridad.. 280
Carta á una doncella, que teniendo hecho voto de virginidad se quería casar..... 287
Carta á una doncella que se llamaba Inés..... 297
Carta á una doncella: aconséjala el cuidado del buen propósito que Dios le había dado..... 292
Carta á una doncella, que le dice las muchas astucias que el demonio tiene para sacarla del bien comenzado..... 295
Carta á una doncella, animándola que sirva á una enferma por amor de Dios..... 298

Carta á una doncella regalada de Dios, enseñándola cómo se ha de haber en medio de los favores..... 299
Carta á una doncella afligida, consolándola en sus aflicciones. 301
Carta á una doncella, animándola al menosprecio del mundo. 303
Carta á una doncella que había comenzado á servir á Dios... 304
Carta á una doncella, enseñándole lo que debe hacer para proseguir en servir á Dios..... 307
Carta á una doncella: dícele la importancia del negocio comenzado en servir á Dios, y la diligencia que conviene tener para salir con él..... 310
Carta á una doncella atribulada, admirable para consolar afligidos en el espíritu..... 315
Carta á una doncella, animándola al servicio de Dios con fervor..... 319
Carta á una doncella, animándola en la perseverancia del servicio de Dios..... 321
Carta á una doncella desmayada en el camino de Dios, animándola..... 322
Carta á una doncella que quería dejar el mundo y dedicarse á Dios..... 324
Carta á una doncella, enseñándola á sufrir los trabajos por Dios..... 327
Carta para una doncella recogida..... 330
Carta á una doncella: enséñale que la cruz no la ha de escoger el hombre, sino llevar la que Dios le diere..... 332
Carta á una doncella afligida: enséñale el camino de la cruz, y consuelos que el Señor da para llevarla..... 334
Carta á una doncella: enséñale que Dios nos pide el corazón desocupado, y lo que importa tomar la voluntad de Dios por nuestra..... 335
Carta á una doncella trabajada de peligrosas tentaciones: avísale que el fruto será grande si las sabe llevar..... 336
Carta á una doncella que sentía mucha ausencia de nuestro Señor: anímala á confiar, enseñándole Su Majestad las causas por qué aflige á los suyos, y los frutos que de ellas saca. 341
Carta á una doncella atribulada: enséñala cómo los trabajos suelen venir ó por culpas ó por prueba del Señor..... 348
Carta á una doncella enferma, consolándola en sus trabajos. 352
Carta á una doncella, animándola á pelear las batallas del Señor, y enséñale los ardides del demonio para que se defienda de ellos..... 355
Carta á una doncella afligida, porque la enfermedad la impedía los ejercicios espirituales: enséñala cómo se halla la paz. 358
Carta á una doncella, en que le trata de las tres venidas de Cristo en carne á juicio, y al ánima, y cómo nos habemos de disponer para recibirlo..... 363
Carta á una doncella, animándola mucho al amor de Dios y al ejercicio de la oración..... 366

Carta á una doncella, porque no sentía paz en su ánima: esfuérzala á la confianza en el Señor..... 368
Carta á una doncella que padecía trabajos: anímala á llevarlos y que los confiriese con los que el Señor padeció..... 371
Carta á unas doncellas devotas que padecían trabajos: anímalas conociendo que son mercedes de Dios, y declárales su amor para con los hombres..... 374
Carta á una doncella en tiempo de Adviento: la persuade á recibir el Niño Jesús..... 378
Carta á una doncella en tiempo de Adviento, rogándole apareje posada al Señor..... 381
Carta á una señora doncella, en que le dice que Jesucristo descubrió su bondad inmensa naciendo Niño para hacernos niños en su confianza..... 382
Carta á la misma señora en tiempo de Pascua de Reyes: le dice cómo ha de ir á adorar al Niño, y le ha de ofrecer oro de amor divino..... 384
Carta á una señora, en que le enseña lo mucho que obró la venida del Espíritu Santo en los Apóstoles, y cómo se ha de disponer..... 389
Carta á una señora penada, animándola á padecer por Cristo. 390

PARTE TERCERA

Carta para una señora de título, casada, que sentía varios espíritus de amor, temor, rigor y blandura. (Aumentada).... 393
Carta á una señora de título, que deseaba servir á Dios, y no se atrevía á lo comenzar: anímala á que comience fiada de Dios, que le puso el deseo..... 403
Carta á una señora de título: enséñala qu la hambre de nuestro corazón no la puede hartar, sino el Espíritu del Señor: que la fiesta del Espíritu Santo es disposición para la de *Corpus Christi*..... 406
Carta á una señora de título afligida, exhortándola á sufrir con confianza en el Señor..... 409
Carta á una señora de título: trata cómo es gran merced de Dios sentirse amada de Su Majestad..... 410
Carta á una señora de título: que Nuestro Señor envía trabajos para acibar en los deleites, como purga recetada por nuestro Padre celestial..... 411
Carta á una señora de título: enséñala que los trabajos esfuerzan si esperamos en el favor de Dios..... 412
Carta á una señora de título, en que la enseña que el cáliz del Señor es dulce..... 413
Carta á una señora de título, en que la enseña que en lo próspero y adverso se ha de echar el áncora en las manos de Dios..... 414
Carta á una señora de título, en que la enseña la tierra donde

Dios fué aheleado para ir donde hay toda dulcedumbre y descanso..... 416
Carta á una señora, en que la dice que la miseria del hombre es tan grande, que muestra Dios su grandeza en la remediar..... 417
Carta á una señora de título, consolándola en la muerte de una su hermana..... 419
Carta á una señora ilustrísima, consolándola en la muerte de una persona cuya ausencia había sentido mucho..... 425
Carta á una señora: que para servir á Dios, el padecer por su amor es lo más alto, seguro y cierto..... 429
Carta á una señora que sentía muchos impedimentos en el servicio de Dios, enseñándola la confianza que debe tener en el Señor..... 432
Carta á la misma, enseñándola cómo el camino del cielo es la cruz, y cómo se llevará con alivio..... 434
Carta á la misma señora, animándola á lo mismo que en las pasadas..... 437
Carta á una señora que se había consagrado á Dios: avísale que sea agradecida á Su Majestad..... 440
Carta á una señora trabajada, animándola á llevar la cruz... 441
Carta á una señora, enseñándola en qué consiste la santidad. 444
Carta á una señora afligida..... 445
Carta á una señora muy afligida: aliéntala á la fidelidad del Señor para confiar en él..... 446
Carta á una persona escrupulosa..... 449
Carta á una persona, que trata del amor de Dios para con el hombre..... 450
Carta á una señora que padecía trabajos, animándola á llevar su cruz con la esperanza del premio..... 452
Carta á una señora enferma, enseñándola cómo se habrá con la paz del corazón..... 453
Carta á una señora, que le preguntó qué sería estar desconsolada y alegre de lo estar: respóndele á la pregunta..... 456
Carta á una devota suya, en que le pide ame mucho á nuestro Señor..... 457
Carta á una señora, animándola á que pelee contra el demonio y resista sus tentaciones..... 459
Carta á una señora: enséñala la miseria en que cae el ánima que hace pecado mortal y traición en dejar á Dios por el demonio..... 461
Carta á una señora afligida y tentada del demonio..... 464
Carta á una señora enferma: enséñala que con la tribulación se purgan los pecados..... 465
Carta á una señora: enséñala que Jesucristo en la cruz es medicina con que se curan nuestras enfermedades..... 466
Carta á una señora: enséñala que para vencer al demonio, el remedio es confiar mucho en Dios..... 469

Carta á la misma señora: enséñala que las enfermedades son aguas con que se hermosea el ánima..... 472
Carta á una señora: esfuérzala á padecer trabajos por amor de Jesucristo..... 474
Carta á una una señora casada, esforzándola á que lleve con paciencia del Señor los trabajos..... 475
Carta á una señora casada, afligida con trabajos corporales y tristezas espirituales: enséñala el remedio contra los escrúpulos..... 479
Carta á una señora casada, á cuyo hijo le había sucedido una desgracia, consolándola..... 488
Carta á una persona que estaba muy congojada por su poco aprovechamiento en la virtud: enséñale cómo todo se ha de hacer por el amor de Dios, y nada por amor propio.... 491
Carta á una persona casada, animándole á saber confiar en el Señor, y encárgale el ánimo en el camino de Dios..... 493
Carta á una señora que tenía muy á su cargo, animándola á la perseverancia de la virtud..... 496
Carta á una señora viuda, consolándola en la muerte de su marido..... 498
Carta á una señora que se le había muerto su marido, comendador: consuélala, y dícele lo mucho que aprovechan los trabajos á quien bien los sabe llevar..... 502

PARTE CUARTA

PARA CABALLEROS SEGLARES Y SEÑORAS DE TÍTULO, Y PARA UNOS DISCÍPULOS SUYOS

Instrucción para jueces en carta á un Asistente de Sevilla... 507
§ I.—Trata del cuidado con que se ha de gobernar sin alterar el gobierno..... 507
§ II.—Trata del buen celo y amor que el juez ha de tener, y fortaleza para juzgar..... 509
§ III.—Trata del castigo amoroso, y cómo ha de gemir el juez y hacer oración..... 515
§ IV.—Trata de las ayudas para saber gobernar, y la elección de jueces, y advertencias para ellos..... 521
§ V.—Trata de los juramentos, arancel, oficiales, y su remedio, y el de los niños..... 531
§ VI.—Trata de las mujeres públicas, padres de la casa, ornato de cantoneras, pobres presos, órdenes para ganar los jubileos, fiestas de toros, y trajes de los oficiales..... 538
Carta á un señor de estos reinos: trata del conocimiento de Dios y de sí mismo, y gobierno con sus vasallos..... 540
Carta á un señor de estos reinos: cómo se ha de aprovechar

de la Cuaresma para sentir la Semana Santa y remedio de la penitencia..... 551
Carta á un señor de estos reinos, consolándole en su enfermedad, y cómo es merced de Dios..... 556
Carta á un señor de estos reinos, animándole á buscar sobre toda cosa la gracia del señor..... 559
Carta á un señor de título, animándole á confiar de Dios, y enseñándole cómo ha de vivir para alcanzar esta alegre confianza..... 560
Carta á un señor de título, enfermo, animándole á padecer por el grande fruto que de esto viene..... 563
Carta á un señor de título, enfermo y de la muerte temeroso, enseñándole á crecer en el conocimiento de Dios..... 564
Carta á un su amigo, consolándole en la muerte de un hijo único..... 569
Carta á unos sus amigos atribulados, consolándolos, y enseñándoles los tesoros en padecer, cómo el Señor los fuerza para los llevar..... 570
Carta á un devoto: trata de la humildad y soberbia, y perfección del divino amor..... 576
Carta á un su amigo: pónele delante las miserias de la tierra, y lo mucho bueno que hay en el servir á Dios..... 583
Carta á un su amigo, consolándole de la muerte de su madre y hermano..... 586
Carta á un hombre devoto: persuádele á que se dé todo á mortificar sus pasiones..... 589
Carta á unos sus devotos, afligidos por una persecución que se había levantado, animándolos mucho al amor de la cruz, á imitación de Cristo: la cual imitación habla admirable y regaladamente..... 590
Carta á un su devoto, en que le dice cuán flaca cosa sea un hombre sin Dios..... 595
Carta á una persona afligida, que le dice el provecho que habemos de sacar de las aflicciones..... 597
Carta á un desconsolado, porque no hallaba la paz que quería. 599
Carta á un caballero, que se ejercite en pelear contra la propia voluntad..... 601
Carta á una persona virtuosa, que tenía criados y familia: enséñale cómo ha de llevar sus faltas, y las ha de corregir..... 604
Carta á un su amigo: trata de los tres grados de la virtud del agradecimiento, y anímalo á la oración..... 607
Carta á un caballero amigo suyo: le enseña que los trabajos ponen esperanza á los justos, y temor á los pecadores.... 610
Carta á un su devoto, que le pidió cómo sería bueno: enséñale se aperciba para trabajos, y el fruto que traen..... 612
Carta para unos amigos suyos, enseñándolos á vencer sus enemigos, carne, mundo y demonio..... 616

Carta á un devoto siervo de Dios: encarécele lo que importa la humildad..... 619
Carta en que exhorta á una persona ser agradecida en guardar el don de Dios, y no se embarace en los bienes temporales, que se pasan como humo..... 621
Carta á un devoto, animándole á buscar á Dios, y enseñándole cómo el recogimiento no está atado á lugar..... 624
Que no se deben hacer mudanzas sin consultarlo con Dios... 625
Carta á un amigo: enséñale el aparejo para bien morir..... 625
Carta á un su amigo: dícele cuán tirana es la tibieza, la cual hace injuria á Dios, y pone el ánima en abominables pecados..... 627
Carta á un estudiante: enséñale la perfección y sus ejercicios. 629
Carta á un caballero amigo suyo: dícele que no está la virtud en huir la dificultad, mas en vencerla..... 630
Carta consolando á una persona enferma, que los trabajos de la mano de Dios tienen grande premio llevados con paciencia..... 633